

MARIA NIKOLAI

La mansión de los chocolates



ae

Lectulandia

Una novela que te hará viajar desde Stuttgart, la cuna de los chocolates en Europa, hasta el lago de Garda de Thomas Mann y el Café Florian de Casanova en Venecia.

Stuttgart, 1903. Como hija de un próspero fabricante de chocolate, no parece que el futuro de Judith Rothmann vaya a estar sometido a muchos sobresaltos. Lo que se espera de ella es un buen matrimonio e hijos que aseguren la continuidad familiar. Pero las previsiones son engañosas y el destino, imprevisible. La aspiración de Judith es tener un rol importante en la compañía, y casarse sin estar enamorada no entra en sus planes. Mientras tanto, Hélène, su madre, cansada de una ciudad y un marido que ahogan su espíritu libre y apasionado, sigue una cura de reposo a orillas del lago de Garda. Allí descubre que todavía está a tiempo de cambiar su anodina vida en Alemania por otra independiente y libre en Italia.

Fúndete entre sus páginas y súmate a la aventura.

Maria Nikolai

La mansión de los chocolates

ePub r1.0

Titivillus 18.12.2019

Título original: *Die Schokoladenvilla*
Maria Nikolai, 2018
Traducción: Marta Armengol Royo & Elena Abós

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Querido lector,

¿A quién no le gusta el chocolate? ¿Quién no se siente atraído por las exquisitas delicias que se venden en una bonita bombonería?

En *La mansión de los chocolates*, nuestro libro del año, Maria Nikolai nos transporta a la fábrica de chocolates de la familia Rothmann en la ciudad alemana de Stuttgart, en 1903. El negocio está en manos de la misma familia desde hace años, y ahora su hija, la joven Judith, aspira a tener un rol importante en la empresa en contra de la voluntad de su padre. El empresario Wilhelm Rothmann tan solo desea verla casada y está buscando un buen partido para ella.

Pero las mujeres en esta novela no se conforman con lo que se espera de ellas. También la madre de Judith, Hélène, se siente muy agobiada en el entorno de una sociedad burguesa y estricta, y busca cambiar su vida anodina en Alemania por una llena de pasión en el lago de Garda, en el norte de Italia.

Además, no faltan un buen elenco de personajes secundarios, como los trabajadores de la fábrica y los criados de la mansión, que protagonizan las primeras reivindicaciones sociales, propias de la época.

El resultado de esta apetitosa novela *feel good*, que en su país ya ha vendido más de 200.000 ejemplares, es como el mejor chocolate: tiene todos los ingredientes para convertirse en una adicción.

Fúndete entre sus páginas y súmate a la aventura. ¡La devorarás!

Te lo promete,

La editora

1

Fábrica de chocolate y dulces Rothmann de Stuttgart, finales de enero de 1903

LA CAMPANILLA DE la entrada delató con su tintineo familiar la llegada de Judith Rothmann a la tienda de la fábrica de dulces de su padre. Cerró la puerta tras de sí con cuidado y frotó con rapidez las botas mojadas en la esterilla. Hacía un tiempo terrible. Como si no bastara con el viento y la niebla, había llegado la lluvia, y ya llevaban varios días así.

A pesar de eso, Judith hizo las paces con el mundo exterior en cuanto la puerta estuvo cerrada y se vio envuelta por el aroma inconfundible a chocolate y golosinas que reinaba en la tienda. Le cambió el humor. A paso apresurado, cruzó la estancia decorada con profusión con espejos, estantes dorados y estuco y, como de costumbre, dio un repaso a los expositores.

Innumerables exquisiteces se ofrecían sobre el lustroso mostrador y las vitrinas lacadas de blanco que forraban las paredes. Allá donde se posara la vista había cuencos y bandejas, bomboneras de cristal y latas adornadas cuyos contenidos eran de lo más tentador. Delicias de chocolate rellenas de fruta confitada o mazapán al lado de piruletas de azúcar bañadas en chocolate, y un sinfín de tabletas de chocolate junto a bombones de todo tipo. Una selección exclusiva de manjares de la chocolatería Rothmann aguardaba a que se fijaran en ella envuelta en delicado encaje dentro de preciosas cajas de madera pintada.

Esa tarde de jueves, la tienda estaba muy concurrida. Mientras Judith iba de arriba abajo recolocando los recipientes, se metió en la boca disimuladamente uno de sus dulces preferidos y se centró en la ácida dulzura del chocolate negro relleno de frutos rojos deritiéndose en su boca. Al mismo tiempo, observaba con discreción a la clientela.

Un caballero vestido con un traje elegante se había quitado el sombrero mientras buscaba, al parecer, un obsequio apropiado para una visita vespertina. Lo más probable era que quisiera deleitar a alguna querida, porque

se decidió por un surtido de escogidos bombones y una rosa de azúcar de filigrana teñida de rojo. Junto a él, dos muchachas adolescentes se inclinaban entre risitas sobre un cuenco de grageas de vivos colores. En el mostrador de al lado, tres señoras ataviadas con carísimos vestidos de seda pedían que les mostraran lo mejor que la tienda pudiera ofrecerles, mientras una madre se veía en apuros, pese a la ayuda enérgica de la institutriz que la acompañaba, para atar en corto las peticiones de sus cuatro ruidosos y alborotados hijos.

«El próximo verano deberíamos vender helados», se dijo Judith mientras observaba a los revoltosos niños, y decidió que lo hablaría con su padre. Hacía poco, había adquirido de segunda mano un libro de recetas de Agnes Marshall, y estaba totalmente fascinada por la máquina de helados que describía, que conseguía convertir una mezcla de leche, nata, azúcar y aromas en una crema fría. Su imaginación había tomado las numerosas ideas para dulces de la cocinera inglesa y las había refinado, y ya podía ver a la empresa Wilhelm Rothmann como la primera productora de helado de membrillo, piña, vainilla y, sobre todo, de chocolate de Stuttgart. ¿Tal vez podrían conseguir que su padre se convirtiera en proveedor de la corte?

Judith estaba orgullosa de lo que su familia había logrado. Además, aquel era su oficio. Tan pronto como puso un pie en el mundo del chocolate, empezó a agitarse por el entusiasmo y las ideas. Tenía el anhelo secreto de lograr, algún día, tener voz y voto en el destino de la fábrica Rothmann, por más que su padre tachara todas sus insinuaciones al respecto de disparates de niña consentida. Según él, el lugar que correspondía a las mujeres estaba en segundo plano, llevando la casa y criando a los hijos. Pero Judith era consciente de que aquello no tenía por qué ser un obstáculo insalvable. En muchas ciudades, como Múnich o Berlín, cada vez había más mujeres al frente de negocios. ¿Por qué no iba a ser eso posible también en Stuttgart?

Mientras pensaba en todo esto, terminó su repaso y se acercó finalmente a una de las tres dependientas que, con vestidos negros y delantales blancos recién almidonados, atendían a la clientela.

—Señorita Antonia, hoy no se olvide de recomendar a los clientes las galletas de menta fresca. Lo mejor será que coloque las cajitas en el mismo mostrador.

—Por supuesto, señorita —respondió la muchacha, y se apresuró a cumplir la orden.

Entre tanto, el grupo compuesto por la madre, la institutriz y los niños había terminado sus compras y se disponía a abandonar el lugar. Hubo un pequeño altercado en la puerta, pues los cuatro niños querían ser, cada uno, el

primero en salir. La institutriz, cargada con un montón de paquetitos, recibió un empujón que la hizo trastabillar, y dejó caer una parte de su carga. Mientras intentaba recogerla, el más pequeño tropezó con una de las cajitas, cayó cuan largo era sobre el suelo embaldosado y se echó a llorar a gritos al instante.

—¡Haz el favor de estarte quieto! —le espetó la institutriz, mientras la madre se limitaba a mirarlos por encima del hombro e, imperturbable, hacía salir al resto de su prole a la intemperie. Los lloros se volvieron más ruidosos mientras el niño seguía tendido en el suelo. La preceptora siseó otra regañina antes de enderezarse y afanarse en recoger sus paquetes.

Para evitar que la situación fuera de mal en peor, Judith agarró un caramelo de membrillo, se lo dio al pequeño llorón y lo ayudó a levantarse. Al mismo tiempo, Trude, otra dependienta, se acercó a la institutriz para ayudarla a recoger los paquetes que seguían desparramados por el suelo, y cerró la puerta aliviada cuando por fin se fueron.

El resto de clientes, que habían seguido el desaguizado medio molestos, medio divertidos, volvieron a sus menesteres. Con un escueto gesto de la cabeza, Judith se despidió de las dependientas y salió por una puerta lateral a la amplia escalera que conectaba la tienda con la fábrica.

Ahí empezaba la vibrante vida interior de la empresa, un reino encantado de cacao, azúcar y especias que Judith adoraba desde que, de niña, entró por primera vez, embelesada y maravillada, en la fábrica de chocolate. Sin embargo, en ese momento sentía un nudo en el estómago, algo que no era nada habitual.

Durante el desayuno, su padre había dejado caer que tenía algo importante que hablar con ella por la tarde y Judith llevaba todo el día preguntándose de qué se trataría. Ese tipo de vaguedades no eran propias de él y, como la curiosidad e inquietud que Judith sentía eran cada vez más grandes, había decidido ir a verlo a su despacho de inmediato. Tal vez pudiera darle alguna pista, aunque Judith sabía que a su padre no le hacían ninguna gracia las visitas personales en horario de trabajo.

Ignorando las advertencias de su conciencia, subió con decisión los escalones hasta el piso superior del edificio, donde se encontraban las oficinas de la empresa.

Un silencio industrioso recibió a Judith cuando entró en la oficina. Una docena de caballeros en traje y corbata se afanaban en escritorios de madera lacada de roble. Con total concentración, llevaban los libros de cuentas sobre la actividad y la producción de la fábrica de chocolate. Allí olía a tinta y a

papel, a abrillantador, a encerado y al agua de colonia de los empleados. Cuando estos advirtieron la presencia de Judith, uno de ellos se le acercó apresuradamente.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Rothmann?

—¿Está mi padre en su despacho?

—Por supuesto. Enseguida la anuncio.

—No será necesario. ¿Está solo?

—Ahora mismo no tiene ninguna visita, señorita.

Judith asintió. Mientras el contable regresaba a su mesa, se dirigió a un despacho que se encontraba en el extremo opuesto de la oficina, llamó a la puerta acristalada de colorida filigrana y entró.

En pie junto a la ventana, su padre contemplaba la calle que había delante de la fábrica. Al oír a Judith, se giró con un respingo, como si acabaran de sorprenderlo haciendo algo prohibido.

—¡Judith! —Parecía irritado—. ¿A qué has venido? —Regresó de inmediato a su imponente escritorio, meticulosamente ordenado, en cuyo centro había un libro de cuentas abierto—. ¿Han vuelto a meterse en un lío tus hermanos?

—No, padre —afirmó Judith con una sonrisa cauta—. Esta vez no.

—Pues estaría bien que fueras a encargarte de ellos antes de que pase algo.

—No se preocupe, padre, Robert los está vigilando.

El mayordomo de la familia se había llevado a sus alborotadores hermanos gemelos de ocho años a hacer un recado.

—He venido porque tengo una sugerencia que hacerle —empezó Judith. Esperaba poder sonsacarle qué era aquello tan importante que quería decirle si le hablaba de negocios.

—Ahora no tengo tiempo —replicó su padre mientras echaba mano de un lápiz—. Será mejor que te vayas a casa. O que ayudes a preparar los paquetes de muestra para los viajantes. Hablaremos por la noche.

—Pero es que creo que es algo importante. —Judith no iba a amilanarse fácilmente—. Siempre anda usted buscando nuevas ideas para productos, ¿no es así?

—¿Y tú vuelves a tener algo que decir al respecto?

Judith ignoró el sarcasmo que rezumaban sus palabras.

—Sí, si me lo permite. Aún es algo pronto, pero hay cosas que deben planificarse bien. Es lo que siempre dice usted, padre. Y por eso pensaba que tal vez sería buena idea ofrecer helados este verano.

Su padre soltó una risa mordaz.

—¿Y eso es lo que entiendes tú por importante? Anda, Judith, hazme el favor y déjame trabajar. Aquí está todo patas arriba. No puedo ponerme a pensar en helados.

—Hay ideas que no pueden aplazarse —insistió Judith—. Acabo de ver unos niños en la tienda que, de bien seguro, estarían encantados con un helado. Hay que pensar en muchas cosas, por supuesto, como el almacenaje en frío y el transporte, pero...

—Venga, cállate, por favor. —Su padre se impacientó—. Tal vez tu idea tenga algún interés, pero aquí estoy con el agua al cuello. Vete a casa. Lo mejor será que mande llamar a Theo para que te lleve. Y en verano, de todas formas, tendrás mucho que hacer como para andar preocupándote por la producción de helados.

Judith aguzó el oído.

—¿Qué quiere decir con eso, padre?

—No quiero decir nada. —Tamborileaba con los dedos sobre la mesa—. Sabes perfectamente lo que un padre puede esperar de su hija adulta. Pronto estarás ocupada completando tu ajuar.

Durante un momento, un silencio tenso se apoderó de la habitación mientras Judith intentaba hacerse a la idea de lo que acababa de oír.

—Quiere decir que tengo que...

—Vas a casarte, eso es lo que quiero decir. Tienes veintiún años, edad de sobra para ello. Iba a decírtelo esta noche, pero ya está. Ahora ya lo sabes.

Y, con eso, volvió a zambullirse en su trabajo.

—Pero ¿con quién voy a casarme? —preguntó Judith horrorizada. Apenas podía creer lo que su padre acababa de decir, por más que hiciera tiempo que barruntaba algo así—. Si no tengo ningún pretendiente, ¿verdad?

—Aún no, pero eso no seguirá así mucho tiempo —respondió su padre mientras empezaba a llenar de anotaciones una hoja del libro de cuentas—. Te presentaré en sociedad en el momento adecuado. Confía un poco en mí.

A Judith le temblaban las rodillas. Su mal presentimiento no iba errado. Era eso lo que quería decirle. Iba a casarla sin que ella tuviera ni voz ni voto.

Le costó mucho contener el impulso de contestar con una grosería. Una contestación fuera de lugar no haría más que empeorar las cosas. Apretando los puños, giró sobre sus talones y salió precipitadamente del despacho. Con las botas repiqueteando sobre la madera, corrió escaleras abajo mientras por las mejillas le corrían lágrimas que no quería dejar salir.

¿Era mucho pedir que esperara un poco antes de casarla? Al menos hasta que ella pudiera elegir un marido por sí misma. Un hombre que le gustara, para empezar. Y que aceptase, quizá incluso que apreciase, lo mucho que a ella le encantaba trabajar en la fábrica de chocolate y entendiera que no quería marchitarse encerrada en casa como su madre.

Judith se arrebuja en su abrigo y salió a enfrentarse a la tarde lluviosa. No notaba ni la lluvia ni el frío mientras deambulaba sin rumbo por las calles de Stuttgart hasta que se encontró en la estación del tren cremallera. Subió a uno de los trenes con destino a Degerloch, el balneario de montaña junto a la antigua villa real, donde vivía con su familia en una finca dentro de una urbanización de reciente construcción. Durante el trayecto a casa, su desesperación se convirtió en su espíritu rebelde habitual. Nadie debería poder decidir así sobre su vida y su futuro. Ni siquiera su padre.

2

Fortaleza prusiana de Ehrenbreitstein junto a Coblenza, finales de febrero de 1903

DEL CIELO NEBLINOSO de la mañana caía una luz pálida que no llegaba a acariciar la tierra y no lograba ahuyentar ni el frío de la noche ni sus sombras. En el aire preñado de niebla y del humo que salía de las numerosas chimeneas se perdían los colores y las voces, se difuminaban los contornos de la ciudadela y hasta la poderosa corriente del río Mosela, que corría a los pies del promontorio rocoso desde tiempos inmemoriales, parecía enmudecer.

El chasquido familiar del pestillo de la puerta de su celda al abrirse quebró la quietud de la mañana. Victor, que se encontraba junto a la ventana enrejada, el único lugar por el que la luz del día penetraba la austera habitación, se dio la vuelta e hizo un gesto con la cabeza al guardia que acababa de entrar.

Había llegado la hora.

Por última vez, recorrió la celda con la mirada, sus humildes muebles de madera y el camastro de hierro sobre el cual había dejado doblada con pulcritud la manta de cuadros blancos y azules. Entonces se puso su abrigo raído, levantó del suelo su gastada maleta, tomó su sombrero y siguió al guardia hasta el exterior de la fortaleza, bajo el frío hostil de la mañana. Cruzaron el patio superior hasta llegar al frente este. Se detuvieron un momento ante las cuatro columnas del pórtico y Victor admiró una vez más el efecto de la fachada amarillo pálido del edificio, cuyo estilo clásico contrastaba con la apariencia marcial del resto del fuerte. Finalmente, lo condujeron al despacho del comandante de la fortaleza en el primer piso, encima de la guardia principal.

Cuando volvió a salir al exterior media hora más tarde, pidió al guarda que lo dejara solo un momento. Este asintió y se detuvo mientras Victor pasaba junto a un grupo de soldados que se ejercitaban en el espacioso patio y

se acercaba al muro exterior. En silencio, dejó el equipaje y se inclinó sobre la inmensa muralla.

Apenas se intuía la vista espectacular que, en días claros, se disfrutaba de Coblenza y los dos ríos, que describían en ese punto una larga curva antes de emprender su viaje en común hacia el norte. Las casas, los prados y los campos no eran más que siluetas. Las lejanas cimas de las montañas del distrito de Vulkaneifel, con sus lagos tranquilos y sus bosques frondosos, no se veían en absoluto.

Victor suspiró.

Se había imaginado de otra forma sus primeros instantes de libertad. Había soñado incontables veces con apoyarse en ese muro, como un pájaro estirando las alas. Había querido contemplar aquella inmensidad desde una atalaya antes de volver a apoderarse del mundo... y de que el mundo volviera a apoderarse de él.

El día de febrero inclemente y neblinoso hizo que disfrutara menos del momento, pero no iba a amargarse. Tras las duras lecciones aprendidas los últimos años, debía sobreponerse a las circunstancias adversas. Ya había pasado todo y eso era lo único que importaba. Se giró con brusquedad, recogió su maleta y se dejó acompañar los últimos metros.

El camino a la libertad pasaba por el puesto de guardia de la puerta de piedra hasta el fuerte Helfenstein, río arriba, y desde allí había que ir cuesta abajo, dejando atrás más puestos de guardia y puertas hasta llegar al pueblo de Ehrenbreitstein.

A cada paso que daba por la tosca calzada de roca cubierta de maleza, Victor ponía tierra de por medio con la inmensa y supuestamente inexpugnable fortaleza que se alzaba por encima de él. Las finas suelas de sus zapatos resbalaron más de una vez por culpa del suelo fangoso. Consiguió recuperar el equilibrio después de cada traspie, y eso lo llenó de un orgullo exagerado. Soplos intermitentes de viento le frotaban la nuca con un frío húmedo que lo hacía estremecerse. Cuando por fin llegó a la ciudad, las rodillas le temblaban del esfuerzo.

Tuvo que esperar en el puente de barcos a que el pontón se cerrara tras un pequeño barco de vapor, después de lo cual cruzó el Rin, pagó el peaje de dos pfennig y alcanzó por fin el paseo fluvial junto al Rin a su paso por Coblenza.

El manto de nubes se había deshilachado.

Victor titubeó.

Entonces miró hacia atrás por última vez, al monumento que se alzaba desafiante sobre el acantilado, cuyos muros bastos y sin encalar se iban

dibujando lentamente a medida que avanzaba el día.

La fortaleza de Ehrenbreitstein había sido su prisión durante dos años; testimonio afilado del poder prusiano al oeste del Reich, era una inmensa maraña de pasillos, puentes, vías de suministro, habitaciones de soldados, viviendas, cámaras de artillería, muros de un metro de grosor, zanjas y puertas. Ahí había hecho penitencia por un duelo que habría preferido evitar y cuyo desafortunado resultado lo había lanzado de cabeza a la categoría de criminal condenado. Al menos había tenido el privilegio de ser destinado honrosamente al presidio de la fortaleza en Coblenza, lejos de Berlín y de los recuerdos acuciantes que asociaba a su ciudad natal.

Oyó gritos y risas, la sirena de un barco, el ladrido de un perro. El mundo había recuperado la voz y hasta el crudo viento invernal le parecía lleno de vida.

Echó a andar con ímpetu. Sus piernas parecían llevarlo cada vez más deprisa y una repentina felicidad le recorría la cabeza y el cuerpo. Sin embargo, a pesar de la euforia que lo envolvía, era muy consciente de que la libertad que acababa de recuperar no solo entrañaba un sinfín de posibilidades, sino también un cierto peligro. Y, con la misma voluntad con la que pretendía empezar su futuro, iba a tener que hacer las paces con su pasado.

Llegó al imponente edificio de piedra de dos pisos de la estación de tren de Coblenza. El paseo lo había hecho entrar en calor, aunque su respiración se condensaba en el aire tan pronto el aliento pasaba entre sus labios. Compró un billete y tomó asiento en un banco de la sala de espera. Faltaba una hora para que llegara su tren.

En una esquina del amplio edificio descubrió a un niño y una niña, probablemente hermanos, revoloteando alrededor de una máquina expendedora. Su institutriz estaba sentada no muy lejos de ellos, aburrida, con la nariz enterrada en un libro. Los niños parecían estar disputando una pelea en toda regla por el contenido de la máquina en la que la niña no le iba en absoluto a la zaga a su hermano. Finalmente, ella enarboló con gesto triunfal una pequeña tableta. Chocolate, comprobó Victor, divertido. Con el tesoro en la mano, la niña echó a correr, y su hermano, con cara larga, no tardó en salir detrás de ella.

Victor no pudo contener su curiosidad. Las máquinas expendedoras siempre lo habían fascinado, y esa parecía bastante nueva. Se levantó y observó discretamente el aparato. Stollwerck. Era una empresa de Colonia que llevaba años distribuyendo sus dulces de forma muy innovadora y que

vendía sus máquinas expendedoras por todo el mundo para ofrecer, entre otras cosas, jabón, pero también billetes de tren en las estaciones.

La máquina, de hierro fundido pintado de azul y gris, le llegaba hasta la barbilla. Tras un escaparate de cristal enmarcado se veían varios cajones que contenían tabletas de chocolate. Encima, una ranura para introducir las monedas y una placa lacada que explicaba el funcionamiento del aparato. Una tableta costaba diez pfennig. Victor hizo un rápido cálculo del valor de las chocolatinas expuestas en la máquina y llegó a la conclusión de que aquel era un negocio de lo más lucrativo para la empresa Stollwerck. Renunció a comprar una chocolatina, pero sintió que su mente creativa despertaba. Mientras regresaba a su asiento, empezó a imaginar un artilugio parecido a esa máquina expendedora.

Tan pronto se asentara en su nueva ciudad y encontrara un lugar donde vivir, intentaría elaborar un diseño. Seguía pensando en ello cuando sacó un papelito doblado del bolsillo del pantalón en el que había anotada una dirección: «Edgar Nold, Silberburgstrasse, Stuttgart».

A Victor nunca se le habría ocurrido elegir Stuttgart como lugar para probar suerte después de su liberación, pero, desde que un compañero de cárcel le había recomendado encarecidamente la antigua villa real en el sur del país, no se la quitaba de la cabeza. Stuttgart parecía una ciudad emergente, que ofrecía buenas posibilidades laborales, y se encontraba lo bastante lejos de Berlín como para asegurarle un nuevo comienzo sin trabas. Allí nadie sospecharía de él.

Pocos días antes, su compañero le había dado la dirección de un pariente lejano, un tal Edgar Nold, que lo acogería a su llegada. Así le sería más fácil asentarse en su nuevo entorno.

El tren de Victor llegó al fin con un fuerte pitido y se detuvo con un chirrido de los frenos. Un coloso de acero, rodeado de vapor y nubes de humo. Los viajeros se apearon de los vagones de primera clase. Iban envueltos en cálidos chales o largos abrigos y los caballeros llevaban los sombreros bien calados. Algunas de las señoras se cubrían con valiosas pieles y escondían las manos en manguitos forrados de pelo mientras sus criados se afanaban con el equipaje y se apresuraban a abrir paraguas que protegieran a sus señores de las inclemencias del tiempo. Los menos afortunados descendieron del resto de vagones, llevando consigo su propio equipaje. Todos se dirigieron hacia la salida a toda prisa.

Victor salió de la estación y fue al andén. Esperó con paciencia a que el gentío de pasajeros se hubiera repartido entre los vagones. Guardó su maleta

en un compartimento de tercera clase, se sentó en el banco de madera y contempló las idas y venidas por el andén a través de la ventana empañada.

Las puertas por fin se cerraron. Con un pitido estridente, el tren se puso en marcha con esfuerzo.

Su nueva vida había empezado.

3

Stuttgart, residencia de los Von Braun, una tarde de marzo de 1903

AQUEL LÍQUIDO VERDE rielaba de una forma apetecible. Los reflejos de la absenta quedaban atrapados en cada una de las tres copas globo de cristal que había sobre la mesa y, a la media luz de las velas, daban como resultado el ambiente único de una *heure verte* francesa.

El ánimo de los tres jóvenes, que se habían reunido esa tarde para llevar a cabo un extravagante ritual que hacía tiempo que compartían, era, como no podía ser de otro modo, distendido.

Fue el esbelto Edgar Nold quien trajo la primera botella de aquella bebida de ajeno de un viaje a París, muy impresionado por la elegante desidia con la que los intelectuales franceses celebraban la «hora verde». Su alma de artista se había rendido a los encantos de aquel licor, cuyo regocijo prometía mucho más que una embriaguez absoluta. Lo embargaba la sensación de elevarse de una forma muy peculiar por encima de todo, libre de molestias e incomodidades. Verdaderas molestias e incomodidades, como el éxito como pintor que nunca le llegaba. Ojalá no le costara tanto capturar paisajes realistas sobre el lienzo o realizar retratos. Había mucha demanda de ambas cosas entre las familias respetables de Stuttgart, dispuestas a pagar generosamente, pero su talento no consistía en la réplica fidedigna de la realidad ni en semblanzas aduladoras de una élite engreída. Llevaba tiempo, en cambio, trabajando con filigranas decorativas y delicados diseños florales que resultaban alegres y livianos en lugar de pomposos y recargados. Era cierto que le reportaban poco dinero, pero Edgar tenía fe en su talento. Había visitado Múnich en varias ocasiones y allí había encontrado a una nueva generación de artistas, gente como él, algo que lo había animado a intentar comenzar una carrera como ilustrador de la revista *Jugend*. La publicación se había fundado hacía siete años y era un foro popular para aquella nueva corriente artística. El amable pero inequívoco rechazo que recibió su solicitud lo había afectado mucho: sus dibujos, le dijeron, eran demasiado

tradicionales. Edgar ya no entendía el mundo. Para Stuttgart era demasiado moderno; para Múnich, demasiado conservador.

Más tarde, de eso hacía pocos meses, había vuelto a trasladarse a la capital francesa. Su padre le había pagado el billete de mala gana y le había recriminado que, a sus casi veintiocho años, siguiera dependiendo económicamente de él. Sin embargo, ese viaje resultó ser la pieza que faltaba en el rompecabezas: Edgar por fin pudo ver su futuro con claridad. En sus numerosos paseos por París se había dedicado a estudiar los carteles de publicidad que colgaban por todas partes de muros y columnas y anunciaban todo lo imaginable: cigarrillos o licores, un sastre de caballeros, una librería, la ópera, teatros o locales de entretenimiento como el Moulin Rouge. Había observado carteles de años anteriores en las galerías de arte, seducido por el estilo minimalista del difunto Henri de Toulouse-Lautrec y los atrevidos diseños coloristas de un tal Jules Chéret.

Cuando por fin regresó a casa tras unos días y noches agotadores, había tomado una decisión: su oficio sería el dibujo de carteles publicitarios y el diseño de envoltorios. Entretanto, había caído en sus manos un ejemplar del *Lehrbuch des modernen Geschäftspropaganda* (Manual de la propaganda comercial), de Bruno Volger. Desde entonces, se afanaba en plasmar las ilustraciones que había en su interior mientras desarrollaba un estilo propio con la esperanza de poder poner un pie en el mundo de la publicidad y acabar por fin con sus estrecheces económicas. Tarde o temprano lo conseguiría.

Un débil tintineo interrumpió sus pensamientos sombríos y lo devolvió a la realidad.

Se pasó la mano por el pelo castaño claro y observó cómo Max, a su lado, ponía un terrón de azúcar sobre una cucharilla de plata con agujeros colocada sobre una de las copas.

Se conocían desde niños. Los tres eran hijos de prósperos empresarios cuyas familias eran amigas desde tiempos inmemoriales. Max, heredero del exitoso fabricante de maquinaria Ebinger; Albrecht von Braun, retoño del por aquel entonces banquero más influyente de Stuttgart, y él mismo, el pintor bohemio cuyo padre poseía una fábrica de jabón que andaba de capa caída en los últimos tiempos y veía con desprecio e incompreensión las ambiciones artísticas de su hijo.

Max le guiñó un ojo.

Edgar también se acercó una copa y una cucharilla para absenta y tomó un terrón de azúcar. Había llegado el momento de disfrutar de un rato de charla distendida entre hombres.

—A ver, Ebinger. Me he enterado de que pronto heredarás de tu viejo, ¿es cierto? —preguntó a su amigo mientras preparaba su cucharilla plateada igual que este había hecho antes.

—¡Ni dentro de cien años!

—Claro que no, pero dentro cincuenta, tal vez...

—Déjalo, Nold —intervino el jovial Albrecht, igual de ocupado con los preparativos de su bebida—. Sabemos que Max no tiene ningún interés en las máquinas tejedoras. Y que su padre preferiría hundir la empresa antes que dejársela a él.

—Piensa en lo bien que estarías, Ebinger —prosiguió Edgar—. Pide que te pongan una mesa y deja que tu padre siga al mando. Y, mientras, continúas trabajándote a todas las doncellas de Stuttgart.

—Ya se las ha cepillado a todas —dijo Albrecht mientras situaba su copa, debidamente lista, bajo uno de los cuatro grifos metálicos de la fuente de absenta que había en el centro de la mesa.

—¡Y hace tiempo ya! —contestó Max con sorna.

—Entonces deberías plantearte probar suerte en Berlín o en Múnich —le aconsejó Edgar—. Yo te recomiendo Múnich. Allí las mujeres son rollizas, toscas y dispuestas.

—Voy a irme a Italia —afirmó Max.

—¿Por aquella chica? —preguntó Albrecht, sinceramente sorprendido.

—¡Pues claro que por ella! —respondió Max con sarcasmo.

—Qué interesante, Ebinger —opinó Edgar—. Italia. ¿Y tu viejo te dejará ir?

—Es cosa mía, no suya.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—No lo sé. Varias semanas, algunos meses.

Edgar soltó un silbido de admiración.

—Fíjate, eso no lo sabía. Tu padre va contando a todo el que quiera escucharlo que vas a entrar en la dirección del negocio. De un largo viaje no dice nada.

—Es que no lo sabe.

Albrecht soltó una exclamación ahogada mientras Max también ponía la copa bajo la fuente de absenta y abría cuidadosamente uno de los pequeños grifos.

Un delicado chorro de agua helada cayó sobre el terrón de azúcar y se coló por los agujeros de la cucharilla hasta alcanzar la absenta que había

dentro de la copa. Entonces se produjo el efecto *louche*, que convirtió el color verdoso del licor en un líquido de un blanco lechoso.

—¡Ha despertado al hada verde! —exclamó Albrecht asombrado—. Es claramente bellísima y abiertamente mujer, Ebinger. ¡Lo que a ti te interesa!

Él también abrió un grifo y observó con fruición cómo el hada verde de su copa cobraba vida.

—No creáis que yo he desistido de encontrar una mujer —informó con voz sugerente—. Todo lo contrario.

Miró a sus amigos.

—¡Vaya, vaya, cuenta! —lo animó Edgar mientras abría también un grifo.

—¿Conocemos a la dama? —preguntó Max, que parecía aliviado de que la conversación hubiera dejado de girar alrededor de sus planes de viaje.

—La hija de Rothmann —aseguró Albrecht en tono triunfal.

—¿Judith Rothmann? ¿En serio? —Max se quedó mirando a Albrecht con perplejidad mientras meneaba la cabeza, incrédulo—. Nunca lo habría dicho.

Satisfecho, Albrecht dio un sorbo a su copa.

—Muy guapa —afirmó Edgar—. Pelo rubio y ojos azules. Una mezcla de cobalto y azul ultramar. Y tiene una figura admirable... —Dibujó con un gesto de la mano una silueta voluptuosa. Max no pudo evitar lanzar una pulla al poco agraciado Albrecht:

—Cuando se trata de dinero, las mujeres tienen pocos remilgos.

—Su padre está forrado, el dinero no tiene nada que ver —opinó Albrecht, molesto.

—Siempre tiene algo que ver —contestó Max.

—No hagas caso a Ebinger —medió Edgar mientras alzaba la copa—. ¿Podemos brindar con absentia por la buena noticia?

—Con absentia brindamos por nuestra soltería, amigos míos —respondió Max con vehemencia.

—Ya, para ti el matrimonio no significa nada, Ebinger —se burló Albrecht, que seguía escamado—. Una sola mujer te duraría una semana, como mucho.

—Bueno, igual la hija de Rothmann me duraría dos —intervino Max con una sonrisilla.

Albrecht resopló.

—¿Y cuándo va a ser el gran día? —preguntó Edgar para calmar los ánimos.

—Aún no se ha fijado. —Albrecht vació su copa de un trago.

—Pero ya has hablado con ella, ¿no? —lo mortificó Edgar.

—En persona, no. Mi padre habló con su padre. Y ya está todo decidido.

—Bueno, entonces ya no hay nada que se interponga entre vosotros. ¡Estamos contigo! —Edgar se alegraba sinceramente por su amigo.

—¿Y no tiene la novia algo que decir en todo este asunto? —De repente, la voz de Max había adquirido un tono cortante.

—¡No estarás celoso, Ebinger! —gritó Edgar perplejo, mirando alternativamente a Max, moreno y atlético, y a Albrecht, paliducho y rollizo.

Max se limitó a enarcar una ceja.

—Ya sabéis —recalcó Albrecht— que las cosas importantes las deciden los hombres. Ha sido siempre así. Estos asuntos no conciernen a las mujeres, su mente no está hecha para tomar decisiones tan... importantes.

—Yo no estoy tan seguro —repuso Max.

—Se dice que Judith Rothmann es obstinada y ambiciosa. Yo no tengo tan claro que ya esté dicha la última palabra —añadió Edgar.

A Albrecht se le estaba subiendo a la cabeza el segundo vaso de absenta y se echó a reír con ganas.

—Ay, amigos míos, esta vez me toca a mí y, aunque no os lo creáis, ¡me casaré con la hija de Rothmann! Su viejo ya le habrá enseñado la obediencia debida. A vosotros os quedan el resto de señoritas de Stuttgart. A ti, Max, incluso una italiana de sangre ardiente, si tus planes de viaje salen bien.

Max revolvió su copa e hizo ver que no había oído esto último.

—Claro que sí, Albrecht. Además, seguro que Judith Rothmann deja frío a Max, él tiene la vista puesta en otros objetivos. —Edgar intentó poner paz—. No sería tan idiota de acercarse a una joven. Se arriesgaría a tener que casarse en un abrir y cerrar de ojos. Y para ti, eso sería la antesala del infierno, ¿a que sí, Ebinger?

—Desde luego —respondió Max, lacónico, mientras dejaba gotear la cuchara y la ponía a un lado.

—Por cierto, tengo un compañero de piso desde hace poco —explicó Edgar para cambiar de tema—. Un expresidiario de Ehrenbreitstein.

—¿Dónde queda eso? —preguntó Albrecht con curiosidad por el nuevo tema de conversación.

—En Coblenza —respondió Edgar—. Lo encerraron por un duelo, es todo lo que sé. No me ha contado gran cosa.

—Si lo encarcelaron por un duelo, debía de ser militar —dijo Max—. Por lo que sé, hoy en día solo los militares se enzarzan en duelos.

—Podría ser. Viene de algún lugar de Prusia, según me contó —dijo Edgar pensativo—. Mi dirección se la dio uno de mis tíos, que está

cumpliendo condena en Ehrenbreitstein. Debe de tratarse del poeta loco, un hermano de mi madre de Coblenza. Se metió en apuros por culpa de sus poemas. Creo que mi madre es la única que todavía le escribe de vez en cuando.

—Así que has metido en tu casa a un expresidiario —concluyó Albrecht—. Hace falta valor.

—Me parece de fiar. Y ya ha encontrado trabajo en la cervecería Dinkelacker. No creo que se quede conmigo mucho tiempo —explicó Edgar.

—Lo que tú digas —dijo Albrecht con afabilidad—. En lo que a mí respecta, tengo hambre. ¿Subimos a Degerloch a comer algo en el Löwen?

—¿Y a hacer una parada en casa de los Rothmann? —preguntó Edgar para provocarlo.

Albrecht sonrió.

Max apuró la copa de un trago.

—También podemos comer algo aquí.

—Sí, mejor nos quedamos aquí. Pero estirar las piernas y tomar un poco el aire no nos vendrá mal. ¿Qué os parece el Adler? —propuso Edgar.

—Por mí, bien. —Max se levantó.

—Por la comida, los duelos y las mujeres —bromeó Edgar mientras salían de la casa del banquero y se ponían en camino.

4

Residencia de la familia Rothmann en Degerloch, cerca de Stuttgart, principios de julio de 1903

UN VERANO CALUROSO se había abatido sobre el país. A Judith le gustaba mucho la estación estival, pero con los días largos había vuelto la preocupación de que su padre fuera a poner en práctica pronto su propósito de casarla. Aunque el tema apenas se había mencionado en los últimos meses, hacía poco, mientras cenaban, se había deshecho en detalles sobre la boda de un pariente lejano mientras lanzaba a Judith una mirada cargada de intenciones.

—¿Por qué las mujeres tenemos que casarnos a cualquier precio? —suspiró, siguiendo con atención los gestos de su doncella en el espejo del tocador mientras esta le arreglaba el pelo como todos los domingos por la mañana. La luz del sol que entraba a raudales por la ventana le hacía cosquillas en la nariz. Reprimió con esfuerzo un estornudo que habría puesto en peligro su peinado.

—Casarse no tiene nada de malo, señorita —respondió Dora mientras sacaba el rizador del fogón—. Muchas doncellas soñamos con poder empezar nuestra propia familia.

—¿Muchas? ¿Tú también, Dora? —preguntó Judith mientras se ponía a jugar con un tarro de crema de la bandeja que tenía delante.

—No sé muy bien con qué soñar, señorita Judith. El problema de los sueños es que normalmente no se cumplen. —Dora separó cuidadosamente un mechón de la melena de Judith, que le llegaba hasta la cadera, y lo enrolló alrededor del rizador. Ya había transformado la mitad de la cabellera de Judith en un mar de ondas regulares, un procedimiento que, por suerte, no era necesario a diario. Solo después de que Judith se lavara el pelo con jabón y se lo aclarara con vinagre hacía falta volver a echar mano del rizador para devolverle su esplendor habitual. Aunque el cabello de Judith nunca quedaba liso; si se lo dejaba secar al natural, se rizaba solo.

—Pero supongamos que sí se hacen realidad. ¿Qué desearías, Dora?

—Me gustaría mucho viajar, señorita.

La respuesta sorprendió a Judith.

—¿No te gusta estar con nosotros?

—Sí, claro que me gusta. Pero ver otros lugares estaría muy bien.

Judith reflexionó unos instantes y, mientras lo hacía, se apoyó el dedo índice sobre el labio inferior, una costumbre de su infancia que aún conservaba.

—Claro, eso lo entiendo. A mí me gustaría visitar a mi madre en el lago de Garda. Lo que nos cuenta de ese lugar parece maravilloso. Me encantaría ver ese lago tan enorme y las montañas. —Judith cerró los ojos un momento—. Pero, por encima de todo, me gustaría volver a ver a mi madre. —Su voz se tiñó de una tristeza silenciosa.

—Sí, aquello tiene que ser precioso —dijo Dora para consolarla—. Y seguro que la señora pronto se pondrá bien y volverá a Stuttgart.

—Eso espero —dijo Judith—. Hace mucho tiempo que se fue.

Dora le indicó a Judith que girara un poco la cabeza y volvió al ataque con el rizador.

—Necesita estar tranquila. Su médico de allí ya sabrá cuándo puede dejarla volver a casa.

Judith cambió de tema.

—¿Cuántos años hace que estás en esta casa, Dora?

—Cuatro, señorita.

—¿Y antes? ¿Dónde estabas?

Dora titubeó.

—Bueno, estuve en otros sitios, pero aún tenía que aprender —explicó vagamente.

De golpe, Judith fue consciente de lo poco que sabía del servicio de su propia casa, aunque la mayoría vivieran bajo su mismo techo.

—¿Cuántos años tenías cuando te fuiste de casa? —preguntó con cautela, aunque notaba que el tema incomodaba a Dora.

—Tenía quince años. Ya no era tan joven. Babette tuvo que colocarse a los doce.

Dora había terminado de ondular el pelo de Judith y empezó a hacerle un peinado sencillo para salir a pasear. Agrupó unos cuantos mechones en la nuca para hacerle una trenza y cardó el resto del pelo para enmarcar el rostro de Judith en una suave onda. Finalmente, hizo un moño con la trenza y lo fijó con horquillas.

Judith contempló satisfecha el resultado en el espejo.

—Precioso, como siempre, Dora.

—Muchas gracias, señorita. —Dora sonrió, contenta. A continuación, su rostro adoptó una expresión pensativa—. ¿Me permite preguntarle por qué no es partidaria del matrimonio, señorita Rothmann? Al fin y al cabo, para una mujer es algo bueno tener un hombre que se ocupe de ella.

—Ay, no sé cómo explicártelo. Creo que, por encima de todo, me molesta que a las mujeres nunca nos pregunten nuestra opinión. Siempre hay alguien que decide que una tiene que casarse y, peor aún, con quién.

—Pero —replicó Dora— quizá en el caso de las jóvenes de su posición los padres saben quién es mejor para la familia y que pueda ofrecerles la vida a la que están acostumbradas.

—Tal vez eso sea cierto, Dora. Pero, sin embargo, me gustaría elegir por mí misma si quiero casarme y, sobre todo, con quién. Al fin y al cabo, es algo que me concierne a mí, no solo a la familia o al dinero. Además, nada me da más miedo que un esposo que me diga lo que puedo y no puedo hacer.

—No tiene por qué ser así —dijo la doncella—. El hombre tiene un dominio en el que toma las decisiones. Pero la casa es el reino de la mujer. Allí podrá hacer y deshacer como guste.

—Tal vez eso sea cierto en tu caso, Dora. Y seguro que a muchas mujeres eso les compensa. Pero a mí no me atrae especialmente la idea de encargarme día tras día de la casa y de los niños. No hacer nada más que eso. A mí me gusta pensar que...

Justo entonces llamaron a la puerta.

Judith y la doncella cruzaron una mirada.

—Sí, ¿quién es? —preguntó Judith, y Margarete, el ama de llaves, entró.

Judith advirtió enseguida su expresión preocupada.

—Disculpe, señorita. Tengo que llevarme a Dora. El señor nos ha convocado a todos en el recibidor.

Aquello no presagiaba nada bueno. Reunir al servicio un domingo cualquiera por la mañana antes de misa solo podía significar que algo había pasado.

Judith se quedó intranquila. La curiosidad era un defecto, lo sabía perfectamente, pero acalló su mala conciencia diciéndose que era su deber preocuparse por el bienestar de su doncella, que era casi una amiga. Y por eso era necesario enterarse de lo que estaba pasando.

En bata de andar por casa, salió de puntillas al pasillo y se asomó por el hueco de la escalera para ver el recibidor. Por lo general no era fácil escuchar

desde allí lo que sucedía abajo, pero la voz sonora de su padre había adquirido un timbre tan alto y penetrante que sus palabras llegaban hasta el segundo piso.

—El robo es un delito grave —decía—. Tal vez alguno de ustedes crea que ha robado a un hombre rico que tiene suficiente dinero para reparar los daños.

Judith bajó discretamente un par de escalones para ver mejor la escena. Su padre se había colocado ante el servicio, aunque tenía la mirada clavada en Robert, el mozo de los recados. Así que ya tenía un sospechoso.

—Pero quiero que sepan —continuó sin apartar los ojos de Robert— que un acto tan reprochable no se tolerará en esta casa y será castigado con absoluto rigor. ¡No hay escapatoria legal ni moral!

En circunstancias normales, un robo probado implicaba el despido fulminante del culpable, además de negarle referencias para futuros empleos. Judith lo sabía por experiencia, pues era algo que sucedía de vez en cuando. A menudo, el empleador afectado hasta publicaba anuncios al respecto. Y, por más que criticara a menudo a su padre por ser tan estricto, en este caso comprendía a la perfección su cólera y su dura reacción. Llevarse cosas ajenas estaba absolutamente prohibido. Por grande que pudiera ser la tentación.

Pero ¿quién sería capaz de robar? Judith también sospechaba solo de Robert. Dora nunca haría algo así, desde luego. Theo, el chófer, y Gerti, la cocinera, estaban con ellos desde hacía muchos años y Judith no podía concebir que fueran a ponerse a robar de repente. Babette, la criada, no hacía mucho que trabajaba en la casa, pero su actitud retraída hacía difícil sospechar de ella.

—¡Yo no he sido! —se defendió Robert en un tono tan alto como el que su padre había utilizado.

—¿Ah, no? —contestó el señor con tono de escarnio—. Entonces registraremos sus pertenencias en busca de los gemelos desaparecidos, Robert. Si se da por aludido, por algo será. —Dicho esto, agarró al muchacho por el cuello de la camisa.

Judith ya había tenido suficiente. Se disponía a retirarse de nuevo a su habitación, cuando oyó a su espalda unos susurros alarmados. Giró sobre sus talones, volvió a subir por la escalera y espantó a sus hermanos gemelos, que estaban espiando.

—¡Esto no es para que lo oigáis vosotros! —los riñó enérgicamente—. ¡Venga, a vuestra habitación!

—Judith, es que... —susurró Karl, que era el mayor por muy pocos minutos—. Tenemos que contarte una cosa.

—Sí, tenemos que contarte una cosa —repitió Anton, igual de rubio que su hermano—. ¡Es importante! ¡Mira!

Anton le puso a Judith el puño cerrado bajo la nariz.

—¿Qué tienes ahí, Anton?

A modo de respuesta, Anton abrió la mano.

—¡Anton! —A Judith le costó mantener la voz baja—. ¡¿En qué estabas pensando?!

—No he sido yo... —se justificó el niño, y Judith los metió a empujones en su habitación antes de que alguien los viera en el pasillo y se descubriera que habían estado escuchando a hurtadillas.

—Bueno —dijo muy seria una vez cerró la puerta—. ¿Qué está pasando aquí?

—Es que Karl... —empezó Anton, pero su hermano lo interrumpió al instante.

—Es que a Anton se le ocurrió que jugaríamos a los soldados —explicó Karl con actitud petulante—. Y como a los soldados siempre les ponen medallas...

—... A Karl se le ocurrió que buscáramos algo que pareciera una medalla —lo cortó Anton.

Los dos se quedaron en silencio.

—Ya veo —resumió Judith—: os pusisteis a jugar a los soldados y fuisteis en busca de medallas. ¿Y cómo, por el amor de Dios, habéis acabado con los gemelos de padre?

—Padre estaba en su despacho. Y pensamos que si en esta casa había alguien que tuviera una medalla, tenía que ser él —dijo Anton.

—Exacto —añadió Karl mientras observaba las idas y venidas de una hormiga que se paseaba por el alféizar de la ventana de Judith—. Pero, como en el despacho no podíamos entrar porque padre estaba dentro, nos metimos en su dormitorio. Y los gemelos brillaban tanto... —Miró a Judith y señaló los botones de oro y nácar que Anton tenía en la mano—... nos pareció que servirían.

—Te pareció —lo corrigió Anton.

—Podíamos ponérmolos en el ojal de la camisa sin que se cayeran. Por eso —insistió Karl.

—¿Sabéis que por vuestra culpa hay un inocente bajo sospecha? —preguntó Judith en tono cortante.

Los dos niños miraron al suelo afligidos.

—Haremos una cosa: voy a devolver los gemelos al dormitorio de padre. Vosotros montaréis guardia en el pasillo. Si viene alguien, Anton, vienes corriendo a decírmelo. Voy a guardarlos de forma que padre los encuentre cuando vaya a por su chaqueta para ir a la iglesia, pero en un sitio que no sea el habitual. Si todo sale bien, creará que él mismo los puso allí.

Los gemelos asintieron, agradecidos, y Judith los mandó a vigilar el pasillo. Luego puso en práctica su plan apresuradamente. En realidad, creía que los gemelos merecían un castigo, pero no quería estropear el domingo de buena mañana. Por eso se mostró indulgente.

Una hora más tarde, Judith, debidamente ataviada para ir a misa, se encontraba en el recibidor con Karl y Anton. Cuando su padre se acercó a ellos, las miradas de los tres se clavaron en los puños de la camisa, que asomaban por debajo de la manga del abrigo, en busca de los gemelos blancos.

Y ahí estaban. Los gemelos se encontraban en el lugar esperado. El rostro de su padre, sin embargo, estaba ensombrecido y Judith se dio cuenta de que se sentía profundamente avergonzado.

—¡Judith! —la llamó con brusquedad.

—¿Sí, padre?

—Esta mañana ha tenido lugar —dijo, carraspeando— un incidente. Quiero que después de misa vayas a ver a la señora Margarete y le notifiques que el problema ya está resuelto.

—Por supuesto —respondió Judith obediente, y no pudo evitar añadir—: ¿Debo decirle algo más?

5

ESA MISMA TARDE, otro plan infantil se puso en marcha en el jardín de los Rothmann.

—¿Tienes los fósforos?

—¡Ay, no, se me han olvidado!

—Jolín, Anton, qué burro eres.

—¡Voy enseguida a por ellos!

Anton se dio media vuelta y volvió a entrar en la casa por la puerta del sótano. Poco después reapareció y mostró a su hermano gemelo una cajita rectangular.

—¡Trae! —Karl le arrancó la cajita de la mano y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

—¡Pero si los he traído yo! —protestó Anton.

Karl no se dejó convencer.

—¡Yo soy el mayor! Además, a ti seguro que se te caen y los pierdes.

—No es verdad. Además, ¡solo naciste diez minutos antes que yo! —insistió Anton.

—¡Doce minutos! —Karl agarró el hatillo de tela en el que había escondido algunos troncos—. ¡Venga, Anton, vámonos! ¡Si no, no nos dará tiempo de hacer la hoguera! ¿Tienes las escopetas?

—¡Pues claro!

Anton señaló las dos escopetas de madera que llevaba al hombro, regalo de su padre por su cumpleaños el mes anterior, que completaban su equipamiento. Bien pertrechados, echaron a andar hacia el pueblo.

Ambos eran altos y fuertes para su edad. Raramente enfermaban y se recuperaban con rapidez cuando lo hacían. En las frecuentes escaramuzas con los niños del vecindario solían salir victoriosos. Sin embargo, su padre estaba preocupado, por un lado, por su escaso éxito académico y, por otro, por su falta de disciplina en la escuela. Y mira que se esforzaba en aplicar correctivos. Regañinas, bofetadas, prohibición de cenar o exilio a su habitación —o, en el peor de los casos, al sótano—, no había castigo que los

gemelos no hubieran probado en sus carnes. Pero las sanciones paternas resultaban ser tan poco efectivas como los azotes y las broncas de su profesor.

En un acto desesperado, el padre se había aferrado recientemente a un nuevo método revolucionario: les había puesto en las manos una novela de Karl May con la esperanza de que el gusto por la lectura los animara, por lo menos, a leer más. Lo que no habría sospechado era que Winnetou, el Caballero Rojo, no solo hubiera avivado su interés por la lectura, sino que hubiera resultado ser una fuente inagotable de ideas para aventuras de todo tipo.

Ese día, Karl había decidido recrear la escena de la ilustración de la portada: harían una fogata tan grande como la del dibujo, o más incluso. Anton, que era algo más cauto, pero se dejaba arrastrar casi siempre por su hermano, había llevado víveres y los dos tenían ya ganas de hincarles el diente a las tostadas con mantequilla con las que habían logrado hacerse. Las habían conseguido por medios no del todo honestos, pero eso a ninguno de los dos los preocupaba. ¿Para qué si no tenían una cocinera en casa?

Era una cálida tarde de domingo. Recorrieron la calle de la estación y llegaron al apeadero del tren cremallera, una construcción ancha a la que todo el mundo llamaba por el nada respetuoso mote de «la caseta del perro».

—No hemos traído nada de beber —constató Anton cuando llegaron al andén del cremallera—. Y tengo sed.

—Pues te aguantas. Estaba claro que algo ibas a olvidarte —protestó Karl mientras dejaba el hatillo de leña en el suelo. Anton dejó también las escopetas y la mochila. Miraron a su alrededor.

—Creo que será mejor que nos metamos detrás de la caseta del perro —propuso Karl al cabo de poco tiempo—. Por aquí hay gente.

—¿Quieres hacer una hoguera aquí? Mejor nos acercamos más al pozo —dijo Anton—, no vaya a ser que alguien llame a los bomberos y nos apaguen la fogata en un santiamén.

—Bah, esa zona es muy aburrida. Además, por ahí siempre rondan los hermanos Böpple y hoy no me apetece nada encontrarme con ellos.

A Anton tampoco le apetecía nada toparse con los bulliciosos Böpple, así que su resistencia enseguida cedió.

—Está a punto de llegar el tren de Stuttgart —dijo Karl—. ¡Date prisa!

Recogieron sus cosas apresuradamente y salieron al galope de la estación hasta quedar fuera de la vista de los pasajeros y los transeúntes. Y algo alejados de allí, junto al excusado, se pusieron manos a la obra.

VICTOR SE HABÍA subido al tren cremallera en la estación de Filderstrasse y emprendió con ganas el viaje a Degerloch que lo sacaría del valle en el que estaba situado Stuttgart. Había oído hablar tanto del balneario que había decidido ir a pasar el domingo allí y así hacerse una idea de la extensión de la agradable región de la meseta de Filder.

Se recostó en su asiento y vio pasar de largo el paisaje mientras la locomotora de vapor arrastraba jadeante los dos vagones montaña arriba. Los árboles plantados a ambos lados del terraplén resplandecían con un verde exuberante. Dentro del vagón, sin embargo, el aire era pegajoso a pesar de que las ventanas no tenían cristales, y el sudor de los numerosos pasajeros no contribuía en nada a mejorar el ambiente. Victor habría preferido hacer el trayecto en una de las plataformas descubiertas, pero no había encontrado sitio. Había demasiada gente en Stuttgart deseosa de aprovechar la tarde de domingo para escapar del clima de invernadero de la ciudad y respirar aire fresco en las laderas montañosas del bosque de Degerloch. Se decía que su aire era balsámico, que aliviaba y que incluso curaba los dolores. Victor iba dispuesto a dejarse sorprender.

Unos muchachos vestidos todos igual, probablemente miembros de alguna asociación, entonaron una canción veraniega. «No será la última hoy», se dijo Victor. Había oído que en Degerloch había numerosas tabernas que invitaban a entrar y que eran frecuentadas y disfrutadas por los excursionistas. Si se hacía caso de los rumores, los últimos domingueros emprenderían el camino de vuelta a Stuttgart a última hora de la noche y en un estado de embriaguez considerable.

Se aflojó la corbata. El tren cruzó el puente sobre una acequia y enfiló la cuesta haciendo que el entusiasmo de Victor creciera a cada metro ante el paisaje que se le ofrecía. Llevaba casi cuatro meses en la ciudad y, poco a poco, empezaba a sentirse como en casa de una forma extraña. Ello se debía en parte a que cada vez entendía mejor el dialecto suabo. Al principio, aquella forma de hablar no solo le había parecido incomprensible, sino prácticamente primitiva, pero había acabado por comprobar que aquellas vocales tan nasales y las expresiones rebuscadas casaban a la perfección con la mentalidad de aquella gente. Disciplinados, retraídos y con tendencia al rigor religioso. Pero, tal vez precisamente por eso, como si así compensaran su falta de cosmopolitismo, bullía en la ciudad una creatividad que contrastaba con los rostros taciturnos que a menudo se veían por la calle. Era evidente que Stuttgart se había propuesto acabar con la ventaja económica que le llevaban las otras metrópolis del país, debido sobre todo a una ubicación desfavorable

que dificultaba la comunicación por carretera y ferrocarril. La ciudad tampoco disponía de una vía fluvial navegable, así que se utilizaba el río Neckar a su paso por Cannstatt, a varios kilómetros del centro, algo que suponía un mayor esfuerzo en el transporte de mercancías. Pero si seguían trabajando con tanto ahínco, los suabos llegarían tarde o temprano a dominar la producción industrial y ya nadie podría disputarles el papel de pioneros, de eso Victor estaba seguro.

Se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo oscuro y corto. Si a principios de año alguien le hubiera vaticinado que el verano lo encontraría en aquel lugar, se habría echado a reír. Pero después de haber pasado un tiempo allí, tenía que admitir que le gustaba cada día más.

Poco antes de que el tren llegara a la altura del restaurante Wielandshöhe, aparecieron unas vistas particularmente hermosas de Stuttgart y sus innumerables torres. La locomotora silbó alegremente y Victor sintió un profundo respeto por el gran logro de ingenieros y constructores. Desde la estación de Talbahnhof hasta el apeadero del Filder debía de haber unos doscientos metros de altitud, y la cuesta empinada, en ocasiones con una inclinación de hasta el quince por ciento, estaba bordeada por frondosos huertos frutales. Ya se había instalado el tendido eléctrico a lo largo del recorrido del tren cremallera, aunque, por lo que se veía, aún no se había realizado la transición a esa fuente de energía moderna.

Finalmente, casi en la cima, el tren pasó traqueteando sobre un puente de hierro y Victor admiró el paisaje de majestuosas mansiones entre las que altas torres de filigrana de ladrillo con miradores apuntaban al cielo. Muchos pasajeros se apearon en la siguiente estación. Victor permaneció sentado, igual que los miembros de la asociación, cuyas canciones se habían convertido en una cacofonía de chistes y risas. Poco después, el revisor anunció, con el tono de voz de quien ha repetido lo mismo una y mil veces, que habían llegado al final de la línea. Victor se levantó y bajó detrás de los muchachos, que, como él sospechaba, fueron directos a la taberna más cercana.

Miró a su alrededor con interés. Pero lo primero en lo que se fijó no fue en el aire limpio y fresco, sino en un fuerte olor a humo. Nadie más que él parecía haberlo notado, pero los sentidos de Victor se habían agudizado durante su cautiverio, así que se detuvo para determinar su origen. Mientras la gente se desperdigaba rápidamente, él salió despacio del apeadero e inspeccionó la zona. De entrada, no vio nada fuera de lo normal. Rodeó el edificio bajo con entramado de madera y tejado a dos aguas, saludó

brevemente a los otros paseantes endomingados que pasaban por allí y contempló minuciosamente el entorno.

Una voz infantil y musical le llamó la atención.

—¡Karl! ¡Rápido, haz algo!

Respondió un segundo niño con evidente irritación.

—¡Ay, Anton! ¡Es que no haces nada a derechas!

—¡Apágalo! ¡Corre, si no arderá todo!

—No digas tonterías, la caseta no arderá tan deprisa. ¡Anda, ayúdame!

Victor apretó el paso.

—¡Que sí, Karl! ¡Que arde! ¡Cómo no va a arder, si es de madera!

El pánico que transmitían esas palabras era evidente, y en cuanto Victor llegó a la parte trasera del edificio después de dar la vuelta al depósito de trenes, se encontró con dos niños que se esforzaban por extinguir una fogata que se había descontrolado. Mientras uno intentaba apagar las llamas a golpe de mochila, el otro pretendía ahogarlas con una manta. A pesar de su esfuerzo, el fuego seguía lamiendo con ansia su alimento de madera.

—¡Apartaos los dos! —gritó Victor a los niños, que lo miraron sobresaltados.

Arrancó la manta de las manos de uno de los niños y golpeó las llamas impetuosamente. Pisoteó algunas lenguas de fuego que habían llegado al suelo. Entonces agarró la mochila y la arrojó sobre el centro de la fogata para apagarla.

—¿En qué estabais pensando? —preguntó Victor con brusquedad en cuanto hubo pasado el peligro.

Los dos niños se quedaron de pie uno junto al otro con expresión compungida y Victor no pudo reprimir una sonrisa a pesar de su enfado. «Una parejita de gemelos de lo más intrépida». Al observarlos más atentamente, enseguida advirtió las diferentes personalidades que se ocultaban tras su apariencia idéntica. Uno lo miraba sacando el labio inferior con expresión desafiante, mientras que en el rostro del otro se leían el alivio y la gratitud.

—Estábamos haciendo una hoguera —empezó a explicar el más atrevido de mala gana.

—Ya me había dado cuenta —replicó Victor, algo más amistoso—. ¿Y os parece buena idea? ¡La madera arde como si fuera yesca!

—Sí, señor... No, claro que no, es que... —tartamudeó su hermano.

—Cierra el pico, Anton —lo interrumpió su hermano—. En las praderas hay hierba seca por todas partes, ¡y los indios hacen fuego igualmente!

A pesar de la seriedad de la situación, Victor empezaba a pasárselo bien.

—Ya veo. Estabais jugando a los indios. Y esto es la pradera suaba.

—¡Exacto! —Aquel gamberro tenía respuestas para todo.

—¿Y qué creéis que hubiera hecho el *sheriff* del lugar si le hubierais quemado el depósito de trenes? —Victor les siguió el juego y el más tranquilo de los dos, Anton, se mostró dispuesto a hablar.

—Nos habría encerrado como a bandidos —murmuró.

—Y se habría chivado a nuestro padre —farfulló su hermano.

—¿Y qué sería peor? —preguntó Victor.

—¡Nuestro padre! —exclamaron los dos como las balas.

—Pero no se ha quemado nada —insistió el niño más tozudo.

Victor desistió de hacerlo entrar en razón.

—A ver, ¿cómo os llamáis?

Karl propinó un codazo a Anton en el costado para hacerlo callar, pero en el mismo instante Anton dijo:

—Karl y Anton Rothmann.

—¿Rothmann? ¿Vuestro padre es el propietario de la fábrica de chocolate Rothmann?

—Sí, eso es.

Qué interesante. Victor conocía los chocolates Rothmann desde antes incluso de llegar a Stuttgart.

—¿Vivís por aquí cerca?

—Sí, a solo... —empezó Anton.

—No del todo —lo cortó Karl.

—¿Cómo que no del todo?

—Bueno, hay que andar un trecho.

—Creo que lo mejor será que recojáis vuestras cosas y os acompañe a casa. Quizá pueda interceder por vosotros ante vuestro padre. Yo de niño también hice muchas trastadas —se ofreció Victor.

Los niños se quedaron mirándolo con sorpresa y, por una vez, no dijeron nada.

Victor contempló la pared de la caseta. No le había pasado gran cosa. Pero había que dar cuenta del incidente, eso por supuesto. Para Rothmann no supondría ningún problema hacerse cargo de los daños; se decía que el fabricante de chocolate era un potentado. A los niños, sin embargo, les esperaba un castigo ejemplar en casa.

Avergonzados, los gemelos recogieron sus cosas y lo siguieron.

Cuando los tres abandonaron la estación del cremallera y llegaron a la calle, Victor oyó de repente exclamaciones de alarma y un gran estrépito.

Miró asustado a su alrededor mientras el ruido se intensificaba. A los gritos de espanto se sumaron chirridos y un fuerte repiqueteo.

Apenas décimas de segundo más tarde, apareció un coche de caballos que se dirigía hacia ellos a toda velocidad. El cochero apenas si podía aferrarse al pescante mientras tiraba de las riendas con todas sus fuerzas e intentaba detener a los dos corceles desbocados. Victor colocó los brazos instintivamente ante los gemelos para protegerlos. Pero mientras que Anton se hizo a un lado, Karl tropezó y cayó a la calzada. Sin pensarlo ni un instante, Victor saltó detrás del niño y logró apartarlo justo cuando el coche pasaba por delante. Sin embargo, no pudo evitar que uno de los caballos aterrorizados pisoteara la pierna del niño con el casco.

El chasquido del hueso al romperse y el alarido de Karl hicieron estremecer a Victor. Décimas de segundo más tarde, el niño caía inerte en sus brazos. Victor lo retiró del peligro de un tirón mientras el coche por fin se detenía unos metros más adelante.

Durante un momento reinó un silencio absoluto.

Perturbado, Anton se tapaba la boca con las manos en el lugar donde Victor lo había dejado. Algunos paseantes se habían congregado a su alrededor con una mezcla de miedo y curiosidad en las caras. El cochero los miraba con preocupación mientras hacía lo posible por calmar a los caballos, que piafaban chorreando sudor.

Victor miró al niño que tenía en los brazos. Estaba pálido como la tiza y no se movía. Tenía la pierna en un ángulo antinatural y a través de la herida abierta se veía el hueso.

Poco a poco, la multitud salió de su conmoción. Alguien fue a llamar a un médico, otro salió en busca de un carro y, entonces, apareció un vecino con una carretilla. Victor depositó con cuidado a Karl, que empezaba a volver en sí y se puso a gritar de dolor. Victor, sin dejar de hablarle de forma tranquilizadora, se quitó la chaqueta y se la puso bajo la pierna herida.

El grupo de mirones se apartó en cuanto Victor agarró el manillar de la carretilla.

—Espere a que llegue el médico —protestó uno de los presentes.

Victor hizo caso omiso.

—Llévame a vuestra casa —le susurró a Anton.

Este miró a su hermano, asintió y echó a andar lentamente. Victor lo siguió. Aunque conducía la carretilla con mucho cuidado, evitando cualquier traqueteo en la medida de lo posible, el dolor debía de ser insoportable para Karl, que no paraba de gimotear. El niño perdía el conocimiento de forma

intermitente. Sin embargo, Victor no había pensado ni por un momento en dejar al pequeño rodeado de curiosos en plena calle hasta que llegara un médico. Además, seguro que su casa no estaba muy lejos.

Así era. Tras un breve recorrido por prados arbolados llegaron a una urbanización de elegantes residencias rodeadas de verde. Anton se detuvo ante una construcción relativamente nueva de dos pisos sobre un pedestal de ladrillo, se giró hacia Victor y le indicó que habían llegado a su destino antes de subir a la carrera los pocos escalones que llevaban a la puerta principal.

Victor tomó a Karl en brazos con delicadeza y lo siguió.

6

JUDITH ERA INCAPAZ de decidirse.

A decir verdad, ya había elegido un vestido para la noche, pero empezaba a dudar de su idea. Tal vez aquella prenda ricamente adornada fuera algo extravagante para una velada dominical de música en casa. Dora la había mirado con cara de circunstancias cuando le había pedido que lo preparara. Pero era nuevo y tenía muchas ganas de estrenarlo.

Suspiró.

Igual que la curiosidad, la impaciencia era un defecto, bien que la habían sermoneado al respecto. Repasó mentalmente su agenda para las próximas reuniones sociales e intentó determinar qué ocasión sería la más apropiada para aquel vestido. Se acordó del baile de verano en casa de los Von Braun y se imaginó subiendo con elegancia por la escalera curva de mármol que llevaba del salón a la terraza elevada sobre el jardín. Allí era donde recibían a los invitados cuando hacía buen tiempo, todo el mundo la vería.

¿Acudiría Max Ebinger a esa fiesta? Al pensar en el atractivo hijo del empresario de la ingeniería, el corazón le dio un salto. Aquel joven alto y moreno le gustaba. Y mucho. Se había imaginado en más de una ocasión cómo sería que su padre se fijara en él como pretendiente. ¿Sería el tipo de hombre que cumpliría con sus expectativas?

La reputación de Max había llegado a oídos de Judith; se decía que era irresponsable y voluble, que solía verse involucrado en líos de faldas y que prefería pasearse con sus amigos de taberna en taberna que no dedicarse a un trabajo serio. Pero, como único heredero de su adinerado padre, tampoco necesitaba hacer gran cosa. Su destino estaba claramente marcado.

Cuanto más pensaba en Max, más tenía que admitir que apenas sabía nada de él. Ni de sus intereses y preferencias ni de sus ideas. La atraía, pero una apariencia hermosa no era suficiente para ella. Además, hasta la fecha, no había mostrado ninguna predilección por ella. ¿Cambiaría eso una aparición en sociedad con un vestido precioso?

Se llamó al orden. Aquella era una causa perdida, puesto que su padre albergaba desde hacía años una antipatía por el viejo Ebinger cuyos orígenes nadie tenía muy claros. Los dos hombres no se soportaban. Así que el baile de verano no tendría ninguna importancia.

Judith suspiró y miró a su alrededor. Sobre la mesa del tocador tenía el último número de la *Illustrierte Frauenzeitung* (Revista Ilustrada para Señoras) y, junto a ella, un panfleto publicitario de los grandes almacenes Breuninger. Tomó ambas cosas y se dejó caer sobre la cama. Tal vez la inspiraran para decidir qué ponerse.

Desechó sus pensamientos sobre Max y se sumergió en el mundo de las telas y los cortes. Le gustaban especialmente los diseños actuales con estampados florales o de fantasía. No tardó mucho en resolver que un vestido de seda azul oscuro con un discreto dibujo de flores bastaría para la ocasión. Se levantó de un salto, arrojó las revistas sobre la mesilla de noche y ya se disponía a llamar a Dora cuando recordó que su doncella tenía la tarde libre, así que tendría que esperar un rato para cambiarse de ropa.

Una ojeada al reloj que reposaba sobre la repisa de la chimenea le confirmó que era hora de darse una vuelta por la casa. Desde la partida de su madre, Judith cumplía con el rol de señora de la casa, y hacía su trabajo a conciencia con la esperanza de poder evitar o, por lo menos postergar, los planes de boda de su padre. Al fin y al cabo, aún la necesitaba a su lado. Sin ella, ¿quién se pondría de acuerdo con Margarete, el ama de llaves, quién vigilaría a los gemelos, quién haría de anfitriona? Suponía que su padre había retrasado sus planes, puesto que, más allá de una insinuación a la hora de comer, no había dicho nada más sobre el asunto.

Judith pensó en su madre. Nunca había llevado con gusto la carga de la casa y la familia. Estaba cansada y hastiada la mayor parte del tiempo, se mostraba irritada a menudo y tenía constantes dolores de cabeza. Judith apenas podía recordar momentos felices. Desde el nacimiento de los gemelos, sus dolencias no habían hecho más que crecer. Médico tras médico la habían examinado y la habían recibido en su consulta hasta que uno finalmente le diagnosticó neurastenia, fragilidad nerviosa. Era algo habitual en mujeres de complexión delicada.

Siguieron numerosas terapias que no produjeron mejora alguna. Haciendo caso del consejo de un cambio de aires, su padre mandó construir recientemente la casa en Degerloch. Pero, en lugar de mejorar, su madre había enfermado todavía más, así que se optó por un cambio de aires más radical. Por aquel entonces, la opción preferida era Bad Wildbad, en la Selva Negra y,

después de una estancia de tres meses, su madre regresó visiblemente recuperada, pero volvió a sumergirse en la melancolía y el agotamiento exasperado de antes en cuestión de semanas.

A su regreso, llegó una época de discusiones constantes entre los padres. A decir verdad, siempre habían discutido, pero esta vez a Judith sus peleas le parecían más significativas. La causa principal era un tratamiento novedoso, una especie de cura de naturaleza, por lo que Judith había entendido. Para su padre, un capricho exagerado de su mujer. Y cuando descubrió a cuánto ascendería aquella extravagancia, no hubo más que hablar.

Pero su madre no se dio por vencida.

Durante semanas, discutió con una entereza sorprendente teniendo en cuenta su estado, suplicó entre lágrimas, se puso de morros y dejó ir amenazas veladas que provocaron estallidos de ira en su marido, pero que, finalmente, lo hicieron ceder.

En mayo partió hacia su cura reconstituyente en el lago de Garda, y la casa entera respiró por fin aliviada. Judith echaba mucho de menos a su madre, pero no añoraba en absoluto la atmósfera tensa de los últimos años.

El tono penetrante del timbre de latón de la puerta de entrada sacó a Judith de su ensimismamiento. Alguien parecía estar girándolo sin parar, de modo que el timbrazo resonaba sin pausa. Intranquila, Judith salió al pasillo. El fuerte ruido se interrumpió cuando un chirrido metálico indicó que habían abierto la puerta. Se oyó un grito quedo y, poco después, una voz masculina y lloros infantiles. Alarmada, Judith apretó el paso.

En la escalinata que separaba la planta noble de los aposentos privados de la familia y descendía hasta la planta baja, se cruzó con Babette. Su rostro reflejaba pavor.

—¡Señorita! —exclamó sin aliento.

—No corras tanto, Babette —le pidió Judith—. ¿Qué ha pasado?

—Señorita —jadeó Babette—. Los niños. ¡Karl se ha hecho daño! —Señaló hacia el piso de abajo.

Sin decir una palabra más, Judith se remangó la falda y bajó con premura por la escalera.

Al llegar al espacioso recibidor, Anton se le echó en los brazos y ocultó su cara en el pecho de Judith entre sollozos. Ella le acarició los rizos rubios con aire distraído mientras contemplaba estupefacta al extraño que se le acercaba despacio con Karl en brazos.

—¡Ay, Dios mío, Karl! —se horrorizó—. ¡Tiene un aspecto terrible! ¿Cómo ha podido pasar?

Sintió una oleada de náuseas al ver la profunda herida abierta. ¡Y su padre no estaba en casa!

Babette, que la había seguido, se hizo cargo de Anton, que continuaba con el rostro bañado en lágrimas; lo apartó de Judith con suavidad pero con firmeza y se lo llevó hacia la cocina.

—¿Dónde puedo dejarlo? ¡Necesita un médico con urgencia! —La voz acuciante y profunda del desconocido que sostenía a su hermano hizo que Judith levantara la mirada y se recompusiera.

—Sí, claro. Sígame, por favor.

Judith lo condujo apresuradamente a un saloncito cercano y señaló el canapé. Mientras aquel hombre depositaba a Karl con delicadeza sobre los cojines, apareció en la puerta Robert, el mozo.

—Me ha dicho Babette que vaya a por el doctor Katz.

—Sí, Robert —suplicó Judith—, ¡ve corriendo, tan rápido como puedas!

—Dile al médico que se trata de una fractura abierta —añadió el extraño.

Robert asintió. Tan pronto hubo salido por la puerta, el desconocido se acercó a Judith, que se había arrodillado junto a Karl y le acariciaba las mejillas. El niño jadeaba.

—Necesitamos toallas limpias y algo de agua hervida. Voy a empezar a lavarle la herida. —La miró—. No se preocupe, señorita Rothmann. Parece un muchacho fuerte. —Su voz había adoptado un tono suave y tranquilizador, y Judith fue consciente de lo trastornada que debía de parecer.

—Agua y toallas, voy enseguida, señor... Señor... —dijo mientras se levantaba y enderezaba un poco los hombros.

—Rheinberger. —El extraño hizo un asentimiento—. Victor Rheinberger.

—Señor Rheinberger, sí.

MEDIA HORA MÁS tarde, el médico estaba curando la herida. Victor Rheinberger, que, entre tanto, había dado cuenta de lo sucedido, lo asistió, y Judith tampoco se movió del lado de Karl, vigilando su respiración y su pulso. El doctor Katz lo había anestesiado con éter porque necesitaba que estuviera quieto mientras lo curaba y además, sin la ayuda de un calmante, el dolor habría sido insostenible.

—Debe moverse lo menos posible —explicó el médico cuando se quitó la mascarilla al terminar—. Lo mejor será que se quede en esta habitación.

Judith asintió.

—Así lo haremos.

—Además —continuó el doctor Katz— es muy posible que se encuentre mal al despertar. El éter suele provocar náuseas. También es probable que esté algo intranquilo. En ese caso, denle unas gotas de valeriana y no lo dejen solo. Que no intente ponerse en pie bajo ningún concepto.

—Gracias, doctor —dijo Judith—. ¿Cuánto cree que tardará en poder volver a andar?

—Bueno, tratándose de un muchacho tan joven —le guiñó un ojo—, calculo que puede que dentro de dos o tres semanas ya pueda andar con muletas, siempre y cuando no se produzcan complicaciones y se cuide la pierna. La suya no es una fractura complicada.

—Gracias a Dios —se le escapó a Judith.

—Parecía mucho peor de lo que era en realidad. En la espinilla no hay mucho tejido cubriendo el hueso, por eso cualquier herida en esa zona tiene muy mal aspecto. Lo único con lo que hay que tener mucho cuidado es con la inflamación. Vendré yo mismo a diario a cambiarle las vendas. Cuando nos cercioremos de que la herida está bien curada, podrá encargarse usted, señorita Rothmann.

—¡No sé ni cómo decirle cuánto se lo agradezco! —Judith se sentía como si le hubieran quitado un gran peso del pecho.

—Ha perdido algo de sangre —añadió el médico—. Ocúpese de que tome caldo de ternera en cuanto sea capaz de comer algo.

—Así lo haré.

—Me voy entonces, señorita Rothmann. Si pasa algo preocupante, no dude en llamarme de inmediato. No estoy muy lejos de aquí.

Judith se disponía a darle las gracias de nuevo cuando la puerta de la salita se abrió de repente de un empujón.

—¡Cómo ha podido pasar esto! —La voz de Wilhelm Rothmann destilaba miedo y cólera a partes iguales—. ¡Judith! ¡Se suponía que estabas cuidando de tus hermanos!

Se acercó al canapé con tres zancadas para ver a Karl, que, aunque seguía muy pálido, dormía plácidamente.

El médico comprendió al instante el estado de ánimo del padre, y se dirigió a él:

—Quisiera hablar con usted, señor Rothmann.

La mirada de Wilhelm Rothmann pasó de Judith a Victor, y de Victor al doctor Katz.

—Acompáñeme a mi despacho, por favor, doctor —dijo, algo más tranquilo—. Y con usted —añadió señalando a Victor— también me gustaría

hablar, dentro de unos veinte minutos. ¡Judith, vete a tu habitación!

—Con su permiso, me quedaré aquí con Karl —lo contradijo Judith con cautela.

El médico se mostró conforme.

—Permítaselo, señor Rothmann. Necesita vigilancia constante.

—Pues muy bien. —Wilhelm Rothmann volvió a mirar a Victor—. Entonces espéreme usted en el recibidor hasta que lo mande llamar.

—Por supuesto —convino Victor, y Judith detectó una sonrisa fugaz en su rostro que le dio un aire muy simpático. Parecía muy comprensivo con la preocupación paterna.

El doctor Katz le puso una mano en el hombro al padre de Judith y los dos hombres abandonaron juntos la habitación. Victor Rheinberger recogió su chaqueta, que había dejado en el suelo con las prisas. Cuando fue a ponérsela, Judith se fijó en que estaba manchada de sangre.

—¡Ay, espere! —se acercó para quitarle la prenda sucia de las manos—. Nos encargaremos de lavarle la chaqueta. Es lo mínimo que le debemos. —Le sonrió agradecida.

—Es un ofrecimiento muy amable, señorita Rothmann —respondió Victor—. Pero prefiero llevármela y lavarla yo mismo. Es la única que tengo.

Judith se detuvo y paseó la mirada por la silueta alta y corpulenta de aquel desconocido. Se fijó por primera vez en que su traje de domingo parecía gastado y no le quedaba bien. Era evidente que alguien se lo había prestado o regalado. El cuello de su camisa también estaba algo raído, aunque impoluto, igual que su corbata.

—No pretendía ponerlo en evidencia —tartamudeó Judith—. Discúlpeme, señor Rheinberger.

Él la miró y, de nuevo, una momentánea expresión traviesa se adueñó de su rostro. Se pasó la mano por el pelo oscuro y corto con un gesto apresurado.

—No se preocupe, señorita Rothmann. Mi chaqueta es lo menos importante de todo lo que ha pasado hoy. Lo más importante es que este pequeño —señaló a Karl y se puso serio un momento— se ponga bien lo antes posible.

Judith asintió. De repente, le costaba apartar la mirada de aquel rostro cincelado. Había algo en ese hombre que la cautivaba.

Él sonrió, y sus ojos de un azul verdoso centellearon.

—Lo mejor será que se ocupe de su hermanito, señorita Rothmann. Yo esperaré en el pasillo hasta que su padre me llame.

Al pasar junto a ella para llegar hasta la puerta, le rozó el antebrazo accidentalmente.

—No vaya a ser que se quede sin ganas de darme las gracias.

FUE BABETTE QUIEN acudió a llamar a Victor media hora más tarde al opulento recibidor para llevarlo en presencia de Wilhelm Rothmann. Victor había aprovechado la espera para admirar los paneles de madera adamascada y los valiosos cuadros que colgaban de las paredes. También se fijó en las lujosas alfombras que cubrían las baldosas de mármol claro y en los ramos de flores frescas dispuestos en jarrones de porcelana. Un espejo de cristal plomado que pendía en lo alto hacía que la sala pareciera aún más espaciosa de lo que ya era. La casa del fabricante de chocolate estaba decorada con lujo. Era evidente que la familia no pasaba estrecheces.

En el pasillo se cruzó con el doctor Katz, quien, poniéndose el sombrero, se disponía a marcharse.

—Se ha comportado usted con mucha valentía —le dijo con admiración al detenerse un momento—. El pequeño Anton sigue muy excitado, pero nos ha contado cómo ha sucedido el accidente.

—No ha sido valentía —se explicó Victor—. He hecho lo que habría hecho cualquiera.

—Puede que para usted y para mí eso sea así —contestó el doctor Katz—. Pero apuesto a que no hay mucha gente dispuesta a arrojarse ante dos caballos desbocados para salvar a un niño a quien no conoce. Karl ha tenido mucha suerte.

—Me alegro de haber estado en el lugar apropiado en el momento oportuno —dijo Victor—. Por suerte, el niño se recuperará pronto.

El doctor Katz sonrió.

—Solo si se porta bien. Y eso no le será nada fácil.

—Sí, parece un niño bastante testarudo. Me he dado cuenta incluso en el breve tiempo que hemos pasado juntos. —Victor no pudo evitar esbozar una leve sonrisa.

—Testarudo es quedarse corto. Bueno, quizá aprenda una lección de su experiencia. —El doctor Katz se inclinó el sombrero a modo de saludo—. ¡Que tenga un buen día!

—Enseguida lo acompaño —se apresuró en decir Babette, pero el doctor Katz negó con la cabeza.

—Gracias, puedo salir solo.

Mientras el médico se alejaba a grandes zancadas, Babette y Victor se dirigieron al despacho privado de Wilhelm Rothmann.

La criada llamó a la puerta y dejó pasar a Victor cuando Rothmann se lo indicó, tras lo cual cerró la puerta discretamente.

Wilhelm Rothmann estaba sentado tras un robusto escritorio de nogal barnizado. Sobre una bandeja de mármol había algunos útiles de escritura, entre los cuales se encontraba una pluma estilográfica de oro que debía de usar para firmar documentos importantes. A un lado había un tintero de plata.

—Enseguida estoy con usted —dijo el empresario mientras ponía en orden unos papeles.

—Por supuesto —respondió Victor, y dio un paso a un lado.

Allí también se respiraban la riqueza y el lujo, desde la lámpara de vidrio opalino cuya oronda bóveda estaba decorada con motivos de oro hasta la pared forrada de armarios, vitrinas y estanterías que ocupaba media habitación. Victor se fijó en la nueva edición conmemorativa en diecisiete volúmenes de la *Enciclopedia Brockhaus*, junto a cientos de otros títulos científicos, históricos y literarios. En la habitación reinaba una erudición ostentosa, y la luz difusa, que entraba por los grandes ventanales matizada por unas pesadas cortinas de terciopelo, reforzaba esa impresión.

De fondo repiqueteaba el tictac del péndulo de un reloj de pie profusamente tallado que, de repente, anunció la hora en punto.

Como si hubiera estado esperando esa señal, Wilhelm Rothmann apiló sus documentos y se incorporó en su butaca.

Por un momento, Victor se sintió evaluado, pero entonces el fabricante de chocolate se levantó y se le acercó.

—Creo que no necesito presentarme. Pero ¿sería usted tan amable de decirme su nombre, señor mío?

—Victor Rheinberger.

—Hoy le ha salvado usted la vida a mi hijo, señor Rheinberger.

—La verdad es que no ha sido para tanto.

—Antes le he preguntado a Anton qué se les había perdido en la estación —dijo Rothmann—. No ha podido darme una respuesta coherente, sigue muy afectado, como es natural. Pero sí que me ha hablado de una pequeña hoguera que él y Karl han encendido y no conseguían apagar.

—Así es. Los he ayudado a extinguirla. Y, al salir de la estación, el carruaje se nos echó encima.

—Y usted apartó a Karl del camino de los caballos. Habrían podido aplastarlo.

—Doy gracias al cielo por que no pasara nada peor. De todas formas, su hijo recordará su mala suerte durante mucho tiempo. Una fractura así tiene que doler.

—La verdad es que no siento mucha lástima por él. Es demasiado imprudente. Espero que aprenda la lección. —Rothmann se acercó a un armarito—. ¿Me permite ofrecerle un coñac, señor Rheinberger? ¿O tal vez un licor? ¿De pera? ¿De ciruela? ¿De manzana?

—Sí, muchas gracias. De pera, por favor —respondió Victor.

Rothmann sirvió dos vasitos de licor y le acercó uno.

—Con mi inmensa gratitud, señor Rheinberger.

Brindaron. Victor saboreó el leve ardor del alcohol en su garganta y cerró los ojos un instante. Entonces, cuando por fin se relajó, notó la fatiga en sus brazos y piernas.

—Siéntese —ofreció Rothmann señalando uno de los dos sillones de cuero dispuestos junto a una mesita en un rincón.

Agradecido, Victor tomó asiento.

—¿No es usted de por aquí? —preguntó Wilhelm Rothmann mientras se sentaba en el otro sillón.

—No —respondió Victor.

—Se le nota en el acento. En la ausencia de acento suabo, a decir verdad.

—Soy de Prusia.

—¿Y es capaz de entender a la gente de aquí?

Victor rio.

—Ahora, sí. Al principio no fue nada fácil.

—Si fuera al Jura de Suabia le sería aún más difícil —dijo Rothmann—. En Stuttgart se habla de forma un poco más distinguida.

—Seguro que tiene razón. Pero la verdad es que aún no he ido tan lejos.

—¿Qué lo trajo aquí, señor Rheinberger?

—Quería empezar de nuevo.

—¿En Stuttgart? ¿No le parecen más interesantes Colonia o Hamburgo?

—No necesariamente. Además, tengo un amigo en esta ciudad, eso me facilitó la decisión. —Victor ofreció una media verdad. No quería contar nada de su pasado—. Además, Stuttgart es una ciudad en desarrollo. Su dinamismo es fascinante.

—Sí, a los suabos no se nos reconoce para nada ese mérito. —Los labios de Rothmann dibujaron una media sonrisa—. Por fuera parecemos muy tranquilos, incluso obstinados. Pero, de repente, se abre la puerta de algún taller y sacamos un nuevo invento sin el que el mundo ya no puede vivir. Acuérdesse de Robert Bosch y su ignición por magneto de alta tensión.

—O de Gottlieb Daimler y el automóvil.

—Conoce usted el tema —observó Rothmann complacido—. Qué pena que Gottlieb ya no esté con nosotros. Pero su colega, Maybach, continuó el negocio. Ahora está desarrollando algún invento para ese austríaco tan extravagante, Emil Jellinek. ¿Había usted oído hablar de él, señor Rheinberger?

—No, primera noticia.

—Se presentó un día en el taller de Maybach y no paró de insistir hasta que le construyeron un coche de carreras de dos plazas con el que participó en el *rally* de Niza de 1901. Y quedó el primero. Desde entonces, los coches de Maybach se llaman Mercedes en homenaje a la hija de Jellinek.

—¿Me permite preguntarle si usted también tiene uno de esos automóviles, señor Rothmann?

—¡Pues claro! —Al fabricante de chocolate se le iluminó la mirada—. Desde hace ya dos años, un Mercedes 35 PS. Uno de los primeros de la serie. Desde entonces ha salido también el Simplex, pero cuesta una fortuna.

Victor sintió cómo su atención despertaba.

—La tecnología de todo tipo me interesa mucho. Aunque, por desgracia, nunca he tenido la oportunidad de adquirir los conocimientos necesarios.

—Si se maneja bien con esos temas, señor Rheinberger, en esta ciudad no le faltarán oportunidades.

—¿Es usted de Stuttgart, señor Rothmann?

—Sí. Me crie aquí. Aunque pasé dos años en París antes de entrar en la fábrica de chocolate de mi padre. Cualquiera que tenga intención de fabricar un chocolate extraordinariamente bueno debería trabajar antes en París. ¿Le apetece otro? —preguntó mientras levantaba su vaso vacío.

Victor asintió y Rothmann le sirvió un segundo vaso de licor.

—Bueno, señor Rheinberger. Mi agradecimiento, por supuesto, no se expresa solo en palabras. Había pensado en una recompensa de cuatrocientos marcos. ¿Está usted conforme?

Victor se atragantó con el licor y tosió. Rothmann le palmeó la espalda entre risas.

—Se lo ha ganado.

—Es muy generoso por su parte.

—Bueno, entonces estamos de acuerdo.

—Pero —Victor seguía carraspeando— a mí me gustaría pedirle otra cosa.

—¿Otra? ¡Cuatrocientos marcos son la mitad del salario anual de mi chófer!

—No se trata del tamaño de su recompensa. Es extremadamente generosa.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Me gustaría trabajar para usted, señor Rothmann.

—¿NO TRAÍA USTED sombrero, señor Rothmann? —preguntó la doncella cuando finalmente acompañó a Victor a la puerta dos horas más tarde. Él negó con la cabeza.

—Lo perdí al apartar a Karl de los caballos.

—El señor se lo restituirá —aseguró ella.

Victor se limitó a sonreír. El sombrero no tenía importancia alguna. A decir verdad, estaba bastante desastrado; ya encontraría su destino por las calles de Degerloch. Eso, o un nuevo propietario.

La muchacha le abrió la puerta y a Victor le costó esfuerzo descender por la corta escalera sin perder el equilibrio. La verdad era que había acabado tomando más de dos licores. Y, por si fuera poco, luego Rothmann le había ofrecido un vino buenísimo.

Cuando se encontró en la calle, Victor se volvió una vez más para contemplar la casa de los Rothmann. A la luz mortecina del anochecer estival, aquel edificio de construcción reciente, con sus caprichosas ventanas y múltiples ejes, sus ventanales y balaustradas y el contraste de yeso y ladrillo de la fachada ya no resultaba tan extravagante como a plena luz del día. Era evidente que la casa se había planificado y construido con enorme cuidado. Y, sin embargo, a Victor le parecía simbolizar una época pasada, torpe, desdeñosa y petulante. Nada que ver con el ambiente que reinaba en el interior.

Fuera como fuese, más le valía ponerse en marcha si no quería volver a casa a oscuras. Para ahorrarse los veinte pfennig que costaba el viaje de regreso en el tren cremallera, echó a andar de vuelta a Stuttgart por el sendero sembrado de bosques y viñedos.

8

Riva del Garda, principios de agosto de 1903

HÉLÈNE INSPIRÓ PROFUNDAMENTE, contuvo el aire un instante y lo soltó con un silbido suave. Con los ojos cerrados, se concentró en su respiración y en el calor del día de verano sobre su piel. «*Panta rhei*» —le pasó por la cabeza el aforismo de Heráclito—. «Todo fluye. Qué gran verdad».

Parpadeó.

Un fuerte viento del sur agitaba el lago. La superficie del agua ondeaba y por las pequeñas cabañas rodeadas de alcornoques, pinos misioneros y morales de la orilla norte corría una brisa refrescante.

Había casi veinte de esas casitas de madera, para dos huéspedes cada una, repartidas por el amplio parque del sanatorio del doctor Von Hartungen, a la orilla del lago de Garda. Estaban especialmente indicadas para pacientes que necesitaran someterse a terapias climáticas, por eso los grandes ventanales carecían de cristales. Con tanta ventilación, el calor veraniego era muy llevadero, mientras que en otros lugares no traía más que bochorno y apatía.

En cualquier caso, donde Hélène prefería estar era en la pedregosa orilla del lago, gustando de la intensa paz que sentía al ver el azul cambiante del agua a sus pies. La corriente parecía arrastrar sus penas y sustituirlas por una alegre serenidad. Y el contraste con las portentosas y escarpadas montañas a su espalda no resultaba atemorizante, sino impresionante e inspirador. A un lado tenía la puerta que daba a los cálidos paisajes del sur; al otro, una naturaleza indómita llena de picos afilados y cumbres nevadas. A Hélène no le parecía amenazante, sino todo lo contrario: sentía que las montañas la protegían. Aquellas cordilleras de apariencia inexpugnable separaban su presente de su pasado. Su refugio era aquel lugar idílico y estaba dispuesta a soltarse de las cadenas que la ataban a su vida al norte de los Alpes.

Llevaba mucho tiempo lamentándose, rebelándose contra su destino sin intentar hacer nada para cambiarlo. Pero ahora había empezado a ver el

mundo con otros ojos, los suyos propios, y a plasmarlo en alegres pinturas. Nunca había sospechado albergar aquella fuerza creativa que la sorprendía cada día. Trabajar con pintura y pincel le daba sosiego y renovadas ganas de vivir. Con su mano creadora capturaba el juego de luces y sombras, decidía la composición. Qué gran don.

Abrió los brazos, sacudió sus rizos oscuros y giró lentamente sobre sí misma.

—¡No tan deprisa, señora mía, o se mareará!

Hélène se detuvo y sonrió.

Georg Bachmayr, un paciente de Múnich, se había instalado, como tantas otras veces, en una cabaña cercana.

Se volvió hacia él.

—¡Precisamente de eso se trata, señor Bachmayr! —replicó de buen humor antes de ponerse otra vez a girar.

—¡Pues siga, siga! ¡Ya la levantaré si se cae! —Le guiñó el ojo con guasa.

En las semanas que llevaba en el sanatorio, Hélène se había acostumbrado al peculiar estilo de vida del lugar y al contacto relativamente abierto entre mujeres y hombres. El sol despertaba los sentidos y las ganas de vivir, y a nadie le chocaban los amoríos, grandes y pequeños, entre los pacientes. Tal vez se debiera al tipo de gente que captaba la institución: escritores, músicos, pintores, poetas y pensadores; las élites artísticas y culturales, según parecía, se daban cita allí. Igual que Hélène, la mayoría sufrían de nervios en tensión, y le había alegrado encontrar compañeros de fatigas. En casa, sus quejas se consideraban una molestia irritante, nadie la entendía. El diagnóstico de neurastenia que había recibido y los síntomas que describía, desde ansiedad hasta la melancolía más profunda, no eran, a ojos de Hélène, más que un intento inútil de encontrar una explicación. A los afectados, según le habían dicho, les costaba encontrar el equilibrio entre la producción y el uso de la energía nerviosa. «Bueno, es una forma de decirlo».

—¿Qué le parece, señora mía, si hacemos una excursión a Torbole? —Georg Bachmayr continuó la conversación aunque Hélène ya había retomado sus ejercicios de respiración. Lo hizo esperar un rato antes de responder.

—Ay, ya sabe que prefiero no separarme de mi caballete, señor Bachmayr —respondió—. Después de una excursión no me quedan ganas de pintar.

—¡Qué error, señora mía, qué error! En Torbole hizo una parada el gran Johann Wolfgang von Goethe en 1786. ¡Para usted, que es artista, el aliento de la antigüedad debe de ser tan inspirador como debió de serlo para él!

A Hélène le caía bien aquel señor de Múnich, pero podía imaginarse los derroteros que tomaría el asunto si accedía a sus insistentes invitaciones para hacer actividades juntos. Georg Bachmayr había llegado a Riva hacía unos pocos días y enseguida había empezado a buscar su compañía. Su interés le resultaba agradable, pero no tenía ninguna intención de empezar una aventura amorosa. Aunque hasta la fecha había realizado pocas excursiones por la región y una visita a Torbole le resultaba sugestiva, ante todo necesitaba poner su vida en orden, y para ello necesitaba distancia y tranquilidad y, desde luego, ningún amante.

—Claro, pero el gran escritor Goethe plasmaba sus impresiones en palabras. Para la pintura hacen falta otros ojos —dijo Hélène, ya fatigada por la conversación. Aún tardaría un tiempo en recuperar todas sus facultades.

—Zarandajas —respondió Bachmayr—. El arte es el arte.

—¿En qué arte está usted versado, señor Bachmayr, para hacer esta afirmación tan tajante? —inquirió Hélène.

—Pues no soy ni poeta ni pintor ni músico. Soy crítico, es decir, un amante de las artes. —Visiblemente satisfecho con su réplica, Bachmayr se acarició las hirsutas patillas a la *Souvarov*, que hacían que su apariencia recordara un poco a la del káiser austríaco.

—Pero de mi arte no sabe usted nada —repuso Hélène, y se encogió ante el tono cortante que había empleado. El autocontrol era una de las virtudes que le habían inculcado en su niñez, y aquella réplica le había salido sin pensar—. Discúlpeme, señor Bachmayr. Prefiero retirarme un rato antes de la cena, ya llevo bastante tiempo al aire libre.

—Sí, por supuesto, señora mía —le dijo Bachmayr en tono paternalista, como si estuviera perdonando un chiste sin gracia a una niña pequeña—. A Torbole ya iremos, ¡ya lo verá!

Dicho esto, se quitó la ropa y, desnudo como llegó al mundo, se lanzó a las aguas refrescantes del lago. Hélène se maravilló ante su despreocupación. Por más que a veces aquel hombre se hacía pesado, también lograba hacerla sonreír. Allí los caballeros se comportaban como chiquillos, saltaban al agua en cueros, nadaban y buceaban y se salpicaban unos a otros. Las damas, en franca minoría, solían mostrarse más reservadas; igual que en todas partes, en la playa privada del sanatorio había una ley no escrita según la cual las mujeres debían mostrarse recatadas y virtuosas, mientras que los hombres gozaban de mucha más libertad.

A Hélène le parecía bien. Se alegraba de poder llevar vestidos holgados y cómodos y renunciar a los corsés horriblemente apretados, además de ser

libre de hacer lo que quisiera.

—El agua está buenísima —dijo una voz que venía del lago.

Hélène volvió la cabeza. Bachmayr lanzaba salpicaduras hacia ella entre risas.

Si su marido estuviera al tanto de las costumbres del sanatorio, la haría regresar a Stuttgart sin miramientos. Pero como, aparte de su fábrica y su persona, le interesaban pocas cosas en el mundo, no tenía ni idea del lugar disoluto en el que su mujer se había instalado. Se limitaba a pagar las facturas. Sus transferencias llegaban puntualmente y Hélène no tenía nada más de que preocuparse. Por fin podía respirar.

VOLVIÓ A VER a Bachmayr durante la cena. Solía sentarse siempre en la misma mesa con otros pacientes. Eran un grupo sociable y alegre, y Bachmayr se levantó con galantería cuando ella se acercó. Le dio las buenas noches, le apartó la silla y solo volvió a tomar asiento cuando ella estuvo sentada a la mesa. Hélène, que se sentía relajada y en paz, le dio las gracias. El leve zumbido de voces conversando flotaba en el aire a la vez que el tintineo de platos y cubiertos. El aroma de la cena ligera le abrió el apetito.

Pan moreno recién hecho en cestitos de mimbre y bandejas con quesos de distintos tipos e higos frescos. Mientras se servía el primer plato, una saludable sopa de cebada, empezó una conversación distendida.

—¿Os ha contado Christl que el año pasado estuvo remando por el lago de Garda con los hermanos Mann? —preguntó un hombre cuarentón a los demás comensales mientras alzaba su copa. Se había presentado a Hélène como Egon Leitz y, por lo que decía, regentaba una próspera fábrica de papel cerca de Berlín.

—A su salud —dijo Bachmayr algo despectivamente, aunque enseguida agregó con aire conciliador—: He oído la historia, señor Leitz. Se ve que se pelearon muy fuerte.

—Así es —confirmó Leitz, y dio otro trago del digestivo vino santo—. Un vino excelente —respondió a la insinuación de Bachmayr sobre el brindis que no había llegado a hacer.

—¿De verdad? ¿Y por qué? —inquirió Bachmayr.

El matrimonio Klock-Sander, sentado frente a Hélène, prestó atención.

Egon Leitz se inclinó hacia delante con aire conspirador.

—Resulta que Thomas Mann atacó a su hermano abiertamente, con palabras, claro, no con los puños. Estaban en desacuerdo sobre ciertas

cuestiones morales... y él afirmó que Heinrich le había plagiado. —Dicho esto, se arrellanó en su asiento y dejó que sus palabras causaran el efecto esperado.

La señora Klock-Sander resopló con sorpresa y su marido inclinó la cabeza para oír mejor.

Bachmayr esbozó una sonrisilla.

Cuando Leitz se cercioró de que tenía la atención de toda la mesa, prosiguió su relato en voz algo más queda:

—Se puso a echar pestes de su hermano y de todos sus libros. Como veis, Thomas Mann se comportó como todo un gran escritor.

—Pero es un gran escritor —intervino el señor Klock-Sander—. *Los Buddenbrook* es una obra maestra.

—Desde luego. Pero eso no le da ningún derecho a despreciar la obra de su hermano. Leí *Las diosas* y me quedé muy impresionado. Ese Heinrich Mann publicó un libro totalmente novedoso.

—Esa novela no la conozco —objetó Klock-Sander. Hélène detectó una sutil antipatía en su voz—. Además, el buen doctor nos recomienda moderación en la lectura.

—Pues lo animo a leerla —repuso Leitz con amabilidad—. Es el retrato de una mujer apasionada con tres temas muy potentes, según escribió el propio Heinrich Mann en la revista *Zeit*: la libertad, el arte y el amor.

—No suena mal —aseveró Bachmayr—, ¿verdad, señora Rothmann?

Hélène, que había permanecido en silencio durante la comprometida discusión, agachó la cabeza. Leitz percibió su apuro y salió en su ayuda:

—Usted ha leído *Los Buddenbrook*, ¿no es así, señora Rothmann?

Hélène lanzó una mirada de agradecimiento a Leitz.

—Mi marido compró la novela, pero lamentablemente no llegué a leerla.

—Va a convertirse en un clásico, sin duda. Tendrá usted tiempo de sobra para leerla —contestó Leitz sin inmutarse.

—Bueno, por lo que yo sé —intervino el señor Klock-Sander—, Heinrich Mann es un poco disoluto.

—Le van los líos de faldas —Bachmayr volvió a meter baza—, y no tiene pocos, precisamente. Pero bueno, es escritor, un artista, la gente así ve las cosas de otra forma.

—¡Un artista debería dar ejemplo! —repuso Klock-Sander.

Su mujer asintió con vehemencia.

Bachmayr soltó una risita.

—Se ve que Heinrich Mann se encuentra actualmente en la ciudad balneario de Mitterbad. Lo he oído decir antes en el lago. Y está con aquella pintora... Ay, no recuerdo su apellido... Se parece a Prusia... —Se frotó la barba pensativo.

—Hermione von Preuschen —indicó Leitz.

—¡Eso es! Así se llama —confirmó Bachmayr.

—Vaya, otra mujer de moral distraída —masculló Klock-Sander con desdén.

Hélène permaneció en silencio, aunque por dentro se moría de curiosidad. Desde luego, el sanatorio no andaba falto de romances; los devaneos nocturnos parecían formar parte del programa de terapia. La indignación de Klock-Sanders parecía impostada y ella sospechaba que aquel distinguido caballero estaría encantado de distraer su moral si no fuera por la presencia de su mujer.

La señora Klock-Sander meneó la cabeza con desdén. Su marido se indignó todavía más:

—¡Son las mujeres casquivanas quienes hicieron perder la cabeza a Heinrich Mann!

Su mujer lo miró algo molesta.

—¿Y eso cómo lo sabe? —preguntó Bachmayr con suficiencia.

—Eso lo sabe todo el mundo —replicó Klock-Sander.

Leitz consideró que era un buen momento para cambiar de tema.

—Bueno, este vino santo hace honor a su nombre. En lo que a mí respecta, me cura de todos mis males. Se almacena en barricas de castaño y lo pisan por Navidad.

—¿Con qué variedad de uva? —inquirió Bachmayr.

—Trebbiano y malvasía.

Mientras la conversación continuaba por derroteros más inocuos, Hélène empezó a dar vueltas a los tres temas sobre los que Heinrich Mann decía haber basado su novela: la libertad, el arte y el amor. Precisamente las cosas que estaban vetadas a las mujeres como ella. No solo la obligaban a encerrar su cuerpo en un corsé, sino que todo su ser debía amoldarse a las convenciones sociales, que nunca se cuestionaban. Y Hélène, que, de puertas afuera, todavía luchaba por librarse de su compostura, sentía por dentro una fascinación cada vez más grande por ese nuevo mundo que se abría ante ella.

9

Fábrica de chocolate Rothmann en Stuttgart, unos días más tarde

VICTOR SE SECÓ el sudor de la frente con un pañuelo que después devolvió al bolsillo del pantalón antes de echarse al hombro un pesado saco de azúcar moreno de los montones que se guardaban en el almacén. Sorteó algunos barriles y cajas con idéntico contenido que acababan de traer antes de cruzar la puerta que conducía a la refinería de azúcar de la fábrica unos metros más allá.

Una oleada de calor pegajoso lo golpeó cuando llegó con su carga granulada a uno de los calderos rojos llenos de agua y la vertió dentro. El vapor húmedo volvió a hacerlo sudar. Le quedaban algunas horas de duro trabajo, puesto que, cuando terminara de arrastrar sacos hasta la caldera, tendría que dejar evaporar la melaza. Y era igual de agotador trasladar las pesadas cajas metálicas escaleras arriba a una habitación donde aún hacía más calor para que su contenido se convirtiera en un líquido espeso y marrón, antes de que la centrifugadora lo transformara en azúcar blanco.

Era un empleo duro y el salario no era nada del otro mundo. Sin embargo, él se deslomaba con ambición. Si aquel era el lugar en el que iba a dar comienzo su porvenir, que así fuera.

Victor se esforzaba mucho más que los otros trabajadores. Y aprovechaba cualquier oportunidad para ampliar sus conocimientos, familiarizarse con el funcionamiento de la refinería, estudiar la maquinaria. Sabía dónde se encontraban todos los talleres y quién era responsable de qué. Y, como resultado, cada vez recurrían a él con más frecuencia cuando había algo que reparar. Sus ideas técnicas se recibían con aprobación, se ponían a prueba y en práctica. Paso a paso, iba haciéndose imprescindible.

—¡Rheinberger! —Uno de los capataces se le acercó gesticulando enérgicamente—. Rheinberger, te llaman en la oficina. Date prisa.

Victor miró al capataz con aire interrogante.

—Yo tampoco sé para qué han mandado llamarte —dijo su compañero, mientras señalaba la puerta de la escalera—. Anda, ve.

Victor arrojó el saco de azúcar vacío a un rincón, se pasó los dedos por el pelo húmedo y se colocó los tirantes.

El capataz se echó a reír.

—No hace falta que te arregles tanto, ahí solo trabajan hombres.

—Pero no voy a presentarme con los pantalones caídos —se justificó Victor con una sonrisa dirigiéndose a la puerta.

Un murmullo de fondo familiar acompañó el recorrido de Victor de la planta de producción hasta la oficina, que se encontraba en el edificio principal, encima de la tienda. El rumor constante de los conductos de ventilación y refrigeración, el traqueteo de los montacargas, el susurro quedo de las correas de transmisión y el estruendo de la sala de calderas, coronada por una inmensa chimenea. Por todo el edificio se notaba una sutil vibración que permitía intuir la energía que las máquinas de vapor generaban para todo el proceso de producción.

«¿Y si todo esto funcionara con energía eléctrica?», pensó Victor mientras entraba en el edificio principal por una puerta lateral y subía las escaleras hasta el primer piso. La verdad, le extrañaba que Rothmann, al contrario de muchos otros empresarios de Stuttgart, aún no hubiera invertido en esa nueva tecnología. La electrificación avanzaba con paso imparable y conquistaba no solo las fábricas, sino también los hogares. Cada vez más familias acomodadas, por lo menos, sustituían sus lámparas de gas y quinqués por bombillas incandescentes. A ojos de Victor, la electricidad era uno de los pilares del desarrollo moderno, y cualquier empresario abierto de miras debería tenerla en cuenta.

Una vez más sintió un leve arrepentimiento por no haber cursado la carrera de ingeniería. Las máquinas y la mecánica lo hipnotizaban desde niño. Le resultaba fácil comprender y desarrollar sus complejas estructuras. Soñaba con una carrera técnica, pero en lugar de eso acabó estudiando en la academia militar como quería su padre y allí logró hacerse un hueco. Al menos, hasta el día del duelo, un duelo en el que él nunca quiso batirse y cuyo trágico desenlace lo llevó entre rejas.

Victor apartó esos recuerdos de su mente. Ya no podía hacer nada por cambiar el pasado. Era mucho más importante mirar hacia el futuro.

Mientras pensaba todo eso, llegó a la puerta de la oficina. Se recompuso, enderezó los hombros y llamó a la puerta.

Le abrió uno de los contables.

—Viene a ver al señor Rothmann, que ha mandado por usted, ¿verdad? Espere un momento. Está con una visita.

Una vez más, Victor se vio obligado a esperar. Solía ser el caso cuando uno era requerido por Wilhelm Rothmann.

Ya estaba familiarizado con la oficina, cuyas paredes estaban forradas de innumerables cajoncitos llenos de muestras de todos los tipos de dulce que se fabricaban en la casa. Cada uno de ellos tenía su propio número de identificación.

En los escritorios trabajaban una serie de empleados que comprobaban el inventario, hacían pedidos o emitían facturas. Dos de ellos hablaban en tono quedo mientras un mensajero esperaba a que le entregaran las cartas y las notificaciones que tendría que repartir.

A Victor le gustaba la atmósfera silenciosa de la oficina. Ahí arriba apenas se oía el estruendo de la fábrica.

Unos minutos después, la puerta del despacho de Rothmann se abrió. Un caballero entrado en años, bajito y vestido con elegancia que caminaba con bastón se detuvo en la puerta un instante, se caló el sombrero de fieltro negro sobre el pelo ralo, echó un vistazo a su reloj de bolsillo de oro y salió con premura de la oficina.

Las conversaciones apagadas de los secretarios enmudecieron en cuanto apareció aquel hombre. Y, tan pronto como hubo salido por la puerta, un suspiro de alivio pareció recorrer la hilera de escritorios.

Finalmente, Wilhelm Rothmann en persona se asomó por la puerta y llamó a Victor con un gesto.

—Tome asiento, señor Rheinberger —ofreció, y Victor se sentó en una de las cuatro sillas de madera tapizadas de cuero dispuestas alrededor de una mesita de reuniones.

Rothmann se acercó a su escritorio y, por un momento, se quedó absorto. Parecía algo preocupado. Entonces meneó la cabeza, como si quisiera ahuyentar una imagen desagradable, recogió unos planos y se acercó a Victor.

—He recibido informes de su trabajo, señor Rheinberger. Todos están extraordinariamente satisfechos con su rendimiento.

—Gracias, señor Rothmann. Pero el trabajo en el almacén de azúcar no es muy exigente. Físicamente sí, claro, pero es siempre igual.

—No me refería a su trabajo en el almacén de azúcar. Aunque nunca está de más estar familiarizado con esas tareas. Yo mismo empecé en el almacén de azúcar. Y mis hijos seguirán la misma senda.

—¿Cómo se encuentra Karl, por cierto? —preguntó Victor.

—Ya vuelve a encontrarse demasiado bien, en mi opinión —afirmó Rothmann con una sonrisa socarrona—. La herida se curó muy rápido. Ahora cojea un poco, pero pronto se le pasará, según dice el médico. No creo que tarde en volver a meterse en líos.

Victor se echó a reír.

—Sí, yo tampoco lo dudo. Pero me alegro de que el accidente no tuviera consecuencias serias.

—Gracias a usted, señor Rheinberger. Y, si me permite, le explicaré por qué lo he hecho venir. Verá, su talento técnico, del que ya me habló en nuestro primer encuentro, es ciertamente admirable. Y resulta que necesito un buen mecánico.

—¿Y ha pensado en mí?

—Exacto. Le seré sincero: de entrada, para mí lo más importante era hacerme una imagen de usted. Entiéndame, es usted un recién llegado. Lo único que me contó es que se formó con el ejército prusiano y que no quiso quedarse allí. Y por eso me pareció prudente esperar un poco antes de colocarlo en un puesto de responsabilidad.

Rothmann dispuso los bocetos sobre la mesa.

—Aquí tiene los planos de nuestras máquinas más importantes. La tostadora, la prensa de cacao, los rodillos, etcétera, etcétera. Me gustaría que se hiciera una idea a fondo de ellas. De ahora en adelante, será usted el mecánico responsable de todos los aparatos relacionados con la fabricación de dulces y chocolate. A excepción, por ahora, de las máquinas de vapor.

Por unos instantes, Victor se quedó sin habla. Luego se hizo con los planos y empezó a ojearlos.

—Es el trabajo con el que siempre había soñado. Soy yo quien tiene que darle las gracias, señor Rothmann.

—Tengo grandes esperanzas puestas en usted, Rheinberger —dijo Rothmann con mucho énfasis—. Estará usted a cargo de dos trabajadores a los que deberá instruir. Si demuestra su valía, lo esperan grandes cosas. Aproveche la oportunidad.

—Claro que lo haré —respondió Victor con entusiasmo—. ¡Y muchas gracias por su confianza!

Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Una cosa más, señor Rheinberger.

—¿Sí?

—Mientras desempeñe este trabajo, trate de averiguar dónde pueden recortarse gastos durante el proceso de producción. Tome nota de todas las

posibilidades de ahorro que le parezcan dignas de consideración y cuéntemelas en nuestro próximo encuentro.

—Así lo haré, señor Rothmann.

Fábrica de chocolate Rothmann, mediados de agosto de 1903

AÚN ERA PRONTO. Esa mañana de jueves, Theo, el cochero y chófer de los Rothmann, había llevado a Judith y a su padre de Degerloch a Stuttgart en el Mercedes, algo que sucedía con muy poca frecuencia, puesto que el automóvil se guardaba como oro en paño y se usaba en especial para breves paseos por la meseta Filder. Judith no tenía ni idea de por qué ese día habían sacado el coche para bajar a la ciudad. En cualquier caso, el vehículo había salvado con dignidad la empinada cuesta aunque Theo había tenido que emplearse a fondo al volante y a los frenos. Con suerte, volvería a subir con igual facilidad. Theo se había convertido en un experto en los fallos del motor de aquel coche, aunque ningún defecto conseguiría disminuir en absoluto el entusiasmo del señor Rothmann por el automóvil.

Lo más probable era que quisiera impresionar a alguien. Se había apeado frente al banco de los Von Braun, y Judith hizo el resto del recorrido hasta la fábrica de chocolate sola en el espacioso asiento trasero del lujoso vehículo, que seguía captando la atención de los transeúntes. A Judith seguía incomodándole un poco viajar en él. Cuando Theo se detuvo frente a la fábrica de chocolate y la ayudó a bajar, Judith se sintió como si fuera montada en unos zancos de lo tensa que estaba.

Poco después entró en la sala de las mujeres. Igual que las otras jóvenes que trabajaban allí, se había puesto una cofia y un delantal blancos, ya que la pulcritud era esencial para manipular las delicadas especialidades por las que la marca Rothmann era famosa.

A Judith le gustaba estar en esa parte de la fábrica. Allí, numerosas trabajadoras elaboraban fastuosas exquisiteces. Por encima del silencio reconcentrado se oían los chasquidos de los moldes de aluminio llenos de pasta de chocolate que se abrían y cerraban incesantemente para crear deliciosos cigarrillos, botellitas o pipas de chocolate. Un poco más allá, en una mesa menos ruidosa y calentada con vapor, se bañaban varitas de azúcar

en chocolate. Unos pasos más adelante, dos jóvenes trabajadoras vertían chocolate derretido sobre bolitas de *fondant* aromatizadas. El leve susurro de sus faldas acompañaba sus paseos frecuentes hasta una de las dos neveras en cuyas bandejas se dejaban enfriar los bombones en pulcras hileras para que la cobertura de chocolate se endureciera y se volviera crujiente.

Ese día, Judith también se tomó tiempo para acercarse a las muchachas y observar su trabajo. Lo hacía con regularidad, y había podido comprobar que su interés provocaba que las chicas se sintieran tomadas en serio y valoradas. Además, con ello, Judith no solo se enteraba de los problemas personales de las trabajadoras, sino que también aprendía los pormenores del proceso de fabricación. Y, por si fuera poco, iba adquiriendo muchas habilidades en la fabricación de dulces.

La supervisora la llamó con un gesto.

—¡Señorita Rothmann!

—Un momento, Martha. —Judith se había inclinado junto a dos de las chicas que elaboraban con habilidad las rosas de azúcar que la clientela tanto apreciaba. La misma Judith había intentado imitarlas en alguna ocasión, pero el resultado poco tenía que ver con las delicadas obras de arte que tenía ante los ojos. Por eso, Judith se fijaba con atención en la forma en que las dos chicas vertían con mimo la masa de azúcar sobre varitas de metal con la punta plana, que giraban con maestría para esculpir, pétalo a pétalo, una elegante rosa.

—Qué preciosidad —las alabó Judith—. Dan ganas de zampárselas de un bocado.

—Esta tarde haremos violetas —dijo una de las chicas con entusiasmo—. Son un encargo especial.

—Eso también me gustaría aprenderlo —contestó Judith mientras se ponía recta— en cuanto encuentre tiempo para hacerlo.

Buscó a la supervisora con la mirada, y esta se le acercó.

—Señorita Rothmann, parece que una de las dos neveras no funciona bien —explicó.

—Entonces notifíquelo al taller, Martha. Seguro que los mecánicos podrán encargarse enseguida.

—Ya he mandado a Pauline a dar aviso, pero pensé que usted querría estar al corriente.

—Muy bien. Por ahora, utilicen solo la nevera que funciona. Y vacíen la que está estropeada.

—Sí, señorita Rothmann. —Martha se acercó a una de las dos neveras, que le llegaban hasta el ombligo. Judith se detuvo un instante y después acudió en su ayuda. Con vaciar la nevera no bastaría. Habría que guardar los dulces en la fresquera, pues de lo contrario el aire cálido de ese día de verano los estropearía.

Juntas, Judith y Marta colocaron las hileras de *fondant* bañado en chocolate sobre dos bandejas de lata. Aún no habían terminado cuando Pauline regresó. La acompañaba, para sorpresa de Judith, Victor Rheinberger, el desconocido que había traído a casa al pequeño Karl aquel día funesto. Sabía que su padre le había dado un empleo en señal de agradecimiento y que, desde entonces, el señor Rheinberger trabajaba en el almacén de azúcar. Pero no había vuelto a verlo desde el día del accidente.

Cuando él la reconoció, una sonrisa le iluminó la cara. Como si se alegrara sinceramente de verla. Judith sintió de repente un nudo en el estómago cuya causa desconocía y que se estrechó en cuanto él la miró a la cara.

—Buenos días, señorita. —El brillo de sus ojos que acompañó al saludo era algo en lo que Judith ya se había fijado la primera vez que se vieron. Además, igual que el día del accidente, Victor también parecía resuelto y tranquilo, lleno de energía. Desprendía una autoridad natural.

—Ah, buenos días, señor Rheinberger —saludó, un poco tímida—. Qué sorpresa verlo aquí, pensé que Martha había mandado traer al mecánico.

Victor Rheinberger la miró alegre.

—Pues qué suerte. Casualmente, su padre me ofreció hace poco ese puesto.

—¿De verdad? —Judith rio de buena gana—. Entonces debe de estar contento con usted. Me alegro.

Señaló la nevera estropeada.

—Por favor, échele un vistazo a este aparato. Ya no enfría. —Judith se giró hacia Martha, que había terminado de colocar todos los bombones en las bandejas—. Lo mejor será que usted y Pauline lo bajen todo al sótano, Martha. Yo me quedaré aquí.

Mientras Martha y Pauline se llevaban las bandejas, Victor se arrodilló frente a la nevera abierta. Comprobó la temperatura, palpó el revestimiento de porcelana del interior y se levantó para inspeccionar los compartimientos de hielo cubiertos con placas de zinc que había en la parte superior.

—No queda mucho hielo —dijo—. ¿Cuándo se llenó por última vez?

—Por lo que sé, el hielo se renueva a diario —contestó Judith—. Y con más frecuencia incluso en los días cálidos. Tal vez hoy no hayan tenido tiempo de hacerlo, tendría que preguntárselo a Martha.

Victor giró la llave del pequeño grifo que se encontraba en la base del lado frontal. Inmediatamente, un chorro de agua empezó a caer en el cuenco que había debajo.

—Bueno —concluyó—. Me temo que hay grietas en el revestimiento.

—Ya veo —respondió Judith sin comprender muy bien sus palabras. El señor Rheinberger volvió a sonreírle.

—Para mantener el interior frío, las paredes de la nevera se refuerzan con madera o corcho —le explicó—. Esa capa aislante debe de estar dañada en algún punto. Tal vez sea una de las puertas, sería lo más probable.

A Judith le gustó mucho que él se tomara el tiempo de explicarle sus elucubraciones, a pesar de que ella era una mujer que no sabía nada de tecnología y, según el parecer de la mayoría de los hombres, era preferible que no aprendiera nada sobre ello.

Victor Rheinberger cerró con cuidado las compuertas del compartimiento del hielo, así como las puertas de la nevera.

—Voy a buscar a alguien que me ayude a transportarla al taller —dijo—. Es demasiado pesada y voluminosa como para llevarla yo solo, y aquí no voy a poder trabajar. Si no, los clientes que vienen a comprar el delicioso chocolate Rothmann no se llevarán más que tocos serrín Rothmann.

Judith se echó a reír y Victor Rheinberger sonrió con amplitud. Mientras iba en busca de los refuerzos que necesitaba, Judith cruzó la amplia puerta que conectaba con la sala de envíos. Ahí se preparaban paquetes y maletines de muestra para los viajeros de la fábrica Rothmann.

Un grupo de trabajadoras repartidas alrededor de dos largas mesas de madera estaban ocupadas anotando las direcciones correspondientes en los paquetes. Judith dio la vuelta a ambas mesas supervisando los distintos conjuntos. De vez en cuando se detenía, agarraba una de las cajitas de la mesa, la abría y comprobaba la disposición del chocolate avainillado, los caramelos de membrillo y piña o el *fondant* de violetas recubierto de chocolate, todo envuelto en papel de seda. Todas las cajas estaban completadas a la perfección, todos los dulces dispuestos de forma imaculada y bien protegidos con algodones.

Una de las chicas se le acercó con unas cajas muy bonitas en la mano.

—Aquí tenemos las almendras recubiertas de chocolate y las nuevas tabletas de chocolate con leche, señorita.

Judith tomó las cajitas.

—Gracias, Berta. Muy bonitas. Hay mucha demanda de chocolate con leche, que nuestros viajantes no se vayan sin él.

—Sí, está buenísimo —sonrió Berta.

—¿Lo has probado?

—Es que se rompió una tableta... —dijo Berta con timidez—. Pero la remplacé enseguida, claro —añadió apresuradamente.

—No pasa nada, a mí me sucede a menudo —le aseguró Judith con aire tranquilizador—. Y es verdad que está buenísimo.

Aliviada, Berta hizo una pequeña inclinación, se giró y regresó a la sala de las mujeres.

Judith la observó alejarse.

La llegada de las fábricas había traído muchos cambios para las jóvenes. Les habían abierto nuevas posibilidades de ganarse el sustento además del trabajo de doncella o criada. ¿Les gustaba el trabajo en la fábrica Rothmann? ¿Les daba para vivir su salario de obreras?

Unos dos tercios de los empleados eran mujeres. Se decía que las chicas estaban más capacitadas para manipular alimentos. Tal vez fuera cierto, pero a Judith le molestaba que a las jóvenes nunca se las tuviera en cuenta para puestos de responsabilidad como, por ejemplo, en la oficina. Y su salario era notablemente inferior que el de los hombres. Sin embargo, en otras fábricas empezaba a haber ayudantes comerciales mujeres; Judith lo había aprendido en su paso por la escuela de comercio de Stuttgart.

Unas voces profundas y ruidos fuertes procedentes de la sala de las mujeres llamaron la atención de Judith. Dejó el chocolate con leche sobre la mesa y volvió para enterarse de lo que pasaba con la nevera.

Martha gesticulaba junto a Victor Rheinberger y un mozo joven, que estaban colocando correas alrededor de la nevera para poder transportarla con más facilidad.

—No, colócalas igual que hago yo —indicaba Victor Rheinberger a su ayudante—. Y ahora... ¡hop!

—Por favor, señores, ¡tengan cuidado! —les suplicó Martha a los dos con expresión preocupada.

—Estoy segura de que el señor Rheinberger nos devolverá la nevera en unas condiciones impecables —la tranquilizó Judith—. Sabe muy bien lo que se hace.

Victor Rheinberger alzó la cabeza sorprendido.

Judith agachó la suya al instante y entrelazó los dedos sobre su delantal. Se le había escapado aquella alabanza, y no precisamente con discreción. Seguro que las trabajadoras lo habían oído. Pero, a pesar del decoro que debía mantener, no pudo evitar seguir observándolo por el rabillo del ojo. Era un hombre muy apuesto y carismático. Cuando sus ojos se encontraron con la mirada alegre de Victor, él sonrió con calidez.

POR LA TARDE, Judith regresó a casa. Theo había devuelto el Mercedes a Degerloch y vino a recogerlos con el coche de caballos. Había aprovechado para bajar a Dora a la ciudad a hacer unos recados para el ama de llaves. Más tarde, la doncella regresaría con el cremallera. Judith sabía que a Dora le encantaba ir a comprar. El bullicio de las tiendas era muy entretenido, y siempre le daba tiempo de pasar un rato de cháchara con otras sirvientas.

Su padre volvió a subir al coche en el banco de los Von Braun. Judith se sorprendió de que hubiera pasado allí toda la mañana, pero era evidente que los asuntos de negocios llevaban mucho tiempo. El mundo que había detrás de las altas puertas del banco le era totalmente ajeno y, sin embargo, la cautivaba. Porque quienes disponían de medios suficientes podían tomar las riendas de su propia vida. Una perspectiva maravillosa.

Mientras Theo azuzaba a los caballos, Wilhelm Rothmann se acomodó al lado de su hija. Parecía haber tenido éxito en sus negocios, a juzgar por la mirada de satisfacción con la que obsequió a Judith.

Ella lo observó inquisitivamente.

—Ay, niña —le dijo con una amabilidad nada frecuente en la voz—. A ti y a nosotros nos espera una vida estupenda.

—¿A mí y a vosotros? —preguntó Judith confusa.

—Y tanto. Pero antes, protagonizarás una boda por todo lo alto. Una como hace décadas que no se ve en Stuttgart y que dará tanto que hablar a la gente como la del duque de Ulrich. Y la suya fue... —reflexionó— en 1511, si mal no recuerdo.

—Pero, padre... —Judith empezaba a asustarse.

—No te preocupes —indicó él con una sonrisa—. ¡Tu novio es mucho más joven! —Se rio de su propia ocurrencia.

—Mi novio...

—Sí, niña, tu novio. Tendremos mucho que hacer en los próximos meses. Esta misma noche escribiré a tu madre. Como es natural, no va a perderse el

día más feliz de la vida de su hija. Ya va siendo hora de que vuelva a casa. —
La miró—. Ea, ea. No tengas miedo. Aún falta algún tiempo.

11

Aposentos del servicio de la residencia de los Rothmann, finales de agosto de 1903

—¿DÓNDE ESTÁ BABETTE?

Margarete, el ama de llaves, miró a su alrededor y señaló con irritación la silla vacía junto a Dora.

—Quien llega tarde se queda sin comer —dijo Gerti, la cocinera.

La cena estaba ya en la mesa, una gran cazuela llena de sopas de pan con leche agria.

—Ha ido al pueblo —dijo Robert.

—¿A estas horas? —preguntó Dora.

—Me da igual, yo tengo hambre. —Robert blandió su cuchara con decisión.

—¡Pero ella nunca saldría así de casa! ¡Si ni siquiera es domingo! —Gerti meneaba la cabeza mientras dejaba una jarra llena de sidra sobre la mesa antes de sentarse—. ¡Si luego tendrá faena!

—Esto es intolerable y no lo voy a permitir —concluyó el ama de llaves—. Pero no hace falta que le deis más vueltas. Comamos.

Agachó la cabeza, entrelazó los dedos y bendijo la mesa con brevedad.

—Pero —empezó de nuevo Dora cuando todos metieron la cuchara en la leche agria en busca de los trozos de pan— últimamente está muy rara, distraída. Y creo que sale en secreto de casa de vez en cuando. Desaparece media hora y vuelve a aparecer de repente.

—Estará cortejándola algún muchacho —aventuró Theo. El cochero ya pasaba de la cincuentena, lo que lo convertía en el sirviente de mayor edad en la casa de los Rothmann.

—Aún peor —sentenció el ama de llaves.

Gerti intervino para calmar el ambiente.

—Bueno, ya volverá.

—Esperemos que sí —expresó Robert malhumorado—. ¿Hoy no hay nada más?

La cocinera se encogió de hombros.

—Los señores se lo han comido todo. No quedan sobras para nosotros.

—El viejo se vuelve cada vez más tacaño —gruñó Robert, aunque en voz baja.

—¡Esa lengua! —lo regañó Theo—. Mejor esto que tener la tripa vacía.

—Y piensa que al menos aquí libramos dos domingos al mes —le recordó Dora.

—Eso fue cosa de la señora —rezongó Robert—. Fue ella quien se encargó de que pudiéramos librar. Si fuera por el señor... nos quitaría el día de descanso, estoy seguro.

—Bueno, bueno —dijo Gerti, mientras Margarete le lanzaba otra mirada desaprobadora.

Robert no dijo nada más, aunque en su interior se había desatado una tormenta. Le costaba aceptar la sensación constante de inferioridad que pesaba sobre todos ellos y que el resto del servicio parecía dar por buena.

Entretanto, Dora volvió a expresar preocupación por Babette:

—Tal vez esté buscando otro trabajo. Hace un par de días me contó que le encantaría ver París, o Londres. Se ve que hay una de su pueblo que se colocó como doncella en Copenhague. Eso la dejó muy impresionada.

—Algunas hasta se van al otro lado del charco —añadió Theo.

Y la cocinera intervino:

—También he oído de algunas chicas que se van a San Petersburgo, se ve que allí les gustan mucho las muchachas de aquí.

—¡Un poco de decoro, por favor! —los interrumpió el ama de llaves enérgicamente—. Todo eso no son más que habladurías. Nadie tiene ni idea de lo que espera a las pobres chicas en esos lugares. ¡Ni siquiera hablan nuestro idioma! Por no hablar de sus costumbres extranjeras.

—Sí, pero el idioma se puede aprender, y las costumbres no serán tan extrañas —se le escapó a Dora, mientras en sus ojos brillaba un destello de anhelo.

—Mañana vendrá la lavandera —informó Margarete para cambiar de tema. Se levantó, dando a entender a los demás que la cena había terminado—. Babette la ayudará.

Entonces sonó el timbre que avisaba al servicio de que uno de los señores requería su asistencia.

—La señorita —suspiró Dora—. Y yo que quería arreglarme el dobladillo del vestido, que se me ha descosido. La señorita Judith me cae muy bien, pero a veces el trabajo me pone de los nervios.

—Entonces quizá deberías haber acompañado a la señora a Italia —se burló Robert—. Se ve que está en un lugar que va bien para los nervios.

Dora le lanzó una mirada desdeñosa.

Mientras la cocinera quitaba la mesa y Dora acudía a ver qué quería Judith Rothmann, Robert se frotó la boca con el dorso de la mano y salió a preparar la leña para el día siguiente. Durante los meses de verano, ese trabajo no llevaba mucho tiempo, todo lo contrario que en invierno, cuando no solo había que encender la cocina, sino también las chimeneas de las habitaciones de los señores. Y, en los días de colada, que tenían lugar cada dos semanas, hacía falta mucho más combustible. A primera hora de la mañana, antes de que la casa despertara, ya se encendía la hoguera bajo la tina para que cuando la lavandera llegara a las seis pudiera ponerse manos a la obra de inmediato.

Mientras llenaba el cesto de leña, Robert pensó en la delicada Babette y en el duro trabajo que la esperaba al día siguiente. Remover constantemente la ropa sucia en el agua hirviendo era un trabajo muy penoso y sentía una profunda lástima por ella, aun cuando en realidad le gustaba bastante ver cómo, con el paso de las horas, el vapor le aflojaba los mechones del moño, creando un halo precioso alrededor de su rostro. Robert cargó la leña y pensó en la cara de concentración de Babette mientras frotaba y aclaraba la ropa, primero con jabón y sosa, y luego una vez más con agua limpia casi hirviendo. Al menos ahora tenían una máquina que le ahorraba tener que escurrir toda la ropa. Y se decía que las cosas podían ser más fáciles todavía.

Robert había oído decir que la señora hasta había dado vueltas a la idea de comprar una de esas máquinas novedosas que se encargaban de lavar la ropa prácticamente solas. Pero entonces había enfermado y al viejo ricachón el invento le había parecido demasiado caro, como era de esperar. Así que Babette tenía que seguir haciéndose polvo las manos los días de colada. Por la noche siempre las tenía rojas, ásperas y agrietadas, por más que la cocinera intentara aliviárselas con pomada de caléndula.

Era una injusticia que la gente como él y Babette, o como Dora y Gerti, tuvieran que estar todo el día y, a veces, incluso parte de la noche, pendientes de hasta los deseos más insignificantes de los señores. Y todo por un sueldo de un par de marcos, más manutención y alojamiento. ¿Quién dividía el mundo entre los que decidían y los que tenían que acatar esas decisiones? Habría preferido no estar interno, así tendría, por lo menos, las noches libres,

igual que los hombres y las mujeres que trabajaban en las fábricas. Tal vez debería probar suerte e intentar encontrar trabajo en una. Seguro que los mozos fuertes como él nunca sobraban.

Sumido en sus pensamientos, cruzó la casa caminando con pesadez para dejar el hatillo de leña. Era el final de su jornada de trabajo, y había algo que lo hacía sonreír: la alegría que sentiría la tarde siguiente al contemplar a Babette estirándose para tender la ropa limpia y escurrida. Sin que ella lo viera, podría observarla en secreto, admirar su esbelta figura y los bellos senos que se insinuaban bajo la ropa y el delantal. Y, además, le encantaba el olor a ropa limpia tendida al sol para que se secara y blanqueara.

Balneario de Mitterbad en Tirol del Sur, principios de septiembre de 1903

HÉLÈNE ESTABA DE un humor inmejorable. Unos días antes había empezado a hacer de modelo de Hermione von Preuschen, que estaba realizando varios desnudos basados en ella. A Hélène le había costado atreverse a posar sin ropa, aunque estuviera a solas en el estudio de la polifacética artista en Villa Waldruhe. Pero ya había superado su pudor.

Hermione alababa su cuerpo bello y esbelto, sus resplandecientes ojos azules y el maravilloso contraste con su cabello oscuro, además de su postura grácil. Hélène se sentía a gusto en su desnudez.

Desde hacía algo más de una semana, Hélène se había trasladado a Mitterbad, después de que el doctor Von Hartungen le hubiera sugerido una estancia temporal en aquel pintoresco rincón elevado que pertenecía al consorcio del sanatorio. Era de la opinión de que un cambio de aires podía fortalecer aún más la constitución de Hélène.

Georg Bachmayr se había mostrado dispuesto a acompañarla al instante, así que tomaron juntos el tren hacia Meran, pasando por Rovereto y Bozen. Un carruaje los llevó hasta Lana, donde habían pasado una noche. La continuación del trayecto a caballo hasta Mitterbad a la mañana siguiente había añadido a un ya de por sí arduo viaje tres horas de incomodidades, aunque las magníficas vistas de prados verdísimos, laderas boscosas y las cimas nevadas de los Alpes hicieron que valiera la pena.

Y, además, Hélène se sintió a gusto tan pronto puso un pie en Mitterbad. Aquí todo era más tranquilo, más rústico y menos pretencioso que en Riva.

Hermione von Preuschen trabajaba con rapidez. Movía el lápiz sobre el papel con maestría y un leve raspado acompañaba cada línea, cada sombreado.

—¿Hace usted retratos a menudo? —preguntó Hélène.

—De vez en cuando —respondió Hermione—. Hago sobre todo naturalezas muertas. Naturalezas muertas extraordinarias, es por lo que se me

conoce.

—¿Qué quiere decir con extraordinarias?

Hermione von Preuschen inclinó la cabeza y entornó los ojos con concentración mientras su mirada iba alternativamente del papel a Hélène y, de Hélène, de nuevo, a su boceto.

—Mis cuadros se inspiran en modelos históricos. A veces elijo formatos poco convencionales; en otras ocasiones, me centro solo en detalles.

—Ah, qué interesante. ¿Y tiene pensado hacer alguna obra en este nuevo estilo que tan de moda está ahora?

—¿Se refiere al modernismo? Ni hablar. Eso no es arte de verdad. Son dibujos infantiles —dijo Hermione con desdén.

—En Francia lo llaman *art nouveau*. A mí me parece un estilo muy interesante —opinó Hélène.

Empezó a notar un hormigueo desagradable en el pie izquierdo. Hacía más de media hora que mantenía la misma posición, encogida sobre un taburete, con un trapo de lino cubriéndole los muslos y las piernas dobladas de una forma muy poco natural. Intentó cambiar de postura sin que se notara.

—¡Quédese como está! ¡No se mueva! —la riñó Hermione—. Es usted francesa, ¿verdad? Su acento la delata.

—*Absolument!* Me crie en París. Mis padres tenían una fábrica de chocolate.

—Ah. La misma profesión que su marido —observó Hermione.

—Sí, aunque nuestro negocio no era tan grande como lo es Rothmann hoy en día —explicó Hélène—. Y siempre iba mal de dinero. Mi marido compró a mis padres una receta muy especial y con eso solucionó sus problemas económicos y se llevó a su hija de propina.

—Parece que no es usted muy feliz, querida mía —remarcó Hermione compasivamente.

—Bueno —suspiró Hélène—. ¿Y qué es la felicidad para las mujeres? Tenemos que dar gracias si tenemos una casa decente e hijos sanos.

—Sí, claro —replicó Hermione con aire pensativo—. Y, sin embargo, no somos felices. —Echó la cabeza hacia atrás y desveló, en un tono casi desafiante—: Yo me separé.

Hélène la miró a los ojos.

—¡Qué valiente! Es una decisión muy difícil.

—No es difícil cuando una ama de verdad. Y, en aquel momento, yo amaba de verdad. Solo que no al que era mi marido. —Una intensa pena inundó las palabras de Hermione—. Así es mi vida. De las cumbres más altas

a los valles más hondos. Qué alegría cuando por fin terminó esa tragedia matrimonial inenarrable. Ese hombre quería que yo fuera una de esas esposas lloricas que consagran su vida a su familia y, en especial, a su marido. No quería ni oír hablar de mi pintura. *Pintamonas*, me llamaba. Y, de la forma más burda, intentó convertirme en la mujer ordinaria que él quería tener a su lado. Qué estrechez de miras.

—¿Y de dónde sacó fuerzas para dejarlo?

Hélène sonrió de repente.

—Cuando una siente la llamada de la libertad, la pasión y la aventura, el coraje y las fuerzas nacen por sí solos. Y, además, me esperaba el hombre de mi vida. Por desgracia, el destino nos concedió apenas unos pocos años juntos.

—¿Falleció?

—Sí.

—Lo siento mucho.

—La pena es un mar inmenso. —Hermione retomó el boceto de Hélène—. Pero yo no quería ahogarme. Así que me dediqué en cuerpo y alma a mis hijos, la escritura, la pintura.

—El arte puede sustituir a un hombre por completo —observó Hélène con seriedad.

—No del todo —la contradijo Hermione, y miró a Hélène a los ojos—. El amor y la pasión forman parte de la vida. Son lo que nos mueve. Aunque demasiado a menudo, estas emociones se dan por sentadas o se atrofian en una prisión de moral y honor. No hay mejor estímulo para el arte que la devoción desesperada, el amor profundo o el dolor de saberse rechazado.

—En ese caso, yo nunca he amado de verdad —afirmó Hélène tras una breve reflexión—. No había cumplido ni diecisiete años cuando me casé con un hombre bastante mayor que desplegó ante mí un desierto entre muebles oscuros y paredes de mármol. He llegado a despreciarlo.

—¿Y en todos estos años, no ha conocido usted a nadie que le haya llegado al corazón? ¿O que haya estimulado sus sentidos? —preguntó Hermione con incredulidad—. Que su marido le sea indiferente no tiene nada de extraño. Hay muchos matrimonios que se han formado en condiciones nefastas. Pero hay mucha gente por conocer —añadió en un tono sugerente.

—Cuando me fui a Alemania, es decir, cuando tuve que irme, había un joven en París a quien amé. Pero de eso hace ya mucho tiempo y desde entonces no me he permitido ninguna fantasía, tan solo me haría infeliz. Dejé de pensar en él. Al menos, tanto como pude. —Hélène sonrió con nostalgia.

—Está claro, señora Rothmann. ¿Y fue usted más feliz negándose sus deseos más íntimos?

Hélène se encogió ligeramente. Hermione percibió su reacción, dejó el cuaderno de dibujo a un lado y la miró con expresión comprensiva.

—Creo que ya hemos hecho suficiente arte por hoy. ¿Y si aprovechamos la tarde para dar un paseo?

—¡HOLA, SEÑORAS MÍAS! ¡Buenas tardes nos dé Dios! —Georg Bachmayr, que estaba sentado al sol de media tarde en un banco frente a la casa de baños, se levantó cortésmente cuando vio a Hélène y Hermione, que regresaban de su pequeña caminata por el bosque cercano.

—Buenas tardes, señor Bachmayr. ¿Adónde lo han llevado hoy las piernas?

—A caminar un buen trecho por el bosque, tal y como recomienda el doctor. —Señaló con aire juguetón sus zapatos de monte—. ¿No lo ven?

Hélène contempló con una sonrisa el rústico calzado, al que había pegadas algunas agujas de pino pardas. Bachmayr siguió su mirada con una sonrisa burlona.

—Esta mañana muy temprano me he metido en el agua. Madre mía, qué fría estaba. Y, por si no fuera suficiente, luego me he dado una ducha bajo la cascada. Tiene que probarlo, señora mía, en la vida me había sentido tan renovado.

—Me lo creo, señor Bachmayr. El doctor Von Hartungen también me ha recomendado ese tratamiento. Un resfriado leve me ha impedido ponerlo en práctica todavía.

—Esta noche hay baile en el café, señor Bachmayr —intervino Hermione—. ¿Va a acompañarnos? —Le dedicó un guiño alegre, y Hélène quedó asombrada por el descaro con el que la artista, que a sus casi cincuenta años aún era hermosa, coqueteaba con Georg Bachmayr.

—¡Por supuesto, señoras mías! —Georg Bachmayr recibió con una gran sonrisa esta prueba incontestable de su éxito entre las damas. Su mirada, sin embargo, se centró en Hélène, que creyó leer una pregunta tácita en ella. Pero antes de que pudiera incomodarse, Bachmayr se puso en pie.

—Bueno, pues voy a adecentarme un poco. Menos mal que Heinrich Mann ya se ha marchado y no tendré competencia. ¡Hasta la noche! —Insinuó una reverencia.

—Pero bueno, querida mía. Este caballero arde de deseo por usted —afirmó Hermione de buen humor una vez Bachmayr se hubo metido en la casa de baños en la que tenía alquilada una habitación—. Disfrute de sus atenciones.

Hélène la miró irritada.

—¿Que disfrute?

Hermione se dejó caer en el banco que Bachmayr acababa de dejar libre e indicó a Hélène con un gesto que se sentara a su lado.

—Ay, señora Rothmann, tiene usted que aprender a disfrutar de la vida. Disfrutar de su feminidad. Las mujeres no debemos avergonzarnos de nuestra naturaleza. ¡Todo lo contrario! —Se atusó la falda—. Créame, yo llevo años nadando a contracorriente. Es muy duro y me cuesta todo mi esfuerzo, pero no sé hacerlo de otra manera.

—¿Y así es feliz? ¿Siempre nadando a contracorriente?

Hermione suspiró.

—Así soy libre. No siempre feliz —contestó con aire reflexivo—. Pero me satisface más que si hubiera seguido el recorrido que nos está reservado a las mujeres en la vida.

—¿Ha sido usted siempre tan... —Hélène se esforzó por encontrar la palabra adecuada—... peculiar?

Hermione se miró las manos y se frotó las salpicaduras de pintura que las manchaban.

—Hay algo que me ha impulsado a seguir adelante desde siempre. Normal, por así decirlo, no he sido nunca. Mis obras de arte han provocado escándalos y me han convertido en una marginada. Y, a la vez, me han abierto muchas puertas. He roto tabús. He escandalizado y ofendido a la gente. —Sonrió—. Pero amo mi vida con pasión. Experimento intensamente las alegrías y las penas. Está claro que no estoy hecha para lo ordinario.

—A veces me pregunto —caviló Hélène mientras se apartaba un mechón de pelo oscuro de la cara— para qué estoy hecha yo. Mi vida me ha convertido en una persona infeliz y enferma.

Miró hacia arriba y señaló los delicados jirones de nubes en el cielo, que una leve brisa arrastraba hacia el este.

—Ahora mismo me siento como esas nubes: liviana y sin cargas. Pero solo de pensar en volver a Stuttgart, me falta el aire.

—Entonces, no vuelva nunca más.

Hélène agachó la cabeza.

—¿Cómo no voy a volver? Mi marido va a obligarme.

—La decisión es suya, señora Rothmann. Todos tenemos libre albedrío. Es evidente que no será fácil. Pero si es lo que elige, será su propio destino. Piénselo.

—Mis hijos... —empezó Hélène.

—Parece que se las apañan perfectamente sin usted. Su hija ya es una mujercita. Seguro que una decisión así le causaría una impresión muy positiva.

—Pero mis hijos aún son pequeños —insistió Hélène con vehemencia.

—¿Cuántos años tienen?

—Ocho. Son gemelos.

—A esa edad ya no están pegados a las faldas de su madre. Tienen que convertirse en hombres. Tomarán ejemplo de su padre. O de algún gamberro del vecindario —bromeó Hermione—. Señora Rothmann, en cualquier caso, nadie puede decidir por usted. Piense detenidamente en las opciones que tiene.

—Es mi marido quien costea mi recuperación aquí —añadió Hélène.

—Bueno. En el sanatorio no puede quedarse, esto está claro —convino Hermione—. Pero con un cuartito luminoso tendría que bastarle. Guárdese algo del dinero que le manda su esposo para pasar el invierno y aproveche ese tiempo para pintar. Tiene usted talento. Cuando vengan al lago todos los veraneantes de Alemania y Austria, puede venderles usted sus cuadros.

—¡Nunca ganaría el dinero suficiente!

—Si se aprieta el cinturón, sí. Y si quiere ganarse algún dinerillo más, puede hacer de guía a los visitantes. ¡Muéstreles la belleza de esta región!

Hélène asintió con aire ausente.

Hermione le planteaba una idea espeluznante. Peligrosa. Y, sin embargo, de un atractivo innegable. ¿De verdad podría comenzar de nuevo? ¿Y si tenía que regresar a Stuttgart arruinada y enferma? ¿Destruiría el escándalo a la familia Rothmann y también el futuro de sus hijos?

Hermione le tomó el brazo suavemente.

—Usted sabrá decidir lo que más le conviene. Hasta entonces, aprovechemos estos días de septiembre. Luego ya tomará una decisión.

13

Jardín zoológico de Nill, Stuttgart, segundo domingo de septiembre de 1903

CON SUS ROPAS de domingo, las tres jóvenes recorrieron una amplia avenida al este de Stuttgart. Era un día cálido y soleado, ideal para una excursión.

Judith entrelazó los brazos con los de sus amigas Dorothea von Braun y Charlotte Wenninger.

—¿Qué queréis ver primero? —preguntó de buen humor.

—¡Los monos, claro! —dijo entusiasmada Charlotte—. No están muy lejos de la entrada.

Y Dorothea preguntó:

—¿Y al señor Nill no lo veremos? ¿No vive entre los monos?

Judith y Charlotte soltaron una risita. Adolf Nill, el propietario del zoológico, vivía sobre el invernadero en el que estaban alojados los simios.

Todavía se reían cuando llegaron a la taquilla del zoológico y rebuscaron los cincuenta pfennig que costaba la entrada en sus respectivos bolsos.

Hacía cosa de una hora que Theo había llevado a Judith en el coche de caballos hasta la residencia de la familia Wenninger, donde iba a pasar la tarde, según la versión oficial de los hechos. Su padre suponía que se sentaría en un rincón sombreado del jardín con sus amigas y pasaría el rato entre charla y algún juego de pelota. Las visitas al zoológico le parecían un pasatiempo propio de la gente ordinaria, quizá adecuado para los niños, pero impensable para tres jovencitas de buena familia.

El padre de Charlotte era un reputado arquitecto de Stuttgart, y Dorothea, la hija del banquero Von Braun. Los padres de Charlotte, algo menos estrictos, no habían puesto ningún reparo a la excursión que las muchachas tenían planeada. Por contra, los Von Braun eran de la misma opinión que el padre de Judith, así que Dorothea había recurrido al mismo pretexto que su amiga para ocultar la visita al jardín de animales.

Pero ya habían llegado y se encontraban ante una cabaña de comida para animales en la que se vendían avellanas, pan, higos secos, algarrobas y fruta en pequeños cucuruchos de papel para que los visitantes se los ofrecieran a los animales. Judith y sus amigas invirtieron algunos pfennig más para proveerse generosamente, pues los animales no eran los únicos que saboreaban aquellas golosinas.

Emprendieron el camino a la exhibición de los simios y durante su recorrido vieron cabras, ardillas y hasta una foca. Se detuvieron un rato frente a los osos.

—Esta es *Mascha* —explicó Charlotte—. Es toda una señora oso pardo. Ha traído al mundo unos cincuenta oseznos. Hasta mestizos de oso polar.

—¿Cincuenta? —exclamó Judith—. ¡No puede ser!

—Pues sí —le aseguró Charlotte.

—Menos mal que no soy una osa parda —murmuró Judith.

Dorothea sonrió.

—Sí, ¡menuda suerte has tenido! Imagínate, cincuenta hijitos, no sabrías ni por dónde empezar.

Siguieron adelante entre risas.

—Por suerte, hoy no es uno de esos domingos de entrada a precio reducido —comentó Charlotte cuando por fin se encontraron ante los barrotes de la jaula de los monos—. Si no, esto estaría tan lleno que no se podría ni andar. Esos días viene no solo gente de Stuttgart, sino prácticamente todo lo que tenga piernas, de cerca y de lejos.

—Esos domingos, la entrada cuesta solo veinte pfennig —comentó Judith mientras ofrecía una algarroba a un mono capuchino. El monito agarró el delicioso botín y se retiró a un rincón tranquilo para comerlo. Judith solo había estado en el jardín zoológico una vez, hacía muchos años, de niña con su madre. Por eso estaba gozando especialmente de la excursión.

—Es verdad. ¡Se ve que un domingo llegaron a venir veinte mil personas! —afirmó Charlotte—. ¡Oye, menudo ladronzuelo! —exclamó un instante después, cuando un tití metió la manita entre los barrotes para llevarse el dátil que ella tenía en la mano.

Dorothea se acercó al otro lado de la casa de los monos e intentó llamar a un babuino, que pronto se acercó a la reja.

—Los babuinos no me parecen tan bonitos —dijo Dorothea—. Los monitos pequeños son mucho más adorables. Pero todos se merecen algo para comer.

Pasaron un rato observando a los primates jugar, colgando de lianas, peleando y acicalándose. Luego continuaron su recorrido, admirando los pájaros cantores, el acuario y los grandes felinos, vieron cómo daban de comer a los avestruces y por fin llegaron hasta los grandes simios.

—¿Dónde estará el señor Nill? —preguntó Charlotte con una sonrisilla.

—Sí, ¿dónde se habrá metido? Aún me queda algo de comida —dijo Dorothea, y las tres volvieron a echarse a reír.

En cuanto entraron en el invernadero, solo vieron al gran orangután, dormitando en un rincón. Cuando, transcurridos algunos minutos, el animal no dio muestras de moverse, Dorothea tiró de las demás para que siguieran.

—Ay, esto es un aburrimiento. Vamos a ver a los elefantes.

Frente al invernadero estaba el cercado de los elefantes, construido en un estilo oriental. Cuando las tres amigas se acercaron, una bestia grande y gris se aproximó con curiosidad a la reja.

Judith le tendió una manzana.

—Es una hembra —afirmó Dorothea, y observó mientras el animal tomaba la manzana con delicadeza con la trompa y se la metía en la boca con un gesto elegante.

—Sí, se llama *Zella* —explicó Charlotte, que no vivía lejos del zoológico y lo visitaba a menudo—. Hasta hace un par de años, aquí también vivía *Peter*, el elefante macho. Pero con la edad se fue aselvajando, hasta que una noche se hizo una herida con los barrotes de hierro de su cercado. Fue tan grave que el señor Nill tuvo que sacrificarlo de un tiro.

—Ay —se lamentó Judith con lástima—, ¡qué pena!

Charlotte asintió y guio a sus amigas hacia los antílopes y los carnívoros pequeños. Finalmente, se detuvieron en un gran prado rectangular.

—Esta es la plaza principal —dijo Charlotte—. Allí tenemos el paseo en poni y la exposición etnológica.

Deambularon un rato por el césped.

—¿Cómo es la exposición etnológica? —preguntó Judith, que había oído hablar de las exposiciones humanas de la plaza principal, pero nunca había visto una.

—Se puede ver gente de otras razas —aclaró Charlotte—, lapones, por ejemplo. O indígenas de la Tierra de Fuego, esos los vi yo una vez. Fue muy impresionante. Reconstruyen sus casas y sus poblados. Y bailan y cantan y muestran cómo viven.

—¿En serio? ¿Y no les molesta que haya gente mirando?

—Parece que no —dijo Charlotte, y entonces bajó la voz—. Se ve que algunos incluso se desnudan, por la noche, cuando ya no hay nadie. Pero de día no los dejan, si no, la gente se quejaría.

Judith se cubrió la boca con la mano y Dorothea abrió los ojos de par en par.

Charlotte asintió.

—Es totalmente cierto —recalcó.

—No sé si me gustaría ver algo así —reflexionó Judith—. Es indigno.

—A mí tampoco —añadió Dorothea.

Charlotte se encogió de hombros.

—A mí no me pareció que hubiera para tanto. No están encerrados y les pagan por estar allí. Pero tampoco me apetece ir.

Volvieron a la vía principal. Pocos segundos más tarde, Judith sintió un repentino escalofrío al reconocer a Max Ebinger en el otro extremo de la plaza. De su brazo colgaba una mujer muy guapa que hablaba con él muy animadamente.

A Judith le entraron ganas de darse media vuelta y echar a correr. Hacía mucho que no lo veía, él no había hecho acto de aparición en ninguna reunión social, en ninguna velada musical ni para gran decepción de Judith, en el baile de verano en casa de los padres de Dorothea. Y tenía que encontrárselo justo allí y entonces. A él y a su bella acompañante.

—¡Pero si es Max Ebinger! —Dorothea también reparó en la pareja.

—Qué hombre más guapo —exclamó Charlotte.

—¿Quién es esa? —preguntó Dorothea—. No la conozco.

—Una mujer respetable no, desde luego —Judith no pudo evitar decirlo, intentando en vano ocultar su frustración.

—Sí, ese Max siempre tiene a alguna detrás —suspiró Dorothea—. Es el problema de los hombres tan atractivos. Que nunca están solos.

Judith, que acababa de darse cuenta de que Dorothea también bebía los vientos por Max, reaccionó con una insolencia inusitada.

—¿Y tú de qué conoces a Max Ebinger?

—Es amigo de Albrecht. A veces viene a casa de visita. Pero, por desgracia, no me hace ni caso.

«Pues claro», pensó Judith. Max y Albrecht, el aburrido hermano mayor de Dorothea, eran de la misma edad, y las familias Ebinger y Von Braun eran amigas desde hacía tiempo.

Cuando la pareja pasó frente a ellas, Max Ebinger se levantó cortésmente el sombrero.

—Buen día —añadió escuetamente su acompañante, antes de esbozar una sonrisa posesiva y tirar de él hacia delante.

—Tenemos algo de prisa —dijo Max a modo de disculpa con una expresión encantadora que hizo destellar sus dientes blancos—. ¡Que pasen ustedes un buen día! —Dicho esto, siguieron su ruta.

—Igualmente —respondió Judith en voz baja, y se dio cuenta de que temblaba un poco de lo nerviosa que estaba.

Dorothea la miró con suspicacia.

—¡Vaya!

La mirada de Charlotte iba de una a otra.

—Os entiendo —dijo con un suspiro.

Las tres permanecieron un rato en silencio.

Luego decidieron dar por terminada su visita al jardín zoológico y acudir a ver los camellos antes de salir.

Al pasar junto al cercado, en el que se encontraban dos animales adultos y una cría, oyeron la conversación entre una madre y su hija pequeña, que preguntaba:

—¿Cómo se sabe cuál es el señor camello y cuál es la señora camello?

Judith vio cómo Dorothea sonreía y se detenía. Los labios de Charlotte también luchaban por contener la risa.

—Fíjate, cariño —le respondió la madre—. Los dos camellos grandes están juntos. Míralos bien.

La niña asintió, aplicada.

—Y ahora —siguió la madre—, ¡dime qué es en lo primero en que te fijas!

La niña señaló con el dedo a uno de los animales.

—Ese de ahí es mucho más grande que el otro.

—Exacto. Esa es la respuesta a tu pregunta —dijo la madre con satisfacción—: el camello más grande es siempre el señor.

Ese razonamiento divirtió lo indecible a las tres amigas, y el mal humor de Judith desapareció como por arte de magia. Incluso cuando hacía rato que habían emprendido la vuelta a casa, no podían dejar de reír del tonto comentario.

Restaurante Charlottenhöhe de Degerloch, esa misma tarde

—NO SÉ, KARL, pero no me parece buena idea —Anton tenía la voz tomada—. ¿Y si de repente sale todo el mundo?

—Hombre, Anton, es que de eso se trata —dijo Karl con impaciencia mientras sacaba una flecha que él mismo había fabricado del carcaj que había dejado en el suelo—. Colócate bien para poder apuntar.

—¿Cómo de rápido van?

—Yo qué sé, más rápido que tú —dijo Karl mientras tensaba el arco.

—Y seguro que más rápido que tú también —repuso Anton, algo ofendido. Sin embargo, la ambición acabó ganando al miedo.

Karl sonrió para sí.

Sabía perfectamente cómo provocar a su hermano. Y era importante provocarlo. Porque el efecto de las dos flechas dando en la diana a la vez sería fabuloso. Karl no tenía muy claro lo que sucedería exactamente, pero la curiosidad y el interés científico lo espoleaban y le impedían pararse a pensar en las consecuencias.

Se concentró y miró fijamente primero la madriguera y luego a Anton, que metió una flecha en su propio arco.

—Contaré hasta tres. Las flechas tienen que dar en el blanco —ordenó Karl.

De repente, Anton bajó el arco.

—¿Qué haces? —exclamó Karl enfadado.

—No podemos disparar a la vez —se expresó Anton con aplomo.

—¿Por qué no?

—Porque nuestras flechas chocarían —aclaró Anton.

Karl bajó el arco y reflexionó.

—Es posible. Entonces dispararemos uno justo después del otro. ¡Yo daré la orden!

Anton asintió. Los dos niños volvieron a tomar los arcos y apuntaron al avispero que había encajado en una ratonera, apenas oculto entre la hierba.

Karl observó el revoloteo de los insectos a ras de suelo. Por su parte, Anton echó un último vistazo precavido a su padre, que se había sentado en un banco a cierta distancia con el banquero Von Braun. Ambos hombres estaban tomando una copa de vino y no prestaban atención a los niños.

A decir verdad, a su padre no le había hecho ninguna gracia tener que llevárselos. Anton no se explicaba por qué había insistido en que fueran con él. ¿Quería comprobar lo bien que Karl podía andar ya? Lo cierto era que se encontraba estupendamente para haber transcurrido solo dos meses desde su terrible accidente. Hasta el doctor Katz decía que Karl había tenido muchísima suerte y que gozaba de una salud de hierro.

La cuestión era que habían tenido que salir de paseo dominical.

Los paseos dominicales con su padre eran aún peores que quedarse en casa castigados. Porque él empleaba ese rato para echarles en cara todas las transgresiones de la semana y enumerar los castigos correspondientes. Y, para no incrementar con más agravios su condena, lo habían acompañado sin rechistar. Resistirse no habría servido de nada.

Y, sin embargo, su padre llevaba todo el día con aire ausente.

Ni siquiera se había dado cuenta de que se habían llevado los arcos y las flechas. Para cuando reparó en ellos, ya estaban tan lejos de casa que no dijo nada, no sin antes dejar claro que los arcos quedarían confiscados durante una semana tan pronto como regresaran a casa. Nunca salían impunes.

Su atrevimiento no había salido a cuenta, pues no tenían permiso para utilizar las armas de juguete. Les había prohibido disparar con ellas bajo pena de consecuencias severas.

Así que iban de morros arrastrando los pies detrás de su padre cuando su suerte cambió con la providencial aparición del adinerado banquero Von Braun, que se apeó de su carruaje a pocos pasos del restaurante Charlottenhöhe con su bastón de empuñadura de plata y un sombrero de fieltro negro bien calado y saludó a su padre con un apretón de manos. Al parecer, los dos hombres se habían citado allí, pues se apresuraron a sentarse en la terraza del restaurante.

Y, de repente, los hijos le estorbaban, así que les mandó que se alejaran con un gesto apresurado de la mano.

Como Anton y Karl no tenían claro hasta dónde les estaba permitido alejarse sin arriesgarse a otro castigo, se quedaron en el jardín y el parque del restaurante en busca de un lugar discreto para hacer ejercicios de tiro en

secreto. Pero como el restaurante estaba lleno hasta la bandera de domingueros de la ciudad, no se habían atrevido.

Pero cuando llegaron al prado que había junto a los establos, Karl se fijó en el avispero hacia el que ahora apuntaban con los arcos.

—¡A la de tres! —dijo Karl en voz baja.

Anton asintió.

—¡Una, dos... y tres!

ROBERT RECORRÍA LA Kirchheimer Strasse sumido en sus pensamientos. Una tormenta se había desatado en su interior, y ni siquiera las dos jarras de cerveza fría que se había tomado en la taberna lo habían ayudado a calmar su inquietud.

Su dulce Babette se veía con otro. Él lo había visto, oculto tras unos matorrales. Y eso no era todo. Pues, aunque ya era tarde, ella se había subido al cremallera con aquel hombre en dirección a Stuttgart. A saber lo que haría allí con él. Pero la sonrisa coqueta con la que había obsequiado a su acompañante mientras este la ayudaba a subir al tren poniéndole la mano en la espalda le permitía hacerse una idea.

Robert llevaba tiempo sospechándolo, pero, a la vez, esperaba que no fuera verdad. Ya era evidente lo que había detrás de las constantes desapariciones de Babette; su extraño comportamiento de las últimas semanas cobraba por fin sentido.

Sus ausencias a la hora de cenar. La desidia con la que llevaba a cabo su trabajo. Sus ensoñaciones, que no les habían pasado por alto ni a los mozos. Y, por encima de todo, la brusquedad con la que había rechazado todos sus cautelosos avances.

Sentía un peso en el corazón.

Había imaginado que él y Babette podían llegar a ser algo. No enseguida, pero tal vez en un par de años, cuando ella hubiera podido ahorrar un poco para el ajuar y él tuviera un trabajo decente en la fábrica. Muchas doncellas acababan por casarse.

Pero todas sus esperanzas habían muerto esa tarde. Se habían desvanecido a la vista de Babette, paseándose sin ningún pudor con un canalla cualquiera. Si el señor se enteraba, ya podía darse por despedida.

Cuanto más pensaba Robert en Babette, más claro veía que necesitaba ayuda. Seguro que ella no era consciente del peligro que corría en compañía de ese hombre. Pero el porte de aquel tipo, su ropa tan elegante y tan poco

apropiada para su rostro tosco y ligeramente hinchado no presagiaban nada bueno. No sería la primera muchacha inocente que llegaba del campo a la gran ciudad y se dejaba seducir por sus tentaciones prohibidas. Entre el servicio de Stuttgart corrían con regularidad historias acerca de doncellas que se habían juntado con malas compañías y habían acabado en la calle.

Babette había empezado a trabajar en casa de los Rothmann a principios de año y antes de eso había estado un par de años con otros señores. Procedía de una familia de artesanos pobres de un pueblo de los alrededores de Stuttgart y tenía un montón de hermanos. En esas circunstancias, una boca menos que alimentar era siempre una alegría. Pero lejos de su familia, aquella pobre muchacha, atrapada en un trabajo abusivo, no era feliz. Robert se había dado cuenta. Una jornada de trabajo en casa de los Rothmann duraba entre doce y catorce horas todos los días de la semana a excepción de una tarde libre cada dos domingos. Y, desde que la señora se había marchado, Wilhelm Rothmann requería a Babette a menudo a altas horas de la noche para que quitara una mancha de un traje o le preparara un tentempié. Solo podía descansar pasada la medianoche. Raras veces podía dormir tranquila más de cinco horas seguidas, tan poco como él. Dora era la única en unas circunstancias algo mejores, puesto que trabajaba para la señorita y el señor casi nunca la llamaba.

El disgusto de Robert ante la insensatez de Babette alimentó un rencor en su interior que no hizo más que sumarse a su miserable condición de mozo. Una ira acumulada que lo hizo andar más rápido. Justo cuando pasaba frente al restaurante Charlottenhöhe, empezaron a oírse gritos de pánico del coqueto jardín del establecimiento.

Robert se detuvo de repente y giró la cabeza en la dirección de la que procedían los gritos. Un instante más tarde, lo arrolló una pequeña avalancha humana. Las damas parecían especialmente perturbadas, agitando las manos y los parosoles a su alrededor y emitiendo quejidos lastimosos mientras las faldas se les enredaban entre las piernas y los caballeros que las acompañaban intentaban ayudarlas como podían.

Perplejo e incapaz de reaccionar, Robert observó la escena hasta que la multitud aterrorizada echó a correr calle abajo en dirección a la estación del tren cremallera y el tumulto por fin se disipó. De bien seguro que se subirían al siguiente cremallera con dirección a Stuttgart.

Pero la calma aún no había llegado.

Cuando Robert cruzó el arco de la entrada del restaurante, vio que por el jardín todavía correteaban varios clientes. Aún se oía algún grito ocasional,

pero las damas y caballeros que quedaban parecían estar enfrentándose a un peligro real. Sacudían periódicos, sombreros y chaquetas. Los parasoles volaban por los aires con movimientos nada elegantes.

La curiosidad de Robert venció a su enfado. Entró en el jardín.

—¿Dónde está el dueño? —gritó una voz masculina que Robert identificó inmediatamente como la de Wilhelm Rothmann.

—¡Le han picado! —respondió una dama muy alterada.

—Por Dios... ¡que vuelva aquí! ¡Que este es su restaurante! —protestó incrédulo Wilhelm Rothmann.

Robert localizó al señor, que estaba con aquel banquero que en las últimas semanas había venido de visita con tanta frecuencia. Mientras Rothmann hacía más bien poco aparte de ladrar órdenes con la cara muy roja, el banquero parecía fuera de sí. Había copas volcadas por la mesa y la jarra de vino había encontrado su fin en mil pedazos sobre una de las sillas. El vino tinto caía goteando al suelo.

Mientras el desorden continuaba, un zumbido agresivo se apoderó del aire. Robert comprendió de inmediato la dramática escena que tenía lugar ante sus ojos: un enjambre de avispas rodeaba las mesas y atacaba a los clientes del restaurante. Robert se apartó rápidamente para no convertirse en una víctima de aquellos insectos tan agresivos. Pero mientras se planteaba si debía alejarse rápidamente de aquel lugar, sintió un tirón en la manga derecha.

Una voz infantil temblorosa le preguntó:

—Robert, ¿nos puede acompañar a casa?

Sorprendido, Robert reconoció al pequeño Anton Rothmann, seguido de su hermano gemelo Karl. En sus caras había sendas muecas de dolor y un sembrado de grandes picaduras rojas. Robert comprendió que la presencia de los niños podría tener algo que ver con el drama que estaba teniendo lugar.

Se le escapó una sonrisa aunque, a la vez, sentía lástima por los muchachos. Las picaduras de avispa dolían una barbaridad. Que se esforzaran tanto por mantener la compostura daba a entender que tenían mala conciencia y miedo a ser descubiertos. Pero antes de que Robert pudiera reaccionar, vio cómo Wilhelm Rothmann se les acercaba.

—¡Karl! ¡Anton!

WILHELM ROTHMANN TENÍA una cosa muy clara: el personal no volvería a librar una tarde de domingo sin haber pactado minuciosamente con él su paradero a cada hora. Las normas actuales, según las cuales prácticamente todos los miembros del servicio podían disponer a discreción de su tiempo entre las dos y las cinco de la tarde en turnos rotativos cada dos domingos, quedaban inmediatamente suspendidas. Por supuesto, era culpa de la comprensión desproporcionada y moderna de Hélène por las necesidades del servicio por la que en casa de los Rothmann se habían consolidado unas costumbres tan aberrantes. Costumbres con unas consecuencias tan desastrosas.

Si esa tarde hubiera habido en casa una persona de confianza, no habría tenido que llevarse a los gemelos. Había olvidado que Judith estaba invitada a casa de una amiga y no podría estar pendiente de ellos.

Hasta entonces, nunca se había preocupado mucho por sus hijos. Por norma general, apenas si advertía su presencia más que superficialmente, sobre todo cuando había reproches o castigos que impartir. Desde que Karl había sufrido el accidente, sin embargo, prefería que estuvieran siempre bajo supervisión adulta. Y cuando comprendió que no había nadie que pudiera vigilar a los niños durante su encuentro con el banquero Von Braun, no le quedó más remedio que llevárselos al restaurante.

Esperaba que pasaran el rato de forma ordenada, igual que el resto de niños de su edad, mientras él y el banquero acordaban definitivamente la importantísima unión entre sus dos familias. Pero, en lugar de columpiarse o jugar a la pelota, Karl y Anton habían importunado a las avispas, provocando una situación de lo más desagradable.

Wilhelm Rothmann estaba sentado frente a su escritorio y jugueteaba con el tintero de plata que tenía delante con un nerviosismo raro en él. Solo de pensar en la horrenda excursión de esa tarde se le cubría la frente de sudor.

Ningún hombre merecía enfrentarse a tantas adversidades en un periodo de tiempo tan corto. Unos hijos díscolos con la cabeza llena de pájaros, una

hija que se obstinaba en forjar su propio futuro y una esposa que había huido al sur y había abandonado a su familia a su suerte.

Y, por encima de todo, la posibilidad de que su fábrica entrara en bancarrota, que le pesaba sobre la cabeza como una nube de tormenta.

Al menos, este último problema se resolvería dentro de poco ahora que la boda de Judith con Albrecht von Braun era una certeza. Así conseguiría finalmente la liquidez que con tanta urgencia necesitaba.

Se rascó la cabeza.

Naturalmente que habría preferido que la salvación de su fábrica no dependiera de una maniobra como esa, pero su situación financiera no le dejaba otra salida. Cuántas veces había maldecido en el transcurso de los últimos meses el día en que se le había ocurrido comprar una remesa inmobiliaria sin ningún valor que le habían recomendado como una inversión supuestamente segurísima de elevado rendimiento que había hipotecado en el banco de Von Braun.

«Lo que es segurísimo es que fue una ruina», pensó Rothmann con cinismo. La inversión había devorado una gran parte de la fortuna de la empresa y de la suya propia.

Pero cuando todo parecía perdido, había llegado la esperanza. Tal vez fuera la mala conciencia de Von Braun lo que lo había llevado a consentir la unión de sus hijos, a saber.

En cualquier caso, Judith no podría quejarse. El banco Von Braun gozaba de una excelente reputación y, una vez hubiera satisfecho a su marido con dos o tres hijos, podría desentenderse de él y llevar una vida tranquila y agradable.

Su padre no tenía motivos para sentir remordimiento alguno al respecto.

Con ello aseguraba el futuro de la fábrica de chocolate y el de los gemelos. Judith pasaría a formar parte de una familia respetable y económicamente desahogada. Eso no tenía nada de malo.

Sin embargo, había un pero significativo en el asunto: su hija aún no sabía nada de Albrecht. Y solo de pensar en cómo reaccionaría al enterarse, Wilhelm Rothmann sentía un nudo en el estómago. A juzgar por su rechazo cada vez que él había hecho discretas referencias al tema del matrimonio, se temía una franca resistencia, algo que ya conocía por su esposa Hélène.

Entonces volvió a fijarse en la carta que le habían entregado el día anterior y que había dejado apartada. El remitente era Friedrich Ebinger, el maldito Ebinger, su némesis, cuya fortuna no dejaba de crecer en bolsa.

Aunque no tenía ninguna prisa por abrir la carta, agarró el sobre. Lo pasó de mano a mano con indecisión unos instantes, pero finalmente tomó el

abrecartas y lo abrió.

Leyó con atención la misiva que contenía. Se le iluminó la mirada.

Acababa de encontrar una forma maravillosa de dar a conocer su decisión a Judith sin que su testarudez pusiera patas arriba todos sus planes. Bendito fuera el viejo Ebinger, a pesar de que la estima que sentía por él no había aumentado ni un ápice.

Llamaron a la puerta.

—¡Sí! —exclamó con energía mientras apartaba con rapidez la carta y adoptaba una expresión severa.

Se abrió la puerta y Babette hizo pasar a Karl y a Anton a empujones. Entró detrás de los niños y cerró la puerta tras de sí.

—Estimado padre... —empezó Karl compungido.

—¡Silencio!

Mudos y con la mirada baja, sus hijos se presentaron ante él.

Un atisbo de compasión intentó adueñarse de Wilhelm Rothmann, pero logró dominarlo al instante. Era necesario castigarlos. Solo así se convertirían en ciudadanos honorables y disciplinados. Y, por encima de todo, tenía que quitarles todas sus chiquilladas de la cabeza para que alcanzaran la madurez suficiente para hacerse cargo de la fábrica cuando fueran mayores.

Se colocó al primero sobre el regazo y empezó a azotarlo en el trasero.

—KARL HA GRITADO. Anton no ha abierto la boca, pero le caían las lágrimas por las mejillas —contó Babette mientras ayudaba a Gerti con los preparativos para la cena.

Los señores cenarían un asado de cerdo frío con pan recién hecho y tarta de manzana. Para el servicio había un guiso de lentejas. Sin panceta, por desgracia. Rothmann se había vuelto muy tacaño con la carne desde que la señora estaba en el sanatorio.

La puerta de la cocina se abrió de par en par.

—El viejo... El señor ordena que nos reunamos en el recibidor después de la cena —comunicó Robert sin aliento.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó la cocinera sorprendida.

—Ya me lo imagino —dijo Babette—. Nos prohibirá salir.

—Yo también me lo huelo —estuvo de acuerdo Robert.

—Lo he oído de su boca. Se lo ha contado a su hija —confirmó Babette—. Para que los niños no vuelvan a quedar desatendidos.

—No es capaz ni de manejar a sus hijos —se quejó Robert indignado.

—¡Robert! —lo riñó la cocinera—. ¡No se te ocurra criticar al señor!

Robert se acercó a la gran cocina de hierro y tiró de las cintas del delantal de Babette.

—¿Qué se cuece?

Babette lo apartó de un empujón.

—¡Déjame en paz o te quedarás sin cenar!

Robert se echó a reír.

—Ya me ha llegado el olor. Qué rico. —Clavó una mirada llena de afecto en el rostro concentrado de Babette, pero ella no le dedicó más que una ojeada nerviosa de refilón.

—Seguro que no permitirías que me muriera de hambre, Babette. —Robert hizo un último intento en tono jocoso—. ¡Si no, no tendrías a nadie que te protegiera!

Entonces ella se giró hacia él y lo miró de frente. Sus ojos de color verde claro echaban chispas.

—¡No me hace falta que nadie me proteja, y mucho menos alguien como tú! ¡Siempre me estás rondando! —Su voz se volvió más alta y cortante—. No te necesito. Ni siquiera me caes bien. ¡Déjame en paz de una vez!

Robert se encogió.

Gerti carraspeó.

—Bueno, yo no creo que Robert te ronde —opinó mientras dejaba un cesto de pan en la larga mesa de madera en la que el servicio iba a cenar en poco rato—. Es que está preocupado. Igual que yo.

Había hablado con calma, pero Babette arrojó el cucharón de madera en la olla de las lentejas y salió de la cocina sin decir una palabra más.

Robert se quedó petrificado y la cocinera suspiró.

—Esta Babette... No sé cómo acabará.

—Bien, seguro que no —dijo Robert con frustración. En su voz se mezclaban la ira y la preocupación—. Pero si nos prohíben salir, tal vez se tranquilice un poco.

—¿Qué quieres decir...? —preguntó Gerti, pero justo entonces apareció Theo, seguido de Dora, al grito de: «¡Ay, qué bien huele! Acabo de recoger a la señorita de Stuttgart. ¡Estaba de muy buen humor!»

—Eso es que habrá pasado una tarde agradable —murmuró Gerti mientras rescataba el cucharón de entre las lentejas.

—Olía un poco raro —siguió Theo—. Como a establo...

—Bah, seguro que no era la señorita, sino los caballos del carro —replicó Dora apresuradamente mientras se sentaba. Estaba al corriente de la excursión

al jardín zoológico de Judith y quería protegerla.

—¡Sentaos ya, la comida está lista! —ordenó la cocinera mientras apartaba la olla de los fogones y la llevaba a la mesa.

Theo se encogió de hombros y se sentó.

Justo entonces apareció el ama de llaves, que repasó al servicio con una mirada breve.

—¿Y dónde se ha metido ahora Babette?

Un silencio incómodo se apoderó de la cocina hasta que Robert habló:

—No se encuentra bien. Debe de haberse ido a su cuarto.

Margarete adoptó una mirada severa.

—Esto no puede convertirse en costumbre. Hay unas horas de las comidas que deben respetarse. Ah, y otra cosa: no hay que dar a cenar a los gemelos hasta nueva orden. Lo ha dicho el señor.

—¿Cómo? —se le escapó a la cocinera—. ¡Si son niños, necesitan comer!

—El señor tiene sus motivos y no nos corresponde a nosotros cuestionarlos —cortó sin más Margarete a la cocinera mientras tomaba asiento a la cabecera de la mesa.

Durante la cena no estaba permitido hablar en voz alta. Robert tenía un hambre canina, pero la comida no le sabía bien. ¿Qué podía hacer por Babette? ¿Decirle algo a Rothmann? La pondría de patitas en la calle de inmediato, y entonces estaría del todo perdida.

No, lo que haría sería no perderla de vista, aunque eso significara que ella se apartara aún más de él. No le quedaba otra alternativa.

SOPLABA UN VIENTO salvaje. Azotaba la casa, tiraba del tejado, hacía temblar las puertas. El retumbar de los truenos anunciaba una de las últimas tormentas de verano del año. Los relámpagos partían el cielo nocturno e iluminaban la habitación de Judith a intervalos irregulares. Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. No tardaron mucho en repiquetear contra los cristales de las ventanas con una regularidad atronadora.

A pesar de que Judith se había negado a ceder a la tormenta su precioso sueño nocturno, un fuerte estrépito procedente del exterior la desveló.

Irritada, se apartó el suave edredón de las piernas, se acercó a la ventana y retiró el pesado cortinaje para ver lo que había pasado.

Fuera reinaba una oscuridad absoluta y la cortina de agua acababa con cualquier resto de visibilidad. Era imposible atisbar nada. Solo se reconocían las siluetas desdibujadas de los árboles mecidos por el viento.

Judith permaneció junto a la ventana unos instantes, esforzándose por divisar algo en la oscuridad a la espera de que el ruido se repitiera, pero, aparte del bramido del viento, reinaba el silencio. Con un suspiro de frustración, volvió a correr la cortina y regresó a la cama. Tal vez el ruido se debiera a que se había roto el cristal de una farola. O a su imaginación.

Acababa de volver a quedarse adormilada cuando algo la despertó de nuevo. Esta vez fue el ruido familiar de la puerta de su habitación.

—¿Anton? —Judith se incorporó en la cama.

Oyó unos pasos quedos y apresurados, y su hermano apareció junto a su cama.

—¿Judith? —susurró él.

Judith le tendió la mano.

—Ven, siéntate a mi lado, Anton. ¿Tienes miedo? No es más que una tormenta.

—No —dijo Anton en voz baja—. Es que Karl tiene mucha hambre. —Tomó la mano que le ofrecía su hermana y le dio un tirón—. ¡Y yo también!

A Judith se le escapó una sonrisa, a la vez que sentía cólera hacia su padre. Como de costumbre, cuando sus hermanos se iban a la cama castigados sin cenar, no podían conciliar el sueño.

—Os prepararé un chocolate caliente —dijo mientras se levantaba.

—¡Qué bien! —respondió Anton entre susurros—. ¡Karl se pondrá contentísimo!

—Y seguro que tú también —aseguró Judith afectuosamente—. Vuelve a la cama, Anton. —Un fuerte trueno la hizo abrazar a su hermano en un gesto instintivo. Notó que el niño temblaba—. ¡Sí que tienes miedo!

—¡Que no, que no tengo miedo!

—Ve a por Karl, iremos los tres juntos a la cocina.

—Pero ¿y si padre se entera? ¡Esta noche hay un buen jaleo!

—Y bien que nos vendrá. Cuando más se oiga la tormenta, menos nos oirá a nosotros. Venga, corre. ¡Y no hagáis ruido!

Anton fue a buscar a su hermano.

Judith se echó una bata por encima del camión y encendió la vela que tenía en una palmatoria estampada con flores de colores sobre la mesilla de noche. Poco después, oyó susurros y rumor de pasos descalzos, así que protegió la llama con una campana de cristal y salió al pasillo.

—¡Judith! ¡Quiero que me pongas mucho azúcar en el chocolate! —Karl por poco se dio de bruces con ella.

—¡Karl, más bajo, hombre! —lo riñó Anton—. ¡Como nos oiga padre nos vamos a enterar!

—Anton tiene razón —dijo Judith—. Iremos a la cocina muy sigilosamente, ¡como indios en pie de guerra! No podemos permitir que nadie nos descubra; nos tomarían prisioneros.

Haciendo el menor ruido posible descendieron por la escalera los dos pisos que los separaban del recibidor mientras la tormenta seguía rugiendo en el exterior. A la pálida luz de los relámpagos, la casa tenía una apariencia siniestra, y Judith sintió la mezcla de miedo y emoción con la que sus hermanos la seguían. Su vela parpadeaba.

Judith, descalza igual que los niños, disfrutó del tacto de la mullida alfombra de la escalera bajo los pies desnudos y del frescor aterciopelado del suelo de mármol del recibidor que daba paso a la fría dureza de las baldosas de cerámica de las dependencias del servicio.

A continuación, abrió la puerta del reino de la cocinera. Los gemelos entraron apresuradamente detrás de ella.

—Tal vez quede alguna galleta —dijo Karl, tras lo cual empezó a revolver las estanterías.

—¡Ay, sí, es verdad! —murmuró Anton, y corrió a ayudar a su hermano.

—Ahí seguro que no encontraréis nada —aclaró Judith mientras dejaba la vela sobre la gran mesa de madera alrededor de la cual se afanaban la cocinera y sus ayudantes todos los días—. Las galletas están bien escondidas. Además, a Gerti no le hará ninguna gracia que lo revolváis y lo desordenéis todo.

Judith era una invitada habitual en la cocina y sabía que a la cocinera no le gustaban ni una pizca las incursiones en su territorio. Por eso, la despensa y sus tentadores contenidos estaban cerrados a cal y canto.

Con un gesto familiar, Judith descolgó un molde que colgaba de la pared y sacó la llave. Cuando se disponía a abrir la puerta del paraíso de delicias, se oyó el picaporte de la puerta de la cocina al abrirse. No fue un sonido muy alto, pero sí lo suficiente como para que Judith se girara al instante mientras que Karl, del susto, dejó caer una jarra de leche que cayó al suelo con gran estrépito.

Una silueta menuda se había quedado parada en el quicio de la puerta con una vela en la mano que utilizaba para iluminarse.

—¿Quién anda ahí? —susurró una voz.

—Somos nosotros. —Judith se acercó a la luz de la vela.

—¡Ay, señorita! ¡Y los gemelos! ¿Han venido a la cocina a refugiarse de la tormenta?

Judith rio entre dientes.

—No, Dora. Me pareció buena idea preparar a estos muchachos hambrientos un chocolate caliente.

Señaló a los niños, que discutían acerca de quién debía recoger la jarra de leche del suelo. Karl sostenía que Anton lo había empujado y por eso se le había caído la jarra. Anton negaba toda participación en lo sucedido.

—Me parece una buena idea —dijo Dora, lanzando una mirada compasiva a los niños—. No se puede dormir bien con el estómago vacío.

—¿Tú también tienes hambre, Dora?

—Pues no. He oído un estrépito que me ha despertado. He ido por toda la casa para asegurarme de que estaba todo en orden.

—Sí, a mí también me ha parecido oír algo. Creo que venía de fuera —dijo Judith—. Y, vosotros dos, ¡silencio de una vez! —siseó a sus hermanos, que seguían peleando junto a la jarra volcada en el suelo.

—Creo que tiene usted razón, señorita Judith. Pero ahora no se puede salir, con la que está cayendo. Volveré arriba. —Dora y el resto de criados dormían en la buhardilla de la espaciosa mansión.

—Quédate un rato y tómate un chocolate con nosotros, Dora —le ofreció Judith.

Hacía varios años que Dora trabajaba para los Rothmann como doncella y dama de compañía de Judith. Y de su madre, cuando estaba en casa.

—Me encantaría tomarme un chocolate, señorita Judith. Gracias.

Tras dejar su vela junto a la de Judith, Dora se acercó a los gemelos con tres pasos rápidos y los agarró por el cuello de la camisa.

—¡Y ahora, chitón! Acabaréis despertando a toda la casa. ¡Los truenos no bastan para acallar vuestra riña!

Anton y Karl se revolvieron, pero, finalmente, se tranquilizaron. Anton recogió la jarra y la devolvió a su sitio en la estantería.

—¿Lo veis? —dijo Judith satisfecha—. Así me gusta. Padre tiene razón. Os estaría bien empleado pasar hambre esta noche. Si no os castigan, no aprendéis —suspiró—. ¡Karl, toma la jarra y ve a por leche! —Dicho esto, se giró de nuevo hacia la puerta de la despensa.

—Tal vez se haya roto una ventana —aventuró Karl—. Igual es ese el ruido que habéis oído.

—¿Qué ruido? —preguntó una voz masculina, y esta vez fue Dora quien se giró sobresaltada.

—¡Robert! Jesús, ¡qué susto me has dado!

El joven sonrió con ganas.

—A estas horas no deberías estar en la cocina, Dora.

Judith respondió en lugar de Dora.

—¡Y usted tampoco, Robert!

Robert se detuvo en seco y escrutó la penumbra de la cocina.

—Buenas noches, señorita. Y a los señores Karl y Anton. Les ruego que disculpen mi insolencia.

—No pasa nada —dijo Judith con actitud amigable, pues Robert le caía muy bien, por más que su padre lo tomara por un agitador en potencia.

—Yo también he oído un ruido, un estrépito fuerte o algo así —explicó Robert—. Quería averiguar qué era. La tormenta podría haber roto algo.

—Sí, Dora y yo también lo hemos oído. Estaría bien que echara usted un vistazo —pidió Judith mientras giraba la llave de la despensa.

—¡Espere, señorita, ya preparo yo el chocolate! —Dora corrió al lado de Judith.

—No, no, Dora. ¡Déjame a mí! —Judith se coló en la despensa.

—¡Un momento, señorita Rothmann, ahí dentro está oscurísimo! ¡No va a ver nada! —intervino Robert para, acto seguido, agarrar una de las lámparas de petróleo de la estantería y encenderla. Cuando la luz iluminó la cocina, se la dio a Dora—. Toma, hazle luz. Yo voy afuera. Y cuando vuelva, ¡quiero un chocolate también! A modo de agradecimiento. —Le guiñó un ojo a Dora.

Dora meneó la cabeza entre risas.

—¡Eres un sinvergüenza, Robert!

Tomó la lámpara y la colocó de forma que la cocina y la despensa quedaran medianamente iluminadas. Mientras Robert se arrebujaba en su chaqueta y salía por la puerta trasera, Dora se acercó a la inmensa cocina embaldosada. Por la noche emitía calor residual y por eso en los días de verano reinaba allí a todas horas un desagradable bochorno. En invierno, por el contrario, ese efecto la hacía agradable y cálida, y bastaba para preparar un chocolate caliente cualquier día del año.

Dora colocó un cazo esmaltado sobre la gran placa oscura mientras Judith salía de la despensa con dos latas de aluminio. Una de ellas tenía un dibujo de una joven bailarina entre ornamentos florales; en la otra, sobre un fondo blanco, había escrito «Azúcar» con una caligrafía recargada.

Karl había traído leche fresca del sótano, y Dora la vertió con cuidado en el cazo.

—¿Nos preparas un chocolate especiado, Judith? —le pidió Anton a su hermana.

Judith descolgó unas varillas de una hilera de ganchos de la que pendían todo tipo de utensilios de cocina y miró a su hermano.

—¡Aún falta mucho para Navidad!

—Pero es que el chocolate especiado está mucho mejor que el normal —insistió Anton, y Karl acudió enseguida a apoyarlo.

—¡Sí, el normal es muy aburrido!

Judith miró a Dora.

—A mí también me gusta el chocolate especiado —dijo ella, y guiñó el ojo a los niños.

—Pues muy bien. ¿Puedes traer las especias, Dora?

Judith sacó una cucharilla, midió primero el cacao en polvo cuidadosamente y luego el azúcar y los añadió a la leche caliente. Para terminar, revolvió el cazo con las varillas para que el cacao y el azúcar se disolvieran.

Dora agregó una pizca de canela, cardamomo y anís molido, y el aroma delicado de las especias exóticas y el chocolate invadió toda la cocina. Judith inspiró aquel olor celestial, pero enseguida se vio devuelta a la realidad.

—¡Falta la vainilla! —protestó Karl.

—No he encontrado ninguna vaina —repuso Dora—. Y no podemos ponerle toda la cocina patas arriba a la pobre Gerti.

—Sin vainilla también estará buena —resolvió Judith, y le tendió las varillas a Karl—. Venga, ahora remueve tú hasta que quede bien espumoso.

Karl empezó a revolver con todas sus fuerzas hasta que el chocolate empezó a echar humo.

—¿Vas a por las tazas, Anton? —preguntó Judith.

—¡Y no te olvides de traer una para Robert! —recordó Dora.

Bajo la mirada crítica de Judith, Karl vertió cuidadosamente el chocolate caliente en cinco tazas de cerámica. Mientras los gemelos se sentaban en el suelo frente a la cocina, Judith y Dora tomaron asiento en la larga mesa de madera en la sala contigua, que el servicio utilizaba como mesa para comer y que estaba separada de la cocina por un pasillo abierto.

—Aún están en la fase de los indios —comentó Judith mirando a sus hermanos—. Me pregunto si se les pasará algún día.

—A su edad, mis hermanos ya tenían que trabajar en la granja —explicó Dora antes de dar un sorbo de su taza—. Ayudaban en el campo, cuidaban de los animales o cortaban leña. El invierno era algo mejor porque había menos faena. Entonces hasta podían ir a la escuela.

—¿Tienes muchos hermanos? —preguntó Judith.

—Cuatro. Pero son solo medio hermanos. Mi madre murió muy joven, mi padre volvió a casarse.

—Vienes del Jura de Suabia, ¿verdad?

Dora asintió.

—Sí, de un pueblecito de por allí. Pero hace mucho que me marché. Mi madrastra no me tenía en mucha estima, fue lo mejor para todos.

—Sí, especialmente para mí. Si no, ¿quién me peinaría? —dijo Judith deseando animarla, y entonces levantó la vista hacia la puerta—. Creo que Robert ya vuelve.

Dicho y hecho, Robert abrió la puerta y entró a resguardarse de la tromba de agua.

—¿Qué? ¿Has encontrado algo? —corrió a preguntarle Dora.

Robert sonrió y se sacó una bola de pelo a rayas naranjas de debajo de la chaqueta.

—¡Vladimir! —Judith se levantó de un salto y le tomó el gato de los brazos—. ¿Estaba fuera?

—Eso parece.

—¿Es él el causante del ruido?

—No, se había escondido en el pabellón y por poco se lanza a mis brazos al verme. El estruendo lo han causado dos de las ánforas del jardín. Supongo que el viento las habrá derribado y se han roto en mil pedazos. Un desastre. Mañana lo limpiaré, espero que el viento haya amainado un poco. Bueno, un chocolate caliente me vendrá muy bien. —Dicho esto, Robert tomó asiento a la larga mesa.

Dora le trajo la taza que faltaba y Judith volvió a sentarse con el gato en brazos.

—Qué raro. Las ánforas pesan un montón. Hasta ahora, ninguna tormenta había conseguido tumbarlas —dijo.

—Mañana a la luz del día me fijaré bien, señorita Rothmann —prometió Robert—. Pero es que hoy sopla un viento muy fuerte.

—En cualquier caso, siempre me encuentro muy a gusto aquí abajo con vosotros —dijo Judith mientras acariciaba al gato—. El chocolate caliente sabe mucho mejor cuando no hay que beberlo de tacitas carísimas de porcelana con borde dorado y con el meñique estirado.

Robert y Dora la miraron sorprendidos. Un segundo después, los tres se echaron a reír.

De repente, Dora se llevó un dedo a los labios.

—Chitón. ¡Creo que viene alguien!

Todos aguzaron el oído. Karl y Anton interrumpieron su juego de piedra, papel o tijera. A lo lejos retumbaban los últimos estertores de la tormenta que amainaba.

—Es padre —susurró Anton asustado—. ¡Y viene con el ama de llaves!

—¡Rápido, meteos en la despensa! —ordenó Robert a los gemelos—. ¡Y llevaos las tazas! —Se volvió hacia Judith—. Usted también tiene que esconderse, señorita Rothmann.

Judith asintió, dejó el gato en el suelo y siguió a sus hermanos a la despensa.

—Recoge esto y corre a tu habitación —dijo Robert a Dora en voz baja.

Él corrió a entretener a los recién llegados en el pasillo contándoles con todo lujo de detalle sus pesquisas sobre el estruendo misterioso con la esperanza de ganar tiempo suficiente. Ya no faltaba mucho para el amanecer.

La señorita y sus hermanos tendrían que conseguir volver a sus habitaciones antes de que clareara.

Stuttgart, unos días después

JUDITH SE ENCONTRABA en el enorme patio central de los grandes almacenes E. Breuninger, admirando una vez más la elegancia del edificio y su cúpula de cristal facetado.

Aquella construcción extravagante del centro de la ciudad se había completado ese año y ofrecía a sus clientes una variedad sin parangón de productos. Por fuera ya era impresionante, con columnas angulares y enormes escaparates decorados de forma muy atrayente. Encima había dos hileras simétricas de ventanas, la primera con ventanas abovedadas; la segunda, en la forma clásica rectangular. Cuanto más ascendía la mirada, más llamativa resultaba la decoración de la fachada en forma de refinados ornamentos de estuco. A lo largo del tejado a cuatro aguas se alzaban a intervalos regulares claraboyas y torretas ornamentadas. Y, en lo alto, coronaba el edificio una torre picuda en cuya cúspide se encontraba una estatua esbelta.

La lujosa entrada del edificio estaba flanqueada por una bóveda estucada que dirigía la atención al opulento interior de los grandes almacenes.

Dentro dominaban los colores claros, que proporcionaban una sensación de amplitud y resultaban fascinantes. La luz natural hacía destacar la elegante decoración y los productos expuestos. En los dinteles de las plantas, separadas por pilares, estaban escritos en grandes letras los distintos departamentos de la tienda.

Una escalinata doble conducía al primer piso, y otra, también doble, se plegaba sobre esta como un baldaquín para conectar el segundo y el tercer piso. Numerosas personas se apoyaban en las barandillas de hierro forjado de las galerías circundantes para observar el trajín de compradores.

A Judith le habría encantado echar la cabeza hacia atrás y empezar a girar sobre sí misma hasta que toda aquella fabulosa opulencia se fundiera en un sofisticado calidoscopio, pero se conformó con mirar hacia arriba y observar cómo los rayos de sol atravesaban los elegantes cristales cincelados.

A su lado, Dora señaló discretamente hacia la sección de ropa de señora. Judith quería un vestido nuevo, puesto que, de forma totalmente inesperada y con muy poca antelación, el empresario Ebinger la había invitado a un baile. Aquello había provocado un gran nerviosismo, puesto que el punto cumbre de la temporada social había llegado a su cenit con el baile de verano de los Von Braun en julio. Después de aquello, como de costumbre, con la llegada de la canícula veraniega algunas familias se habían refugiado del calor estival en el lago Constanza o en la Selva Negra y, también como de costumbre, la mayoría habían regresado a Stuttgart durante las últimas semanas de agosto.

Se esperaba, pues, una fiesta por todo lo alto para finales de septiembre. Incluso los parientes del difunto Von Siemens, que tenían su residencia de verano en Degerloch, iban a estar presentes.

Judith sospechaba que había un motivo oculto detrás de la invitación. En el peor de los casos, el viejo Ebinger se disponía a anunciar el compromiso de Max con alguna baronesa. Era una preocupación que atormentaba a Judith desde aquel encuentro perturbador con Max y su acompañante desconocida en el jardín de animales. Algo así sería típico de su padre. Tal vez estuviera harto de los líos de faldas de su hijo. Además, todo el mundo sabía que ansiaba hacerse un hueco en los círculos aristocráticos. Una esposa adecuada para su hijo lo llevaría hasta su objetivo de una forma rápida, elegante y, sobre todo, inapelable. Pero si su hijo mordía el anzuelo de cualquier jovenzuela ordinaria, los deseos de su padre se verían frustrados.

A Judith, el viejo Ebinger no le caía bien. Quizá fuera porque la hostilidad que mostraba hacia su padre significaba que Judith estaba descartada de la lista de posibles pretendientes para su hijo. La madre de Max, por el contrario, era una señora muy cortés que siempre tenía una sonrisa y una palabra amable en la boca. Judith la admiraba por su compromiso con la Asociación Femenina de Suabia, que ayudaba a mujeres jóvenes a aprender un oficio. Ella misma había tomado clases en su escuela de comercio para adquirir importantes conocimientos básicos de negocios en caso de que algún día se le permitiera tomar decisiones en la fábrica de chocolate.

Como era de esperar, a su padre la idea de que estudiara no le había entusiasmado en absoluto, pero su madre había insistido hasta que no le quedó más remedio que darle permiso. Judith le estaría eternamente agradecida por ello, pero no podía evitar lamentar profundamente no tener noticias de ella, a pesar de haberle mandado hacía poco dos cartas a Riva en las que le confesaba todos los pesares de su corazón. Le había contado que su padre pretendía decidir su futuro por ella y se negaba a decirle una sola

palabra sobre su supuesto prometido. Le confesó la ira y el miedo que le provocaba la idea de un matrimonio así.

Intentó apartar esos pensamientos desconsolados de su mente y volvió a centrarse en Max Ebinger.

Había heredado el cabello oscuro y los bellos rasgos de su madre. Pero lo que en ella resultaba una expresión alegre, en Max resultaba distante, casi arrogante. Sin embargo, esa impresión se disipaba en cuanto aparecía su socarrona sonrisa torcida. Entonces, a Judith el corazón le daba un salto y sentía el deseo imperioso de conquistar a ese hombre.

Dejó ir un suspiro silencioso.

Fuera cual fuera el motivo de la fiesta, se presentaría con sus mejores galas. Tal vez hubiera una última posibilidad desesperada de dar al traste con los planes de su padre.

—¡Señorita!

Dora le dio un leve tirón en la manga, y Judith dirigió su atención a los artículos exquisitos que los grandes almacenes Breuninger exponían en mesas y colgadores, vitrinas y estanterías.

Cruzaron la sala rebotante de rollos de tela de seda, selectas mantelerías, guantes, pañuelos delicadamente bordados e innumerables productos que esperaban a los compradores y subieron por las escaleras hasta el primer piso, donde encontraron hileras de maniqués cubiertos de vestidos que mostraban la moda de la temporada.

Judith ya había curioseado el catálogo de modas de los grandes almacenes Wertheim de Berlín cuando lo había recibido en casa, así que ya estaba inspirada. Esta vez tenía en mente un vestido fabuloso. Su padre, por lo general tan ahorrador, había aflojado el dinero con sorprendente facilidad. Judith esperaba que su imprevista generosidad no fuera acompañada de ninguna exigencia oculta.

En cualquier caso, había accedido a su petición con un gesto ausente de la mano, y Judith decidió no dar más vueltas a los posibles motivos de su padre.

Dora le dedicó una sonrisa.

—¡Seguro que encontramos algo maravilloso!

MEDIA HORA DESPUÉS, una pareja de dependientas tomaba las medidas de Judith en un probador.

—Por favor, señorita, vuélvase hacia el espejo.

Judith puso a prueba su paciencia mientras las aplicadas vendedoras revoloteaban a su alrededor con rollos de tela de distintas calidades que colocaban sobre sus hombros y caderas en preciosos pliegues. Ya le habían encontrado un corsé de fiesta a juego, y para lucir la silueta de moda, Judith estaba dispuesta a cincharse la cintura para que su cuerpo adoptara una forma sinuosa nada natural. Lo más importante era que el vestido le sentara como un guante y le proporcionara una línea muy favorecedora.

Entretanto llegó la modista, que tomó buena nota de los deseos de Judith, inspirados por el catálogo de los grandes almacenes Wertheim. Le aconsejó los cortes y telas más adecuados, dando pie a un debate agotador sobre modas y practicidad. Finalmente, se decidieron por un vestido festivo de seda azul claro con bordados con enaguas de color marfil cuyos volantes asomarían bajo la larga cola. Las mangas, cortas y de tul reluciente, estarían decoradas con rosas de seda.

Judith quedó satisfecha, y la modista también, especialmente porque la clienta había aceptado sin rechistar el elevado precio.

Con la ayuda de Dora, Judith eligió un abanico de gasa de color marfil de encaje con apliques plateados que conjuntaba a la perfección con su atuendo. Una de las dependientas le mostró un par de elegantes zapatos de baile de satén azul claro, que Judith se llevó junto con un chal de cachemira adornado con plumas.

—Qué ganas tengo de ponerme el vestido —le dijo a Dora entre susurros mientras ella la ayudaba a volver a vestirse.

—Seguro que la modista trabaja día y noche hasta terminarlo —respondió Dora.

—¿Crees que lo acabará a tiempo?

—Pues claro —Dora sonrió—. ¡Con el precio que ha pedido!

—Eso no importa. Esta vez no —dijo Judith, y contuvo la respiración para que Dora le abrochara el corsé.

Berlín, un establecimiento de la Friedrichstrasse

UNA LUZ DE gas mortecina convertía las vitolas de los exquisitos cigarros en destellos de un amarillo oscuro. La melodía sentimental de un pianista acompañaba los comentarios sugerentes y las indecencias pronunciadas entre susurros. Risotadas ásperas acompañaban el entrechocar de las flautas de champán con las que los comensales de la cena no dejaban de brindar.

Aquel burdel de dos pisos elegantemente decorado y disfrazado de sala de fiestas hechizaba a los caballeros de la metrópolis desde hacía mucho tiempo. En las distintas piezas en las que estaba dividido se ofrecían placeres selectos y muchos rincones discretos. Y no eran solo los artistas y los miembros adinerados de la burguesía quienes lo frecuentaban para endulzarse la vida durante un rato. Algunos de los miembros más prominentes de la corte imperial y del cuerpo de oficiales prusiano también eran clientes asiduos para pasar un tiempo distendido o satisfacer sus apetitos más extravagantes.

Una de aquellas jóvenes vestidas de una forma tan elegante como indecente se levantó y se acercó al piano con un vaivén de las caderas para echar un vistazo por encima del hombro del pianista. Acto seguido, le plantó un beso en la mejilla, se giró hacia el público y empezó a cantar con una voz profunda y vibrante.

Paul Roux permitió que la muchacha de escote prominente que tenía sentada en el regazo volviera a llenarle la copa. Apenas estuvo llena, la bebió de un solo trago y apartó a la prostituta con un discreto suspiro de pesar.

Su visita acababa de llegar.

—Vaya, ¿el señor ya quiere irse? —murmuró ella con cierta irritación, antes de tocarle el trasero con un gesto muy ensayado.

Roux se apartó, compuso la camisa y la corbata y tomó su chaqueta.

—No es que quiera, Lore. Pero el deber me llama. —Le plantó un beso en el pecho descubierto.

—Ya, ya, el deber... —Lore le lanzó una mirada de fingida inocencia mientras Roux paseaba la mirada entre todos los presentes en busca del hombre que había visto un instante por el rabillo del ojo. Cuando Lore volvió a intentar agarrarlo, le apartó la mano sin miramientos.

—¡Ay! —protestó Lore, ofendida, pero Roux ya le daba la espalda y se abría paso hacia la puerta de doble batiente. Se llevó caricias de varias plumas de pavo real y, en dos ocasiones, una pierna de mujer cubierta con medias le cortó el paso.

—«¡Berlín, qué paraíso tan dulce!» —cantaba la chica del piano. A Roux, que no tenía ningún interés por la música, aquella voz lasciva lo sacaba de quicio.

Intentó olvidarse del ambiente para concentrarse en el hombre que se había adentrado algunos pasos en la sala de baile y ahora contemplaba titubeante el alegre bullicio. Roux levantó una mano para hacerse notar, pero el recién llegado no reaccionó.

Una palmada en el hombro lo hizo darse la vuelta.

—¡Qué diablos...!

—¿Una copita? —ronroneó una de las ramerías más mayores, mientras le pasaba su boa de plumas por el cuello en un gesto seductor.

—Déjame en paz, Elli.

—Venga, Paul, ¿no te apetece pasar un ratito conmigo?

Nervioso, Roux echó un vistazo a la puerta y comprobó con alivio que el hombre seguía en el mismo sitio.

—Antes no tenías arrugas ni el culo fofo. —La apartó a un lado—. Y ahora, sí, ¡así que déjame pasar!

La cara madura, pero todavía cautivadora de Elli se frunció en una mueca.

—¡Vaya, cómo te pones!

Roux se abrió paso a empujones hasta llegar junto al caballero a quien hoy se encontraba por segunda vez.

—¿Teniente Rheinberger?

El interpelado se volvió hacia él. Roux señaló uno de los dos corredores que conducían de la sala de baile a algunas habitaciones. Finalmente, Roux le abrió la puerta de un pequeño reservado.

—Después de usted, teniente primero —invitó con una voz un pelín demasiado amistosa.

Entraron. Roux cerró la puerta con cuidado para ponerlos a salvo de ojos y oídos curiosos.

—Tengo que saber dónde está —exigió Friedrich Rheinberger sin poder contenerse.

Roux se sacó con calma una petaca del bolsillo interior de la chaqueta.

—Cumplió condena en la fortaleza de Ehrenbreitstein. Pero después de eso ya no hay pistas acerca de su paradero —explicó sin emoción alguna.

—Ehrenbreitstein. —Friedrich Rheinberger meneó la cabeza—. Así que lo llevaron allí. Y a nadie le pareció necesario informarme.

—Es posible que él mismo solicitara que no se informara de su situación.

—¿Y le hicieron caso? No me lo creo.

—La suya fue una condena honorable. Además, es un alumno de la academia militar. Probablemente tenga partidarios cuya existencia desconocemos.

—Puede que tenga razón. —Friedrich Rheinberger parecía afligido—. Mi propio hijo, desaparecido. Sin más. No me hago a la idea.

—La investigación debe tomar dos direcciones —empezó Roux. Acto seguido, sacó un cigarro y el cortador de la petaca—. Por un lado, existe la posibilidad de que haya sido asesinado.

Roux observó cómo Friedrich Rheinberger cerraba los ojos un instante. Cortó la punta de su cigarro de la marca Paul Juhl, prendió una cerilla y lo encendió.

—Aunque también... Es posible que haya desaparecido voluntariamente. —Roux dio una calada gustosa a su cigarro, expulsó el humo y contempló el extremo incandescente. Entonces le ofreció uno a Friedrich Rheinberger—. ¿Le apetece?

—No, gracias. —Friedrich Rheinberger meneó la cabeza levemente y volvió de inmediato al tema que los ocupaba—. Un alumno de la academia militar que abandona su deber sin decir una palabra quedaría en muy mal lugar. ¡Sabe perfectamente que allí solo estudian los mejores, Roux!

—Cierto. Lo primero que haremos será repasar los sucesos en esa época —dijo Roux—. Tal vez haya alguna pista que nos permita afinar la búsqueda.

—Muy bien, lo que usted diga.

—Su hijo fue retado a un duelo por un compañero de clase porque, supuestamente, importunó a su hermana. ¿Qué sucedió exactamente?

—Lo acusaron de haber forzado a la muchacha a cometer actos indecentes. ¡Menuda tontería!

—¿Y en qué se basaban para hacer esa acusación?

—En la palabra de la chica. Y en la de uno de sus hermanos, que supuestamente fue testigo de lo sucedido e intervino en el último momento.

—¿Y un duelo era la única solución?

—Dadas las circunstancias, sí. Retaron a mi hijo, negarse habría supuesto admitir su culpabilidad. La familia de aquella muchacha se mueve en los círculos más selectos.

—¿Y usted no estaba al corriente?

—No. Yo me enteré cuando me comunicaron que Victor había sido encarcelado.

—Lo arrestaron unos días después del duelo, o eso me dijo usted la primera vez que hablamos, teniente Rheinberger. Su oponente murió por una infección inesperada de su herida y la familia insistió. ¿Correcto?

—Sí, así fue. Victor acudió a la cita y disparó solo para rozarlo. Habían pactado de antemano que no dispararían a matar. Ambos cumplieron con su palabra. Que la herida se infectara fue una casualidad desafortunada. Pero la pena y la ira son una combinación peligrosa.

—Entonces existe la posibilidad, incluso años más tarde, de que alguien del entorno del compañero muerto quisiera vengarse, ¿no es así?

—Es concebible, siempre que ese alguien supiera dónde encontrar a Victor. Pero Roux —Friedrich Rheinberger había empezado a dar vueltas por la pequeña habitación—, la academia militar me exige información. Si Victor sigue con vida, no puede abandonar su carrera en el ejército así como así. Su honor está en juego. ¡Y el mío!

Roux escuchaba con atención.

—¿Cómo es la relación entre usted y su hijo?

Friedrich Rheinberger dudó.

—¿No le parece una pregunta muy personal, Roux?

—Cuanto más sepa, mejor podré investigar. ¿Habría podido sacar a su hijo de la cárcel con una fianza?

—Lo intenté. Pero no estamos hablando de eso, Roux. Su obligación es encontrar a Victor y traerlo de vuelta a Berlín.

—Lo primero es mi obligación. Lo segundo depende de su hijo, suponiendo que siga con vida.

Friedrich Rheinberger bufó.

—Estoy seguro de que sigue con vida. Y sabe perfectamente lo que el honor familiar espera de él.

—Lo que usted diga. —Roux asintió con aire distraído y reflexionó unos instantes mientras dejaba caer la ceniza del cigarro en un delicado platito de porcelana que había en una mesita auxiliar—. Llevaré mi investigación por el cauce deseado. ¿Trae el dinero que acordamos?

Friedrich Rheinberger se sacó un grueso sobre del bolsillo interior de su chaqueta.

—Ochocientos marcos. Y la misma cantidad si su investigación da frutos.

—Eso es el mínimo. No se olvide de mi prima, teniente Rheinberger. — Roux se guardó el dinero—. ¿Sigue teniendo la misma dirección de contacto?

—Sí.

—Bien. —Roux dejó su cigarro en el platito de porcelana. A continuación, fue hacia la puerta y la abrió—. ¡Tendrá noticias más!

—Espero al menos un telegrama semanal —concretó Friedrich Rheinberger al salir—. Y que me notifique de inmediato cualquier noticia o avance.

—Por supuesto.

Roux observó cómo Friedrich Rheinberger cruzaba el burdel para, al final, desaparecer por la salida. Acto seguido, agarró su chaqueta, regresó a la sala de baile, eligió a una de las chicas más jóvenes y la arrastró hacia un reservado. Tenía otra cita muy interesante más tarde. El asunto de Victor Rheinberger estaba resultando un negocio de lo más lucrativo. Estaba claro que se merecía una recompensa.

Stuttgart, en las mismas fechas

ESA MAÑANA, VICTOR había salido algo tarde del bloque de pisos en el que compartía una vivienda de dos habitaciones con Edgar Nold desde su llegada a la ciudad. Hacía tiempo que quería buscarse un alojamiento para él solo, pero en Stuttgart hasta el cuartucho más pequeño era caro y difícil de encontrar. Además, se entendía a las mil maravillas con aquel pintor erudito y sociable, con el que había llegado al acuerdo de seguir conviviendo por el momento. Ya se había acostumbrado a que la casa oliera siempre a pintura y esmalte quemado. Edgar había conseguido un horno de segunda mano con el que creaba innumerables letreros esmaltados con motivos decorativos. Se vendían bien, sobre todo para fines publicitarios. Edgar estaba muy contento y ya había empezado a buscar algún pequeño taller para poder aumentar la producción.

Victor recorrió apresurado la calle adoquinada en dirección a la fábrica de chocolate. Normalmente tardaba un cuarto de hora escaso en llegar a pie.

Bajó por su calle y giró hacia una más ancha, de aceras amplias y rebosantes de peatones. A izquierda y derecha se alzaban casas con llamativas fachadas, algunas de más de tres pisos de alto y otras de más de cinco. Casi todos los edificios tenían una tienda en los bajos.

El ruidoso tintineo del tranvía en el centro de la calzada se imponía al alegre griterío de esa agradable mañana de finales de verano. Junto a los vagones pintados de azul y blanco crema del tranvía pasaban carromatos, carruajes y algún que otro automóvil.

Cuando Victor por fin se aproximó a la entrada de la fábrica, descubrió a Judith Rothmann parada en medio de la acera con aire indeciso. Su mirada pasaba del edificio de la fábrica a recorrer la calle arriba y abajo. Él apretó el paso, pero antes de que pudiera alcanzarla, ella giró y prosiguió su camino hacia la tienda de chocolates Rothmann, cuya puerta se encontraba a pocos metros de la entrada de la fábrica.

«Qué lástima». Le habría encantado poder hablar con ella. Tal vez volviera a darse una ocasión a lo largo del día. La reparación de la nevera se había completado hacía tiempo y el aparato volvía a estar en su sitio, aunque siempre podía justificarse con una comprobación de rutina.

Pero, tan pronto como Victor llegó al taller, fue llamado de inmediato a la sala de calderas, puesto que también lo habían nombrado supervisor de las grandes máquinas de vapor. Una de las calderas estaba dando problemas por enésima vez porque, a pesar de que llevaba más de veinte años funcionando, su mantenimiento no se había llevado a cabo de forma rigurosa. Como consecuencia, la corrosión había dañado no solo el depósito, sino también los conductos de vapor. Estaba todo lleno de cal y sedimento, que no solo empeoraban considerablemente la transmisión de calor sino que, en determinadas circunstancias, podrían suponer un riesgo de explosión.

Por eso Victor había mandado retirar los residuos acumulados en la caldera a mazazos, una tarea ardua para los trabajadores que se ocupaban de ella. El resultado no lo convencía, por eso había ordenado que continuaran. Además, dio instrucciones estrictas de que se mantuviera un suministro constante de agua limpia y se dejara correr el agua usada. Ese día pensaba ocuparse en persona de sustituir algunas cañerías.

Apenas había tenido tiempo de reunir los materiales necesarios, cuando apareció el capataz a pedirle ayuda. Una de las máquinas separadoras, que se encargaba de desechar piedras y semillas de cacao defectuosas, no funcionaba bien. Pero, como Victor descubrió de inmediato, el problema era que la cinta transportadora se había atascado, así que consiguió resolverlo con facilidad.

Raro era el día en el que no tenía que enfrentarse a percances como ese. Victor había comprendido que la fábrica Rothmann se enfrentaba a un problema esencial: aparte de la máquina separadora, que suplía la trabajosa selección manual de la materia prima, la maquinaria de la fábrica estaba ya muy entrada en años. Victor había empezado a informarse acerca de las otras numerosas grandes fábricas de chocolate de Stuttgart. Y, a la vista de la gran competencia, era un enigma para Victor por qué Wilhelm Rothmann se negaba a invertir en una renovación de la maquinaria. Llegaría el momento en el que esa negativa le pasaría factura. Era mucho más difícil sobreponerse a una desventaja que intentar mantenerse en la cúspide. No eran solo las empresas chocolateras de Stuttgart quienes estaban en liza, sino también numerosos competidores de otros sitios del imperio, de Suiza o de Francia.

Cuando se dio cuenta de los derroteros que estaban tomando sus pensamientos, Victor meneó la cabeza.

La fábrica de chocolate no era suya. Era Rothmann quien tenía que preocuparse por su porvenir. A Victor bien podría importarle un comino lo que pasara con la fábrica, él seguiría su rumbo. Seguía soñando con encontrar trabajo en una de las prósperas empresas de mecánica que abundaban en la región.

Sin embargo, tenía que admitir que la producción de chocolate lo había cautivado.

Y, para ser sinceros, no era solo el chocolate lo que lo cautivaba.

Judith Rothmann lo atraía más de lo que debería, no conseguía quitársela de la cabeza. Aquella cara ovalada con unos ojos increíblemente azules, los brillantes rizos rubios. Su naturaleza cariñosa, que Victor había percibido en la forma en que trataba a las trabajadoras de la sala de las mujeres. Su sentido del humor, tan parecido al de él. Y unas tremendas ganas de vivir que parecía costarle mucho esfuerzo atar en corto bajo el peso de las convenciones sociales.

Pero Victor no podía dejarse llevar por aquella fuerza. Había límites infranqueables si quería tener un futuro en Stuttgart. Un empresario como Rothmann no le perdonaría que se acercara demasiado a su hija.

Se obligó a mantener una distancia apropiada e intentó concentrarse en su trabajo. El autocontrol y la disciplina eran cualidades que hacía años que había interiorizado gracias a la academia militar.

PASARON LAS HORAS sin que Victor encontrara la ocasión de salir al encuentro de Judith. Y cuando por fin abandonó la fábrica al anochecer, descubrió con sorpresa que Edgar Nold lo esperaba en la entrada.

—¿Qué hay, Edgar? —bromeó Victor—. ¿Tienes miedo de que me pierda de vuelta a casa?

—Exacto, por eso he venido. —Edgar le siguió la corriente y le dio unas palmaditas en el hombro—. Parece que estás hecho polvo —le dijo compasivamente.

—Bueno, es lo que tiene trabajar, que cansa y da hambre —fue la respuesta lapidaria de Victor.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí?

Edgar sonrió con socarronería.

—Espera y verás, ¡te va a gustar!

—¿Podrías ser un poco más específico? —preguntó Victor, que tenía ganas de tomarse una cerveza y una cena contundente y no estaba muy de humor para sorpresas dudosas.

Pero Edgar no soltó prenda.

—Anda, ven. Luego iremos al Adler. Pero antes tienes que acompañarme a un sitio.

Edgar guio a Victor a través de las calles. Cruzaron la Königstrasse y la plaza del mercado, y finalmente doblaron una esquina. Edgar se detuvo frente a una casa estrecha en una esquina y señaló el letrero en el que había escrito «Taller de mecánica de precisión Alois Eberle».

Victor se olvidó del hambre y el cansancio al instante, a la vez que se despertaba su ansia de acción.

—Algo te propones —afirmó mientras dedicaba a Edgar una amplia sonrisa—. ¡Déjame que lo adivine!

Edgar se echó a reír.

—Hace semanas que no hablas de otra cosa. Desde el día, de hecho, en el que te acogí en mi casa a pesar de tu dudoso pasado.

La sonrisa de Victor se ensanchó.

—Y bien que hiciste. Gracias a mí, el alquiler te cuesta la mitad. Además, lo que creo que quieres mostrarme es realmente una idea genial.

—Eso es —confirmó Edgar—. Por eso hemos venido.

Tocó el timbre.

Durante unos minutos no hubo respuesta alguna, y Victor ya creía que tendrían que marcharse con las manos vacías cuando oyeron unos pasos arrastrados. Poco después se abrió la puerta.

—¿Qué quieren?

Victor calculaba que el hombre que había al otro lado del dintel tendría unos cincuenta años. Vestía pantalones de trabajo y un delantal de una gruesa tela azul, y se había puesto un lápiz detrás de la oreja. Llevaba el pelo gris muy corto y, tras los cristales de sus gafas de montura metálica, unos ojos oscuros observaban a los visitantes.

—¡Ah, Edgar Nold! —exclamó—. ¿Hoy has traído a un amigo? Qué bien.

Les franqueó la entrada y Victor y Edgar pasaron a un estrecho corredor.

—Buenas tardes, Alois —saludó Edgar en tono amistoso—. ¿Aún estás en el taller?

—Pues claro. Ya sabes que suelo trabajar hasta tarde. Pasad. —Cayó en la cuenta entonces de que no había saludado a Victor—. Soy Alois Eberle —declaró, y le tendió una mano.

—Victor Rheinberger. Buenas tardes, señor Eberle.

—No es usted de por aquí, ¿verdad? —afirmó Alois Eberle, pero no esperó respuesta, sino que se adentró en la parte trasera de la casa. Era evidente que aquel suabo de pura cepa era un hombre de pocas palabras.

El taller excepcionalmente equipado en el que entraron a continuación hizo que a Victor se le acelerara el corazón.

Su mirada llena de admiración recorrió el banco de trabajo esquinero y las herramientas de todo tipo y tamaño que colgaban encima. Martillos, alicates, sierras, cepillos, sargentos... Había algunas máquinas con motores de transmisión por correa distribuidas por la habitación, que se iluminaba con luz eléctrica. A Victor le costaba atribuir todo ese equipamiento a un solo oficio. Había de todo un poco, carpintería, cerrajería, fontanería, mecánica... Pero lo que más le llamó la atención fue un taladro manual.

Eberle se dio cuenta de su interés.

—Lo hizo mi amigo Fein. —Se acercó al banco de trabajo sobre el que se encontraba la herramienta y la agarró—. Sosténgala, señor Rheinberger. Pesa siete kilos y medio. Hay que sujetarla con las dos manos, y, valiéndose del propio peso corporal, puede perforar el metal.

Victor tomó el taladro y lo observó por todos los lados.

—El viejo Fein tenía dos aprendices, Heeb y Wahl —continuó Eberle—. Querían ser capaces de hacer agujeros un poco más deprisa. Tomaron un pequeño motor eléctrico, montaron el portabrocas en el eje del motor y empezaron a perforar acero. Mi amigo Emil, el hijo del viejo Fein, lo vio y convirtió el artilugio en una máquina taladradora como Dios manda. Eso fue hace ocho años. —Cuando Alois Eberle se ponía a hablar de su trabajo, comprobó Victor, no había quien lo hiciera callar—. El viejo Fein murió poco después. Pero Emil aún tiene la fábrica. Hacen unas máquinas únicas.

—Qué interesante. —Victor le devolvió la taladradora—. Si me permite, me gustaría probarla.

—Sí, claro —respondió Alois Eberle, mientras devolvía el aparato a su sitio con cuidado—. Pero creo que hoy Edgar tiene otra cosa en mente, ¿verdad?

Edgar chasqueó los dedos.

—¡Verdad!

Alois Eberle esbozó una sonrisa torcida y se acercó al banco de la esquina contraria. Allí descansaba un artilugio de mayor tamaño cubierto con arpillera.

—¿Estás preparado, Victor? —preguntó Edgar.

Victor sonrió y asintió.

—Pues venga, Alois, ¡déjanos verlo! —exclamó Edgar—. ¡Una, dos... y tres!

De un rápido tirón, Alois Eberle retiró la arpillera.

El silencio reinó durante algunos segundos. Victor contemplaba perplejo el modelo a escala reducida de un aparato que recordaba en cierto modo a las máquinas expendedoras de chocolate. Siendo generosos, se reconocía una suerte de prototipo tosco hecho con listones de madera y decorado con una mano de pintura que, sin duda alguna, era obra de Edgar.

Victor no tenía muy claro lo que se esperaba que dijera.

—No creerías que íbamos a enseñarte una máquina terminada, ¿verdad? —bromeó Edgar, que a todas luces había esperado esa reacción de Victor.

Victor se echó a reír.

—Pues claro. Esta debe de ser la máquina expendedora de chocolate más refinada que he visto en la vida —dijo, y luego estudió el aparato con fingida concentración—. Es evidente que la decoración es obra de un genio.

Edgar no podía reprimir la sonrisa.

Alois Eberle, con los brazos en jarras, miraba a uno y a otro alternativamente.

—Creo que ya te vas haciendo a la idea —dijo Edgar—. Tú y Alois Eberle vais a construir juntos una máquina expendedora de chocolate. Una que ponga en apuros a la empresa Stollwerck.

Victor se acordó de la máquina que había visto en la estación de Coblenza. Había hablado a Edgar varias veces de su deseo de construir una máquina parecida. Juntos habían dibujado algunos diseños y discutido las posibilidades técnicas. Y resultaba que Edgar había encontrado a otro loco de la ingeniería que lo ayudaría a hacer realidad su sueño.

—Edgar Nold, esta me la vas a pagar —amenazó Victor en tono bromista para disimular su emoción—. ¡Vas a tener que pintar a mano todas las máquinas que construyamos!

Sanatorio del doctor Von Hartungen, Riva

HÉLÈNE MIRABA FIJAMENTE las tres cartas que había colocado con pulcritud sobre la mesa de su habitación. Aún no se había atrevido a abrir ninguna. La caligrafía enérgica de su hija en dos de los sobres contrastaba vivamente con la letra afilada de su esposo en el tercero. El efecto de la tinta sobre el fondo de color marfil era el mismo en los tres casos. Generó en Hélène unos sentimientos terribles que le impedían leerlas. Al pensar en Judith, se adueñaban de ella la añoranza y la mala conciencia. Y si cavilaba sobre su marido, la inundaba el miedo.

Fuera soplaba el viento como de costumbre, pero la temperatura, incluso en pleno septiembre, seguía siendo muy agradable. Hélène se puso un abrigo ligero, se caló el sombrero y salió de su habitación en Villa Cristoforo, uno de los edificios del sanatorio. Antes de leer las cartas tenía algo que hacer.

Tras un paseo apresurado llegó a la via Santa Maria, en el centro de Riva. Allí, no muy lejos de la iglesia de Santa Maria Assunta, se apiñaban estrechos edificios de viviendas de cuatro pisos. Hélène recorrió la angosta calle y no tardó mucho en encontrar el número 14.

Accionó el anticuado llamador de latón.

En el piso más alto se abrió una ventana.

—Buenas, ¿es usted la señora Rothmann? Un momento, ¡ya bajo!

Poco después, una mujer menuda y regordeta le abrió la puerta.

—La manda Anni, ¿verdad? —le preguntó con una ancha sonrisa—. Me llamo Leitner, entre, por favor, señora—. Su acento tirolés hacía que Hélène la encontrara simpática de inmediato.

Hélène entró. La señora Leitner cerró la puerta tras de sí y la condujo hacia arriba por la escalera. Era una casita vieja, pero muy cuidada. Olía a cera de suelo.

—¿Viene a ver la habitación? —preguntó la señora Leitner una vez llegaron a su vivienda, esforzándose por hablar en alemán estándar.

—Sí, si sigue libre —respondió Hélène.

—Han venido un par de personas, pero aún no la he alquilado. ¿Quiere verla?

—Por supuesto.

La señora Leitner cruzó la cocina hacia la habitación que había detrás.

—Es el único inconveniente que tiene, señora. Que hay que entrar por la cocina. Pero es una habitación muy bonita.

Hélène miró a su alrededor. Las paredes estaban encaladas de blanco, y los modestos muebles de madera eran rústicos pero elegantes. Lo que más le gustó fueron las dos ventanas orientadas al norte. Si quería pintar, disponer de luz indirecta era un requisito decisivo.

Hélène se acercó a una de las ventanas, desde la que se veían los tejados de los edificios cercanos.

—Sí, es lo bueno que tiene vivir aquí arriba —explicó la señora Leitner—. Que tenemos vistas. Pero hay que tener en cuenta las escaleras.

—Las escaleras no me importan —respondió Hélène con una sonrisa.

La señora Leitner le mostró el baño, que compartirían, y el excusado, que se encontraba fuera de la vivienda.

—¿Cuánto cuesta la habitación, señora Leitner? —preguntó Hélène cuando volvieron al pasillo.

—Pido nueve marcos al mes. Y, si le parece bien, tres meses de alquiler por adelantado. Después puede pagarme mensualmente.

Hélène ya había hecho cálculos sobre el dinero que podía gastarse en alojamiento, y no se lo pensó más.

—Muy bien, señora Leitner. En ese caso, me gustaría quedarme con la habitación.

La señora Leitner reflexionó un instante.

—Anni me dio muy buenas referencias de usted —dijo, como hablando para sí.

Hélène respondió:

—Sí, conozco a la señorita Anni del sanatorio. Trabaja con el doctor Von Hartungen.

—Eso es. ¿Sabe qué? Puede quedarse con la habitación, señora. Anni sabe muy bien a quién me manda.

Después de que Hélène pagara a la señora Leitner tres meses de alquiler por adelantado y recibiera a cambio la promesa de que podría trasladarse la semana siguiente, se despidió.

Entusiasmada, bajó la escalera.

Tenía por fin una habitación propia y ya podía preparar la mudanza. ¡Menudo alivio!

La estancia de Hélène en el sanatorio Von Hartungen terminaría dentro de dos semanas, y ya era hora de que tomara las riendas de su futuro. Los últimos meses habían sido muy significativos y le habían mostrado el modo de vida que debía seguir. Una dieta sencilla y natural, tranquilidad, mucho movimiento al aire libre y tener a su marido muy lejos le habían devuelto la alegría de vivir. Y después de las provocativas conversaciones con Hermione von Preuschen en Mitterbad, había tomado la decisión de quedarse en Riva. Incluso aunque esa decisión significara vivir alejada de sus hijos y tener que procurarse el sustento.

Pensando en todo esto, Hélène emprendió el trayecto hacia el puerto. Allí había atracado un nuevo barco de vapor para hacer excursiones por la zona, el *Zanardelli*. Hélène se preguntaba si podría trabajar como guía para los turistas en aquella embarcación. Seguro que contaría a su favor que hablaba francés, su lengua materna, además de alemán. Por si fuera poco, hacía varias semanas que había empezado a estudiar italiano. Porque, aunque Riva pertenecía al Imperio austrohúngaro, tenía una estrecha relación con Italia, y la frontera no estaba muy lejos. En Riva, la Europa del norte y la del sur se fundían en un encuentro amoroso.

Llegó a la piazza Benacense, en el puerto, y buscó con la mirada el reloj de la llamativa torre Apponale para ver la hora.

—¡Vaya, Hélène, qué alegría volver a verla!

Hélène estuvo a punto de chocar con Hermione von Preuschen, que cruzaba la plaza acompañada de un hombre joven.

La pintora tenía buen aspecto, casi radiante y, sin querer, Hélène se quedó mirando al apuesto muchacho que iba a su lado.

A Hermione, naturalmente, no se le escapó su atención.

—¿Me permite que le presente a Christl von Hartungen, querida mía? Es el hijo de nuestro querido doctor.

—A sus pies, señora. —Christl von Hartungen hizo una pequeña inclinación y se quitó el sombrero de paja.

Hélène asintió levemente.

—Christl, esta es mi apreciada amiga Hélène Rothmann —la presentó Hermione, poniéndole a Hélène una mano en el brazo en un gesto lleno de familiaridad—. Este verano hemos pasado unos días de lo más inspiradores las dos juntas.

—Me alegro mucho —respondió el joven escuetamente, dando a Hélène la impresión de que se sentía incómodo—. No quisiera parecer descortés —se apresuró a continuar—, pero aún tengo algo importante que hacer. Espero que me disculpen, señoras. —Hizo un gesto con la cabeza a Hélène y miró a Hermione—. ¿Puedo dejarla a su aire?

—Por supuesto —aseguró Hermione con aire indulgente—. Nos veremos en la cena en casa de sus padres, ¿verdad?

—Así es —respondió Christl von Hartungen con visible alivio antes de echar a andar hacia via Gazzoletti.

Hermione lo miró con aire ausente.

—Qué amable por parte de este joven acompañarla a la ciudad —afirmó Hélène.

—¡Pues sí! —A Hermione le brillaban los ojos—. Es un joven estupendo. Qué me dice, Hélène, ¿nos tomamos un café en el hotel Central? ¡Aquí en el sur aún es hora de desayunar!

—¡Me encantaría!

En pocos pasos se plantaron en el famoso hotel, que se encontraba justo frente al muelle del barco de vapor. Buscaron una mesa en la terraza bañada por el sol con vistas al agua y pidieron dos cafés vieneses, café moca suavizado con nata líquida.

—Delicioso —suspiró Hermione después de dar el primer sorbo. Entonces miró a Hélène a los ojos y preguntó con franqueza—: Mi acompañante la ha sorprendido, ¿verdad? Es un pequeño divertimento que me permito.

Hélène por poco se atraganta con su café. ¡La pintora era por lo menos veinte años mayor que aquel joven!

—Sé lo que está pensando. Es mucho más joven que yo, casi treinta años —suspiró—. Pero no pude resistirme. Me hace muchísimo bien después de que el gran literato me abandonara. Me sentía muy sola y desilusionada.

—¿El literato? ¿Se refiere usted a Heinrich Mann?

—Sí. Usted lo vio una vez, en Mitterbad.

—Ah, sí. Me suena.

—Él y yo cultivamos una profunda amistad durante mucho tiempo. Y, como suele pasarnos a las mujeres, un vínculo estrecho puede llevar al deseo del contacto carnal.

Hélène sorbía de su taza, fascinada y escandalizada por lo que Hermione estaba compartiendo con tanta sinceridad.

—Pero entonces se fue. Sin más. Me dijo que todas sus energías se debían a su creación artística, que no podía acercarse mucho a nadie porque eso suponía una distracción. Qué excusa tan lamentable... —Hermione estaba sumida en sus recuerdos—. No es un hombre. Es una máquina de hacer obras de arte.

Hélène supo ver el gran dolor que atormentaba a su amiga, por lo general tan segura y fuerte.

—Así que... ¿ha encontrado consuelo en el joven Von Hartungen? —preguntó con cautela.

Hermione la miró, y el brillo volvió a sus ojos.

—Desde luego que sí. Posó para mí a mi regreso a Riva. Qué ojos tan maravillosos tiene, Hélène, tan oscuros... Llegaron hasta mi corazón desconsolado mientras posaba en posturas fantásticas...

—¿Lo ha pintado? Esto... ¿Sin...?

—Por supuesto. Tiene el cuerpo de un dios. Me ha robado el alma y el sentido. Era inevitable. —Hermione suspiró de nuevo.

—¡La felicito! —dijo Hélène casi sin pensar—. De verdad. ¡De todo corazón!

Hermione la miró sorprendida y sonrió.

—En lo que respecta a Christl, sé que es una felicidad que no durará mucho. Yo soy una mujer madura, y él es muy joven todavía. Un día encontrará a una muchacha hermosa de cuerpo terso que traiga a sus hijos al mundo.

Hélène no supo qué responder a eso, y Hermione cambió de tema.

—Y ahora hablemos de usted. Percibo, querida Hélène, que su alma está agitada.

Hélène asintió. Hermione dio un sorbo de café.

—Me alegro. ¿Ha concretado ya sus planes de futuro?

—He alquilado una habitación. Justo antes de encontrarme con usted, de hecho. En la via Santa Maria. —Miró a Hermione con una sonrisa—. Por un tiempo indefinido.

—Ha hecho usted bien. No será fácil, claro. Todo gran paso conlleva un cierto riesgo. Pero si hubiera vuelto usted con su marido, la infelicidad la habría destruido. Es lo que debe hacer para salvarse. ¿Piensa pintar?

—Sí, por supuesto. Pero no bastará para mantenerme. Como usted me aconsejó, quería preguntar en el *Zanardelli* si necesitaban una guía para los turistas. Ya sabe, alguien que lleve a los visitantes a los lugares más bellos del lago de Garda, que les hable de su historia y les muestre los tesoros de la

naturaleza, que les ofrezca vinos excelentes o aceite de oliva de primera clase... Es algo que me encantaría hacer.

—Me parece estupendo. ¿Sabe qué, querida Hélène? Ni siquiera es mediodía. Cojamos el siguiente barco y demos una vuelta. Así nos inspiraremos y, por encima de todo, ¡convenceremos al capitán de sus habilidades! Así se ganará su recomendación.

ERA YA TARDE cuando Hélène regresó a Villa Cristoforo. Y cuando por fin reunió el coraje de leer el correo. Echó mano del abrecartas y abrió la carta de su marido.

Estimada esposa:

Tras varios meses de recuperación, de curas y de indolencia, creo justo y necesario que vuelvas a casa. Ya no puedes desentenderte más de tus obligaciones como madre y señora de la casa.

Tenemos una noticia fabulosa: Judith va a casarse dentro de unos meses, y la ayuda materna en los preparativos es imprescindible. Para que tu salud no se vea afectada, he ajustado la fecha de tu regreso al final de la temporada en Riva como muestra de buena voluntad.

En el sobre encontrarás el pasaje para tu regreso el 29 de octubre. A partir de ese momento, quedarán interrumpidos mis envíos de dinero al sanatorio y para tus gastos personales.

Theo te recogerá en la estación.

Queda a la espera de tu regreso,

Wilhelm

Stuttgart, 18 de agosto de 1903

Las cartas de Judith ya no las leyó. Esa noche no se sentía capaz.

21

Stuttgart, residencia de los Ebinger, la noche del último sábado de septiembre de 1903

EL SOL YA se había puesto cuando Theo detuvo el carruaje de los Rothmann ante la morada fastuosamente iluminada del fabricante de maquinaria Ebinger y se puso en la fila de coches que esperaban en la empinada Humboldtstrasse a los pies de los cerros de Karlshöhe.

—Tardaremos un par de minutos, señor —dijo el chófer a Wilhelm Rothmann.

—¿Cuántos coches tenemos delante?

—Siete.

—Yo me bajo aquí, Theo. —Wilhelm Rothmann abrió la portezuela.

—Pero, padre —protestó Judith confusa—, ¿no viene conmigo?

—No, Judith. No te lo tomes a mal, pero tengo una cita importante antes del baile.

—Pues menuda faena —suspiró Judith, aunque su padre ya se había apeado del vehículo y se estaba alejando a pie.

—El señor tendrá un buen motivo —intentó consolarla Theo—. No se lo tenga en cuenta.

Un cuarto de hora más tarde, llegaron por fin a la entrada semicircular cubierta de grava gris clara de la mansión de los Ebinger.

Theo bajó de un salto del pescante y ayudó a Judith a apearse. Luego tuvo que llevarse el coche a toda prisa para dejar sitio para el siguiente.

Así que Judith subió sola la arcada de piedra de la entrada de la imponente casa y entró en el lujoso vestíbulo del edificio, donde una amplia escalinata doble conducía a los pisos superiores.

Una doncella le tomó el chal de cachemira. A continuación, Judith se remangó la falda de su vestido, largo hasta el suelo con una cola fabulosa y, con toda la elegancia que pudo reunir, subió por la escalera hasta la planta noble. El vestido nuevo le otorgaba un aura liviana y resplandeciente,

complementada por un moño bajo decorado con tiras de perlas. Se había puesto pocas joyas: un delicado collar de oro blanco y perlas y unos pendientes a juego. Judith sabía que estaba guapa, percibía las miradas que la seguían y disfrutó de aquel momento maravilloso.

El matrimonio Ebinger recibía a sus invitados en la entrada de los salones. El besamanos estaba en pleno apogeo, y Judith tuvo que ejercitar la paciencia hasta que le tocó a ella. Mientras que el viejo Ebinger la saludó de forma escueta, su esposa la recibió con una calidez sincera.

—Señorita Rothmann. Qué bien que haya podido venir, ¡espero que disfrute de la velada!

Judith le dio las gracias por la invitación, aunque sospechaba que el señor de la casa había extendido su invitación —o, al menos, la de su padre— a regañadientes para cumplir con su obligación social. O tal vez para demostrar que su casa superaba en lujo a la de los Rothmann.

A saber.

En cuanto Judith entró en la sala de fiestas se olvidó de todos aquellos pensamientos, puesto que la lujosa decoración que la aguardaba la hechizó. Aquella opulencia estaba fuera de lo normal, incluso para la alta sociedad de Stuttgart. Esa noche, la casa de los Ebinger no tenía nada que envidiar a una mansión de aristócratas.

Para acoger a la multitud de invitados, habían abierto las puertas de los tres salones colindantes para crear un gran pasillo. Del lado del jardín había una hilera de ventanales cuyas cristaleras reflejaban la luz de las numerosas lámparas que colgaban por la habitación y la iluminaban con generosidad. En la pared opuesta, unos grandes espejos ayudaban a fingir que el recinto era mucho más grande. Además, los innumerables cristales que colgaban como cascadas de las lámparas de araña del techo arrojaban sus destellos a los espejos y se reflejaban en los elegantes vestidos y relucientes joyas. Había altas palmeras plantadas en cubos y bellísimas guirnaldas de flores que llenaban de vida el ambiente y realizaban la atmósfera festiva que reinaba. Había una orquesta de cámara cuyas melodías discretas de Sibelius y Mozart se entremezclaban con los murmullos y las risas de los invitados, que, repartidos en corrillos, charlaban con animación.

La gente se conocía.

Mientras los señores hablaban de negocios y otros temas como el primer automóvil de un tal Henry Ford de Estados Unidos o la espectacular carrera ciclista llamada *Tour de France* que había recorrido Francia entera durante el mes de julio, las damas intercambiaban los últimos cotilleos. Al mismo

tiempo, lucían sus espectaculares vestidos de baile de seda, satén, encaje y otras telas caras. No en vano, el vestuario y los complementos, que daban cuenta del gusto de quien los llevara, eran objetos de conversación inagotables en veladas como esa.

Entre toda aquella abundancia resplandeciente serpenteaba un regimiento de criados con la mayor discreción. La mayoría de ellos habían sido contratados especialmente para la fiesta. Uniformados con levita, transportaban pesadas bandejas de plata para ofrecer refrescos a la concurrencia.

Judith tomó un vaso de limonada fría. La bebida tenía un agradable sabor agrisado y le hizo cosquillas en la lengua. Paseó la mirada por el lugar y se alegró al descubrir a su amiga Dorothea en una esquina hablando con una mujer mayor. Se acercó con prisa.

—¡Judith, querida mía! —Dorothea estaba radiante—. ¡Qué bien que hayas venido! ¿Has visto ya a Charlotte?

—No, acabo de entrar. Pero hay una cola larguísima de coches, puede que aún no haya llegado.

—Espero que me perdonen, señoritas —se disculpó la interlocutora de Dorothea—. Voy a buscar a mis amigas. —Les hizo un guiño simpático.

—¡Ay, señora Ebinger, pero qué maleducada soy! —exclamó Dorothea—. Le presento a Judith Rothmann, una de mis mejores amigas. Judith, esta es la abuela de Max. Ha venido expresamente desde Ludwigsburg para la fiesta.

—Buenas noches, señora. —Judith comenzó a hacer una reverencia, pero la señora Ebinger le indicó con un gesto que no era necesario.

—Ya sé que a las jóvenes les gusta estar a su aire. Y observar a los chicos. ¡Que lo pasen ustedes bien!

En cuanto se quedaron solas, Dorothea dijo en voz baja:

—Cuesta creer que una señora tan simpática haya podido traer al mundo un hijo como el viejo Ebinger.

Judith soltó una risita.

En ese momento entraron tres jóvenes y a Judith se le aflojaron las rodillas al reconocer a Max. Su pelo negro y corto no llevaba brillantina alguna y llevaba el rostro bien afeitado, a pesar de que las barbas extravagantes estaban en boga. Igual que Victor Rheinberger, se le ocurrió a Judith de repente. Al mismo tiempo, recordó que había días en los que era evidente que al señor Rheinberger no le daba tiempo de afeitarse; en esas

ocasiones, la sombra de la barba incipiente en las mejillas le daba un aspecto ligeramente intrépido.

Perpleja ante esas ideas, Judith se llamó al orden. Victor Rheinberger no era más que un empleado de su padre y no se le había perdido nada entre sus pensamientos.

Por el contrario, hacía tiempo que Max ocupaba sus sueños, ¡y ahora lo tenía muy cerca! Con discreción, repasó el chaqué oscuro y la camisa blanca que llevaba con un corbatín a juego y decidió que estaba irresistible vestido de gala.

Justo entonces, Dorothea le susurró al oído:

—¡Como un dios!

Judith miró a su amiga y reconoció el resplandor de sus ojos. Era posible que no hubiera una sola mujer allí que no viera con buenos ojos al hijo de los señores de la casa.

Junto a Max se encontraba Edgar Nold, el pintor. Judith no lo conocía mucho, pero le caía bien. Desprendía una cierta indolencia. A quien sí conocía era a Albrecht von Braun, el tercero del grupo, cuya mirada se posó de inmediato en Judith. Ella se sintió incómoda. Él la miraba sin apartar la vista, con una insolencia impropia hasta del hijo de un banquero. Judith apartó la mirada con premura y se escondió detrás de Dorothea. Que le aprovechara mirar a su hermana. Judith era incapaz de imaginar que hubiera en el mundo una chica a quien le gustara Albrecht. Iba bien vestido, pero su cara recordaba a la de un cerdito, a pesar de su cuidado bigotito y su cabello rubicundo peinado con brillantina.

Judith sintió alivio al ver a Charlotte entrar con sus padres. Alzó la mano, pero su amiga ya había reparado en ella.

—Madre mía, menudo embotellamiento de coches hay esta noche —exclamó Charlotte cuando por fin llegó junto a ellas—. ¡Pensaba que no llegaríamos nunca y tendríamos que pasar la velada con el cochero!

—A nosotros nos ha pasado lo mismo —la consoló Judith—. Pero ahora por fin has llegado.

Las tres amigas observaron la sala, movieron los abanicos con coquetería, estudiaron a los invitados, charlaron con unos y con otros, se deleitaron con la cena y comieron abundantemente del refinado bufé, de los dulces y tartas servidos sobre delicada porcelana, de la fruta fresca en cuencos de plata y de los exquisitos bombones en bandejas de cristal tallado.

Pero en lo que más se emplearon fue en sus tarjetas de baile, iguales a las que la mayoría de damas y caballeros llevaban, con la esperanza de que se

llenaran deprisa. A Judith estuvo a punto de parársele el corazón cuando vio que Max se había apuntado en su tarjeta para dos vales vieneses. Con las mejillas sonrojadas, Dorothea anotó su nombre en la tarjeta de Max para una polca y un vals. Charlotte se vio desbordada de peticiones de Edgar y le concedió varios bailes con una sonrisa. Gracias al cielo, Albrecht von Braun se mantuvo al margen, pero otros jóvenes también solicitaron bailes a las tres amigas. Llena de alegría por el rato de baile que las esperaba, Judith continuó paseándose por la sala con Dorothea y Charlotte. Hicieron una pausa para refrescarse en una habitación contigua.

Hasta media hora más tarde no volvió a encontrarse con su padre, a quien ni siquiera había visto llegar. Estaba enfrascado en una conversación con el banquero Von Braun, pero parecía ausente, pues no dejaba de mirar su reloj de oro. Cuando advirtió la presencia de su hija, le dedicó un gesto distraído con la cabeza. Por el contrario, el banquero pareció alegrarse mucho de verla; saludó a Judith con una leve sonrisa y le guiñó un ojo a su hija cuando las chicas pasaron junto a ellos. Judith sintió una sensación angustiosa en el pecho. Últimamente su padre parecía muy tenso. ¿Por qué no paraba de reunirse con Von Braun?

Justo entonces, su mirada volvió a posarse sobre Max, que hablaba animadamente con una joven muy guapa que solo conocía de vista. Sintió el aguijón de los celos, pero cuando él le dedicó una sonrisa, el corazón se le aceleró. Tenía muchas ganas de bailar con él. Tal vez esa noche empezara a verla con otros ojos...

De repente sonó una fanfarria y el viejo Ebinger apareció ante los presentes. Las conversaciones se apagaron enseguida y se hizo el silencio.

—Queridos invitados —empezó el fabricante de máquinas—. Mi esposa, mi hijo y yo les damos la bienvenida a este baile. No quiero alargarme, solo me gustaría desearles una agradable velada. Pero me permito revelarles que más tarde les espera un acontecimiento muy especial. ¡No se pongan nerviosos!

Un susurro de emoción recorrió la concurrencia, pero Ebinger no soltó prenda.

—Señoras y señores —prosiguió como si nada—, ¡va a empezar el primer baile!

Uno de los músicos exclamó:

—¡El vals!

Al instante, el ritmo característico de la famosa danza empezó a sonar. Con formas perfectas, Ebinger sacó a bailar a su mujer y Max se inclinó ante

su abuela. Más y más parejas fueron formándose en la pista de baile.

Judith, Dorothea y Charlotte habían decidido dejar pasar ese baile y se habían refugiado junto a los ventanales. Desde allí observaban a los invitados, de manera especial a las otras jóvenes, la mayoría de las cuales eran hijas de la honorable burguesía de Stuttgart. Judith comprobó con alivio que entre ellas no se encontraba ninguna desconocida y, sobre todo, ninguna aristócrata.

—¿Qué creéis que es lo que va a pasar luego? —preguntó Dorothea.

—No tengo ni idea —respondió Charlotte mientras Judith se encogía de hombros.

—Por un momento he pensado que iban a anunciar que Max se casa —aventuró Dorothea mientras escrutaba a Judith con la mirada—. Ya le va tocando.

—Igual que a tu hermano —replicó Charlotte.

Dorothea se echó a reír.

—Albrecht aún tiene mucho que aprender en materia de galantería. Por ahora, todos sus intentos han sido en vano.

—Pero es un buen partido, a pesar de todo —terció Charlotte antes de cambiar de tema.

—No creo que Max vaya a casarse —afirmó Judith—. Soy incapaz de imaginar con quién.

—Pues a mí se me ocurre alguien —insinuó Dorothea con segundas, y Judith sintió cómo la sangre se le arremolinaba en las mejillas.

—Bueno, dejadlo ya. Solo tenemos que esperar un poco, pronto nos enteraremos de la sorpresa —concluyó Charlotte con pragmatismo, agitando una copa que hacía rato que contenía burbujeante champán en lugar de limonada—. Vamos a aprovechar la velada. ¿Tenéis vuestras tarjetas de baile?

El primer vals había concluido y, cuando empezó el siguiente, Judith vio que Max Ebinger se le acercaba. Se le aceleró el pulso.

—Creo que este baile es mío. ¿Señorita Rothmann? —preguntó él cortésmente.

Judith asintió y le tendió su copa a Dorothea, que le dedicó una sonrisa de ánimo. Max le ofreció el brazo y, con las rodillas temblorosas, Judith caminó junto a él hasta la pista de baile.

En cuanto él le hizo dar la primera vuelta, una sensación triunfal de felicidad la invadió. Max la sostenía con maestría, la guiaba con seguridad y atención y no dejaba de mirarla con una sonrisa juguetona. Judith se dejó llevar, se embebió del aroma de su tónico para después del afeitado y del

agradable timbre de su voz cada vez que él le susurraba al oído. Era un bailarín excelente y Judith se sentía como si flotara. Estaba pletórica de felicidad.

Se sintió comprensiblemente horrorizada cuando, dos bailes más tarde, Albrecht von Braun se apareció ante ella.

—¿Señorita Rothmann? —dijo escuetamente.

—Esto... —Judith carraspeó—. No está usted apuntado en mi tarjeta, señor Von Braun—. Le mostró su tarjeta de baile.

Albrecht sonrió.

—Ya lo creo que sí. Mire. —Señaló unas iniciales en las que Judith no había reparado—. ¡Ahí estoy!

—Pero... —tartamudeó Judith mientras contemplaba con irritación las letras «AvB».

—El señor Nold ha sido tan amable de apuntarme —explicó Albrecht—. ¿Me concede este baile?

Judith no quería llamar la atención, así que lo siguió de mala gana. Se sentía engañada. Era evidente que Albrecht sabía que ella nunca lo habría tenido en cuenta si se hubiera presentado en persona. Qué miserable por su parte. Y qué ruin por parte de Edgar Nold dejarse utilizar para algo así. Nunca lo habría creído capaz.

En la pista de baile, Dorothea parecía contentísima junto a Max. El baile de Charlotte era para Edgar. Y justo ahora, después de la polca y el chotis, volvía a sonar un vals vienés.

Desde el momento en el que se colocaron, a Judith le costó ocultar su incomodidad. Y en cuanto empezaron a bailar, Judith empezó a sentir asco además de rechazo. La corpulencia de Albrecht no le permitía dejar espacio entre los dos. Apretada contra su cuerpo, los minutos se le hicieron interminables. Pronto empezó a notar una desagradable humedad allí donde Albrecht la tocaba: en el hombro, en la mano... Veía el sudor que le cubría la frente y, aún peor, lo olía. Aún no había terminado el último compás de la canción cuando Judith salió con rapidez de la pista de baile murmurando una excusa.

—Ay, ¡ha sido maravilloso! —exclamó Dorothea entusiasmada cuando las tres amigas se encontraron poco después para calmar la sed con una limonada de frambuesa.

—Sí, ya —dijo Judith con acritud.

—Bueno, Albrecht no es muy buen bailarín —admitió Dorothea—. Pero no habrá sido para tanto, Judith. En el fondo es muy buen chico.

—Es tu hermano —contestó Judith, algo más amable—. ¿Cómo no va a parecerte buen chico?

ALREDEDOR DE LAS nueve, la música enmudeció. La concurrencia contuvo la respiración cuando Ebinger volvió a dirigirse a los presentes. Se sirvió champán y entraron dos criados transportando un gran caballete sobre el cual reposaba un cuadro inmenso cubierto con una tela de un blanco reluciente. Uno de los lacayos se quedó junto a la pintura.

En la habitación se había hecho un silencio tal que se habría oído la caída de un alfiler al suelo. Todos alargaban el cuello tanto como podían sin parecer descortesés.

Max y Edgar estaban apoyados con indolencia en una de las puertas. Al parecer, Albrecht había salido de la sala, y Judith se alegró. «A lo mejor ha tenido que volver a casa porque estaba muy sudado», pensó con malicia. En ese momento se dio cuenta de que la señora Ebinger se había acercado a su hijo a decirle algo, tras lo cual él se puso al lado de su padre visiblemente irritado.

JUDITH SE PUSO nerviosa. ¿Qué estaba pasando? Alterada, empezó a darse golpecitos con el abanico en la palma de la mano.

Sonó una fanfarria.

—¡Estimados invitados! —empezó el viejo Ebinger en tono especialmente señorial—. Muchos de vosotros os habréis preguntado el motivo del baile extraordinario de esta noche.

Hizo una pausa cargada de significado y el pánico se apoderó de Judith. ¿Cuál era la noticia que iban a dar?

—La fábrica de maquinaria Ebinger se creó hace treinta años a partir de un pequeño taller —continuó el señor de la casa—. Desde entonces, se ha convertido en una empresa considerable con varios miles de empleados. Nuestras máquinas tejedoras son conocidas más allá de las fronteras del imperio. Y, como fundador, me corresponde la tarea de asegurar la continuidad de la fábrica.

Un breve aplauso de cortesía interrumpió su discurso, y Judith suspiró aliviada. Era evidente que la cosa no iba de compromisos matrimoniales.

—Por eso —prosiguió Ebinger—, he decidido nombrar de manera oficial a mi sucesor. Tal vez resulte extraño elegir una ocasión como esta, pero me

gustaría dar ejemplo.

Hizo una señal al criado, que retiró la tela con un gesto teatral. Quedó a la vista un retrato del propio Ebinger a tamaño real. Sus colores apagados, el perro de caza que aparecía también retratado y el pesado marco dorado que lo rodeaba hacían pensar en los retratos de antepasados que los aristócratas colgaban en sus palacios. Un murmullo recorrió la multitud.

—Que este sea el retrato fundacional de la dinastía Ebinger —anunció Ebinger, y tuvo que aclararse la garganta. Parecía conmovido por la coreografía que él mismo había planeado para la ocasión.

—Mi hijo Max será el siguiente en asumir ese honor. Y solo cuando haya conseguido labrarse un nombre en todo lo pertinente a la empresa. Y no me queda duda de que lo hará. Por la presente, declaro a todos los efectos a Max Ebinger socio y futuro propietario de la fábrica Ebinger.

Un fuerte aplauso apagó sus últimas palabras, y Ebinger se recreó con el efecto de su anuncio.

A Judith, sin embargo, no se le escapó la expresión sorprendida de Max cuando comprendió que acababa de anunciarse su futuro delante de toda la sociedad de Stuttgart. No parecía que estuviera al corriente de los planes de su padre. Su cara se torció en una mueca cada vez más enfadada y, cuando su padre le dio unas cordiales palmadas en la espalda, Max apretó los puños y meneó la cabeza. Saltaba a la vista que no se alegraba en absoluto de su papel en la recién fundada dinastía Ebinger.

Judith no comprendía el evidente rechazo de Max. Su padre le ponía la empresa a sus pies, pero en lugar de darle las gracias, se había quedado mirando al infinito con aire sombrío. Ese no era el mismo Max que hacía un rato la había hecho girar sin preocupaciones por la pista de baile. Judith no reconocía esa parte de él, y le pareció muy desagradable.

Entonces resonó de nuevo una fanfarria.

—Y ahora —concluyó su discurso el viejo Ebinger como si todo fuera según lo previsto—, les ruego que pasen al jardín. ¡Allí nos esperan unos fuegos artificiales dignos de esta ocasión! Pero antes, brindemos por la fábrica Ebinger. ¡Y por las bellas damas presentes!

Ebinger alzó su copa con satisfacción.

Una vez estuvieron todas las copas vacías, Judith y el resto de invitados salieron al jardín, que estaba iluminado por antorchas y farolillos y parecía de cuento de hadas. La luna estaba alta en el cielo y proyectaba su luz pálida sobre la atmósfera festiva de los presentes, que esperaban ansiosos que empezara el espectáculo.

Había perdido por un momento a Charlotte y Dorothea, que volvieron a aparecer a su lado de repente y entrelazaron sus brazos con los de Judith.

—Todo esto le habrá costado un buen pellizco al viejo Ebinger —dijo Dorothea de buen humor—. ¡Vamos a pasarlo bien!

En ese momento, los músicos entonaron la «Música para los reales fuegos artificiales» de Händel.

SE OYERON ESTALLIDOS y silbidos, chasquidos y explosiones. Una lluvia centelleante de chispas multicolores caía sobre sus cabezas. Una hilera interminable de fuegos artificiales iluminaba el cielo nocturno de Stuttgart y hacía que los espectadores prorrumpieran en exclamaciones entusiasmadas. Los alegres vítores confirmaron al anfitrión que el punto álgido de la velada le había salido redondo.

—¡Qué maravilla! —suspiró Charlotte, y Dorothea también dio muestras audibles de su asombro.

Judith, por el contrario, contuvo su fascinación durante el espectáculo. Sus sentimientos estaban confusos; oscilaban entre una chispeante excitación cuando recordaba la atención y los cumplidos de Max, y una preocupación indeterminada en lo que respectaba a su propio padre. Se había pasado toda la velada en compañía del banquero Von Braun, incluso a Dorothea le había llamado la atención.

Cuando del castillo de fuegos artificiales ya no quedó más que el olor de la pólvora quemada, los invitados volvieron a entrar en la casa entre cháchara y risas. La orquesta había vuelto a cambiar de ubicación y tocaba de nuevo música de baile. Muchos invitados recuperaban fuerzas en el bufé, que había sido provisto de bandejas de quesos y abundante repostería.

—¿Dónde se ha metido el hijo de la casa?

—Lo he visto antes de los fuegos artificiales con dos botellas de champán —dijo Dorothea con una risita—. Pensé que a lo mejor le apetecía beber al aire libre.

—¿Dos botellas? —se extrañó Charlotte—. Pues no me resulta raro que haya desaparecido. Debe de haberse echado en el pabellón del jardín.

—Y seguro que no está solo —añadió Dorothea entre risas.

A Judith las bromas de sus amigas no le hacían ninguna gracia. Apenas podía ocultar su desilusión.

—Pues tu hermano parece muy ocupado con la comida —le señaló a Dorothea con sarcasmo cuando, lo que faltaba, descubrió a Albrecht en el

bufé.

—Vaya, típico de él —repuso Dorothea con guasa—. Allí donde huele a comida, Albrecht no anda muy lejos.

—Mirad, Edgar está con él —observó Charlotte con alegría.

Judith se sentía intranquila. ¿Dónde se había metido Max? ¿Se había marchado del baile?

MEDIA HORA ESCASA más tarde, llegó el momento para otro anuncio.

—¡Menuda fiesta! —exclamó Charlotte entusiasmada—. La gente pasará meses hablando de esta noche.

—Mi padre está hablando con el viejo Ebinger —observó Dorothea—. ¿Querrá anunciar a su sucesor él también?

Charlotte sonrió.

—¿Por qué no? Ya puestos...

—Albrecht estaría encantado —dijo Dorothea—. Tiene miedo de que padre lo pase por alto porque no se le dan muy bien las cuentas.

—Un banquero que no sabe echar cuentas, eso sería el colmo —apuntó Judith, aunque no conseguía que su voz sonara tan bromista como las de sus amigas.

—Tu padre también va con ellos, Judith —indicó Charlotte asombrada—. Bueno, ahora sí que me muero de ganas de saber qué pasa.

Las tres jóvenes avanzaron un poco para ver mejor lo que sucedía. Ebinger se había acercado a hablar con los músicos, y el banquero Von Braun llamó a Albrecht a su lado.

—Judith, querida —oyó de repente la voz de su padre—. ¿Me acompañas, por favor?

Judith se quedó paralizada.

—Anda, ve —apuntó Charlotte en tono inocente—. ¡A lo mejor va a empezar algún juego!

Dorothea, sin embargo, tenía una expresión escéptica.

El padre de Judith la tomó del brazo con energía y la empujó hacia delante. Ella lo miró con aire inquisitivo, pero él le hizo un gesto tranquilizador con la cabeza.

—No tienes de qué preocuparte, Judith. Este será un momento muy especial para ti, ya lo verás.

El corazón de Judith empezó a latir desbocado. ¿Qué se proponía su padre? ¿Qué significaba todo aquello? Habría querido salir a toda velocidad,

pero su padre la mantenía en su sitio con una leve presión.

Y, entonces, todo sucedió muy deprisa.

Una fanfarria. Las voces se acallaron en la sala.

El banquero Von Braun y el padre de Judith empezaron alabando el fastuoso baile y sus anfitriones, dieron las gracias a Ebinger por su generosidad y empezaron a alabar por turnos la especial relación entre las familias Von Braun y Rothmann.

Mientras Judith no dejaba de preguntarse por qué el viejo Ebinger permitiría que en una noche tan importante para él su padre y el banquero le robaran el protagonismo, ambos empezaron a hablar del futuro y de una feliz ocasión.

Y, de golpe, se encontró a Albrecht delante de ella. Como si estuviera en trance, Judith vio cómo él la tomaba de la mano y le colocaba en el anular un anillo reluciente con dedos temblorosos.

Nuevamente una fanfarria, y un aplauso.

Y Judith comprendió de repente que aquello era un compromiso. El suyo propio. Y el novio no era otro que Albrecht von Braun.

Un murmullo de excitación recorrió la sala y todos los ojos se centraron en ella mientras Judith sentía que estaba teniendo una pesadilla. Cuando la orquesta empezó a tocar un lánguido vals, se soltó de Albrecht y de su padre, se subió el bajo del vestido mucho más de lo necesario y salió a toda prisa del salón.

MIENTRAS VAGABA SIN rumbo por la inmensa morada de los Ebinger, Judith buscaba una salida con desesperación. Jamás se casaría con Albrecht von Braun. ¡Nadie podía obligarla!

Sus pensamientos parecían montados en un tiovivo. Ojalá pudiera ir a ver a su madre y esconderse en el lago de Garda. Pero, después de no haber recibido respuesta a sus dos últimas cartas, no sabía cómo reaccionaría ella ante su llegada. Lo mejor sería tomar un tren en secreto hacia Hamburgo. De allí salían los barcos de emigrantes hacia el Nuevo Mundo, y se decía que en América todos tenían la posibilidad de labrarse un porvenir. Tal vez aquello fuera cierto también para las mujeres. Tendría que informarse. Era posible que Dora le diera alguna idea, porque siempre estaba hablando de doncellas que se habían colocado en el extranjero. No le preocupaba que ese fuera su futuro; no le daba miedo el trabajo duro. ¡Todo sería preferible a la vida junto a Albrecht!

Cuando la música y la algarabía de la fiesta no fueron más que un murmullo, Judith se detuvo y respiró profundamente. Se encontraba en un largo corredor de la planta baja que conducía a una parte separada de la casa y estaba poco iluminada. Nadie la había seguido, ni su padre ni Dorothea, Charlotte o, Dios no lo quisiera, Albrecht. Había sucedido todo muy deprisa.

Sintió aquel anillo odioso en la mano izquierda y empezó a darle tirones con furia hasta aflojarlo de su dedo. Lo dejó caer al suelo con desdén, pero luego se arrepintió, lo recogió apresuradamente y se lo guardó en el bolso de mano. Algún valor tendría. Si se decidía a abandonar Stuttgart, necesitaría dinero. Una joya así no debía de ser difícil de empeñar.

Siguió avanzando despacio. El pasillo terminaba ante una puerta de casetones lacada en blanco. Judith accionó el pomo y comprobó asombrada que la habitación no estaba cerrada con llave. Entró, cerró tras de sí, se apoyó sobre la puerta y dejó caer sus párpados agotada.

Había encontrado un refugio, aunque fuera solo provisional. Allí conseguiría serenarse y pensar cómo llegar a su casa sin llamar la atención.

—Buenas noches, señorita Rothmann.

Judith adivinó enseguida a quién pertenecía esa voz. El corazón empezó a latirle muy fuerte.

—¿También ha tenido usted suficiente del circo de la alta sociedad? —preguntó Max Ebinger.

Solo entonces se atrevió Judith a abrir los ojos.

Se encontraban en lo que parecía ser un salón de música que apenas se usaba. Muchos de los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas. En medio había un gran piano de cola de un negro reluciente. Una lámpara de pie arrojaba un charco de luz sobre el teclado y el hombre sentado frente a él. El resto estaba bañado en la oscuridad.

Mientras Judith seguía pensando una respuesta, Max empezó a tocar.

Las notas resonaban por el silencio, delicadas, enigmáticas y llenas de una poderosa poesía que conmovió a Judith hasta lo más hondo.

—Es Debussy —susurró Judith.

Max asintió.

—Es precioso —murmuró ella una vez concluyó la melodía. Se acercó un par de pasos hasta situarse junto al voluminoso y voluptuoso instrumento.

—Sí, lo es. «Claire de Lune» —dijo Max, y la miró.

Mantuvo durante un rato la mirada clavada en ella. Luego se levantó, tomó dos copas y una botella de champán de una de las mesitas auxiliares y las llenó. Le ofreció una a Judith.

—No dudo que querrá brindar conmigo por mi recién anunciada posición en la dinastía familiar —farfulló con una voz que rezumaba desdén—. Y por esta magnífica celebración.

Judith no supo qué hacer.

La verdad era que el alcohol no le despertaba ningún interés. Pero en una noche como esa en la que su mundo se había puesto patas arriba y se encontraba con que Max Ebinger le ofrecía una copa de champán, aquel líquido dorado le resultaba seductor. ¿Por qué no adormecer un poco sus sentidos?

Aceptó la copa que le ofrecía Max y brindó con él.

—No es usted el único que ha encontrado la velada horrenda, Max.

Max la miró con curiosidad.

—¿Es que mi padre tenía otras sorpresas preparadas?

—Su padre no. El mío. —Dio un buen trago. Tenía un sabor al que no estaba acostumbrada; era algo menos dulce que la limonada, pero hacía las mismas cosquillas.

—¿Es que su padre ha decidido fundar también una dinastía esta noche?
—la voz de Max rezumaba sarcasmo.

—No. Bueno, no directamente. Ha anunciado mi compromiso.

—¡Bueno, pues a su salud!

A Judith se le anegaron los ojos de lágrimas furiosas.

—¡No tiene usted ni idea! Tengo que casarme con Albrecht von Braun. Prefiero la muerte.

Max se echó a reír a carcajadas.

—¿Usted no lo sabía?

—¿Qué iba a saber? —Judith se sentía irritada.

—Albrecht lleva meses diciendo que está usted comprometida con él. Que es el padre de usted quien lo ha negociado todo.

Judith se quedó mirándolo atónita. A continuación se llevó la copa a los labios, la terminó de un trago y se la tendió a Max Ebinger de nuevo.

Él se la llenó con una sonrisa.

—¿De verdad que no le habían dicho nada? Lo único que me extraña es que mi padre permitiera que en la noche de la fundación de su linaje se anunciara un compromiso de la familia Rothmann. Pero, bueno, por mantener una buena relación con su banco, mi padre sería capaz de dejarse enredar en una sucia transacción como esta. Su padre con toda probabilidad quería actuar a hechos consumados, igual que el mío. ¿Qué va a hacer usted ahora?

—¿Qué va a hacer usted? —objetó Judith al instante. El champán le aflojaba la lengua y el estado de ánimo.

—Yo voy a ser arquitecto. Con el consentimiento de mi padre o sin él.

—Y a mí me gustaría ser la sucesora de nuestra fábrica. Pero mi padre no quiere ni oír hablar del tema. Qué curioso, ¿verdad? Lo que para usted es un destino horrible, para mí sería ver cumplidos todos mis sueños. Pero yo soy una mujer. Tengo que jugar según unas reglas distintas.

—Bueno —dijo Max—, entiendo a su padre. Vivimos en una sociedad que tiene ciertas expectativas. Lo que no entiendo es que esta noche hayan anunciado su compromiso sin que usted estuviera al tanto. ¡Ya no vivimos en la Edad Media!

Max dejó su copa sobre el piano, se sentó y empezó a tocar otra pieza. «Rêverie».

Sus dedos se deslizaban con delicadeza sobre las teclas. Judith empezó a tener calor. De golpe, el ambiente a su alrededor pareció llenarse de algo que era incapaz de nombrar.

Cuando Max cerró la tapa del piano y la miró, las mariposas que tenía en el estómago echaron a volar. Y cuando se levantó, se le acercó y la tomó en sus brazos, todo pareció ponerse en su sitio. Los labios de Max le tocaron la frente, las sienes y las mejillas. Con la mano derecha, le alzó la barbilla y la besó con suavidad en los labios. Con habilidad y delicadeza, sus manos resbalaron por la espalda de Judith como antes lo habían hecho sobre las teclas de marfil y ébano. Judith se echó a temblar violentamente, se convirtió en un torbellino de inseguridad y curiosidad, de esperanza y desesperación. Se acercó a él en busca de comprensión y consuelo. A la vez, darse cuenta de que su anhelo era correspondido la hacía estremecer con fuerza.

Con una ternura decidida, Max despertaba en ella sentimientos que no conocía, la zambullía en un nuevo mundo, terrorífico y abrumador, lleno de magia y confusión.

Judith permitió que él la desvistiera con manos expertas, disfrutó de las reacciones desconocidas que le arrancó a su cuerpo y se resistió solo a medias cuando él la tendió sobre un canapé cercano.

A su mente le costaba elaborar pensamientos coherentes. El cuerpo esbelto de Max se movía a un ritmo exigente y llevó a sus sentidos en un viaje que concluyó en un profundo agotamiento en sus brazos.

JUDITH NUNCA HABRÍA creído posible sentir tales martillazos en la cabeza. No solo padecía un dolor atroz, sino que también se sentía enferma y la habitación le daba vueltas en cuanto se movía en la cama. Había fingido una migraña para no tener que ir a la iglesia.

Sin embargo, tenía muy presente el recuerdo de la noche anterior. Veía todo lo que había pasado entre ella y Max con una claridad cristalina. No sentía, curiosamente, vergüenza alguna, pero había una discreta sensación de triunfo mezclada con agotamiento.

Por el contrario, apenas recordaba cómo había llegado a casa. Theo había desempeñado un papel esencial, al parecer a instancias de Max, que de bien seguro había querido ahorrarle la humillación de cruzarse con su padre o con otros invitados en su estado lamentable. Y su madre, ¿había estado también presente? Creía recordar haber oído una voz de mujer, pero tal vez fueran imaginaciones suyas.

El caso era que el cochero la había devuelto a Degerloch y la había ayudado a entrar en casa por la puerta trasera de la cocina, para luego desaparecer y regresar acompañado de Dora. Judith había perdido la noción del tiempo y se había quedado adormilada. En algún momento descubrió que estaba en su cama. Dora debía de haberle quitado la ropa y puesto el camisón. Si se había percatado de lo que le había pasado a Judith, lo había pasado por alto con discreción. A primera hora de la mañana, sin embargo, le había traído un cuenco de caldo de carne, pero Judith no se veía capaz de comer nada y pronto había vuelto a dormirse.

Cuando, como era de esperar, su padre la mandó llamar a última hora de la mañana, Judith aún sentía un nudo en el estómago, pero hizo lo posible por mantener la compostura. Tenía que enfrentarse a aquella conversación; cuanto antes terminara, antes podría volver a la cama.

Pero, antes, tuvo que poner a prueba su paciencia. Pasó unos diez minutos esperando ante el escritorio en el despacho de su padre mientras él no daba muestras de ser consciente de su presencia. Judith conocía muy bien esa

táctica. Cuando se trataba de asuntos importantes, a Wilhelm Rothmann le gustaba llevar a rastras a sus oponentes por distintas fases de incómoda y a veces hasta humillante espera en una artimaña defensiva. Al dar comienzo a la conversación, se encontraba en una posición de superioridad.

Cuando por fin alzó la vista y carraspeó, Judith sintió que le temblaban las rodillas.

—¿Qué tienes que decir?

Judith no se sentía con fuerzas para iniciar una astuta maniobra de defensa.

—¿Por qué me pregunta, padre?

—¡Por Dios, Judith! ¡Sabes perfectamente de qué hablo! ¡Anoche me pusiste en una situación imposible! Que salieras corriendo aún podía explicarse por la gran sorpresa que te llevaste al saber de tu inesperada buena fortuna. —Wilhelm Rothmann se puso en pie y empezó a caminar con inquietud por su despacho—. Pero que desaparecieras el resto de la noche y tuviera que enterarme por Theo de que tuvo que llevarte a casa porque habías bebido demasiado ya pasa de castaño oscuro.

Judith comprendía que Theo había tenido que encontrar una excusa de peso para haberla llevado a casa sin pedir permiso, y su estado de borrachera era la mejor disculpa en cualquier caso. Agradecía que no hubiera mencionado a Max. Los estallidos de cólera de su padre eran legendarios y no la habrían afectado solo a ella, sino a toda la casa.

—Sí, bebí demasiado —admitió Judith—. Y por una buena razón.

Su padre se colocó detrás de ella, tan cerca que la incomodaba. Así se dio cuenta de lo furioso que estaba.

—Ni se te ocurra poner en duda tu compromiso, Judith. No hay alternativa.

—No puedo casarme con Albrecht von Braun, padre. Es simplemente imposible.

—Tonterías. Claro que puedes. Hay muchas chicas y mujeres que acaban la mar de contentas en sus matrimonios concertados. ¿Por qué ibas a ser tú diferente?

Volvió a apartarse de ella, y Judith respiró aliviada.

—La boda tendrá lugar el 29 de enero. Son cuatro meses que deberías aprovechar con ahínco no solo para preparar tu ajuar, sino también para causar una buena impresión a tu futuro marido, en especial, después de tu mal comportamiento de anoche.

—Si me obliga a casarme con Albrecht von Braun, voy a armar un buen escándalo.

—¡No te atrevas a amenazarme, Judith! Dispongo de medios que ni siquiera sospechas para hacerte entrar en razón.

A Judith le costó un gran esfuerzo controlarse. Pero continuar provocándolo le pareció demasiado peligroso. Fantaseaba con que Max o el viejo Ebinger se presentarían en persona los días próximos para formalizar la relación entre sus respectivas familias y el compromiso con Albrecht von Braun tendría que anularse en cualquier caso. Podía desentenderse del asunto.

Judith se asombró ante su propia sangre fría.

Tendría que sentirse avergonzada e impotente, pero era evidente que seguir a ciegas el camino que le estaba marcado no iba con ella. Cada día que pasaba, se alejaba más del papel de la niña educada de buena familia, pues se sentía incapaz de representarlo.

—Padre, le ruego que permita que continuemos esta conversación en otra ocasión. Estoy muy cansada.

Su padre había terminado su paseo nervioso y había vuelto a tomar asiento tras su escritorio. La forma en la que hundió la cabeza entre las manos dio a Judith la impresión de que estaba desesperado.

—No sabes lo que me haces con tus tonterías, Judith. Esperemos que tu madre vuelva a estar pronto en casa para que esta familia vuelva a funcionar con normalidad. Hasta ahora no ha sido un buen ejemplo para ti.

Judith escuchó con atención.

—¿Es que madre va a volver a casa?

—Ya le he mandado el billete de tren. Llegará a finales de octubre.

La noticia alegró muchísimo a Judith.

—¿Lo saben ya los chicos?

—No. Y te ruego que no se lo digas aún. Mejor cuando falte poco para su llegada. Si no, no tendremos ni un minuto de tranquilidad.

Judith asintió. Luego se giró hacia la puerta, porque sus piernas se negaban a sostenerla más.

—Anda, vete, Judith —dijo Wilhelm Rothmann sin volver a levantar la vista—. Ve a que te cuide Dora. Volveremos a hablar en las próximas semanas, cuando te hayas recuperado.

Judith no respondió.

—Lo siento —susurró al salir.

ROBERT ESTABA INTRANQUILO.

Aparte de los extraños sucesos de la noche anterior, cuando Theo y Dora cruzaron media casa a hurtadillas llevando a la señorita en volandas, Babette también había brillado por su ausencia hasta pasada la medianoche.

Su instinto protector para con la doncella no lo dejaba dormir. Le preocupaba que sus devaneos con caballeros desconocidos los perjudicaran gravemente a ella y a toda la casa Rothmann. Hasta ahora no había logrado averiguar si se encontraba siempre con el mismo individuo o si se trataba de varios hombres, en particular en vista de que no había hecho ninguna alusión sobre querer casarse, que sería la única explicación para sus encuentros regulares que el ama de llaves y el señor darían por buena.

—Robert, haga el favor de subirle el traje planchado al señor. —Le llegó la voz del ama de llaves a sus oídos.

Robert, que acababa de regresar tras llevar un recado vespertino a casa de los Von Braun, tomó de los brazos de Margarete el traje oscuro del señor de la casa y subió al segundo piso.

Mientras, su mente no dejaba de evocar la noche de tormenta que la señorita y los gemelos habían pasado en la cocina mientras él salía al jardín en busca de la causa del estruendo. Las dos ánforas rotas eran recipientes pesados de arenisca que difícilmente habrían caído por sí mismas y que habían resistido vientos de todo tipo. Lo que Robert no le había contado a nadie era que había encontrado pisadas de zapatos grandes en las inmediaciones de las ánforas. Alguien debía de haberlas usado para trepar.

La habitación de Babette se encontraba, igual que las del resto del servicio, en la buhardilla, y parecía difícil de alcanzar, pero la fachada llena de salientes de la casa de los Rothmann ofrecía buenos asideros que permitirían escalarla, principalmente en una noche de tormenta en la que cabía esperar pocos testigos.

Robert llegó al vestidor de Wilhelm Rothmann y se dispuso a colgar el traje en su sitio. En los últimos días estaban sucediendo muchas cosas raras.

El mismo señor había vuelto muy tarde a casa la noche anterior, dos horas después de su hija. Robert tenía muchas ganas de saber qué había pasado, pero ni Theo ni Dora soltaron prenda.

En aquella casa, Robert era un lobo solitario.

Solo porque de vez en cuando recordara a los demás que los recaderos también tenían derechos y que debían defenderlos, todos le advertían de que se anduviera con ojo. A Robert le parecía lamentable. ¿Cómo iban a cambiar las cosas si nadie se atrevía a abrir la boca? Que Wilhelm Rothmann lo

tuviera por un revolucionario le parecía casi un cumplido. Él no era un corderito dócil como los demás. Y, un día, todos verían que las cosas cambiarían gracias a gente como él. Robert volvió a plantearse la idea de buscar trabajo en una fábrica, pero Babette le impedía pensar en cambiar de ocupación. No podía dejarla sola. Todavía no.

—¿Margarete? —Oyó la voz áspera del señor a través de la puerta que llevaba a su dormitorio—. Entre un momento, por favor.

Robert puso toda su atención, pero al mismo tiempo sintió que el temor se apoderaba de su cuerpo. Si Wilhelm Rothmann se daba cuenta de que no era el ama de llaves quien estaba en su vestidor, sino el mozo, la situación se pondría crítica. Él era la última persona que debía estar al corriente de las órdenes de Rothmann.

Se aseguró de haber cumplido con su cometido y desapareció sin que lo llegaran a ver.

Pero no regresó a los aposentos del servicio, sino que dio una vuelta por la casa.

Y, mientras, pensaba con una sonrisa en el motivo por el cual el señor había pedido al ama de llaves Margarete que entrara en su dormitorio.

Fábrica de chocolate Rothmann, cuatro días después

AQUEL CUARTITO TRANQUILO junto al departamento de decoración se convirtió en el refugio de Judith. Allí, al menos, pudo distanciarse un poco de los recientes sucesos.

Aunque no había salido excesivamente mal parada de la conversación con su padre el domingo, sentía una presión terrible. Su padre esperaba que emitiera una disculpa oficial para la familia Von Braun en la que expresara su alegría por su compromiso con Albrecht. Judith no pensaba hacerlo ni en sueños. Max Ebinger se presentaría en cualquier momento a pedir su mano y, hasta que eso ocurriera, quería intentar contener a su padre.

Pero Max se hacía de rogar. No debía de serle nada fácil convencer a su padre para que diera su bendición a un matrimonio con la familia Rothmann. Judith empezaba a impacientarse.

Para calmarse, elaboraba nuevas creaciones de chocolate. Era una ocupación que le encantaba. ¿Y si conseguía crear una chuchería de chocolate única y novedosa? ¿Saldría su padre de su error y daría más responsabilidades a su inteligente hija?

Para empezar, ese verano habían ofrecido helados en la tienda, que fueron recibidos con entusiasmo por los clientes.

De cara al año siguiente, tendría que inventarse un sistema para poder vender helados en un radio más amplio. Un carro, tal vez. Le preguntaría a Victor Rheinberger, seguro que se le ocurría alguna gran idea.

Judith contempló los ingredientes que había dispuesto ante sí: almendras tostadas y troceadas, grosellas deshidratadas, caramelo de mantequilla, algunas vainas de vainilla. En la cocina de leña calentó un cazo de chocolate líquido que esparció su maravilloso aroma.

Raspó con habilidad las vainas de vainilla para obtener las semillas, que mezcló con las almendras y las grosellas, incorporó la mezcla al caramelo de mantequilla y empezó a hacer bolitas con la masa. Antes de bañarlas en

chocolate, tenía que enfriarlas un rato en la nevera, donde no había ninguna fuente de calor para evitar que las delicadas obras de que allí se creaban se derritieran o se derrumbaran.

Se disponía a bajar la última bandeja, cuando entró Pauline.

—Señorita —dijo entre jadeos, visiblemente apurada—. La señorita Von Braun quiere hablar con usted.

—¿Dorothea von Braun? —se aseguró Judith—. ¿Dónde está?

—En la tienda —indicó Pauline—. Tengo que irme corriendo, Martha ha hecho una excepción y me ha dejado salir.

Judith asintió.

—Gracias, Pauline.

Se secó las manos con un trapo, colgó el delantal y la cofia y se fue hacia la tienda.

—¡Judith, querida mía! —la saludó Dorothea con un tal vez exagerado entusiasmo mientras se le acercaba—. Busco un regalo muy especial para mi tía. Podrás recomendarme algo apropiado, ¿verdad? —Parecía nerviosa.

—Por supuesto —replicó Judith mientras escrutaba a Dorothea. Aquel nerviosismo genuino no era nada habitual en ella. Esperaba que su amiga no estuviera enfadada con ella por su vergonzosa huida del baile—. Mira —continuó con premura—. Aquí tenemos una cajita con tabletas de chocolate en miniatura, algunos bombones rellenos y violetas de caramelo.

—Vaya —dijo Dorothea mientras observaba el obsequio—. ¿Hay algo de menta? Le encanta.

—Claro. —De una vitrina, Judith sacó otra cajita reluciente de color blanco. Cuando la abrió para mostrársela a Dorothea, se escapó un aroma intenso a chocolate y menta—. Estas son galletas de menta de la mejor calidad. Bañadas en chocolate. ¿Qué te parece?

Dorothea inspeccionó el contenido de la cajita y asintió.

—Esto le gustará seguro. Me la llevo.

Judith se afanó en envolver el dulce.

—¿Dónde demonios te metiste el sábado por la noche? —siseó Dorothea de repente, preocupándose porque las dos dependientas que atendían a los clientes en el otro mostrador no la oyeran.

—Necesitaba un poco de tranquilidad —susurró Judith, que no pudo evitar ruborizarse. Agachó la cabeza para que no se le notara.

—¡Pero luego no volviste!

—Theo me llevó a casa.

—A ver, Judith, ¿de verdad que tu padre no te había dicho nada?

—No. Seguro que era consciente de que, de haber sabido lo que se proponía, yo nunca habría ido a la fiesta.

Dorothea meneaba la cabeza.

—Es increíble. Padre se puso como un basilisco y estuvo a punto de anularlo todo, pero Albrecht insiste en el compromiso. Debe de estar loquito por ti, ¡y desde hace ya tiempo! Y nadie lo sospechaba. Excepto Max Ebinger y Edgar Nold, que me consta que lo sabían. Supongo que Albrecht se lo contaría.

Judith se quedó helada. Pero entonces recordó que Max había dicho algo por el estilo. Miró a Dorothea.

—Vaya, así que estuvo fanfarroneando ante sus amigos —expuso con frialdad.

—Eso parece, no lo sé seguro. —Dorothea se puso a manosear sus guantes—. Por cierto, ahora que me acuerdo: Max Ebinger se ha largado de la ciudad.

Judith se detuvo y miró a Dorothea. Era consciente de cómo la sangre se agolpaba en sus mejillas.

—Eso no puede ser, Dorothea, son solo rumores maliciosos. ¿Para qué iba a marcharse y, sobre todo, adónde?

—Pues a Italia, por lo que parece. Nadie lo sabe a ciencia cierta. Albrecht dijo que había dicho algo al respecto. Pero de eso hace ya tiempo.

—¿A Italia? —Judith sentía que se ahogaba. Empezó a marearse.

—No sé si es verdad. Pero el viejo Ebinger se ha puesto tan furioso con él como mi padre contigo... ¿Judith? ¡Judith!

Con un leve quejido, Judith cayó redonda detrás del mostrador.

UNA SENSACIÓN FRÍA y húmeda la devolvió a la realidad.

—Despierta —oyó gritar a Dorothea—. ¡Judith, abre los ojos ahora mismo!

Judith entreabrió los párpados. Veía la silueta borrosa de su amiga, que le frotaba la cara con un paño mojado.

—¡Se ha movido! —exclamó una de las dependientas.

—¡Vayan a buscar a su padre! —les ordenó Dorothea.

—No hace falta, ya me encuentro mejor —graznó Judith. Solo de pensar que su padre podría verla así y utilizar su debilidad contra ella le hizo sacar fuerzas de donde no tenía.

—¡Ay! ¡Cielo santo, Judith! ¡Menudo susto me has dado! ¡No vuelvas a hacerlo! —Dorothea calmó sus nervios con una regañina.

Dejó el paño mojado a un lado y ayudó a Judith a levantarse. Una de las dependientas había traído un vaso de agua y se lo sostuvo a Judith para que bebiera.

—¿Mejor? —preguntó Dorothea.

—Sí, ya me encuentro bien. Dorothea, ¿me acompañas un poco?

—Por supuesto. ¿Quieres irte a casa?

Con ayuda de Dorothea, Judith se puso en pie y constató que sus piernas más o menos podían sostenerla. Percibió las miradas de curiosidad de los otros clientes.

—No. Ni hablar. Voy a volver al trabajo —dijo con claridad y decisión.

—¿Al trabajo? No sabía que trabajabas aquí. Pues muy bien... —La voz de Dorothea sonaba tan sorprendida como entusiasmada.

—Experimento con nuevos productos de chocolate. Hay algunos que mi padre ha incorporado a la producción de la fábrica.

—Qué interesante. Me prestaré encantada a probarlos —bromeó Dorothea—. Muéstrame dónde.

Salieron juntas de la tienda, y Judith se imaginó sin esfuerzo el murmullo que daría comienzo tan pronto la puerta se cerrara tras ellas. Apartó ese pensamiento de su mente. Que hablaran. Que de vez en cuando una dama perdiera el sentido por un corsé demasiado apretado no era ninguna rareza ni tenía por qué despertar sospechas.

Yendo hacia el departamento de decoración, se encontraron con Victor Rheinberger.

—¿Señorita Judith?

—Buenos días, señor Rheinberger. —Al verlo, se enderezó casi sin querer y soltó el brazo de Dorothea. Su amiga le lanzó una mirada y se presentó amablemente, ante lo cual Victor hizo una inclinación.

—Buenos días, señorita Von Braun. —Aunque estaba hablándole a Dorothea, Victor no apartaba los ojos de Judith—. ¿Puedo hacer algo por ustedes, señoritas?

—Mi amiga ha tenido el detalle de visitarme, pero ya se iba, ¿verdad, Dorothea? —dijo Judith.

—Pues... Sí, así es. —Dorothea parecía sorprendida, pero reaccionó enseguida—. Que pases una buena tarde, querida mía. —Se despidió de Judith, le hizo a Victor un gesto con la cabeza y se marchó por donde acababan de venir.

Victor la vio marchar con aire irritado.

—Bueno, señorita Rothmann, más tarde le traeré los nuevos moldes que mandó usted fabricar en la herrería.

—Qué maravilla. —Judith se puso contenta—. ¡Muchas gracias!

—Los trabajadores hicieron el encargo con especial rapidez —añadió él con una sonrisa, y Judith sospechaba que era el mismo Victor quien se había ocupado de meterles prisa. Al mirarlo, sintió una mezcla agradable de familiaridad y tensa excitación, como siempre que se encontraba en su presencia. Qué curioso que fuera tan consciente de ello justo en ese momento.

—Entonces, hasta luego —dijo. Se disponía a marcharse cuando volvió a sobrevenirle un mareo. Se apoyó un instante en la pared.

Victor, que había notado su malestar, corrió a su lado y la tomó del brazo con suavidad.

—¿No se encuentra bien? —preguntó preocupado.

—No pasa nada. Gracias, señor Rheinberger. —Empezó a sentir un cosquilleo en el punto en el que le había rozado levemente el codo.

—¿Iba usted a su sala de experimentación, señorita Rothmann? ¿Me permite que la acompañe un trecho? —preguntó Victor con cautela.

—Eso sería muy amable por su parte.

La situación debería haber sido vergonzosa para Judith y, sin embargo, le resultaba todo lo contrario. Victor permaneció junto a ella hasta que llegaron a la sala de las mujeres.

—La dejo que siga sola, señorita Rothmann —dijo él.

—Muchas gracias, señor Rheinberger. Ha sido usted muy considerado.

Judith sintió cómo él la miraba con inquietud. Aquel día tan miserable, la atención de Victor era como un cálido abrigo que la reconfortaba.

Cuando sacó las bolitas de caramelo de la nevera pocos minutos después y las llevó al cuarto, empezó por fin a sentir las consecuencias de la conmoción causada por la noticia de la desaparición de Max. Sus pensamientos se arremolinaban en un torbellino, creaban una montaña de emociones distintas. Dolor, desilusión y una inquietud resignada se sucedían en su interior.

Se había roto un espejismo.

Aunque habría preferido no hacerlo, tenía que admitir que parecía evidente que Max la había utilizado. Sin pensar en las consecuencias de sus actos. ¡Qué ingenua había sido al creer que, de repente, él sentía algo por ella! Tal vez fueron sus propias tribulaciones lo que Max había querido olvidar en sus brazos.

Judith centró su atención en las bolitas de caramelo, pero trabajar con los pralinés no la llenó con la profunda satisfacción habitual. Con gestos mecánicos, empezó a ensartar una bolita detrás de otra en varillas de madera y a sumergirlas en el chocolate caliente.

¿Debería acudir al viejo Ebinger? Seguro que no la creería. No podía demostrar nada. Prefería no pensar en la magnitud de las consecuencias de aquella noche.

Sin embargo, la dinámica repetitiva de la creación de sus originales bombones le hizo bien, y al fin regresó algo de calma a sus pensamientos a medida que disponía hilera tras hilera de relucientes bolitas de chocolate. Justo cuando dejaba la última sobre una bandeja de cartón doble para que se secara, llamaron a la puerta y apareció Victor Rheinberger con la caja con los moldes nuevos en la mano.

—¡Entre, por favor! —le pidió Judith—. Será mejor que deje la caja en la mesa.

—Huele muy bien —dijo él relamiéndose mientras entraba.

—Son bolitas de caramelo bañadas en chocolate —explicó Judith—. ¿Le gustaría probar una?

—Será un placer. ¿Me permite? —dijo haciéndole un guiño.

Judith le ofreció un bombón. Cuando él tomó la varilla de madera de su mano y sus dedos se rozaron por un momento, Judith sintió un cosquilleo agradable.

La mirada atenta de Victor se posó sobre ella cuando dio un bocado al chocolate. Judith volvió a fijarse en el peculiar color de sus ojos, de un azul verdoso iridiscente. La enloquecía desde su primer encuentro, el día que trajo a Karl a casa después de su accidente.

Un sentimiento esperanzado la recorrió; se dio cuenta de que sentía un afecto muy sutil por aquel hombre a quien apenas conocía. Aunque, de bien seguro, Judith se apresuró en convencerse, era porque sus ánimos andaban revolucionados por los sucesos de aquellos días.

—¡Está delicioso! —declaró Victor en cuanto se hubo comido el bombón—. Buenísimo, de verdad, señorita Rothmann. El caramelo se deshace en la boca. Lleva también almendra, ¿verdad? Y algún fruto rojo, me ha parecido notar, ¿grosellas, tal vez?

—Uvas de corinto, las llamamos aquí.

—Y una cobertura de chocolate negro. ¡Se ha ganado usted mis respetos! Una gran sonrisa iluminó el rostro de Judith.

—¡Vaya, muchas gracias! Me alegro de que le guste mi receta.

—Gustar es quedarse corto —respondió Victor, y Judith sospechó que aquel comentario se refería a algo más que a una alabanza por el bombón que había inventado.

—Un momento —dijo Judith, que no pudo contener una risita—. Parece que el chocolate... No sé cómo decirlo... Ha dejado huella. —Agarró un trapo y, sin pensar en lo que hacía, le limpió a Victor las comisuras de la boca.

Antes de que comprendiera la magnitud de lo que acababa de hacer, él le tomó la mano y la sostuvo junto a su mejilla. Con mucha suavidad, le acarició el dorso con el pulgar.

Judith se sintió invadida por una sensación de calidez. Permaneció quieta un instante, paladeando aquel momento de intimidad, consciente de que aquello no podía ser. A continuación retiró la mano.

Victor carraspeó.

—Estoy desarrollando una nueva máquina expendedora de chocolate. ¿Qué le parecería crear unas tabletas especiales, señorita Rothmann?

—¿Una nueva máquina expendedora de chocolate?

—Sí, una que se distinga de los modelos convencionales.

—Estoy familiarizada con esas máquinas. Leí hace poco que incluso se encuentran en Nueva York. ¿En qué fase del proceso se halla usted?

Victor sonrió.

—Hemos avanzado bastante. Lo que pasa es que no es fácil poner en práctica nuestras ideas. Algunas de las piezas que necesitamos son muy costosas.

—¿No trabaja usted solo?

—No. Cuento con ayuda. Conoce usted a Edgar Nold, ¿verdad? Él me puso en contacto con un experto en mecánica de precisión. En lo que respecta a la parte técnica, vamos por buen camino. Lo que nos falta es una idea brillante que nos permita diferenciarnos de los demás. Máquinas que funcionen bien ya hay varias. Yo lo que quiero es hacer algo muy especial. Por decirlo de alguna manera, me gustaría inventar el Mercedes de las máquinas expendedoras de chocolate.

Judith sonrió. El entusiasmo de Victor por sus planes era tan contagioso que casi consiguió olvidar todas sus preocupaciones. Y, sobre todo, le gustaba la naturalidad con la que la hacía partícipe de sus ideas aunque fuera una mujer.

—Por supuesto que crearé tabletas de chocolate originales para su máquina expendedora, señor Rheinberger. Hay que tener en cuenta que no

pueden ser muy delicadas, pero sin que ello desmerezca su sabor.

—Confío plenamente en usted, señorita Rothmann. Le daré las medidas de las chocolatinas en cuanto sepamos si utilizaremos el tamaño estándar o elegiremos otro.

Judith reflexionó.

—Yo me he preguntado muchas veces —empezó— lo que podría llegar a hacerse con esas máquinas si llevaran incorporado una especie de organillo o un pequeño escenario. O que se pueda ver el recorrido que hace el chocolate antes de caer en la caja.

Victor le lanzó una mirada de admiración.

—Son unas ideas excelentes, señorita Rothmann. ¿Cree usted que podría brindarnos algo de apoyo? Me refiero a comentarnos todo lo que se le ocurra. Tal vez dibujarnos algún boceto.

—Me encantaría. Sí, de verdad, me alegraría mucho poder contribuir al éxito de su empresa.

—Más me alegraría yo, señorita Rothmann. En adelante, me pasaré a verla a menudo. Así aprovecharé para degustar nuevas creaciones chocolateras, en concreto, de nuevas tabletas para la máquina expendedora.

—Claro que sí —dijo Judith entre risas—. Tiene usted que conocer muy bien el producto que vende.

La tarde casi tocaba a su fin cuando Victor volvió a su puesto de trabajo. Judith se sentía pletórica.

Apenas podía creer que fuera posible pasar de la más profunda desilusión a la alegría más grande en el transcurso de un mismo día. Las últimas horas no habían conseguido ahogar sus penas a propósito de Max, era evidente que necesitaría más tiempo. Pero solo pensar en su colaboración con Victor se ponía contenta.

Lo único que ensombrecía su estado de ánimo era el tema pendiente de Albrecht von Braun. ¿Qué iba a hacer?

Stuttgart, mediados de octubre de 1903

—¡MIRA, KARL! ¡POR ahí viene el rey!

—¿Dónde? —Karl alargaba el cuello.

—¡Ahí, fíjate bien!

La animación habitual de Stuttgart se había alterado en un abrir y cerrar de ojos. Los soldados, que eran multitud en la ciudad, estaban en posición de firmes, los transeúntes de las aceras se habían detenido. Los caballeros se habían quitado los sombreros.

Pasó un coche de caballos imponente tirado por dos espléndidos caballos castaños. Dos jinetes cabalgaban detrás del carruaje.

Karl y Anton se quedaron boquiabiertos.

—¡Tendrías que haberte quitado la gorra, Anton!

—¡Y tú también, Karl!

A su alrededor, la gente volvió a ponerse en movimiento. Debían de estar acostumbrados a ver al rey pasearse por la ciudad. Los dos muchachos se dejaron arrastrar por la muchedumbre de las calles durante un rato. Poco después, Karl se sobrepuso a la escena que habían presenciado. Dio un codazo a su hermano.

—¡Venga, vámonos!

Querían ir al jardín zoológico, del que habían oído hablar a Judith con mucho entusiasmo un par de semanas atrás, pero no lo habían encontrado. Así que se habían puesto a deambular por las calles de la ciudad. Habían pasado un largo rato observando las obras del ayuntamiento y se les ocurrió que querían montarse en el tranvía.

Y como no querían pagar el billete, inventaron un juego: en el centro de la calzada, por donde pasaban los tranvías, esperaban a que pasara uno y montaban de un salto. Se dejaban llevar algunos metros y volvían a bajarse. Así fueron saltando de convoy en convoy calle arriba y calle abajo. Luego probaron suerte en otra calle y ni siquiera se detuvieron cuando la llovizna

incipiente se convirtió en un buen chaparrón. Al fin y al cabo, tenían grandes planes para su excursión de aquella tarde. Les había costado mucho esquivar la vigilancia en casa, y estaban dispuestos a recrearse en sus escasas horas de libertad.

—¡Ay! —Al agarrarse a una barra de hierro para saltar a la calle desde la plataforma del tranvía, Anton se llevó un fuerte calambrazo que lo recorrió de arriba abajo.

—¡Anda, si eso no duele nada! No seas llorica —se burló Karl, que, un segundo más tarde, recibió el mismo susto—. ¡Ay! ¡Menudo fastidio!

Algunos adultos que habían presenciado la escena se echaron a reír.

—¡En los días de lluvia, el hierro pone los pelos de punta! —exclamó un señor mayor.

A Karl le costó un gran esfuerzo reprimir el impulso de ir a arrancarle la lengua de un tirón.

Los niños se cobijaron en la acera.

—¿Qué quiere decir eso de los pelos de punta? —le preguntó Karl a su hermano.

—Yo tampoco lo sé —admitió Anton encogiéndose de hombros.

Entonces oyeron una risa a sus espaldas.

—Sois de lo que no hay —dijo un chico larguirucho que tendría unos quince años y estaba igual de empapado que los gemelos—. Hasta los bebés saben que, cuando llueve, el tranvía da calambres si se tocan las barras de hierro. Es por la electricidad. —Pronunció la palabra alargando las vocales, seguramente para parecer más inteligente, pensó Karl.

—Ah, vaya —dijo Karl, intentando disimular su sorpresa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Anton.

—Soy Fritz —se presentó el muchacho, mirando de un niño a otro con una sonrisa—. ¿Y vosotros quiénes sois? Aparte de idénticos.

—Karl.

—Anton. Somos gemelos.

—Sí, ya me había dado cuenta. Escuchadme, Karl y Anton. Si os apetece, puedo enseñaros algo muy divertido.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —se mofó Karl con un poco de arrogancia.

—Karl, no sé, quizá deberíamos irnos a casa. Estamos mojados, y me está entrando frío —intervino Anton.

—Sí, pero ya ha parado de llover. Y yo no me he mojado mucho —replicó Karl, atraído por la promesa de una aventura.

—Pero si nos resfriamos, Judith se enfadará —repuso Anton.

—No nos vamos a resfriar. Ningún indio de la pradera se resfría porque le caigan un par de gotas de agua en el pelo —contestó Karl antes de volverse hacia Fritz—. ¡Vamos!

La sonrisa de Fritz se ensanchó.

—¡Por cinco pfennig os enseñaré el cuartel de bomberos!

—¿Y por qué cuesta dinero ir a ver el cuartel de bomberos? —preguntó Anton con escepticismo.

—¡Es mi recompensa por mostrároslo!

—Pues claro que se merece una recompensa —dijo Karl mientras se sacaba el dinero del bolsillo del pantalón. Su tono de voz recordaba un poco al de su padre.

Siguieron a Fritz y, como su guía andaba muy rápido, no tardaron ni diez minutos en plantarse frente al cuartel de bomberos. Había un guardia apostado frente al gran edificio rectangular, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. En el interior había una multitud de hombres uniformados gritando órdenes y enganchando caballos a los carros.

—¡Menuda suerte habéis tenido! —exclamó Fritz—. ¡Van a hacer una salida!

Encantados, Karl y Anton presenciaron los preparativos mientras Fritz sonreía con satisfacción. Unos pocos minutos después, los coches pasaron frente a ellos a toda velocidad.

—El primero, el landó, es el coche de oficiales donde va Jakob el Quemado.

—¿Quién es Jakob el Quemado? —preguntó Karl.

—El jefe de bomberos Jacoby. Todo el mundo lo llama Jakob el Quemado. Detrás van los coches de bomberos, la escalera telescópica y la manguera. —De repente, Fritz echó a correr—. ¡Vamos, que así veremos más cosas!

Los tres niños corrieron detrás de la comitiva de bomberos que subió por la calle arriba y cruzó la plaza, momento en el cual chocaron con una motocicleta con sidecar de la policía.

—¡Cielo santo! —exclamó Fritz—. ¡Jakob el Quemado se ha caído!

—¡Madre mía! —aulló Karl con entusiasmo—. ¡La curva lo ha tumbado!

Del susto, Anton se quedó mudo. El vehículo de oficiales había volcado, y su conductor yacía en el suelo con aire perplejo.

—Ha tenido suerte de que hoy no esté su mujer —dijo Fritz.

—¿Su mujer? —preguntó Anton.

—Sí, a veces su mujer va con él.

Mientras los gemelos observaban la escena maravillados, se acercaron cautelosos y jadeantes al lugar del accidente.

—Es el problema de las calles adoquinadas —explicó Fritz, haciendo pensar a Karl en un maestro de escuela—, que están curvadas por el medio. Y cuando los cocheros no se andan con cuidado, el carro se vuelca.

Karl contempló fascinado al corpulento Jakob el Quemado, que se había puesto en pie y empezó a soltar una retahíla de exabruptos.

—No quisiera yo estar en la piel de su cochero —dijo Karl.

—Desde luego que no —dijo Fritz entre risas—. Pero ahora tienen que correr adonde los han llamado. El jaleo de verdad empezará cuando vuelvan al cuartel.

—Van muy deprisa —observó Anton.

—Sí, van siempre a toda prisa —asintió Fritz—. No les queda otra. El año pasado ardió el Teatro Real y cuando llegaron ya no había nada que hacer. Solo quedaron dos escaleras.

Los gemelos enmudecieron de la impresión. Aquello sí que les habría gustado verlo. Pero, con incendio espectacular o sin él, les había valido la pena escaparse de casa. ¿Quién iba a decirles que la primera excursión a Stuttgart que emprendían los dos solos estaría tan llena de emociones?

Una vez se hubieron calmado los ánimos y Jakob volvió a subirse al landó puesto en pie para seguir al resto de coches de bomberos, incluso Karl admitió que tal vez deberían volver a casa.

—¿Dónde vivís, pues? —preguntó Fritz.

—Arriba, en Degerloch —respondió Karl.

—¿Y habéis bajado solos hasta Stuttgart?

Los dos asintieron con orgullo.

—Pues creo que el cochero de Jakob el Quemado no es el único que va a llevarse una bronca esta noche, a vosotros también os caerá una buena. Suerte que no es mi trasero el que va a doler. Lo mejor será que toméis el cremallera —aconsejó Fritz con inquietud sincera—. Os acompañaré hasta la estación. ¿Tenéis dinero suficiente?

Karl asintió. Habían sustraído algunas monedas de la latita plateada de Judith, donde siempre guardaba algunos pfennig. Mejor dicho, las habían tomado prestadas, puesto que tenían la firme intención de devolverle el dinero en cuanto tuvieran la oportunidad. Sin que ella se diera cuenta, claro.

Y así fue como Karl y Anton llegaron a casa agotados justo antes del anochecer. Los recibieron Judith, que estaba preocupadísima, y su padre, que se subía por las paredes del enfado.

Durante el castigo sumario que recibieron esa noche, la temible amenaza de un internado para muchachos sobrevoló las cabezas rubias de los gemelos.

Riva, mediados de octubre de 1903

—DENTRO DE POCOS minutos, estimados pasajeros, pasaremos junto a la espectacular cascada de Ponale. El agua cae al valle desde una altura de unos treinta metros, ¡es una experiencia única!

El *Zanardelli* dejó a sus pasajeros algunos minutos para admirar el espectáculo de la naturaleza a lo lejos, y luego reemprendió el rumbo hacia Limone.

—Además, permítanme que les informe de que pasado mañana ofrezco una excursión guiada a la cascada de Ponale y el valle de Ledro. Si les interesa participar, háganmelo saber a lo largo del día. Saldremos en botes de remos y regresaremos a Riva a pie, así que, por favor, asegúrense de disponer del calzado adecuado.

Max estaba sentado algo apartado de la soleada cubierta del barco turístico y hacía un rato que observaba a la grácil mujer que, de espaldas a él, explicaba con entusiasmo a los pasajeros que la rodeaban las maravillas que ofrecía el paisaje a lo largo de la ruta del barco. Iba vestida con sencillez, con una falda de lana oscura y una blusa de rayas a juego. Sobre el cabello oscuro, que había recogido en un moño suelto, llevaba un sombrero de paja con una cinta negra. Su apariencia tenía un aire liviano y una elegancia natural. Lo que más lo embujaba, sin embargo, era su voz: un suave tono de *mezzosoprano*, claro y en modo alguno alto o estridente, a pesar de que tenía que hacerse oír por encima del estruendo del motor y la brisa omnipresente en la cubierta.

Hablaba alternando alemán y francés y, cuanto más la oía hablar, más seguro estaba Max de que debía de ser una francesa que había logrado dominar la lengua alemana casi a la perfección.

Hasta ahora, por desgracia, no había podido contemplarla de cerca. Pero, para Max, aquello no hacía más que alimentar su interés.

Mientras tanto, se deleitó con el espectáculo que ofrecía de espaldas, consciente de que ella no sospechaba que Max no apartaba la vista de su

cuerpo. Además, tenía tiempo de sobra. El paseo en barco duraría todo el día.

Había dejado atrás unos días muy tumultuosos.

Su huida precipitada de Stuttgart había tenido lugar en secreto. Lo acompañaba la mala conciencia por el pellizco que había dado a la cartera de su padre y la breve despedida de su madre, la única que sabía que no debían esperar que regresara pronto. Era ella quien le había aconsejado que se fuera a Riva a serenarse para poder planear con calma el resto de su viaje a Italia.

Hasta que no hubo cruzado los Alpes y sus engorrosos problemas en Stuttgart quedaron lejos, no pudo respirar aliviado. En Riva, un taxi los había llevado, a él y su equipaje, a la pensión Zur Sonne, una casa pulcra en la que se hablaba alemán que no estaba muy lejos del puerto. Allí se había tomado algunos días para reflexionar y, mientras observaba las idas y venidas de los barcos de vapor, decidió que una excursión por el agua debía de ser la mejor forma de hacerse una idea de la región del lago de Garda. Y la más cómoda. Hacía un día agradable y cálido, el sol difuminaba en tonos azul grisáceos el reflejo de las montañas escarpadas y arrancaba al agua mil destellos en todas las tonalidades de azul.

A continuación se dirigieron a Torbole y, más tarde, Limone, conocida por sus famosos limoneros, fue la primera parada italiana de la excursión. Pasaron también frente a una cascada y al final llegaron a Tremosine, que se encontraba a mayor altitud. Gracias a los conocimientos de la guía, Max aprendió que la orilla occidental del lago era inaccesible. Apenas unas pocas carreteras mal construidas conducían hasta los pintorescos pueblecitos que moteaban la costa rocosa.

Ya llevaban un buen rato de viaje cuando pasaron de largo de las accidentadas laderas de Maderno y descubrieron el paisaje de la vertiente sur, digno de postal.

—Al fondo se alza el monte Pizzocolo —explicó aquella dama tan encantadora. Tiene 1.581 metros de altitud. En Maderno hay muchos lugares de interés. Especialmente digno de mención es el Palazzo Gonzaga, que antaño fue la residencia de verano de los duques de Mantua. Y desde aquí pueden hacerse varias excursiones interesantes.

Algunos pasajeros se apearon del barco, otros subieron, y prosiguieron el recorrido. En Salò, el lago se ensanchaba de una forma espectacular, las cimas de las montañas por fin se retiraban y dejaban sitio a una llanura mediterránea de suaves colinas especialmente prominente en la orilla oriental.

Poco antes de llegar al puerto de Sirmione, un grupo de pasajeros se reunió frente a la pasarela con intención de bajar del barco.

Max se sumó a ellos en el último momento. Por un lado, porque tenía ganas de visitar la famosa península de la orilla sur del lago de Garda, y por el otro, porque no quería renunciar a las explicaciones de aquella guía que hablaba con un encantador acento francés.

Así que se apeó del barco entre el resto de viajeros.

Y, por fin, antes de que empezaran la visita, la guía se giró hacia él.

Max sintió una descarga eléctrica al ver aquellos ojos de un azul deslumbrante en un rostro ligeramente tostado por el sol y adornado con una sonrisa igual de radiante. Cuando hablaba y sonreía, sus dientes blancos y uniformes destellaban tras los labios de un rosa oscuro. Era irresistible.

Ya no era joven, la situaba en las postrimerías de la treintena, pero desprendía la energía de una muchacha. Sintió despertar su instinto de cazador. Al mismo tiempo, tenía la vaga impresión de haberla visto antes, pero como no recordaba dónde, lo achacó todo a una confusión.

Antes de darse la vuelta, ella se le acercó.

—¿Ha pagado usted la visita guiada, caballero?

—Ah... Pues no, todavía no. No sabía que había una visita guiada — tartamudeó Max, algo que no le pasaba nunca.

—Entonces, ¿por qué se ha bajado con este grupo?

Max esbozó su habitual sonrisa torcida, que siempre le daba resultado.

—He decidido de repente unirme a la excursión después de ver lo bien que explica usted las maravillas de la zona. ¿Cuánto cuesta la visita?

—¿Quiere pagar en marcos o en liras? ¿O en coronas?

—En marcos, si es posible.

—Entonces cuesta un marco y veinte pfennig. ¿Va a volver con nosotros?

—Me encantaría. ¿Puede ser?

Ella asintió, se embolsó el dinero con una sonrisa de cortesía y regresó como si nada a su posición a la cabeza del grupo de excursionistas.

Max estaba atónito. No le había arrancado ninguna reacción, ningún brillo coqueto en los ojos, ningún gesto insinuante, nada que delatara que se sintiera interesada por él. Max sonrió para sí. Aquello parecía haberse convertido en un reto de lo más oportuno.

Salieron del pueblo por un olivar que desprendía un aroma especiado, pasaron de largo junto a los viejos baños hasta el extremo de aquel estrecho cabo de tierra de unos dos kilómetros de longitud que dividía el Garda en su parte sur en dos cuencas de tamaño similar. El lugar ofrecía vistas espléndidas del lago y su incomparable color.

—Señoras y señores, hemos llegado a las grutas de Catulo, las ruinas de una imponente villa romana del siglo II después de Cristo.

Max paseó la mirada por el lugar que, pese a su estado ruinoso, seguía insinuando el esplendor de la villa romana que se había alzado allí en el pasado: los muros de formas caprichosas, algunos arcos y columnas que seguían en pie... Las proporciones del espacio eran gigantescas.

—En el centro de este conjunto residencial se encontraba un jardín rodeado de una columnata. El edificio tenía tres plantas y estaba decorado con mosaicos y frescos. Disponía también de unas grandes termas que se alimentaban de una fuente de azufre, desde donde se transportaba el agua hasta las piscinas mediante tuberías de plomo. Y, como ven, las vistas del lago y la orilla son espectaculares desde cualquier punto. —Al decir esto, abrió los brazos y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y quién era el tal Catulo? —preguntó uno de los excursionistas.

—Catulo fue un poeta romano. Describió Sirmione en sus poesías, por eso muchos investigadores sospechan que esta podría haber sido su casa. En mi opinión, aún no se cuenta con pruebas suficientes.

—¿En opinión de una mujer? —se burló el hombre que había preguntado, y otros caballeros se unieron a sus risas.

Ella se puso seria y miró con fijeza al grupo.

—Tienen media hora para pasearse por aquí —continuó, sin entrar al trapo—. Nos reuniremos en este mismo lugar. Tal vez los caballeros sean capaces de encontrar alguna prueba fehaciente de la identidad del antiguo propietario de esta finca.

«Vaya», pensó Max. «No deja escapar una». Sonrió para sí al ver las expresiones perplejas de algunos de los presentes.

—Además —añadió ella, con una voz algo más severa que antes—, les pido que no se retrasen. Debemos regresar al embarcadero puntualmente si queremos llegar al barco que nos lleve de vuelta a Riva.

La multitud que la rodeaba se dispersó, pero Max se quedó donde estaba.

—¿Tiene alguna pregunta? —dijo con cierta hosquedad. Seguramente contaba con poder tomarse un descanso.

—Sí. La verdad es que sí —respondió Max—. Viniendo hacia aquí me he fijado en algunos puntos donde el agua se veía muy bonita. ¿Sabe usted cómo llegar hasta allí?

Ella reflexionó un instante, frunciendo un poco el ceño.

—Debe de referirse usted al suelo calcáreo bajo los acantilados. En días soleados como hoy el agua se vuelve de un color turquesa impresionante.

—Exacto, es ese color que me ha llamado la atención. A decir verdad, me interesaría mucho más que estas piedras viejas.

Consiguió por fin arrancarle una sonrisa.

—¿Es usted consciente de que ha pagado por una visita histórica?

—No —admitió Max—. He pagado por una guía excelente. La verdad es que me da igual lo que me enseñe. —Echó mano una vez más de su sonrisa, que, esta vez, pareció surtir efecto. Pero ella hizo caso omiso del doble sentido de sus palabras.

—Bueno, si quiere, puedo mostrarle la zona de las piedras calcáreas. Le va a costar cincuenta pfennig más.

Era una mujer de negocios muy hábil, eso tenía que admitirlo. Cincuenta pfennig más. No dudó mucho antes de ponerle el dinero en la mano.

Satisfechos y más relajados, retrocedieron y descendieron unos toscos escalones excavados en la piedra. A él le resultaban mágicas la agilidad y elegancia con que ella se manejaba. No era una de esas mujeres que se asustaban ante cualquier dificultad y perdían el conocimiento. Además, vestía ropa y calzado cómodos, que debían de ser mucho más agradables de llevar que un corsé.

Ahí abajo encontraron un rincón idílico. La piedra calcárea rielaba bajo el agua tranquila, tan lisa que parecía que la hubieran planchado. A lo lejos se veía la orilla oriental del lago de Garda.

Si el día fuera un poco más cálido y hubiera estado solo, Max se habría desnudado para echarse a nadar. Se conformó con quitarse los zapatos y los calcetines y hacer equilibrios sobre los orondos cantos.

Su guía se había sentado sobre una piedra, mirando al sol con los ojos cerrados. Volvió a pasarle por la cabeza la sospecha de un recuerdo, pero esta vez tampoco consiguió ubicarlo. Debía de parecerse a alguien que conocía. Eso no tenía nada de extraño.

Así pasaron el rato sin cruzar una palabra, aunque compartían una extraña conexión.

Por eso se llevó un buen susto cuando, en un momento dado, echó un vistazo a su reloj de bolsillo y se dio cuenta de que la media hora acordada había pasado hacía rato.

Se lo hizo saber a la guía, que salió corriendo mientras él luchaba por ponerse los calcetines sobre los pies mojados. Tardó lo que parecía una eternidad en volver a estar presentable y salir corriendo por el angosto caminito hacia lo alto del acantilado.

Ella, por el contrario, ya había alcanzado al grupo. Parecían una asociación excursionista, todos caminando al paso, y Max ocultó una sonrisa al verlos.

Llegaron en el último minuto al barco de vapor que los devolvería a Riva. Era la última conexión del día. Dar toda la vuelta al lago en un día solo podía hacerse con una planificación meticulosa.

—Bueno, ¿cuándo nos vemos pasado mañana? —le preguntó Max a la guía cuando volvieron a encontrarse a bordo, esta vez en una de las cámaras interiores del barco. Se había sentado frente a ella en una mesa para cuatro junto a la ventana.

—¿Vernos? —preguntó ella con irritación.

—Ha dicho usted que pasado mañana hay una excursión a una cascada.

—Ah, sí, la cascada de Ponale.

—Me gustaría mucho ir.

—Muy bien. Nos reuniremos a las nueve de la mañana en el embarcadero de botes de Riva. Sea puntual, por favor. —Dicho esto, se levantó—. *Mesdames et Messieurs*, nuestra ruta de regreso a Riva nos lleva junto a la orilla oriental. Quédense aquí todos juntos para que pueda explicarles los puntos de interés. Como habrán visto, pasaremos el viaje en el interior del barco.

Un murmullo de asentimiento dio a entender que muchos de los excursionistas estaban cansados. Max también escuchaba solo a medias cuando mencionó la localidad de Bardolino, que había ardido siete años atrás y se había reconstruido de nuevo, cuando señaló la vieja ciudad de Lazise y más tarde, cuando, al entrar en la bahía del Garda, describió el significado del pequeño pueblo que le había dado nombre al lago y era el punto de salida para las excursiones que llegaban al monte Baldo.

Todos escucharon con atención cuando pasaron junto a la punta San Vigilio.

—Se dice que San Vigilio es el lugar más bello del mundo —explicaba la guía—. En el punto más elevado se encuentra Villa Brenzone, construida por Michele Sanmicheli. —Mencionó también una pequeña iglesia y el paisaje cubierto de cipreses y olivos de la península. Pronto pasaron de largo.

Como pareció darse cuenta de que la atención de su público había declinado notablemente, se contentó dando una breve información sobre Malcesine y Torbole antes de llegar de nuevo a Riva a última hora de la tarde.

Después de que el barco de vapor dejara caer la pasarela en el embarcadero con un suspiro cansado, se despidió uno a uno de los quince

viajeros.

Max se las arregló para ser el último de la fila. Así podría acompañarla cortésmente cuando desembarcara.

Anduvieron hasta la piazza Benacense, cerca del embarcadero.

—Sus explicaciones han sido muy interesantes. Muchas gracias. —Max hizo una pequeña inclinación.

—Gracias por su interés —dijo ella con sequedad.

—¿Sabe? —empezó él—. Soy un arquitecto en ciernes, y he venido a Italia unos meses a estudiar. La excursión de hoy ha sido un comienzo ideal.

—¿No habría sido mucho más apropiado en primavera?

—Para nada, me gusta mucho más cuando se está tranquilo y no hay tantos turistas.

Ella parecía molesta por algo. Después de quedarse quieta un momento, ladeó un poco la cabeza y le preguntó:

—Si quiere usted ser arquitecto y ha venido aquí a estudiar, ¿por qué en la villa Catulo de Sirmione me ha dicho que las piedras viejas no le interesan? Las grutas de Catulo deben de ser la villa romana mejor conservada del norte de Italia. No me explico su falta de interés.

Max se echó a reír.

—Su pregunta está justificada. Pero, por ahora, debo dejarla sin respuesta. Tal vez llegue el día en que la pueda responder. La verdad es que espero que así sea.

Ella lo miró asombrada, pero pareció comprender que su respuesta tenía varios sentidos. En un gesto tímido, se colocó un mechón de pelo que se le había escapado del moño detrás de la oreja.

—Ah, sí, nuestros deseos van por un lado, y la vida va por otro. Es una relación tan poderosa como irreconciliable. Le deseo una noche agradable, caballero.

Dicho esto, ella giró sobre sus talones y echó a andar a paso ligero hacia el centro de Riva. Él se quedó mirándola como un colegial enamorado.

Era única. Profunda, con un humor agudo increíble. Y con una sensualidad irresistible.

Sin saberlo, aquella mujer había tejido una seductora red de encanto e inteligencia. Y, en el transcurso de un día, Max había quedado atrapado sin remedio.

Embarcadero de botes de Riva, dos días después

HÉLÈNE ESTABA NERVIOSA. Desde que se había levantado por la mañana, nada le salía con la facilidad habitual. Su pelo no se dejaba gobernar, el vestido ligero que se ponía para las excursiones tenía una mancha que había que quitar y, por si fuera poco, le había venido el mes. Por todos los santos, ¿cómo iba a aguantar todo el día sin poder cambiarse? Solo le quedaba esperar que, siendo el primer día, no sangrara mucho.

Puso un recambio en su mochila de cuero reforzada con madera, y también algunas rebanadas de pan, queso, nueces y un par de manzanas. En la medida de lo posible, en su nueva vida mantenía la alimentación sencilla a la que se había acostumbrado en el sanatorio. Para desayunar tomó un poco de leche de cabra.

A continuación, se puso en marcha hacia el puerto.

Quería llegar al punto de encuentro un poco antes que los siete excursionistas a los que iba a llevar a la cascada de Ponale para asegurarse de que el barquero tenía preparados los botes y remeros necesarios. Además, quería dejarlo todo pagado: el precio del alquiler de los botes estaba incluido en la tarifa de la excursión.

A decir verdad, el negocio de las visitas guiadas no iba muy bien. Había mucha gente que no se tomaba en serio a una mujer que ejercía de guía, y los forasteros, todavía menos.

A pesar de todo, conseguía ganar lo suficiente para pagar el alquiler y la comida. Se había guardado la última transferencia de su marido y esperaba que llegara una más. Él ni siquiera sospechaba que ella estaba tan segura de que no utilizaría el billete de tren que le había mandado que lo había vendido.

Su vida pasaba por momentos turbulentos, pero no conseguía explicarse la inquietud que sentía esa mañana, tan diferente de la inapetencia nerviosa que la había atormentado en Stuttgart. Lo que notaba eran miles de mariposas en el estómago, y un sentimiento de euforia que iba y venía. Esperaba que su

estado de ánimo tuviera que ver con su ciclo y que volviera a la normalidad en los siguientes días.

Sintió una primera oleada de alivio cuando llegó al embarcadero, comprobó que todo estaba correcto y el barquero mantuvo la tarifa pactada. Los remeros también estaban listos. Inspeccionó los botes hasta convencerse de que todos estaban en buenas condiciones. El tiempo también parecía en calma y estable. Estaba todo preparado para la llegada de los pasajeros.

Paseó la vista por el agua, cubierta por una leve neblina matutina, contempló el castillo de La Rocca y se sobresaltó al descubrir una silueta masculina acercándose por el muelle.

El tumulto de su barriga volvió a arreciar cuando él llegó a su lado y la saludó con cordialidad.

—Llega usted pronto —observó Hélène.

—Es cierto, ¿es que no quería perderme la salida por nada del mundo! Ayer me pasé todo el día pensando en esta excursión. —Él sonrió con picardía, con un gesto que tiró hacia arriba de las comisuras de sus labios, en un gesto particular en el que ella ya se había fijado el día anterior. Le parecía alegre y encantador.

Max. Así se había presentado él. Y Hélène recordaba a la perfección sus intentos de coquetear con ella. Había mantenido una actitud distante, pero eso no significaba que no la hubiera afectado. Era un joven alto e inusualmente apuesto, con su cabello oscuro casi negro y los ojos de color ámbar que la miraban con descaro.

Recordó a Hermione, que se había ido de viaje a Berlín algunas semanas con su joven acompañante. A Max le echaba veintitantos años, veintinueve a lo sumo, es decir, que era bastante más joven que ella. Y aunque no se llevaran varias décadas como Hermione y Christl, sí se llevaban, por lo menos, una.

Pero ella no tenía la confianza en sí misma de Hermione, que la artista había cultivado a lo largo de todas las dificultades que había vivido en su vida, así que se dijo que se mantendría alejada de aquella posibilidad. No pensaba embarcarse en una aventura cuyo trágico final estaba escrito desde el principio. ¿No había dicho él que se proponía hacer un largo viaje por Italia?

—Hemos tenido suerte con el tiempo —dijo Hélène en un tono educado y distante, intentando cortar de raíz cualquier acercamiento entre ellos. Y, de paso, controlar sus nervios.

—No lo dudaba —respondió Max con una ancha sonrisa—. Recé para que hiciera buen tiempo.

—Rezó.

—Sí. Es lo que se hace cuando se desea mucho algo, ¿no?

Hélène no pudo evitar un amago de sonrisa.

—Por intentarlo, que no quede.

—Y ha funcionado. Así que seguiré rezando. Hay un par de cosas más que deseo...

Hélène sintió alivio cuando se les acercó otro grupo de excursionistas y aquella conversación, que ya empezaba a tomar un cariz distinto, se vio interrumpida.

Max se hizo a un lado con una mirada cargada de significado y empezó a hablar con uno de los remeros mientras ella saludaba a los recién llegados. Un cuarto de hora después, el grupo estaba completo. Hélène se colocó en un punto donde todos pudieran verla y oírla.

—Bienvenidos a la excursión a la cascada de Ponale. Los aguardan maravillas inolvidables. Tal vez ya hayan buscado información en alguna guía de viajes o en la librería del señor Georgis —empezó, y un murmullo de asentimiento corrió entre los presentes. Aparte de ella misma, en el grupo solo había otra mujer, que iba con su marido—. Recorreremos a pie gran parte del trayecto —prosiguió Hélène—. Espero que todos lleven un calzado apropiado. Y ahora —señaló a los botes de remos que los aguardaban—, distribúyanse entre estos tres botes, por favor.

El grupo no tardó mucho rato en tomar asiento en los botes. Los remeros se hicieron al agua con poderosos golpes de remo y empezaron a avanzar en dirección suroeste sobre el agua ondulante.

A Hélène no la sorprendió que Max se sentara en el mismo bote que ella, junto con otro caballero que había venido solo. Intentó ignorar su atención, pero lo sorprendía mirándola mucho más de lo que le gustaría.

Los botes de madera avanzaban a ritmo regular junto a los acantilados rocosos del macizo de Rocchetta. Hélène había pedido a los remeros que no se separaran y la obedecieron de forma ejemplar.

Poco antes de divisar la cascada de Ponale se hizo audible el rumor del agua, y pronto la divisaron: el agua del Ponale, un caudaloso río, caía montaña abajo de forma espectacular. Más arriba había un puente de piedra que permitía cruzar el acantilado frente a la cascada y ofrecía un marco de lo más pintoresco para la caída del agua, que estallaba en una bruma perlada al caer al lago.

Los remeros se detuvieron frente a la cascada para que los excursionistas tuvieran tiempo de contemplar el paisaje maravillados. A continuación, se

acercaron a la orilla para que desembarcaran.

Max ayudó a Hélène a apearse con un gesto caballeroso y se quedó cerca de ella cuando todos se reunieron en el embarcadero de madera que conducía al barranco.

—Estimados excursionistas. —Tenía que hacerse oír por encima del estruendo del agua y por eso no se alargó—. Este embarcadero se sitúa muy cerca de la cascada de Ponale. Lo recorreremos juntos y a continuación iniciaremos el ascenso hacia una antigua vía ecuestre que conduce al valle de Ledro. Por el camino los espera una sorpresa muy especial.

—Qué ganas tengo de descubrir lo que nos tiene reservado —aseguró Max con un guiño cuando emprendieron la marcha—. Creo que ya sospecho lo que es.

Hélène sonrió.

—Creo que este lugar será de un interés especial para los caballeros. Pero, primero, disfrutemos de la naturaleza.

Una neblina de vapor de agua los envolvió cuando por fin se encontraron ante el espectacular fenómeno natural. El Ponale se precipitaba hacia el valle a través de una serie de cataratas y, a la izquierda, caía otra cascada. Las aguas espumosas se unían a sus pies para recorrer los últimos metros hasta el lago de Garda.

A continuación, Hélène guio al grupo montaña arriba por un sendero escarpado lleno de escalones rocosos a la izquierda de la cascada del Ponale.

Llegaron a una construcción peculiar, muy rectilínea, que recordaba a un bastión.

Hélène se detuvo.

—Aquí tenemos la central eléctrica de la ciudad de Riva. Nos encontramos a unos doscientos metros por encima del lago de Garda.

Sacó una tarjeta y la enseñó a los presentes.

—Esto es una tarjeta de acceso a la central. Creo que podría ser una pausa muy interesante en nuestra excursión.

Los excursionistas prorrumpieron en aplausos. Sin querer, Hélène miró a Max.

Él le lanzó una mirada de aprobación, y Hélène se sintió invadida por un calor de lo más irritante. Nunca se había sentido tan encantada con un hombre al que apenas conocía.

Entraron y un trabajador de la central eléctrica salió a su encuentro para mostrarles el edificio.

—Hace siglos que se emplea la fuerza del agua, no hay más que pensar en los aserraderos y los molinos —explicó en un alemán teñido de acento italiano—. A partir de las ruedas de molino se desarrollaron las turbinas que utilizamos hoy en día. —Señaló tres grandes máquinas que trabajaban con gran estruendo—. Una parte del agua del Ponale —prosiguió— se recoge en una galería que se excavó en la roca expresamente. Mide unos quinientos veinte metros. Se hace caer el agua sobre las turbinas desde una altura de cien metros.

Hélène observó al grupo con satisfacción al ver el entusiasmo en todas las caras. Max también parecía muy interesado, y observaba las máquinas con atención. Hélène, que se encontraba detrás de él, se fijó en su espalda ancha y musculosa.

Más de media hora más tarde, se dispusieron a reemprender el ascenso. Los excursionistas estaban enfrascados en una animada conversación acerca de la tecnología, la importancia creciente de la electricidad y los cambios que traería consigo.

Hélène no se sumó a la discusión, sino que prestó atención a su respiración tal y como había aprendido a hacer en el sanatorio. Además, sentía muy cerca la presencia de Max a su espalda, y le costaba centrarse en seguir avanzando.

No tardaron mucho hasta cruzar la cascada sobre un puente de madera y, posteriormente, llegaron a la carretera de Ponale.

Entonces, Hélène volvió a situarse a la cabeza del grupo.

—Tal vez algunos de ustedes ya conozcan esta carretera —dijo—. Conecta Riva con el valle de Ledro y se construyó en la década de los años cincuenta del siglo pasado. Mejor dicho, se excavó en la escarpada ladera de La Rocchetta. La carretera cruza numerosas galerías y túneles. Pero nosotros —dijo señalando en dirección al lago— bordearemos a pie el valle hasta el lago de Ledro. Allí descansaremos. Si tienen preguntas o desean más información, no duden en acudir a mí.

Continuaron la caminata a través de un paisaje montañoso sembrado de rocas y árboles. Tan pronto como llegaron al valle de Ledro, el escenario cambió. Huertos, prados, campos y bosques se entremezclaban y, al fondo, se alzaban las majestuosas cumbres de los Alpes.

Allí la temperatura era notablemente más fresca que junto al lago, y Hélène se detuvo a ponerse una chaqueta de lana.

—Yo tengo algunas preguntas —dijo Max, que se había parado a su lado—. Y no creo que hoy tengamos tiempo suficiente para contestarlas todas.

—Y yo no creo que tenga tiempo suficiente para entrar en detalle a resolver sus dudas —replicó Hélène. Miró a su alrededor por si alguien estaba escuchando. Pero los demás habían seguido adelante.

No dejándose amilanar por su frialdad, Max preguntó:

—¿Cómo se llama?

Hélène meneó la cabeza, pero no pudo evitar una sonrisa.

—Usted nunca se da por vencido —dijo ella.

—No —respondió Max—. No cuando luchar merece tanto la pena.

Continuaron andando en silencio. La quietud que reinaba a su alrededor, interrumpida solo por el rumor de sus pisadas y el intenso aroma a bosque, tierra y hierbas, además de las maravillosas vistas a cada recodo de la vereda, consiguieron finalmente que la precaución de Hélène empezara a quebrarse.

—Me llamo Hélène —dijo.

Max se detuvo.

—Pronuncia usted el nombre a la francesa.

—Sí. Soy francesa de nacimiento.

—Hélène y Max —dijo él en tono reflexivo—. Qué buena pareja.

Hélène se echó a reír.

—Más bien un *amour fou*.

—¿Qué tiene de loco?

—Por favor, Max. ¡Si salta a la vista!

—Para mí no —dijo él con seriedad—. Es innegable que aquí está pasando algo, Hélène. Y si expreso mi interés, no lo hago con frivolidad. —Hizo una pausa—. Con usted, no —añadió en voz baja.

Esta última frase conmovió a Hélène.

Que estaba acostumbrado a gozar de éxito entre las mujeres era algo que Hélène se había imaginado desde el principio. Y que delante de ella se quitara la máscara del conquistador despreocupado consiguió llegarle al corazón.

El resto de los excursionistas se habían alejado bastante, aunque Hélène y Max no andaban despacio. Sin embargo, a lo largo de su conversación se habían ido deteniendo, con lo cual la distancia respecto a los demás había ido aumentando. Hélène había establecido el pueblo de Molina di Ledro como siguiente punto de encuentro, así que quedaba en manos de cada cual la velocidad a la que quería cubrir la distancia.

—¿Qué tiene que decir la edad sobre una persona? —preguntó Max provocativo.

—Todo —objetó Hélène—. Y nada.

—Exacto. Si desconociéramos nuestra fecha de nacimiento, como era habitual en la mayoría de grupos sociales siglos atrás, hay cosas que ni nos plantearíamos.

—Pero no es lo mismo un año que diez.

—Luego cree usted que tengo veinticinco años.

—Veintinueve, a decir verdad.

Max sonrió con ganas.

—Entonces son once años los que nos separan.

Hélène inspiró con brusquedad.

—Bueno, pues once. Demasiados, en cualquier caso.

—No. No son demasiados. Cada uno de esos años la ha convertido a usted en lo que es. —Al caminar, Max se le había ido acercando cada vez más, de modo que sus manos se iban rozando. Finalmente, él le agarró la mano, la miró y sonrió. Y Hélène se sintió de repente totalmente liviana y sin cargas, como cuando de niña corría con su mejor amiga por el prado que había detrás de la casa de sus padres en los días de verano.

VOLVIERON A REUNIRSE con el resto del grupo en la posada de Molina. Max, que la había tomado de la mano hasta allí, se la soltó con evidente pesar. A pesar del afecto que había surgido entre los dos, tuvo en consideración no poner en peligro la reputación de Hélène.

Hélène y Max se sentaron sin ceremonia a la larga mesa de madera cubierta con un mantel a cuadros rojos y blancos. Sobre la mesa ya había vino y cerveza, además de bandejas de pan, mantequilla, queso y embutido. Pronto volvieron a formar parte del animado grupo, cuyo tema de conversación giraba alrededor de las ventajas de viajar a finales de temporada. Luego llegó la hora de irse.

Desde Molina ya no quedaba mucho por andar hasta la orilla oriental del lago de Ledro.

—Allí alcanzaremos otra meta de nuestra excursión —afirmó Hélène—. Este lago, que se encuentra a seiscientos metros de altitud respecto al lago de Garda y, hasta la construcción de la carretera por la que hemos venido, estaba aislado de sus alrededores. —Se enderezó un poco—. Ahora daremos la vuelta por una pista que nos llevará hasta Riva por la carretera de Ledro. Así que ya no caminaremos por el agua.

—Ay, menos mal —bromeó uno de los caballeros—. ¡Con lo difícil que es caminar sobre el agua con zapatos de monte!

Entre risas, tomaron el sendero de vuelta, giraron a la izquierda al llegar a la bajada de la cascada de Ponale y siguieron la carretera de Ponale hasta llegar a Riva.

—El agua de ese lago era de un azul oscuro precioso —le dijo Max a Hélène en cuanto hubieron adoptado el ritmo de la caminata.

—Sí, y muy transparente —explicó Hélène—. La he pintado varias veces.

—¿Pinta usted?

—La pintura es mi gran pasión. Ahora que llega el invierno me gustaría trabajar en algunas piezas que he abocetado en las últimas semanas.

—¿Cómo empezó?

—¿A pintar? Pasé algunos meses en el sanatorio del doctor Von Hartungen. Tal vez haya oído hablar de él.

—Creo que todo el que llega a Riva conoce ese establecimiento —dijo Max—. Aunque la verdad es que yo no sé mucho. Es un lugar para recuperarse de dolencias nerviosas, ¿no es así?

—Sí. Allí es donde empecé a pintar. Y ahora no puedo parar. —Hélène se volvió hacia el lago—. ¿No es una vista increíble, Max? A lo lejos se ve la cresta del monte Baldo y la orilla oriental desde Torbole hasta Malcesine. Y, dentro de un par de pasos, veremos aún mejor el valle del Sarca...

Lo miró y se dio cuenta de que él solo tenía ojos para ella y apenas prestaba atención al paisaje. En su mirada vio una profundidad que la conmovió en lo más hondo.

—Max...

Él se le acercó mucho y le puso una mano en la nuca. Entonces bajó la cabeza y le tocó los labios con los suyos. Por un instante, la aproximó hacia él, le recorrió las mejillas con la boca hasta llegar al punto sensibilísimo que tenía detrás de la oreja. Entonces se separó de ella muy despacio.

Hélène permaneció inmóvil un instante, incapaz de procesar lo que le estaba sucediendo mientras sentía un torbellino de emociones a las que no estaba nada acostumbrada en su interior.

En silencio continuaron caminando hasta que llegaron a Riva muy por detrás del resto del grupo.

Hélène lamentaba que el día estuviera a punto de llegar a su fin; le habría gustado quedarse un rato más a solas con Max. Sentía una excitación que hasta entonces solo había conocido en forma de fantasía en las novelas que leía.

A pesar de ello, se despidió con cordialidad de todos. Al final, el caballero que había ido con ella en el bote de remos por la mañana se le acercó.

—Muchas gracias por esta maravillosa excursión, señora Rothmann. La recomendaré. Que tenga una buena noche.

Hélène se alegró por el cumplido, pero se dio cuenta de que, a su lado, Max de repente se ponía rígido. ¿Lo habría irritado aquel comentario inocente? Sin embargo, cuando cruzaron los dos solos la piazza Benacense poco después, él parecía igual de confiado que antes. Aquella extraña reacción debía de ser fruto de su imaginación. El día ya había sido lo bastante confuso.

Stuttgart, finales de octubre de 1903

—ES UNA PIEZA preciosa, señorita. Oro de primera ley con un zafiro azul medianoche rodeado de una corona de catorce diamantes con bisel de platino.

—El prestamista observó respetuosamente el anillo de Judith desde todos los ángulos, inspeccionando con especial interés las piedras relucientes—. Los hombros están adornados con diamantes, tres a cada lado. —Apartó la lupa—. Estimaría el valor de este anillo en unos cuatrocientos cincuenta marcos. Todas las piedras están pulidas con precisión, el zafiro debe de ser aproximadamente de 1,30 quilates. —Depositó el anillo de compromiso de Judith en la cajita de cerillas en la que ella lo había traído.

—Muchas gracias —dijo Judith. Cerró la cajita y volvió a guardársela en el bolso. ¡Cuatrocientos cincuenta marcos! Era una bonita suma con la que podría hacer muchas cosas.

—No hay de qué. Que tenga usted un buen día.

Cuando Judith salió de la casa de empeños municipal y volvió a la calle, descubrió que había empezado a nevar un poco.

Se arrebujó en su abrigo y abrió el paraguas. Ese año, el invierno había llegado pronto; hacía varios días que reinaba un frío intenso.

Se dirigió con prisa a la fábrica de chocolate. Las casas, las calles, los árboles y la acera que pisaba estaban cubiertos de un fino manto de nieve recién caída. Sintió el deseo infantil de destruir esa perfección idílica pisando fuerte para marcar bien las huellas de sus zapatos y remover la nieve con el bajo de su vestido.

Era un reflejo perfecto de su vida.

Después de la noche del baile a finales de septiembre y todo lo que había sucedido a continuación, no había vuelto a ser la misma. Muchas cosas que hasta entonces habían sido importantes para ella como los vestidos, los sombreros, las joyas y otras fruslerías habían pasado a un segundo plano para

ser sustituidas por la preocupación por su futuro, que parecía cubierto de una espesa niebla, igual que su estado de ánimo.

Subió por Königstrasse, cruzó Schlossplatz y Prinzenbau. Al pasar frente al Banco Real, giró a la derecha y dos manzanas después llegó a la fábrica de chocolate.

Como de costumbre, cruzó la concurrida tienda a sabiendas de que las dependientas se enfadarían si manchaba el suelo de nieve sucia al entrar, e inspeccionó los productos expuestos como siempre hacía, aunque últimamente no le ponía mucha atención.

Alguien debía de haberle hablado a su padre de su malestar, con toda probabilidad, una de las empleadas, porque, aunque nunca había mencionado su desmayo en la tienda, se andaba con pies de plomo en presencia de Judith, la dejaba quedarse en la fábrica tanto como sus obligaciones en la casa y con sus hermanos le permitían y había dejado de insistir en la necesidad de extender disculpas por escrito a Albrecht o a su familia.

Judith le estaba agradecida, aunque aquella situación tanto podía indicar calma como una tormenta que se avecinaba. Porque su padre nunca se daba por vencido con tanta facilidad.

Por eso, Judith no tenía ni idea de cómo iba a terminar el asunto. La mirada llena de esperanza de su padre cuando fue a pedirle permiso para visitar a su amiga Dorothea von Braun fue de lo más elocuente. Lo achacaba todo a la testarudez de Judith y estaba convencido de que su hija acabaría doblegándose a sus planes tan pronto como el sentido común le ganara la batalla a su actitud infantil. Por lo que a Judith respectaba, que siguiera creyéndolo. La verdadera batalla aún no había empezado.

Y si en casa de los Von Braun se topaba con Albrecht por casualidad, tal y como esperaba su padre y tal y como Dorothea, por fortuna, se encargaba casi siempre de evitar, se hacía evidente lo molesto que el muchacho estaba con ella. De vez en cuando, el hijo del banquero hacía un intento tibio de sacar el tema de su compromiso, arriesgándose a recibir una respuesta desdeñosa. Judith no podía evitarlo.

Subió la escalera hasta su sala de experimentación y se cambió de ropa. Ese era el único lugar donde se sentía feliz por momentos, rodeada de ingredientes exquisitos y raros para sus creaciones. Ese día se puso manos a la obra con unas tabletas de chocolate aptas para una máquina expendedora, con la intención de crear algo que se distinguiera de la oferta convencional. Era una tarea de todo menos fácil, puesto que debían ser duraderas y soportar

temperaturas variables dentro de la máquina, por lo que no podían ser ni demasiado blandas ni sensibles al calor.

Había diseñado junto con Victor unos moldes con hendiduras muy precisas, y ayer se los habían traído. Tenía muchas ganas de probarlos, y comprobó agradecida que Victor había pasado por allí, puesto que encontró varios ingredientes que había mencionado a lo largo de los últimos días dispuestos sobre su mesa de trabajo. También había puesto carbón en la cocina.

Sus atenciones la conmovían tanto como su admiración.

Cuando, poco después, tenía la cobertura de chocolate hirviendo a fuego lento en un cazo, Judith inspeccionó los moldes. Tenían que estar impecables, de lo contrario, cualquier resto de tiza y mota de polvo pasaría al producto final. Con un cucharón, vertió chocolate en los moldes, los golpeó contra la mesa para eliminar las burbujas y les dio la vuelta para que el chocolate pudiera cubrirlos por completo. Esperó algunos minutos, retiró el sobrante con una espátula y se dirigió al departamento de decoración para introducir sus creaciones en la nevera un rato. Al entrar se fijó en una gran obra de arte a la que dos muchachas estaban aplicando los últimos toques: el banco Von Braun hecho de caramelo y chocolate.

Al verlo sintió náuseas, pero no podía negar que era una maravilla desde el punto de vista técnico.

Los detalles del edificio, de construcción relativamente reciente, eran totalmente realistas: la fachada simétrica y la estructura de los muros, las ventanas altas y estrechas con gabletes triangulares, el pórtico de entrada flanqueado por esbeltas columnas...

Pero ¿para qué iban a encargar algo así los Von Braun?

Dando vueltas a esa pregunta, regresó a su cuarto de experimentación.

—¡Buenos días, señorita Rothmann!

Al oír la voz de Victor, el corazón de Judith dio un vuelco.

—Buenos días, señor Rheinberger —dijo con una sonrisa, y, como sucedía con tanta frecuencia recientemente, sus miradas se enredaron en un momento íntimo y lleno de sentimiento. Cada vez que se encontraba con Victor, el mundo recuperaba parte de su color.

—¿Está progresando con nuestras tabletas? —preguntó Victor, y Judith sintió alegría porque las considerara las tabletas de los dos.

—He tenido algunas ideas que estoy poniendo a prueba. —Judith señaló su lugar de trabajo—. Especialmente con las variedades rellenas.

—¿Hoy no tiene nada para darme a probar?

—Aún no. Pero, más tarde, no lo dude.

—Tomo nota —le aseguró Victor con una sonrisa.

—Eso espero.

—Ahora que lo pienso: ¿tendrá usted un momento esta tarde, señorita Rothmann? Hay algo que me gustaría mostrarle. Pero tendremos que salir de la fábrica durante una hora, más o menos. Sé que parece una petición inapropiada...

—¡Estaré encantada de ir con usted! —lo interrumpió Judith—. ¿De qué se trata?

—¿En serio? No quisiera ponerla en un aprieto.

—Yo... En absoluto, puedo ir sin problema —aseguró Judith con más aplomo del que sentía en realidad. Decidió ir en busca de Theo para mandarlo a por Dora en Degerloch. Así no irían solos y guardarían las formas.

—Quisiera mostrarle la máquina expendedora de chocolate —explicó Victor—. Cuando la haya visto, en especial en la fase de desarrollo en la que se encuentra, le será mucho más fácil trabajar en las tabletas. Además —añadió—, estoy seguro de que tendrá usted grandes ideas al respecto. Y no quisiera pasarlas por alto.

—Si mi opinión le parece valiosa —respondió ella, halagada y con la voz temblando ligeramente de excitación—, me encantará que me muestre la máquina.

—Me parece valiosísima, señorita Rothmann.

Le sostuvo la mirada durante unos instantes, y Judith sintió cómo el capullo invisible que hacía días, semanas, que se tejía alrededor de ellos dos se hacía más fuerte. Un refugio de seda en el que solo ellos dos podían entrar.

Victor dio un paso hacia ella y Judith sintió un nudo en el estómago.

Notó cómo él ponía la mano sobre la suya. Con el pulgar le acarició el dorso con delicadeza, pasando por todos los dedos. Finalmente, la llevó hacia él y le rozó la frente con los labios.

Judith cerró los ojos y se embebió de su cercanía, respirando su olor. Le hacía tanto bien...

Sabía que ella le gustaba, y mucho, pero le costaba lidiar con sus propios sentimientos enfrentados. Intentaba pensar en Max lo menos posible y la mayor parte del tiempo lo conseguía, pero la herida aún no había sanado. Él había desaparecido de su vida, pero el dolor y la vergüenza estaban tan presentes como antes. Desearía que aquellas horas en el salón de música no hubieran sucedido nunca, pero eso no cambiaba en nada las cosas.

Por eso le gustaba tanto la sintonía que tenía con Victor, una conexión esencial que hacía que tratar con él fuera fácil y excitante. Sin tener que preguntarse qué pasaría. Sin que él esperara nada de ella.

Aún sabía muy poco acerca de él, de sus orígenes o su pasado. Vivía con Edgar Nold, así que debía de disponer de pocos medios. Y, por más que hubiera conseguido un puesto de responsabilidad en la fábrica de chocolate, lo pondrían de patitas en la calle tan pronto como su padre sospechara que rondaba a su hija.

Con un pequeño suspiro, Judith retiró la mano. Lo hizo con delicadeza, sin brusquedad alguna, pero percibió el chispazo de decepción en los ojos de Victor. Pero, al mismo tiempo, sabía que él la entendía y que, probablemente, le rondaban por la mente pensamientos parecidos.

Además, aún había varios aspectos de su vida que debía resolver. Todavía dependía de las decisiones de su tiránico padre. Y a saber si Victor seguiría interesado en ella una vez descubriera toda la verdad. No lo conocía lo suficiente como para saberlo.

Victor colocó su espalda y carraspeó.

—Bueno —dijo con la voz ronca—. ¿Tendrá en cuenta nuestra salida, señorita Rothmann? Esta tarde, sobre las tres. No se olvide de traerme un «bocadito».

Salió de la habitación y Judith sonrió ante la expresión suaba que Victor había usado a pesar de que no hablaba el dialecto. Pues claro que le llevaría un bocadito.

THEO HABÍA RECOGIDO a Dora en Degerloch y la había llevado hasta la fábrica de chocolate. Judith y su dama de compañía esperaban con impaciencia junto a la entrada a que Victor apareciera. La torre del reloj ya había dado las tres, y la impuntualidad no formaba parte de la forma de ser de Victor.

—Tal vez le haya pasado algo —aventuró Dora mientras abría el paraguas porque había vuelto a empezar a nevar.

—Tal vez.

Era evidente que debía de ser así, pero Judith sentía una extraña inquietud. Era una sensación que recordaba de su infancia, de la víspera de su cumpleaños o de Navidad. Y se dio cuenta de que lo que sentía por Victor iba más allá de un interés afectuoso.

Victor llegó a toda prisa a la entrada de la fábrica con un cuarto de hora de retraso.

—Le ruego que me disculpe —fue lo primero que dijo, y Judith comprendió que lamentaba mucho llegar tarde—. Estaba saliendo por la puerta cuando se ha averiado una de las tostadoras. Menudo fastidio.

—Pero ahora ya está aquí —dijo Judith, poniéndole la mano en el brazo en un gesto de ánimo—. Temíamos que le hubiera pasado algo grave.

Dora sonrió.

—¡Qué ganas tengo de ver la máquina expendedora! —continuó Judith, dándose cuenta de que estaba hablando con un entusiasmo excesivo—. ¿Quién sabe? ¡Tal vez logre conquistar América!

Victor se echó a reír.

—Eso sería un sueño hecho realidad, pero todavía falta mucho. Aunque le agradezco su confianza, señorita Rothmann.

—Y yo a usted la suya —replicó Judith en voz baja.

Se pusieron en marcha.

—¿Ya está arreglada la tostadora? —dijo Judith, decidiendo que lo mejor sería hablar del trabajo, mientras pasaban junto al viejo edificio de correos y doblaban una esquina.

—Sí, de momento vuelve a estar en marcha —respondió Victor—. Pero es solo cuestión de tiempo que volvamos a tener una avería grave en esta fábrica.

Judith percibió el tono resignado de su voz.

—¿No está usted satisfecho con el trabajo en la fábrica? —preguntó con delicadeza.

—Oh, sí, y mucho —le aseguró Victor—. Pero es que muchas de las máquinas no alcanzan los estándares técnicos más actuales. Me resulta incomprensible que no se renueven. No solo supondría un alivio para el personal, sino que también es importante para el futuro de toda la fábrica.

A Judith le pareció que hablaba como un abogado ante un tribunal.

—¿Quiere decir que nuestras máquinas están anticuadas? —preguntó, algo ofendida—. Quiero decir, ¿todas? —añadió para suavizar sus palabras.

—Así es, por desgracia.

Victor había enterrado las manos en los bolsillos de su chaqueta y mantenía los brazos pegados al cuerpo. Parecía estar pasando frío, y Judith sintió intranquilidad. Le habría gustado poder abrazarlo y darle calor, pero no era posible. Lo que sí que podía hacer era procurarle una chaqueta más abrigada y unos guantes de piel. Mañana mismo se encargaría.

Victor dejó de hablar, y Judith también abandonó la conversación sobre la maquinaria obsoleta.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—No, enseguida llegamos.

Judith se volvió hacia Dora, que iba algunos pasos por detrás. Cuando la doncella cruzó la mirada con Judith, su boca dibujó una sonrisa cómplice. Parecía haberse dado cuenta de lo que sucedía entre ella y Victor.

Cruzaron otra plaza y llegaron a la Hauptstätter Strasse.

—Aquí estamos —dijo Victor por fin.

Abrió una puerta. Poco después se encontraban en un cálido taller. Judith cerró el paraguas y se lo dio a Dora.

Entonces miró a su alrededor.

La habitación estaba muy desordenada. Dondequiera que mirara veía pilas de tablas de madera, placas de hierro, barras de distintos tamaños y piezas de materiales de todo tipo en precario equilibrio. Por el medio había también cajas llenas de cristales, muelles, interruptores y botones, cables y muchos otros artilugios cuyos nombres ni siquiera conocía.

—Le presento a Alois Eberle. —Victor señaló a un hombre mayor que andaba trasteando en las entrañas de una gran máquina expendedora.

Ella lo saludó educadamente, pero el mecánico apenas le hizo una escueta inclinación.

—¿Cómo va? —preguntó Victor.

—Hemos mejorado el mecanismo —explicó Eberle, y giró la máquina un poco para exponer su interior mecánico a través de la parte trasera abierta.

Judith notó que Dora le daba un apretón en el brazo y luego iba a sentarse en una silla desastrada que había cerca.

Justo entonces entró en la habitación Edgar Nold, con pinceles y una paleta. Por lo que le había contado Victor, se había instalado junto con su horno en el taller de Eberle y solo pisaba la vivienda que compartían para dormir. En el taller realizaba obras esmaltadas de todo tipo, un negocio que iba sobre ruedas.

Cuando Edgar descubrió que Victor había traído visitas, dejó sus herramientas, se les acercó y dio a su compañero de piso unas palmaditas amistosas en el hombro. «¿Quién sabe?», se le pasó a Judith por la cabeza. «¿Es posible que Victor Rheinberger conozca también a Max Ebinger?». No le extrañaría, puesto que el pintor formaba parte del círculo íntimo de amistades de Max.

Apartó ese pensamiento de su mente y se concentró en la conversación que mantenían los dos hombres.

—¿Podemos modificar el tamaño? —preguntó Victor.

Alois Eberle asintió.

—Dentro de un margen, sí. Yo iba a proponer preparar dos modelos básicos, uno más grande y otro más pequeño. Hay sitios en los que no hay espacio para máquinas expendedoras grandes.

—Yo también lo había pensado —intervino Edgar.

—Eso lo haremos pase lo que pase, pero una vez esté completado el prototipo —decidió Victor—. Fíjese, señorita Rothmann —continuó, esforzándose por incluirla en la conversación—. Estamos creando una máquina un poco más ancha que los modelos convencionales.

Lo que Judith sabía de mecánica cabía en la cabeza de un alfiler, pero escuchó con interés las explicaciones de Victor acerca del proceso de creación de la máquina. Cuando él terminó las aclaraciones y se quedó mirándola con una ancha sonrisa, sus conocimientos seguían igual de limitados, pero la alegraba lo indecible que él confiara así en ella.

—¿Cuánto tardarán en terminar la máquina? —preguntó.

—No mucho, en realidad —explicó él—. No se trata de un invento revolucionario, sino más bien de qué rasgos distintivos queremos dar a nuestras máquinas y cómo podemos aplicarlos en modelos de mayor tamaño.

—Por eso estábamos pensando en cooperar con una fábrica de maquinaria, la de Ebinger, tal vez —añadió Edgar, y Judith vio confirmados todos sus temores.

Era impensable que el viejo Ebinger consintiera en desarrollar una máquina expendedora de chocolate junto con la fábrica de chocolate Rothmann. No le quedaba más remedio que informar a Victor de la enemistad recíproca entre ambos empresarios. ¿O acaso se le había escapado un acercamiento entre los dos? Al fin y al cabo, el viejo Ebinger había permitido que su padre anunciara su compromiso en su casa. Aunque, tal y como Max había afirmado, por mantener una buena relación con el banquero más importante de Stuttgart, los caballeros parecían dispuestos a cualquier cosa, incluso a sobreponerse a su testarudez.

Judith observó una vez más el enorme aparato.

—¿Y qué me dicen de un juego de naipes? —preguntó de repente.

—¿Quiere jugar a las cartas? ¿Ahora mismo? —Victor parecía animado.

Edgar Nold alzó la mirada y Alois Eberle meneó levemente la cabeza. Era evidente que no la tomaba en serio.

—Estaba pensando en una baraja de naipes de chocolate para la máquina expendedora —explicó con vehemencia la idea que acababa de ocurrírsele.

Victor sonrió feliz.

—No es mala idea. Podría tener futuro. ¿Sabe usted que Stollwerck pone cromos coleccionables dentro de las tabletas de chocolate de sus máquinas expendedoras?

—Sí, claro. Mis hermanos las coleccionan en los álbumes que la empresa distribuye para ese propósito.

—Podríamos hacer naipes coleccionables.

—¡Claro! Así los compradores habituales acabarán reuniendo una baraja. Y pongamos que en una tableta de cada veinte escondemos un comodín. Podría enviarse a la fábrica de chocolates Rothmann de Stuttgart para recibir un regalo a cambio. —Judith se sentía en su elemento, y la atención de Victor aumentó.

—¡Y que el regalo sea una tableta de chocolate! —añadió Edgar, y Judith se echó a reír.

Victor sonrió. Alois Eberle, por su lado, se había acercado a su banco de trabajo y no daba muestras de seguir la conversación.

—Pero —reflexionó Judith— con una baraja y nada más no bastará. Si pienso en Karl y en Anton, creo que de buen seguro meterían todo su dinero en una máquina expendedora que hiciera algo muy especial. El chocolate pasaría a un segundo plano.

—Cierto. Tal vez podría haber un trenecito que diera vueltas durante un minuto —propuso Edgar—. Y que los vagones transportaran tabletas de chocolate.

—O que sonara un carillón —añadió Judith.

—Los efectos de sonido siempre gustan —dijo Victor—. ¿Qué os parecería —prosiguió— si fuera un personaje de cuento quien dejara caer el chocolate en la bandeja? Como la bruja de Blancanieves con la manzana. O la de Hansel y Gretel, atrayendo a los niños a su casita de chocolate.

—Uy, daría mucho miedo —apuntó Judith.

—También podríamos crear una máquina con una forma totalmente distinta —sugirió Edgar.

—También es una posibilidad. ¿Qué me decís de una vaca? —Judith siguió fantaseando.

—¿Por qué una vaca? —inquirió Edgar.

—Por la leche en polvo. El chocolate con leche es muy popular.

—Parece muy apropiado —dijo Victor—. Una vaca, pues.

—Yo pintaría una muy realista —se ofreció Edgar.

—No, nada de realista. ¡Una verdadera vaca Rothmann en rosa y marrón!

—También podríamos elegir un animal exótico, como un elefante —se lanzó Victor—. Sería igual de fácil de recrear. Imaginaos: el elefante de chocolate Rothmann con los colores de la empresa.

—La idea del elefante me parece buenísima —afirmó Judith pensando en el Jardín zoológico de Nill—. Incluso mejor que una vaca. ¡Un elefante llamaría mucho la atención!

—Perfecto, haré una maqueta pequeña de madera —dijo Edgar.

—Sí, hazla —ordenó Victor, y luego se giró hacia Judith—. Esto podría ser muy grande, señorita Rothmann. ¿Cree que su padre estaría dispuesto a invertir en esta idea?

—¿Quiere decir que hace falta dinero?

—Sí. Para lo que nos proponemos necesitamos un poco de capital. El coste de las primeras máquinas expendedoras tendría que salir de nuestro bolsillo. Y si además queremos poner algún muñeco animado dentro de la máquina, nos costará todavía más. También se precisará una inversión para la fabricación de las tabletas de chocolate. Tal vez sería interesante ofrecer cromos coleccionables de otros animales exóticos y los países de los que proceden. Todo eso costará mucho dinero. Pero si organizamos bien la distribución, no deberíamos tardar en llegar al punto en el que los ingresos sean mayores que los gastos.

—¿Y las máquinas se pondrían a la venta? —preguntó Judith.

—Sí. Los propietarios de tiendas o de tabernas comprarían la máquina y nos encargarían las tabletas de chocolate. Ellos también ganarían dinero con la venta del chocolate, además de disponer de algo que gustaría a la clientela.

—Hablaré con mi padre. Suele tener el dinero guardado bajo cien llaves.

—Su padre es un hombre de negocios. Si logramos convencerlo de que es una apuesta segura, tal vez cambie de parecer —argumentó Victor, aunque luego se puso pensativo—. En todo caso, está por ver si tenemos los medios suficientes. —Este inconveniente parecía habersele pasado por alto, puesto que empezó a morderse los labios en señal de concentración.

Judith decidió que le plantearía el asunto a su padre en cuanto tuviera la oportunidad. ¿Era posible que su padre pasara por problemas económicos? Era una contingencia que no se habría planteado ni de lejos.

—Bueno, pues —continuó Victor, abandonando el asunto de la financiación—. Creo que esta pequeña reunión ha sido un éxito. Lo mejor será que cada uno retome sus quehaceres. Dentro de una semana volveremos

a reunirnos y veremos cómo seguir adelante. ¿Puedo contar con usted, señor Eberle?

Alois Eberle farfulló unas palabras que, siendo optimistas, podían tomarse como un asentimiento, y Victor se dio por satisfecho.

Judith y Victor se despidieron de Alois Eberle y Edgar y regresaron con Dora. Al llegar a la fábrica, encontraron a Theo con el coche preparado en la acera. Dora se le acercó apresurada con alivio, intercambió un par de palabras con él y subió a la cabina. Todavía nevaba.

Victor miró a Judith.

Su mirada intensa hizo alzar el vuelo a las mariposas que tenía en el estómago, y Judith sintió cómo bailoteaban igual que los copos de nieve que el cielo mandaba hacia la Tierra.

Antes de hacer ademán de irse, Judith se sacó una bolsita de papel del bolso.

—Tengo una cosa para usted. —Se la ofreció a Victor con una sonrisa chispeante—. ¡Su bocadito!

Entonces giró sobre sus talones, echó a correr hacia el carruaje y se metió dentro.

Banco Von Braun

—LE ASEGURO QUE mi hija será una esposa excelente para su hijo. Es solo que aún es joven.

—Tiene veintiún años, señor Rothmann. Debería saber comportarse. Y controlarse.

Wilhelm Rothmann observó con atención al banquero Von Braun, que, sentado como un rey en su trono tras su inmenso escritorio, le asestaba un golpe detrás de otro. Aunque Rothmann tenía que admitir que él habría hecho exactamente lo mismo si se encontrara en el lugar de Von Braun, le costó poner en marcha todo su autocontrol para mantener la fachada de aplomo y cortesía. Hacía semanas que maniobraba sin parar para reparar la ofensa de Judith.

—Le falta que le limen las aristas. Su reacción puede explicarse por la ausencia de su madre desde hace meses. Es evidente que carece de una influencia femenina tranquilizadora.

—Puede ser. Pero no explica en absoluto que dejara a mi hijo en tan mal lugar.

—Desde luego, eso es imperdonable. Yo mismo me encargué de dejárselo muy claro. Será tarea de su hijo ponerla firme en cuanto se encuentre a su cargo.

—Eso espero que haga. De lo contrario, se pasará la vida tomándole el pelo.

Wilhelm Rothmann tuvo que reprimir una sonrisa, a pesar de que no estaba nada de humor. Pero solo de imaginar lo que aguardaba a Albrecht con Judith a su lado le entraba la risa.

—Y en lo que respecta a su madre, a su estimada esposa, señor Rothmann —prosiguió Von Braun sin un atisbo de clemencia—, también tengo mis reservas. ¿Y si su hija da muestras de tener tendencias similares?

Este comentario fue como meter un dedo en la llaga para Wilhelm Rothmann.

Hélène era su punto débil. Lo único capaz de hacerlo dudar de sí mismo. Al principio, porque sentía un afecto sincero por ella, pero no le había quedado más remedio que admitir que, por más que el matrimonio fuera un hecho, no traía consigo por fuerza el amor. Y en esos momentos, porque había abandonado por completo a su familia y prefería vivir en el sanatorio que con él. Aunque Wilhelm Rothmann no era un hombre muy dado a las emociones. No por nada era famoso por su férrea disciplina. En todos los aspectos.

En esos momentos, su prioridad eran sus lamentables circunstancias económicas. Y, para resolverlas, tenía que quitarle a su hija los pájaros de la cabeza. Se estaba comportando, y ahí tenía que darle la razón al banquero, como una niña caprichosa.

El banquero le clavó la mirada desde detrás de sus gafas de marco dorado. Wilhelm Rothmann sabía que Von Braun estaba igual de decidido que él, y sacó pecho en un esfuerzo por no volver a ponerse a la defensiva en aquel enfrentamiento. Se lo jugaba todo. Y Von Braun lo sabía. Para su gran fortuna, Albrecht era tan mendrugo que insistía incluso más que antes en casarse con una mujer que lo había rechazado de modo público y notorio.

—Judith es una jovencita muy capaz —empezó tras una pequeña pausa muy estudiada—. Precisamente gracias a la ausencia de su madre se vio obligada a asumir una gran responsabilidad desde muy joven. Está criando a sus hermanos y llevando la casa de forma ejemplar. Esa experiencia le será de gran utilidad en su matrimonio.

—Mire, le seré sincero: de no ser porque Albrecht está tan enamorado de su hija, no habría dudado en romper el compromiso al instante. Pero mi hijo se niega a cambiar de opinión, así que voy a darle una última oportunidad.

—Judith sabrá aprovecharla, se lo aseguro. Solo necesita un poco más de tiempo, se lo suplico. Pero, de entrada, le transmito su más cordial saludo y le traigo un regalo que ella misma ha creado especialmente para el banco Von Braun.

Se acercó a la puerta e hizo entrar a dos mozos que transportaban un paquete de grandes dimensiones.

—¿Dónde lo dejó? —preguntó al banquero.

Este, que parecía algo sorprendido, no tenía muy claro qué pensar de todo aquello. Señaló una mesita lateral.

Wilhelm Rothmann mandó a los mozos que dejaran el bulto y luego los despachó antes de desenvolver el regalo con un gesto teatral.

No perdía ojo de la reacción del banquero.

De entrada, Von Braun intentó fingir indiferencia, pero Wilhelm Rothmann vio sin asomo de duda lo impresionado que quedó su oponente al reconocer su banco reproducido fielmente hasta el más mínimo detalle en chocolate y pasta de azúcar.

—Cielo santo —dijo Von Braun con admiración.

Wilhelm Rothmann quedó de lo más satisfecho. La jugada le había salido muy bien. El banquero se levantó a admirar aquella obra de arte.

—¿Se puede comer?

—Ha sido concebido como un elemento decorativo. Está recubierto de goma laca para que dure varios años en perfectas condiciones.

—Debería estar en una vitrina. Lo expondré en la entrada.

—Búsquele un lugar fresco y a resguardo del sol. En verano será mejor que lo guarde en el sótano, al menos en días muy calurosos.

Wilhelm Rothmann saboreó un instante más la euforia de haber vencido las reservas de Von Braun antes de sacarse una carta del bolsillo interior de su chaqueta y tendérsela al banquero, que le lanzó una mirada interrogante.

—Una nota personal de mi hija —explicó Wilhelm Rothmann, con el dramatismo apropiado en la voz—. Espero que sirva para aclarar cualquier malentendido. —Cantó en su interior una alabanza a Margarete. Había sido capaz de imitar la letra de Judith casi a la perfección.

Von Braun aceptó el sobre, lo dejó sobre su escritorio y volvió a sentarse.

—Hablemos, pues, de negocios, señor Rothmann —dijo sin más preámbulos, volviendo a su papel de aristócrata de las finanzas—: Le concederé un crédito de treinta mil marcos, que ha de devolver en dos plazos. El primer plazo, por una suma de diez mil marcos, para el 30 de noviembre, y el segundo, por la cantidad restante, el día de la boda entre Albrecht y su hija. Se aplicará el interés correspondiente en el momento del pago. Mandaré redactar el contrato.

—Le estoy muy agradecido. —Wilhelm Rothmann se había quitado un peso de encima, pero no estaba del todo conforme. Esperaba un tipo de interés más ventajoso dado su futuro parentesco. Von Braun no había tenido ese detalle con él; parecía evidente que así castigaba la salida de tono de Judith. Wilhelm Rothmann no sabía con quién debería estar más enfadado: si con su banquero o con su hija.

—Además, le haré un préstamo de urgencia de diez mil marcos —añadió Von Braun de modo inesperado—. Sin intereses. Con una condición.

Wilhelm Rothmann aguzó el oído.

—¿Qué condición?

—Transcurridos tres años de la fecha de la boda, el 29 de enero de 1907, Albrecht pasará a formar parte de la dirección de su fábrica de chocolate. Como su sucesor.

Wilhelm Rothmann se quedó del todo atónito.

—¿Es que Albrecht no va a sucederlo en el banco?

—No.

—¿Por qué motivo?

—Mis motivos no son asunto suyo —explicó Von Braun con frialdad—. Digamos que servirá para unir aún más a nuestras familias.

—Por favor, déjeme un poco de tiempo para pensármelo. Hoy estamos a 27 de octubre. Dentro de dos semanas le comunicaré mi decisión. Entiendo que esta condición no afecta a los créditos sujetos a interés, ¿cierto?

—Cierto.

—Tendrá noticias mías. Que tenga un buen día.

—Igualmente.

La paciencia de Wilhelm Rothmann estaba a punto de acabarse cuando salió del banco. Ordenó a Theo de malos modos que lo llevara a la fábrica de chocolate, puesto que quería hacerse una idea exacta de sus deudas para ver si realmente necesitaba el «préstamo de urgencia» que Von Braun le había ofrecido.

Un préstamo libre de intereses era una propuesta muy golosa, y eso el banquero lo sabía sin ninguna duda. Pero exigir a cambio que aceptara a Albrecht en la dirección de su empresa era una franca extorsión y nunca había formado parte de su acuerdo. La verdad es que Wilhelm Rothmann veía en Judith a una esposa muy bien provista y adecuada para un banquero, y no se había parado a pensar en el hombre con el que iba a desposarla. Pero en esos momentos se preguntaba muy en serio por qué Von Braun no quería a su hijo en su propia empresa.

Restaurante Zur Gardestube en Berlín, finales de octubre de 1903

PAUL ROUX POSEÍA un talento especial: un instinto infalible para olerse negocios succulentos y una forma muy personal de llevarlos siempre a buen puerto.

A ese respecto, había pasado las últimas semanas espiando al marido infiel de una influyente dama berlinesa para aclarar un lío de faldas. El asunto había acabado de una forma muy provechosa: no solo la mujer le había pagado, y muy bien, por sus servicios, sino que también lo había hecho el marido, por su silencio. Así que Roux había salido ganando por ambos lados. No veía nada deshonesto en su proceder. Al fin y al cabo, la esposa había ganado la paz de saber que su marido solo se había entregado a un desliz sin importancia. Y el marido casquivano había conseguido proteger su reputación y la paz marital hasta que volviera a caer, en un futuro no muy lejano, en otros brazos más bellos y jóvenes. A la amante parlanchina la había ayudado a buscarse un nuevo benefactor, que también lo había recompensado por la recomendación.

Roux estaba de lo más satisfecho.

Sin embargo, el asunto le había llevado bastante tiempo y había retrasado un encargo doble al que ahora tenía que dedicarse con urgencia: el caso de Victor Rheinberger.

El día anterior había vuelto a presentarse el padre del joven exigiendo resultados con mucha insistencia. Y, aunque a Roux nunca le costaba calmar los ánimos ajenos, era muy consciente de que en este caso tenía que andarse con tiento.

Por eso se había citado para comer con Maximilian Harden, un taimado periodista con quien se había puesto en contacto unas semanas antes para pedirle información. Estaba ansioso por descubrir si Harden podía proporcionarle pistas valiosas que le permitieran cerrar el caso Rheinberger cuanto antes.

Harden había propuesto el restaurante Zur Gardestube en el barrio de Köpenick, frente a la puerta del cual ya se encontraba Roux. Inspeccionó brevemente el letrero, se quitó la gorra y entró en el pequeño establecimiento.

Reconoció enseguida al periodista, de espeso pelo negro y expresión avinagrada. Harden estaba sentado en una esquina con una cerveza delante leyendo el periódico. Cuando se percató de su presencia, levantó la mirada.

—¿Paul Roux?

Paul asintió.

Su pelo rojo lo hacía inmediatamente reconocible, además del apellido francés de su padre. Su cara, por otro lado, era tan ordinaria que cuando iba con gorra la gente apenas lo reconocía. Ese anonimato era una ventaja para su trabajo, que a menudo le exigía camuflarse en su entorno.

—Siéntese, Roux. —Harden señaló la silla que quedaba libre en su mesa. El restaurante estaba muy concurrido y el olor a comida le recordó que la tripa le rugía.

Tomó asiento, pidió una cerveza Berliner Kindl y una sopa de patata. Harden se decidió por un plato de codillo de cerdo cocido con puré de guisantes y patatas.

—Así que está usted intentando encontrar información reciente sobre el expresidiario Victor Rheinberger. —Harden sacó un papel arrugado—. Creo que puedo proporcionarle algunos datos de interés.

Roux reconoció su propia letra. Era una breve nota que le había escrito a Harden explicándole el asunto.

—Muy bien, eso espero.

Maximilian Harden retiró la carne tierna del hueso con habilidad.

—Tuve que ejercer cierta presión en los lugares adecuados —manifestó sin inmutarse—. En las altas esferas, todo el mundo es susceptible de chantaje.

—Muy cierto —corroboró Roux.

—Pero antes de entregarle el documento con las pistas más importantes, Roux, hablemos de mi contraprestación.

—Como le comuniqué, le ofrezco doscientos marcos. La mitad se la daré ahora mismo, y la otra, cuando sus pistas den el resultado deseado.

—No estoy conforme —rebatía Harden—. Piense que se trata de nombres que no son nada fáciles de conseguir.

—¿Qué es lo que tiene en mente?

—No es cuestión de dinero. A ese respecto, acepto su oferta. Lo que me gustaría es que, a cambio de mi colaboración, me ayude usted en mis propias

pesquisas. —Dicho esto, Harden dio un buen trago de cerveza.

Roux se sintió profundamente irritado. No había nada que le disgustara más que depender de otros.

—¿A qué pesquisas se refiere? —preguntó con brusquedad.

Maximilian Harden se limpió la espuma de cerveza de los labios con el dorso de la mano. Un gesto ordinario que no pegaba nada con la apariencia distinguida del periodista.

—Hay un grupo de hombres influyentes del entorno íntimo del káiser que son culpables de algunas transgresiones contra el párrafo 175 del Código Penal Imperial. —Bajó la voz en tono conspirador—. Eso supone un peligro para el imperio, Roux. Imagínese que el káiser se encuentra bajo la influencia de un grupo de invertidos. Y las malas lenguas afirman que él mismo tiene ciertas inclinaciones hacia ese vicio. En cualquier caso, es preciso eliminar a esa camarilla y darle el castigo que merece.

Roux bajó la cuchara.

—¿Me está diciendo que quiere que investigue en la corte?

—No necesariamente. Pero tengo algunos asuntos pendientes en el castillo de Liebenberg, en la región de Uckermark. Me gustaría que se encargara usted.

—¿La sede del principado de Eulenburg? —preguntó Roux.

—Exacto. Usted se unirá a sus cacerías en calidad de cochero, para hacer contactos y enterarse de las últimas noticias.

—¿Sobre invertidos?

Harden esbozó una sonrisa.

—Si quiere. Tengo que elaborar un perfil fiable de las fechorías de algunos individuos que circulan por el castillo de Liebenberg. Además del príncipe, hay otros cuya orientación no está clara.

Roux reflexionó.

Que hubiera hombres que disfrutaran de yacer con sus iguales no era ninguna novedad y, la verdad, a él le daba igual. Que hicieran lo que quisieran con quien quisieran. Sin embargo, ese tipo de inclinaciones se podían ver bajo coacción, algo que ya lo había llevado a algunos encargos interesantes en el pasado. Escarbar en las altas esferas, además, podía ser muy lucrativo.

—Muy bien —dijo Roux—. Si esa es su condición a cambio de sus servicios, Harden, me pondré a su disposición en un momento dado. Pero primero tengo que encargarme de mis propios asuntos.

—Por supuesto, por supuesto. Ocúpese primero de su encargo. Acudiré a usted cuando la ocasión lo requiera —convino Harden, satisfecho con el

resultado de la conversación.

—Venga ese documento que me ha prometido, pues —indicó Roux.

Harden asintió. Dejó a un lado sus cubiertos, sacó un grueso sobre de la cartera de cuero que había traído consigo y se lo tendió a Roux.

—Aquí tiene. Una lista de todos los presidiarios de la fortaleza de Ehrenbreitstein desde octubre de 1902 hasta enero de 1903.

Roux silbó con admiración.

—¡Me quito el sombrero, Harden! —Echó una ojeada a los documentos—. Nunca habría esperado una lista completa. Como mucho, pensaba que me daría un par de indicaciones sobre a quién podría dirigirme para averiguar algunos nombres. Con esto —dijo, enarbolando el sobre— me ha ahorrado usted un montón de trabajo.

Harden puso una expresión satisfecha, y le llegó el turno a Roux de ofrecerle un sobre a su interlocutor.

—Sus honorarios.

Harden se embolsó el dinero.

—El verdadero pago serán sus habilidades y el tiempo que usted pondrá a mi disposición a su debida hora. —Le tendió la mano a Roux.

Este titubeó un momento.

—No más de seis semanas, Harden.

El periodista asintió.

—Con eso bastará.

Roux le estrechó la mano.

Ese mismo día, Paul Roux se dedicó a inspeccionar las listas y desarrollar una astuta estrategia.

A continuación, escribió a quien le había hecho el encargo.

Riva, últimos días de octubre de 1903

MAX SE ENCONTRABA en el pequeño balcón de su habitación de hotel contemplando el lago de Garda, cuyo azul parecía haberse vuelto más profundo y suave a la vez durante los primeros días de otoño. Bajo el verde oscuro que adornaba las pedregosas laderas empezaban a asomar tonalidades ocres y rojizas, y el sol bajo hacía que todos los colores parecieran más intensos y saturados.

Era como si en el lago de Garda el otoño completara la plenitud del verano, la llevara a la madurez y a la serenidad sin insinuar la llegada del frío y largo invierno como sucedía al norte de los Alpes. Allí, la vida conservaba una alegría sutil.

Max apoyó los codos en la baranda de hierro forjado con florituras del balcón.

Ojalá su vida fuera igual de despreocupada. Pero desde la excursión a la cascada de Ponale y al valle del Ledro dos semanas antes tenía la sensación de que una pared de cristal lo separaba del pulso del mundo a su alrededor. Todo le parecía apagado, se le hacía distante, desacostumbradamente pesado.

Hélène. La señora Rothmann.

Cuando comprendió que Hélène debía de ser la madre de Judith Rothmann gracias a la despedida distraída de un extraño al final de un día maravilloso, algo dentro de él zozobró. Precisamente él, un cínico que siempre lo había tenido todo a su favor, que gozaba de las mujeres como de un buen vaso de vino para luego proseguir con su camino como si nada, se veía atormentado por ciertos remordimientos de conciencia.

Desde entonces andaba como alma en pena.

Ella no lo había reconocido, mientras que él ahora sabía quién era ella. Las familias Ebinger y Rothmann albergaban muy poca simpatía mutua por motivos desconocidos. Esa era la razón por la que en Stuttgart tendían a evitarse, además de que era algo por todos conocido que ella sufría de los

nervios y por eso solía hacer estancias en sanatorios. Por ese motivo, no solía dejarse ver en sociedad. Él mismo debía de haberla visto por última vez hacía más de veinte años, la verdad es que ya ni se acordaba. No era de extrañar que en Riva le hubiera parecido una extraña.

Max se apartó de la baranda y volvió a entrar en la habitación.

Se sirvió una copa de vino de la botella medio vacía que tenía en la mesilla de noche. Al llevársela a la boca, su mirada se posó en una de las maletas a medio hacer. Se echó a reír. Aquel bodegón representaba con exactitud su estado de ánimo.

Su primer impulso justo después del incidente en el puerto fue sentir la necesidad de largarse lo antes posible y continuar con su plan original de recorrer Italia estudiando sus obras arquitectónicas. Se informó acerca de las próximas salidas de trenes hacia el sur y empezó a hacer el equipaje.

Pero cuando por fin se encontró ante sus maletas cerradas con el folleto de los horarios de trenes en la mano, sintió como si un hilo invisible lo retuviera en Riva.

Así que había dejado pasar los días. Por las noches solía beber varios vasos de un vino tinto contundente que luego lo hacía caer en un sueño profundo. Las mañanas las pasaba en la cama con jaqueca, se levantaba hacia el mediodía y salía a dar un paseo por la ciudad. Solía comprar el periódico y retirarse al pequeño balcón de su habitación para leerlo en soledad.

Solo se había encontrado con Hélène en una ocasión. Fugazmente. Su mirada inquisitiva le había llegado al corazón y le había removido los motivos por los que todo era tan difícil.

Se le encogía el estómago al pensar en la noche que había pasado con Judith en el salón de música. Eran muchas las circunstancias que habían contribuido a aquel encuentro desafortunado, empezando por su estado conmocionado y su sombrío fatalismo, que, unidos a unas cuantas copas de champán, habían enmascarado la verdad. A pesar de eso, su comportamiento era inexcusable. Él era el más experimentado de los dos, él era el que habría debido controlarse al no recibir ninguna resistencia por parte de ella. Y, en lugar de asumir la responsabilidad de lo que había hecho, había partido raudo, había puesto pies en polvorosa como un cobarde.

Max vació la copa de un trago y se quedó un rato en la habitación con aire indeciso. Pero entonces sintió la llamada a la acción. En algún momento tendría que tomar una decisión. ¿Por qué no entonces?

Fuera, el sol empezaba a ponerse. Resolvió que él y Hélène debían enfrentarse a la verdad. Por difícil que fuera. Aquella situación era de lo más

extraordinaria.

A continuación se afeitó a conciencia y se puso un traje limpio. Luego se caló el sombrero de paja y salió rumbo a la via Santa Maria. Durante la excursión, Hélène había mencionado que ocupaba una habitación en esa calle.

Riva no era una ciudad grande, pero los nervios hicieron que Max diera dos grandes rodeos antes de llegar a la casa alta y estrecha que buscaba. Recorrió despacio la fachada hacia arriba. Al final, reunió el coraje necesario para llamar al timbre.

Le abrió una mujer mayor.

—Ay, señor, la habitación ya está ocupada. Lo siento, pero tendrá que seguir buscando.

Max utilizó su sonrisa más encantadora.

—Estimada señora, no vengo a preguntar por una habitación. He oído que Hélène Rothmann vive aquí.

El rostro de la mujer se tiñó de desconfianza al instante.

—¿Qué quiere usted de la señora Rothmann?

—Soy su primo y ando de viaje por Italia —improvisó él—. Tengo un mensaje de mi madre para ella. ¿Tendría usted la amabilidad de pedirle que baje un momento?

—Así que es usted su señor primo. —Aquella mujer no parecía muy convencida, pero Max mantuvo su fachada adorable hasta que ella le abrió la puerta del todo, resoplando—. Bueno, adelante, pues. Espere aquí abajo, por favor. Ahora la llamo.

Los pocos minutos que tardó en oír las pisadas de Hélène por la escalera se le hicieron interminables. Y cuando por fin tuvo a Hélène delante, descubrió que se había quedado sin palabras.

—¿Max? —preguntó ella perpleja.

—Hélène, yo... —Nervioso, se pasó una mano por el pelo oscuro—. Es que... No sé qué pensará usted de mí ahora mismo, pero...

Meneó la cabeza. Así no podía. Ni en ese lugar ni en ese momento. Las palabras adecuadas no le salían. Además, tenía miedo de que la casera de Hélène se enterara de todo.

—¿Qué es lo que se supone que debería pensar de usted? —Hélène acudió en su ayuda con delicadeza.

Max miró al suelo y luego al techo. No estaba preparado. Todo aquello le parecía irreal. Antes que nada, debía poner en orden en su cabeza lo que había pasado con Judith.

—¿Le gustaría ir a cenar conmigo? —logró decir.

Ella sonrió. Primero con timidez y luego con un brillo cautivador en los ojos que embrujó a Max de nuevo.

—¡Me encantaría! Espere un momento, por favor. Iré a por mis cosas.

Mientras ella volvía a subir, Max se apoyó en la pared fresca y respiró aliviado. Ella no le había dado con la puerta en las narices, a pesar de que él la había ignorado por completo después de sus avances durante la excursión. Se le había presentado la oportunidad de arreglar las cosas.

Más tarde, después de que les hubieran servido una trucha del Garda extraordinariamente tierna, le pidió perdón por su silencio. No dio muchas explicaciones, y ella no se las pidió. En cambio, sí que le habló de algunos cuadros que había pintado y de sus planes de hacer una exposición en primavera.

—Yo la ayudaré —ofreció Max de improviso.

—¿De verdad? —preguntó ella con alegría, aunque enseguida adoptó un aire reflexivo—. Pero ¿aún estará usted por aquí? ¿No tenía usted un itinerario?

—Me quedaré en Riva por lo menos hasta la primavera. ¡No pienso perderme su exposición!

La sonrisa que ella le dedicó reflejaba lo mucho que la alegraba la noticia. Y cuando Max se dio cuenta de que correspondía a su sonrisa al beber de su copa de vino blanco, comprobó que se sentía igual. Qué mujer tan especial.

Después de cenar la acompañó a casa.

—Gracias, Hélène —musitó, y la abrazó. Ella no le devolvió el abrazo, pero tampoco se apartó—. No se imagina usted lo mucho que han significado para mí estas horas con usted—. Le dio un beso en la frente.

Hélène buscó su mano y se la apretó con fuerza.

—Buenas noches.

Max esperó a que hubiera entrado en casa y cerrado la puerta antes de regresar al hotel silbando alegremente. Mientras andaba, la idea para un regalo muy especial empezó a tomar forma en su cabeza.

Residencia de los Rothmann, principios de noviembre de 1903

WILHELM ROTHMANN CONTEMPLABA con incredulidad el telegrama que tenía en las manos. Leía una y otra vez el mensaje que contenía sin dejar de negar con la cabeza.

No iré. Mal tiempo. No hay trenes. Hélène.

Se había temido algo por el estilo cuando su esposa no llegó a Stuttgart en la fecha acordada. Theo se había pasado varias horas esperando en la estación el pasado viernes y tuvo que volver a Degerloch con las manos vacías. Hondamente avergonzado, había dado cuenta de lo sucedido, y Wilhelm Rothmann había sentido un escalofrío detrás de otro en la espalda ante tal humillación. El comportamiento de Hélène era inaceptable.

Debería de haber estado prevenido, puesto que después de mandarle el billete de tren para su regreso había recibido una breve nota en la que ella le contaba que su estado de ánimo volvía a ser tan inestable como antes. Pero él había supuesto que su clara orden surtiría efecto. Al fin y al cabo, le había informado de que los envíos de dinero se detendrían. ¿Cómo pensaba apañárselas sin apoyo económico?

Ese telegrama era el colmo.

Una cosa era cierta: la llegada anticipada del invierno ese año había paralizado todo el país. Caían fuertes nevadas día y noche; la nieve se había acumulado en un manto blanco de más de un metro de grosor. Robert y Theo no daban abasto para despejar las vías y accesos. Las máquinas quitanieves, barredoras de madera tiradas por caballos, recorrían las carreteras sin descanso.

Sin embargo, el mensaje de Hélène parecía ocultar algo más que un contratiempo causado por la climatología adversa. Lo estaba desobedeciendo. Si hubiera escrito «Iré más adelante» o «Aún no puedo ir», la cosa habría sido muy distinta.

No le quedaba más remedio que ponerle los puntos sobre las íes y dejarle muy claro que no toleraría esa actitud. Si hubiera podido, se habría ido a Riva de inmediato para traerla a casa en persona. Pero la situación precaria de la fábrica de chocolate y el delicado asunto del compromiso de Judith requerían su presencia. Por eso había detenido de inmediato los envíos de dinero. Quizá con eso bastara para hacerla volver al redil.

Wilhelm Rothmann respiró profundamente.

En los últimos tiempos, parecía víctima de un verdadero temporal de dificultades como las que el invierno había traído a Stuttgart en forma de nieve. Las cosas no podían seguir así, no iban a seguir así. ¡No en vano era él una autoridad en la ciudad!

Llamaron a la puerta.

Wilhelm Rothmann dejó el telegrama a un lado y se puso de pie. Le dolían la cabeza y la espalda y nada le habría gustado más que pedirle a Margarete que le diera un masaje, pero antes de eso lo esperaba una reunión con su futuro yerno.

Babette abrió la puerta, hizo entrar al visitante y la cerró de nuevo con un leve chasquido.

—Buenos días, señor Rothmann —lo saludó Albrecht von Braun con su apagado tono de voz característico.

—Buenos días, Albrecht, qué bien que haya encontrado un momento para venir a verme. Siéntese. —Señaló las butacas del rincón—. ¿Un cigarro?

Albrecht asintió. Encendieron sendos cigarros y pasaron unos instantes soplando el humo gris azulado. Poco después, Rothmann fue al grano.

—Albrecht, usted sabe cuánto lo aprecio. Por eso, me parece muy importante que dejemos algunas cosas claras durante los preparativos de la boda.

—A mí también me parece necesario —respondió Albrecht con un tonillo de superioridad que irritó a Rothmann.

—Judith está preparándose para su nuevo rol de esposa —explicó, esperando que su voz sonara lo bastante convincente—. Tiene un carácter muy activo, por eso necesita algo más de tiempo que las mujeres con una mente más madura.

Albrecht sonrió.

—Ya me había dado cuenta —dijo en tono indulgente—. Si, llegado el día de la boda, da muestras de poseer las cualidades que se esperan de ella, no supone problema alguno. —Hizo un gesto conspirador a Rothmann—. Confío plenamente en su autoridad paterna.

—Y bien que hace —le aseguró Rothmann para, a continuación, dar una calada a su cigarro y hacer una pausa dramática—. ¿Qué planes tiene para su futura vida en común?

Una sonrisa insegura se dibujó en el rostro pálido de su interlocutor.

—Bueno, ella dispondrá de todas las comodidades.

—Su padre me dio a entender que va a cederles una mansión en la ciudad.

—Así es. Con espacio suficiente para un buen puñado de nietos. —
Albrecht von Braun volvió a guiñarle un ojo.

Rothmann hizo como si no hubiera oído aquel comentario, a su parecer, salaz.

—Y dígame, ¿cuándo va a empezar a trabajar junto a su padre en el banco? ¿Lo está preparando ya para llevar el negocio? —Había pensado con detenimiento en cómo formular aquella pregunta, cuya respuesta ya conocía. Le interesaba en particular la reacción del joven, por eso se quedó observando a Albrecht von Braun.

Un rubor avergonzado le coloreó de inmediato las mejillas.

—Esto... Ah, sí. Trabajo allí habitualmente —dijo él sin precisar nada.

—¿Y cuáles son sus responsabilidades? —insistió Rothmann.

—Pues... Esto... Presto apoyo al procesamiento de pagos.

—Ya veo. Su padre debe de consultarle las decisiones y negociaciones importantes, ¿verdad?

—De vez en cuando. ¡Pues claro!

El interrogatorio empezaba a incomodar a Albrecht von Braun. Wilhelm Rothmann se dio cuenta de que empezaba a sudar y no dejaba de pasarse el dedo por el cuello de la camisa, como si la corbata le apretara el cuello.

—Es una gran labor, encargarse de la continuidad de un banco de tanto éxito —observó Rothmann.

—Mi padre goza de una salud excelente —aseguró Albrecht, en un tono casi desafiante—. No hay motivo para empezar a hablar de su sucesión.

Rothmann lo dejó correr. Era evidente que Albrecht von Braun no era consciente de su verdadera situación en el banco. Parecía obvio que lo tenían entretenido y más tarde, cuando llegara el momento adecuado, recibiría una buena compensación a cambio de renunciar a su sucesión en la empresa.

Aquello era un contratiempo en sus planes, pero no le quedaba elección.

—Podrá usted mantener a su familia —constató Rothmann—. Y, al fin y al cabo, eso es lo más importante.

—¡Eso por supuesto! —dijo Albrecht con agitación mientras dejaba su cigarro en el cenicero para que se apagara—. Espero que no albergara usted

ninguna duda al respecto.

—Cuando tenga usted una hija, Albrecht, me entenderá —respondió Rothmann diplomáticamente, satisfecho de no haber aceptado el crédito de emergencia libre de intereses que el padre de Albrecht le había ofrecido.

Había echado cuentas con sumo cuidado, pero la condición absurda que iba unida al crédito había sido acicate suficiente para agotar todas sus opciones antes de aceptar aquel préstamo. Si Albrecht von Braun no tenía un lugar reservado en el banco de su padre, no se le había perdido nada en la empresa de Rothmann. Aquel joven no parecía poseer las cualidades necesarias en un empresario.

Era una lástima que se hubiera visto abocado a llevar a cabo aquella transacción. Pero los créditos acordados deberían pagarse con puntualidad durante los preparativos de la boda. De lo contrario, los aprietos financieros de la fábrica de chocolate se volverían insuperables.

—¿Me permite invitarlo a cenar, Albrecht? —ofreció Wilhelm Rothmann con aire conciliador mientras le daba unas palmaditas en el hombro en un gesto que esperaba que pareciera paternal.

Albrecht se puso en pie de un salto.

—¡Será un placer! ¿Estará presente también su hija?

—Me temo que no.

Lo más apropiado habría sido que Judith cenara con ellos, desde luego, pero su actitud testaruda no había cambiado ni un ápice y Wilhelm Rothmann no quería arriesgarse a que Albrecht von Braun se llevara un nuevo desplante. Había demasiado en juego.

—Vaya, qué lástima. Parece que nunca encuentra tiempo para dedicar a su prometido. —Albrecht no se molestó en ocultar su decepción.

—Las mujeres tienen muchas cosas que hacer cuando se comprometen. Le ruego que no se lo tenga en cuenta —suplicó Wilhelm Rothmann.

Albrecht von Braun se dio por satisfecho con esa respuesta y todo rastro de enfado pareció esfumarse en cuanto sirvieron la cena. Tenía un apetito considerable, y repitió todos los platos al menos una vez.

Wilhelm Rothmann también disfrutó de la cena.

A la cocinera le había quedado exquisito el venado con guarnición, y el vino tinto que lo acompañaba tenía un aroma intenso y un sabor aterciopelado. Los buñuelos de manzana que se sirvieron de postre eran crujientes y deliciosos.

Después de que Albrecht von Braun se despidiera, Wilhelm Rothmann regresó a su despacho. A pesar de todas sus tribulaciones, se sentía

embargado por una cierta satisfacción. Por lo menos, sus planes se desarrollaban según lo previsto y le permitían mostrarse un poco optimista. Judith tenía el futuro asegurado, había salvado la empresa y, si lo que recibía a cambio era un yerno de cualidades limitadas, podía darse con un canto en los dientes. Lo que estaba claro era que Albrecht nunca pondría los pies en las oficinas de su fábrica.

Por el momento, alejó de su mente todo pensamiento acerca de su mujer. Si al final no regresaba, ya tomaría las medidas adecuadas.

En las próximas semanas debía concentrar todas sus fuerzas en salvaguardar el trabajo de toda su vida.

Jardín zoológico de Nill, mediados de noviembre de 1903

EL TEMPORAL DE nieve por fin había amainado un poco. Judith dedicó una sonrisa a Victor, que estaba sentado a su lado en un estrecho banco de madera abrochándose los patines de hielo que Edgar Nold le había prestado. Cuando advirtió su mirada, sonrió complacido.

—Estará usted esperando que le haga una demostración magnífica —aventuró con socarronería—. Con una o dos caídas incluidas.

—Uy, no, para nada —dijo Judith, siguiéndole el juego—. Me consta que posee usted un talento natural, señor Rheinberger. Y, como tal, en pocos minutos estará deslizándose por el hielo ligero como una pluma.

—Así que le consta.

—Y, en caso de caer, lo hará, naturalmente, *très élégant* —añadió ella.

—Y, naturalmente, solo a propósito. —Victor siguió la corriente de la conversación llena de ironía.

Se echaron a reír, y Victor ató el último cordón de cuero de la bota. A continuación, intentó ponerse en pie.

—Lo está haciendo maravillosamente bien —dijo Judith, exagerando el cumplido con intención, puesto que Victor no había avanzado ni un metro.

Victor sonrió con elocuencia. A continuación, le tomó a Judith los patines de la mano.

—¿Me permite? —preguntó, y se agachó frente a ella para ayudarla.

Judith miró a su alrededor para ver si había alguien observándolos, pero, aunque el Jardín zoológico de Nill estaba muy concurrido esa tarde, nadie se fijaba en ellos. Cada uno estaba concentrado en sus patines y su propia diversión.

Dora, que los acompañaba, se había sentado a cierta distancia y hacía como si no estuvieran. Judith estaba muy agradecida a su dama de compañía por cubrirla en sus citas secretas con Victor. Sabía que no diría ni una palabra sobre aquella salida.

Victor le abrochó los patines con habilidad. Lo hacía con gestos delicados, casi tiernos. Y, al ver a aquel hombre alto y orgulloso allí arrodillado frente a ella con las cuchillas de sus patines en el regazo mientras pasaba los cordones por los ojales, sintió un profundo afecto por él. En un impulso repentino, se quitó un guante y le pasó los dedos desnudos por el pelo oscuro.

Él alzó la mirada, y Judith reconoció en sus ojos el mismo anhelo que ella sentía. Muy despacio, retiró la mano, acariciándole sin querer la mejilla y el cuello. Sentía que los dedos le ardían y vio cómo él tragaba saliva.

Con manos temblorosas volvió a ponerse el guante mientras Victor se afanaba en comprobar que sus patines estaban bien abrochados.

Entonces se levantó y le tendió la mano.

—¿Me permite, señorita Rothmann? —Había vuelto a sus ojos aquella chispa de diablillo.

Judith carraspeó y, con una sonrisa, lo tomó de la mano.

—Por supuesto. Espero que domine usted el vals del hielo.

Victor se echó a reír.

—¿El vals del hielo? ¡Por supuesto! Aprendí a bailarlo cuando era un mocoso.

Judith soltó una risita. Entrelazó el brazo con el suyo y se dejó conducir hasta la pista de patinaje.

El sol de la tarde se había ocultado tras las nubes. Sus rayos velados daban al jardín zoológico un aire de cuento invernal. Arrancaban destellos al grueso manto de nieve que cubría los cercados de los animales, los árboles y los matorrales, el césped y los caminos, y se reflejaban en la gran superficie de hielo que se construía en el prado todos los inviernos.

Por allí pululaban jóvenes y viejos haciendo piruetas, jugando y echando carreras. Algunos niños se deslizaban por los bordes con zapatos de calle. Quienes no se divertían patinando, se dedicaban a contemplar el paisaje o a pasear por el jardín. La diversión y la risa reinaban en el aire invernal.

En sendos puestos calentados con carbón, dos vendedores ofrecían deliciosas salchichas, mientras que otro vendía dulces, nueces y almendras. Y chocolates Rothmann, comprobó Judith con alegría.

Seguía agarrada a Victor. Juntos empezaron a deslizarse sobre el hielo.

—Dígame, señorita Rothmann, ¿qué nota les pone a mis habilidades como patinador?

—Le doy un aprobado justo —bromeó Judith.

—¿Un aprobado justo? —Victor inclinó la cabeza hacia ella—. Si pudiera, señorita Rothmann, bailarías con usted un vals del hielo que le haría

perder el sentido —le susurró al oído—. Por desgracia, hay unos límites que no puedo traspasar. Pero permítame que le enseñe lo que quiero decir.

Victor le soltó el brazo y empezó a patinar con habilidad y alborozo.

Judith lo observaba. La insinuación que acababa de hacerle le había sacado los colores. Y no por vergüenza, como cabría esperar, sino a causa de una reacción involuntaria de su cuerpo. Solo imaginarse estar a solas con él bailando un vals que rozara lo indecente provocaba una excitación poderosa e inesperada en ella.

¿Cuántos años tendría? Le echaba veintimuchos, pero no podía estar segura. En algunas situaciones parecía más mayor y experimentado. Era evidente que no había tenido una vida fácil.

Judith sintió una curiosidad repentina.

Hasta entonces, apenas se había preguntado quién era Victor y de dónde venía. Pero, de repente, sentía unas ganas tremendas de saber cómo era su vida antes de que llegara a Stuttgart. ¿Quiénes eran sus padres? ¿Tenía hermanos? ¿Alguna enamorada?

Judith se arrebuja en el abrigo forrado de piel que llevaba sobre un vestido verde oscuro de cálida lana, metió las manos en el manguito y empezó a dar vueltas sobre el hielo absorta en sus pensamientos.

Había perdido de vista a Victor, algo que no era de extrañar teniendo en cuenta la cantidad de gente que había.

Pasó frente al banco en el que Dora esperaba sentada y le mandó un saludo. Un mozo jovencito y otra doncella se habían sentado a su lado. Los tres charlaban animadamente, y Judith fue consciente de que ella y Dora habitaban mundos diferentes aunque vivieran en la misma época. Era una idea muy extraña.

Dos niños pequeños se cruzaron por delante y estuvieron a punto de chocar con Judith, que tuvo que pensar en sus hermanos para no regañarles. En lugar de eso, los dejó marchar y se quedó mirando cómo correteaban por el hielo, suponiendo que el adulto a su cargo les haría, tarde o temprano, los reproches pertinentes.

—¡Vaya, esos caballeretes tienen que aprender a mantener las distancias! —dijo Victor, que volvió a aparecer junto a ella en ese preciso instante. Frenó con una pirueta elegante.

—Eso mismo pienso yo —replicó Judith, haciéndose una visera con la mano para protegerse la vista de la luz deslumbrante.

Victor dio media vuelta y se le acercó tanto que Judith sintió su torso corpulento rozándole la espalda. Aunque sabía que no debía hacerlo, se

recostó en él. Él la tomó de la cintura para sostenerla. El tacto de sus manos era embriagador. Judith cerró los ojos y se permitió complacerse con aquel momento, olió el jabón de Victor y su aroma propio y, durante unos minutos maravillosos, el mundo que la rodeaba pasó a un segundo plano.

—No me esperaba que tuviera usted tal dominio del patinaje sobre hielo —murmuró Judith.

Sintió la risa contenida de Victor junto a su cuello.

—Hay mucho que no sabe de mí, señorita Rothmann... Judith...

Él se separó con cuidado, la tomó de la mano y la arrastró con él a dar una vuelta rapidísima a la pista que la dejó sin aliento. Judith rio eufórica mientras el paisaje se difuminaba en manchas blancas, azules y grises. Perdió el manguito, pero le daba igual. Por primera vez en meses se sentía ligera y sin preocupaciones.

Y entonces Victor la abrazó y empezó a dar pasos de vals.

—¿Puedes llamarme por mi nombre a partir de ahora? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Judith asintió y le dedicó una amplia sonrisa; con sus brazos rodeándola, sintió que su corazón iba a explotar de felicidad.

—¡Ay, cielo santo! —Unas pocas vueltas después, Judith se separó con premura mientras miraba con intranquilidad hacia el sendero que llevaba hasta el prado desde el cercado de los simios.

—¿Qué pasa? —preguntó Victor, molesto.

—¡Por allí vienen dos amigas mías! Charlotte y Dorothea. ¡Ya nos han visto!

Victor se apartó al instante.

—Lo siento mucho, Judith. No quería ponerte en un aprieto. —Parecía compungido de verdad. Judith le dirigió una leve sonrisa.

—Ya lo sé. No es culpa tuya, Victor. No solo tuya, al menos. Yo tendría que haber recordado que en cualquier momento podría aparecer un conocido.

—¿Dorothea von Braun es la hermana de Albrecht von Braun?

Judith dio media vuelta.

—Sí. ¿Lo conoces? —Habló en un tono más brusco de lo que pretendía.

Victor la miró perplejo.

—Es amigo de Edgar Nold, mi compañero de piso. Ya sabes quién es —dijo él, confuso.

Judith se arrepintió de su aspereza.

—Sí, claro. Edgar y Albrecht son amigos, debes de haberlo visto alguna vez —admitió mientras, por el rabillo del ojo, veía acercarse a Dorothea. A su

lado, Charlotte le hablaba con vehemencia.

—Será mejor que me vaya, Judith. Pero estaré cerca de tu dama de compañía hasta cerciorarme de que vas a llegar a casa sana y salva.

—No. Quédate un momento. Te presentaré. Será mucho mejor que no que nos vean despedirnos precipitadamente —repuso Judith.

—Como quieras. ¿Quién es la otra dama?

—Charlotte Wenninger. Dorothea, Charlotte y yo pasamos mucho tiempo juntas.

—Ya entiendo —dijo Victor.

Fingieron estar charlando sin más hasta que las dos muchachas llegaron junto a ellos.

—Vaya, Judith, ¡quién lo iba a decir! ¿Hoy no ibas a patinar al lago? —Dorothea la saludó con la cordialidad habitual, pero a Judith no se le escapó la mirada desconfiada que le lanzó a Victor—. A usted lo conozco —dijo sagaz—. Nos presentaron en la fábrica de chocolate, ¿verdad?

Victor hizo una escueta inclinación.

—Así es. Me alegro de volver a verla, señorita Von Braun.

Judith cayó en la cuenta de que Dorothea había visto a Victor el día que ella se desmayó. Se le había olvidado por completo.

—¡Ay, sí, es verdad! —se apresuró a intervenir—. El señor Rheinberger y yo estamos colaborando en una innovación técnica, Dorothea. Y hoy nos hemos encontrado por casualidad y, qué cosas, hemos acabado hablando de trabajo...

—Claro. Ya he visto lo mucho que hablabais. —Dorothea parecía molesta. Judith no lo entendía. Dorothea sabía de sobra que Judith no quería ni pensaba casarse con su hermano.

—Le ruego que me perdone —intervino Victor— si me he acercado a la señorita Rothmann más de lo deseable. Ella no tiene ninguna culpa.

La mirada de Dorothea pasó de él a Judith.

—¡Pues no lo parecía!

—Déjalo estar, Dorothea —terció Charlotte—. ¿No ves que está intentando protegerla? A mí me parece muy romántico.

—Lees demasiadas novelas, Charlotte —le recriminó Dorothea—. Pero como queráis—. Se dirigió a Victor—. Gracias por evitar que nuestra querida amiga cayera al hielo.

Él le sonrió agradecido.

—Faltaría más. La dejo tranquila, señorita Rothmann. Ya nos veremos en la fábrica. Señoritas... —Dicho esto, Victor se alejó por la pista de hielo y

desapareció entre los otros patinadores.

—Caray, ¡está prendado de ti, Judith! —dijo Charlotte con entusiasmo—. ¡Qué caballeroso!

—¡Por Dios, Charlotte! —la reprendió Dorothea—. Esto no es un juego. Y a ti —siseó mirando a Judith—, ¿qué se te pasa por la cabeza para pasearte por aquí con él como unos tortolitos? Entiendo que te guste el señor Rheinberger, y no hay nada que objetar a una conversación inocente, pero si sigues mostrándote en público con él de esta manera se va a armar un buen escándalo. ¡Y no te lo puedes permitir!

—Tienes razón —admitió Judith afectada—, pero es que ni te imaginas...

Nadie sospechaba lo mal que se sentía después del episodio con Max y la inseguridad que pesaba sobre ella.

—Bueno, Dorothea... —Charlotte intentó poner paz—. La mayoría de conocidos de Judith están en el lago. Creo que aquí es muy poco probable que alguien la vea.

—Pero nunca se sabe... —arguyó Dorothea, algo más tranquila, aunque no del todo.

—Sé que lo has hecho con buena intención, Dorothea —dijo Judith comprensiva—. A saber cómo habría reaccionado yo si te hubiera encontrado en una situación parecida.

—Ay, Judith, si supieras... En casa está todo patas arriba. Albrecht está obsesionado con la idea de que se va a casar contigo. Si llegara a sus oídos que hay otro hombre que... ya sabes, no sé lo que haría.

—¿Tan grave es la situación? —Judith se asustó.

Dorothea asintió.

—Pues sí. Max está lejos, y Edgar apenas viene a verlo. Le falta alguien que le explique cómo funciona el mundo. Albrecht bebe demasiado, no habla de otra cosa que no sea la boda, y mi padre lo apoya. Además, por las noches desaparece a no sé dónde.

—Es impensable que tu padre haya elegido a un hombre así para ti —masculó Charlotte indignada.

Judith volvió a tener la sensación de que se mareaba.

—¿Podemos sentarnos?

—Ay, ¿me he pasado? —preguntó Dorothea con preocupación—. Charlotte, ¡agárrala por el otro lado!

Sostenida por sus amigas, Judith avanzó a trompicones hasta el banco más cercano.

—Te quitaré los patines —dijo Dorothea con pragmatismo, y se puso a desabrocharle los cordones.

Mientras, Charlotte le puso una mano en el hombro en un gesto de consuelo.

—Lo de Albrecht te da miedo, ¿verdad?

—Muchísimo. No quiero casarme con él por nada del mundo, pero todos se comportan como si eso no tuviera ninguna importancia. —De repente, Judith sintió ganas de echarse a llorar.

—Te preocupa que al final tendrás que hacerlo tanto si quieres como si no —afirmó Dorothea mientras se sentaba junto a su amiga—. Y, a decir verdad, yo también lo temo.

—Pero ¿por qué tiene que ser precisamente Albrecht si a Judith no le gusta nada? —preguntó Charlotte—. Mi padre no me obligaría a casarme en esas circunstancias. Encontraría a otro.

Judith agachó la cabeza.

—Yo también me lo pregunto. Tal vez sea porque mi madre no está. Desde que se marchó, no se puede hablar con mi padre.

—Bueno, ¿sabéis qué? —dijo Dorothea con resignación—. Tu padre no es la excepción, Charlotte. El mío también me casaría sin tener en cuenta mis sentimientos si a él le interesara. —Suspiró—. Es injusto.

Judith sentía como la ira ardía en su interior.

—Eso es. Es injusto. ¡Y por eso no podemos permitir que nos hagan esto!

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Dorothea con inquietud.

—Aún no lo sé. Pero no voy a resignarme a mi destino sin más.

—Tal vez podríamos ponernos de acuerdo e ir a ver a tu padre... — Dorothea se interrumpió a media frase cuando Judith agachó la cabeza de repente—. ¿Judith?

Judith meneó la cabeza y se llevó una mano a la boca.

—¿Qué te pasa, Judith? Te has puesto muy pálida. —Charlotte también la miraba con preocupación.

—Me encuentro mal. —Judith se levantó, corrió trastabillando hasta el arbusto más cercano y vomitó.

Mansión de los Rothmann, Degerloch

—NO NECESITO QUE venga un médico, señora Margarete —aseguró Judith por enésima vez—. Se trata de una ligera indisposición, nada más. Habré comido algo que me ha sentado mal. Ya me encuentro mucho mejor.

—Pero su padre insiste en que la vea un médico, señorita Judith.

—Pues aunque se presentaran aquí diez médicos, no serviría de nada. No permitiría que me viera ninguno —refunfuñó irritada Judith.

El ama de llaves llevaba toda la mañana intentando convencerla para que llamaran al doctor Katz, pero Judith se negaba en redondo. No estaba enferma, por el momento se encontraba bien y no quería guardar cama más tiempo del necesario.

La situación del día anterior ya había sido lo bastante embarazosa. Sobre todo cuando Victor, que había vuelto a aparecer a su lado como salido de la nada, la sostuvo y le limpió los labios con su pañuelo.

En ese momento deseó que se la tragara la tierra y no quiso volver a pensar en ello. Aunque, en lo más profundo de su ser, le había gustado sentirse cuidada por él, le resultaba imposible imaginar que un hombre pudiera sentirse atraído por una mujer a la que había visto en ese estado.

Tras haberse recuperado un poco y despedirse de Victor con la mayor naturalidad posible, tuvo que convencer a Dorothea y Charlotte de que se sentía con fuerzas suficientes para irse a casa con Dora, lo cual no le resultó tan fácil. Solo se lo permitieron cuando vieron que Theo la esperaba en la entrada con el trineo tirado por caballos, no sin antes ofrecerle numerosos consejos y recomendaciones.

Judith había subido al trineo todavía mareada y aunque, en sus circunstancias, las curvas del empinado camino entre los viñedos no le sentaron bien, al menos no volvió a vomitar.

Había decidido no acudir a la cena, pues el simple olor a comida había vuelto a provocarle náuseas, y se fue a la cama sin dar más explicaciones. Su

padre pareció consternado, pero no la molestó. Judith oyó mencionar a Dora que había tomado demasiados dulces, lo que no era cierto, pero al menos ofrecía algún tipo de explicación y, gracias a eso, se había librado de la obligación de asistir a la iglesia por la mañana.

Ahora había que convencer al ama de llaves para que el asunto no tuviera mayores consecuencias, ya que Judith quería acudir al día siguiente a la fábrica a toda costa.

—No querrá usted hacer venir en balde al doctor Katz, señora Margarete. ¡Y con este mal tiempo! —apuntó Judith señalando hacia la ventana, donde se veían descender gruesos copos de nieve.

—De acuerdo. —El ama de llaves se dio por vencida, al fin—. Pero si su estado empeora lo más mínimo, enviaré a Robert a buscarlo de inmediato.

Judith asintió con la cabeza y se alegró al ver a la concienzuda Margarete marcharse. Justo cuando se estaba incorporando en la cama, volvieron a llamar a la puerta. Esta vez era Dora, que le traía una pequeña sopera con caldo.

—Gerti dice que le hará bien —mencionó mientras depositaba la bandeja con cuidado junto a la cama—. ¿Se siente usted mejor, señorita?

—Oh, sí, mucho mejor. ¿Ha dicho algo mi padre?

—Solo que le gustaría que la viera un médico.

—No me pasa nada. —Judith se sentó en el borde de la cama y levantó la tapa de la sopera. Pero volvió a sentir náuseas en cuanto olió la sopa. La tapó de inmediato y se recostó sobre los cojines.

—¿No quiere tomar nada? —preguntó Dora preocupada.

—Todavía no. La sopa está muy caliente. La tomaré más tarde —aseguró Judith—. ¿No vas a la iglesia, Dora?

—No. El señor me ha permitido quedarme con usted.

—Ah, muy bien. —A Judith le habría gustado estar un rato a solas, pero la presencia de su doncella no le molestaba—. ¿Serías tan amable de traerme un biscote, por favor? Y después me gustaría vestirme.

—¡Pero si está usted todavía muy pálida, señorita Judith! Tal vez sería mejor que hoy guardara cama. El biscote se lo traigo ahora mismo.

Mientras Dora se dirigía de nuevo a la cocina, Judith tomó el libro que le había prestado Dorothea, *Jane Eyre*, pero fue incapaz de concentrarse en la lectura. Aquellas náuseas eran muy peculiares. En los últimos días ya se había sentido indispuesta a ratos, sobre todo por las mañanas y a veces también por las tardes, pero sin llegar a vomitar. Tal vez el pescado que comieron la semana anterior no fuera del todo fresco, pero en ese caso también los

gemelos habrían tenido molestias estomacales. Y los dos estaban como una rosa.

Judith casi nunca se ponía enferma, por lo que decidió no hacer caso de sus molestias en la medida de lo posible. Esperaba que así se le pasaran antes.

VICTOR AVANZÓ CON dificultad en medio de la ventisca, que iba amainando, desde la estación del cremallera de Degerloch hasta la mansión de los Rothmann. Llevaba en el bolsillo una pequeña chapa esmaltada que había fabricado Edgar la semana anterior siguiendo sus instrucciones. Mostraba a una chica, que recordaba en cierto modo a Judith, bajo el letrero de la fábrica Rothmann rotulado con caligrafía moderna.

Esperaba que le gustase. Judith mostraba un enorme entusiasmo por el chocolate, la confitería y la fábrica. Con aquel regalo, Victor había querido representar no solo la pasión de ella, sino también su propia convicción de que Judith tenía una relación especial con la empresa, sobre todo porque tenía la impresión de que el padre no valoraba como debiera las capacidades de su hija.

Mientras caminaba, se quitó uno de los guantes y palpó en el bolsillo de la chaqueta para acariciar la lisa superficie de aquella placa ovalada, que en seguida adquirió el calor de su mano.

Había tardado un buen rato en decidir si se atrevería a visitar a Judith en su casa. Él sabía bien que, en las últimas semanas, Wilhelm Rothmann solía pasar las tardes de domingo en la fábrica para ir despachando trabajo atrasado, pero no podía estar seguro de ello, sobre todo con este mal tiempo, así que debía contar con que lo encontraría en casa.

Pero aquello no fue suficiente para disuadirlo. Desde que se había puesto enferma de repente el día anterior, se sentía de veras preocupado por Judith. No habría podido soportar pasar el día entero encerrado en su cuarto, sin hacer nada y sin saber cómo estaba. En algún momento de la tarde había tomado el cremallera y se había dirigido a Degerloch.

Y ahora que iba hacia su casa, empezó a invadirlo el nerviosismo, una emoción que no solía sentir y que le demostraba cuánto había llegado a significar Judith para él. Tardó casi veinte minutos en alcanzar el barrio residencial, aunque el trayecto desde la estación hasta allí estaba bastante despejado de nieve. Delante de la mansión de los Rothmann había un muchacho que quitaba la nieve del sendero con una pala. Al acercarse, Victor reconoció a Robert, el mozo de la casa. El chico lo saludó.

—Este año es una pesadez, con tanta nieve —comentó Victor, y se quedó un momento a su lado—. ¡Y estamos solo en noviembre!

—Pues sí. No quiero ni pensar que el invierno acaba de comenzar —respondió Robert con franqueza, apoyándose en la pala—. ¿Ha venido usted en tren, señor Rheinberger?

—Sí.

—Me extraña que haya servicio, con la nevada.

—Pues hay, pero han reducido la frecuencia, claro. Además, avanza a muy poca velocidad.

—Ya me imagino. ¿Deseaba usted ver al señor Rothmann?

—Sí, si se encuentra en casa. —Victor había estado pensando en cómo lograría ver a Judith, pues preguntar por ella de manera directa le parecía demasiado atrevido.

—Ha salido hace diez minutos, pero no sé adónde ha ido.

—¿De veras? ¡Qué lástima!

—Sí, siento mucho que se haya molestado en venir hasta aquí desde Stuttgart, señor Rheinberger. —Robert se quedó un momento pensando y luego dejó la pala colocada contra uno de los postes del vallado que rodeaba la mansión—. ¿Sabe usted? Venga conmigo a la cocina. Allí le ofrecerán una bebida caliente y podrá reconfortarse antes de regresar.

—Será un placer aceptar la invitación —respondió Victor, que de repente sintió mucha curiosidad por saber cómo terminaría la tarde.

En la cocina reinaba un ambiente agradable. La cocinera le sirvió una humeante taza de chocolate caliente, y colocó su chaqueta y su sombrero sobre la estufa para que se secaran antes.

—¿A quién se le ocurre hacer una excursión en un día como este? —preguntó la cocinera meneando la cabeza, y Victor tuvo que darle la razón en silencio.

—Pero yo no era el único pasajero del tren —apuntó como disculpa.

—No, claro, siempre hay un par de chalados —afirmó la cocinera.

Victor sonrió con ganas.

—Es verdad.

—Yo también habría tomado el tren —lo apoyó Robert.

En ese momento apareció Dora.

—La señorita desea un té... ¡Oh, buenas tardes, señor Rheinberger! ¡Qué sorpresa!

—Buenas tardes, Dora. Tenía intención de hacerle una visita al señor Rothmann.

—El señor ha salido —respondió la doncella.

—Lo sé, ya me ha informado Robert.

—Pero la señorita Judith sí se encuentra en casa. En seguida se lo comunico. Ya que ha hecho todo el camino hasta aquí, señor Rheinberger, no vamos a mandarlo de vuelta sin más. Robert, ¿puedes acompañar al señor a la sala?

—Como tú digas —replicó Robert.

—¿Y qué pasa con el té? —preguntó la cocinera.

—Lo servimos después en la sala. —Con estas palabras, Dora abandonó la cocina.

La cocinera se puso a rallar semillas de hinojo y comino, después vertió el agua hirviendo y, por último, depositó la tetera sobre la gran mesa de madera para dejar reposar la mezcla.

Victor terminó el chocolate y siguió a Robert hacia la misma habitación en la que aquella vez, después del grave accidente, habían atendido a Karl. Aquel día de verano había sido realmente trascendental: lo habían contratado en la fábrica de chocolate y había conocido a la hija del señor Rothmann. A veces, lo que parecen pequeñas casualidades generan repercusiones de un alcance inesperado.

Mientras esperaba a Judith, Victor se acercó a la chimenea, en la que chisporroteaba un fuego muy vivo, y se calentó las manos. Su mirada se posó sobre un retrato que colgaba sobre el hogar. Mostraba a una mujer hermosa de pelo oscuro, con un vestido de fiesta elegante y distinguido. De su esbelta figura emanaba un aura de elegancia extraordinaria. Sus rasgos y, sobre todo, el llamativo azul de sus ojos le recordaron a Judith.

Durante unos minutos se quedó abstraído en la contemplación del cuadro, hasta que un ligero crujido le indicó que alguien había entrado en la sala.

—Es mi madre.

Al oír la voz de Judith, notó un agradable escalofrío en todo el cuerpo.

Se volvió despacio hacia ella.

Todavía se la veía un poco pálida, allí de pie con su vestido ligero de tarde, pero su mirada ya había recuperado aquel brillo que tan bien conocía y que seguía fascinándolo cada vez que se encontraban.

—Os parecéis.

—Bueno, un poco —admitió Judith, y Victor se sintió traspasado por su sonrisa.

—Esos ojos. Un azul tan extraordinario. En un rostro maravilloso. — Victor vio cómo su semblante se iluminaba. Después volvió a ponerse serio.

—La echo de menos.

—Lo entiendo. ¿Regresará pronto a casa?

—La esperábamos a finales de octubre, pero no pudo viajar por culpa del mal tiempo, que no es que haya mejorado, la verdad.

Cuando Victor percibió la tristeza en su voz, deseó ser capaz de apartar toda la nieve para poder verla feliz.

—Ni siquiera este invierno durará para siempre, Judith. Pronto llegará el día en que tu familia pueda reunirse.

—Ojalá —suspiró Judith.

Lo invitó a tomar asiento cerca de la mesa redonda, ornamentada con un precioso taraceado. Ella se sentó frente a él, en una silla tapizada con brocado de seda.

—¿Qué te ha traído hasta aquí, Victor?

—Bueno... —Victor dudó un momento, pero luego decidió confesarle la verdad—. Quería verte. Me quedé preocupado ayer, al ver que no te sentías bien.

Victor se fijó en que un repentino rubor se apoderaba de su rostro.

—Gracias. Bueno, yo... siento mucho que tuvieras que ver cómo... —balbuceó ella.

Victor se dio cuenta de lo embarazosa que le resultaba la situación.

—En absoluto —le aseguró—. Me alegro de haber estado cerca y de haber podido ayudar.

Ella lo miró, insegura.

—De verdad que no me molestó nada, Judith. Lo único importante es que te sientas mejor.

En ese momento entró Dora con una bandeja y le sirvió a Victor un café y a Judith, su té. Junto a las tazas, depositó en la mesa una bandeja con pastas. Cuando se quedaron de nuevo a solas, Judith añadió azúcar al té y lo removió con la cucharilla, absorta en sus pensamientos.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Victor con delicadeza.

—Sí, sí. Estoy bien.

—¿Tuviste algún problema con tus amigas? Me refiero a que nos vieran juntos ayer.

Judith sonrió.

—¿Por el vals del hielo? Oh, no. Solo estaban un poco celosas.

Ahora fue Victor el que tuvo que sonreír.

—¿Celosas? Pues entonces es que lo hicimos todo bien.

—Dorothea y Charlotte se preocupan mucho por mí, eso es todo —aclaró Judith—. Pero la gente de buena familia no suele acudir al Jardín zoológico de Nill. No había muchas posibilidades de que me encontrase con alguien que me reconociera.

—Lo de patinar sobre hielo fue idea tuya, Judith —bromeó Victor.

Ella le lanzó una mirada fulgurante.

—¡Pero tú fuiste el que sugirió que hiciéramos algo juntos!

—Cierto. ¡Y fue todo un placer para mí! Me siento muy aliviado de oír que una excursión tan agradable no tuviera consecuencias negativas para ti.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Victor?

—¡Adelante!

—¿De dónde vienes? No quisiera parecer indiscreta, pero...

—Sientes curiosidad, Judith, y es comprensible. Soy de Berlín. Mi padre es oficial del ejército prusiano.

—Oh. Nunca lo habría pensado.

—¿No? ¿Y qué habías pensado?

Victor la miró con expresión divertida.

—Esa es la cuestión. No era capaz de llegar a ninguna conclusión plausible.

—Y eso también es lógico. No tengo aspecto de ser un hombre de buena familia, pero tampoco de ser un obrero, espero.

—Justo —estuvo de acuerdo Judith, y se alegró de que él hubiera ido al grano—. ¿Y qué te ha traído a Stuttgart? ¿Es más bonito que Berlín? ¡Yo me imagino Berlín como algo espectacular! Y aquí es todo más bien tranquilo.

—Se podría decir así, claro. Pero me gusta mucho vivir aquí. Stuttgart posee un encanto sereno. Berlín es más ajetreada y ruidosa.

—Me encantaría visitarla algún día.

—Y a mí me encantaría enseñártela. Algún día.

Judith volvió a ruborizarse y Victor se alegró al darse cuenta de que ella también luchaba por controlar sus sentimientos. Si fuera un hombre de buena posición, hace mucho que se habría propuesto conquistarla. Pero entre su oscuro pasado y su incierto futuro no podía albergar esperanzas, de momento. Todavía tenía demasiados asuntos por resolver. La miró. Al menos le debía una mínima explicación.

—Mi padre quería que yo también me dedicara a la carrera militar. Por eso estudié en la academia militar prusiana.

—¿Y no te gustó?

—No. En absoluto. De ningún modo habría podido dedicar mi vida a algo así.

—¿Mejor al chocolate? —se burló Judith.

—¡Muchísimo mejor!

De repente se produjo un gran estrépito en la casa. Se oyeron voces y pasos, algo se había caído al suelo.

Victor interrogó a Judith con la mirada.

—Seguro que se trata de mis hermanos, otra vez.

—Será mejor que me despida, Judith. Ha sido...

En ese momento llamaron a la puerta. Babette entró en la sala e hizo una reverencia rápida.

—El señor Albrecht von Braun ha venido a verla, señorita —le explicó muy deprisa—. Le he dicho que ya tiene una visita, pero exige ver a su prometida.

Victor se sintió como si le hubieran arrojado un cubo de agua helada. ¿Había oído bien? ¿Judith estaba prometida a Albrecht von Braun? Es cierto que habían llegado a sus oídos algunos chismes en ese sentido, pero no les había prestado mucha atención. En la fábrica siempre circulaban muchos rumores.

Se quedó desconcertado. Por supuesto, esto explicaba la reacción de las muchachas el día anterior en la pista de hielo. Si lo hubiera sabido, no las habría acompañado.

No sabía qué pensar. Todos los momentos tiernos de las últimas semanas de repente adquirieron un regusto amargo. ¿Por qué se lo había ocultado? ¿Y cómo había podido confundirse tanto con ella? Entonces se dio cuenta de que Judith lo estaba mirando. Se había puesto pálida como la cera y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Victor, no es lo que parece...

—No te molestes, Judith. —La voz de Victor sonó más áspera de lo que habría querido. Le costaba mucho reaccionar con moderación, en su pecho luchaban sentimientos encontrados.

—¿Qué hago? —preguntó Babette con insistencia.

—Haga pasar al señor —dijo Victor, sabiendo que no le correspondía a él dar aquella orden.

Judith reaccionó frunciendo el entrecejo. Aquel gesto de enfado también lo conocía bien, y le dieron ganas de suavizarlo con un beso. Cuando Babette abandonó la estancia, dio un paso y se acercó a Judith.

—Te deseo que pases una tarde muy agradable —le dijo, manteniendo el control, mientras le ponía en la mano la chapa esmaltada. El regalo que había llevado todo el tiempo en el bolsillo de la chaqueta.

Mientras tanto, en Venecia

SI HUBIERA PODIDO elegir la época del año en la que visitar Venecia por primera vez, con total probabilidad no habría sido el otoño y, mucho menos, el mes de noviembre. ¡Y lo que se habría perdido!

Hélène miró por la ventana de la habitación del hotel.

Una niebla espesa cubría la ciudad de los canales. Las siluetas de los magníficos edificios apenas se vislumbraban tras el velo gris. Incluso el sonido de las campanas, que a aquella hora repicaban en las numerosas iglesias por toda la ciudad, llegaba amortiguado. Pero, a pesar de todo, ya se intuía la belleza de Venecia, como si solo estuviera esperando quedar por fin al descubierto. Hélène aguardaba con ilusión el momento en el que se levantara la neblina.

Se alejó de la ventana y pensó en qué ropa ponerse. Se mantenía en su renuncia a los opresivos corsés, aunque había dejado en Riva sus vestidos más sencillos. Terminó por decidirse por un vestido con una falda plisada de lana gris oscuro y una blusa de seda a rayas azules y rojas, con una hermosa caída. Por último, se recogió el pelo y se puso un tocado de terciopelo y fieltro a juego, decorado con un broche y un lazo de seda rojo oscuro. Después tomó su bolso y un paraguas, y bajó por la estrecha escalera hasta la recepción del pequeño hotel familiar en el que se alojaban, no lejos del Campo San Polo. Esperó con paciencia hasta que llegó Max, unos diez minutos después de la hora acordada, con una sonrisa de disculpa en los labios.

—¿Ha debido esperar usted mucho, Hélène?

Hélène negó, sonriendo. Max sabía que ella llegaba siempre puntual. Y ella sabía que Max tenía una relación muy relajada con las agujas del reloj. Se quitó el sombrero y le ofreció el brazo a Hélène.

—Bueno. Ya que en las últimas semanas me convertí en su oyente más atento, ahora me toca a mí mostrarle el encanto de Venecia. Espero que quede usted satisfecha con el guía.

—De eso no me cabe la menor duda.

Hélène tomó su brazo. Cuando salieron al estrecho callejón del hotel, el sol ya se estaba abriendo paso entre los retazos de niebla.

—Hemos tenido suerte. En Venecia siempre llueve en noviembre —se alegró Max, que conocía bien la ciudad, dirigiendo al cielo una mirada satisfecha.

—En Alemania nieva —afirmó Hélène—. Una vecina mía de Riva, cuyo hijo vive en Ulm, me ha contado que en estos momentos hay muchísima nieve.

—Sí, a mí me ha escrito lo mismo un amigo. Parece que ya ha llegado el invierno, por lo menos al sur de Alemania —comentó Max, y colocó su mano sobre la de Hélène—. Eso me hace alegrarme aún más de que no nos encontremos allí. ¿Le apetece visitar *La Serenissima*?

—¡Oh, sí!

Caminaron pocos minutos hasta la siguiente parada de los *vaporetti* del Gran Canal, y allí subieron en uno de los pequeños barcos de vapor que surcaban de manera regular los numerosos canales de Venecia.

Durante el lento recorrido en dirección a la piazza San Marco, Hélène disfrutó de la vista de las maravillosas fachadas de los edificios, con sus tonos cálidos rojos y amarillos, que flanqueaban el canal justo en la orilla. Ya había oído muchas veces que Venecia estaba construida sobre postes de madera, pero verlo con sus propios ojos le resultó cautivador.

—Casi todas las casas cuentan con un embarcadero propio —le dijo a Max—. En Venecia, los barcos sustituyen a los carruajes.

—Pues sí. Y el agua sustituye a las calles —añadió Max.

—Esta ciudad es tan especial —afirmó Hélène—. Los sonidos, el olor, la gente. No me extraña que tenga ese enorme poder de atracción.

Max afirmó con la cabeza.

—La ciudad de los enamorados. —Y tomó su mano.

Hélène le sonrió. A duras penas era capaz de creer que estaba allí, con él.

Cuando Max, después de la excursión al valle de Ledro, había vuelto a comportarse con gran reserva y la había tratado como a una desconocida, había sentido un dolor profundo y verdadero, pero al mismo tiempo lo había entendido muy bien. Ella era unos años mayor, eso era un hecho, no se le podía reprochar que no quisiera relacionarse con ella. Hélène no le guardaba rencor, sino que estaba dispuesta a dejarlo marchar con cariño.

Hasta que, de repente, él había aparecido en su puerta, tímido e inseguro. Le había confesado sus sentimientos sin dejar ninguna duda de lo que sentía

por ella. Y ella se había lanzado al riesgo de aquel amor extraordinario. Igual que se atrevía Hermione con Christl, aun sabiendo que el tiempo que compartían era limitado. Pero ¿no era cierto que lo único que contaba era el presente?

La invitación de Max a Venecia había supuesto una sorpresa. Dos días antes se había subido con toda la ilusión al barco de vapor hacia Desenzano, para tomar el tren hacia Venecia al día siguiente.

Y aquí estaban ahora. Hélène paseó su mirada por los impresionantes edificios e intentó contemplar la ciudad con los ojos del aspirante a arquitecto.

Las ventanas, muchas de ellas a ras del suelo, se alineaban de forma simétrica, enmarcadas con arcos redondos o en punta, y delante de ellas sobresalían pretils bajos o pequeños balcones festoneados con delgadas columnas que realzaban los ejes principales; algunos estaban cubiertos por un dosel.

Los muros lucían ornamentados y decorados con gusto. Daba la impresión de que aquellos palacios nobles y elegantes habían sido construidos por un maestro pastelero, pues sabían combinar la gracia y la ligereza con un aire de solidez monumental. Eran testigos de épocas ya lejanas, pero no habían sido construidos para la eternidad. Las marcas del agua en los zócalos mostraban las huellas de una fuerza muy superior a cualquier hazaña humana: la del agua.

—Es un lugar de ensueño, ¿verdad? —le susurró Max al oído. Estaban sentados muy juntos en la cubierta del *vaporetto*. Él le apretó un tanto la mano—. Todo es tan noble. Y sin embargo, está construido con arena.

Habían tenido el mismo pensamiento.

—¿Sabe usted cómo surgió Venecia, Hélène?

Ella negó con la cabeza.

—En un principio, edificaron en cada una de las islas pantanosas. Eran ciento veinte islas, conectadas mediante puentes. Imagínese, hoy en día, más de cuatrocientos puentes conectan la ciudad.

—Es del todo increíble.

—La mayoría de estos palacios señoriales eran el lugar de residencia de la aristocracia veneciana y las familias patricias acaudaladas, y son muy antiguos. Muchos fueron construidos hace cuatrocientos o quinientos años. Algunos, incluso más.

—Para construir mansiones de este estilo supongo que haría falta muchísimo dinero, ¿no es cierto?

—Exacto. —Max jugueteaba con los dedos de ella, mientras Hélène lo acariciaba con delicadeza.

—¿Y de dónde provenía esta riqueza tan inmensa? —quiso saber ella—. ¿Solo del comercio?

—Venecia era un importante centro comercial, qué duda cabe. Los mercaderes locales trataban incluso con Asia. Pero también la construcción naval y después la fabricación de telas, sedas y cristal le reportaron mucho dinero a la ciudad, sobre todo cuando su potencia mercantil fue disminuyendo —aclaró Max—. ¡Ah, hemos llegado!

Habían llegado al embarcadero de la piazza San Marco y abandonaron la embarcación.

—Menos mal que podemos pasear sin mojarnos los pies —comentó Hélène—. He leído que en los meses de invierno el agua suele subir tanto ¡que hay que vadear la plaza con el agua hasta las rodillas!

—Es una suerte, la verdad. Aunque seguro que sería muy agradable bañarse aquí, en la laguna —replicó Max.

—Bueno, no estaría entre mis experiencias favoritas, la verdad —contestó Hélène. Max se rio.

Igual que el día anterior a su llegada, un tibio sol otoñal brillaba sobre la laguna. Aunque no alcanzaba para calentar el ambiente, bañaba las plazas, callejas, canales y puentes con una luz mágica.

Un noviembre idílico con un atractivo muy especial.

Mientras deambulaban por la piazza San Marco, Hélène se fijó de inmediato en una gran superficie en obras.

—¿Es aquí donde estaba el *Campanile*? —le preguntó a Max.

—Sí, hasta el año pasado, que se derrumbó.

—Lo leí en el periódico. Ya habían acordonado la torre, porque habían visto las grietas. Menos mal que no hubo víctimas.

—Excepto el gato del sacristán.

—¿El gato del sacristán?

—He oído que quedó sepultado. Al menos eso dicen. —Max sonrió de manera generosa—. Pero seguro que es un cuento. Lo más probable es que aprovechara la oportunidad para buscarse otro hogar.

Hélène le dio un empujoncito. Él la rodeó con el brazo y por un momento la abrazó con fuerza.

—Y ocurrió otra cosa muy rara, cuando se derrumbó la torre —añadió él con aire de misterio.

—Oh, ¿qué fue? —preguntó Hélène, imitando su tono trascendental.

—El arcángel Gabriel de oro, que desde hace siglos hace guardia sobre la ciudad, ¡cayó de pie justo delante de la puerta de la basílica!

—Los ángeles tienen alas, claro —replicó Hélène—. Así pueden elegir dónde quieren aterrizar.

Los dos rieron la ocurrencia.

—Hélène, ¿me permite acompañarla al interior de la catedral de San Marcos? —le pidió Max, con una formalidad exagerada, señalando la impresionante basílica con un gesto elegante.

—Pero antes supongo que tendrá algún comentario sobre esta fachada tan extraordinaria —lo incitó Hélène con aire que fingía ser severo.

—¡Por supuesto! Aunque, lo lamento, no tengo mucha práctica como guía. ¿Me disculpa usted? —le preguntó Max, en esta ocasión con tono servil.

—Está bien, pero sin que sirva de precedente —respondió Hélène con indulgencia y un ligero apretón en el brazo.

Juntos contemplaron los cinco pórticos con los arcos decorados por mosaicos. Cada uno representaba una escena distinta, pero el pórtico central superaba a los demás en tamaño y magnificencia. Max señaló hacia arriba.

—¿Ve los caballos dorados en la galería? Fueron robados en Constantinopla, igual que las columnas y las esculturas de la fachada. —Max la miró con atención y después le señaló los cinco arcos apuntados que enmarcaban los pórticos—. En la punta de cada arco se encuentra uno de los santos patrones de Venecia.

—¿Y necesita cinco santos?

—Más vale asegurarse, ¿no le parece? Así que ahí arriba vigilan Constantino, Demetrio, Jorge y Teodoro. Y, por supuesto, Marcos, en el centro.

—Bueno, entonces no puede pasar nada —bromeó Hélène—. Un santo para cada punto cardinal. Y otro de regalo, que vigila que los otros cuatro hagan bien su trabajo.

Max sonrió.

—Más bien una dinastía de santos patrones sin relación familiar entre ellos. Pero el evangelista Marcos es el más importante, después de que dos comerciantes venecianos robaran su osamenta en Alejandría y la trajeran a la catedral de Venecia escondida bajo una carga de carne de cerdo en salmuera.

—Donde descansan en paz hasta el día de hoy.

—Según dicen.

Cuando por fin entraron en la basílica atravesando el pórtico central, Hélène se quedó sin habla.

Sobre sus cabezas se elevaban las bóvedas decoradas con multitud de maravillosos mosaicos sobre fondo dorado, que se extendían asimismo sobre las paredes. El suelo también estaba recubierto de mosaicos, cuyos patrones ornamentales se componían de innumerables teselas. La combinación de las cúpulas, los arcos y las columnas con los suntuosos materiales producía una imagen maravillosa, como salida de *Las mil y una noches*.

Max la observaba satisfecho.

—También se la conoce como la *Basílica Dorada*. El arte de sus mosaicos no tiene comparación en todo el mundo occidental.

—Brilla de una forma tan irreal, con tanto volumen, que no me extrañaría que uno de los santos patrones apareciera y nos hablara.

Max se rio.

—Es probable que solo le hablara a usted. Mi lista de pecados es demasiado larga. Pero ahora —le susurró—, le voy a enseñar un tesoro aún más extraordinario.

Le puso la mano en la espalda y la empujó con suavidad hasta que llegaron frente a un retablo, cuya grandiosidad resultaba casi cegadora.

—Esta es la *Pala d'oro*.

—Increíble —susurró Hélène con reverencia.

—Sí, increíble. Es uno de los retablos más fastuosos del mundo.

—Oro y plata dondequiera que se pose la vista...

—E incrustaciones de perlas, esmeraldas, rubíes, zafiros y todo tipo de piedras preciosas. Fíjese en los esmaltes y camafeos.

La atmósfera hechizante de la basílica acompañó a Hélène cuando salieron a la plaza. Seguía sintiéndose embriagada por la experiencia.

—¿Y bien? —preguntó Max, impaciente por conocer su veredicto.

—No tengo palabras. —Hélène se colgó de su brazo y se apretó contra él mientras caminaban—. Y comprendo a la perfección que haya decidido dedicarse a la arquitectura, Max.

—Es una belleza —confirmó Max—. Igual que usted, Hélène —añadió en voz baja.

Hélène apoyó la cabeza en su hombro y él la besó con disimulo en la sien. Después carraspeó y dijo:

—Tanto esplendor despierta el apetito, ¿no le parece? ¿Qué tal un pequeño refrigerio?

—¡Con gusto!

Max la condujo por los soportales de las Procuradurías Nuevas hacia un café de aspecto noble y le abrió la puerta.

—Detrás de usted, Hélène.

Entraron.

El local estaba decorado de forma muy elegante. Bajo los techos estucados con adornos dorados y pinturas murales, se alineaban las mesitas con sillas y bancos. En las paredes, decoradas con la misma generosidad, colgaban espejos con marcos lujosos.

Mientras les servían un café con pastas, Max le contó la turbulenta historia del establecimiento. Hélène escuchaba con atención sus explicaciones sobre el auge y la caída de la república veneciana y las reuniones conspiratorias que se habían celebrado allí en los últimos siglos. El Café Florian fue lugar de encuentro de opositores al dominio de los franceses y de la casa de Habsburgo.

—Incluso atendieron aquí a los heridos de la sublevación del año 1848. Pero no quisiera aburrirla con fechas y política, querida Hélène. Seguro que será de especial interés para usted el hecho de que fuese aquí, en el Florian, donde surgió la idea de la Exposición Internacional de Arte de Venecia.

—¿En serio? ¿La Bienal? He seguido las noticias sobre ella siempre que he podido. Me habría encantado visitarla este año. Pero, por desgracia, terminó hace dos semanas.

—La próxima vez la visitaremos juntos —le prometió Max con ternura. En ese momento, Hélène supo con certeza que su relación era extraordinaria de verdad. Pocas veces había conocido a una persona que contemplara el mundo con los mismos ojos que ella, que fuera capaz de adoptar distintas perspectivas y se mostrara receptivo a nuevas inspiraciones, incluso si contravenían las normas establecidas. Wilhelm Rothmann, al que ya no quería considerar como su esposo, había visto sus sueños y anhelos como meras locuras, y la había obligado a adoptar un corsé de moral y monotonía en el que había estado a punto de ahogarse.

Max, en cambio, no solo compartía sus intereses, sino que era capaz de percibir cada una de sus múltiples facetas y le ofrecía sin fatiga la sensación de ser apreciada y deseada. Ella lo miró.

—Sería maravilloso, Max. Verdaderamente maravilloso.

Él le devolvió la mirada y ella percibió no solo su admiración y su afecto. El puro deseo que se asomaba a ellos provocó un estremecimiento en todo su cuerpo. Volvió a pensar en Hermione, que se entregaba sin reparos a las pasiones de su vida, y sintió crecer dentro de sí el deseo irrefrenable de probar también aquel sentimiento puro. Sin pensar en el mañana. Tan solo vivir.

Max se inclinó, alargó la mano y le acarició el codo. Parecía que había notado, igual que ella, la tensión sensual en el ambiente.

—Este año se han exhibido obras de Auguste Rodin —susurró Hélène—. Además de las de Pissarro y las de Renoir. Adoro el arte francés. Su alegría y autenticidad. Y su naturalidad.

La mirada de Max se tornó aún más penetrante.

—En este momento estoy recordando la escultura que Rodin llamó *El beso* —dijo con voz enronquecida.

—Sí —respondió Hélène en tono neutral. A ella también le costaba mantener el control de sus sentimientos.

—Un hombre y una mujer. Desnudos y puros. Nada más.

Max recorrió con su mano el antebrazo de ella. Aquella caricia provocó en Hélène sensaciones que hasta ahora apenas había intuido. Parecían surgir de lo más profundo de su ser, listas para quebrar la coraza de la decencia y la discreción que le había sido inculcadas. Deseaba a ese hombre con cada fibra de su alma y de su cuerpo. Los dedos de Max comenzaron a jugar con los de ella.

—En un abrazo eterno. Lleno de esperanzas. —Le acarició la punta de cada dedo.

—Sus labios no se rozan —susurró Hélène.

—Y sin embargo sabemos que se entregan el uno al otro.

Hélène se humedeció los labios.

—Sí. Así es.

Max miró pensativo sus dedos entrelazados, y luego retiró con lentitud la mano y le hizo una señal al camarero para pagar.

—Es una auténtica suerte que el *Campanile* no estuviera pegado a la basílica, como suele ser el caso en nuestras tierras —opinó de repente, mientras se guardaba el cambio.

Hélène se sintió confundida por el súbito cambio de tema. Parpadeó.

—En caso contrario, habría causado daños enormes a la catedral, ¿verdad?

—Es de suponer —respondió él—. ¿Ha recuperado usted las fuerzas, Hélène? Podríamos continuar con nuestra exploración.

Cuando atravesaron la piazza San Marco en dirección al palacio del Dogo, las nubes habían regresado, y Hélène se preguntó por qué Max se distanciaba cada vez que entre ellos surgía un momento de intimidad. Aquello desentonaba tanto con lo que había ocurrido en las últimas semanas como el cielo encapotado que de repente había ocultado el sol.

Al día siguiente

EL VAPORETTO AVANZABA trazando una estela entre las agitadas aguas grises de la laguna. Al contrario que el día anterior, el viento y la lluvia habían hecho acto de presencia y la espuma de las olas salpicaba a los pocos pasajeros que se habían atrevido a emprender el viaje hacia Murano en la cubierta del barco. Max y Hélène prefirieron la estrechez del camarote y ocuparon uno de los bancos de madera, junto a algunos venecianos que discutían en italiano con gran animación.

Max observaba al grupo, divertido. Todos hablaban a la vez y se interrumpían de continuo, sobre todo las mujeres, subrayando sus palabras con amplios gestos y carcajadas cordiales. Le costaba comprender cómo era posible hablar y escuchar a la vez, pero los italianos parecían ser unos expertos. Simplemente tenían un carácter temperamental.

Además de ellos, a bordo solo había una pareja mayor que parecía estar también de viaje. Puede que hubieran visitado la Bienal y hubieran decidido prolongar su estancia. Estaban conversando en inglés en voz baja.

Max apoyaba el brazo en la repisa de una pequeña ventana. La lluvia golpeaba el cristal y caía formando canalillos. Lamentaba no poder enseñarle a Hélène la hermosa vista de las islas erguidas sobre las aguas que, por lo general, se disfrutaba en ese trayecto, y, en ese mismo momento, decidió que regresaría con ella en otra ocasión. El verano próximo.

Su mirada se volvió hacia ella. Estaba sentada muy erguida, tranquila y atenta, como era su costumbre. Tenía una mano sobre el regazo y la otra, en la de él. Contempló su perfil y tuvo que admitir lo mucho que se había encariñado de sus rasgos delicados, la nariz delgada y recta y los resplandecientes ojos azules bajo la oscura corona de sus pestañas, que tanta vida y entusiasmo transmitían.

Como si hubiera notado sus ojos sobre ella, Hélène giró la cabeza y lo miró un momento escrutando su rostro. Él hizo un gesto disimulado hacia el

grupo que seguía en animada discusión y ella asintió divertida. Cuando él le sostuvo la mirada, ella sonrió feliz.

—Estoy deseando ver a los sopladores de vidrio en acción —manifestó ella.

—Murano te va a encantar —respondió Max. La noche anterior, tras unas copas de vino, habían pasado a tutearse como signo de confianza—. ¿Sabes por qué trasladaron la fabricación del vidrio de Venecia a Murano?

—Pues no, pero seguro que estás a punto de revelármelo —apuntó Hélène con retintín.

—Hasta finales del siglo XXI, el vidrio se elaboraba en Venecia. Pero como las casas estaban construidas tan cerca unas de otras, los hornos entrañaban un peligro de incendio demasiado grande. Por ese motivo, los vidrieros se trasladaron a Murano.

—Una decisión muy sensata.

—Pero esa no fue la única razón —continuó Max.

—¿No?

—Había que preservar los secretos del oficio. En Murano, los vidrieros vivían aislados del resto del mundo. Aquellos que revelaban los conocimientos de su arte podían ser condenados incluso a la pena de muerte.

—Pero de todas formas alguna información se filtró al exterior, ¿no es cierto?

—Así es. Algunas de sus técnicas llegaron a Alemania y a los Países Bajos, después también a Bohemia y Silesia.

—El cristal de Bohemia es también muy apreciado.

—Cada taller tienen sus propias características, y las técnicas se perfeccionan continuamente. Y también las materias primas son distintas. En todo el mundo no hay dos piezas de cristal de Murano exactamente iguales.

El *vaporetto* sufrió una sacudida.

—Supongo que hemos llegado —anunció Max con una gran sonrisa—. La marejada no permite atracar con suavidad.

Media hora después se encontraban en uno de los talleres. Max había hablado con el propietario para que les permitiera presenciar el complicado proceso por el que las varillas de cristal coloreado se iban derritiendo para formar una hermosa red multicolor.

—Este tipo de cristal se llama *murrina* —explicó Max.

—*Millefiori*. —Hélène asintió—. Lo conozco. Pero nunca había visto cómo se produce. Es asombroso.

—Y está muy caliente —añadió Max.

En la tienda del taller compró un pisapapeles redondo con decorado de *millefiori*, y salieron a pasear por las callejuelas de Murano. La lluvia había cesado y fueron contemplando las vitrinas de los distintos comercios.

—Hace falta una pericia inmensa para elaborar estas obras de arte —comentó Hélène, mientras admiraba una colección de copas de vino de fino cristal resplandeciente con adornos dorados, con el tallo también dorado—. Fíjate qué detalles tan elaborados.

Max los examinó.

—Sí, son fabulosos. No me extraña que el aprendizaje para ser vidriero dure diez años. Y para ser maestro vidriero, mucho más.

—Me maravilla que haya tantos tipos de cristal.

—Son el resultado de muchísimas formas distintas de trabajarlo. Los ingredientes principales son arena de cuarzo, cal y carbonato de sodio, y después se añaden minerales y cristales para lograr los distintos colores. Pero la composición exacta, y los demás ingredientes, es el secreto de cada vidriero y solo se transmite dentro de la familia. Cada uno posee su propia variedad.

—Y por eso el cristal de Murano no se puede imitar. Y es tan caro.

—Eso es.

Había poca gente en las calles. Max atrajo a Hélène hacia sí.

—Yo creo que para comer regresaremos a Venecia, ¿qué te parece?

—Que es una buena idea.

Pasearon un rato más por la isla hasta que tomaron un *vaporetto* de vuelta hacia la ciudad.

Durante el trayecto, Hélène apoyó la cabeza en el hombro de Max. Volvió a ser consciente de la enorme atracción, también física, que ejercía sobre él. Es cierto que ella era unos años mayor, pero eso no afectaba a su belleza en lo más mínimo, al contrario: en ella se conjugaban la juventud y la experiencia, la curiosidad y la profundidad de sus sentimientos, la vulnerabilidad y la fortaleza. El resultado era un encanto muy sensual acentuado por un aura extraordinaria.

Max tomó un bucle de su reluciente pelo oscuro, que se había liberado de su tocado, y se lo colocó detrás de la oreja. Con aquel movimiento, le acarició la mejilla. Ella volvió la cabeza hacia él y le besó la palma de la mano. Max sintió un anhelo cálido y profundo, y se dio cuenta de que no podría contenerse mucho más tiempo.

Hasta ahora, entre su deseo y el último paso siempre se interponía la imagen de Judith. Pero lo pasado, pasado estaba. Entre Stuttgart y Riva había cientos de kilómetros y, de manera simbólica, la distancia entre él y su pasado

era aún mayor. Ya era hora de cerrar aquel capítulo. Como si hubiera leído sus pensamientos, Hélène suspiró bajo, se irguió y buscó algo en su bolso, tal vez un pañuelo.

Mientras tanto, una familia italiana que también había embarcado en Murano llamó la atención de Max. Tenían seis niños y uno de ellos, un chico vivaracho, estaba jugando entre las hileras de bancos. Al sentirse observado, sonrió mostrando los dientes mellados. Max le calculó unos siete u ocho años.

En ese mismo momento, una de las pequeñas se cayó del banco y empezó a llorar con agudos chillidos. Todos se giraron hacia ella y, cuando Max se volvió de nuevo hacia el chico, ya no estaba.

Max se levantó por instinto y lo buscó con la mirada entre los asientos. Hélène lo miró sin comprender, pero él no le prestó atención, sino que se lanzó por delante de ella hacia la puerta de la cabina. En cuanto la abrió, un fuerte viento le azotó la cara. En pocos minutos la tormenta había adquirido una gran intensidad.

Sus ojos recorrieron los bancos vacíos bajo el dosel que habían colocado en cubierta, y en la última fila vio al chico jugando con osadía junto a la barandilla. Temiéndose lo peor, Max se dirigió hacia él con la intención de alejarlo de allí. Entonces una ráfaga de viento azotó el barquito y lo zarandeó de tal manera que el niño no fue capaz de agarrarse. Espantado, Max lo vio desaparecer por la borda.

Mientras corría hacia el lugar donde había ocurrido la desgracia, se desprendió del abrigo y la chaqueta y los arrojó sobre un banco. Después se zambulló entre las olas, detrás del niño.

—¡Max!

El grito aterrado de Hélène fue lo último que oyó antes de que el agua fría lo rodeara y lo dejara unos momentos sin aliento. Al mismo tiempo, comprendió que solo contaba con unos pocos minutos. ¿Dónde estaba el niño?

En las aguas turbias apenas se veía nada. Tomó aire y se sumergió. Y, en efecto, unos metros más abajo percibió una sombra oscura. Con unas pocas brazadas, se acercó y consiguió asirle un brazo. Lo sujetó con fuerza al mismo tiempo que notaba que se quedaba sin aire. A trompicones, logró subir a la superficie. Respiró jadeante mientras apretaba el cuerpo inerte del chico contra él.

Por un momento perdió la orientación y las olas le impidieron localizar el *vaporetto*. Cuando al fin lo vislumbró, sintió que el agua fría le robaba las fuerzas a toda velocidad.

Entonces, el ruido del motor le indicó que los habían visto. El barco apareció cerca de ellos y les lanzaron un salvavidas atado a una cuerda.

Después, Max ya no recordaría ni siquiera cómo había conseguido agarrarse a él. Lo siguiente de lo que fue consciente fue el rostro asustado de Hélène, inclinado sobre él.

—¿Cómo está el niño? —preguntó Max, tosiendo.

—Lo están atendiendo —respondió Hélène agitada—. ¿Crees que puedes levantarte? Tienes que entrar en la cabina, aquí te vas a morir de frío.

Lo asió de un brazo y él se incorporó. Se dirigieron al interior abrazados.

—Siéntate aquí mientras voy a cubierta a buscar tu ropa —dijo Hélène.

Regresó con la chaqueta y el abrigo, y se sentó a su lado.

—Están helados —señaló. Entonces se quitó su chaqueta y se puso el abrigo de él con intención de calentarlo. Luego le quitó la camisa mojada e intentó cubrirlo como pudo con su chaqueta.

Max temblaba, pero entre los brazos de Hélène recuperó el ánimo de forma inmediata. También ayudaba que practicaba mucho deporte.

—¿Dónde está el chico? —volvió a preguntar; y Hélène señaló al otro lado del camarote.

Max oyó aliviado una fuerte tos, signo de que el pequeño estaba expulsando el agua que había tragado. Los padres y hermanos hablaban sin parar alrededor del rescatado, y a Max le pareció entender algunas palabras del padrenuestro.

—Se va a recuperar —afirmó Hélène. Max asintió.

—Seguro.

Intentó sonreír para hacer desaparecer las arrugas de preocupación de la frente de Hélène, pero no lo logró del todo. Se sintió conmovido por sus atenciones. Cuando por fin le puso su abrigo, que había adquirido algo de su calor corporal, se sintió invadido por una sensación agradable. La seguridad de haber llegado donde le llevaba el corazón.

HÉLÈNE YA SE había preparado para acostarse, pero no podía ni pensar en dormir. En vez de eso, de pie junto a la ventana de su habitación de hotel, miraba hacia la oscuridad. Todavía sentía el susto de aquella tarde metido en el cuerpo.

Todo había sucedido con enorme rapidez. Cuando Max se levantó con expresión de preocupación y abandonó la cabina, ella salió rauda tras él. Pero

cuando quiso darse cuenta de lo que estaba pasando, él ya había saltado al agua.

Por suerte todavía no había oscurecido, por lo que pudo dirigir al timonel del barco hacia el lugar en el que había visto emerger a Max con un bulto en los brazos.

Y luego dos hombres habían lanzado el salvavidas, que Max logró atrapar tras dos intentos fallidos, y los habían alzado a ambos al barco. Mientras la familia se ocupaba del niño, ella lo había cuidado a él.

En esos minutos en los que lo tuvo desvalido en sus brazos, a punto de perder la conciencia, le quedó claro lo importante que era para ella. Durante todo el trayecto de vuelta a Venecia no dejó de frotarle el cuerpo para hacerlo entrar en calor.

Más tarde, de camino al hotel, Max iba bromeando de nuevo con que acaso los cinco santos patrones de Venecia no habían querido permitirle aún que turbara la paz del cielo. Pero, de todas formas, Hélène estaba muy preocupada. Las pulmonías se podían desarrollar en muy poco tiempo, y eran muy peligrosas.

Llamaron a la puerta.

Hélène se giró sorprendida. ¿Quién sería a esas horas?

Max estaría en la cama, ojalá que con una bolsa de agua caliente y un té reconfortante, y no conocía a nadie más en el hotel. ¿Sería la camarera? ¿Qué querría?

Fue a abrir la puerta.

Y se topó con Max, sin chaqueta, con las mangas de la camisa de lana remangadas.

—¿Qué...? —preguntó Hélène, pero él negó con la cabeza y la empujó hacia dentro sin ceremonias.

La puerta se cerró.

Max le puso una mano en la nuca para elevar su cara hacia él. Sus ojos habían adquirido un tono oscuro. Se inclinó hacia ella y posó los labios sobre los suyos. Con ternura y delicadeza fue explorando la suavidad de su piel, con timidez al principio, pero después dominado por el deseo.

—Max... —intentó hablar, pero él la interrumpió con otro beso.

A Hélène se le aceleró el pulso.

Sin dejar de besarla, la hizo avanzar hacia atrás, hasta que ella notó la pared contra su espalda. Entonces se interrumpió un segundo, con la respiración turbada, y apoyó una mano en la pared, junto a su cabeza.

Mientras la miraba con intensidad, con los dedos de la otra mano fue trazando el contorno de su cara, contemplándola rebosante de expectación.

—Estoy bien —murmuró—. Muy bien.

Ella asintió, mientras él deslizaba la mano hacia abajo. Sus dedos le acariciaron el cuello, llegaron al tirante del camisón de encaje y batista, y se deslizaron por debajo de él para hacerlo resbalar hacia el hombro. El fino tejido cayó hasta el suelo.

Estaba desnuda, pero no se sentía expuesta. La mirada estimativa de Max la cubría con un delicado velo de admiración y apreciación. Más aún, se sentía protegida y segura.

Sus labios volvieron a encontrarse y Hélène comenzó a corresponder a sus seductores besos. Cuando él tomó un seno con la mano, toda su piel se estremeció con una sensación embriagadora.

Suspiró.

Hélène iba descubriendo sensaciones desconocidas para ella, que la dominaron por completo y le mostraron lo que puede ocurrir cuando un hombre y una mujer se desean con cariño y pasión. Su curiosidad y su deseo despertaron y guiaron a sus manos hacia un viaje de revelación. A medida que la temperatura fue aumentando, la sensualidad se transformó en pasión. Y cuando él la llevó a la cama y se tendió a su lado, el mundo quedó reducido a ellos dos. Asombrada, se entregó a la energía y la belleza de su pasión.

Cuando después se acomodó entre sus brazos, la invadió una tremenda gratitud. Así que aquellas eran las delicias del amor, mil veces descritas y cantadas, causa de felicidad y sufrimiento, origen de la vida.

Levantó la cabeza y miró a Max. Él le devolvió la mirada, se enrolló uno de sus rizos en el dedo y la atrajo hacia sí con otro beso íntimo. Aquella noche Hélène tuvo la sensación de haberse convertido en una verdadera mujer. Sintió que se desprendía del pasado para dejar sitio a un futuro incierto, pero prometedor.

Mansión de los Rothmann, al día siguiente

JUDITH CONTEMPLÓ LA pequeña chapa esmaltada que Victor le había entregado en el momento de despedirse. Aquel gesto contradecía las duras palabras que lo habían acompañado. Era incomprensible.

Examinó la hermosa obra, diminuta y delicada. Era un rótulo de la fábrica en miniatura y, a pesar de la tristeza y el enfado que sentía, entendía lo que Victor había querido expresar con ella: el respeto que sentía por su labor en la fábrica y todo lo que ese trabajo significaba para ella.

Con el pulgar, acarició la colorida superficie y deseó que todavía albergara algo del calor de Victor. Desde que el domingo anterior se marchara por el pasillo con pasos enérgicos hacia la zona del servicio para abandonar la casa por la salida lateral, sentía un frío terrible en el corazón.

Apenas podía dormir. Y en ese momento también estaba agotada por completo, porque se pasaba los días y las noches intentando comprender los acontecimientos de aquella funesta tarde; quería entender por qué Victor la había juzgado de aquella forma, sin haberle dado siquiera la oportunidad de explicarse y aclararlo todo.

Y, para colmo, había tenido que aguantar la visita de Albrecht, que con su típico aire autosuficiente y afectado se había dedicado durante un cuarto de hora a hacerle la corte. No podía llamarse de otra manera: había entonado un panegírico a todas sus supuestas virtudes, que le había presentado una detrás de otra, enhebradas como perlas en un collar. De no ser por la confusión que sentía, lo habría echado de allí sin miramientos, pero escuchó los halagos sin pronunciar palabra. Con toda seguridad, él interpretó la falta de oposición como prueba de su cambio de opinión y acentuó sus demostraciones de afecto, lo cual le terminó causando un nuevo ataque de náuseas.

Menos mal que en algún momento entró Dora, con el pretexto de que sus hermanos estaban causando problemas, para salvarla de aquella situación. Sin embargo, justo entonces había llegado su padre, lo que impidió su huida

precipitada, pues entabló con Albrecht una conversación superficial, para la que exigió su presencia con determinación. Solo le permitió que se retirase a su cuarto cuando los dos se dirigieron al despacho a fumar.

Alegando que seguía con el estómago revuelto, Judith tampoco acudió a la cena, pero su padre la hizo llamar antes de acostarse. También él, igual que Victor y Albrecht, había malinterpretado la situación.

JUDITH LLEVABA LA chapa esmaltada apretada en el puño.

Su padre le dio las gracias de forma efusiva por haberse «mostrado tan atenta» con Albrecht y añadió que esperaba que a partir de ahora manejara mejor la situación. Además le informó satisfecho de que el hijo del banquero se había mostrado dispuesto a disculpar el accidentado comienzo de su noviazgo y se alegraba de que a partir de ahora se mostrara más amable.

Pero, en realidad, lo único que había ocurrido era que se había sentido superada por la situación.

No era capaz de saber qué le pasaba aquellos días. Se sentía como una bola de cristal finísimo, que podría hacerse añicos en cualquier momento. Era un estado desacostumbrado al que la habían llevado la acumulación de acontecimientos difíciles de las últimas semanas. Todas las expectativas centradas en ella, desde todos los ángulos, la habían conducido a esta situación, y ahora, para colmo, este desdichado malentendido con Victor. Se sentía fatal.

No había otra explicación.

Ni siquiera quería contemplar la posibilidad de que su encuentro con Max Ebinger pudiera haber tenido alguna consecuencia inesperada.

Miró el esbelto reloj calado que marcaba la hora sobre la chimenea. Las nueve y media. Theo ya debería estar de vuelta, después de haber llevado a su padre a la fábrica.

Sentía mucho tener que obligar al cochero a realizar otro trayecto a Stuttgart, pero de ninguna manera habría querido compartir el viaje con su padre. No soportaba sus alabanzas a Albrecht von Braun ni tampoco sus lecciones sobre el comportamiento que se espera de una buena esposa.

UNA HORA MÁS tarde, Judith estaba sentada en su mesa en la sala de experimentos de la fábrica. Intentaba encontrar la forma de llevar a cabo una idea que se le había ocurrido durante las últimas noches sin dormir. En alguna

parte había leído que en Italia se fabricaba un dulce de chocolate llamado *gianduia*. Era una crema de chocolate en la que se sustituía una parte del cacao por avellanas o almendras tostadas, algo que su padre calificaría sin duda como una «falsificación». Hacía más de veinte años que la casa Rothmann pertenecía la Asociación Alemana de Fabricantes de Chocolate, la cual se encargaba de mantener la pureza de los productos de chocolate e incluso otorgaba un sello de calidad. Por eso, nunca aceptaría reducir del porcentaje de cacao.

Pese a todo, Judith quería probarlo, porque estaba segura de que sería toda una experiencia de sabor, así que se puso manos a la obra en secreto. Acababa de empezar a picar almendras y avellanas escaldadas, cuando se oyó un golpe en la puerta antes de abrirse.

Al instante supo que era él.

Había vuelto. La invadió una enorme sensación de alegría y alivio, que hizo nacer una esperanza vacilante en su pecho. Cuando Victor se acercó a ella, su corazón dio un brinco, pero se esmeró por mantener una imagen serena.

—¿Qué querías, Victor?

—Quería disculparme.

Judith dejó el cuchillo con el que había estado picando las almendras y, desconcertada, se limpió las manos en el delantal.

—Mi comportamiento el domingo pasado fue impropio y no se repetirá —añadió Victor de manera acelerada—. No me corresponde a mí juzgar tus planes y proyectos personales. Por esto te ruego encarecidamente que me disculpes.

Judith lo miró confundida. Victor parecía distante, casi indiferente. Sus palabras carecían de emoción alguna. Sintió que algo se rompía de nuevo en su interior. ¿Cómo podía ser tan frío? ¿Bastaba con un único y desafortunado malentendido para cuestionar todo lo que había ocurrido entre ellos?

No se le ocurrió ninguna réplica. Tenía la necesidad imperiosa de explicárselo todo, pero, al mismo tiempo, sentía que entre los dos se levantaba un muro invisible, imposible de franquear.

—Muchas gracias por la chapa —señaló al cabo de un momento, sin mencionar sus disculpas tan poco sentidas—. Es preciosa. Me ha hecho mucha ilusión. La guardaré con todo el honor que se merece.

Victor aspiró hondo. Luego carraspeó.

—No hay muchas personas que me vean como soy de verdad —añadió Judith. Las lágrimas lucharon por abrirse paso, pero ella no se lo permitió.

Entonces lo miró a los ojos.

Sus sencillas palabras parecían haberlo conmovido.

—Judith, yo... —Se pasó las manos por el cabello, con ademán desorientado—. Solo es que no podía creerlo, ¡todavía no me lo creo! Pero así son las cosas, ¿no? El hijo de un banquero, con un futuro brillante, te ofrece una vida sin complicaciones. ¿Cómo no vas a aceptar su propuesta? En cambio, ¿qué puede brindarte un desconocido que tiene que trabajar duro para ganarse el pan? ¿Alguien que no podría prometerte nada, salvo un montón de trabajo y una casucha llena de bocas hambrientas como resultado de su amor?

Su arrebatada declaración mostraba tanta vulnerabilidad que Judith franqueó con celeridad los pasos que los separaban y le puso las manos sobre los brazos.

—Algunas cosas no son lo que parecen. ¿Me permites que te explique?

Él asintió con la cabeza, pero no reaccionó a su acercamiento.

Judith bajó los brazos y comenzó a contarle en voz baja el empeño de su padre de casarla con el hijo de una familia de gran prestigio y fortuna, sus insinuaciones y amenazas y, por último, aquel compromiso matrimonial absurdo, que para ella no tenía ninguna validez, pero que para su padre ya estaba apalabrado. También le informó de la decisión de Albrecht de mantener la relación, a pesar de la humillación pública que ella le había infligido. Le explicó que se sentía como si llevara una soga al cuello que se estrechaba cada vez más, por mucho que ella se defendiera con todas sus fuerzas.

Lo que no mencionó fue su encuentro con Max.

Victor la escuchó con tranquilidad y, cuando ella terminó y cerró los ojos agotada, la tomó en sus brazos. Aquel gesto hizo desaparecer por fin la tensión, la rabia y la inseguridad. Un torrente de lágrimas contenidas se abrió paso, imparable.

Él le acarició la espalda para calmarla, mientras su camisa se iba empapando por el llanto, y esperó de forma paciente hasta que sus ojos se quedaron sin lágrimas y solo se oían quedos sollozos. Entonces la apartó un poco para poder mirarla a los ojos.

—Lo siento muchísimo, Judith. Tanta desdicha, y yo solo me había fijado en mis propios problemas, a pesar de que sé cómo te sientes cuando otros deciden por ti, como si no tuvieras voluntad propia.

Le ofreció un pañuelo a Judith.

—Me he limpiado un par de veces el sudor con él; lo cierto es que no tengo otro...

Judith tomó el pañuelo, se secó los ojos y se sonó la nariz con delicadeza.

—Tú... ¿Tú también has vivido algo así? ¿Por eso estás en Stuttgart y no en Berlín?

—Entre otras cosas. A mí también me obligaron a hacer algo que yo no deseaba en absoluto.

—Sí, eso ya lo mencionaste. Por culpa de tu padre tuviste que estudiar en la academia militar.

—Así es —confirmó Victor, con una sonrisa apagada—. Lo recuerdas. Utilizó su poder sobre mí sin ninguna consideración, con fatales consecuencias. Pero eso te lo contaré en otra ocasión más apropiada.

Se miraron durante unos momentos en silencio. Judith se alegraba mucho de haber recuperado su confianza. Victor también se veía mucho más relajado. Sonrió y miró por encima de ella hacia su mesa de trabajo.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Otra vez preparando una de tus delicias especiales?

Judith recuperó la vitalidad.

—Ah, sí. Estoy preparando una crema *gianduia*, y es muy trabajoso.

—¿Una qué?

Judith soltó una carcajada.

—Es una pasta de avellanas y almendras tostadas, con azúcar y cacao. Hay que tritarlo todo muy fino y luego trabajarlo hasta formar una masa homogénea.

—A mano resultará muy difícil.

—Sí. Pero no puedo utilizar una de las máquinas de la fábrica para esto. Además, a mi padre no le parece bien incluir otros ingredientes en la masa, solo están permitidos cacao, azúcar y vainilla. Cualquier otra cosa supondría para él una adulteración, ya no sería chocolate puro, del bueno.

—¿Solo porque se incluyen otros ingredientes?

—Porque si se sustituye cacao por las avellanas, baja el porcentaje de cacao.

—Ah, es cierto, por lo del sello de calidad. Pero me parece un poco exagerado.

—A mí también. Puede que ya no sea chocolate, tal y como se ha definido hasta ahora, pero seguro que sale algo muy rico. En Turín, la *gianduia* se considera un dulce exquisito.

—Tengo muchas ganas de probar tu nueva clase de chocolate —la animó Victor—. ¡No es como si le fueras a añadir tiza o polvo de ladrillos!

—Eso digo yo —afirmó Judith—. ¡Ni tampoco arena ni serrín!

Se rieron, sabiendo que hubo tiempos en los que el chocolate se adulteraba de verdad con ingredientes de ese tipo para ahorrar en cacao, que era mucho más caro.

—La idea del sello de pureza, en sí, es digna de encomio —continuó Victor—, pero hoy en día ya no se falsifica con tanto descaro. —Lanzó un vistazo a las almendras y avellanas picadas—. Mmm. Creo que no te vendría mal algo de ayuda.

—Sí, es cierto. Voy a mandar a buscar a Pauline.

—Yo me refería a ayuda de verdad.

Judith lo miró sin comprender. Él se quitó la chaqueta y la colgó de un gancho en la pared.

—¿Quieres decir que me quieres ayudar tú? —le preguntó sorprendida.

—Eso es.

Juntos avanzaban mucho más rápido. Primero tostaron las almendras y avellanas picadas y después, aún calientes, las molieron lo más finas que pudieron. Para terminar, lo mezclaron todo con caramelo y chocolate derretidos. Judith agregó al final un poco de cacao en polvo.

Tardó un buen rato en formarse un fluido uniforme, pero al final lograron una bolita de masa marrón y reluciente.

—Pruébala tú —sugirió Judith satisfecha, pellizcando la masa con los dedos—. Un bocadito. —Y se lo ofreció a Victor.

—Será un placer —respondió él mientras tomaba sus dedos y se los acercaba a la boca. Al probar la masa, rozó el pulgar de ella con los labios.

—Y ahora tú —susurró, ofreciéndole a ella un pedacito.

Ella cerró los ojos cuando él le introdujo la masa en la boca acariciándole los labios con la punta de los dedos.

Y entonces sintió de repente los labios de Victor sobre los suyos. ¿Era posible que un beso fuera tan placentero? Con sabor a avellana, almendra, caramelo y chocolate.

Y a Victor.

Degerloch, primer domingo de Adviento de 1903

KARL Y ANTON sacaron sus trineos lacados de rojo y se encaminaron colina abajo hacia Steigeloeh, un pequeño lago cercano. Llevaban los patines atados por los cordones de cuero, y se bamboleaban sobre sus hombros. Cuando el terreno se lo permitía, se sentaban en los trineos y se lanzaban dando gritos de júbilo por las calles empinadas. Con las huellas de la gente y los carruajes, la capa de nieve se había transformado en una superficie dura, perfecta para deslizarse por ella.

Hacía tres días habían sufrido otra fuerte tormenta de nieve. Las condiciones eran tan malas que incluso el señor Rothmann se había quedado en casa sin ir a trabajar. Aunque de momento había dejado de nevar, aún hacía un frío terrible, pero eso no impedía que, después de tantos días encerrados en casa, los gemelos necesitaran salir a toda costa.

Por fortuna, su padre había relajado la orden de mantenerlos bajo vigilancia constante. Después del accidente con las avispas en el verano, habían pasado varias semanas sin apenas poder escabullirse, tan solo habían logrado hacer un par de escapadas cortas. Además, habían contratado a un profesor particular para que evaluara sus conocimientos y mejoraran sus notas. Así, no solo echaban de menos a sus compañeros de clase, sino que las lecciones les robaban mucho más tiempo. Tenían la impresión de que los estaban cebando con conocimientos inútiles, como a los cerdos en la época de san Martín.

Pero hoy era domingo, lo cual quería decir que ni el profesor ni su padre estaban en casa. Y Judith se había retirado a su habitación, otra vez. Su hermana mayor estaba rarísima esos días, pero a lo mejor les pasaba lo mismo a todas las chicas cuando les llegaba la hora de casarse. Incluso Karl y Anton se habían dado cuenta de que la boda con Albrecht von Braun era la única conversación en la casa.

Sin embargo, hoy por fin había llegado la hora de pasar un auténtico día de diversión en la nieve. La carrera de trineos había comenzado.

—¡Oye, ten cuidado! —gritó Anton cuando Karl volvió a cortarle el paso. Pero su hermano no le hizo caso y se echó a reír. Estuvo a punto de atropellar a una madre y su hijo que avanzaban por el arcén.

En la siguiente curva, Karl volvió a esperar a su hermano para seguir con la diversión.

—Baja tú primero —refunfuñó Anton—, así no te atravesarás más en mi camino.

—Pero, hombre, ¡si justo ahí está la gracia!

—¿En qué? ¿En sacarme de la calzada?

—¡Pues claro! Bajar nada más es un aburrimiento, eso lo puede hacer cualquiera. —Karl le dio un fuerte empujón a su hermano y después salió a toda velocidad tras él. De nuevo se le colocó delante, lo que obligó a Anton a tomar una curva muy cerrada.

—Si no paras de una vez, me vuelvo a casa —le avisó Anton; Karl se contentó a partir de ese momento con trazar curvas elegantes para evitar los excrementos de los caballos. De vez en cuando, pisaba una de las boñigas con el patín del trineo o con la bota, pero no parecía importarle en absoluto. ¿Para qué estaba Robert, si no? Él se encargaría después de limpiarlo todo.

Por fin llegaron a Steigeloach y comprobaron encantados que eran los primeros niños en llegar al lago, que estaba helado casi hasta el fondo.

Entre semana, se extraían de allí bloques de hielo. Eran pedazos enormes, que se transportaban en carruajes y después se vendían para mantener frías las heladeras en verano. Por ese motivo estaba prohibido patinar en el lago, pero aquello les traía sin cuidado a los niños, porque los hombres que trabajaban allí barrían a menudo la capa de nieve de la superficie, lo cual convertía el lago en una pista de patinaje perfecta.

—Primero vamos con los trineos —decidió Karl, mientras dejaba en el suelo los patines y empujaba su vehículo hacia el centro de la pequeña superficie helada. Anton hizo lo mismo.

—¿Y ahora qué hacemos? —quiso saber.

—Esperamos a que venga alguien y le pedimos el dinero de la entrada —propuso Karl.

—¿Qué dinero de la entrada?

—Muy fácil. El que quiera entrar hoy al lago Steigeloach, tiene que pagar diez pfennig.

—¿Y tú crees que va a pagar alguien? —dudó Anton.

—Pues claro. —Karl parecía muy satisfecho con su idea.

—Vale, de acuerdo. ¿Y dónde nos colocamos para que nadie pase sin su entrada?

Karl se quedó pensando un momento.

—Vamos a construir una puerta con los trineos. Luego buscamos un par de ramas y levantamos una valla para bloquear el paso. Por lo menos, por las partes por las que se puede bajar al lago.

—Pero eso no va a servir para detener a nadie —arguyó Anton.

—Depende de cuántas ramas pongamos.

Hacerse con los materiales de construcción adecuados resultó una ardua tarea pero, a causa del frío y la carga de nieve, las ramas de los árboles y arbustos que crecían alrededor del lago se rompían con facilidad y, al cabo de un rato, a ambos lados de los trineos se amontaba una buena cantidad de ramas más o menos gruesas.

Todavía seguían enfrascados en la construcción de su barrera cuando llegaron los primeros niños y se quedaron mirando con curiosidad aquella extraña edificación.

—¿Qué es eso? —preguntó una niña pequeña. Y Anton le explicó que había que pagar por entrar al lago.

Como ninguno de los niños llevaba dinero encima, acordaron que los que ayudaran a construir la barrera no tendrían que pagar. Así, primero fueron cinco, luego siete y terminaron siendo doce niños trabajando de forma diligente. Los que vivían más cerca fueron a su casa y sustrajeron en secreto estacas y otras herramientas útiles. Con unas cuantas sierras, el proyecto avanzó mucho más rápido. La idea inicial de solicitar dinero por entrar en el lago fue perdiendo fuerza a medida que pasaba el tiempo. Al final, el objetivo era construir un muro lo más alto posible para proteger el territorio del lago contra un enemigo indeterminado. Se imaginaban en una aventura en tierras remotas, muy lejos de una tarde normal de domingo de invierno en el apacible Degerloch. Cada vez le ponían mayor empeño, su obra se iba volviendo más sólida y su ánimo, más relajado.

Hasta que aparecieron tres chicos fornidos, cada uno media cabeza más alta que el otro, y se plantaron de modo decidido frente a la puerta que habían construido con los trineos.

Anton le dio un empujoncito a Karl.

—¡Eh, mira!

—¡Oh, no! ¡Son los hermanos Böpple! —Karl puso cara de pocos amigos.

—¿Y ahora qué hacemos?

Karl pensó un momento. Los otros chicos también se habían dado cuenta de que se avecinaban problemas y dejaron de trabajar. Un silencio tenso se extendió sobre el Steigeloeh.

—¿Y esto a qué viene? —preguntó el más alto de los Böpple, señalando el caos de ramas y estacas, entre los que se encontraba algún ladrillo también.

Karl respondió sin pensar:

—Hoy hay que pagar para patinar —explicó lleno de confianza, y se plantó frente a los tres hermanos. Anton lo imitó, pero se colocó detrás de su hermano.

—¿Pagar? ¡No me hagas reír! —reaccionó el más grandullón dando un paso al frente—. ¿Y cómo piensas impedir que entre al lago?

Karl, que era una cabeza más bajo que el mayor de los hermanos, es decir, como el más pequeño de los tres Böpple, dio un pasito hacia atrás.

—¡Por aquí no pasáis!

—¡No me digas! —El mayor, al que ya le estaba cambiando la voz, se echó a reír con ganas. Sus hermanos se le unieron. Y luego se colaron juntos por la entrada entre los trineos.

Karl y Anton intentaron impedir que avanzaran, pero fueron apartados sin contemplaciones. Cuando los demás chicos vieron que los hermanos Böpple se colaban a la fuerza en su refugio, se pusieron en formación contra los invasores.

—Pero bueno, ¿esto qué es? —preguntó el mediano al intentar apartar a la fuerza al grupo de niños. Sus hermanos acudieron en su ayuda y al final el forcejeo caótico se convirtió en un verdadero enfrentamiento.

La mayoría de las chicas se alejaron por precaución, solo una se quedó y participó.

Hubo empujones y golpes, puñetazos y empujones, llovieron insultos y palabrotas. Los chicos estaban tan concentrados en la trifulca que no se dieron cuenta de que se acercaba gente, entre ellos, el director de la escuela y el párroco.

Hasta que no comenzaron a reñirlos, los chicos no recobraron el buen juicio.

Los hermanos Böpple huyeron a todo correr, pero fueron aprehendidos con rapidez, porque algunas chicas habían atado un cordel de un lado a otro de la calle y aquella trampa los había hecho caer. El herrero, que también había venido, se los llevó escoltados hasta su casa.

Los chicos que se quedaron en el lago tampoco lo tuvieron fácil. Después de que Anton, que poseía un claro sentido de la justicia, explicara lo que

había pasado y, de esta forma, cargara con las culpas, junto a su hermano, se les permitió a todos los demás regresar a casa.

—Caramba, los gemelos Rothmann. Menuda sorpresa —ironizó el director de la escuela, dispuesto a castigarlos—. Lo vuestro no tiene solución ni con un profesor privado. No sé qué esperaban, la verdad, si en esas dos cabecitas no caben más que disparates.

—¿Y cómo pensáis arreglar esto? —preguntó el párroco.

Karl mantuvo un silencio obstinado. Anton intentaba pensar a la desesperada en un castigo que pareciera adecuado, pero que no fuera tan terrible.

Pero antes de que se le ocurriese algo, la voz del director volvió a retumbar sobre sus cabezas.

—En primer lugar, vais a recoger todos estos ramajos. Mientras tanto, le haré una visita a vuestro padre y le contaré vuestra infracción. Y, por último, regresaré aquí y ¡no me marcharé hasta que lo hayáis recogido todo!

Karl y Anton inclinaron la cabeza.

—¡Y ahora, silencio! —ordenó el director—. Más os valdría pensar un poco antes de hacer semejantes idioteces.

Y con estas palabras se marchó con pasos enérgicos sobre la nieve. El párroco les dedicó una mirada de compasión y siguió también su camino.

Karl y Anton se pusieron a desmontar su línea de defensa. Tardaron tanto que se les hizo de noche. Cuando por fin regresaron a casa, estaban tiritando de frío. Judith, Babette y Gerti los mandaron de inmediato a la cama.

El director no regresó a Steigeloeh. En lugar de eso, se sentó en el despacho de Wilhelm Rothmann y se dejó agasajar con un licor exquisito detrás de otro. La idea de llevar a los gemelos a un internado para enderezar su comportamiento le pareció de lo más acertada.

Fábrica de chocolate Rothmann, a primeros de diciembre de 1903

—SE LLAMA TORRONE y viene de Italia. Igual que la *gianduia*. Hay que montar las claras hasta que adquieran una consistencia casi sólida, que se vea el corte de un cuchillo.

Judith miró divertida cómo Victor batía las claras con unas varillas, totalmente concentrado. Siempre que podía, se escapaba a la sala de experimentos. No le resultaba difícil, ya que no tenía un lugar de trabajo fijo. Sus tareas solían llevarlo por toda la fábrica como encargado del mantenimiento técnico, para programar las reparaciones de la maquinaria o explorar las posibilidades de ahorro en los distintos departamentos.

Y en esta sala, en cuanto se cerraba la puerta tras ellos, se dedicaban a llevar a la práctica nuevas ideas. Victor sabía que no podían producir grandes cantidades, pero le gustaba mucho experimentar. Y estar cerca de Judith.

Ya habían escaldado un gran montón de almendras y las habían tostado con cuidado. Mientras se enfriaban, Judith se puso a calentar miel dorada en un cazo de cobre. Iluminado por la emoción y el calor, su rostro había adquirido un precioso rubor y Victor la contemplaba con cariño indisimulado. Solo se había sentido así de cerca de una mujer en muy pocas ocasiones en su vida. Si hubiera algún camino posible para los dos, lo tomaría sin dudar. Se había despertado su instinto cazador, igual que el deseo de protegerla de Albrecht von Braun. Aunque apenas se había cruzado con él un par de veces, su actitud engreída le había provocado un gran rechazo. Sobre todo en cuanto se dio cuenta de que detrás de aquella fachada había muy poca sustancia. Todo lo que tenía se debía a que era el hijo del banquero privado más importante de la ciudad. Pero eso a Victor no le imponía ningún respeto; si acaso, lástima.

Judith siguió removiendo la miel hasta que esta adquirió una textura cremosa y blanquecina.

—¿Cómo va la clara? —le preguntó a Victor, que le mostró el contenido de su escudilla—. Perfecta —dictaminó en tono profesional. Después vertió la clara sobre la miel—. ¿Te importa seguir removiéndolo, por favor? No muy rápido, sino a ritmo constante.

Victor tomó su lugar en el fogón e hizo lo que le habían ordenado. Olía a miel y almendras tostadas, y tuvo ganas de probar el *torrone*.

A continuación, Judith mojó una cuchara en la masa de miel y después la sumergió en una taza con agua fría.

—Mira, ¡ahora está perfecta! Se han formado pequeñas grietas, justo como tiene que ser. ¡Así lo dice en la receta!

Victor llevó el pesado cazo de cobre a la mesa y vertió las almendras en la mezcla melosa. Judith lo batió todo junto. Por último, extendieron la masa en una bandeja metálica.

—Bueno, ya solo se tiene que enfriar —dijo Judith satisfecha.

—Entonces me vuelvo a mi trabajo de verdad. Aunque tampoco es que me estén buscando ni echando de menos. ¡Pero quiero probar un bocadito! —reclamó Victor con un guiño.

—¡Por supuesto! —exclamó Judith—. Y gracias por ayudarme. Es mucho más divertido probar estas cosas juntos.

Victor tomó su guardapolvo azul del gancho de la pared y se lo puso. Luego se acercó a Judith por la espalda y le colocó las manos sobre los hombros. Judith se apoyó en él con un gesto de confianza y él hundió la cara en su pelo. ¡Qué bien olía!

Judith volvió la cabeza y, al hacerlo, la suave piel de su frente quedó bajo los labios de Victor, que fue recorriendo la línea del nacimiento del pelo hasta llegar a su sien. Entonces se le ocurrió algo que hacía tiempo que quería mencionar. La tomó en sus brazos y la hizo girar hasta quedar cara a cara.

—¿Me permites que te haga una pregunta sobre tu padre, Judith?

—Sí, claro.

—¿Incluso si es algo que en realidad no es asunto mío?

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Como qué?

—¿Has tenido la impresión en estos meses de que tu padre dispone, digamos, de un presupuesto más bien escaso?

—¿Cómo se te ocurre pensar eso?

Victor se frotó el cuello.

—Aquí en la fábrica estamos ahorrando tanto que a veces me pregunto cuánto tiempo podremos seguir el ritmo de la competencia.

—Eso ya me lo habías insinuado en otra ocasión. Que la maquinaria es demasiado antigua —comentó Judith pensativa—. ¿De verdad crees que es por falta de fondos?

—No se me ocurre otra razón. Y además...

—¿Qué?

—Este plan de casarte con Albrecht von Braun, a pesar de tu oposición. También podría deberse a que Von Braun desea satisfacer el deseo de su hijo, al que se le ha metido esta boda en la cabeza, claro. Y tal vez tu padre no pueda negarse, porque no quiere enemistarse con su banquero. Pero la verdad es que no me parece una razón suficiente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sería posible que tu padre necesite fondos con urgencia para salvar la fábrica? ¿Y que en este momento tu matrimonio sea la única forma de conseguirlos?

Judith pareció conmovida y Victor temió haber sido demasiado directo, pero, para poder confirmar sus sospechas, necesitaba su ayuda.

—Eso no se me había ocurrido —admitió Judith, después de unos segundos en silencio—. Sobre sus razones para prometerme a Albrecht von Braun...

—Pero ¿te parece plausible?

—Sí. Ahora que lo dices... tal vez sí. Y, para poder averiguarlo, tendría que saber cuál es la situación financiera de la fábrica. Pero eso solo sería posible si pudiera echar un vistazo a los libros de contabilidad.

—¿Y puedes hacerlo?

Judith pareció sopesarlo.

—No creo que mi padre me lo permitiera así, sin más. Y, si se lo pido, levantaré sus sospechas.

—Entonces tendremos que buscar otro modo de lograrlo.

—Sí. La única opción es que entremos en las oficinas sin ser vistos y examinemos los documentos.

—Para eso necesitaríamos una llave. O alguien capaz de abrir cerraduras —sonrió Victor—. Por casualidad conozco a una persona...

—¿De verdad? ¿Conoces a un delincuente? ¿Quién es? —preguntó Judith con una risita.

—Tú también lo conoces. Edgar.

—¿Edgar Nold?

—El mismo. Es muy habilidoso. Una vez me contó, después de tomarnos unas cervezas, cómo había aprendido a abrir candados con un alambre. Solo

como juego, claro está.

—Pues pregúntale si estaría dispuesto a hacerlo. Conseguir las llaves sería muy difícil. En cuanto mi padre se percatara de que falta el llavero, haría vigilar las oficinas. Y así sería imposible entrar, incluso con las llaves.

—¿De verdad no te importa que Edgar y yo nos metamos en esto? Al fin y al cabo, se trata de secretos importantes de la fábrica.

Judith lo miró con fijeza y le puso una mano en la mejilla.

—Confío en ti. Y si tú confías en Edgar, entonces, yo también.

Victor asintió y le apretó la mano.

—Supongo que los libros más importantes estarán guardados en algún lugar separado, bajo llave. Sería de gran ayuda si en los próximos días consigues hacerte una idea de dónde se guarda cada cosa, más o menos.

—Lo intentaré. Pero no puedo arriesgarme a despertar sospechas. ¿Tú entiendes algo de contabilidad? ¿Dónde se apunta cada cosa? ¿Qué números son importantes?

Victor se rio.

—Es una pregunta pertinente. La verdad es que he estudiado un poco sobre ello porque hace tiempo que me interesa.

—Te gustaría fundar tu propia fábrica, ¿verdad? —preguntó Judith en broma, pero se dio cuenta de que Victor se ponía serio.

—Sí —admitió—. Sería algo con lo que podría entusiasmarme y a lo que podría dedicarme por entero. Y lo primero que haría sería asegurarme de que tratan bien a los trabajadores.

—Y a mí me encantaría estar a tu lado —se le escapó a Judith.

Victor enmarcó su rostro entre sus manos con infinita ternura.

—*Attemptamus*, Judith. ¡Atrevámonos!

La besó con cariño en los labios y en la frente. Y se marchó hacia la sala de máquinas.

CUANDO VICTOR SE marchó, Judith volvió a concentrarse en su nuevo experimento. Tomó un pedazo del *torrone* recién hecho y lo dividió en trocitos. Luego los amasó junto a la *gianduia*, que había mantenido fresca en la heladera, y utilizó masa para rellenar unas formas huecas de chocolate fundido que tenía preparadas. Luego lo cubrió con todo con chocolate líquido y guardó el resultado en una bandeja de la heladera.

Al depositar la bandeja, notó la mirada de la chica de la sección de decoración clavada en su espalda. Ya habían hecho ver que, por culpa de las

novedades de Judith, cada vez había menos espacio libre en las heladeras. Judith consideró que tal vez sería una buena idea adquirir una o dos unidades de refrigeración más.

Al regresar a la sala de experimentos, decidió preguntarle a su padre. Sentía gran curiosidad por saber si le concedería su deseo. Tal vez pudiera adivinar por su reacción si la opinión de Victor era acertada, si era verdad que no tenía dinero suficiente para encargarse del mantenimiento y ampliación del equipamiento de la fábrica.

Se cambió y se dirigió a las oficinas. Los distintos olores que reinaban por los pasillos y las escaleras volvieron a hacerla sentir arcadas. Al parecer, sufría una infección persistente, pues, además del estómago revuelto, se sentía agotada y mareada, y de vez en cuando sentía pinchazos en el vientre. Tal vez debería tomarse de verdad unos días de descanso para recuperarse del todo.

—¿Qué quieres, Judith? —la increpó su padre cuando se presentó frente a su escritorio—. ¿No te parece bastante pasarte el día en la fábrica, en lugar de dedicarte a preparar tu boda? Por cierto, Margarete ha hablado con la modista que se va a encargar de tu vestido. Haz el favor de acordar con ella las citas necesarias para las pruebas y todas esas cosas.

Judith soportó aquella insolencia y se esforzó por adoptar una expresión amable.

—Tengo una pregunta importante, padre.

—Bueno, pues rápido. Tengo que salir a ver a Von Braun.

—Ah, sí. Bueno. Quería proponer que compremos dos cajas refrigeradoras nuevas. Para el departamento de decoración.

—¿Dos de golpe? Hasta ahora siempre hemos tenido suficiente con la que tenemos.

—Nos íbamos apañando, pero en los últimos meses no ha sido nada fácil. En cuanto entra un pedido especial, hay problemas.

—Ya. Y esos pedidos especiales vienen de ti, supongo.

—De vez en cuando yo también la uso, es cierto, pero principalmente se trata de las necesidades del departamento de decoración —insistió Judith. Estaba segura de que su padre no compraría ninguna heladera nueva para sus experimentos, pero, si hubiera una necesidad auténtica, no le quedaría más remedio que reaccionar.

Su padre pareció pensárselo. Luego se levantó y se dirigió a la ventana de su despacho.

—Mira, Judith —le dijo, dándole la espalda—, cuando te cases con Albrecht, encargaré de inmediato las dos heladeras. Y, como no las necesitas

para ti, no hay ningún problema en esperar hasta después de la boda.

Judith entrelazó las manos para controlar las ganas de contradecirlo que sentía. Pelearse con su padre y resistirse a sus planes no le resultaría de ninguna ayuda en este momento. Si quería conseguir algo, tendría que mostrar prudencia.

—Pero ¿por qué esperar a la boda?

—Porque antes de realizar ningún pedido tengo que hacer números y solicitar varias ofertas. Lo mismo que esa otra ocurrencia tuya, las máquinas expendedoras automáticas. En principio no es una mala idea, pero para poder llevarla a cabo hay que disponer de medios suficientes.

Judith ya había hablado con su padre, a instancias de Victor, sobre la fabricación de máquinas expendedoras de chocolate, y solo había recibido evasivas. Pero ahora reconocía que era buena idea.

—¿Y la fábrica no tiene medios, eso es lo que quiere decir? Lo menciono porque también hay maquinaria que habría que sustituir...

—¡Silencio, Judith! —la interrumpió su padre—. Tú no sabes nada de estas cosas.

Judith decidió no seguir insistiendo. Había averiguado lo suficiente para entender que las sospechas de Victor, con casi total probabilidad, estaban justificadas.

—Está bien. Muchas gracias por haberme escuchado, padre.

—¡Una cosa más, Judith!

—¿Sí?

—Después de las Navidades quiero que te ocupes de una vez de tu ajuar. Con ello no quiero decir que te prohíba venir por aquí, pero quiero que te prepares para tu boda y para tus nuevos quehaceres como esposa.

Judith comprendió con claridad el mensaje subliminal de su padre. En cuanto se casara con Albrecht, se dedicaría a las labores de su casa. Y a nada más. Asintió con la cabeza y, con los labios apretados, salió del despacho, pero, en lugar de regresar a su sala de trabajo, esperó cerca de las cocheras hasta que vio que su padre abandonaba la fábrica montado en el carruaje de Theo. Si iba a casa de Von Braun, tardaría en volver. Y ella iba a aprovechar ese tiempo.

Se agarró la falda y regresó a las oficinas.

Taller de Alois Eberle, viernes anterior al segundo domingo de Adviento de 1903

EDGAR NOLD SE inclinó sobre un molde de cobre para esmaltes y delimitó con un hilo de alambre cada una de las superficies de un diseño floral, en las que fue introduciendo después masilla esmaltada de distintos colores. Así procedió con varios moldes de metal. Cuando hubo terminado, colocó los rótulos en un estante para que se secaran. A continuación, se dispuso a pintar a mano una superficie esmaltada que ya había pasado por el horno. Cuando estuviera lista, volvería al horno de nuevo, junto con otras muchas.

La técnica del esmaltado era muy laboriosa. Para lograr cumplir con los encargos que se le iban acumulando, Edgar trabajaba a menudo desde primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche. Era una suerte que Alois Eberle le hubiera permitido disponer de un cuarto junto a su taller. Victor había tenido la iniciativa de pedírselo. Eberle se había quedado viudo y disponía de espacio suficiente. En cambio, en la vivienda que compartían los dos hombres no era factible instalar un taller de esmaltado, por muy buena voluntad que tuvieran ambos.

Esta solución les venía bien a todos.

El alquiler de Edgar no era muy elevado, y podía pagarlo con lo que recaudaba con sus muchos encargos. Además, había podido adquirir un horno más grande para ampliar su pequeña manufactura. Se alegraba de que su negocio marchara tan bien. Incluso había empleado a un joven aprendiz que le estaba resultando de gran ayuda.

Unas semanas atrás, se había presentado su padre en el taller de forma inesperada, y había encargado varios rótulos para su fábrica de jabones. El reconocimiento que había visto en sus ojos lo había llenado de satisfacción. Aquel chico bohemio que se pasaba todo el día pintando cuadros que nadie quería comprar y ahogaba su frustración en absenta se había convertido en un emprendedor original que lograba ganar dinero con su arte.

Edgar sabía que sus clientes estaban muy satisfechos. Cada pieza que hacía a mano en su taller no solo poseía gran calidad, sino también bellísimos motivos individuales, a los que Edgar a menudo daba los últimos toques con pincel. Los clientes pagaban sin rechistar los elevados precios que solicitaba. Si continuaba su buena racha, pronto tendría que alquilar un local más grande, pero primero quería asegurarse de que su éxito era duradero.

Ya había oscurecido, pero la luz eléctrica iluminaba la habitación lo suficiente para continuar trabajando. Edgar quería diseñar un prototipo para la empresa Ebinger. El padre de su amigo Max le había encargado varios tipos de letreros, entre ellos, los nombres de los distintos departamentos, o números, y también carteles publicitarios que debían tener un diseño especial. A pesar de las reticencias iniciales, sus diseños recargados y ornamentales ahora eran muy apreciados. Edgar se concentró en su trabajo.

Una hora más tarde, cuando la puerta crujió con suavidad, supo que había llegado Victor.

—Casi estoy listo —murmuró mientras daba las últimas pinceladas sobre la superficie blanca. Luego limpió el pincel, lo dejó a un lado y se levantó.

—Veo que vas avanzando estupendamente —opinó Victor mientras contemplaba algunos rótulos que ya estaban listos para entregar—. Son excelentes, Edgar. ¿Te acuerdas de cómo te salieron tus primeros intentos, en comparación?

—Eso no lo olvidaré nunca. Cristal reventado, cráteres, grietas, burbujas de esmalte...

—Y los colores que resultaban después de pasar por el horno tampoco coincidían con los que tú querías. Pero has aprendido rápido. Y mira ahora. ¡Enhorabuena!

—Gracias, tampoco te pases. ¿Te apetece una sidra?

—¡No me digas que el viejo Eberle te deja acercarte a su barril de sidra!

Edgar sonrió y desapareció. Poco después, regresó con una gran jarra de cerámica con flores azules, pintadas con trazo grueso. La dejó sobre la mesa, apartó a un lado los papeles, lápices y demás, sacó dos vasos y sirvió la bebida.

—Alois no está. No tengo ni idea de dónde anda, pero ha salido hace un rato.

—¡Qué pena! Quería comentar una cosa con él.

Edgar brindó con Victor y dio un gran trago de sidra.

—¡Ah, qué sed tenía!

—¿Dónde está tu aprendiz? —preguntó Victor mientras tomaba asiento.

—Se ha ido a casa. Estos días ha trabajado tanto que hoy lo he dejado marchar más temprano.

—Lo más seguro es que vayas a tener que contratar a otra persona.

—Sí, yo también lo creo. Estoy mirando a ver si encuentro a alguien, pero tampoco me he puesto a buscar en serio. Además, con tanta nieve, solo salgo de casa cuando es indispensable.

—Sí, claro. Y aquí, con tu horno, estás bien calentito —se rio Victor, que bebió su vaso de un sorbo.

—Pero, de todas formas, le puedes echar un vistazo a la máquina —le ofreció Edgar—. A lo mejor puedo aportar yo algo decisivo al avance del proyecto.

—Sí, me gustaría echarle un vistazo antes de irme —dijo Victor y, con tacto, cambió de tema a algo que lo tenía en ascuas—. Tú conoces al hijo del banquero Von Braun, ¿verdad?

—¿Albrecht? Claro. Pero últimamente no lo veo mucho. Se ha prometido con la hija de Rothmann. ¿No se iba a celebrar la boda pronto?

—Eso es lo que él cree —se le escapó a Victor.

—¿Y no es así?

—Todavía no está dicha la última palabra.

Edgar, que no estaba al tanto de los sentimientos de Victor por Judith, soltó una risita.

—Sí, parece que ella no está muy entusiasmada. Al menos es lo que dicen algunos. Ya le ha hecho un par de feos a Albrecht. Como él lleva mucho tiempo detrás de ella, estaría dispuesto a aguantar algunos desplantes.

—¿Así que hace mucho que anda detrás de ella? —insistió Victor.

—Sí. Ya sabes que Albrecht, Max Ebinger y yo fuimos muy buenos amigos durante muchos años. Tú también los has visto un par de veces.

—Sí, pero ya hace unos cuantos meses de eso.

—Bueno, sí. En todo caso, Albrecht nos contó, a ver, cuándo fue... en febrero o marzo, que su padre había acordado con el señor Rothmann el matrimonio entre él y Judith.

—¿Entonces ya lleva tanto tiempo decidido?

—Sí. Sin embargo, por lo que parece, a Rothmann se le olvidó el pequeño detalle de comentárselo a su hija.

—Porque ella nunca habría dado su consentimiento —dijo Victor, y Edgar se percató de su amargura.

—Oye... No es asunto mío, pero ¿acaso tienes algún interés en Judith Rothmann? —preguntó con curiosidad—. No sueles ser tan hablador, al

menos, en cosas de mujeres. ¡Y te noto muy implicado en esto!

—La veo en la fábrica casi todos los días. Trabajamos juntos en algunas cosas, y nos llevamos muy bien. Por eso también le mostré a ella las máquinas expendedoras de chocolate.

—Ya me estaba preguntando por qué la involucrabas en este asunto.

—Porque ella puede aportar lo que hace falta: una gran pasión por todo lo que hace.

—Tus palabras parecen las de un admirador.

—No voy a negar que me gusta. Y creo que los dos juntos podríamos lograr algunas cosas en la fábrica de los Rothmann.

Edgar lo miró sorprendido.

—¿Y ella qué opina?

Victor jugueteó con su vaso.

—Me parece que tiene los mismos sentimientos que yo.

—¿Te parece?

—Lo sé.

—Pues lo que yo creo es que tienes un problema muy grande.

—Es posible.

Edgar le sirvió más sidra.

—¿Qué te parece que hará Rothmann contigo si se entera?

—¿Echarme de la ciudad?

—No sé si le parecerá suficiente.

—Rothmann tiene otros problemas en este momento. Me parece a mí, vamos.

Edgar depositó el vaso en la mesa.

—¡Esto se pone interesante! Cuéntame.

—Hace años que no se invierte nada en la empresa, y me preguntó por qué. Si sigue así, va directo a la bancarrota.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Bueno, por mi trabajo tengo una buena perspectiva de todos los departamentos, sobre todo, de las cosas que hacen falta. Y resulta que, lo que son las cosas, su hija tiene que casarse con el hijo de su banquero. No me extrañaría nada que, después de la boda, de repente la empresa contara con fondos.

Edgar pareció meditar en profundidad las palabras de Victor.

—Mi padre también estuvo a punto de perder su empresa. A él lo salvo un pedido enorme. Tampoco le contó nada a nadie en aquel momento. Para Judith sería una catástrofe que la trataran así. Y para Albrecht, también.

—Me da la impresión de que Albrecht se comporta de una forma muy infantil. Quiere que Judith sea suya, cueste lo que cueste. No tiene ni idea lo que significa vivir en un matrimonio en el que los esposos no se aguantan. Yo lo he vivido, con mis padres. Y aquello destrozó a mi madre.

—Muchos matrimonios de este tipo funcionan más o menos. Pero conozco muy bien a Albrecht. Él no se contentará con una farsa. Utilizará con Judith todo el poder que le otorga su condición de esposo. Es un tipo de carácter débil, ese es su problema.

Victor asintió. Y luego fue al grano.

—Judith y yo tenemos el plan de examinar los libros de contabilidad, para saber cómo están las cosas.

—¿En la fábrica? Será muy difícil.

—Por eso te necesitamos. Tienes que ayudarnos a entrar en las oficinas.

—¿Quieres que os ayude a forzar la entrada al despacho de Rothmann? Si eso se descubre, Rheinberger, tendré que cerrar el taller.

—Lo sé.

—Ya. ¿Y qué ganaría yo con eso?

—Quería preguntarte otra cosa, aparte de esto. ¿Serías capaz de hacer cajas de metal esmaltadas? ¿De lujo y de distintos tamaños? Serían para cacao en polvo, chocolatinas y pastas. Me gustaría que los productos más exquisitos no se vendieran en cajas de madera, sino en bonitos envases de regalo con decoración moderna.

Edgar puso una amplia sonrisa.

—Hablas como si ya fueras el dueño de Rothmann. Me parece buena idea. Y claro que puedo hacerlo. Pero...

—Si conseguimos nuestro objetivo, seguro que Judith intentará contratarte. Como proveedor principal, digamos. Además, las cajas de latón podrían venderse de forma independiente, para regalos, caramelos y cosas así. Piénsatelo, Edgar. Yo no soy de esos que se lanzan a las cosas sin pensar.

—Pero estás enamorado. Y eso te nubla el buen juicio.

—¿Nos ayudas o no?

Edgar meneó la cabeza.

—En qué aprietos me pones, Rheinberger. De haberlo sabido, nunca te habría ofrecido alojamiento.

—Eso ya me lo has dicho antes —replicó Victor sonriendo.

—¿Cómo os imagináis exactamente el plan?

—Necesitamos tu habilidad para abrir la cerradura. Después tenemos que mirar un montón de libros en muy poco tiempo y, si encontramos algo,

copiarlo o por lo menos apuntar dónde está anotada cada cosa. Entre los dos solos es casi imposible que lo logremos.

—O sea, que buscas un delincuente y un secretario a la vez —resumió Edgar.

—Así se podría expresar, sí.

—¿Y cuándo sería eso?

—Lo antes posible. Si es antes de Navidad, mejor.

—Pero entonces Judith tendría que bajar a Stuttgart por la noche.

—Yo la iría a buscar.

—¡Hay que ver, Victor Rheinberger! No me extraña que te encerraran en la prisión de Ehrenbreitstein. Pero, por mí, vale. Me apunto.

—¿De verdad? —Victor se puso de pie de un salto y le extendió la mano—. Dame tu palabra de que no vas a echarte atrás.

Edgar le estrechó la mano.

—¿Sabes? La verdad es que tengo ganas de demostrarle a Albrecht que no todo se puede conseguir con dinero. Porque hace ya mucho tiempo que va por la vida con esa actitud. No le vendrá mal una pequeña lección. Un tipo que se dedica al juego no se merece a una chica como Judith.

Victor prestó atención.

—¿Albrecht juega?

—Pues claro —respondió Edgar—. Y mucho más de lo que sería recomendable para su bolsillo. Pero mientras su padre lo siga financiando, no tiene motivos para disciplinarse.

—¿Qué te parece si tanteamos al banquerito, Edgar? —propuso Victor—. A lo mejor descubrimos tantos trapos sucios que Rothmann no le querrá entregar a su hija por mucho dinero que necesite.

Edgar se echó a reír.

—No está mal pensado. Esa idea me gusta incluso más que el allanamiento. —Se pasó la mano por la frente, abstraído—. Incluso aunque no podamos demostrar nada que nos sea de utilidad, aparte de los vicios de un joven debilucho de buena familia. Su hermana Dorothea sería una buena fuente para saber algo más de él. Pídele a Judith que hable con ella. A lo mejor encontramos algún hilo del que tirar.

—Lo haré.

—Espero por ti que lo logremos.

—Yo también, créeme. —Victor dejó el vaso sobre la mesa—. Me voy. ¿Puedes saludar a Eberle de mi parte? Volveré a pasarme pronto por aquí.

—¿No querías ver la máquina?

—Ahora no. Tengo unas cuantas cosas en las que pensar. ¡Buenas noches!

Cuando Victor se marchó, Edgar volvió a su trabajo. No estaba seguro de que los planes de Victor fueran a servir de algo, pero comprendía que no pudiera dejar de intentarlo.

Además, tenía muchas ganas de forzar un par de cerraduras.

Zona de servicio de la mansión Rothmann, a mediados de diciembre de 1903

—POR AHÍ ANDA un chico merodeando delante de la puerta —le dijo la cocinera a Robert—. No le he abierto. Será mejor que vayas a ver qué quiere.

Robert fue a la entrada de servicio, abrió la puerta y asomó la cabeza. Y, en efecto, se encontró con un chico que no conocía, con las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos de una chaqueta ligera. Cuando Robert lo miró, mostró sus dientes torcidos en una amplia sonrisa.

—¿Qué quieres? —preguntó Robert, dispuesto a cerrarle la puerta en las narices.

—¿Viven aquí dos gemelos idiotas?

—¿Y eso a ti qué te importa?

—Hace dos semanas los salvé. Abajo, en Stuttgart.

—¿Que los salvaste? —Robert se echó a reír—. Eso lo puede decir cualquiera. Anda, márchate de aquí.

Robert iba a cerrar la puerta, pero el chico metió con agilidad el pie para evitarlo.

—Escúchame, hombre —le pidió.

—¿Y a santo de qué? —gruñó Robert.

—Porque lo que digo es verdad. Los dos bajaron a Stuttgart y, si no llega a ser por mí, no habrían vuelto nunca más a casa.

Robert sintió curiosidad. Es verdad que algo había pasado aquellos días, antes de las grandes nevadas. Se acordaba de que estuvieron a punto de iniciar una acción de búsqueda, porque Karl y Anton desaparecieron una tarde entera. Pero, antes de que decidieran ir a buscarlos, los gemelos regresaron.

—¿Y por qué vienes ahora, un par de semanas después?

—Porque entonces no sabía que eran los hijos de Rothmann. Pero como creo que me merezco una recompensa, pues he venido hasta aquí.

—Bueno, por mí, pasa. Si las cosas fueron como dices, los chicos te reconocerán.

Robert lo llevó a la cocina.

—Espera aquí. Voy a ver dónde están. Gerti, ¿lo vigilas, por favor?

La cocinera asintió con la cabeza y el chico desconocido sonrió.

Robert se dirigió al salón. Durante la semana, allí tenían lugar las clases con el tutor. Llamó a la puerta y el profesor abrió.

—Ah, Robert. ¿Qué pasa?

Robert lanzó una mirada hacia los gemelos, que habían vuelto la cabeza hacia él con interés.

—Ha venido un chico de Stuttgart que dice que hace un par de semanas salvó a Karl y Anton, no sé de qué. La verdad es que no me ha quedado muy claro a qué se refiere. Por eso pensé que lo mejor sería que vinieran los dos un momento. Ellos dirán si lo conocen o no.

—Bueno, de acuerdo, puede llevarse a los chicos. Pero dentro de diez minutos los quiero de vuelta aquí.

—Prometido —respondió Robert, que se alegraba de poder aclarar el asunto lo antes posible. Los hermanos lo siguieron hasta la cocina.

—¡Pero si es Fritz! —exclamó Anton con alegría al ver al chico que estaba de pie junto a la cocinera—. ¡El que nos enseñó a los bomberos!

—¡Sí, justo! ¡Incluso te pagué algo! —confirmó Karl.

Fritz seguía sonriendo, aunque un poco azorado.

—Bueno, Fritz, parece ser que te conocen —dijo Robert.

—Pues claro. Ya te he dicho que yo... —empezó Fritz, pero Robert lo interrumpió.

—... Los salvaste, sí, ya lo sé. Pero ahora me gustaría saber de qué.

—Sí, ¡eso me gustaría saber a mí también! —se entrometió Karl—. Al que le pasó algo fue a Jakob el Quemado, ¡pero, a nosotros, no!

—No habríais encontrado nunca el camino de vuelta a casa antes de que se hiciera de noche, y os habríais perdido en el bosque o en los viñedos —explicó Fritz dándose importancia.

—¡No es verdad! —protestó Anton—. Habríamos vuelto con el cremallera.

—Pero yo os llevé a la estación —insistió Fritz.

—A ver si lo he entendido bien —resumió Robert—: Fritz os enseñó a los bomberos y luego os llevó a la estación del cremallera.

—¡Exacto! —dijeron los gemelos.

—Bien. Ahora volved ya a las clases. Os han permitido salir solo diez minutos.

Anton se puso en movimiento de inmediato, pero Karl se detuvo en la puerta y le dijo a Fritz:

—¿Quieres jugar otro día con nosotros? ¡Ahora ya sabes dónde vivimos!

—¡Claro!

Karl sonrió satisfecho y se marchó detrás de su hermano.

Cuando ya no podían oírlo, Robert se apartó un poco con Fritz.

—Vamos fuera —le indicó lanzándole una mirada a la cocinera, que ya se había puesto a preparar la cena—. Me gustaría hablar contigo a solas.

Fritz asintió y Robert se puso una chaqueta. Salieron de la parcela de los Rothmann y siguieron caminando por la calle.

—¿Por qué quieres una recompensa? —preguntó Robert—. Les enseñaste a los bomberos, pero de ninguna manera les salvaste la vida.

—Bueno, lo que pasa es que... —empezó Fritz. De repente se puso muy triste—. Necesito dinero. Mi madre está muy enferma.

—¿Qué tiene? ¿Un resfriado? Ahora mismo está todo el mundo resfriado.

—Tiene tuberculosis.

Robert se detuvo de golpe.

—¿Y te atreves a venir a nuestra casa? ¡Nos vas a contagiar a todos!

—Yo estoy sano, ya me ha visto el médico.

—¿Y tu padre?

—Murió. Tuvo un accidente en la fábrica.

—Seguro que hay algún tipo de asistencia social. En Stuttgart hay organizaciones para todo —pensó Robert en voz alta.

—Sí, para las niñas hay muchas residencias. Pero a nosotros nos han olvidado. Vivimos con una mano delante y otra detrás. Mi madre trabajó muchos años de cocinera para una familia en Stuttgart, pero cuando se puso enferma la despidieron. Yo gano un poco haciendo de guía en la ciudad. Pero ahora, con la nieve, es difícil. No sale nadie de casa. Y tampoco vienen turistas.

—Ah, por eso dijo Karl que te habían pagado algo.

—Mmm, sí —admitió Fritz avergonzado.

Caminaron un rato en silencio. A Robert le daba pena el chico. El padre había muerto, la madre no tenía trabajo porque estaba enferma. Un círculo vicioso.

—Escúchame, Fritz —dijo por fin—. Lo de tu madre es muy grave, y lo siento mucho. Pero no sé cómo podría convencer a los Rothmann para que te dieran una recompensa. —Fritz estaba abatido—. Búscate un trabajo en la fábrica, Fritz. Tienes posibilidades, ¡eres joven y fuerte!

—Sí, ya lo he pensado —dijo Fritz—. Pero si estoy todo el día trabajando, ¿quién va a cuidar de mi madre?

Robert se dio cuenta de que Fritz se sentía superado por la situación, pero era difícil ayudarlo. Había muchas familias en situación parecida, y él mismo también tenía que apañárselas.

No era justo.

—Es horrible —dijo Robert enfadado— que algunos lo tengan todo y otros, casi nada. Algo tiene que cambiar. —Pensó en su propia familia, pobre, con muchos hijos—. Si se repartiera lo que tienen los ricos, todos tendrían suficiente.

—¡Como si los ricos nos fueran a dar algo!

—Tendría que ser obligatorio. A fin de cuentas, obtienen su riqueza porque otros trabajan para ellos.

—En eso tienes razón. Pero, de todas formas, no podemos ir a pedirles sin más que nos den una parte.

—No. Uno solo nunca lo conseguiría. Pero si fuéramos muchos, a lo mejor cambiaban algo las cosas.

—¿Tú crees? —preguntó Fritz poco convencido.

—Sí, yo creo que sí. No sería tan fácil, claro. Pero al menos podríamos pensarlo, ¿no?

—Mmm —asintió Fritz.

—Yo quiero ir pronto a trabajar en una fábrica. Porque trabajar de mozo es mucho peor. Tenemos que estar siempre disponibles para limpiar la suciedad de los señores. Ven aquí, Robert, vete allá... No hagas esto, haz lo otro. Y tampoco nos pagan mucho, porque nos dan alojamiento y comida. Y si alguna vez se nos ocurre dar nuestra opinión, nos llaman *revolucionarios*.

—¿En serio?

—De verdad. Y para las chicas es peor, a veces. Algunas terminan yéndose por el mal camino.

De nuevo pensó en Babette, el único motivo por el que él aún aguantaba con los Rothmann. En otoño la había visto dos veces acompañada, cada vez con un hombre distinto. Pero debido a la nueva regla de los domingos que había establecido el señor Rothmann, no podía seguirla tan a menudo. Todo ello alimentaba su preocupación por que algún día terminara como una mujer de mala vida.

—Por eso creo que es mejor trabajar en la fábrica que en la casa de un señor. Allí hay horas de trabajo fijas y pagan mejor, aunque el trabajo sea más pesado. Y no hay que vivir bajo el mismo techo que el jefe.

—Mi madre siempre dice que le ha ido bien.

—Supongo que depende de lo que ella considera ir bien —comentó Robert—. Vuelve otra vez por aquí, Fritz. Yo miraré si los Rothmann tienen algún trabajito para ti de vez en cuando. Así podrás ganarte un dinerillo.

El rostro de Fritz se iluminó con una tímida esperanza.

—¿De verdad? ¿Harías eso por mí?

Robert asintió.

—Al menos lo intentaré. ¿Me puedes decir dónde vives?

Fritz se lo explicó y luego se despidieron con unos golpecitos en la espalda.

Robert se quedó mirando cómo se marchaba, con la ropa gastada y los zapatos rotos, solo entre la nieve.

Tal vez había llegado de verdad la hora de que cambiaran las cosas. Lo atraía la idea de lo que podría llegar a ocurrir si se unieran las fuerzas y pasaran de ser unas gotitas sin importancia a un río de caudal poderoso. En algún momento tendría que darle a su vida otra dirección.

Robert respiró hondo. Luego regresó a la casa con pasos pesados para ocuparse de la leña para el fuego.

Parque Rosenstein en Stuttgart, tercer domingo de Adviento de 1903

—YA SÉ QUE es muy difícil espiar a tu propio hermano, Dorothea —dijo Judith, mirando a su amiga, que mantenía la vista al frente.

—Sí, no es fácil. Pero, al final, lo hago por Albrecht. Y por ti, claro.

—¿No habías sospechado nada?

—Algunas cosas sí que me parecían raras. Que sus amigos ya no vengan por casa, que muchas noches desaparezca. Pero no es asunto mío juzgar su modo de vida. La verdad es que hasta ahora no le había prestado mucha atención.

Judith y Dorothea paseaban a buen ritmo por el nevado parque Rosenstein, entre Stuttgart y Canstatt. Theo las había dejado allí hacía treinta minutos y habían acordado que pasaría a recogerlas dos horas más tarde.

Vestían gruesos abrigos de piel. Judith llevaba un sombrero y una estola de chinchilla y las manos ocultas en un manguito de gran tamaño. Le gustaba estar al aire libre, aunque el frío cortante le enrojecía las mejillas y la nariz. El aire invernal en la colina de Degerloch era más limpio, pero el jardín inglés y el castillo Rosenstein poseían una magia especial. Los árboles procedentes de todo el mundo, que en verano mostraban su hermoso follaje, ahora se ocultaban bajo una gruesa capa de nieve. El bosque de coníferas también lucía blanco por completo.

Sobre los caminos nevados solo se veían las huellas de las dos jóvenes, pues había muchos menos paseantes que en los cálidos días de primavera y verano.

Judith había hecho llegar una carta a Dorothea en la que no solo le proponía esta excursión, sino que le mencionaba la temible sospecha que le había comunicado Victor entre dos besos en la sala de experimentos: que Albrecht vivía atrapado por el juego. Y le pedía ayuda.

Se alegraba de que Dorothea se mostrara receptiva a sus preocupaciones.

—Es raro —observó Judith—. Somos buenas amigas desde hace tanto tiempo, tú y yo, pero sobre este tema apenas hemos hablado —caviló.

—Albrecht es mi hermano. La cosa ya es lo bastante complicada para mí. También lo del anuncio del compromiso. ¡Fue horrible! Te entendí perfectamente, pero me dio tanta pena de Albrecht, que se quedó allí plantado cuando tú saliste corriendo...

Quedó desolado y puesto en evidencia. ¡Eso no se lo deseo a nadie!

Judith se quedó mirando una ardilla que se estaba comiendo algo que había desenterrado de sus reservas para el invierno. Cuando terminó, subió a toda prisa al árbol más próximo.

—Fueron nuestros padres los responsables, no yo —respondió en voz baja.

—Ya lo sé —suspiró Dorothea—. Por eso no te hago ningún reproche. Tal vez deberíamos haber hablado antes de esto, pero... Créeme, cuando te desmayaste aquel día en la tienda, ¡me llevé un susto de muerte!

—Ah —exclamó Judith quitándole importancia—, eso no fue nada. Pero —añadió, volviendo al asunto de su interés— volvamos a Albrecht. ¿Has dicho que desaparece a menudo por las noches?

—Sí. Sale casi todas las noches —respondió Dorothea, y respiró hondo—. Y casi siempre hasta la madrugada. Judith, la verdad es que yo también creo que hay motivos para preocuparse. Yo no puedo seguirlo en la oscuridad, pero tal vez Edgar y Victor...

—¡Buena idea! ¡Perfecto! Deberían seguirlo los dos y anotar adónde va, con qué tipo de gente se encuentra y cuánto tiempo está en cada sitio.

—Ya se lo dije a mi madre, pero no quiere saber nada del tema. Replicó que era un chico joven y tenía que desfogarse, ya que iba a casarse pronto.

—Prefiere cerrar los ojos a la realidad —afirmó Judith.

—Sí. Siempre igual. Lo adora, es su único hijito.

—¿Y tu padre?

—Yo creo que se alegrará cuando se marche de casa. Se siente decepcionado con él, eso ya lo ha dejado entrever varias veces. Por el momento, le permite trabajar en el banco, pero dudo mucho que vaya a delegar la dirección en él.

—¡Oh! —exclamó Judith—. ¿Y mi padre lo sabe?

—He intentado sacarle información a mi madre. Al parecer, mi padre ha tenido varias charlas con tu padre con el objetivo de que Albrecht tomara el mando de vuestra fábrica de chocolate.

—¡No puede ser! —Judith estaba conmocionada.

—Pues sí. Pero tu padre se ha opuesto de modo tajante.

—Menos mal, algo es algo —dijo Judith aliviada—. ¿Y te ha contado algo más?

—No, yo creo que no sabe nada más. Pero, ahora que lo dices, nuestra doncella quería contarme otra cosa, pero apareció el ama de llaves y la hizo salir del cuarto. Y desde entonces no he podido volver a hablar con ella a solas.

—En nuestra casa es lo mismo. Los criados tienen prohibido cotillear. Pero lo hacen igual. Por lo menos, entre ellos. De algunas cosas me entero por Dora, pero incluso ella es bastante discreta.

—Normal, le puede costar el trabajo.

Un mirlo salió volando y esparció una nube de nieve en polvo.

—Judith —dijo Dorothea en ese instante—, ¡mira! ¡Por allí vienen Victor y Edgar! ¡Pero qué casualidad!

Cuando Judith se volvió, reconoció al instante la imponente figura de Victor. Caminaba deprisa, como si quisiera alcanzarlas. Edgar iba más despacio, unos pasos detrás de su amigo.

Dorothea y Judith se detuvieron a esperarlos.

Cuando Victor se acercó, Judith no se atrevió a tutearlo en presencia de Dorothea.

—Buenos días, señor Rheinberger —lo saludó con cortesía, pero sus ojos brillaban de alegría al verlo aparecer de forma tan inesperada.

—Señorita Von Braun, señorita Rothmann —las saludó Victor con formalidad—. ¿Les molestaría que me sumara a su paseo?

—Eh, y yo también —añadió Edgar, que lo había alcanzado, y se lo reprochó a Victor con un codazo.

—El que llega primero... —bromeó Victor guiñándole un ojo a su amigo.

—Desde luego que no tenemos nada que objetar a su compañía —respondió Dorothea conciliadora—. Acompáñennos un rato, caballeros.

Y los cuatro echaron a andar.

—¿Cómo ha sabido que nos encontraríamos aquí? —preguntó Judith curiosa.

—Usted había mencionado algo —respondió Victor con una sonrisa—, y entonces se me ocurrió que sería un cambio agradable salir a dar un paseo por el parque—. Miró alrededor—. Y es maravilloso.

—¿Verdad? Está lleno de secretos —dijo Judith—. Detrás de cada recoveco se esconde una nueva sorpresa.

—Cierto. ¡El arquitecto de este lugar lo pensó todo muy bien! —afirmó Victor.

—Pero esa no será la única razón por la que ha venido a pasear por aquí —aventuró Judith. Victor sonrió.

—No. Edgar y yo pensamos que hay pocas oportunidades de que podamos hablar a solas los cuatro. Y eso nos parecía importante de cara a nuestros planes.

—¿Planes? ¿Se refiere usted a Albrecht? —Dorothea se había detenido y los fue mirando uno a uno.

—Así es —respondió Victor—. ¿Ya la ha informado Judith?

—Sí. Y le he ofrecido mi apoyo.

—Será una ayuda extraordinaria, señorita Von Braun —le agradeció Edgar.

—Ya me ha contado que Albrecht, de hecho, pasa casi todas las noches fuera de casa —añadió Judith.

—¿Qué te dije? —le dijo Edgar a Victor.

—Pero nosotras no podemos hacer nada, tenemos las manos atadas —explicó Dorothea—. No podemos andar por Stuttgart en plena noche.

—Por supuesto que no, sería un escándalo —confirmó Edgar—. De eso nos encargamos nosotros.

—¿Podría decirnos cuándo sale de casa, más o menos, señorita Von Braun? —preguntó Victor.

—En las últimas semanas ha estado saliendo a distintas horas. Pero casi siempre después de las ocho.

—O sea, que tenemos que pisarle los talones —le dijo Edgar a Victor, que asintió.

—¿Y sale a pie?

—Por lo que yo he visto, sí —respondió Dorothea, que carraspeó y levantó la vista hacia las nubes que recorrían el cielo azul de invierno. Judith percibió lo difícil que le resultaba a su amiga involucrarse en este asunto.

—¿Tienes la sensación de que estamos planeando un complot? —le preguntó con delicadeza.

—Es lo que estamos haciendo —susurró Dorothea.

—Pero no pretendemos perjudicar a Albrecht —intervino Victor, que había seguido el diálogo con atención—. Si nuestras sospechas no se confirman, no ocurrirá nada. Y si tiene algo que ocultar, también será beneficioso para él abandonar ese camino, no solo para la señorita Rothmann.

—Eso mismo pienso yo —dijo Dorothea, que suspiró de nuevo—. Pero no es tan fácil para mí.

—Es comprensible, señorita Von Braun —dijo Edgard con amabilidad—. Y por eso es más admirable que se haya decidido a ayudarnos.

Dorothea respiró hondo y frunció un poco el entrecejo.

—¿Y cómo puedo ayudar yo?

—Necesitaríamos ocultarnos mañana por la noche en su finca. En algún lugar escondido, desde donde podamos vigilar la puerta de la casa y estar a resguardo del frío. Si sale a horas diversas, sería mejor no tener que pasar mucho tiempo a la intemperie esperando. Por el momento, no hace falta nada más —dijo Victor.

Dorothea pareció sopesar la propuesta durante unos momentos.

—Bien. Me aseguraré de que la puerta y el cobertizo estén abiertos. Desde una de las ventanas se ve todo muy bien. Al menos, eso espero.

—De acuerdo. Lo más importante es que nadie dé la voz de alarma y no terminemos en el carruaje verde de la policía —Edgar sonrió—, acusados de allanamiento de morada.

—Veré qué puedo hacer —respondió Dorothea—. Si hubiera problemas, dejaría una rama de abeto en el zócalo que hay junto a la puerta. Como advertencia. Y entonces habría que dejarlo para otro día.

—Excelente —dijo Victor.

—Señorita Von Braun —añadió Edgar—, para nosotros es importante que usted esté informada sobre nuestros planes y motivaciones.

—Por eso las hemos seguido hoy hasta aquí —añadió Victor en tono más relajado.

—¡Como auténticos salteadores de caminos! —bromeó Judith, y Dorothea no pudo evitar reírse.

Judith tiró su manguito al suelo, cogió un puñado de nieve y formó una bola con ella.

—Bueno, mis queridos salteadores, ¡no se vayan a creer que no sabemos defendernos! —exclamó, apuntando a Edgar. Él se apartó con rapidez, pero el disparo lo alcanzó en la manga.

—Ah, prepárese... —dijo él, y se agachó para hacerse él también con un puñado de nieve.

Judith lanzó una mirada retadora a Victor, que, sin apartar los ojos de ella, tomó un puñado de nieve de un arbusto cercano.

—No se atreverá —amenazó Judith riéndose, mientras se armaba a su vez. Antes de que Victor lanzara la primera bola, formó un beso con los labios sin

ser visto. Ella le guiñó un ojo, y él la alcanzó con una bola en la manga.

Ella le devolvió el tiro y le acertó en la espalda. Judith rio alborozada, antes de que la bola de respuesta estuviera a punto de derribarle el sombrero. En pocos minutos se hallaban inmersos en plena guerra de bolas de nieve. Hacía mucho tiempo que Judith no se sentía tan libre.

Al final, no llamó la atención de los demás que Victor la ayudara a librarse de los restos de nieve, porque Edgar, por su parte, estaba haciendo lo mismo con Dorothea.

A la noche siguiente

—¿VES ALGUNA RAMA de abeto? —preguntó Edgar en voz baja.

Victor volvió a comprobar los dos lados del imponente portón de entrada de la mansión de los Von Braun.

—No, no se ve nada. Tampoco parece que se haya caído o que un animal se la haya llevado, no hay ningún rastro.

—¡Entonces, vamos!

La finca estaba rodeada por una valla de hierro forjado, interrumpida a intervalos por columnas de piedra. Victor empujó con cautela la puerta para ver si cedía y descubrió que estaba tan solo entornada. Dorothea había cumplido su palabra. Abrieron la puerta lo justo para colarse los dos dentro y, luego, volvieron a cerrarla con cuidado.

Junto al edificio principal, reconocieron otro edificio bajo iluminado tenuemente, justo como les había explicado Dorothea. Avanzaron por el camino adoquinado que conducía a la casa y después se desviaron y atravesaron una superficie de césped hasta llegar al cobertizo por un lateral. De repente, se oyó ladrar a un perro.

—Dorothea no mencionó ningún perro guardián —susurró Edgar.

—No. Seguro que pensó que ya sabíamos que tenían uno —respondió Victor en voz baja—. Como tantas casas de por aquí.

Miraron preocupados a su alrededor, pero los ladridos se detuvieron de golpe. Victor le hizo un gesto con la cabeza a Edgar.

—¡Adelante!

Llegaron al cobertizo y allí también encontraron todo como se lo había descrito Dorothea. En la zona de las caballerizas todavía había gente trabajando. Se oyeron pasos y unas tosecitas, el sonido de una escoba raspando el suelo y el tableteo de cubos. Pero en la parte donde se guardaban los carruajes estaba todo tranquilo. Encontraron la ventana en cuestión detrás

de una calesa, y les ofrecía una estupenda vista de la entrada principal de la mansión.

—¿Qué hora es? —preguntó Edgar. Victor comprobó su reloj de bolsillo.

—Solo son las siete y media. Todavía puede tardar un buen rato.

—Esperemos que no decida pasar la noche en casa justo hoy —dijo Edgar—. Ya me he hecho a la idea de una noche de juerga.

Victor se rio por lo bajo.

—Si hoy no funciona, pues mañana. Porque, si es verdad que está enganchado al juego, no podrá dejarlo por mucho tiempo. No le quedará más remedio que salir.

Se acomodaron lo mejor que pudieron. Edgar sacó del bolsillo de la chaqueta un estuche de cuero en el que llevaba una botellita. La destapó y se la ofreció a Victor.

—¿Quieres?

—¿Qué es?

—El mejor aguardiente de pera.

Victor lo probó.

—¡Ah! Sí que es bueno.

Edgar dio también un trago.

—Justo lo que nos hace falta para matar el tiempo. —Volvió a poner el tapón.

Pasaron las ocho, dieron las nueve y no se veía ningún movimiento.

—¿Crees que saldrá? —Edgar se estaba impacientando.

—Todavía no es demasiado tarde. Esperaremos.

—O a lo mejor hoy ha salido antes.

—No creo. Dorothea nos habría avisado con una rama de abeto.

Vaciaron la botellita de aguardiente y conversaron en voz baja hasta que Edgar le dio un codazo a Victor.

—¡Creo que ahí viene!

Victor miró también por la ventanita polvorienta y distinguió una figura vestida de oscuro que se dirigía al portón del jardín por el cual habían entrado ellos antes.

—¿Es él? —preguntó Victor—. Tú lo conoces mejor que yo.

—Estoy casi seguro —respondió Edgar—. Sí, coincide con la altura y corpulencia de Albrecht.

—¡Pues vamos!

Victor y Edgar salieron de su escondite y siguieron a la persona que se alejaba a toda prisa. Se mantuvieron a una buena distancia, pues querían

evitar que Albrecht se fijara en ellos por cualquier imprevisto, pero la verdad es que parecía caminar concentrado por completo en su objetivo.

En la oscuridad de la noche era difícil no perderlo de vista, sobre todo, por lo rápido que andaba. Por suerte, las calles y aceras de la ciudad seguían cubiertas por una firme capa de nieve, por lo que su silueta se recortaba con claridad contra el fondo blanco a la luz de las farolas de gas.

Llevaban caminando unos veinte minutos cuando Albrecht redujo la velocidad. Al llegar frente a la taberna Alsaciana, un edificio estrecho de varios pisos, se detuvo. Antes de entrar, adoptó una postura más erguida.

Había comenzado a nevar ligeramente y Victor y Edgar se consultaron qué hacer a continuación. Decidieron entrar ellos también. El local, con paredes revestidas de madera, estaba lleno de gente, y reinaba un gran bullicio. A Albrecht parecía que se lo había tragado la tierra.

—Será mejor que nos separemos —le dijo Victor a Edgar en voz alta para hacerse oír en medio de aquel jaleo. Edgar asintió y se abrieron paso cada uno en una dirección distinta entre las hileras de sillas de los ilustres huéspedes, en busca de Albrecht. La taberna Alsaciana era famosa porque allí solían acudir artistas de todo tipo. Aquella noche no era una excepción, pero Albrecht no se contaba entre ellos.

—Hace algunos años —recordó Edgar, cuando volvieron a encontrarse—, Max, Albrecht y yo estuvimos aquí juntos unas cuantas veces. Y en aquel entonces solíamos retirarnos a un reservado. A lo mejor existe todavía.

—Seguro. Será mejor que preguntemos —decidió Victor.

Edgar le preguntó a la mujer del tabernero y, cuando esta asintió con la cabeza, Victor supo que la intuición de Edgar era correcta.

—Sí, todavía existe —confirmó Edgar poco después—. Y la mujer me ha reconocido. Quién sabe si me habría dado la información si no me conociera, porque yo creo que los caballeros que se reúnen allí prefieren que no se perturbe su privacidad.

—Para jugar tranquilos —aventuró Victor.

—Eso supongo yo.

—Entonces no podemos entrar por las buenas —observó Victor.

—No. Por lo menos, los dos juntos —dijo Edgar—. Yo solo, tal vez lo consiga.

—De acuerdo —accedió Victor—, tiene sentido. Yo me quedaré por aquí cerca, en la zona de la barra.

—Puede que tarde un buen rato —lo previno Edgar.

—Eso da igual —replicó Victor—. En caso de que él salga antes que los demás, a lo mejor no puedes seguirlo tú. Y entonces me encargaría yo.

Mientras Edgar se hacía acompañar por la posadera a una puerta lateral, Victor buscó un sitio libre. No resultó fácil, pero al final se sentó a una mesa en la que ya había unos cuantos muchachos bebiendo, y pidió una copa de vino.

Ya iba por la tercera cuando se volvió a abrir la puerta por la que había entrado Edgar, y apareció Albrecht von Braun. Tenía el rostro abotargado y enrojecido y andaba algo inseguro. Parecía enfadado y no respondió a la despedida de la tabernera. Se puso el sombrero y salió del local.

Victor dejó sobre la mesa el dinero correspondiente a las copas de vino, se levantó y lo siguió. Se notaba que Albrecht había bebido bastante. En lo referente al juego, esperaba que Edgar hubiera conseguido alguna información importante. Pero ¿adónde iba ahora el hijo del banquero? No tomó el camino a casa.

Victor lo siguió de manera discreta.

Albrecht iba mucho más despacio que antes y se balanceaba algo, pero parecía saber muy bien adónde se dirigía.

Dos manzanas más allá, se detuvo delante de un edificio de viviendas. Antes de entrar, miró a su alrededor y Victor se ocultó con rapidez entre las sombras de un portal con tejadillo para evitar ser descubierto. Albrecht no lo vio, llamó a un timbre y, poco después, le abrieron la puerta.

MIENTRAS VICTOR PENSABA qué hacer después, vio llegar a Edgar a toda prisa y salió a su encuentro.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó Edgar jadeando un poco—. ¿Lo has perdido de vista?

—Hueles a vino —afirmó Victor. Edgar hizo una mueca.

—Tú también.

Victor sonrió y señaló el edificio que se encontraba frente a ellos.

—Ha entrado en ese portal.

—Pues vamos a ver quién vive ahí —dijo Edgar. Juntos examinaron los nombres de los inquilinos, aunque algunos apenas se podían leer.

—Mmm. Parece ser un edificio normal y corriente, de un barrio no muy elegante. Sin embargo, me imagino que en alguno de los pisos tal vez se ofrece algún servicio que va más allá de cama y comida.

—Te entiendo. Y si tenemos en cuenta las observaciones de Dorothea, lo más seguro es que no salga de ahí hasta la madrugada.

—Exacto. Deberíamos irnos a casa.

Victor asintió, aunque habría preferido sorprender a Albrecht *in fraganti* en los brazos de una prostituta y haberle cantado las cuarenta allí mismo. Pero la impaciencia no los iba a llevar a ninguna parte.

—¿Volvemos a casa? —le preguntó a Edgar—. ¿O prefieres pasar la noche junto a tu horno?

Edgar se rio.

—Bueno, en estas noches tan frías adoro mi horno. Pero hoy me voy contigo a nuestro pisito, aunque no pienso vivir allí mucho tiempo más. Eberle me ha ofrecido una habitación en su casa.

—Ya me lo imaginaba, Edgar —dijo Victor—. Y seguro que barata. ¿Cuándo te trasladas?

—En enero. ¿Crees que te podrás apañar tú solo con el alquiler? Un piso de dos habitaciones no es barato en Stuttgart, si no se comparte.

—Ya lo sé —respondió Victor—, y Rothmann no me paga precisamente bien. Tendré que buscarme a alguien, pero no creo que sea problema.

—Pienso lo mismo. En Stuttgart falta alojamiento en todas partes.

Así despidieron la noche con una última copa de vino. Mientras bebían, Edgar le contó lo que había visto en la Taberna Alsaciana.

A LA MAÑANA siguiente, Victor se levantó con un tremendo dolor de cabeza. El vino estaba demasiado rico. Salió de la cama con dificultad, bebió un trago de agua y comió un pedazo de *pretzel* duro. Edgar ya había salido y Victor también se puso en camino hacia la fábrica de chocolate. Tenía muchas cosas que contarle a Judith.

—¡Buenos días! —Sus ojos azules centellearon al verlo entrar en la sala de experimentos. En lugar de responder a su saludo, Victor cerró la puerta y la tomó en sus brazos. No había nada comparable a su boca suave y cálida, que sabía al chocolate que acababa de comer. Ella se apretó contra él y le robó otro beso, antes de que él la soltara y se inclinara con curiosidad sobre la mesa de trabajo.

—Ah, veo que estás trabajando en tu *gianduia*.

—No, estoy haciendo unas chocolatinas rellenas de *gianduia*. Y de *torrone*. Y por fuera, el más exquisito chocolate Rothmann.

Lo dejó probarlo.

—Mmm, no está nada mal —opinó Victor.

—¿Nada mal?

—Sí, nada mal —repitió Victor—. Pero, para ser extraordinario, todavía le falta algo. Mmm, déjame pensar... —La besó de nuevo y Judith se rio rozando sus labios—. Pero esto no lo podemos vender.

—No. Esto es solo para nosotros. —Le acarició con ternura la cara—. Este sabor es único.

—¡Oh, sí!

Se había puesto colorada y Victor la atrajo con más fuerza hacia sí. Los dos eran uno solo. Recorrió su pelo con los labios cerrando los ojos un momento.

Después señaló las formas que estaban sobre la mesa, algunas de las cuales ella ya había rellenado.

—¿Estas chocolatinas son para las máquinas de chocolate? —le preguntó.

—Sí, si es que mantenemos esta forma y este tamaño —dijo Judith—. Por cierto, eso me recuerda que tengo algo para ti. —Metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó una fotografía pequeña y un poco arrugada.

—¿Qué es eso? —Victor tomó la foto y la contempló con interés—. ¡Es precioso!

—¿A que sí? Es el salón de festejos del Wilhelma.

—¿El Wilhelma?

—Sí. Así se llaman los jardines que se encuentran junto al parque Rosenstein.

—¿En el barrio de Canstatt?

—Sí.

—Ahí deberíamos haber terminado nuestra batalla de bolas de nieve...

Judith soltó una risita.

—Pues sí. Pero quería mostrarte la foto para otra cosa.

—¡Qué curiosidad!

—¿Qué te parece si a nuestras máquinas de chocolate les pusiéramos un escenario? Mientras se representa una pequeña escena, cae una chocolatina por la bandeja de entrega.

—Y el salón de festejos de esta foto sería el telón de fondo.

—Por ejemplo. Me parece precioso por su aire oriental, con los arcos en punta y las columnas. Pero si no te gusta, podemos emplear otra imagen.

—No, Judith, me gusta mucho. Y al principio será más sencillo elegir una forma simple, pero con una decoración interior original y atractiva. Más fácil que construir una máquina con forma de elefante. ¡Me parece una idea excelente!

Sus elogios volvieron a hacer que se ruborizara.

—Además —añadió—, el decorado de fondo podría pintarlo Edgar con esmaltes, y también las figuras podrían ser esmaltadas. Todo a juego. Y con este... yo diría, estilo oriental, nos diferenciaríamos de las máquinas de Stollwerck. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Vamos a hacer un prototipo y lo llenamos con tus chocolatinas de *torrone*.

—También puedo hacer varios sabores distintos con distintas especias, por ejemplo, cardamomo, canela o anís. Orientales... así encajarían con el decorado.

—¡Perfecto! Y yo voy preguntando en la estación central de Stuttgart si nos permitirían colocarla allí. De prueba. Así podremos ver si llaman la

atención del público o si prefieren las máquinas que ya están allí.

—¡Qué ganas de verlo!

—Sí —dijo Victor, con un guiño. Luego se puso serio.

—Pero he venido a verte por otra razón, Judith.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? —preguntó preocupada.

—Anoche Edgar y yo seguimos a Albrecht.

—¿Y habéis descubierto algo? ¿Algo malo?

—Albrecht tiene unas deudas de juego enormes.

—Oh, Dios mío. Justo lo que os temíais.

—La suma es tan alta que le siguen los pasos un par de personajes muy dudosos. Por lo que parece, su padre no está dispuesto a cubrir todas sus deudas, o puede que no lo sepa todo. Albrecht a veces juega ocultando su identidad.

—¡O sea, que además es un estafador! Tenemos que contárselo a mi padre de inmediato. En cuanto lo sepa, anulará la boda. —Judith estaba muy emocionada, pero cuando vio las dudas en la expresión de Victor, titubeó—. ¿O te parece que no es buena idea?

—No podemos acusarlo directamente. Lo negaré todo, y con la posición de su padre, quien, con toda probabilidad, no dejará que estas sospechas lo rocen, nuestro testimonio no valdrá nada. Pagaré a suficientes testigos que declaren a favor de su hijo. Al final, incluso podemos terminar en la cárcel por mancillar la reputación de un ciudadano intachable —le explicó—. Por el momento, solo podemos usar nuestra información para presionar a Albrecht.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? —preguntó Judith preocupada.

—Eso lo decidirá Edgar. Me reuniré con él más tarde. Me ha contado que Albrecht es muy impulsivo y se ofende con facilidad, y sus reacciones son impredecibles.

—Eso me lo puedo imaginar sin ningún esfuerzo. Es muy susceptible.

—Así es. Y, hagamos lo que hagamos, no queremos de ninguna manera que tú corras ningún peligro. Ni tampoco Dorothea. —Victor se metió la foto del Wilhelma en el bolsillo de la chaqueta y le dio a Judith un beso ligero en la mejilla—. Tengo que marcharme. Por favor, guárdanos el secreto. No se lo digas tampoco a Dora. Ya te contaré en cuanto sepa algo más.

—¿Y a Dorothea?

—¿La vas a ver?

—Hoy no, pero tal vez mañana sí.

—Con ella puedes hablar, pero solo cuando estéis a solas. Ya sabes cómo son los criados...

—Tendré cuidado.

Cuando Victor percibió lo insegura que se sentía de repente, volvió a su lado y la abrazó para darle ánimos.

—No te vas a casar con él, Judith, te lo prometo —le susurró al oído—. Confía en nosotros.

Victor notó cómo ella asentía con la cabeza, contra la solapa de su chaqueta.

—Ya lo hago.

AQUELLA MISMA TARDE, Victor se encontró con Edgar delante de la taberna Alsaciana. Estaba muy oscuro, pero no nevaba. Los montones de nieve en los lados de las calles y aceras habían adquirido una pátina negruzca, seguro que por el hollín que expulsaban las miles de chimeneas de Stuttgart. La ciudad se encontraba en una hondonada, por lo que el aire no circulaba y la suciedad se iba acumulando.

Después de ponerse de acuerdo, recorrieron de nuevo el camino hacia el edificio donde había entrado Albrecht la noche anterior.

—Deberíamos preguntar a los vecinos —propuso Edgar—. En estas casas se oye todo. A lo mejor así conseguimos alguna pista sobre qué piso se utiliza para las faenas que nos imaginamos.

Victor asintió.

—Lo mismo pensaba yo. Será mejor que empecemos por el bajo.

Fueron llamando a varias puertas hasta que les abrió una niña de unos diez años. No parecía estar desatendida, pero se la veía muy delgada y pálida.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Nos gustaría hablar con tu madre o con tu padre —respondió Edgar. La niña los examinó, metiéndose el dedo en la nariz.

—¿Por qué?

—Porque queremos ayudar a alguien —dijo Victor.

—Mi madre no está, solo mi padre.

—¿Puedes avisarlo, por favor? —preguntó Edgar.

—No —respondió ella—. No puede andar. Si lo queréis ver, tenéis que entrar.

Victor y Edgar se miraron, y luego Victor dijo:

—¿Nos llevas hasta tu padre?

La niña dudó un momento y luego los dejó pasar. La familia vivía en un piso muy pequeño, que consistía en una gran habitación que servía de salón,

comedor y dormitorio. El padre estaba sentado en una de las dos camas. No había nadie más. Cuando el hombre vio a su hija con los dos desconocidos, frunció el ceño con desconfianza.

—¿Qué desean?

—Disculpe que hayamos entrado sin más, pero tenemos una pregunta, y su hija fue tan amable de conducirnos hasta usted. Se trata de lo siguiente: hemos oído que en este edificio tienen lugar actividades indecentes, sobre todo durante la noche. Para saber más, necesitaríamos su ayuda —expuso Edgar de modo educado, mientras dejaba vislumbrar una moneda de oro entre sus dedos.

El hombre asintió.

—Frida, sal ahora mismo —le ordenó a su hija. Cuando la niña se marchó cerrando la puerta tras de sí, el hombre miró a Edgar—. Seguro que se refiere usted a esa supuesta agencia de colocación.

Ya vino una vez un tipo preguntando por eso. Pero no sirvió de nada.

El hombre hablaba con acento de la zona del Rin.

—¿Arman mucha bulla? —insistió Victor. El hombre se rio.

—*Bulla* no es la palabra —dijo el hombre entrecerrando los ojos y mirando con fijeza a Victor—. La bruja que la dirige ha montado aquí un burdel en toda regla. No dejan de venir chicas nuevas, cada vez más jóvenes. ¡Y todos oímos lo que pasa allí!

—¿Ha dado usted aviso al dueño de su piso? —preguntó Edgar.

—¡Ja! —El hombre volvió a reírse en tono de burla—. ¡Todas las semanas! Pero le da lo mismo. Al contrario, yo creo que la vieja —dijo señalando al techo— le paga muy bien para poder tener aquí su Sodoma y Gomorra particular.

—¿Y de qué piso se trata? —quiso saber Victor.

—Justo encima de nosotros. Horrible. A todos en la casa nos toca aguantarlo.

De repente dejó caer la cabeza, abatido, y clavó la vista en el suelo.

—Si las cosas siguen así, en algún momento le tocará el turno a mi Frida también. Esa celestina engatusa a las chicas guapas. Y a los ricachones. Esos se sienten muy bien aquí.

—Pero los hombres adinerados frecuentan seguramente otros locales —intervino Edgar.

—Sí, pero ninguno con un menú tan variado. ¡Échenles un vistazo a las chicas!

Edgar miró a Victor.

—Sí, eso haremos.

—¡Pues no tienen más que subir!

—¿Qué le parecería —empezó Edgar con cautela— si nos apostáramos aquí en su piso para observar en primer lugar lo que pasa en las escaleras?

—Adelante, no hay problema. Dejen la puerta entreabierta y pronto tendrán suficientes cosas que observar —dijo el hombre. De repente, pareció que se le ocurría algo—. ¿Y por qué hacen esto, en realidad? ¿No querrán ustedes mismos...?

—Por supuesto que no —afirmó Edgar en tono tranquilizador—. Estamos realizando una investigación sobre la moral en Stuttgart, y como resultado elaboraremos un informe para que los buenos ciudadanos como usted y sus vecinos puedan vivir en paz.

Victor sonrió para sí. La declaración de Edgar era un tanto exagerada, pero el hombre pareció tranquilizarse, porque no hizo más preguntas. Edgar puso en su mano una moneda de dos marcos y el hombre se la guardó al instante.

—Pueden permanecer aquí tanto tiempo como deseen. Y escriban un informe impresionante, para que las autoridades hagan algo de una vez contra este cenagal.

—Gracias —dijo Victor—. Haremos lo que podamos.

El hombre, que parecía agotado, se tumbó en la cama. Mientras tanto, Victor y Edgar hicieron turnos para vigilar la escalera. Durante un buen rato solo observaron los movimientos habituales de un edificio con muchos inquilinos. Los niños corrían arriba y abajo, las mujeres cargaban con la leña, la compra y los bebés, los hombres regresaban del trabajo. Saltaba a la vista, y al oído, que algunos se habían dejado parte del jornal en la taberna.

Pero, en algún momento, cuando por fin reinaba la calma, subió por la escalera una chica joven cuya ropa y actitud no encajaba en absoluto con los moradores del inmueble. Iba tarareando una canción y meneando las caderas y, al doblar la esquina, dejó tras de sí una nube de un perfume intenso. Un piso más arriba la recibieron con risitas.

Después de eso, no se oyeron más que los sonidos acostumbrados de un edificio de viviendas. Una pareja que discutía a voces, niños jugando y corriendo, un bebé chillando a pleno pulmón.

Unos diez minutos más tarde, Victor observó a otra chica joven que parecía tener el mismo objetivo que la anterior. Pero, cuando pasó cerca de la puerta, no pudo creer lo que veía. Sorprendido, abrió la puerta de par en par y salió al pasillo.

Cuando la chica se lo encontró delante, se llevó asustada la mano a la boca.

—Señor Rheinberger —susurró.

—Sí, soy yo. ¿Y qué haces tú aquí, Pauline?

—Yo, esto... vivo aquí —respondió Pauline. Pero Victor sospechaba algo distinto.

—Así que vives aquí. ¿Y por qué te has acicalado tanto?

Pauline llevaba un vestido rojo vivo con un gran escote, un sombrero del mismo color adornado con plumas e iba maquillada de forma exagerada. La chica miró a su alrededor, como si quisiera cerciorarse de que no había nadie cerca.

—El señor Rothmann no nos paga casi nada —murmuró casi con terquedad—. Y, si quiero comprarme algo bonito, pues tengo que ganarme un dinerillo por otro lado.

—¿Quieres entrar y contármelo todo? —le ofreció Victor con tranquilidad.

—No, claro que no. Tengo que subir.

—¿Tienes una cita?

—Sí.

—¿Esta noche?

Ella apretó los labios e hizo intención de pasar de largo. Victor evitó tocarla, pero se colocó cortándole el paso, para que no pudiera avanzar. Pauline bajó la vista.

—Pauline —insistió Victor—, ¿sabes que lo que haces aquí es un delito? Se llama *prostitución*.

—¡No! —siseó Pauline—. Yo no voy con muchos hombres. ¡Tengo un novio!

Era increíble cómo podía engañarse a jovencitas inocentes.

—¿Y eso quién lo dice? —continuó insistiendo Victor—. ¿La alcahueta?

—No, la señora de la oficina de colocación.

—Ah, así que es una oficina de empleo.

—Sí —respondió Paulina mordazmente.

—¿Y esta oficina de colocación te ha asignado un hombre?

—Un hombre joven. Y se porta muy bien conmigo. Desde entonces tengo unos ingresos. Y pienso dejar muy pronto el trabajo en la fábrica de Rothmann —continuó presumiendo—. ¡Nadie volverá a darme órdenes allí!

—Claro, y entonces te conseguirás un par de asignaciones más aquí, ¿no? —Victor intentaba provocarla a propósito. Sus ojos brillaron de indignación.

—¿Y qué si lo hago? ¿Qué sabrá usted de esas cosas?

Al parecer, también Pauline se había creído el cuento de que su pretendiente ardía de amor y quería casarse con ella. Las celestinas y los proxenetas utilizaban siempre el mismo cebo con las chicas inocentes para atraerlas a una vida que casi siempre terminaba en el arroyo.

—Te pido de nuevo que entres un momento, Pauline —lo intentó Victor—. Da igual lo que te hayan prometido, no se va a cumplir. Incluso aunque ahora pienses que tienes una buena vida, o que va a mejorar, no es nada más que un engaño. ¡Terminarás perdiéndote!

Los ojos de Pauline se llenaron de repente de lágrimas. Victor se dio cuenta de que luchaba consigo misma.

—Pero no puedo entrar aquí así por las buenas —terminó diciendo, tensa—. Me están esperando. Y además, puede que sea verdad que vaya a cuidar de mí lo mejor que pueda...

—De acuerdo. Pero no dejes de acudir a mí si necesitas ayuda. Nos veremos en la fábrica.

Ella asintió titubeando. Victor le dejó el paso libre y ella subió las escaleras despacio.

Victor suspiró hondo.

—¿Crees que irá a trabajar a la fábrica después de esto? —preguntó Edgar, que había seguido lo que pasaba desde dentro de la vivienda. Victor se encogió de hombros y entró de nuevo en el piso.

—No lo sé —admitió—. ¿Te importa seguir tú con la vigilancia un rato?

—Claro que no. Por cierto, no me extraña nada ver a una de las empleadas de Rothmann por aquí. Las trabajadoras de las fábricas de dulces y chocolate ganan tan poco que apenas se pueden mantener con su sueldo. Mi padre ya me lo comentó hace años.

Victor era muy consciente de cómo funcionaban las cosas en las grandes ciudades del Imperio alemán, pero tenerlo que vivir de cerca era algo muy distinto.

Las horas fueron pasando y, cuando la noche ya estaba muy avanzada, aparecieron los primeros hombres en busca diversión y se dirigieron a la supuesta agencia de colocación.

Y, al poco tiempo, se empezaron a oír sonidos que indicaban la naturaleza obscena de aquella agencia. Frida, que había regresado, tuvo que taparse la cara con la manta para no tener que oírlos. También la madre volvió a casa agotada. Después de que le explicaran la presencia de Victor y Edgar, se

dedicó a hacer las tareas del hogar. Ahora estaba sentada remendando ropa, a la luz de una lámpara de aceite. Cada poco tiempo se le cerraban los ojos.

Era la misma hora que el día anterior cuando Edgar se puso en alerta.

—¡Míralo! ¡Ahí viene de nuevo!

Victor asintió.

—Déjalo pasar. Por hoy ya tenemos bastante información.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Edgar.

—Nos vamos. En los próximos días intentaré sacarle más información a Pauline. Aunque sus declaraciones tengan incluso menos valor que las nuestras, conseguiremos hacernos una idea más cabal de las actividades de Albrecht. Y luego planearemos nuestro próximo paso.

Cuando se despidieron, Edgar le entregó a la mujer otra moneda de dos marcos. Ella le sonrió agradecida. Su marido roncaba ruidosamente y la pequeña Frida también se había dormido.

—Pobre gente —susurró Victor cuando cerraron la puerta al salir.

—Sí. Pero hay familias a las que les va todavía peor.

Cuando salieron a la calle y se encontraron bajo el haz de luz de la primera farola, Edgar le puso de pronto la mano en el hombro a Victor.

—He hablado con Eberle —anunció con tono solemne.

—¿Sobre qué? —preguntó Victor desconcertado.

—Sobre si no le interesaría tomar otro inquilino.

Victor se sorprendió, primero, y luego comprendió.

—¿Me estás diciendo que me puedo mudar contigo a casa de Eberle?

—¡Exacto!

Victor agarró a su amigo por los antebrazos. Y se los sacudió.

—Eres un... ¡Pues claro que quiero! ¿No me digas que ha dicho que sí?

—Bueno, no ha hecho falta convencerlo mucho...

—¿Y cuándo nos mudamos?

—Hemos acordado hacer la mudanza el día antes de Nochebuena.

—Yo pensaba que sería en enero.

—Nos deja vivir allí en diciembre sin pagar, y luego tampoco nos pide mucho. Me ha dicho que se alegra de no pasar las Navidades solo. Y así no tendrás que acomodarte con un compañero de piso nuevo.

—Hombre, Edgar, es la mejor noticia que me han dado desde hace meses. ¡En realidad, desde mi puesta en libertad!

—¡Es verdad! ¡Se me había olvidado que vivía con un exconvicto! —Edgar le dio un codazo—. En algún momento me vas a contar por qué te encerraron en esa fortaleza, ¿verdad?

—Claro que sí. Ya va siendo hora.

—Lo más seguro es que fuera por una tremenda locura —se burló Edgar, y Victor se echó a reír.

—Sí, así podría decirse.

—Bueno, cuando nos mudemos con Eberle, ¡lo primero que haremos será vaciar su barril de sidra! —anunció Edgar.

—Hablando de locuras: ¡antes del barril de sidra tenemos que entrar en las oficinas de Rothmann!

Edgar sonrió con ganas.

—Ya lo sé. El allanamiento de morada. He estado practicando.

Mientras tanto, en Coblenza

—¿QUÉ DESEA? —PREGUNTÓla camarera de la hospedería El Ancla.

—Tráigame una cerveza —respondió Roux, que se corrigió al instante—. ¡No, mejor un vino! Y algo para comer, que sea algo rico y que me deje satisfecho.

Cuando la camarera se marchó a la cocina, desplegó sobre la mesa la lista de Maximilian Harden y volvió a examinarla.

Paul Roux había llegado a Coblenza tan solo un par de días antes y se había alojado en El Ancla. Llevaba muchas semanas de viaje y estaba enfadado consigo mismo. De alguna forma, había perdido su buen olfato y había empezado a investigar la lista de nombres por el lugar equivocado.

Muchos de los domicilios no eran actuales y había tenido que viajar lejos de Berlín en busca de los que no había localizado en esas direcciones.

Había emprendido un viaje a Colonia y alrededores en vano, y otros dos a Hamburgo y la zona de Fráncfort. Los hombres que había conseguido rastrear no habían podido, o no habían querido, darle ninguna información. Y mientras tanto, sus clientes amenazaban con exigirle que devolviera el dinero del adelanto.

La camarera le trajo el vino y un plato con patatas, cebolla y panceta. Roux se anudó una servilleta al cuello y empezó a comer.

En realidad, en su plan de viaje original tenía pensado haber viajado a Coblenza varias semanas antes. Aquel fue el último lugar en el que se había visto a Victor Rheinberger antes de su desaparición y, por lo tanto, sería el sitio más probable para encontrar alguna pista. Pero la lista de Harden lo había hecho cambiar de opinión.

Recapituló el caso mientras comía.

Al principio, sus investigaciones avanzaban a buen ritmo, porque había podido sobornar a uno de los oficiales que acudía a su burdel favorito de Berlín. Allí, los hombres solían mostrarse muy habladores cuando se los

amenazaba con hacer públicas sus visitas a las damas. Así había descubierto que Rheinberger había sido destinado a Coblenza, pudiera ser que a petición propia. Y que al salir de prisión había viajado en tren. Después de aquello, no se lo había vuelto a ver, por lo que a Roux ya no le servía de nada aquel informante.

Después le llegó la lista de Harden y creyó encontrarse muy cerca del objetivo. No había contado con que le resultaría tan difícil encontrar información útil. Y ahora estaba sometido a una gran presión. No había manera de aplacar a sus clientes.

La camarera pasó junto a la mesa y se dio cuenta de que el plato ya estaba vacío.

—¿Le ha gustado? —preguntó. Roux asintió.

—¡Excelente! Tráigame otra ración, por favor.

—¡Con gusto!

Poco después, cuando le trajo otro plato lleno, le preguntó:

—¿Es usted de Berlín, señor Roux?

—Sí —respondió este inclinándose sobre la comida para hacer ver que no tenía intención de seguir conversando.

Ella ya estaba cogiendo aire para seguir hablando, cuando hizo su entrada un hombre corpulento vestido con un traje de corte impecable, pero ya desgastado. La camarera le dio de inmediato la espalda a Roux y saludó al huésped con exuberante cordialidad.

—Ah, señor Baldus, le he guardado su sitio de siempre.

Roux prestó atención. El apellido Baldus le resultaba familiar por algún motivo. Por el rabillo del ojo observó cómo la camarera lo conducía a la mesa junto a la suya.

—Tome asiento, por favor. ¡Ahora mismo le traigo sus tortitas de patata!

El hombre se sentó de manera torpe, sacó un papel y un lápiz del bolsillo de la chaqueta y tomó algunas notas. Cuando le sirvieron unas tortitas de patata, apartó todo a un lado y se lanzó sobre la comida.

—¿Nos va a recitar un poema hoy, señor Baldus? —preguntó alegre la camarera, que seguía allí de pie observando cómo iba desapareciendo la comida.

«Menuda pesada», pensó Roux. Pero, de todas formas, prestó atención, porque ese Baldus parecía ser un huésped muy respetado.

—*Desfués pfuede* ser —respondió con la boca llena, y la camarera volvió satisfecha detrás de la barra. Roux le hizo una seña para que le sirviera otro vino.

Cuando le colocó la jarra en la mesa, la señora le susurró al oído con aire conspiratorio:

—Ese de ahí es nuestro señor Baldus. ¡Un genio de la poesía! ¡Espero que luego nos recite algún poema!

Roux esperaba que no lo hiciera, pero asintió con la cabeza. Ella contempló arrobada al poeta, que daba buena cuenta de su comida.

—¡Y le gustan tanto mis tortitas de patata! —Con un suspiro, se retiró de nuevo.

Y entonces sonaron todas las alarmas en la cabeza de Roux.

Sacó rápido la lista y recorrió los nombres uno a uno, con dedos temblorosos. Allí estaba: un tal Augustin Baldus, marcado por él con un signo de interrogación por considerarlo poco significativo.

Contuvo su euforia, pues no por nada había considerado poco relevante a un poeta. Suponía que, durante su temporada preso, Victor Rheinberger se habría relacionado en especial con los de su clase. Pero, como detective experimentado que era, sabía que no se podía subestimar la influencia de la casualidad.

Roux esperó a que Augustin Baldus hubiera terminado su almuerzo y se acercó a su mesa para saludarlo con la mayor amabilidad.

—¿Augustin Baldus, el gran poeta?

El hombre sacó pecho de manera evidente.

—El mismo. ¿En qué puedo servirle?

—Soy un amante de la literatura, admirado señor Baldus. De Berlín.

Augustin Baldus meneó la cabeza con un gesto de reconocimiento y le indicó con la mano una silla vacía.

—Por favor, siéntese, señor...

—Von Trauntin. —Roux se había preparado hace tiempo una lista de seudónimos que usaba según lo requería la situación.

—Ah, un crítico aristócrata, ¡encantado de conocerlo!

—Como estoy trabajando en estos momentos en un artículo sobre las condiciones de vida de los poetas alemanes —explicó Roux dándose importancia—, este encuentro casual me viene de perlas.

Augustin Baldus sonrió halagado.

—Lo mismo digo, señor Von Trauntin, lo mismo digo. Pregunte lo que quiera, que le responderé con todo detalle. Eso sí, siempre que me haga llegar un ejemplar de su artículo cuando sea publicado.

La buena fe del poeta le hizo gracia a Roux. Como la mayoría de la gente, bastaba con halagar un poco su vanidad para que se mostrara dispuesto de

inmediato a facilitarle información. Y, como artista, además esperaba por fin ser descubierto.

Roux se levantó de nuevo, tomó su cuaderno y lo abrió por una página en blanco con gesto importante.

—¿Me permite empezar por preguntarle su dirección actual, señor Baldus?

En poco tiempo Augustin Baldus había picado el anzuelo. El poeta ninguneado le habló de su vida, de sus obras, citó poemas y mencionó una novela que llevaba varios años escribiendo y que, al parecer, estaba a punto de terminar. Roux no ahorró energías en los cumplidos antes de pasar a lo que le interesaba.

—¿Hay personas que lo envidien por su talento? —le preguntó con astucia.

—Oh —exclamó Baldus, con aires de grandeza—, a mayor honor, más enemigos.

—Y ya que estamos con este tema, ¿le gustaría relatar algún hecho relevante?

—No solo uno, mi querido señor Von Trauntin, no solo uno. Mi persona ya ha sido demandada varias veces por difamación a Prusia.

—¿De veras?

Baldus asintió.

—Me encarcelaron en la fortaleza Ehrenbreitstein —susurró—. Para callarme la boca. No fue por mucho tiempo, pero sí en varias ocasiones.

—Qué interesante. ¿Así que es usted también un poeta político?

—Lo era. Pero entretanto he decidido dedicar mi talento, como usted lo calificó, a otros asuntos. ¿Sabe usted?, cuando uno se hace viejo, se le quitan las ganas de estar encerrado en una celda. Aunque no son incómodas, las de allá arriba. —Apuntó con la barbilla hacia la puerta, para indicar la dirección aproximada donde se encontraba la fortaleza—. Pero, de manera especial para un poeta, ¡la libertad lo significa todo!

—Eso lo entiendo sin duda, señor Baldus —se compadeció Roux—. ¡Un talento como el suyo, preso! ¡Qué vergüenza! Y, dígame, ¿cómo reaccionaron sus compañeros reclusos ante su genio? ¿Había alguna tarde en la que le permitieran recitar sus obras?

—¡Ay! No era precisamente el círculo adecuado para declamar poesía. Y yo tampoco era el único del gremio de escritores allá arriba. Pero de vez en cuando había alguno que escuchaba.

—¿Y no hubo nadie que le llamara la atención en esas ocasiones?

Baldus reflexionó.

—Había un par de tipos con los que tuve más contacto. ¡Ah, incluso uno era de Berlín, como usted!

—¡No me diga! —Roux imitó el tono entusiasmado del poeta.

—¡Sí! A ver, ¿cómo se llamaba? Me acuerdo bien de él, porque le di la dirección de mi sobrino cuando lo pusieron en libertad... ¡Ah, ya lo sé! ¡Rheinberger! Victor Rheinberger, de Berlín. En su caso se trataba de algún asunto de honor, eso sí lo recuerdo. Era un tipo excelente.

Roux no se podía creer su buena suerte.

—Es estupendo que haya hecho amigos de verdad allí dentro, señor Baldus.

—Bueno, hablar de amistad tal vez sea un poco exagerado, pero nos apreciábamos mucho.

—¿Y dónde vive su sobrino?

—¿Edgar? ¡En Stuttgart! El señor Rheinberger no quería regresar a Berlín, sino empezar totalmente de cero. Y se me ocurrió que Stuttgart no es un mal sitio para eso.

—Es un gesto muy generoso por su parte, señor Baldus. Usted no solo es un gran poeta, sino también un buen hombre. ¿Y su sobrino también es escritor?

—No, Edgar es pintor.

—¡Esta conversación es cada vez más increíble! ¡Doy gracias al cielo por haberlo conocido esta noche, señor Baldus! —Roux estaba en su elemento—. No se lo va a creer, pero también escribo columnas sobre artistas contemporáneos.

—¿En serio?

—Sí. ¿Cree usted que su sobrino también estaría dispuesto a hablar conmigo? Su nombre podría aparecer en periódicos y revistas importantes.

—Seguro que sí —afirmó Baldus, convencido de estar haciéndole un favor a su sobrino—, ¡tiene muchísimo talento! Y su arte también ha permanecido en la sombra injustamente todo este tiempo. Al menos, por lo que yo sé.

—¿Tiene usted su dirección actual, para poder ponerme en contacto con él?

—Bueno, no sé si seguirá siendo actual. La última que tenía era... Un momento, a ver si me acuerdo... Era algo de Gold, o Silber. Silberburgstrasse, ¡sí!

—Silberburgstrasse, en Stuttgart —repitió Roux, y lo escribió en su libreta con buena letra.

—Me temo que el número no lo sé —lamentó Baldus—, pero seguro que lo encuentra de todas formas.

—Si fuera tan amable de darme su apellido...

—¡Por supuesto! Nold. Edgar Nold. Pero, dígame, ¿cuándo aparecerá su artículo sobre mí?

—La próxima primavera —mintió Roux. Baldus pareció decepcionado.

—¿Tanto tiempo tendré que esperar?

—Será mejor para usted, señor Baldus. En primavera la gente está contenta de haber dejado el invierno atrás. Justo el momento adecuado para un volumen con poemas primaverales.

—¿Poemas primaverales? No tengo ninguno.

—Bueno, pues hasta entonces debería ponerse a escribir unos cuantos. Podemos publicarle un par con el artículo.

—¿A qué dirección puedo enviarle los poemas? —preguntó Baldus.

Roux escribió una dirección inventada en una hoja de su cuaderno, la arrancó y se la entregó a Baldus diciendo:

—Puede que tarde un poco en recibir respuesta. Pero no se preocupe, si fuera el caso.

—Sí —dijo Baldus con una risotada—, las cosas buenas llevan su tiempo.

—Así es. Y ahora brindemos por nuestro encuentro. ¡Y por sus éxitos futuros!

Llamó a la camarera con un gesto y se entregaron a la bebida hasta bien entrada la noche. Cuando Roux entró tambaleándose en su cuarto, no estaba seguro de que Baldus se acordara de él una vez se le hubiera pasado la embriaguez. Lo había dejado borracho como una cuba.

Riva, semana del cuarto domingo de Adviento de 1903

—TUS ITINERARIOS TURÍSTICOS deberían ser más cortos.

Hélène levantó la vista de su caballete.

—¿A qué te refieres?

Max se rio.

—Pues a las nuevas excursiones de primavera, guiadas por Hélène Rothmann.

Hélène meneó la cabeza.

—¿Por qué mencionas esto justo ahora?

—No sé, se me acaba de ocurrir.

—Ah. ¿Y por qué te parece que las tengo que acortar?

—No todas. Pero los viajes largos en el barco de vapor, tal vez. Porque aunque yo sea capaz de escucharte durante horas, una excursión tan larga en un solo día es demasiado. Por lo menos para la mayoría de la gente.

Hélène estaba aplicando unos toques claros a los azules de un paisaje del lago de Garda. Partiendo de un esbozo que había hecho en verano, ahora estaba trabajando en un lienzo al óleo de gran tamaño, a la manera de los impresionistas franceses, haciendo que las pequeñas motas de color contactaran entre sí para dar forma a superficies más grandes. Sus cuadros adquirirían de esta forma un carácter abstracto, sin perder los efectos lumínicos por los que eran tan famosos Monet y Renoir.

—¿Estás criticando mi trabajo como guía turística? —preguntó Hélène, mientras aplicaba un poco de pintura anaranjada en la paleta.

—No. Tu trabajo, no. Más bien los horarios.

Max la contemplaba con una mezcla de diversión y deseo. Hélène conocía aquella mirada e hizo como si se concentrara solamente en su cuadro. Sabía que eso lo molestaba y, al mismo tiempo, lo excitaba.

—¿Y qué propones entonces? —quiso saber, mientras empezaba a rellenar el color de la puesta de sol sobre las aguas del lago.

—Puedes incluir una noche más, por ejemplo, en Sirmione.

Hélène dio un paso atrás y contempló su obra unos instantes, antes de seguir aplicando un ocre claro. Mientras pintaba, se humedeció los labios con la punta de la lengua, un gesto que hacía muchas veces de manera inconsciente al concentrarse, pero que a veces también usaba de manera expresa para provocar a Max.

Por el rabillo del ojo distinguió cómo él se llevaba una mano al cuello y la contemplaba desde abajo.

No pudo contener la risa.

Max no era un hombre fácil. Lo dominaba un desasosiego que a Hélène a veces le parecía agotador. Al mismo tiempo, sabía que sus sentimientos por ella eran sinceros, lo que le demostraba con cariño y atención, y una entrega que no era habitual en él.

—La idea de hacer noche en Sirmione es buena —replicó ella, y le concedió una mirada fugaz. Él se levantó raudó.

—¡Es una idea genial! —exclamó sonriendo—. Igual de genial que la idea de quitarte esa bata de pintor con forma de saco.

—¡Ni se te ocurra! —protestó juguetona, pero él ya estaba a su lado, arrebatándole el pincel de la mano.

—Como sigas así, en menos de una hora vas a estar hecho un cuadro —le dijo Hélène, mirando sus dedos manchados de pintura. Max se echó a reír y cogió un trapo mojado en aguarrás para limpiarle los dedos.

—¿Y me venderás después? —le preguntó de broma—. ¡Seguro que consigues una buena suma!

Ella le dio un beso en la mejilla.

—Me lo voy a pensar en serio.

Max le desabotonó la bata y se alegró de descubrir que solo llevaba una combinación debajo. Comenzó a acariciarle el cuello.

—Está bien, te permito que busques un hotel en Sirmione que sea apropiado para alojar grupos de viajeros —accedió ella con generosidad, mientras inclinaba la cabeza.

—Mmm, lo haré... más tarde —murmuró Max, mientras le acariciaba el cabello y le mordisqueaba una oreja.

Hélène ronroneó como un gato cuando él la tomó en brazos y la llevó a su estrecha cama. Después de haberse amado con ternura, Hélène se sentó y sacudió su cabellera rizada.

—Tu pelo es tan hermoso como tus ojos, Hélène. —Max enrolló un mechón en el dedo, como solía hacer—. Y como toda tú.

Hélène cerró los ojos sonriendo y disfrutó de este momento de intimidad antes de estirarse.

—Hermione y Christl están en Riva.

—Ah, ¿tu amiga y su joven amante? —Max le guiñó un ojo y ella sonrió satisfecha.

—Sí, esa. ¿Cenamos esta noche con ellos?

—¿Por qué no? —Max le acarició la espalda, dándole un pequeño masaje —. Tengo muchas ganas de conocerlos.

—De acuerdo, entonces le haré llegar un mensaje a Hermione. ¿Te parece bien sobre las ocho en el hotel Central?

—Sí, estupendo.

—Menos mal —se burló Hélène con una risita. Max se levantó y comenzó a vestirse.

—Pasaré a buscarte antes, claro. —Antes de salir, volvió a besarla un largo rato—. Hasta luego entonces. ¿Siete y media?

—Sí, siete y media.

Hélène sabía que él necesitaba tiempo para sí mismo y por eso solía retirarse a su habitación de hotel, donde bebía una copa de vino, leía el diario, estudiaba sus libros de arquitectura y tal vez hacía planes para los viajes del verano siguiente. Ella sabía muy bien que llegaría un momento en que no podría mantenerlo atado a Riva.

Cuando Max salió, Hélène volvió a ponerse su bata, pero no se acercó al caballete. Llevaba varios días con una inquietud que no era capaz de seguir ignorando.

Tenía que escribirle una carta a su hija.

Ya había intentado varias veces responder a las cartas preocupadas de Judith, y siempre había terminado rompiendo la hoja porque no encontraba las palabras adecuadas. Pero ahora que por fin sabía lo que quería para su vida, sintió una gran urgencia por explicárselo todo a Judith.

Lanzó una mirada fugaz a su paleta de colores, pero hizo de tripas corazón y se sentó ante el escritorio.

Mi queridísima Judith:

Sé que hace mucho tiempo que te debo estas líneas. Te ruego que me perdones. Los últimos meses han sido muy turbulentos. Ha sido una temporada de gran transformación, y solo ahora, cuando por fin veo ante mí el camino que conduce a mi futuro y he logrado tomar una decisión, puedo contártelo todo.

Como ya le dije a tu padre, no voy a volver a casa. En Stuttgart estaba muy enferma. Solo aquí he logrado sanar, lejos de todo lo que me abrumaba. Puede que te sientas decepcionada, o incluso pienses que soy insensible, pero es todo lo contrario. Tal vez algún día comprendas lo que quiero decir.

Porque, aunque pueda parecer contradictorio, lo más doloroso de esta decisión es tener que abandonaros a ti, mi querida hija, y a tus hermanos. Pero tú ya eres mayor y los chicos harán de todas formas su carrera en la empresa familiar. Y en ese mundo, el de Degerloch, yo no encajo. Nunca he encajado.

Pese a todo, siempre seguiré siendo tu madre. No paso ni un solo día sin pensar en ti. Y me alegraría de todo corazón si en algún momento vinieras a visitarme a Riva. ¿Quién sabe? Tal vez te sintieras aquí tan bien como yo.

Hasta que llegue ese día, te prometo escribirte con regularidad cartas con mayor sustancia, nada de tarjetas llenas de banalidades como hasta ahora. Pero, para superar mi grave melancolía, era necesario tomar esta gran distancia.

Tu padre y tú me habéis informado de tu inminente boda. Siento muchísimo que no estés satisfecha con ese acuerdo. Tu carta me muestra una imagen desconcertante de Albrecht von Braun y vuestra situación actual.

Al parecer, no sientes ningún cariño hacia él. Temes que te considere como una de sus propiedades, que pierdas tu libertad y pases a depender de sus estados de ánimo. Te conozco lo suficiente como para saber que lo pasarías igual de mal que yo si tu hermoso espíritu, tu fantasía y tus sentimientos se vieran aprisionados. Por eso no puedo más que aconsejarte que sigas el dictado de tu corazón, por difícil que sea oponerse a los deseos de tu padre. Si no te puedes imaginar de ninguna manera una vida con Albrecht, ¡lucha por tu libertad! ¡Eres lo bastante fuerte!

Te considero dueña de tu propia vida, con el deseo de que te lleve a los lugares más hermosos y junto a las personas más amables.

Y algún día, también hasta mí. Mi puerta estará siempre abierta para ti, ¡no lo olvides!

Tu mamá, que te quiere,

Riva, diciembre de 1903

No leyó la carta de nuevo, sino que la metió en un sobre, puso la dirección y la dejó lista para llevarla a la oficina de correos. Ya era hora. A su esposo Wilhelm Rothmann le había escrito poco después de volver de Venecia. No sabía cómo reaccionaría a su mensaje, si viajaría hasta Riva o tomaría otras medidas para obligarla a volver al lugar al que, según él, pertenecía. Esperaría su reacción. Mientras tanto, se sentía lo bastante fuerte como para hacer frente a sus ataques, si es que llegaba a atreverse a cuestionar su independencia.

Pensando con la pluma en la mano, no se dio cuenta de que una mancha de tinta se iba extendiendo por el papel en blanco que estaba debajo. Entonces se le ocurrió la idea de escribir a Georg Bachmayr. Le había dejado su dirección, antes de regresar a Múnich el septiembre pasado. Hasta este momento no había sentido la necesidad de mantener el contacto, pero hoy quería al menos enviarle un par de líneas, y su nueva dirección.

Así, antes de volver a su pintura, sumó una nueva carta a la de Judith.

—¡HÉLÈNE, QUERIDA! —LA enorme pluma de avestruz del sombrero fresco de terciopelo de Hermione se movía de un lado a otro cuando dejó a

Christl plantado y avanzó hacia ellos delante del hotel Central—. ¡Cuánto me alegro de verla!

—¡El placer es mío, querida Hermione!

Hermione von Preuschen estuvo a punto de aplastarla en un abrazo impetuoso, antes de fijarse en Max, que se encontraba detrás de Hélène. Soltó a su amiga de inmediato.

—¡No me diga, Hélène!

Con una sonrisa satisfecha, Hélène vio cómo Max se quitaba su sombrero de paja y se inclinaba formalmente frente a Hermione. Y tampoco se le escapó la mirada de apreciación de su amiga.

—Este es Max —lo presentó—. Max, esta es mi querida amiga Hermione von Preuschen, de Berlín.

—Llámemme usted simplemente Hermione, querida. —Hermione tomó del brazo a Hélène—. Me gustaría hablar un par de minutos a solas con mi amiga. ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! —les dijo a Christl y a Max—. Aprovechen para conocerse un poco, caballeros.

Y, con estas palabras, apartó a Hélène a unos metros de los dos.

—Impresionante, de veras impresionante, el chico —murmuró—. ¡Nunca habría pensado que iría tan rápido!

—Yo tampoco —respondió Hélène bajando la voz—. Pero una cosa llevó a la otra.

—¿Y cómo se siente?

—¡Fenomenal!

Hermione le dio un apretón en el brazo.

—¡No sabe cuánto me alegro! Si había alguien que mereciera conocer la pasión al menos una vez, esa era usted, querida Hélène.

Con su estilo franco y directo, Hermione seguía haciéndola sentir pudor, pero había ido aprendiendo a ocultar su inseguridad.

—Lo disfruto, igual que usted, sabiendo que seguro terminará en algún momento.

—No tiene por qué —opinó Hermione—. Entre ustedes la diferencia de edad no parece tan grande como entre Christl y yo.

—Pero, de todas formas, creo que nuestras metas en la vida son muy distintas. Él querrá formar una familia y...

—... Y usted quiere seguir probando cosas nuevas. Es posible que sea el caso, claro. Pero ¿qué hay seguro en la vida? Ninguna persona puede pertenecer a otra. Uno solo puede decidir una y otra vez estar con el otro.

—Tiene usted razón, querida Hermione —dijo Hèlène—. No se puede expresar mejor. Y ahora tengo hambre.

Hermione soltó una carcajada y las dos mujeres se reunieron de nuevo con sus acompañantes, que las estaban esperando cerca de la entrada del hotel.

—¿Ya se han puesto al día? —preguntó Max con insolencia, ofreciéndole el brazo a Hèlène, que se puso colorada.

—¡Por supuesto que no, Max! ¡Si quisiera hablar con Hèlène de todas las novedades de estos meses recientes, no le vería usted el pelo en los próximos días!

—Ya sabría yo cómo arreglármelas para verla. Tengo mis propios medios para conseguir lo que quiero —replicó Max dirigiéndole una sonrisa a Hermione. Ella tomó el brazo de Christl y las dos parejas entraron en el hotel Central.

—¿Cuánto tiempo van a quedarse en Riva? —preguntó Hèlène durante la cena.

—Creo que solo dos o tres semanas. Tenemos la intención de regresar en primavera, pero también hemos hecho otros planes de viaje —respondió Hermione, lanzándole una mirada a Christl.

—Nos encantaría visitar Corfú —dijo este, y se concentró en el jugoso pescado que se encontraba en su plato.

—Hèlène va a celebrar una exposición de sus cuadros —anunció Max, que se había decidido por rollitos de ternera—. Creo que se alegraría mucho si usted pudiera asistir, Hermione.

—Oh, ¿de verdad? —reaccionó Hermione, volviéndose hacia Hèlène—. ¡No deje de avisarme con la fecha exacta! ¡Si podemos arreglarlo, por supuesto que vendremos a verla!

—Probablemente será en marzo —dijo Hèlène—. Pero, por favor, no se sienta obligada, venga solo si le encaja con sus otros planes.

—Seguro que podemos organizarlo, ¿no te parece, Christl? —El joven asintió con la cabeza y Hermione continuó—. ¿Tienen ya una sala para la exposición?

Hèlène negó con la cabeza.

—¿Sabe qué? Vamos a preguntar en el sanatorio —propuso Hermione—. Allí también hay público suficiente, que seguro que querrá llevarse algo de recuerdo. ¿Christl?

—¿Sí, cariño?

—Podríamos pedirle a tu padre que nos permita utilizar una sala, ¿no te parece?

—Claro. También sería posible distribuir los cuadros de la exposición entre los tres edificios del sanatorio —respondió Christl.

—¡Excelente idea! Ah, querida Hélène, antes de que nos marchemos, habremos dejado preparada su exposición. ¿Cuántos cuadros tendría listos para entonces?

—Por ahora tengo nueve —dijo Hélène—. Pero la idea es contar con dieciocho o veinte pinturas al óleo para esa fecha.

—Es una buena cifra, si es que no son muy pequeños —opinó Hermione.

—No, la mayoría son de tamaño mediano. Y también hay un par de gran formato, más llamativos.

—¿Y algunos dibujos también?

—Sí, claro. La idea es mostrar una gran variedad de estilos.

Hermione palmoteó de júbilo.

—Y, durante estos días, podría usted pintar allí mismo, en el parque del sanatorio. ¡Así la gente podría ver cómo surgen sus cuadros! Y también puede ofrecer cursos de pintura. ¡Ay, va a ser maravilloso!

—Seguro —afirmó Max, levantando su copa—. ¡Por Hélène!

—¡Y por el arte! —añadió Christl.

Aquella misma noche, Max le pidió a Hélène por primera vez que pasara la noche con él en el hotel. Y Hélène, por primera vez, pudo imaginarse que tal vez Max sí permanecería a su lado. En una relación libre de toda obligación, que les permitiera a ambos la posibilidad de ser ellos mismos.

Fábrica de chocolate Rothmann, noche del 22 de diciembre de 1903

EDGAR INTRODUCIÓ EN la cerradura un alambre cuyo extremo había doblado para formar una trabilla, y lo movió con mucho cuidado de un lado a otro. Después metió un segundo alambre. En el silencio de la noche, le parecía que los leves arañazos estaban armando un escándalo.

—Un poquito más arriba, Judith —pidió Edgar en voz baja. Ella cambió la posición del farol que llevaba en la mano para que su haz de luz cayera sobre la cerradura. Poco después se oyó el primer clic y, al momento, el segundo. Edgar hizo un último movimiento, y la puerta se abrió.

—Bien hecho —lo aduló Victor—. ¡Te recomendaré como allanador de moradas!

—¡Encantado!

Entraron en las oficinas.

—Judith, ahora te toca a ti. —Victor, en un gesto para animarla, le puso la mano en la espalda—. ¿Has averiguado dónde se encuentran los libros que nos hacen falta?

Judith asintió.

—Sí, más o menos sé dónde están.

Fueron hacia los armarios que se encontraban en la parte delantera de la oficina. Victor tomó el farol de manos de Judith y lo sujetó de forma que ella pudiera ver bien.

—Arriba del todo a la izquierda están los libros más antiguos, desde 1895. Los de años anteriores están en el sótano, bajo llave.

—Esos no nos harán falta —dijo Victor—. Por el momento, nos interesan solo desde el año 1900 hasta ahora.

—Entonces hay que empezar por aquí —dijo Judith, señalando a un armario en el medio.

Edgar se adelantó y observó la cerradura. Consiguió manipularla sin mayor problema y abrió la puerta. Después, se guardó en el bolsillo de la

chaqueta las ganzúas que había utilizado.

Mientras Victor prendía una segunda lámpara que había traído consigo, Edgar preparó lápiz y papel. Después, Judith les fue pasando los documentos de uno en uno, prestando especial atención para devolverlos después a su lugar original.

Examinaron los libros de caja, diarios y anuarios, las nóminas y los libros mayores de contabilidad general. Compararon los ingresos y los gastos, los saldos contables, los inventarios y los balances. Edgar tenía experiencia con el sistema de la contabilidad por partida doble, porque había trabajado antes en la empresa de su padre, donde había adquirido algunos conocimientos comerciales, y porque ahora utilizaba ese tipo de procedimientos contables en su pequeño taller de esmaltes. Y, con su ayuda, pronto Victor fue capaz de orientarse también.

—Bueno, a mí me parece todo muy correcto —dijo Edgar.

—Sí, a mí también —asintió Victor—. ¿Te encargas tú de anotar las sumas de los balances, Edgar?

—Eso también puedo hacerlo yo —se ofreció Judith, que en la escuela de comercio también había aprendido lo suficiente como para entender la mayoría de las anotaciones de su padre.

—Bien, adelante —respondió Victor—. Edgar, nosotros vamos a echar un ojo a las cuentas bancarias.

Dispusieron los documentos en uno de los atriles e intentaron seguir los flujos monetarios de los últimos tres años.

—Los intereses de Von Braun son altísimos —determinó Edgar.

—¿De qué año es el último crédito? —preguntó Victor.

—De enero de 1902 —respondió Edgar—. Entre 1900 y 1902 los intereses eran más altos, en general, por la situación financiera; mi padre siempre se quejaba de eso. Pero, de todas formas, Von Braun cobró por encima de lo habitual —opinó Edgar.

—Sobre todo desde los últimos... ¡Ajá! —Victor señaló a una entrada en la última columna—. A finales de noviembre de este año, o sea, 1903, se anotó otro crédito de diez mil marcos. Pagado por el banco de Von Braun.

—Este crédito está anotado de forma independiente —dijo Edgar, que examinó la anotación con más atención.

—Sí. Parece que fue un añadido de última hora.

—Para poder satisfacer las obligaciones más urgentes —aventuró Edgar.

—Tenemos que comprobar qué facturas se han pagado desde esa fecha —dijo Victor—. Y, sobre todo, si Rothmann tenía liquidez antes del crédito.

¿Judith?

—¿Sí?

—¿Puedes echarles un vistazo a los últimos pagos?

—Espera un segundo... —Judith tomó uno de los volúmenes de gran formato y repasó las últimas anotaciones—. Se pagaron facturas atrasadas —informó—. Cacao, azúcar, especias y repuestos de las máquinas. Y un adelanto para una heladera.

Recordó la última conversación con su padre. Al parecer, la había tomado en cuenta. Este descubrimiento le resultaba perturbador.

—¿Me puedes dar el balance del año pasado, por favor? —le pidió Victor. Judith fue al armario, tomó uno de los libros más delgados, encuadernados en negro, y se lo entregó.

—Entonces, si lo interpreto bien —informó Victor—, sin este crédito de la banca Von Braun, la fábrica de chocolate habría sido incapaz de hacer frente a sus pagos.

Edgar levantó la cabeza, se levantó y fue hacia Victor.

—Así es.

—Este crédito tiene intereses notablemente inferiores a todos los que ha recibido Chocolates Rothmann en todos los años anteriores —murmuró Victor—. Eso me llama la atención.

—Pues es verdad —concordó Edgar.

—¿Quiere eso decir... —dijo Judith—... que Von Braun le concedió un crédito a mi padre con la condición de que yo me casara con Albrecht?

—Eso parece —declaró Victor.

—No me sorprendería que tuviera otros créditos planeados —dijo Judith con amargura—, para después del matrimonio.

—Parece plausible. Porque diez mil marcos alcanzan para evitar la catástrofe, pero no para llevar a la fábrica a un futuro prometedor.

Judith bajó la cabeza.

De repente sintió el peso de una gran responsabilidad. No se trataba tan solo de su felicidad personal. Se trataba del sustento de su familia. Si accedía a casarse con Albrecht, podría salvar la fábrica de chocolate de la ruina. Victor pareció darse cuenta de lo que estaba pensando, se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Judith —dijo en voz baja—. Estos créditos son solamente un cebo. Incluso si la fábrica lograra mantenerse a flote un tiempo con ellos, haría falta muchísimo más para que vuelva a ser un negocio estable. Si Albrecht fuera un hombre capaz, tal vez sería posible. Pero te arrastrará a un pantano de

adicción y juego. Al final no supondrá ningún beneficio. Ni para ti ni para tu padre ni para la empresa.

Judith se apoyó contra él, sintió su cuerpo, cálido y familiar, y dejó escapar un hondo suspiro.

—Gracias —susurró—. Es que todo esto resulta... tan difícil. Hasta ahora me había limitado a oponerme, pero ahora que veo con mis propios ojos los abismos financieros a los que se enfrenta mi padre...

Victor empezó a acariciarla.

—Ese es el riesgo que corre todo el que crea o dirige una empresa. Rothmann ha funcionado muy bien durante muchos años. Y ahora tentemos que averiguar cómo es posible que una fábrica próspera pueda estar al borde de la bancarrota. El mercado de dulces y chocolates está creciendo, y el precio de la materia prima ha permanecido estable en los últimos años. Eso ya lo he comprobado en las últimas semanas.

—¡Eres un empresario nato! —exclamó Edgar con orgullo.

—Puede ser —respondió Victor.

—Entonces, ¿crees que se debe a alguna causa concreta? —preguntó Judith preocupada—. ¿Crees que han podido engañar a mi padre?

—Esa sería una posible explicación. ¿Edgar?

Edgar ya estaba junto a los archivadores y parecía estar buscando algo.

—Si las cosas son como suponemos, tiene que haber habido un año en el que la situación financiera de la empresa empeoró de forma drástica —dijo.

Examinaron los últimos años.

—¡Aquí! ¡Creo que aquí hay que buscar! Hay una retirada privada de efectivo, una suma muy alta. Fue en 1899 —anunció Edgar.

—De eso hace casi cuatro años —dijo Judith.

—Exacto. Y si interpreto los datos bien, aquel fue un año muy bueno para Chocolates Rothmann. Pero esta retirada de efectivo redujo muchísimo la liquidez —continuó Edgar.

—Y, sobre todo, es que esa suma no volvió a ingresarse. La cuestión es por qué sacó tu padre tanto dinero de la empresa. ¿Tal vez para la construcción de vuestra mansión? —preguntó Victor.

—Podría ser una explicación —respondió Judith—. Pero creo que para eso utilizaron también una fracción del patrimonio de mi madre. Mis padres tuvieron una gran discusión por eso. Mi madre quería conservar parte del dinero, pero mi padre le reprochaba que construía la casa solo para ella, por su estado nervioso.

—En cualquier caso, ella no tenía derecho a esos bienes. Al casarse, pasaron todos a ser posesión de tu padre —explicó Victor.

—En cualquier caso —resumió Edgar—, ¿dónde podemos encontrar pruebas del destino de esta suma?

—Mi padre guarda algunos documentos de especial importancia en su despacho —informó Judith—. Pero podría ser que los tuviera en la caja fuerte.

—Entonces será difícil —dijo Edgar—. Eso requeriría a un experto ladrón. Y tan lejos no he llegado todavía.

—Vamos a ver —dijo Victor—. Merece la pena intentarlo.

Lograron entrar en el despacho cerrado con llave.

—La caja fuerte se encuentra en este armario —dijo Judith, mostrando un armario estrecho y alto de madera con puertas con molduras muy elaboradas. Edgar lo examinó y luego negó con la cabeza.

—Esto no lo puedo abrir.

—Está bien —respondió Victor—. Entonces vamos a mirar los papeles de su mesa. A lo mejor nos dan alguna otra pista.

Con cuidado de no mover nada de sitio, examinaron el montón de papeles que hallaban ordenados sobre el escritorio, miraron en los cajones y en una estantería próxima. Al cabo de un rato, Judith levantó algo en la mano.

—¡Victor!

—¿Sí?

—¿A lo mejor esto nos puede ayudar?

Le entregó a Victor una hoja en la que se veían varias cifras y unas notas apresuradas. Victor lo observó un momento y se lo pasó a Edgar, que meneó la cabeza.

—No, esto son algunas cuentas para sí mismo, pero no tiene nada que ver con lo que buscamos.

Siguieron la búsqueda. Hasta que Victor se fijó en una nota pequeña, doblada, que se hallaba en el suelo entre el escritorio y la estantería. Parecía que se había caído y se había quedado allí olvidada. La cogió y la desplegó.

—¡Judith! ¡Edgar!

—¿Has encontrado algo? —preguntó Judith.

—¡A ver! —exclamó Edgar—. ¡Sí! ¡Eso puede ser una pista!

—Pero los documentos seguro que están en la caja fuerte —apuntó Victor.

—Eso da igual —afirmó Edgar—. Lo único importante es que sabemos adónde puede haber ido a parar al menos una parte del dinero.

Edgar tomó algunas notas más, mientras Victor y Judith recogían todo y eliminaban cualquier rastro de su presencia.

—¡Yo me voy ya! Esta noche me quedo en casa de Eberle, que tengo unos cuantos encargos que terminar antes de Navidad.

—Ah, claro, se me había olvidado que no puedes vivir de estas fechorías —bromeó Victor.

—¡Todavía no! —dijo Edgar con un guiño—. Pero ¿quién sabe? A lo mejor le he cogido el gustillo.

Salieron de la oficina y Edgar volvió a cerrar las puertas con las ganzúas. Cuando llegaron a la puerta de entrada, Edgar mostraba mucha prisa.

—¡No se te olvide que mañana nos mudamos! ¡Que pase usted una buena noche, señorita Rothmann!

Y se marchó.

Victor tomó a Judith entre sus brazos.

—¿Qué ha querido decir con lo de mañana? —quiso saber.

—Que mañana nos mudamos los dos a casa de Alois Eberle.

—¡Anda!

—Sí. Dejamos nuestro piso actual. La casa de Eberle nos resultará más barata y yo podré trabajar mejor en la máquina de chocolate.

—¿Y cómo va la máquina?

—La construcción está prácticamente lista, y Edgar ya ha pintado algunos esmaltes para la decoración. En realidad, solo nos falta juntarlo todo.

—¡Qué estupenda noticia! Las chokolatinas también están listas. ¿Crees que podemos tenerlo instalado para Navidad?

—Eso espero. Todavía nos falta el permiso. Ya se sabe que las cosas de palacio van despacio. Pero ahora —anunció, inclinándose sobre ella—, quiero probar un bocadito.

—Pero si no tengo nada...

Victor cubrió los labios de Judith con los suyos en un beso cálido e íntimo.

—Ah, un bocadito de esto querías probar... —susurró en sus labios.

—Mmm.

Victor la abrazó más estrechamente y se permitió por vez primera enterrar su rostro en el hueco de su cuello, para besarla con ternura. Judith suspiró y se apretó contra él con el deseo de tenerlo muy cerca. Permitted que Victor deslizara las manos por su cuerpo y notó su caricia, pese al abrigo pesado que llevaba, que hizo despertar entre los dos un deseo pleno de sensaciones maravillosas y delicadas. A su pesar, le dio un último beso y la soltó.

—¿Dónde te espera Theo? —preguntó, con la voz ronca.

—En la esquina delantera.

—Vamos, te acompaño.

Juntos cerraron la puerta principal y el gran portón, se aseguraron de que no hubiera nadie en las cercanías y se pusieron en camino.

Detrás del trineo tirado por los caballos, la besó otra vez, le acarició la cara y la frente.

—Eres una mujer maravillosa, Judith.

Sus palabras la conmovieron. Puso su mano sobre la de él.

—Te quiero —murmuró ella en la palma de su mano, sabiendo que lo más probable era que ni siquiera lo hubiera oído.

Pero cuando Victor la llevó hasta Theo, ella percibió en la profundidad de su mirada que había entendido perfectamente sus palabras. Y sus labios formaron la misma frase en silencio.

Mansión de los Rothmann, a la mañana siguiente

BABETTE HABÍA DESAPARECIDO. Robert estaba desconcertado en la pequeña cámara de la buhardilla. Después de que no apareciera ni a trabajar ni a desayunar, subió sin ser visto hasta su dormitorio. Y ahora estaba ahí, poco después de las siete de la mañana, con la sensación de que todo su mundo se desmoronaba.

La puerta de Babette no estaba cerrada con llave. Había hecho la cama con primor y se había llevado toda su ropa y sus objetos personales. No había nada que recordara que hubiera vivido allí. En la habitación solo permanecía el ligero aroma del jabón que solía usar, lo que lo llenó de nostalgia y de rabia.

Se imaginaba lo que había pasado. No era solo que esos días hubiera visto varias veces huellas en la nieve alrededor de la casa. Había seguido la perdición de Babette paso a paso.

A pesar de todo, no había perdido la esperanza de que se diera cuenta a tiempo de que iba por mal camino y entrara en razón. Y de que, incluso, confiara en él.

Pero ella, en su interior, hacía tiempo que se había marchado.

Robert se limpió las lágrimas. Tendría que informar a la señora Margarete. Se dio la vuelta con lentitud, abandonó el cuartito y cerró la puerta de manera suave al salir.

El ama de llaves reaccionó con indiferencia.

—Era de esperar. Ella misma ha sellado su destino. No tardará mucho en ser detenida por la policía. De todas formas, no habría durado mucho aquí en la casa.

Aquellas duras palabras hirieron a Robert en lo más hondo.

Pese a todo, la rutina en la zona de servicio continuó como de costumbre. Babette se había marchado, pero daba la impresión de que nunca hubiera trabajado allí. Ni la cocinera ni Dora pronunciaron una palabra de pena. Dora

parecía estar exhausta aquella mañana. También Theo se veía agotado. En toda la casa reinaba una atmósfera sombría y deprimente. Si no fuera porque los gemelos de vez en cuando bajaban deslizándose por el pasamanos o se peleaban por pequeñeces, daría la impresión de que la mansión estuviera desierta.

Robert intentó distraerse con el trabajo, pero no podía quitarse a Babette de la cabeza. Cuando a media tarde recibió el encargo de bajar a Stuttgart, decidió aprovechar la oportunidad para buscarla. Aunque no estuviera seguro de si ella seguía en la ciudad o si ya habría salido hacia otro lugar.

Sentado en el cremallera, que bajaba despacio hacia Stuttgart, reflexionó por dónde empezar su búsqueda. Había un gran número de organizaciones de beneficencia, pero dudaba mucho de que aquellas damas lo fueran a ayudar. No era ni el hermano ni el marido de Babette.

Entonces se acordó de Fritz. Tal vez él pudiera darle alguna pista.

Cuando Robert llegó al centro, cumplió lo más rápido que pudo con sus recados. Y después buscó el edificio que le había descrito Fritz cuando se presentó en la mansión de los Rothmann para solicitar su recompensa.

Las calles del barrio eran estrechas y oscuras. Ahora, en invierno, los rayos de sol no llegaban hasta el suelo y reinaba un olor horrible a humo, excrementos e inmundicias.

Por increíble que parezca, a Robert no le costó nada encontrar el edificio, pero le resultó muy difícil entrar. La fachada se veía descuidada y sucia, y muchas de las ventanas estaban tapiadas o rotas. Algunos niños jugaban fuera y todos iban sucios y tenían aspecto de estar enfermos y hambrientos.

Cuando Fritz le abrió la puerta de la minúscula vivienda de una sola habitación donde vivía con su madre, pareció no creer lo que veía.

—¡Robert! ¿Qué haces tú por aquí?

—Estaba en la ciudad —le explicó—. ¿Tienes tiempo, Fritz?

—Bueno, la verdad...

—Necesito tu ayuda de manera urgente. ¡Y te daré algo por ello!

Fritz asintió.

—Espera.

La vivienda consistía en un pasillo mínimo que daba a una habitación estrecha equipada con lo más imprescindible. Las paredes estaban descascarilladas y el suelo, levantado. Olía a humedad.

Robert vio cómo Fritz se acercaba a una vieja y destartada silla, orientada hacia la ventana. En ella estaba sentada una señora mayor, que parecía estar dando una cabezada.

—Madre —dijo en voz baja.

Los párpados de la mujer temblaron, tosió y se llevó un pañuelo a la boca. Fritz le explicó en pocas palabras que iba a salir durante una o dos horas, le colocó la manta hasta el cuello y la remitió bien alrededor del enjuto cuerpo. Después tomó su chaqueta de un gancho de la pared y le dijo a Robert:

—Venga, vamos.

Antes de salir del piso, Robert volvió a mirar a la madre de Fritz. Con la débil luz del día que entraba por la estrecha ventana, su cara parecía la de una anciana, aunque como mucho sería de mediana edad. Eso es lo que hace la pobreza con las personas a las que la vida ha dejado de lado. En cuanto salieron a la calle, Fritz le sonrió.

—Ganarme algo suena bien —dijo—. ¿Qué tengo que hacer?

—Estoy buscando a alguien —respondió Robert, y le contó a Fritz la desaparición de Babette.

—¿Y se ha ido esta mañana? —preguntó Fritz—. Entonces puede ser que vuelva a aparecer.

—No. Se ha llevado todas sus cosas.

Fritz se quedó un momento pensando.

—Lo mejor será que vayamos a ver a la señora Henny. Se encarga de cosas de este tipo. A veces viene por nuestro edificio y se encarga de los hijos de mi vecina.

—¿Y dónde la encuentro?

—En la comisaría de la policía municipal.

Robert se quedó con la boca abierta.

—¿En la policía municipal?

—Sí. Allí tiene su despacho. Esperemos que esté en la comisaría y no se encuentre haciendo sus rondas.

Mientras Robert todavía estaba procesando que había una mujer trabajando para la policía de Stuttgart, Fritz echó a andar.

—Antes estuvo en Berlín y en otros sitios. Solo lleva un par de meses en Stuttgart.

Robert recuperó despacio el habla.

—¿Y cómo es que ha venido aquí? ¿Y a la policía?

—En realidad era enfermera, pero aquí trabaja de... Siempre se me olvida la palabra, una *sistente*... una asistente de policía. Sí, eso es.

Fritz se sentía orgulloso de sí mismo.

—¿Y en Stuttgart hace falta una cosa así?

Fritz se encogió de hombros.

—Bueno, yo he oído muchas cosas buenas sobre ella. No persigue a los malhechores, sino que se ocupa de las chicas detenidas y las vuelve a llevar por el buen camino.

Robert seguía asombrado, pero después de oír que la señora Henny no era policía de verdad, las aguas volvieron a su cauce.

—Ah, será como una especie de asistente social —dedujo.

—Bueno, podría decirse así, sí —respondió Fritz.

Cuando se acercaban a la comisaría de la policía municipal, Fritz aceleró de repente el paso.

—¡Ahí delante va! ¡Rápido, que la alcanzamos! —le gritó a Robert, echando a correr—. ¡Señora Henny! ¡Señora Henny!

Al oír su nombre, dio media vuelta y se detuvo. Robert corrió más rápido, mientras Fritz ya estaba hablando con la mujer alta y delgada, con abrigo de lana gris. Sobre el pelo oscuro recogido en un moño llevaba una cofia blanca de enfermera.

—¿Buscan a una chica que se ha escapado esta mañana? —le preguntó la mujer sin preámbulos a Robert, cuando los alcanzó—. No va a resultar tan fácil, porque lo normal es que acudan a mí cuando les va bastante mal. Y la mayoría de las chicas, al principio, la vida inmoral les parece interesante. ¿Cómo se llama?

—Babette Schuster. Trabajaba como doncella para el fabricante de chocolate Rothmann, en su casa de Degerloch.

La señora Henny negó con la cabeza.

—No, hoy no ha venido nadie con ese nombre. Lo siento. ¿Es familia suya?

—Es su... esto, su primo —se adelantó Fritz.

Robert asintió.

—¿Y dónde trabaja usted, si me permite la pregunta? —preguntó la señora Henny.

—También en la casa de los Rothmann —respondió Robert.

—Me parece estupendo que los miembros de la misma familia trabajen en la misma casa —dijo la asistente de policía—. Ha tenido suerte. Qué pena que su prima, al parecer, no supiera apreciarlo.

—Sí, una pena —suspiró Robert—. ¿Puedo pedirle un favor?

—Depende de lo que se trate —replicó ella, con intención de seguir caminando. Parecía tener prisa.

—Si, en los próximos días o semanas, se encuentra con una joven llamada Babette, de mediana estatura, rubia, muy delgada, ¿haría usted el favor de

mandar un recado a casa de los Rothmann?

—Por supuesto. Me alegro de cada chica que consigo volver a dejar en buenas manos, algo que no ocurre muy a menudo. ¡Que tengan un buen día!

Y con estas palabras los dejó allí plantados. Robert estaba decepcionado del todo. Fritz le dio un codazo.

—Oye, estaba claro que hoy mismo no la íbamos a encontrar. Pero la señora Henny anda por toda la ciudad. Si hay alguien que pueda ayudarte, es ella.

—Si tú lo dices...

Regresaron despacio.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó Fritz.

De repente, sin previo aviso, Robert le dio una patada a una farola.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —gritó—. ¿Qué mierda de vida es esta?

Fritz lo miró asustado.

—Eh, ¿qué haces? Será mejor que te controles, ¡todavía no estamos lo bastante lejos de la policía! En cuanto te descuidas, te enchironan. ¡Y ahí no podrás seguir buscando a tu Babette!

Robert intentó calmarse.

—Aquí en Stuttgart también hay asociaciones, gente que protesta y eso. Estas semanas me he estado informando un poco. Tú me dijiste que juntos se pueden cambiar las cosas, que los ricos sean tan ricos y nosotros, tan pobres. Tal vez tengas razón. En cualquier caso, algunos se juntan en El Oso de Oro. ¿Vamos para allá?

Mansión de los Rothmann, mañana del 23 de diciembre de 1903

—ME ALEGRO MUCHO de que ayer no hubiera problemas —le dijo Judith a Dora mientras esta le hacía un moño.

—El señor estuvo toda la noche en su despacho. No salió ni una sola vez —informó Dora—. La señora Margarete entró luego en el despacho con el plumero. Qué raro, a esas horas de la noche entrar a limpiar el polvo. —Sacudió la cabeza—. Además, ya había limpiado yo. A lo mejor no le pareció suficiente.

—Eso no me lo puedo imaginar —dijo Judith—. Y ahora que lo pienso, ¿adónde ha ido Babette? ¿Ha encontrado un trabajo mejor?

—No lo sé. Robert dice que ni siquiera ha pedido una carta de recomendación, se ha marchado sin decir nada.

—Pero ¿por qué? ¿Es tan malo trabajar aquí con nosotros?

Dora se encogió de hombros.

—Para mí, no.

—¿Y para Babette?

—Sí que se quejaba. Pero como criada tenía más trabajo que yo, y más duro. A mí me va muy bien con usted.

La respuesta de Dora hizo pensar a Judith. Había oído historias sobre criadas que tenían que dormir en un altillo estrecho y sofocante sobre la cocina, y a las que solo les daban para comer restos mohosos o que tenían que aguantar visitas indecorosas por la noche. En comparación, había que estar agradecida de trabajar en un lugar como la casa de los Rothmann: ropa limpia, un cuarto propio, comida suficiente. Pero ¿quién podía saber lo que pensaban los demás? Tal vez Babette tuviera falsas expectativas sobre el trabajo de criada.

—Esperemos que encuentre algo más adecuado a sus deseos —concluyó Judith.

—Si es que no está embarazada —añadió Dora. Y sus palabras, sin proponérselo, le provocaron a Judith un escalofrío.

—¿Y por qué iba a estar embarazada? —preguntó Judith.

—Pues porque a veces les pasa a las criadas.

—¿Tenía relaciones con alguien? ¿Con Robert?

—Con Robert seguro que no, pero tal vez con algún otro. ¿Quién sabe?

Judith se mordió el labio inferior. El comentario de Dora azuzó una vaga preocupación en su interior, pues, desde hacía unos meses, sus molestias mensuales se presentaban de forma muy irregular. Si acaso manchaba algo, era tan poco que ni siquiera necesitaba compresas. Y, ahora que lo pensaba, en las últimas semanas no había vuelto a sangrar. Pero al menos las náuseas se habían calmado; solo de vez en cuando se mareaba.

Además, lo de Max fue hacía tanto tiempo, que casi le parecía que no había ocurrido nunca. Con todas las emociones de las últimas semanas, era posible que se le hubiera descontrolado el periodo. En algún momento volvería a regularse.

Apartó de su mente aquellos pensamientos incómodos.

Dora había terminado de peinarla y la ayudó a ponerse una falda larga gris oscura, de lana suave, y una blusa clara con adornos de encaje.

—¿Encontró usted algo importante anoche, señorita Judith? —preguntó Dora.

—Por desgracia, sí.

—¿Y entonces no tendrá que casarse con el joven banquero?

—¡Ojalá! —suspiró Judith—. Esperemos que mi padre me crea. Por cierto, Albrecht von Braun no es banquero. Y no lo va a ser nunca.

—Ah, ¿no?

—Es adicto al juego y un estafador que se deja el dinero con las chicas de mala vida. No pienso casarme con él jamás, aunque para ello me tenga que ir a América.

—¿Está segura de eso, señorita Judith? ¿Juega y estafa?

—Lamento decirlo, pero sí. Por eso se me tiene que ocurrir algo para quitármelo de encima.

—Seguro que de eso se encarga el señor Rheinberger —indicó Dora en tono conspiratorio—. Y, si usted se va con él a América, ¡lléveme a mí también, por favor! —Le brillaban los ojos. Judith se rio.

—Claro que sí. Sin ti no me voy a ningún sitio. ¡Con todo lo que hemos vivido juntas! Pero, por ahora, esperemos que haya otra solución. ¿Está Theo listo para salir?

—Sí, que yo sepa.

Dora acompañó a Judith hasta la puerta de la casa y Judith bajó los escalones hasta el trineo que Theo ya tenía listo. Se lo veía cansado cuando la saludó. Judith no se lo tomó en cuenta, pues la noche anterior había trabajado hasta muy tarde, y además había corrido un gran riesgo llevándola a la fábrica tan de noche. Pero, sin el apoyo de él y de Dora, le habría sido imposible salir de casa sin ser vista y regresar tan tarde sin ser descubierta.

—¿Cómo está usted, señorita Judith? —le preguntó preocupado, mientras la ayudaba a subir al trineo. Theo era un cielo.

—Muy bien, Theo, muchas gracias. ¿Y usted? ¿Ha tenido algún problema por pasar tanto tiempo fuera anoche?

—No. Les dije a todos que uno de los trineos no iba bien y que quería probarlo dando un paseo largo. Pero de todas formas nadie se dio cuenta, porque hacía muchísimo frío. Todos se alegraron de no tener que salir más.

—Qué alivio —respondió Judith—. Le agradezco mucho su ayuda. También por la llave del portón y la puerta principal que me prestó.

—No hay de qué, señorita Judith. Ah... —Theo iba a subirse de nuevo al pescante, cuando se acordó de algo—. Tengo aquí una carta que entregaron en la puerta. Llegó por correo urgente, es de la señora.

Le entregó un sobre y subió al trineo. Se pusieron en marcha hacia Stuttgart con el acostumbrado tintineo de los cascabeles. Durante el trayecto, Judith leyó las palabras de su madre y fue consciente de cuánto se había independizado de ella. Sería lo que se llamaba hacerse adulta. Pero la carta le había provocado una sensación agradable: después de mucho tiempo, por fin volvía a tener la impresión de que su madre, a pesar de la distancia, se encontraba cerca de ella. Qué regalo de Navidad tan inesperado y maravilloso.

Entonces recordó que todavía tenía que comprar regalos para los gemelos. Y para Victor. Decidió pasarse primero por los grandes almacenes Breuninger antes de ir a la fábrica, a pesar de la impaciencia que sentía por ver a Victor de nuevo.

POR LA TARDE del mismo día, Wilhelm Rothmann se encontraba en su despacho abriendo con dedos temblorosos una carta de su esposa. Había recibido la carta unos días antes y desde entonces se sentía disgustado, por eso no la había leído aún, pero de alguna manera debía terminar con las dudas. Empuñó con decisión el abrecartas.

Al desplegar la hoja, cayó sobre la mesa un pequeño objeto envuelto en papel de seda. Lo colocó sobre un montón de papeles y comenzó a leer:

Estimado Wilhelm:

No me resulta fácil escribirle estas líneas, pero es necesario que me explique por escrito. Se lo debo tanto a usted como a mí misma. Y a nuestros hijos. Han pasado muchos meses desde que abandoné Stuttgart y he cambiado mucho en este tiempo. Ya no reconocería a la mujer con la que se casó.

Como tantos matrimonios, el nuestro también se basó en un acuerdo, y no en el cariño. Esta circunstancia afectó mucho a mi salud. Y, como esposa enferma, sería incapaz de proporcionarle ni apoyo ni felicidad, por lo que le ruego que disuelva nuestra unión.

No volveré a Stuttgart. Mi sitio está en otro lugar.

Soy consciente de que un divorcio sería un escándalo. Lo sé. Por eso, dejo en sus manos la decisión: si desea dar los pasos pertinentes o seguir fingiendo de cara al exterior que este matrimonio aún existe. En cualquier caso, solo existe sobre el papel.

Le deseo toda la felicidad del mundo,

Hélène

Riva, diciembre de 1903

Wilhelm Rothmann se quedó unos minutos mirando el papel sin apartar la vista. No daba crédito. Y luego soltó un fuerte puñetazo sobre el escritorio.

Lo sabía. Estaba seguro de que aquel sanatorio natural de Riva le había metido ideas absurdas en la cabeza. ¡Con qué ligereza se expresaba! Como si su matrimonio, su familia y su posición en la sociedad ya no le importaran en absoluto.

Se aflojó la corbata y pasó el dedo por el rígido cuello alto de la camisa. Tenía la impresión de que el aire del despacho no era suficiente para respirar con libertad.

Podía tolerar una esposa enferma en el salón, pero de ninguna manera que lo humillara de aquella forma. Su comportamiento conllevaría graves consecuencias. Le gustaría traerla a rastras por los pelos de vuelta a Stuttgart, pero no podía abandonar el negocio. Sin embargo, lo más probable es que hiciera falta recurrir a medios drásticos.

Recuperaría la razón, como muy tarde, cuando se le acabara el dinero. Porque incluso si hubiera apartado algo de sus asignaciones, no podría vivir para siempre de eso. En algún momento la necesidad la haría volver a casa.

Rothmann se levantó y se puso a pasear inquieto por su despacho. Y luego se acordó de que en la carta había algo más. Se dirigió al escritorio, levantó el paquetito, apenas del tamaño de una tarjeta de visita, y le quitó el papel de seda. Un objeto brillante cayó al suelo con un leve tintineo. Al agacharse para levantarlo, reconoció que trataba de su alianza.

Soltó un gemido.

Lo decía en serio. ¿Por qué le hacía eso? ¿Habría conocido a alguien? ¿Alguien que la financiaba, que la mantenía?

La idea de que Hélène, su Hélène, pudiera tener a otro hombre a su lado, avivó su ira. Comenzó a sudar, el corazón le latía desbocado en el pecho, respiraba con mucha agitación. Tenía que salir de allí para no volverse loco.

Los empleados de la oficina interrumpieron sus tareas cuando abrió de golpe la puerta del despacho, cruzó la sala con pasos enérgicos y rápidos y se dirigió a la escalera. Había dejado la chaqueta en el despacho.

Caminó sin rumbo por la fábrica, intentando asimilar lo que en su interior ya sabía desde hacía mucho tiempo: Hélène lo había abandonado.

Se adueñaba de él un torbellino de sentimientos que lo sumió en una sensación de impotencia desconocida para él. Hasta que, de repente, sintió una imperiosa necesidad de actuar. Por lo menos, había algo en lo que todavía tenía influencia: Judith.

Tenía que informar a su hija del infame comportamiento de su madre. Y le dejaría claro de una vez por todas que no estaba dispuesto a tolerar oposición alguna en lo referente a su matrimonio con Albrecht von Braun.

Había perdido a su esposa. Si su empresa fracasaba también, su vida habría terminado.

Rothmann sabía que Judith solía pasar las tardes en la sala de experimentos, así que se dirigió hacia allí. Todo aquel que se cruzaba con él, al ver su expresión ceñuda y su actitud amenazadora, se apartaba al instante de su camino.

Cruzó el pequeño patio interior y entró en otro edificio, recorrió a toda prisa el pasillo que llevaba a un tramo de escaleras. Subió los escalones de dos en dos y llegó al segundo piso, atravesó raudo el departamento de decoración y permaneció unos momentos delante de la puerta cerrada de la sala de experimentos para recobrar el aliento.

Respiró hondo, intentó calmarse un poco y abrió la puerta.

—¡Judith!

El grito ronco de su padre hizo que Judith se estremeciera. Aturdida, se soltó de los brazos de Victor.

—¡Padre! ¿Qué hace usted aquí?

—¿Que qué hago aquí? —tronó Rothmann, cerrando la puerta—. ¡La pregunta es qué haces tú! ¡Pero eso está más que claro!

Se acercó a ella con aire amenazador. Mientras Judith intentaba de forma desesperada colocarse bien la blusa, Victor le pasó el brazo por los hombros con un gesto protector.

—Y la siguiente pregunta es para el señor Rheinberger. ¿Qué hace usted con mi hija?

—Amo a su...

—¡Ahórrese sus palabras, señor Rheinberger! Mi hija está prometida y su... vergonzosa conducta no va a cambiar nada.

—Me casaré con Judith, señor Roth...

—¿Casarse? ¿Usted? ¿Con mi hija? —lo interrumpió Rothmann, que soltó una risotada sarcástica—. Un tipo cualquiera. Pero ¿qué se ha creído? Ahora mismo recoge usted sus cosas y desaparece de mi fábrica.

—Pero, padre, Victor es un...

—¡Cállate, Judith! Vístete como Dios manda y ve ya a la cochera. Theo te llevará a casa. Hoy ha sido tu último día en la fábrica. Y no volverás a salir de tu habitación hasta tu boda con Albrecht von Braun.

—¡No! ¡No me puede usted ordenar que me case con él!

—¡Cómo que no! Y a Albrecht le comunicaré que desde el día de vuestra boda tendrá que recordarte tus obligaciones. ¡Como esposo tuyo, tendrá todo el derecho de ordenarte cuáles son tus tareas, tu comportamiento y tus compañías! —Su mirada recayó sobre Victor—. ¡Todavía está usted aquí, Rheinberger! ¡Lárguese ahora mismo, si no quiere que lo haga detener!

Victor soltó a Judith. Intentó dejarle claro con su mirada que no la dejaría en la estacada, pero Judith no tenía ni idea de cómo podría lograrlo. Estaba en poder de su padre.

—Vete, Victor, antes de que te haga algo. Podrá darme en matrimonio, podría obligarme a lo que sea, pero nunca conseguirá apartarte de mi corazón.

—¡Ya basta, Judith! —la amenazó su padre, levantando la mano.

Victor le lanzó a Judith una última mirada urgente, después cogió su chaqueta y abandonó la sala sin decir palabra.

Apenas hubo salido, Wilhelm Rothmann agarró a su hija del brazo. Judith intentó soltarse.

—¡Me estás haciendo daño!

—Me da igual. Cuanto antes aprendas a obedecer, mejor. Ya he consentido bastante tu terquedad.

—¿Tienes idea de lo monstruoso que es Albrecht? Juega y engaña y va con prostitutas...

La bofetada le hizo arder la mejilla. Judith se llevó la mano al lugar dolorido mientras las lágrimas se le escapaban, aunque no quería llorar.

—Atrévete a difamar de nuevo a tu prometido, y no respondo de mí, Judith —la previno su padre con frialdad.

La acompañó a la cochera y le dio a Theo órdenes en tono rudo para que la llevara a casa y la condujera a su cuarto bajo la vigilancia del ama de llaves.

Theo la miró compadecido.

—Confío en usted, Theo —dijo Rothmann con gelidez—. Y tenga cuidado de que no se le escape por el camino. —Y con estas palabras se dio media vuelta.

Cuando Judith subió al trineo, vio que Victor salía en ese momento por el portón de la fábrica. Se quedó un momento parado y la miró. En sus ojos se veían el amor y el deseo.

Y una gran decisión.

Mansión de los Rothmann, Nochebuena de 1903

—VUELVO DENTRO DE dos horas, Dora —dijo el ama de llaves—. Por favor, asegúrese de que la señorita Judith permanece en el piso superior.

Judith, que todavía no se había levantado, oyó el susurro de la falda almidonada mientras Margarete se dirigía hacia la puerta y salía de la habitación. Poco después, notó la sombra de Dora que se inclinaba sobre ella.

—¿Señorita Judith?

Judith meneó la cabeza.

—Señorita Judith —insistió Dora—. Tiene que dominarse. ¡Yo la ayudaré! Todos queremos ayudarla, menos la señora Margarete.

—¿Y qué podéis hacer? —preguntó Judith resignada, volviéndose hacia Dora.

—Se encontrará una solución —le aseguró su doncella—. Si ese Albrecht es tan horrible como usted dice...

—Es mucho peor —afirmó Judith con amargura—. Pero mi padre ha perdido el juicio.

—Si quiere usted cambiar las cosas, tiene que ayudar, señorita Judith.

Judith se incorporó con un suspiro y se sentó al borde de la cama.

—Tienes razón —admitió—. Pero primero tengo que vestirme. —Se puso en pie.

Dora buscó un vestido adecuado para la tarde.

—Lo único que puedo hacer es emigrar —dijo Judith con cinismo, mientras se quitaba el camisón y Dora le colocaba el corsé.

—Pues si no hay más remedio, emigra usted, señorita. Yo la acompaño, por supuesto, ya se lo he dicho un par de veces... ¿Puede usted meter un poco el estómago? No lo consigo colocar.

—Ya lo he metido. Tienes que moverlo un poco de sitio —dijo Judith, que movió ella misma el corsé de ballenas—. ¿Ves? Ahora tiene que cerrar.

Notó cómo Dora tiraba de los lazos.

—Lo siento, pero no sé por qué no lo puedo cerrar bien. Estos días ya me ha costado —comentó Dora confundida—. Lo voy a atar un poco más suelto.

—Sí, por favor.

Después de que Dora terminara de ajustar el corsé, le entregó a Judith un vestido de terciopelo azul oscuro.

—Este vestido no me lo he puesto todavía este invierno —dijo Judith, mientras Dora la ayudaba a metérselo por la cabeza. Pero cuando la doncella intentó abotonarlo, se encontró con el mismo problema que antes.

—Ay, no sé, ¿ha engordado usted, señorita Judith? Son solo unos milímetros, pero no consigo abrochar el vestido. Habrá que sacar un poco la costura.

Judith intentó meter un poco más el estómago, pero ella misma se dio cuenta de lo tenso y abombado que estaba. No era mucho, pero con la estrechez de los corsés y los vestidos, no había manera de ocultarlo. Frunció el ceño.

—¿Dora?

—¿Sí, señorita Judith?

—¿Cómo se sabe si alguien se encuentra en estado de buena esperanza?

Dora se quedó sin aliento.

—¡Señorita Judith!

—¿Lo sabes o no? —insistió Judith.

—Bueno, yo lo vi en mi casa, cuando mi madre estaba embarazada. Y en mi último trabajo, la señora tuvo un hijo también. Pero hace ya un par de años.

—Entonces, ¿cómo puedo asegurarme?

—Pues yo creo que si no viene el período. Otras se sienten indispuestas y mareadas. Y, claro, se engorda... —Dora se llevó la mano a la boca—. Pero eso no es posible, señorita Judith, ¿no? Usted tendría que... bueno... esto... —balbució.

Judith respiró hondo.

—Lo he hecho —dijo sin rodeos—. Dora, estuve una sola vez con un hombre...

—¡Oh!

—Sí. Y desde entonces, apenas he manchado, muy poco. Y he tenido náuseas a menudo, como sabes. Fue solo una temporada, ya estoy mejor. Pero ahora me está empezando a crecer la barriga.

—Ya, bueno, pero por una sola vez...

—Yo creo que no podemos seguir ignorándolo —dijo Judith decidida—. Mira, he pensado unas cuantas veces en un posible embarazo, pero, de alguna forma, lo olvidaba. Como si mi alma no quisiera aceptarlo. ¿Me puedes quitar el vestido, por favor?

Dora ayudó a Judith a deshacerse del suave terciopelo.

—Y el corsé también, por favor. Me queda muy estrecho.

Dora hizo lo que le indicaba y Judith se pasó la mano por el vientre. Y luego se colocó de lado junto a Dora, en camisa y pololos.

—¿Y? ¿Notas algo?

A Dora le daba muchísima vergüenza examinar tan de cerca el vientre de Judith, pero al final se armó de valor y miró.

—Mmm. También se podría pensar que acaba de darse un festín, pero sí, está algo más... relleno. Pero solo por debajo del ombligo, más o menos.

Dora se puso colorada.

—Sí. Es lo mismo que noto yo cuando me lo toco. Está más relleno. Y aquí arriba —señaló cruzando un brazo sobre el pecho—, también me noto más llena. Y más sensible. A veces me duele, incluso.

—¿Quién podría saberlo con seguridad?

—A ver —dijo Judith, que volvió a sentarse en su cama—. Tenemos que pensarlo bien.

—¿Cuánto tiempo hace de... bueno, de que haya podido quedarse embarazada?

—Eso fue al final de septiembre. En la fiesta en casa de los Ebinger.

—¿En la fiesta de los Ebinger? —Dora se quedó tan aturdida que a Judith le entró la risa—. ¿Cómo es posible? ¿Dónde...?

—Ay, Dora, créeme. Cuando uno está desesperado, da igual dónde. Pero no da igual con quién. —Al pensar en Max, sintió un peso en el corazón—. Mira, la verdad es que fui una tonta. Creí que se casaría conmigo. Pero él no pensaba casarse, ni en sueños. En lugar de eso, un par de días después se marchó de Stuttgart.

—¿Pero no es el señor Rheinberger? —Ahora sí que Dora no entendía nada. Judith negó con la cabeza.

—No —respondió con pena—. No fue Victor. Desgraciadamente. Max Ebinger es... el padre de este niño.

Se llevó una mano al vientre. Ya no había ninguna duda. En su cuerpo crecía una nueva vida, y después de habérselo ocultado a sí misma en las últimas semanas, ahora podía afrontar los hechos. Eso supondría nuevas

dificultades, pero, al mismo tiempo, este niño era su último as en la manga. En este estado, Albrecht von Braun no querría casarse con ella.

A la vez, otro pensamiento le causaba un dolor atroz. También Victor se alejaría de ella decepcionado en cuanto se enterase de su embarazo. ¿Cómo iba a seguir sintiendo algo por ella si llevaba el niño de otro en su vientre?

—Voy a por un vestido de mañana —dijo Dora, práctica—. Así no le hará falta ponerse un corsé.

—Sí, por favor —suspiró Judith—. De todas formas, no puedo salir de casa.

En cuanto Judith se vistió, sonaron unos fuertes golpes en la puerta. Por las excitadas voces infantiles que se oían, Judith supo que se trataba de sus hermanos. Dora abrió.

Sin dejar de parlotear, Karl y Anton entraron en la habitación cargados de material de manualidades. Los seguía *Vladimir* con la cola levantada.

—Es una bruja tonta —le dijo Karl a Anton, que asintió de manera enérgica.

—¿Quién es tonta? —preguntó Judith.

—Pues la señora Margarete —respondió Anton.

—La verdad es que es tonta de remate —remarcó Karl, mientras el gato pasaba ronroneando junto a la pierna de Judith y se dirigía a uno de los cómodos sillones para enroscarse en un ovillo de pelo rojo y blanco. Los gemelos dejaron sus cosas sobre la mesa.

—Hoy es Nochebuena —anunció Anton con aire solemne.

—Exacto —continuó Karl—. ¡Y tú tienes que decorar el árbol, como todos los años! Y ahora dice el ama de llaves que lo va a hacer ella sola, y eso nos parece fatal.

Judith y Dora se miraron. Dora sonrió y se puso a recoger algunos vestidos que estaban por el cuarto.

—¿Sabéis una cosa? Yo me encargaré luego del árbol —prometió Judith a sus hermanos. «Eso no me lo puede prohibir mi padre», continuó la frase en sus pensamientos—. ¿Qué es lo que habéis traído? —preguntó, señalando hacia la mesa.

—¡Es nuestro calendario de Navidad! —exclamó Karl entusiasmado—. ¡Se llama *En la tierra del Niño Jesús*!

—Y queremos que nos ayudes a hacer la última puerta. Hace tiempo que no haces nada con nosotros —añadió Anton, y Judith tuvo que darle la razón en silencio. Con el jaleo de aquellas semanas, este año no había prestado atención a las festividades navideñas.

—¿Tenéis un calendario de Navidad?

—¡Sí! Nos lo ha traído papá, y desde el primero de diciembre podemos hacer una cosa cada día.

—Bueno, de acuerdo. De todas formas, no me ibais a dejar tranquila —se rindió Judith—. A ver, que vea yo ese calendario de Navidad.

Karl y Anton le enseñaron un pliego de cartulina decorado con motivos navideños. En él había pegados distintos dibujos. Judith dejó que le explicaran cada detalle, el caballito balancín, el ángel haciendo galletitas de Navidad y el tren de madera, un miniejército de soldaditos de plomo y la casita de muñecas, a la que los niños llamaban con desprecio *las cosas de niñas*.

Por fin Karl le mostró la última imagen, la número veinticuatro. Ya estaba recortada, un poco torcida y arrugada, y Judith pidió una tijera. Arregló el borde alrededor del Niño Jesús, que estaba delante de un árbol de Navidad vestido con una túnica blanca, con un angelito a sus pies.

—¿Y quién la pega en su sitio? —preguntó.

—¡Pues tú! —exclamó Karl contento.

—Muy bien, entonces, pásame el pegamento.

Anton se lo dio y Judith pegó la imagen con cuidado en el marco correspondiente, en el medio de la cartulina. Los dos hermanos sonrieron satisfechos.

—Y ahora lo puedes colgar —explicó Anton—. ¡Es nuestro regalo de Navidad para ti!

Judith se emocionó.

—¡Muchas gracias a los dos! Luego le busco un buen sitio, pero por ahora vamos a dejarlo aquí en la mesa, ¿de acuerdo?

Los gemelos asintieron, pero no parecían muy contentos. Les habría gustado ver cómo colgaba el calendario en ese mismo instante.

—Bueno, ya podéis volver a vuestro cuarto. Porque yo tengo que decorar el árbol de Navidad, ¿no?

Los dos dijeron que sí con entusiasmo y ya se volvían para marcharse, cuando Judith los avisó:

—Llevaos vuestras cosas, por favor.

Los dos recogieron el material protestando por lo bajo y se marcharon. Dora miró primero al calendario de Navidad y luego, al gato.

—No debería estar aquí, no se le permite estar en las habitaciones de los señores.

—Ya lo sé —respondió Judith, que se sentó en la cama. Todavía se sentía cansada—. Luego lo echamos.

Dora asintió y se puso a recoger los trocitos de papel que habían caído al suelo al recortar. De repente, se detuvo.

—Se me acaba de ocurrir una cosa, señorita Judith —dijo.

—¿Qué?

—Robert está buscando como loco a Babette. Y nos ha contado que en Stuttgart hay una especie de mujer policía que se encarga de este tipo de cosas.

—¿Una mujer policía?

—La llaman señora Henny. Parece que lleva solo un par de meses en la ciudad y trabaja en la policía municipal. Sobre todo, se encarga de las chicas que se dedican a la mala vida y también de los niños.

—De las chicas de mala vida... —repitió Judith en voz baja.

—¡Oh, discúlpeme! No me refería a usted, por supuesto —matizó Dora—. Pero a lo mejor nos puede ayudar. ¿Quiere que le pregunte a Robert?

Judith lo pensó.

Le parecía demasiado arriesgado contarle a su padre, en estos momentos de mal genio, que estaba esperando un hijo. ¿Quién sabe cómo reaccionaría? Podría enviarla a algún pueblito en el campo hasta que tuviera el niño y después la obligaría a darlo en adopción. No sería el primer padre que reaccionaba así y ella no quería arriesgarse, en ningún caso.

Por otro lado, ir a buscar a la señora Henny supondría escaparse de casa. Estaba bajo arresto domiciliario. Si se fugaba ahora, debía contar con que no podría regresar.

—Sé que es difícil —dijo Dora compasiva, sentándose junto a Judith—. Me puedo imaginar perfectamente los pensamientos que se le pasan por la cabeza en estos momentos. Pero a lo mejor el señor Rheinberger tiene alguna idea.

Al oír el nombre de Victor, Judith reaccionó.

—¡No, Dora! Por favor, no. El señor Rheinberger no puede enterarse en ningún caso de mi embarazo.

—Pero ¿por qué no?

—Porque me despreciaría.

—¿Está segura? A mí me parece que la aprecia a usted mucho.

—¡Justo por eso! —Judith luchó por contener las lágrimas—. Seguro que me ayudaría, pero yo no podría volver a mirarlo a la cara. Todo lo que hemos

compartido en las últimas semanas, quedaría, de alguna forma... contaminado.

Dora la miró dudando, pero no insistió.

—Pero me temo —cambió de tema— que no le queda más remedio que ir a ver a la señora Henny.

—¿Tú crees?

—La única alternativa sería ocultarlo todo y cargarle el niño de alguna forma al hijo del banquero.

—¡Dora!

—¡Pero es verdad! ¿O acaso quiere usted montarse embarazada en un barco para emigrantes? Sé que usted es fuerte, señorita Judith, pero es demasiado peligroso. Podría morir.

A Judith le estallaba la cabeza.

—Pero yo no pienso abandonarla —añadió Dora—. Me quedaré a su lado, haga lo que haga. Estos años he ahorrado casi mil marcos. Con eso podríamos vivir una temporada.

La oferta de su doncella la impresionó. En un arranque espontáneo, la abrazó con fuerza.

—Oh, Dora —suspiró—. ¡No debes hacer eso! Ya es bastante con que mi futuro sea tan incierto.

—El futuro siempre es incierto —enunció Dora sabiamente—. ¿La ayudo a adornar el abeto? Porque, si no nos damos prisa, lo hará todo la señora Margarete.

—Tienes razón. —Saber que no estaba sola le dio fuerzas—. Ahora vamos a decorar el árbol. Y luego hablaremos con Robert sobre esa señora Henny.

Mientras tanto, en el taller de Alois Eberle

—¡VICTOR, ESPABILA! A ella no la ayudas nada si no haces más que compadecerte a ti mismo —le dijo Edgar claramente, mientras daba los últimos toques con el pincel a varios rótulos. Estaba trabajando en varios encargos que tenía que entregar después de Navidad.

Victor, sentado a su lado, levantó la vista un momento pero volvió a agachar la cabeza. Estaba desesperado por la situación con Judith y muy cansado.

¡Si pudiera hacer retroceder el tiempo! Se habían sentido tan seguros en la sala de experimentos de Judith. En meses, aquellos meses, ni una sola vez había entrado alguien sin llamar. Y, justo ayer, se hallaban tan concentrados el uno en el otro que no habían oído a Rothmann avanzar por el pasillo. No fueron conscientes del peligro hasta que vieron al padre de Judith frente a ellos, temblando de ira.

Demasiado tarde. La catástrofe era ya imparable.

Victor se frotó la frente. Cómo podía cambiar tanto la vida de un segundo a otro. Pasar del cielo directos al infierno.

—Basta. Se acabó, Rheinberger —le dijo Edgar con decisión—. He terminado con la decoración de tu máquina y te recomiendo que montes las piezas ya. Dijiste que querías tenerla instalada en la estación de ferrocarril en Año Nuevo. Para entonces, estará lista.

—¡Edgar tiene razón! —exclamó Alois Eberle, que en ese momento se acercó a ellos desde la parte delantera del taller—. Y yo tengo también otras cosas que hacer.

Victor murmuró algo incomprensible, pero se levantó y fue tras él. Eberle inspeccionó un poco la máquina y luego se arrodilló frente a ella y siguió manipulando el mecanismo encargado de transportar las chocolatinas hasta la bandeja de salida.

Victor estuvo un rato sin hacer nada, pero luego se sacudió y tomó las piezas del decorado del Wilhelma, que Edgar había pintado con increíble precisión.

—Cuando esté listo, vas a quedar paralizado de la emoción —anunció Edgar, que lo había seguido y estaba detrás de él.

—¿Tú crees?

—Seguro. Y, como signo de mi gran generosidad, no solo te regalo las placas esmaltadas, sino que te ayudo ahora mismo a montarlo todo como debe ser.

—¿Acaso crees que no soy capaz de hacerlo solo? —lo provocó Victor.

—¡Eh! No pagues conmigo tu enfado con Rothmann. Claro que puedes tú solo, pero entre los dos lo haremos más rápido. Y quiero asegurarme de que todo encaja al final. Porque... —Edgar se interrumpió—. ¡Manos a la obra!

Trabajaron un rato en silencio. Primero unieron las piezas y después las colocaron con cuidado en su lugar. Concentrarse en la tarea le hizo bien a Victor, y poco a poco su mundo volvió a recomponerse. Cuando terminaron, unas horas más tarde, dio un paso atrás para contemplar el resultado. Se quedó impresionado.

—¡Edgar, amigo! ¡Es increíble!

Edgar sonrió.

El escenario no solo era una reproducción casi exacta de la imagen que Judith le había dado como modelo, sino que Edgar lo había dotado de una perspectiva tal que parecía ser más grande y con mayor profundidad de lo que era en realidad. Alois Eberle se levantó también.

—Es realmente único —dijo—. Y esperemos que la mecánica también funcione. ¿Lo probamos?

Victor le dio a Eberle unas cuantas chokolatinas de Judith que había ido guardando en las últimas semanas. Cuando llenaron la máquina, Edgar tomó una moneda de diez pfennig y la introdujo por la ranura.

—¡Abracadabra! ¡Adelante!

Y... no pasó nada.

Victor soltó una carcajada.

No podía parar de reír. Edgar y Eberle lo miraron sorprendidos, mientras él se limpiaba las lágrimas de las mejillas.

—Edgar, de verdad... —Se interrumpió con las sacudidas de otro ataque de risa—. Ha sido graciosísimo. La cara que has puesto... —dijo riendo—. ... cuando has metido la moneda, y no ha pasado nada. Nada de nada...

—Como yo no podía verme a mí mismo, no me ha hecho tanta gracia como a ti —dijo Edgar con una sonrisa—, pero, si has encontrado algo por lo que reírte, me conformo.

Victor se esforzó por controlar la risa, que había hecho desaparecer un poco la tensión que sentía por dentro.

Mientras tanto, Eberle había vuelto a ocuparse de la máquina y estaba manipulando el mecanismo interior para encontrar el error. No tardó mucho en pedirle a Edgar que probara de nuevo. Cuando sacó una segunda moneda, Victor se la quitó de la mano.

—Ahora me toca a mí. Y si esta vez no funciona, ¡podrás reírte tú de mí!

Introdujo la moneda y los tres se quedaron mirando el cristal con atención.

Se oyó un tableteo. Una chocolatina cayó del depósito y se deslizó sobre una vagoneta que se movía por una correa, flanqueada por bailarinas orientales. Se puso en marcha por los raíles y, con cada vuelta, variaba la posición de las figuras. De esta forma, con el elegante telón de fondo del Wilhelma, se generaba la fascinante ilusión de una pequeña obra de teatro. La representación terminaba tras unos veinte segundos, cuando la vagoneta entraba a través de una abertura grande, por donde desaparecía el chocolate como por arte de magia. Y, poco después, aparecía en la bandeja de salida.

Edgar se rio y cogió la chocolatina.

—¡Solo hace falta que la persona correcta introduzca la moneda y todo funciona!

—La mecánica funciona bien, es muy robusta —anunció Eberle satisfecho—. Como tiene que ser, si queréis instalarla en la estación.

—Es cierto. Por allí pasan muchos vándalos —añadió Edgar, mordisqueando el chocolate—. ¡Mmm, qué rico! ¿Lo ha hecho Judith?

—Sí. En las últimas semanas ha creado variedades deliciosas.

El rostro de Victor volvió a ensombrecerse. Edgar le dio un codazo en el costado.

—No te vuelvas a hundir en tu pena, Rheinberger. Vamos a celebrar un poquito la Navidad.

—Pensé que la celebrarías con tu familia —dijo Victor.

—Ese era el plan, pero no quiero dejaros a los dos aquí solos. ¿Alois?

—¿Mmm?

—¿Quién va a por la sidra?

Alois Eberle había colocado un pequeño árbol de Navidad, decorado con algunas bolas y velas, que encendió con cuidado. Los tres entonaron *Noche de*

paz y lograron con algún esfuerzo cantar las tres estrofas. Al final, brindaron con sus jarras de sidra.

Los pensamientos de Victor volvieron a Judith.

¿Cómo celebraría esa noche? ¿Harían los gemelos alguna trastada? A pesar de su abatido estado de ánimo, sonrió al pensar en Karl y Anton.

La voz profunda de Eberle masculló algo que lo devolvió a la realidad. El inventor había sacado su Biblia y leía la escena del nacimiento de Jesús. Lo invadieron recuerdos de su infancia, pero Victor no quería remover el pasado. Todavía le resultaba muy difícil pensar en su madre, fallecida demasiado pronto.

—Bueno, y ahora, ¡a comer! —anunció Eberle al terminar. Se levantó, fue a la cocina y puso la mesa con pan, mantequilla y salchichas—. ¡Que aproveche!

Aunque no tenía ganas de comer, Victor sentía hambre suficiente para no rechazar la oferta.

—Menos mal que ayer no hubo problemas —dijo Edgar entre dos bocados—. No pensé que con tres viajes habríamos terminado la mudanza.

—Fue lo único que salió bien ayer —murmuró Victor.

—Algo es algo —replicó Edgar.

Como habían acordado, la tarde anterior habían dejado su vivienda en Silberburgstrasse y transportaron sus pertenencias a casa de Alois Eberle, que tenía sobre el taller un piso relativamente grande. Allí, cada uno ocupó una habitación amueblada y equipada por un precio módico.

—¿Cómo pensáis continuar con vuestras máquinas? —les preguntó Eberle—. Podríamos construir una o dos aquí mismo. Pero, si queréis ganar dinero con ellas, necesitáis a alguien que las fabrique en serie. En una fábrica.

—Ya lo habíamos pensado —respondió Edgar—. Queríamos preguntar en algunas fábricas de maquinaria de la ciudad si tenían interés en producir nuestro invento.

—Pero de momento tendremos que aplazarlo —intervino Victor—. Yo ya no tengo trabajo y, por lo tanto, tampoco cuento con medios materiales.

—Bueno, con lo que ganabas con Rothmann tampoco te habría alcanzado —afirmó Edgar.

—No. Pero tal vez los contactos de Rothmann habrían servido de algo. Él tampoco podía invertir, como comprobamos nosotros mismos anteanoche.

—Podría preguntarle a mi padre —propuso Edgar—. Tal vez esté interesado en una inversión y nos dé el dinero. Pero también él tendrá que andar con cuidado, porque hace poco estuvo al borde de la bancarrota.

—Lo primero es instalar esta máquina —respondió Victor—. Y yo me buscaré un trabajo y un sustento. Pero antes me tengo que encargar de Judith.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Edgar—. ¿Rescatarla de su habitación, como el príncipe a Rapunzel?

—¿Por qué no?

—¡Me apunto!

—No te rías de mí, Edgar.

—No me río. Entonces, ¿ya has pensado algo? Yo te ayudo, ya lo sabes.

—Más os vale tener un buen plan —intervino Eberle—. Sois jóvenes y de sangre caliente, pero en cosas como esta hay que mantener la cabeza fría.

—¡Uy, Alois! —replicó Edgar—. ¡Parece que hablas por experiencia propia!

Alois Eberle sonrió para sí, pero no dijo nada más.

—Tiene razón —dijo Victor—. Tenemos que pensar muy bien algo que pueda funcionar y, sobre todo, que no perjudique a Judith.

—Pues lo primero que se me ocurre es nuestro amigo Albrecht von Braun —dijo Edgar—. Vamos a cantarle las cuarenta un día de estos.

—Exacto —gruñó Victor—. Cuando terminemos con él, no querrá volver a oír el nombre de Rothmann por el resto de sus días.

—Desde luego —concordó Edgar—. ¿Pudiste volver a hablar con la chica de la fábrica de chocolate, Victor? ¿La que vimos en aquella casa?

—Ah, Pauline. Sí, me he enterado de un par de cosas. Albrecht frecuenta a otra dama del lugar, mucho mayor que él y que se dedica al oficio desde hace bastantes años.

—Seguro que lo estará iniciando —apuntó Edgar con malicia—. Pero debería tener cuidado para no pillar algo. Con el mal francés no se juega.

—Tenemos un montón de argumentos, Edgar. La cuestión es cuándo y cómo los utilizamos.

Mansión de los Rothmann, 26 de diciembre de 1903

EL DÍA DE Navidad había pasado para Judith sin pena ni gloria. Aunque le habían permitido salir de su habitación y participar en las celebraciones, no había podido compartir la alegría de los demás, ni con los villancicos ni con el pasaje de la Navidad del Evangelio que había leído su padre en voz alta. Las lágrimas asomaban a sus ojos cada vez que pensaba en Victor o en el niño que llevaba en su seno. Y en lo que le esperaba en las próximas semanas.

Hubo un único momento que tuvo para ella sabor navideño: cuando Karl y Anton vieron el árbol de Navidad adornado y se quedaron mirándolo maravillados con ojos brillantes. Amaba a sus hermanos y solo pensar que pronto se alejaría le causaba un estremecimiento de dolor.

Conteniendo a duras penas la impaciencia, habían abierto los regalos. Libros, cañas de pescar y soldaditos de plomo por parte de su padre y una pelota por parte de los empleados. Judith les había regalado dos coches, reproducciones a escala de modelos reales, que incluso se movían con un mecanismo de relojería. Los recibieron con gran alegría y los dos cochecitos estuvieron en marcha el resto de la noche, tomando curvas sobre la alfombra del salón.

Su padre le había entregado a Judith tres paquetitos con expresión seria. Un libro sobre cómo llevar la casa y una cesta de costura de cuero; la intención estaba clara. El tercer regalo era un juego de escritura de plata. Cuando vio el nombre grabado en él, se sintió desfallecer: en el tintero, con letra florida, ponía «Judith von Braun». Y cuando su padre le dijo que le entregaba el regalo en nombre de Albrecht, le dieron ganas de arrojarlo todo al suelo, incluido el secafirmas.

Pero luego pensó que sería valioso y podría venirle bien. Más tarde, cuando subió de nuevo a su habitación, lo guardó junto al anillo que le había dado Albrecht en la maleta que ya había preparado. En cuanto Robert y Theo vieran una posibilidad de sacarla sin ser vista, huiría de la casa de su padre.

No veía ninguna otra posibilidad de decidir por sí misma sobre su propia vida y la de su hijo. Si no abandonaba su hogar, estaría a merced de los deseos de otros, bien de su padre o bien de Albrecht von Braun.

A primera hora de la tarde tocaron a la puerta de su cuarto y, para su enorme sorpresa, entró Dora acompañada de su amiga Dorothea.

—Ay, Judith —suspiró Dorothea. A Judith le llamó la atención lo pálida que estaba su amiga.

—¿Qué ha pasado? ¡Tienes una cara malísima!

—Albrecht se ha ido.

—¿Cómo que Albrecht se ha ido? —preguntó Judith. Dora también prestaba atención.

—Sí, no lo hemos vuelto a ver desde ayer por la noche. Y creo que Victor y Edgar tienen algo que ver con su desaparición.

—¿Por qué piensas eso?

—Edgar vino a casa ayer por la tarde y estuvo hablando mucho tiempo con él. En su habitación.

—¿En el día de Navidad?

—Sí.

Dorothea se echó a llorar. Judith le dio un pañuelo y se sentó con ella a la mesita cerca de la ventana.

—¿Sabes? —sollozaba Dorothea—, tengo malísima conciencia, porque al fin y al cabo yo fui la que les dio a los dos la oportunidad de seguirlo. Y ahora las cosas han ido tan rápido.

—Pero puede ser que regrese —opinó Judith—. Él suele salir hasta muy tarde...

Dorothea no estaba dispuesta a aceptar esa excusa.

—Siempre vuelve a casa al amanecer. Mi madre está muerta de preocupación. Incluso mi padre está muy afligido.

—Pues entonces será mejor que les preguntemos a Edgar y a Victor. Yo no puedo ir a buscarlos, por desgracia. Mi padre me tiene prohibido salir.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué? —Dorothea se limpió las lágrimas.

—Nos sorprendió a Victor y a mí juntos.

—Bueno, pero eso tampoco es para tanto... Ah, ¿quieres decir que os ha visto juntos, muy juntos?

—Sí. Mucho.

—¡Ay, madre mía!

—Y ahora tiene intención de celebrar la boda con tu hermano lo antes posible, pero tiene que esperar a que pasen las fiestas navideñas. Y, para que

no vuelva a desobedecer, pues me ha encerrado, más o menos.

—Pero por la casa sí te puedes mover, ¿no?

—Sí. Hasta ahí llega su indulgencia.

—Pues tenemos dos grandes problemas —dijo Dorothea—. Uno cada una.

A Judith se le escapó una carcajada. Dorothea era única. Incluso en los momentos más difíciles, no perdía su sentido del humor lacónico. La presencia de su amiga le sentaba bien. Dora había salido de la habitación para traerles té y cacao.

—Bueno, entonces tendré que ir yo a ver a Victor y Edgar —decidió Dorothea—. Pero para eso tengo que saber dónde viven.

Judith dudó.

—Te daré su dirección, pero con una condición —le dijo al fin.

—¿Cuál?

—Que no le digas a nadie que los dos han podido tener algo que ver con la desaparición de Albrecht. Ni una palabra. Primero, porque no es seguro que haya sido así. Y, segundo, porque me han ayudado mucho.

—Y tercero, porque estás enamorada de Victor Rheinberger.

Judith asintió en silencio.

—¿Y tú? ¿A ti no te gusta Edgar también?

Dorothea se encogió de hombros.

—A lo mejor.

Judith contempló a su amiga. Dorothea no era hermosa en el sentido tradicional, un poco demasiado robusta y bajita. Pero tenía un rostro bonito con grandes ojos verdes que, al contrario que los de su hermano, no eran pálidos, sino de gran profundidad. Su tez clara recordaba a una muñeca de porcelana. Y su pelo castaño brillaba con reflejos dorados.

—¿A lo mejor?

—A lo mejor un poco. —Dorothea sonrió ensimismada. Pero su expresión volvió a ponerse seria—. ¿Sabes, Judith? Esto también influye: me siento dividida, no sé qué hacer.

—¿Te acuerdas de lo que dijeron Victor y Edgar en el parque Rosenstein? A Albrecht tampoco lo ayuda que se le consienta todo. Tiene problemas muy serios, pero todavía no te has enterado de eso.

—No. Lo único que conozco son vuestras sospechas. Y también que se dedica al juego, pero eso lo hacen muchos jóvenes.

—No es solo que juegue, Dorothea. Mantiene a una prostituta, bebe mucho. Y, debido a las deudas enormes que ha contraído, ha recurrido a gente

poco recomendable. Supongo que Edgar le habrá hecho algún tipo de advertencia y Albrecht se ha escondido. Si esos tipos quieren recuperar su dinero, no se detendrán ante nada. Al menos, eso dice Victor.

Dorothea la miró con incredulidad.

—¿Eso es lo que han descubierto Victor y Edgar?

—Sí —respondió Judith—. Lo siento muchísimo, Dorothea. Y yo también soy un motivo de infelicidad para Albrecht, es horrible.

—De su infelicidad él mismo tiene la culpa —afirmó Dorothea con templanza—. Pero tal vez habría que haberlo educado de otra forma.

Apareció Dora y sirvió té, cacao y pastas. Luego se retiró en silencio.

—Él siempre ha creído que con dinero se consigue todo —continuó Judith cuando se quedaron solas—. Ese es su problema.

—Sí, tienes razón. Así lo han educado mis padres. Y, para colmo, mi madre siempre lo ha mimado y protegido. Eso se lo pone difícil. —Dorothea dio un sorbito del cacao—. Mmm, qué rico. ¿Qué lleva?

—Cacao, leche, azúcar y una mezcla de especias secreta.

—¿Es tu propia receta?

—Sí. Mi chocolate especiado.

—En algún momento me tienes que revelar el secreto de esta mezcla —dijo Dorothea, dejando la taza sobre la mesa. Luego se puso seria y volvió a referirse a su hermano—. Sería un alivio saber al menos dónde ha ido Albrecht. Por eso tengo que hablar sin demora con Edgar.

—Edgar y Victor se mudaron en Nochebuena a casa de Alois Eberle —le explicó Judith—. Tiene un pequeño taller en Hauptstätter Strasse. La vivienda está encima del taller.

—Gracias, Judith. Aprecio muchísimo tu confianza. Y no la traicionaré. En realidad, ya me siento un poco aliviada. Porque si Albrecht realmente ha hecho tantas tonterías, ya va siendo hora de que se deje ayudar.

—Esperemos que así sea. Y también hay otra ventaja: mientras siga desaparecido, mi padre no me puede casar con él —dijo Judith intentando bromear.

—Ya te encargarás tú de evitarlo, en cualquier caso. —Dorothea se levantó y le dio un abrazo—. ¿Sabes? Siempre pensé que sería estupendo que fueses mi cuñada. Pero Albrecht solo quiere poseerte, igual que cuando era niño y se encaprichaba con un juguete bonito. Es mejor que no te consiga.

Al mismo tiempo, 26 de diciembre de 1903

—¿ESTÁS SEGURO DE que no va a venir papá? —le preguntó Karl a su hermano, abriendo con valentía una de las botellas de licor del despacho de Wilhelm Rothmann.

—Seguro. Acaba de entrar en la habitación de la señora Margarete. Y cuando va a verla, tarda siempre un buen rato en salir —informó Anton—. Yo creo que allí hablan de todas las cosas importantes de la casa y el servicio y eso.

—Muy bien. Pero, de todas formas, vamos a darnos prisa. A lo mejor hoy tienen menos cosas de las que hablar.

Vaciaron todas las botellas de licor que había en la habitación en una lechera y luego las volvieron a llenar con agua que habían llevado en una jarra con ese propósito. Incluso habían pensado en el embudo, por lo menos, Anton.

—Listo —anunció Karl mientras cerraba la última botella—. ¡No se nota nada!

—El agua sabe diferente, creo yo —replicó Anton.

—Claro, pero no creo que se dé cuenta en seguida.

Se agacharon a oler la lechera, que ahora estaba llena de aguardiente.

—Huele demasiado fuerte —dijo Anton.

—A mí me huele bien —respondió Karl—. ¿Lo probamos?

—No, mejor que no. Si no, no vamos a tener bastante para la serpiente de fuego.

Karl se rindió y le puso la tapa a la lechera. Salieron del despacho sin hacer ruido, atravesaron la casa, se pusieron zapatos, chaqueta, bufanda y gorro y siguieron hasta la cocina. La única que estaba allí era la cocinera. No había rastro de los demás sirvientes.

—¿Qué, os apetecen un par de galletitas de especias? —preguntó Gerti con amabilidad. Pero los gemelos negaron con la cabeza.

—No, gracias, señora Gerti. ¡A lo mejor luego!

—Ahora vamos a salir un poco —explicó Anton, ocultando la lechera detrás de la espalda.

—¡Sí, buena idea! —exclamó la cocinera, que estaba concentrada preparando el asado para la cena y no prestó más atención a los niños—. Y después pasaos por aquí y os daré cacao calentito y galletas.

—¡Claro! —respondieron los dos, y salieron por la puerta.

BUSCANDO UN BUEN sitio para su experimento, recorrieron el barrio residencial primero, y luego el centro de Degerloch.

—Yo creo que tenemos que dejar lo de la serpiente de fuego hasta que se vaya la nieve —dijo Anton decepcionado, al ver que no encontraban ningún lugar adecuado.

—No pienso rendirme tan pronto —replicó Karl—. Una serpiente de fuego en invierno es mucho mejor. Además, no es tan peligroso, porque con la nieve no arde nada. ¿Te acuerdas de cuando el fuego en la estación del cremallera se nos fue de las manos? Eso pasó porque era verano y hacía mucho calor.

Anton no estaba convencido.

—Pero si no arde nada, tampoco arderá nuestra serpiente —dedujo aplicando la lógica.

—Anda ya —dijo Karl, sin hacerle caso. Unos cien metros más adelante, gritó de repente—. ¡Allí hay un buen sitio! —Dejó a Anton plantado y corrió por un prado nevado hasta un cobertizo. El tejado sobresalía un poco y, debajo, había una superficie limpia de nieve.

—¿Y aquí vamos a hacer la serpiente de fuego? —preguntó Anton dudando—. ¡Es un cobertizo para guardar heno, y el heno arde rápido!

—Hombre, te lo acabo de explicar —dijo Karl, que iba perdiendo la paciencia—. ¡Eso solo es en verano! ¡Cuando hace calor! Ahora en invierno hay frío y humedad, no arde.

—No estoy yo tan seguro... —Anton no quería rendirse tan pronto, pero Karl lo interrumpió.

—¿Sabes qué? Si eres tan miedica, vete a casa. Yo voy a despertar a la serpiente de fuego. ¡Dame la lechera!

Karl intentó agarrar la lechera llena de aguardiente, pero Anton fue más rápido y la protegió detrás de la espalda.

—¿Qué haces? —le gritó Karl a su hermano.

—¡Yo también quiero participar! O lo hacemos juntos, o no lo hacemos.

Karl hizo un gesto de impaciencia.

—¡Oye, no seas listo! ¡Que me des la lechera!

—¡No, me toca a mí... verter el aguardiente! —exigió Anton.

Karl lo pensó y decidió ser generoso.

—Por mí...

Pero, de todas formas, siguió a su hermano alrededor del cobertizo, corrigiendo su trayectoria. Anton intentaba mantenerse tan lejos de la pared como podía, porque no estaba en absoluto convencido de que los argumentos de Karl sobre el peligro del fuego en invierno resistieran una demostración práctica.

—¡Lo estás vaciando todo en la nieve! —protestaba Karl, que agarraba la lechera para corregir a su hermano. Como consecuencia de sus rifirrafes, el aguardiente no solo se derramó por el suelo, sino que también salpicó la pared, y además se terminó a la mitad del recorrido planeado.

—¡Oh! —exclamó Anton, sacudiendo las últimas gotas de la lechera.

—¿Qué demonios has hecho, Anton? —se quejó Karl.

—De todas maneras tenemos suficiente para hacer una serpiente —se defendió Anton—. ¡Además, la culpa es tuya, por empujarme todo el rato!

Karl negó con la cabeza.

—Estaba claro que me ibas echar la culpa a mí. —Sacó las cerillas del bolsillo del pantalón—. ¡Pero pienso prenderlo yo!

Anton dio un paso al lado, para dejarle sitio. Si la cosa salía mal, al menos sería Karl el que habría encendido el fuego, no él. Karl se arrodilló, prendió la cerilla y la sostuvo junto al rastro húmedo en el suelo. La llama tembló un poco y luego se apagó.

—No va a funcionar —afirmó Anton aliviado. Pero Karl estaba en su elemento, intentando una y otra vez prender el fuego. Entonces se fijó en un pequeño hoyuelo en el que el aguardiente había formado un charquito—. No, Karl. ¡Está demasiado cerca del cobertizo! —Anton lo advirtió de ello, pero Karl se rio de él.

—¡Mira que eres cobardica! —De inmediato lo intentó de nuevo, y esta vez la llama prendió. Karl se incorporó de un salto—. ¡Ja! ¿Lo ves, Anton? ¡Funciona!

El fuego se fue extendiendo a lo largo de la pared y los dos corrían entusiasmados detrás.

—¡La serpiente de fuego! —gritaba Karl lleno de júbilo una y otra vez, y Anton se puso a gritar con él.

Mientras tanto, unos cuantos niños del barrio se habían unido a ellos y admiraban el espectáculo. Karl y Anton disfrutaban del resplandor de su obra.

—¡Es una serpiente de fuego! —gritaban saltando a su alrededor.

Hasta que una niña gritó de repente:

—¡Y ahora arde también la cabeza de la serpiente! ¡Uyyy!

—¿La cabeza de la serpiente? —preguntó Anton desconcertado, mientras Karl se reía y cantaba—: «La serpiente arde con cabeza y pelo...».

—¡El cobertizo está en llamas!

Los gritos de los niños hicieron callar a Anton y a Karl. Dieron media vuelta y vieron que una parte del pajar ardía con grandes llamas.

No pasó mucho tiempo hasta que llegaron las primeras personas a ayudar, entre ellos, al parecer, el propietario del cobertizo. Se pusieron al instante a echar agua y nieve sobre el pajar para intentar que el fuego no se extendiera.

Pero fue en vano.

La serpiente de fuego, crepitando y crujiendo, devoró a su víctima completa. Incluso los bomberos, que llegaron en seguida, no pudieron hacer nada para extinguir el fuego. Y cuando las llamas se fueron apagando, lo único que quedó del cobertizo fue un montón de vigas carbonizadas.

—¡Maldición! —exclamó el dueño del pajar—. ¿Quién ha sido?

—Sí, ¿quién ha prendido el fuego? —quiso saber uno de los bomberos.

Y entonces dieron un paso al frente dos chicos que, como todos los demás, habían seguido los acontecimientos con una mezcla de miedo y curiosidad. Karl y Anton no podían creer lo que veían: eran los dos hermanos Böpple. Lo que les faltaba.

El más pequeño señaló a Karl y Anton.

—Esos dos han vertido un líquido y luego lo han prendido —explicó dándose importancia. Y una de las chicas añadió—: ¡Sí, y luego se han puesto a bailar y a cantar!

Los Böpple parecían estar disfrutando de lo lindo cuando el bombero agarró a Anton y a Karl de las orejas.

—Pero ¿cómo se os ocurre? ¿En plenas Navidades se os ocurre incendiar un pajar? ¿Qué habría pasado si hubiera sido una casa? ¿Con gente dentro?

—No somos tan idiotas de prenderle fuego a una casa... —empezó Karl, que en seguida recibió un capón.

—Te dije que era peligroso —lo aleccionó Anton.

—¿Y por qué participaste entonces? —replicó Karl.

Anton le sacó la lengua.

—Con el frío y la nieve es imposible que ardan las cosas, ¿no? —insistió Karl con cabezonería.

—¡Nunca había oído una idiotez semejante! —gritó el dueño.

—Desde luego —añadió el bombero, que seguía con los gemelos bien agarrados—. ¿Qué es ese líquido que habéis derramado?

—Es... aguardiente —dijo Anton.

—Ajá. Aguardiente. ¿Y de dónde lo habéis sacado?

—De... de nuestro... esto... de nuestro despacho... —balbuceó Anton, que de repente abrió mucho los ojos.

Karl siguió su mirada y se asustó igual que él. Por la calle venía su padre corriendo, detrás del hermano mayor de los Böpple, que llevaba en la cara una sonrisa malvada.

—¿Quién es ese? —preguntó el bombero.

—Nuestro padre —respondió Anton en un susurro.

—Pues ya era hora de que se ocupase de vosotros —gruñó el dueño del pajar.

Karl y Anton se quedaron mirando al suelo cuando su padre llegó corriendo, sin aliento.

—Aquí los tiene, señor Rothmann —oyeron decir al mayor de los Böpple con gran satisfacción—. ¡Le he dicho la verdad! Los gemelos han incendiado un pajar. Y ahora me toca recibir mi recompensa.

Karl levantó la vista y deseó poder quitarle aquella sonrisita de un puñetazo. ¡Había ido corriendo hasta su casa para chivarse! ¡Y encima quería que le pagaran por ello!

A pesar de la rabia que sentía, Karl no podía dejar de admirar su talento. Sin embargo, la admiración se transformó en un odio profundo cuando Wilhelm Rothmann le entregó una moneda nada menos que de un marco por su traición. Anton se había puesto a llorar.

—Por favor, padre, por favor. Yo ya le dije que podía pasar algo, pero Karl no me quiso creer...

—Silencio. Como siempre, esta barbaridad es obra de los dos, y los dos seréis castigados por ello.

—¡Oiga, esto me lo tiene que pagar! —intervino el dueño del cobertizo.

—Hágame saber cuánto le debo —respondió Rothmann de modo tranquilo.

—También tenemos que tomarle los datos —explicó el bombero, que se dispuso a anotar la dirección.

Por último, Wilhelm Rothmann agarró a sus hijos por la nuca y los fue empujando cuesta arriba delante de él. Los dos fueron llorando todo el camino hasta casa, pero su padre no se ablandó. Sin darles tiempo a cambiarse, los llevó directos a su despacho.

—¡Esta es la última gamberrada que os vais a atrever a hacer!

Karl sorbió y Anton se limpió las lágrimas. Wilhelm Rothmann se acercó a la mesita, abrió una de las botellas de aguardiente y se sirvió un vasito. Los gemelos se miraron espantados.

—Padre... —dijo Anton, pero Wilhelm Rothmann ya se había bebido el vaso de golpe, esperando sentir el calor bienhechor que lo ayudara a aplacar su ira. Se le cambió la cara. Olió la botella. Y luego miró a sus dos hijos.

—¿Qué hay dentro?

No hubo respuesta.

—¿Qué es? —gritó.

—A... agua —confesó Anton.

ROBERT ABRIÓ LA puerta al mayor de los Böpple y, después de pensarlo un momento, envió a Dora a la habitación del ama de llaves en busca de Wilhelm Rothmann, para hacerlo salir de allí con la mayor decencia posible.

Cuando por fin se marchó de casa a toda prisa, disgustado y fuera de sí, todos supieron que había llegado la oportunidad que estaban esperando. Theo preparó el trineo con los caballos y Judith cogió su equipaje y salió con Dora de forma sigilosa. Robert se quedó en casa para distraer al ama de llaves, y después al señor Rothmann, hasta que Theo y Dora regresaran.

Theo condujo con cuidado por la nueva carretera que transcurría entre los viñedos. El estado de Judith ya lo conocía todo el personal de la casa, menos el ama de llaves y la cocinera Gerti, que era muy habladora.

—Menos mal que Robert conoce a esa señora Henny —dijo Dora.

—¿Crees que podremos hablar con ella hoy? —preguntó Judith preocupada.

Se habían tapado con mantas porque todavía hacía un frío tremendo, y en el trineo en marcha soplaba un viento cortante.

—No lo sé —reconoció Dora—. Si no hay más remedio, tendremos que pasar la noche en una pensión.

—Yo tendré que pasar la noche en una pensión —la corrigió Judith—, pero tú tienes que regresar a casa.

Dora hizo una mueca de desagrado. Judith sabía que su doncella no quería dejarla sola.

—Dora, me ayudará mucho más que todos piensen que me he marchado sola y a pie. En primer lugar, no os veríais involucrados los demás. Y así podríamos intercambiar información en secreto para enterarme de lo que hace mi padre, o dónde me está buscando.

—Pero eso se lo podría decir Theo —replicó Dora.

—Sí, pero ¡imagínate que tú también faltas! Entonces desconfiaría de todo el servicio.

—Por lo menos, déjeme que se lo diga al señor Rheinberger —suplicó Dora, pero Judith se negó en redondo.

—No. Y ya sabes por qué.

—El señor Rheinberger es un hombre bueno —insistió Dora—. Y siente un gran aprecio por usted. Yo creo que no le importaría saber que usted espera un hijo.

—¡Claro que le importará! Ningún hombre quiere tener en su casa al hijo de otro, por mucho que quiera a la mujer.

Dora cabeceó, pero no dijo nada más.

Atravesaron Charlottenplatz. Stuttgart se encontraba bastante tranquilo el día después de Navidad. Algunos niños jugaban en la calle, había gente paseando por los parques, pero muy pocos carruajes y casi ningún automóvil. Judith le agradeció a Robert en sus pensamientos que hubiera hecho posible la escapada con tan poco tiempo. Entonces se dio cuenta de algo.

—¿Dora?

—¿Sí, señorita Judith?

—¿Adónde iba mi padre con tanta prisa? ¿Algo relacionado con los gemelos?

Dora no pudo ocultar una sonrisa.

—Al parecer habían prendido fuego a un cobertizo.

Judith se asustó.

—Pero a ellos no les ha pasado nada, ¿no?

—No, por lo que yo sé, no están heridos. Pero cuando su padre haya terminado con ellos, no creo que se vayan a sentir muy bien.

—Los va a mandar a un internado —lamentó Judith—. Ya lleva mucho tiempo amenazándolos con eso. No consigue controlarlos.

—No será fácil para ellos —comentó Dora.

—No. Pero ahora que yo me he marchado y mi madre no va a regresar, tal vez sea lo mejor. —Judith bajó la vista hacia sus manos, que llevaba protegidas por un manguito de piel—. Qué raro. De repente, hemos dejado de ser una familia —se lamentó.

—Es una pena —la consoló Dora—, pero en nuestro caso también salimos pronto de casa, para ganarnos la vida. Con tantas bocas que alimentar, los padres se alegran cada vez que alguno deja de depender de ellos.

Theo redujo la velocidad hasta detenerse y se volvió hacia ellas.

—Hemos llegado, señorita Judith.

Judith y Dora descendieron mientras Theo bajaba la maleta con las pertenencias de Judith. El cochero se despidió con expresión triste e hizo girar

a los caballos para dirigir el trineo unas calles más allá, donde esperaría un buen rato por si acaso no encontraban a la asistente de policía. Pero, si todo salía según lo previsto, volvería solo a Degerloch. Dora tomaría más tarde el cremallera y diría que había bajado a Stuttgart a visitar a una criada amiga suya. Después de todo, era Navidad.

Judith se quedó mirando al trineo y, aunque sabía que Dora estaba con ella, se sintió fatal. De golpe, fue consciente de que ahora tendría que recorrer un camino propio de las jóvenes «perdidas».

—Venga usted —le indicó Dora con gentileza, y la tomó del brazo.

Encontraron el despacho de la asistente de policía tal como Robert les había indicado, y parecía que había alguien en su interior. Dora llamó a la puerta, esperó a recibir permiso para entrar y abrió. Le hizo un gesto a Judith con la cabeza para animarla a entrar y pasaron.

Lo primero que percibió Judith fueron unos amables ojos marrones que la examinaron, primero con sorpresa y después con cierta severidad. Dora se colocó detrás de Judith y dejó la maleta en el suelo.

—¿Qué desean? —preguntó la mujer, cuya mirada se había suavizado. Llevaba uniforme de enfermera.

Nada mostraba que perteneciera a la policía, y eso aplacó el mayor temor de Judith. Robert había mencionado que la señora Henny solo se ocupaba de jóvenes que tenían problemas con la ley, o que por alguna razón no tenían otra salida. Sin duda habría visto casos muy duros. Judith sintió nacer en ella una gran confianza hacia esta mujer desconocida, que la miraba desde su escritorio sencillo, con una pluma en la mano. Judith carraspeó.

—Yo, yo... —se quedó sin habla. La vergüenza, los nervios y la tristeza le provocaron un nudo en la garganta.

La mujer pareció notar que se trataba de una situación de emergencia, a pesar de que el aspecto pudiente de Judith seguro que contrastaba con el de las chicas que, de modo habitual, acudían a solicitar su ayuda. Se levantó de la silla en seguida.

—Soy Henny Arendt —se presentó, extendiendo la mano. Judith la tomó con firmeza—. ¿Y quién es usted? —le preguntó con amabilidad.

—Me llamo Judith.

—¿Judith qué?

—Judith.

—Bien, Judith. ¿Y su acompañante?

—Dora.

—¿Dora es su doncella? ¿O una criada de su casa?

—Es mi doncella.

—Bien, Judith. ¿Qué la ha traído por aquí?

—Yo... —Judith tragó saliva, pero luego se recompuso—. Estoy embarazada.

—Y no está casada con el padre del bebé —supuso la señora Henny.

—No.

—Y él no tiene intención de casarse con usted.

—No.

—¿Sabe él que está usted embarazada?

—No. —Judith se esforzó por no llorar.

—¿Cuándo espera usted el nacimiento? ¿Tiene idea?

—Más o menos a finales de junio.

Judith sollozó. La señora Henny metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó un pañuelo.

—Entonces será mejor que comprobemos si de verdad se trata de un embarazo. Su estado todavía no es muy avanzado. Una se puede equivocar.

Judith miró a Dora y esta asintió para infundirle valor.

La señora Henny condujo a Judith detrás de un biombo y la ayudó a desvestirse lo necesario. Con mano experta, le palpó el vientre mientras le formulaba preguntas sobre el posible momento de la concepción.

Cuando terminó el examen y Judith volvió a vestirse, la miró con seriedad.

—Por desgracia, tengo que confirmar sus sospechas. Y si su declaración es cierta, el nacimiento será a finales de junio, como ha dicho usted.

Le apretó la mano. Judith no pudo seguir conteniendo las lágrimas y Dora se acercó a abrazarla.

—¿Hay problemas con sus padres, con su familia?

Judith asintió con la cabeza.

—¿No saben nada de su estado?

—No.

Mientras Dora consolaba a Judith, la asistente de policía se sentó de nuevo tras el escritorio, asió una hoja en blanco y comenzó a tomar nota.

—En principio, la voy a alojar en mi propia casa —dijo, mientras la pluma se deslizaba veloz sobre el papel—. Tal vez en los próximos días se encuentre una solución. No me parece buena idea internarla en un reformatorio ni tampoco en un asilo. Allí entraría en contacto con personas poco adecuadas.

—Creo que es una buena idea —le susurró Dora a Judith—. En su casa estará usted bien atendida, para empezar.

—Ah, ¿y usted, Dora? —añadió la mujer—. ¿Tiene intención de permanecer con ella o de volver a su puesto de trabajo?

—Yo no me quedo —respondió Dora.

La señora Henny asintió, tomó otro folio y siguió escribiendo.

Judith miró a Dora sin saber qué hacer. Ella se encogió de hombros. Por último, la asistente de policía dobló las dos hojas juntas y las metió en un sobre, que le entregó a Dora.

—Creo que es procedente comunicarles a los padres que su hija se encuentra en buenas condiciones y bajo protección. Por favor, no se guarde esta carta, Dora. No hay ninguna información sobre el domicilio, pero les ofrezco una posibilidad de mantener contacto de manera anónima. —Se volvió hacia Judith—. Sé que le parece todo muy difícil e inseguro. Pero encontraremos un camino para usted y para su hijo.

—Gracias —dijo Judith en voz baja. La señora Henny se levantó.

—Será mejor que vayamos directas a mi casa. Ya he terminado mi trabajo aquí, de todas formas.

Recogió sus útiles de escritura, apagó la luz y cerró con llave. Cuando salieron a la calle, era casi de noche.

—¿Le queda lejos, Dora?

—No, no se preocupe. Me las arreglo sola sin problemas.

—Es peligroso andar sola después del anochecer —indicó la asistente de policía.

—Lo sé.

—Pues espero que llegue usted bien a casa, Dora.

—Gracias, señora Henny.

Caminaron un rato en la misma dirección y luego Judith le dio un fuerte abrazo a su doncella.

—Por favor, no le digas ni una palabra a mi padre —le pidió Judith.

—Claro que no —le aseguró Dora—. ¡Y vendré a visitarla en cuanto pueda!

Silberburgstrasse, Stuttgart, 11 de enero de 1904

ROUX SE HALLABA frente al edificio de viviendas. Suponía que era el que buscaba. Llevaba toda la mañana en esa calle y, tras recorrer el tramo que se ajustaba a la descripción, había estado observando con atención el edificio. Oculto en un hueco entre dos casas, esperaba la oportunidad de acercarse a su presa. Su instinto le decía que estaba muy cerca.

Después de que Augustin Baldus le hubiera dado aquella dirección tan prometedora, Roux no partió al instante hacia Stuttgart, sino hacia Berlín. Lo cierto es que podía haber enviado un telegrama a sus clientes para informales del progreso de las pesquisas y dirigirse directo a la capital de Württemberg, pero había preferido hablar en persona con los dos, para que le dieran más dinero. Además, las fiestas navideñas resultaban fechas poco propicias para la investigación. Incluso Paul Roux las pasaba con su madre, a la que apenas veía.

Así llegó a su fin el año viejo y fueron pasando los primeros días del nuevo año. La noche anterior había llegado a Stuttgart en tren y se había alojado en la posada Alte Post, frente al barrio donde se erige la iglesia colegiata de la Santa Cruz. Desde allí, podía moverse con comodidad a pie por el centro. No se marcharía de la ciudad sin haber cumplido su tarea.

En sus paseos se dio cuenta de que la gente reconocía enseguida a los forasteros y los observaba con curiosidad y desconfianza. Por eso, para llamar la atención lo menos posible, intentó moverse con seguridad, vestido con abrigo y sombrero de fieltro en colores apagados, y utilizar un bastón de paseo, como muchos de los caballeros de la ciudad.

Lo peor era la cantidad de nieve que había por todas partes. Hacía todo más lento, más apacible y, algo curioso, también más silencioso. A Roux le gustaba investigar cuando podía camuflarse entre la algarabía de la ciudad y volverse invisible. Cuanto más jaleo, mejor.

Hizo oscilar su peso de un pie a otro. La paciencia era parte de su trabajo, tanto como saber actuar en el momento correcto. Pero el frío lo hacía todo más incómodo. A pesar de los calcetines gruesos y los guantes, se le colaba por todas partes.

Entonces algo le llamó la atención.

Dos mujeres mayores salieron del edificio en cuestión. Roux se atrevió a pasar a la acción. Abandonó su escondite y se dirigió hacia las dos mujeres, tratando de dar la impresión de que se cruzaba con ellas por casualidad.

—Buenos días, señoras —las saludó de forma educada, levantando el sombrero.

—Buenas —bufaron las dos, en el dialecto atroz de la zona, y siguieron adelante con expresión desagradable.

Roux se dio cuenta de que no podría conseguir mucho con ellas y las dejó marchar. Se colocó en la siguiente esquina, dispuesto a esperar una mejor ocasión. Esta llegó poco después, cuando una joven salió de la casa con una cesta en el brazo, que daba la impresión de ser muy pesada. Roux se acercó paseando, saludó y fingió darse cuenta en ese instante de lo pesada que era la cesta.

—Oh, parece que va muy cargada. ¿Me permite que la ayude? —preguntó con toda la cortesía del mundo.

—¿Qué quiere? —preguntó la joven sin rodeos.

—Las fechas navideñas son un momento ideal para hacer una buena acción —respondió Roux bromeando—. Esa cesta pesa mucho, ¿verdad?

Ella asintió, pero no se la veía muy convencida aún.

—Sería un placer llevársela, al menos un rato —ofreció.

Al final ella le pasó la cesta, pero mantuvo la distancia entre los dos. Y de verdad que era una carga muy pesada.

—¿Hacia dónde? —preguntó Roux.

Por supuesto, no reconoció la dirección que ella le nombró, pero hizo como si la conociera y caminó a su lado. Seguro que trabajaba en su casa como costurera, cosa que era muy habitual en Berlín también.

Al principio, ella no contestaba a sus preguntas. Roux tuvo la impresión de que quería deshacerse de él lo antes posible. Pero poco a poco, con paciencia, consiguió envolverla en una conversación.

—Mi madre también era costurera —mintió—. Es un trabajo agotador.

—Y sobre todo, está muy mal pagado —comentó ella—. Trabajo desde por la mañana temprano hasta la noche y me pagan un salario miserable. Y además tengo que encargarme de mi familia.

—¿Tiene usted hijos?

—Sí, dos.

—Por lo menos tiene usted una vivienda —opinó Roux.

—Sí.

—Yo ando en busca de alojamiento —le dijo Roux—. Vengo de Berlín y he encontrado trabajo aquí. ¡Empiezo en febrero y todavía vivo en una pensión! —exclamó intentando sonar melancólico.

—Oh, en nuestro edificio justo se ha quedado libre una vivienda, poco antes de Navidad. Pero ya está alquilada otra vez.

—¿Y no hay nada más libre? Bueno, que usted sepa, claro.

—No, por desgracia. Pero puede preguntar por el barrio. O al dueño, que creo que posee varios edificios.

—Eso es buena idea. ¿Sabe usted dónde puedo encontrarlo?

—No vive lejos, en Marienstrasse. Se llama Hämmerle.

—¡Muchas gracias! Me pasaré a verlo, sin duda. Y con el resto de los inquilinos, ¿se lleva bien? —preguntó Roux como de pasada.

—Bueno, cada uno va a lo suyo. A veces hay discusiones, como suele pasar. Pero hace usted muchas preguntas.

A Roux le pareció que ella desconfiaba, y dejó de preguntar. La acompañó hasta su destino, le entregó la cesta y se dirigió de vuelta hacia el edificio de apartamentos. Había dos niños jugando delante. Habían clavado en la nieve palos de madera pintados de colores y lanzaban una bola de tela de un lado a otro. Roux se acercó y, en cuanto pudo, se apropió de la pelota.

—¡Eh! ¡Devuélvanos la pelota ahora mismo! —protestó uno de ellos. Roux se la lanzó con una carcajada.

—¿Vivís aquí? —les preguntó. Los dos asintieron y continuaron jugando.

—Estoy buscando a un amigo —dijo Roux—. Se llama Edgar Nold y es pintor. ¿Lo conocéis?

—Ah, Edgar —dijo uno de los muchachos—. Se acaba de mudar, porque ahora tiene una fábrica de esmaltes y aquí no tenía bastante sitio.

—¡Y menos mal que se ha ido, porque el esmalte apestaba!

—¿Sabéis donde vive ahora?

—No. Pero el otro hombre que vivía con él también se ha mudado. El mismo día. Y la semana pasada ya entraron los nuevos.

—Ah, bueno. Entonces tendré que seguir buscándolo.

Les lanzó una moneda de diez pfennig, que el más pequeño cazó al vuelo con habilidad, y luego tomó el camino de vuelta a su pensión para comer algo y entrar en calor.

Dos horas después, estaba de nuevo en la calle. En el quiosco junto a Prinzenbau se compró un diario y se lo puso bajo el brazo. Así parecería de verdad alguien que busca alojamiento y lee las ofertas diarias. Y se dirigió a buen paso a la dirección que le habían dado. Encontró la casa que buscaba sin dificultad. Hämmerle operaba una imprenta, según indicaba un gran letrero.

—Así que busca usted un cuarto —afirmó el hombre, después de hacerlo pasar.

—Sí. Para empezar no me importaría compartir una vivienda o incluso una habitación —explicó Roux—. Necesito con urgencia un techo, porque pronto voy a empezar a trabajar en Stuttgart.

—¿Y a qué se dedica, si me permite la pregunta?

—Voy a trabajar en el taller de platería, en un puesto administrativo.

Aquello logró el efecto deseado. En los ojos del casero asomó un destello de lo que Roux llamaba *la fiebre del oro*.

—Ah, entonces tendrá usted buen sueldo. Voy a ver si hay alguna vivienda que se quede libre pronto. ¿Dónde puedo localizarlo?

—La semana que viene me pasaré a verlo de nuevo, si no le importa —dijo Roux.

—De acuerdo. Hasta entonces, seguro que habré encontrado algo para usted.

Roux sabía que Hämmerle echaría a la calle a algún inquilino menos pudiente. Era una injusticia, pero no se podía hacer nada. Aunque le habría gustado ver su cara la semana siguiente, cuando se diera cuenta de que su búsqueda de piso no había sido más que una farsa. Y para entonces él ya estaría de vuelta en Berlín, al menos si las cosas salían de acuerdo con sus planes. Antes de salir, Roux se volvió de nuevo hacia Hämmerle:

—¡Por cierto, se me olvidaba una cosa!

—¿Qué?

—He oído que en el edificio de la Silberburgstrasse apesta a esmalte. ¿Es cierto, o solo un rumor?

—Ah, eso era por culpa de ese Nold, pero ya se ha ido —explicó Hämmerle—. Había muchas quejas por su taller de esmaltado, por el olor y por el peligro de incendio. Si no se hubiera marchado él mismo, lo habría echado yo. Y a su amigo con él.

—¿Su amigo?

—Sí, un tal Reingeschmeckter. Tampoco ganaba mucho más que el otro. Pero a Nold lo toleraba porque su padre a veces me hace encargos en la imprenta.

—Ah, entiendo. Y el amigo, ¿a qué se dedica?

—En concreto, no lo sé, pero creo que trabaja para Rothmann.

—¿Rothmann?

—La fábrica de chocolate.

—Claro, por supuesto, la fábrica de chocolate. Y tiene usted razón, a los inquilinos hay que saber elegirlos bien —afirmó Roux con suficiencia—. ¡Que tenga usted un buen día, señor Hämmerle!

Roux se dirigió a la Schlossplatz de muy buen humor. Por el camino, preguntó la dirección de la fábrica de chocolate Rothmann, que parecía ser muy conocida en la ciudad. Al poco tiempo se encontraba frente al portón de la empresa. Sintió un cosquilleo emocionante. Esta sensación de encontrarse al borde del éxito era embriagadora; le encantaba.

En principio, debía limitarse a esperar hasta que Victor Rheinberger regresara a casa. Lo reconocería en cualquier caso, pues Friedrich Rheinberger le había mostrado fotografías y le había descrito a su hijo con mucho detalle. Roux consultó el reloj de bolsillo. Todavía quedaban un par de horas para el cierre. Consideró pasar ese tiempo en una cafetería, pero luego decidió, a pesar del frío, buscar un lugar discreto desde donde poder vigilar la puerta.

Cuando los primeros trabajadores comenzaron a abandonar la fábrica, ya estaba congelado. Pero saber que se encontraba tan cerca de su objetivo le daba fuerzas para aguantar. En primer lugar salieron muchas chicas jóvenes, después algunos hombres, que llevaban traje bajo los abrigos. Debían de ser los empleados de las oficinas. Un poco después, se abrió el portón de hierro forjado con el nombre de la empresa, y salió un trineo tirado por dos caballos. En la oscuridad, Roux no pudo reconocer a su ocupante, pero supuso que se trataba del propietario o del director.

Durante un buen rato no hubo más movimiento, y luego salieron varios trabajadores. Roux se atrevió a situarse en medio de la calle para que no se le escapara Victor Rheinberger, pero no pudo identificar a nadie que encajara con su descripción. En el siguiente cuarto de hora fueron pasando algunos empleados de uno en uno, pero su objetivo no se encontraba entre ellos. Al final, Roux se dirigió a uno de los muchachos, todavía jovencísimo, tal vez catorce o quince años.

—¡Eh, tú!

—¿Qué? —El chico se volvió hacia él.

—¿Trabaja aquí un tal Victor Rheinberger?

—Estuvo trabajando aquí hasta las Navidades. Pero ya no.

Eran los momentos más terribles de su profesión: sufrir un revés cuando ya veía la victoria ante sí. Hirviendo de rabia, Roux se dirigió a su hospedaje. Aterido de frío y también mojado, pues había empezado a nevar, recorrió las dos manzanas hasta la iglesia de la Santa Cruz y entró frustrado en el Alte Post.

En cuanto entró a su habitación se quitó el abrigo, la chaqueta y la camisa, y se colocó delante de la estufa de hierro para calentarse. Después disfrutaría de una buena cena y pensaría una vez más cómo recuperar la pista de Victor Rheinberger.

—¡Buenas noches, Roux!

Roux dio media vuelta sobresaltado.

Y se encontró con Friedrich Rheinberger, vestido con la elegancia acostumbrada y sentado en un sillón con las piernas cruzadas y la mano derecha apoyada de forma relajada sobre un paraguas masculino de seda. Su porte sosegado no engañó a Roux, que se dio cuenta de que Rheinberger rebosaba furia contenida.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Roux, controlándose a duras penas.

—¿Y usted me lo pregunta?

—Pues sí.

—Quería convencerme por mí mismo de que no estaba entregándole mi dinero a un estafador.

Roux se rio a carcajadas.

Rheinberger se levantó y le apoyó la punta del paraguas sobre el torso desnudo.

—¡O me dice usted en los próximos tres días dónde está mi hijo, o le exijo que me devuelva todo mi dinero! Por no hablar de la recompensa en caso de éxito.

Roux sonrió con astucia.

—Le voy pisando los talones.

—Eso mismo me viene diciendo desde hace semanas. ¿Quién sabe si la pista de Stuttgart será buena o no?

—Lo es. Ha estado trabajando en una fábrica de chocolate hasta hace poco.

—¿Hasta hace poco?

—Hasta justo antes de Navidad.

—De eso hace casi tres semanas. Ya podría haber salido de la ciudad.

—Eso no lo creo, pues en los días festivos no se encuentra un trabajo nuevo con facilidad. Tengo otra suposición.

—Ah, no me diga —se burló Rheinberger.

—Lo más probable es que se encuentre todavía con su amigo, ese pintor del que ya le hablé.

—Pues ¿a qué espera para ponerse a buscarlos? —preguntó Friedrich Rheinberger, que retiró la punta del paraguas del pecho de Roux—. Me quedaré por aquí. ¡Tres días!

Se dio media vuelta y salió de la habitación a grandes pasos.

Roux respiró hondo.

Lo que le faltaba. Un cliente que seguía sus pesquisas de cerca. Pero no se dejaría distraer por eso. Necesitaba toda su concentración para culminar el caso: lo cierto era que no solo tenía obligaciones con Rheinberger.

Se puso ropa limpia para bajar al comedor, pero, antes de salir de la habitación, se fijó en el diario que había comprado aquella tarde. Se lo llevó para leerlo abajo.

Mientras esperaba la cena, hojeó el periódico y se saltó algunos artículos. Y entonces descubrió un anuncio decorado con florituras, que ocupaba un cuarto de página:

«Fábrica de esmaltes Edgar Nold. Todo tipo de esmaltados. Tanto empresas como particulares. Máxima calidad. Estampados únicos. Reproducciones. Entrega rápida. Hauptstätter Strasse, Stuttgart».

Roux sonrió.

Ya sabía cómo continuar la búsqueda al día siguiente.

Sin embargo, Roux no se fijó en una persona que lo llevaba siguiendo varias horas como una sombra y que ahora, no lejos de él, se sentó en una esquina oscura de la taberna y pidió satisfecho una cerveza. Su misión también estaba a punto de culminar con éxito.

Taller de Alois Eberle, 12 de enero de 1904

DESGANADO, VICTOR ULTIMABA los detalles de su máquina dispensadora de chocolate. Esperaba ponerla en marcha en las próximas semanas, pero para ello necesitaba un permiso por escrito que todavía no había logrado, a pesar de haber insistido varias veces. De casualidad, se encontraba solo en el taller: Eberle tenía cosas que hacer fuera y Edgar había salido a entregar unos pedidos, pues su aprendiz estaba enfermo.

El silencio le resultaba opresivo. Lo que más le apetecía era volver a la cama con una jarra de sidra para pensar en Judith, pero se obligó a trabajar. Edgar tenía razón: compadeciéndose de sí mismo no le serviría de ayuda a ella.

Soltando una palabrota en voz baja, se arrodilló frente a la máquina, volvió a examinar todos los cantos y el lacado y, por último, metió una moneda en la ranura para comprobar si el mecanismo era fiable. Habían incorporado incluso música, que sonaba mientras se transportaba la chocolatina hacia la bandeja de salida. Pero, desde que Judith había desaparecido de su vida, todo aquello había dejado de causarle alegría. La máquina funcionaba a la perfección. Victor se levantó para prepararse un café en la cocina.

Habían pasado tres semanas desde que la había visto por última vez y cada día la echaba más de menos. Debajo de la almohada guardaba el regalo de Navidad que ella le había obsequiado el último día en la fábrica: un pequeño elefante de cuarzo rosado.

A menudo soñaba con ella, y al despertar notaba su ausencia con más intensidad. Si por la calle se cruzaba con alguna mujer cuya figura o movimientos le recordaban a ella, se le aceleraba el pulso. Si pasaba cerca de la fábrica de chocolate, el peso que sentía de manera constante en el corazón se volvía insoportable.

Su añoranza lo hacía subir con regularidad al barrio de Degerloch, donde paseaba entre las mansiones solo para lograr vislumbrar la ventana de su habitación. Una vez estuvo a punto de llamar a la puerta de servicio para solicitar verla, pero tuvo miedo de perjudicarla más que otra cosa.

Albrecht von Braun, al menos, había dejado de ser un peligro para ella. Después de una charla con Edgar, había desaparecido de la ciudad.

Habían estado pensando muy bien qué estrategia seguir. A Victor le habría gustado encararse con Albrecht en persona, pero Edgar logró convencerlo para ir él solo. «Tú estás indignado, Victor», le había explicado Edgar. «Y en este caso hay que mantener la cabeza fría». Victor estuvo de acuerdo.

Al verse confrontado con sus vicios y delitos, Albrecht se puso furioso. Según contaba Edgar, en primer lugar lo había negado todo de manera airada, pero después, al sentirse acorralado, se puso a llorar. Sin embargo, cuando Edgar le ofreció guardar silencio si él, a cambio, anulaba el compromiso con Judith, Albrecht se le abalanzó al cuello y solo lo soltó cuando los criados alarmaron al padre y este entró en la sala y los separó.

El banquero Von Braun, para empezar, prohibió a su hijo salir de casa. Albrecht, al principio, intentó echarle la culpa de la disputa a Edgar, pero al final se rindió como un mequetrefe. El hecho de que después se hubiera escapado para evadir sus responsabilidades encajaba con su débil carácter. Victor no sentía la menor compasión por él. Y al menos habían conseguido algo: su regreso en un futuro próximo quedaba descartado.

¿Sabría algo Rothmann de estos acontecimientos? ¿O la familia Von Braun se lo estaría ocultando con la esperanza de que Albrecht volviera a casa antes de la fecha de la boda y así se solucionara el problema?

Edgar se seguía viendo en secreto con Dorothea, no solo para enterarse de las novedades con respecto a su hermano, sino también para consolarla y apoyarla... y, de vez en cuando, robarle un beso.

Pero los problemas de Judith no se habían terminado con la desaparición de Albrecht. Su padre la había encerrado en casa y Victor se rompía la cabeza pensando en cómo ayudarla. Lo más preocupante era que, desde el día en que Wilhelm Rothmann los había sorprendido, no había vuelto a saber nada de ella. Él había esperado recibir en algún momento una carta suya o algún mensaje por medio de Theo o de Dora. Aquel silencio obstinado lo estaba volviendo loco. Temía que Rothmann la hubiera sometido a una vigilancia tan estricta que le resultara imposible cualquier contacto con el exterior.

Victor se sirvió una taza de café y regresó al taller. Se quedó pensativo frente a la máquina de chocolate. Ya estaban desarrollando un segundo prototipo, esta vez con el escenario de un juego de naipes que Judith había propuesto, pero, sin sus inimitables creaciones de chocolate, la máquina no tenía ningún valor. Por lo menos para él.

Justo cuando iba a volver al trabajo sonó la campanilla. Se dirigió a la puerta sin prisa con la taza de café en la mano y abrió.

—Buenos días, señor Rheinberger.

—¡Dora!

—¿Puedo entrar? —Dora miró nerviosa a su alrededor.

Él abrió la puerta un poco más para dejarla pasar. En el mismo momento se fijó en un hombre que se encontraba al otro lado de la calle. Bajo un bombín negro, escapaban algunos mechones pelirrojos. El rostro era palidísimo y se movía como alguien que quería vigilar sin ser visto. Dora se coló en el interior, pero, antes de cerrar la puerta, Victor volvió a mirar hacia fuera.

Cuando el hombre se dio cuenta de que Victor lo miraba, dio media vuelta y echó a caminar de forma pausada, como si estuviera de paseo y de vez en cuando se parase a observar algo. Victor decidió prestar atención en los próximos días. Tal vez Rothmann había enviado a alguien para causarle algún perjuicio. Nunca se sabía.

Pensativo, llevó a Dora hacia la cocina de Eberle. Allí estaba la mesa en la que solían comer.

—Siéntese, por favor —le ofreció, y dejó sobre la mesa la taza de café.

—Gracias, pero tengo que irme de inmediato. Theo me está esperando fuera.

Dora tragó saliva y Victor se dio cuenta de que estaba muy nerviosa. De repente sintió una gran preocupación por Judith. ¿Le habría pasado algo?

—Señor Rheinberger, Judith me ha prohibido que hable con usted, pero no me queda más remedio que hacerlo. Su padre la está buscando por toda la ciudad y...

—¿Se ha ido de casa? ¿O la han secuestrado? —De repente se le vino a la cabeza la imagen de Albrecht.

—Se ha ido de casa, pero no como usted piensa. —Rebuscó en la cesta de mimbre que llevaba en el brazo, llena de comestibles, y sacó una carta—. Tome. Esto lo aclarará todo.

—Gracias.

Victor echó un vistazo a la letra, que no era la de Judith, y miró a Dora con la pregunta en los ojos. Pero ella meneó la cabeza.

—Yo no la he escrito. Léala, por favor. Porque el señor Rothmann no deja de buscarla y me temo que no va a tardar mucho en encontrarla. Será mejor que usted lo sepa todo para que pueda decidir si quiere ayudarla y cómo.

—¿Que si la quiero ayudar? ¡De eso no hay ninguna duda!

—Lea usted la carta, por favor.

Dora toqueteaba nerviosa el asa de su cesta mientras Victor abría el sobre y leía la carta a toda velocidad.

—Judith... ¿está embarazada? —preguntó como un autómatas.

Dora asintió. Y le contó en pocas palabras cómo pudo ocurrir y por qué Judith había debido tomar la decisión fatal de abandonar a su familia y desaparecer. Victor se pasó la mano por los cabellos y comenzó a andar por la pequeña cocina. Judith iba a tener un hijo. Y encima era del donjuán de Max Ebinger. Era incapaz de pensar con claridad.

—No sé qué decir —admitió consternado. Dora estaba como paralizada en su sitio y seguía toqueteando la cesta—. Entiéndame, Dora, esto ha sido todo muy repentino —intentó explicar Victor, pero se interrumpió meneando la cabeza—. No sé a quién quiero estrangular primero, a ella o a él.

—El señor Ebinger se aprovechó de ella. No debió haberlo hecho, haberla... comprometido de esta forma.

Victor fue hasta la ventana, apoyó el antebrazo en el marco y dejó caer la frente contra él.

—Ella cometió un gran error —continuó Dora desesperada—, y no quería, de ninguna manera, que usted se enterase. No podría soportar su desprecio, así me lo dijo.

Victor soltó una carcajada seca.

—Mi desprecio. Y todo el tiempo que nosotros... me hizo creer que... Y estaba embarazada. Con el hijo de otro.

—Se enteró el día después de Navidad.

—Es su versión.

—No. Así fue. Señor Rheinberger, yo he estado siempre al lado de Judith. Cada cosa que le ha pasado, la he vivido yo también. Y ella no ha mirado a ningún otro hombre desde que usted... desde que con usted... ¡Ay! Judith lo ama. Ya lo sabe usted. Y lo ama tanto, que no quería cargarlo con ella y con el niño.

A Victor se le escapó un leve gemido. Luego se volvió hacia Dora.

—¿Quién es esta señora Henny que ha escrito esto? —preguntó sin tregua, y levantó la carta que tenía en la mano—. Aquí se identifica como agente de policía.

—Sí. Se ocupa de mujeres y jóvenes que no tienen adónde ir.

Poco a poco, la resistencia interna de Victor resultó vencida. Como una ola lenta pero imparable, lo inundaron todos los sentimientos que albergaba hacia Judith: respeto y admiración, asombro y deseo, cariño y preocupación, amor y, sí, también decepción. Y en contra de su mente, pero con todo el corazón, se decidió.

—¿Dónde puedo encontrarla? —preguntó Victor—. En esta carta solo hay un apartado de correos.

—Será mejor que acuda a ver a la señora Henny, en la comisaría central de la policía municipal. Si ella no estuviera, la puede esperar allí. Judith está viviendo en su casa, pero no puedo revelar la dirección, por mucho que confíe en usted. Son órdenes suyas.

—¿Y esta señora Henny sabe quién es el padre del niño?

—No. Ahora tengo que irme. Adiós, señor Rheinberger.

Con estas palabras, lo dejó allí parado y salió corriendo por el pasillo hacia la puerta.

VICTOR SE MASAJEÓ el cuello. Se sentía como si lo acabara de atropellar una locomotora. Pero al pensar en Judith se puso en acción. Fue a su cuarto, se afeitó, se puso una camisa limpia y su traje gris oscuro y se encaminó a la comisaría central de la policía municipal.

Por el camino iba pensando sin descanso en cómo debía dirigirse a una asistente de policía. No recordaba haber oído jamás que existiera semejante puesto. Ni siquiera en Berlín las había, por lo menos, que él supiera.

Cuando por fin se encontró frente al despacho de Henriette Arendt, se sentía como uno de los gemelos Rothmann después de haber hecho algo prohibido. Estaba nervioso.

Pero incluso antes de llamar a la puerta, oyó voces y pasos en el pasillo y, al darse la vuelta, vio a un agente de policía que llevaba tras él a una joven de aspecto desaseado. El agente empujó a Victor a un lado con la arrogancia de los uniformados y dio un golpe enérgico en la puerta. Sin esperar respuesta, entró.

En ese momento, la joven intentó soltarse y, durante el corto forcejeo, Victor reconoció a Babette, la criada de los Rothmann. ¿Acaso también ella

había caído en la mala vida? Antes de que Victor pudiera decir algo, el policía le dio un empujón brutal para hacerla entrar en el despacho. La puerta se cerró de golpe tras ellos.

Victor esperó con impaciencia a que terminara la conversación. Distinguía la voz acusadora del policía, la voz tranquila de la asistente y, de vez en cuando, las respuestas tímidas de Babette. Pasó un cuarto de hora hasta que volvieron a salir. La señora Henny había pasado un brazo por los hombros de Babette y la llevó a la habitación contigua. El policía se marchó a grandes zancadas. Su tarea estaba cumplida.

Victor comprendió de inmediato que la asistente de policía no tenía una labor sencilla. Se ocupaba de aquellas que habían sido rechazadas por la sociedad y abandonadas a su suerte. Una tarea que sin duda exigía un gran esfuerzo y, en cambio, le reportaría escaso reconocimiento público.

A los diez minutos, la señora Henny regresó sola y reparó en él por primera vez.

—¿Qué desea?

—Tengo que hablar con urgencia con usted, señora Arendt —dijo Victor.

Ella lo examinó un momento y luego lo invitó a pasar. Victor permaneció de pie, mientras ella tomaba asiento tras el escritorio y escribía un par de notas apresuradas. Por fin se volvió hacia él.

—Disculpe, pero aquí tenemos siempre mucho jaleo. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Busco a la señorita Judith Rothmann. He sido informado de que espera un hijo y se encuentra bajo su custodia.

La señora Henny volvió a examinarlo de manera muy atenta.

—¿Quién es usted y cuál es su relación con dicha persona? —le preguntó con toda formalidad.

—Yo... soy el padre del niño.

Los ojos de la mujer mostraron su sorpresa y luego su rostro cambió con una sonrisa.

—Es la primera buena noticia del día. ¿Cómo se llama usted?

—Victor Rheinberger.

—¿Y dónde vive?

Victor le reveló sin reparos su dirección. Ella sacó una pequeña carpeta y comenzó a documentarlo todo.

—Esta muchachita que acababa de ser detenida —dijo Victor, refiriéndose a Babette.

—¿Sí? ¿La conoce también?

—Le parecerá raro, pero sí, la he visto antes. Se llama Babette y es, o era, criada en casa de los Rothmann, en Degerloch. Es una gran casualidad.

—Pues sí. Muchas gracias por su información. La han traído aquí por prostitución y vagabundeo. Otra alma perdida. —La señora Henny emitió un ligero suspiro—. Pero ahora vamos a lo suyo, señor Rheinberger. Por favor, comprenda que debo hacerle algunas preguntas íntimas, para verificar su paternidad, antes de llevarlo con la madre del niño.

Victor asintió y se esforzó por hacer creíble su historia, basada en el relato de Dora. Pareció lo bastante convincente, pues la señora Henny se mostraba cada vez más comunicativa.

—La señorita Judith está en mi casa. Hasta ahora no me ha sido posible encontrar un alojamiento adecuado para ella. Las casas habituales la situarían en un ambiente en absoluto recomendable —explicó—. Pero antes de que la lleve con ella, debo advertirlo de que la señorita Judith se ha negado a facilitar cualquier información sobre el padre de la criatura, alegando que él no sabe nada del embarazo ni tiene ningún interés en ella.

La asistente de policía lo miró con severidad. Victor pasaba su peso de un pie a otro.

—Lo último no es verdad. Lo que sí es cierto es que no me ha dicho nada sobre su estado.

—Ah. ¿Y puede usted imaginarse por qué no?

—¿Por qué no confía lo suficiente en mí? ¿Sabe usted? —continuó sin pensar—. Todo esto no es nada fácil para mí. Judith desaparece de repente de mi vida, y tengo que enterarme de mala manera de que está esperando un hijo. ¡Yo nunca la habría dejado desasistida! Por favor, créame. Yo... yo la quiero. Más de lo que ella se imagina.

La asistente pareció considerar sus opciones.

—Propongo que se lo pregunte usted mismo —dijo por fin con amabilidad—. Las mujeres que se encuentran en situaciones tan dramáticas no siempre actúan según la lógica. Y ahora —terminó su interrogatorio—, haga el favor de explicarme cómo se ha enterado del embarazo.

Victor sacó la carta del bolsillo de la chaqueta.

—Su doncella me entregó esta mañana este escrito —dijo, mostrándoselo. La señora Henny lo tomó, sorprendida.

—Esta carta era en realidad para la familia.

—Hay buenas razones por las que me la han entregado a mí y no a la familia.

—Hace un momento nombró usted a Rothmann. ¿El fabricante de chocolate?

—Sí. ¿Acaso Judith... la señorita Rothmann, no le había revelado su identidad?

—No. No quiso decirme su apellido.

—Tenía miedo de que informaran a su padre —aclaró Victor—. Su madre lleva varios meses en un sanatorio del lago de Garda y su padre quiere imponer a Judith un matrimonio que ella rechaza.

—Y supongo que usted no es el novio elegido.

—No.

La señora Henny suspiró.

—Está bien. Aprecio mucho que quiera usted reconocer su paternidad. No suele ser lo habitual.

—¡Por supuesto que quiero reconocerla!

—Estaba pensando en cómo convencer a la señorita Rothmann para que hable con usted. Hasta ahora ha rechazado todo contacto, excepto con su doncella. Pero si existe la posibilidad de dejar a una de mis protegidas en buenas manos, al menos me gustaría intentarlo. Y por eso haré una excepción en este caso y lo llevaré con ella.

—¿Ahora mismo? —preguntó Victor. De repente, tuvo la sensación de que su corazón estaba practicando para una cabalgada a galope desde Stuttgart a París.

—Sí. ¿Para qué esperar? Pero debo avisarlo de que la decisión está en manos de la señorita Rothmann, de nadie más.

—Por supuesto.

JUDITH SE ENCONTRABA cosiendo en un pequeño sofá. Ya había empezado a confeccionar la ropa de bebé, aunque la situación le parecía del todo irreal. Se sentía inmersa en un banco de niebla.

Al menos, el niño estaba bien. La señora Henny la había llevado unos días antes a una escuela de matronas, donde la habían examinado. Y a pesar de la incertidumbre, cada día aumentaba su cariño por aquel ser que llevaba dentro. Por las noches, en la cama, ponía la mano sobre la ligera curva de su vientre y pronunciaba palabras de ánimo para sí misma y para su hijo. A veces incluso sentía una incomprensible felicidad.

Planear su futuro, sin embargo, era más algo más complicado. La señora Henny le había preguntado sobre sus conocimientos y capacidades, y Judith le

contó que había asistido a la escuela de comercio para señoritas, lo que le pareció muy bien, pues eso le daría la posibilidad de trabajar en una oficina después del parto. Judith podía imaginarse trabajando, pero ¿quién cuidaría del niño si ella tenía que pasar todo el día fuera de casa? Además, era evidente que antes o después tendría que abandonar Stuttgart. Si quería organizar su vida, solo sería posible en un lugar donde nadie la conociera ni a ella ni a su familia.

Judith contempló la tela de batista, blanca y delicada, que tenía en las manos para hacer una camisita. Nunca le había gustado mucho coser ni tampoco tejer. Le faltaba la paciencia necesaria. Pero requería algo en lo que distraerse, porque, por mucho que se alegrara de poder quedarse en aquel piso, los días transcurrían con enorme lentitud.

La asistente de policía trabajaba día y noche. Además de Judith, había otras tres chicas acogidas en su casa, todas embarazadas, con el vientre ya tan abultado que Judith temía que el parto pudiera llegar en cualquier momento. Habían vivido experiencias terribles, por lo que Judith, pese a todas sus preocupaciones, se sentía privilegiada. Al mismo tiempo, la vida de sus compañeras la hacía temer que algún día ella también pudiera verse como ellas, teniendo que ganarse el pan de cualquier forma para mantener a su hijo. Pero aún no estaba en esa situación. Y mientras hubiera personas como la señora Henny, confiaba en encontrar las fuerzas para poder afrontar su futuro.

Dos compañeras de piso habían salido a hacer la compra y la tercera estaba sentada frente a ella. Se había quedado dormida y roncaba un poco. Aparte de eso, todo estaba en silencio y, al oír la llave en la cerradura, se extrañó. Ninguna tenía llave. Cuando volvían de comprar, siempre llamaban al timbre. Así pues, solo podía ser la señora Henny. ¿Cómo es que venía a casa a mediodía?

Bajó la cabeza y dio unas cuantas puntadas para parecer hacendosa, pero volvió a levantar la vista cuando vio que la asistente de policía se dirigía hacia ella sin haberse quitado el abrigo siquiera.

—Señorita Judith, ha venido alguien que desea hablar con usted.

Judith se asustó.

—¿Dora? —preguntó dudando.

—No. Pero se trata de alguien con buenas intenciones. ¿Me permite que lo haga pasar?

—Oh, no. Prefiero que no... —Judith pensó sin dudarle en Albrecht von Braun o en su padre, pero la señora Henny parecía muy tranquila, por lo que ella también se calmó.

—Puede confiar en mí, Judith —le aseguró, como si le hubiera leído el pensamiento—. Nunca traería a alguien a esta casa si pensara que podría causarle cualquier tipo de perjuicio a una de mis chicas. ¿Qué me dice?

Judith dejó a un lado la costura.

—Si a usted le parece bien...

En este momento apareció un hombre junto a la asistente de policía.

A Judith se le escapó un gemido.

—Victor —susurró incrédula—. ¿Qué haces tú aquí?

En lugar de contestar, Victor se sentó a su lado en el sofá y la abrazó con ternura. Judith notó que estaba temblando y ella también se estremeció antes de apoyar la cabeza en su pecho y romper a llorar.

—Shhh, cariño, no pasa nada —la calmó Victor, acariciándole la espalda. Pero Judith reconoció en su voz tensa que él se sentía tan conmovido como ella.

La señora Henny sonreía. Una de sus protegidas acababa de volver a la vida y ahora se convertiría en una mujer casada y madre, reconocida por la sociedad. Era uno de los momentos estelares de su trabajo.

A VICTOR LE costó mucho esfuerzo convencer a Judith para que se fuera con él. Ella no era capaz de creer que quisiera estar con ella a pesar de conocer su embarazo. Cuando ella se rindió y se dispuso a hacer la maleta, él respiró aliviado. La despedida de la señora Henny fue muy emotiva y estuvo acompañada de más lágrimas. Judith le prometió seguir en contacto y la abrazó con fuerza, llena de gratitud.

Al amparo de la oscuridad se dirigieron juntos hacia el taller de Eberle. El aire frío de la noche les sentó bien y Victor notó que Judith respiraba hondo. Ella lo miraba una y otra vez, maravillada, como si no pudiera creer lo que acababa de ocurrir.

Por el camino, Victor le explicó que quería reconocer al niño como hijo suyo. Y que sería preferible no decir nada sobre su padre biológico.

A Judith le costaba asumir esta idea, y le replicó que no quería forzarlo a aceptar la paternidad. Victor intentó disipar sus dudas y dejarle claro que sería la mejor solución para todos. A fin de cuentas, lo que contaba era cómo iban a vivir la situación, y no pequeños detalles de la biología. Se detuvo para besarla mucho tiempo, y entonces notó cómo se confiaba a él, tanto a ella misma como al niño. En ese instante lo embargó un gran amor por su pequeña

familia. Lo que importaba eran ellos tres y nada más. Era lo único que contaba.

Alois Eberle y Edgar se quedaron de piedra cuando Judith, un poco cohibida, se sentó al lado de Victor para cenar.

—Señorita Rothmann, ¿a qué debemos el honor? —preguntó Edgar—. ¡Tengo que contarle a Dorothea que la hemos encontrado! Estaba muy preocupada.

—Por favor, Edgar, no se lo digas a nadie. Judith está esperando un hijo y, si su padre se entera de dónde está, tendría consecuencias nefastas para ella.

—¿Un hijo? —preguntó Edgar perplejo—. Victor, no me digas que...

Victor asintió y Edgar le dio una fuerte palmada en el hombro.

—Anda, sí que tenías prisa. ¡Así se hace!

—Sí, así se hace —repitió Victor.

Alois Eberle sonreía sin decir nada, como era típico de él. Judith guardó silencio y buscó bajo la mesa la mano de Victor.

—Oye, Rheinberger, ¿sabes que han visto a Albrecht? En Ludwigsburg, no muy lejos —dijo Edgar, mientras cortaba una loncha del pedazo de carne ahumada que estaba en el centro de la mesa—. Su padre ha contratado a un detective privado para que lo encuentre y lo traiga de vuelta a casa. Y luego, supongo yo, a Albrecht lo espera una temporadita complicada.

Victor notó que Judith le apretaba la mano con fuerza. Le acarició los dedos con el pulgar para tranquilizarla.

—¿Te ha dicho Dorothea si Rothmann y Von Braun han acordado algo?

—Me ha dicho que su padre aún confía en librarse de Albrecht casándolo con Judith.

Judith se puso pálida.

—Llega tarde. Judith será mi esposa. —La miró y las mejillas de Judith se tiñeron levemente de rosa.

—Pues entonces date prisa con la boda, Victor —le aconsejó Edgar—. ¡No sea que Albrecht te robe la novia delante de tus narices!

—Antes de que eso ocurra, le retuerzo el pescuezo —dijo Victor, y hablaba en serio.

Aquella misma noche, se acostaron en la cama de Victor. Él se había dejado el pantalón y la camisa puestos y Judith llevaba un ligero camisón de lino, abotonado hasta el cuello. Victor se rio en voz baja.

—¡La verdad es que no me había imaginado así nuestra primera noche!

—Pues yo sí, justo así. —Judith iba recuperando su sentido del humor, lo que alegró mucho a Victor.

—No hace falta que te abroches todos los botones —dijo él.

—Yo pensé que te gustaba así —replicó Judith fingiendo estar decepcionada—. ¡Pero si tiene hasta encaje en el escote!

—Sí, ya lo veo. Pero digamos que no era la imagen que me venía a la cabeza al pensar en ti.

—¿Y qué imagen era esa?

Victor le acarició de forma tierna el cuello y jugó con el escote del camisón.

—Había un poco más de piel —susurró, y comenzó a besarla con ardor.

Durante un rato se exploraron el uno al otro, abrazándose y acariciándose, disfrutando con las manos y los labios. Hasta que Victor volvió a colocar sobre su pecho la tela del camisón y la abrazó fuerte.

—Y ahora, a dormir. Si no, no respondo de mí.

Judith se echó a reír y se acomodó entre sus brazos.

—Me acabo de dar cuenta de una cosa —dijo.

—¿De qué?

—No me has hecho la pregunta aún, Victor Rheinberger.

—¿Qué pregunta?

—Pues si quiero ser tu esposa —aclaró Judith con una sonrisa burlona.

Con un movimiento firme y delicado, Victor la puso boca arriba y le pasó una pierna sobre el muslo.

—A ver, señorita Rothmann, ¿ahora quiere que le pregunte?

—Es el sueño de todas las chicas.

Victor la besó en la boca, la barbilla y la garganta. Luego Judith notó su respiración en la oreja:

—¿Quieres casarte conmigo, Judith?

Ella le echó los brazos al cuello.

—Muchas gracias, Victor. Por todo. Tu amor es un regalo increíble.

Victor la besó de nuevo.

—No has respondido mi pregunta.

Judith sonrió.

—Es cierto —murmuró—. Y la respuesta es sí. Te digo sí a ti y a nosotros.

Permanecieron un rato entrelazados hasta que Judith terminó preguntando:

—¿Victor?

—¿Sí?

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué va a pasar con la fábrica de chocolate? Si no me caso con Albrecht, mi padre entrará en bancarrota.

—Ya había pensado en eso. Mañana lo hablamos, ¿de acuerdo?

Victor permaneció un buen rato despierto, después de que Judith se durmiera entre sus brazos. En su cabeza fue tomando forma un plan que ya se le había ocurrido mientras esperaba a la señora Henny en la comisaría.

Judith estaba esperando un hijo de Max Ebinger, quien había esquivado toda responsabilidad. Si el hecho se hiciera público, el escándalo causaría un gran daño a la reputación de la familia, por no hablar de los cotilleos y rumores que circularían, con toda seguridad, con añadidos poco amables a la historia.

Por tanto, a los señores Ebinger les vendría muy bien que la nada gloriosa paternidad de su hijo no saliera a la luz. Y ahí presentía Victor su oportunidad.

Para salvar la fábrica, ofrecer un futuro a Judith y al niño y, al mismo tiempo, protegerse de Albrecht von Braun y de Rothmann, tenía que estar dispuesto a utilizar todos los medios a su alcance y jugar bien sus cartas. Y pensaba hacerlo.

Pero antes tendría que contarle toda la verdad a Edgar y revelarle quién era el padre del hijo de Judith. Aunque corriera el riesgo de tener que aguantar una lluvia de burlas sobre sí mismo.

—¿DE VERDAD QUIERES chantajear a Ebinger? —preguntó Judith horrorizada cuando Victor le contó sus planes, al día siguiente por la tarde.

—Sí, eso es lo que haré. Y no pienso perder tiempo. Judith, no tenemos elección. Cuando me case contigo, de algo tenemos que vivir. Créeme, lo he pensado bien. Se resistirá, pero al final a estos tipos siempre se los puede atacar por el mismo punto débil: su sentimiento del honor y su infinita vanidad.

Judith siguió escéptica.

—¿Y si te denuncia? Hazme caso, el viejo Ebinger es uno de los empresarios más ricos de Stuttgart, y no es por casualidad.

—¡Y menos mal! —dijo Victor riéndose—. Si no, ¡no podríamos sacarle nada!

—Nunca habría pensado que fueras un hombre sin escrúpulos —suspiró Judith.

—Cuando se trata de mi familia —dijo Victor muy serio—, no me detengo ante nada.

Judith sonrió cohibida.

—Seguro que no voy a conseguir que cambies de idea.

—De ninguna manera —confirmó Victor, acariciándole la mejilla—. No te preocupes, Judith. Tengo la ventaja de que iré muy bien preparado para esta conversación. Si lo comparamos con una pelea, el atacante tiene de su parte el factor sorpresa. Aquí pasa igual. Antes de que Ebinger pueda pensar con claridad, tendrá la navaja en el cuello, dicho sea de manera metafórica, por supuesto.

Judith asintió. Sentía miedo por él, pero, al mismo tiempo, ya iba siendo hora de confiar en sus habilidades. Le dio un beso.

—¡Prométeme que tendrás cuidado!

A ÚLTIMA HORA de la tarde, Victor se puso en camino. Supuso que a esta hora lo más probable sería encontrar a Ebinger en su casa, y acertó. Una criada lo hizo pasar.

En el lujoso vestíbulo de la casa, le llamó la atención una imponente pintura al óleo que, al parecer, retrataba al viejo Ebinger en persona. Victor recordó las historias de Judith sobre la fiesta en esa misma casa y tuvo que sonreír. Le dio tiempo a estudiar la imagen al detalle, pues lo hicieron esperar un cuarto de hora largo antes de recibirlo. Un retraso típico que Victor había vivido muchas veces cuando visitaba a hombres que se consideraban muy importantes. Dedicó aquellos minutos a repasar de nuevo su plan de acción.

Por fin vinieron a buscarlo, lo condujeron por un corredor y, a través de una gran puerta de doble hoja, lo llevaron hasta el despacho de Ebinger.

La situación le recordó un poco a aquella otra ocasión, varios meses atrás, cuando conoció a Wilhelm Rothmann. Un despacho sombrío con muebles pesados y un reloj de pie que se oía demasiado fuerte. Un magnate muy ocupado, que no tenía ni un segundo que perder de su valioso tiempo y que seguía firmando documentos importantes aunque su visita ya llevaba allí un rato. Un primer vistazo con ojos entrecerrados, seguido de un escueto saludo, sin ofrecerle tomar asiento. Rituales ridículos típicos de una persona estrecha de miras con ansias de reconocimiento.

A Victor no lo amilanó todo aquello, al contrario. Sabía muy bien dónde tenía que atacar para penetrar aquella fachada, y sintió un ánimo belicoso que no le vendría mal para la ocasión.

—Bien —comenzó Ebinger ciñéndose a las formalidades—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor... señor...? ¿Rheinberger? —Fingió tener dificultades en recordar su nombre.

—Victor Rheinberger, en efecto.

—Le ruego que se explique de la manera más breve posible, señor Rheinberger. No es habitual presentarse sin una cita previa, y mucho menos en mi domicilio particular. Como puede ver —dijo abarcando su inmenso escritorio con un movimiento de la mano—, todavía tengo muchísimo trabajo pendiente.

—Seré breve, señor Ebinger. Se trata de su hijo Max.

Una sombra oscureció el rostro de Ebinger.

—¿De Max? ¿De qué se trata?

—Ahora mismo se lo explico —dijo Victor, y se dio cuenta de que Ebinger se enderezaba en la silla—. Su hijo Max Ebinger —continuó, imitando el tono propio de los juicios—, en la noche del sábado 29 de

septiembre de 1903 al domingo 30 de septiembre, sedujo a Judith Rothmann, hija de Wilhelm Rothmann, con un comportamiento indecoroso.

—¡Eso es una acusación infame! —negó Ebinger de inmediato—. ¡Márchese usted de aquí ahora mismo!

—No. Tendrá que escucharme, señor Ebinger, pues, de lo contrario, podría haber consecuencias incómodas para usted, su familia y su empresa.

—¿Qué quiere? ¿Hacerme chantaje?

—Digamos mejor —replicó Victor en tono relajado— que me gustaría hacer negocios con usted.

—¿Y qué tipo de negocio puede ofrecerme usted? —se burló Ebinger.

—Usted se ve como el fundador de una nueva dinastía —comenzó Victor, colocando su cebo—. Y para eso, a ser posible, hay que tener la conciencia limpia. Pero usted no puede, Ebinger, porque su hijo no solo sedujo a Judith Rothmann aquella noche, sino que además la dejó embarazada.

—¡Salga usted ahora mismo de mi casa o llamo a la policía! Está insultándome a mí y a mi familia. Esto tendrá consecuencias para usted.

Victor no respondió al instante, sino que hizo una pausa calculada.

—Hay testigos.

Ebinger se puso a tamborilear en su escritorio.

—Ya. Testigos. ¿Y quién se prestaría a semejante farsa?

—El cochero de la familia Rothmann.

—La palabra de un sirviente contra la de un empresario. No me haga reír.

—La doncella de la señorita Rothmann.

—No sea ridículo.

—La propia Judith Rothmann.

—Una mujer —dijo Ebinger con desprecio—. Se ha echado en brazos del hombre equivocado y ahora me lo quiere endilgar a mí.

—La reputación de Judith Rothmann es intachable. En su caso no se trata de una de las incontables criadas a las que su hijo se ha beneficiado.

—Eso es otra difamación por la que tendrá que responder ante la ley.

—Entonces pediré que se presenten dos testigos que confirmen bajo juramento que Judith Rothmann fue seducida por Max y que espera un hijo suyo. —Victor lo miró sin apartar la vista—. Su nieto.

Un temblor en la comisura de los labios le hizo ver a Victor que con este comentario había logrado causar una primera brecha en la defensa de Ebinger.

—¿Y qué testigos son esos? —preguntó el empresario.

—En primer lugar, la doncella de la señorita Rothmann.

—Como ya he dicho, una empleada doméstica. Con eso no llegará a ningún lado.

—Y en segundo lugar, Edgar Nold. El hijo del empresario jabonero del mismo nombre y amigo de la infancia de su hijo.

—¿Edgar Nold? —preguntó Ebinger sin dar crédito—. ¿Qué interés podría tener Edgar en endilgarle a Max una cosa así?

—El interés de que sabe la verdad y quiere impedir que Judith Rothmann sea la única en pagar las consecuencias de aquel encuentro.

—¡Ja! —soltó Ebinger de repente—. El 29 de septiembre fue la noche del gran baile en nuestra casa. Aquella noche —anunció triunfante—, se celebró el compromiso de Judith Rothmann con Albrecht von Braun. Así que, si quiere presentar alguna demanda, ¡diríjase al banquero Von Braun y déjenos a mí y a mi familia en paz!

—Como tal vez recuerde, Judith Rothmann desapareció con rapidez después del anuncio del compromiso y ya no regresó al baile. Estuvo deambulando por la casa y se encontró con su hijo Max. Ya hemos mencionado la consecuencia de aquel encuentro íntimo. Y después, en un estado poco presentable, tuvo que ser llevada a casa en secreto por el cochero de la familia.

—¿Y a santo de qué —preguntó Ebinger furibundo— se erige usted como protector de Judith Rothmann?

Victor estaba esperando la pregunta.

—Digamos que me encuentro en la afortunada situación de poder sacar un capital con el asunto. Y no tengo nada que perder. —Decidió no mencionar su relación con Judith. Mostrar sentimientos te convierte en vulnerable. En ese momento saltaba a la vista que los pensamientos de Ebinger le daban vueltas en la cabeza—. Su hijo, a quien usted nombró sucesor aquella misma noche, se esfumó tan solo unos días después del incidente, Ebinger —continuó Victor desafiante—. ¿No será que de esta forma quería evitar las posibles consecuencias de sus actos?

Durante unos momentos se hizo el silencio entre los dos y Victor se dio cuenta de que había vuelto a golpearlo en un punto débil.

—Yo creo que es hora de llamar a los testigos —opinó Victor ante el silencio de Ebinger, y salió del despacho sin esperar respuesta.

Poco después regresó con Dora y Edgar, que habían estado esperando fuera. Se notaba que Ebinger estaba muy incómodo con la situación.

—Edgar Nold —le dijo a Edgar—, cuando le cuente a tu padre que has participado en una cosa así, te va a desheredar.

—No creo, señor Ebinger. Pero incluso en el caso de que lo hiciera, no dependo de esa herencia.

—Ah, ya —replicó Ebinger con ironía—, que ahora tienes un tallercito. ¿Y tanto dinero te reporta? —Se levantó, salió de detrás de la mesa y se acercó a Edgar de manera amenazadora—. Si no sales de aquí en este mismo instante, no volverás a recibir ni un solo pedido mío, ¿me oyes? Y además me encargaré de que la mayoría de tus clientes no se dignen ni siquiera a mirarte.

—Max es el padre del hijo de Judith Rothmann. Lo siento, señor Ebinger, pero hay cosas que no se pueden silenciar. La señorita Rothmann deberá vivir con las consecuencias toda su vida. Tiene derecho a una compensación adecuada por ello.

Ebinger resopló.

—¿Por qué afirmas semejante cosa?

—Porque es la verdad. ¿Qué motivos podría tener la señorita Rothmann para inventarse algo así? No gana nada con ello, al contrario.

—¿Pues porque necesita dinero? ¿Está desesperada? Ah, yo qué sé... —Ebinger miró a Dora, pero renunció a interrogarla. En sus ojos se leía el desprecio.

—¿Y por qué se marchó su hijo después de aquella noche, señor Ebinger? —preguntó ahora Edgar.

—Pues... —comenzó Ebinger, cuando de repente se oyó un ligero carraspeo.

—¡Yo creo a Judith Rothmann!

Una voz femenina resonó alta y clara en el despacho y todos se volvieron sorprendidos. En la puerta se encontraba la señora Ebinger. Victor se preguntó desde cuándo había estado escuchando.

—Querida, se trata de un asunto muy delicado —indicó Ebinger—. ¿Podrías retirarte, por favor?

—No. —La señora Ebinger se acercó—. Conozco a la señorita Rothmann desde hace mucho tiempo, de la escuela de comercio. Y sé que nunca afirmaré una cosa como esta si no fuera cierta. Y además —continuó, acercándose a su esposo para colocarle una mano sobre el hombro—, conozco a nuestro hijo. En la noche del baile ocurrió algo, no sé con exactitud qué. Se llevaron a Judith Rothmann a toda prisa. Y más tarde, Max me hizo una insinuación, poco antes de irse de Stuttgart, que en aquel momento no comprendí, pero que ahora tiene sentido. —Tomó aire—. Me dijo que solo volvería cuando pudiera volver a mirar a la cara a todos.

Victor percibió cómo esta declaración desmontaba el ataque de Ebinger, que respiró hondo.

—No tengo ni idea de en qué estaba pensando Dios cuando creó a las mujeres, pero alguna razón habrá tenido.

—De eso estoy segura. Como también estoy segura de que encontrarás una buena solución a esto —sonrió la señora Ebinger, y le dio un beso tierno en la mejilla—. Si se mira bien, se trata de nuestro nieto.

Después se volvió hacia Victor. Lo miró con aire pensativo unos instantes y él tuvo la sensación de que ella sabía cuál era su motivación.

—Les deseo a todos buenas noches —dijo por fin, dispuesta a marcharse.

—Sí. Dora y yo también nos vamos. —Edgar lanzó una mirada a Victor, que asintió.

La criada y él salieron con la señora Ebinger del despacho y Victor se quedó a solas con el patriarca, que meneaba la cabeza como si no pudiera creer lo que acababa de ocurrir. Victor guardó silencio y esperó hasta que el otro hubiera ordenado un poco sus ideas. Entonces el empresario soltó una carcajada.

—Menudo tunante. Parece que es verdad la cosa. Max es el padre del hijo de Judith Rothmann —admitió Ebinger resignado, pasándose la mano por su frondosa melena gris—. Pero ¿por qué no se casa con ella y reconoce al niño? —preguntó intentando llevar la discusión por otros derroteros—. Por mucho que Rothmann no se encuentre entre mis amistades, con toda seguridad, mi esposa se alegraría mucho.

—¿Que por qué no? —repitió Victor—. Por ejemplo, por el hecho de que su hijo lleva meses desaparecido. ¿O acaso sabe usted dónde se encuentra? Además, Judith no es aristócrata, y para su dinastía desea usted una nuera de la nobleza, ¿no es cierto? Por otro lado, ¿qué diría su banquero si su hijo le robara la novia a Albrecht, después de haberla dejado embarazada?

Ebinger volvió a sentarse en su escritorio y se quedó un rato con la mirada perdida. Victor lo mantuvo un tiempo en ascuas.

—¿Cuál es su propuesta, entonces? —preguntó Ebinger por fin.

—Cincuenta mil marcos en forma de una renta vitalicia para el niño. Para usted no sería una suma relevante, eso lo sabemos los dos.

—¡Ja! ¡Cincuenta mil marcos! ¡Por ese dinero, colocaría al niño en algún sitio para toda la vida!

—Su mujer nunca se lo permitiría.

—No —reconoció Ebinger.

—Pero eso no es todo.

—¿Cómo?

—Le prestará a la empresa Rothmann una inyección de capital de cien mil marcos. Que serán pagaderos en exclusiva a Judith Rothmann.

—¿Quién es usted, señor Rheinberger? ¿Un vividor?

—No, por eso le hago una oferta. Por estos cien mil marcos recibirá usted una participación del dos por ciento de la fábrica. Estoy bien informado sobre la situación económica de la empresa y puedo asegurarle que la demanda de su chocolate es enorme y que tiene ganancias sólidas. Pero, hoy en día, existe un agujero de capital. Sin embargo, si logra superarlo, Chocolates Rothmann es una mina de oro —continuó Victor—. Con su aportación podrían realizarse inversiones importantes y usted también se beneficiaría de ellas, señor Ebinger. Esta participación le reportará mucho dinero en el futuro.

—Soy fabricante de maquinaria, no de chocolate. No puedo calibrar una inversión de este tipo.

—Eso no me lo creo, señor Ebinger. Pero, en cualquier caso, usted sabe muy bien lo importante que es contar con la maquinaria adecuada. Y cómo pueden aumentar los beneficios cuando una empresa se moderniza con la técnica más reciente. Rothmann es un negocio muy lucrativo, pero en este momento no dispone de liquidez.

Ebinger lo examinó.

—¿Qué seguridad me ofrece?

—Mi palabra. Al cabo de dos años, Rothmann le recomprará su parte, y a un precio de doscientos mil marcos. Seguro que no le llegan ofertas como esta todos los días.

—¿Su palabra? —Ebinger se echó a reír y meneó la cabeza—. Antes tengo que echarles un vistazo a los libros de cuentas.

—Eso no es posible.

—A ver, señor Rheinberger, ¿no se creará usted que me voy a meter en semejante negocio sin tomar ninguna precaución financiera?

—Tengo algunas notas aquí —dijo Victor, atacando de frente el posible contraargumento de Ebinger—, aunque podrían ser falsificadas, por supuesto. —Depositó un sobre encima de la mesa—. De todas formas, aquí se las dejo. En el fondo, estamos negociando en confianza.

Tras unos minutos, Ebinger hizo otra pregunta.

—Supongamos que acepto su oferta. ¿Qué saco yo con esto?

—¿Además de la posibilidad de ganar mucho dinero? —replicó Victor—. Yo me caso con Judith Rothmann y acepto al niño como si fuera mío. Nadie sabrá jamás que su hijo es el padre biológico.

—¡Ajá! ¡Saltó la liebre! ¿Quién sabe? ¡Tal vez el niño sea incluso suyo!
—exclamó Ebinger.

—Puedo jurarle, por el honor de Judith Rothmann, que no es el caso. Piense que con nuestro trato todos salen ganando. Se evitará un escándalo y el niño tendrá un apellido. Y además hará usted un negocio interesante.

Victor se dio cuenta de que Ebinger sopesaba sus palabras.

—Es usted un buen negociante, señor Rheinberger. Y supongo que no me va a conceder mucho tiempo para pensarlo, ¿verdad?

—Ha acertado usted.

Pasaron varios minutos.

—Vamos a redactar un contrato —manifestó Ebinger por fin—. Cuarenta mil marcos para el niño, como renta mensual hasta que cumpla los veintiún años. Otros ochenta mil para Rothmann, como opción al dos por ciento de la empresa.

Ahora fue Victor el que rio.

—Cien mil.

—Noventa mil.

—Cien mil marcos a cambio del dos y medio por ciento de participación. Pero, en caso de fallecimiento, esta participación regresaría a los herederos de Rothmann si hasta entonces no ha ejercido usted su derecho de compra.

Ebinger lo miró con fijeza y dejó pasar unos minutos más.

—Es usted un negociador muy habilidoso, Rheinberger. Su oferta, teniendo en cuenta las circunstancias, no está exenta de atractivo. Tenemos un trato, por usar sus palabras —se avino al fin. A Victor se le quitó un peso de encima, aunque no lo dejó traslucir.

—Bien —convino sin más.

—¿Y sabe Rothmann que está usted malvendiendo sus participaciones?
—preguntó Ebinger.

—No tendrá más remedio que aceptarlo.

—Igual que yo —afirmó Ebinger—. Pero tengo una condición. Mi mujer podrá visitar a nuestro nieto de vez en cuando.

Victor se rio.

—¡Claro que sí!

VICTOR REGRESÓ A casa muy tarde aquella noche. En el bolsillo llevaba un contrato preliminar que regulaba el acuerdo y lo obligaba a no revelar bajo ningún pretexto el secreto de la filiación del niño. Además, se

responsabilizaba personalmente de que todas las personas que lo sabían guardaran silencio al respecto.

Para concretar por escrito los numerosos detalles del acuerdo, Ebinger necesitaba varios días. Había que redactarlo con exactitud y firmarlo ante notario. Pero a Victor eso ya no lo preocupaba. Ebinger le había hecho un primer pago de tres mil marcos en metálico. Y había establecido un plan muy detallado para el resto de los pagos. Y, además, habían tenido una conversación muy interesante.

Al final, Ebinger le había dado unas palmaditas en el hombro y había dicho de buena gana que le habría gustado tener un hijo como él. A Victor le extrañó aquel gesto, pues se había comportado como un chantajista. Por otra parte, se dio cuenta de cuánto sufría Ebinger por la ausencia de su único hijo. Aquello le había hecho pensar en cómo él mismo había tenido que luchar, en vano, por obtener el reconocimiento de su padre, quien no podía entender que no quisiera seguir su camino en la carrera militar. Había sido una decepción inmensa para Friedrich Rheinberger, teniente general del ejército prusiano, pues Victor era su único hijo. Victor pensaba que los padres no debían transferir sus propias ilusiones a sus hijos, y se propuso permitir que los suyos pudieran decidir sobre su propia vida, fuera cual fuese el camino que eligiesen.

Pero antes había otros asuntos que resolver. Gracias a su estrategia y una buena porción de suerte, ahora disponía de los medios para ofrecer a su familia un futuro digno. Y hacer realidad el gran sueño de Judith. Solo le quedaba hablar con Wilhelm Rothmann. Y esa sería la tarea más difícil de todas.

Fábrica de Robert Bosch, 14 de enero de 1904

EL EDIFICIO DE hormigón armado se erguía enorme e imponente. La entrada a la fábrica se hallaba en una especie de torre, en cuya fachada se leía de abajo arriba, escrito en grandes letras, «Fábrica de Electrotécnica Robert Bosch». Había mucha actividad por todas partes, se notaba que era un negocio floreciente.

—No nos van a echar de aquí —dijo Robert, dándose ánimos a sí mismo.

—No, seguro que no —respondió Fritz, que recorrió con mirada respetuosa la fachada del complejo de edificios, construido tres años antes.

Robert y Fritz llevaban ya una media hora en los terrenos de la empresa, sin atreverse a entrar a pedir trabajo. Allí se fabricaban magnetos y la empresa tenía mucho éxito con ellos. Los dos muchachos estaban fascinados. Además, habían oído que en la fábrica de Bosch trataban a los trabajadores mucho mejor que en otras.

—Tú primero —animó Fritz.

Robert, que no quería quedar mal delante del chico más joven, asintió y empujó la puerta. Los dos contemplaron maravillados el interior luminoso y amplio. Les resultó tan agradable como el señor encargado de contratar a los nuevos trabajadores. Primero les preguntó por su origen, habilidades y ocupaciones anteriores. Después, le ofreció a Fritz un puesto sencillo de aprendiz. En el caso de Robert, lo pensó un poco más, y al final decidió darle un tiempo de prueba en uno de los talleres. Si lo hacía bien, tendría opciones a un puesto más exigente.

—Si os esforzáis, aquí podéis llegar a algo —les dijo al despedirse.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Fritz al salir—. No me lo creo. Robert, imagínate, ¡empiezo mañana mismo!

—Es estupendo. Tu madre se las arreglará sin ti durante el día. Lo importante es que ganes dinero. Así tal vez podáis encontrar otro piso y, sobre todo, podrás costear sus medicinas.

—¡El sueldo es genial!

—Cierto. No lo habría imaginado.

Robert, que miraba con buenos ojos el movimiento obrero, estaba impresionado. Bosch, con el que compartía el nombre de pila, trataba bien a su gente, eso no se podía negar.

Sin embargo, se fijaría muy bien en todo el 1 de febrero, cuando comenzara su trabajo en la fábrica. Al fin y al cabo, eran los trabajadores quienes, con su esfuerzo, generaban el dinero con el que los poderosos se pegaban la buena vida.

Había leído con gran esfuerzo el panfleto *Fundamentos y exigencias de la socialdemocracia*. Aunque no hubiera entendido todo, lo que estaba escrito allí sonaba muy bien. Lo que más le gustaba era aquello de que la clase oprimida tenía que conquistar el poder del Estado. Él quería participar a toda costa.

Pero, antes de eso, por fin podría hacer algo con lo que llevaba mucho tiempo soñando: comunicarle a Wilhelm Rothmann que se marchaba. Y que se buscara a otro idiota para darle órdenes todo el día.

—¡Bueno, Fritz, te deseo mucha suerte mañana! ¡Nos vemos el 1 de febrero como muy tarde! O en la taberna del Oso, si quieres pasarte algún día —se despidió Robert.

Robert acudía a la taberna El Oso de Oro, el punto de encuentro favorito de los trabajadores, cada vez que tenía tiempo libre. Había una mesa de billar y una pequeña bolera y, sobre todo, mucha gente afín que discutía, entre una cerveza y otra, sus ideas para una nueva sociedad más justa.

—Uy, no creo que tenga tiempo, ahora que voy a trabajar —respondió Fritz con timidez—. Tengo que ocuparme de mi madre, ya que no estaré con ella durante el día.

—Qué pena. Pero te entiendo —respondió Robert, que volvió a pensar que quedaba mucho por hacer por la clase trabajadora, pese a todas las falsas promesas de las asociaciones de beneficencia.

CUANDO ROBERT REGRESÓ más tarde a la mansión de los Rothmann por la entrada de servicio, se dio cuenta de inmediato de que había pasado algo. Se percibía una enorme tensión en el ambiente. Primero temió que hubieran notado su larga ausencia y hubiera causado problemas, pero en seguida le quedó claro que se trataba de alguna otra cosa.

—Esta persona nunca más volverá a trabajar para la familia Rothmann — afirmó la voz del ama de llaves.

Robert se asomó con precaución desde la cocina al comedor. Y no podía creer lo que veía.

Allí estaba la señora Henny y, a su lado, desmoronada y con expresión dura, Babette. Su Babette.

¡La habían encontrado!

Pero su alivio se vio teñido de preocupación al instante. Babette estaba cambiada, muy pálida y delgada. Apenas quedaba rastro de la vitalidad natural que lo había conquistado. Robert no podía creer que en unas pocas semanas una muchacha tan hermosa pudiera cambiar tanto.

Las dos mujeres estaban sentadas frente al ama de llaves, que había abierto un cuaderno sobre la mesa, seguro que el libro de servicio donde se anotaban todas las tareas y evaluaciones de Babette. La situación le recordó a un juicio, y Robert tuvo que controlarse para no soltar toda la frustración y desesperación que llevaba acumuladas en aquellos meses. Pese a todo lo que sentía por Babette, ella había elegido aquella vida estrafalaria y había renunciado a toda la ayuda que le habían ofrecido. De repente, comprendió que su admiración y amor hacia ella se habían transformado en compasión. Como ninguna de las tres mujeres lo había visto, se quedó en el sitio y siguió la conversación a escondidas.

—¿Acaso no ha desempeñado bien su trabajo la señorita Babette Schuster? —preguntó la señora Henny.

—Bueno, el trabajo, cuando lo hacía, lo hacía bien. Lo que ya no estaba tan bien era su moral, con las consecuencias que todos conocemos.

—Sí, es verdad que Babette ha faltado, pero ¿no merecemos todos una oportunidad para comenzar de nuevo?

El ama de llaves miró estupefacta a la asistente de policía, como si no pudiera entender por qué defendía con tanto coraje a una prostituta.

—Cada uno se forja su propia suerte —remarcó con frialdad la señora Margarete—. Babette Schuster tenía un puesto decente y un techo bajo el que dormir. Si no estaba satisfecha con eso, ahora debe vivir con las consecuencias.

—¡Me pagaban un salario miserable! ¡Trabajando desde la mañana temprano hasta la noche! —exclamó de pronto Babette—. En esta casa, hasta los trapos del polvo recibían mejor trato que yo.

Ahí Robert tuvo que darle la razón. Mientras a Dora, como doncella, se la trataba bien, a Babette se le requerían todo tipo de trabajos hasta bien entrada

la noche, y luego se esperaba de ella que estuviera lista por la mañana temprano. A nadie le interesaba si había dormido o comido lo suficiente.

—Ahí lo tiene, señora Arendt —explicó el ama de llaves—, así muestra su agradecimiento.

—Espero que sea usted consciente —la contradijo la señora Henny— de que son condiciones como estas las que llevan a las muchachas a los brazos de tipos dudosos, como le ha ocurrido a Babette.

—Siempre se puede decir que no —insistió Margarete—. Y no se atreva a criticar las condiciones en esta casa. ¡Es una familia muy honorable!

«Más bien muy hipócrita», pensó Robert, y recordó en ese momento que el ama de llaves y el señor Rothmann tenían una relación mucho más íntima de lo debido.

—No me cabe ninguna duda —insistió la señora Henny de nuevo—. A menudo los señores no se dan cuenta de que las muchachas están al límite de sus fuerzas. A usted le parece que un techo y dos comidas diarias constituyen una oferta generosa para las muchachas pobres. Pero, al mismo tiempo, ellas ven todos los días cómo es vivir rodeado de riquezas. Y eso despierta la codicia.

—Cada una debe ser consciente de cuál es su lugar —afirmó el ama de llaves con desprecio.

—No todos tienen el carácter lo bastante fuerte para resistir a las tentaciones y los deseos —replicó la señora Henny—. La pobreza y las privaciones suelen apartar a las personas del buen camino.

—Puede que su misericordia la honre, señora Arendt. —Parecía que el ama de llaves se estaba cansando de la conversación—, pero hablar de pobreza y privaciones en relación con el trabajo en esta casa es una impertinencia.

—Entonces, por favor, hágale una carta de recomendación adecuada a Babette, para que pueda encontrar otro puesto de trabajo.

—No pienso firmar una carta con falsos testimonios —replicó el ama de llaves, quien cerró el libro de servicio de Babette y lo empujó sobre la mesa. De esa forma sería muy difícil para Babette encontrar un trabajo como criada.

Babette tomó el libro.

—No pienso volver a limpiar en mi vida la suciedad de señores como estos —dijo con insolencia, y Robert vio cómo la señora Henny se estremecía.

Con cuidado, se retiró de su lugar. Cuando pasó por la cocina, miró por un instante a la cocinera Gerti y meneó la cabeza. Ella también lo había oído

todo. Robert siguió por el pasillo y se quedó allí un momento hasta que la señora Henny y Babette pasaron a su lado para salir de la casa por la puerta de servicio. Tenía la necesidad de mirar a Babette a los ojos por última vez. Cuando ella lo vio, se detuvo un momento.

—Este siempre andaba detrás de mí —explicó desdeñosa—. Ahora por lo menos me pagan por ello.

—¡Babette! ¡Por favor, compórtese!

La señora Henny se la llevó a toda prisa.

Robert se quedó allí conmocionado.

Mientras tanto, en la fábrica de chocolate Rothmann

WILHELM ROTHMANN SALUDÓ a su banquero con extrema cortesía y le ofreció asiento en su despacho. Mientras Von Braun apoyaba el bastón y se sentaba, Rothmann fue a su caja de caudales, sacó algunos documentos y tomó asiento a su vez.

—¿Un habano?

—Sí, gracias.

Rothmann le pasó a Von Braun un estuche elegante con habanos exquisitos, pero él mismo no tomó ninguno. Mientras su huésped prendía su puro, examinó por última vez los documentos sobre los que quería hablar con el banquero, que exhaló satisfecho una bocanada de humo aromático.

—Excelente —halagó.

—He recibido un mensaje suyo —comenzó Wilhelm Rothmann.

—Así es.

—En el que cuestiona nuestros acuerdos crediticios.

—La situación financiera ha cambiado. De eso quería hablar con usted.

—¿Se refiere al compromiso de matrimonio?

—Exacto. Ha llegado a mis oídos que su hija ha desaparecido.

—Judith está pasando unos días fuera de casa, no tiene nada que ver con una desaparición.

—Ah, bien, entonces podrá informarla de que debe regresar en los próximos tres días.

Wilhelm Rothmann carraspeó.

—Sin duda.

Esperaba ser capaz de encontrar a su hija antes de tres días. Todo indicaba que se encontraba todavía en Stuttgart. Además, estaba seguro de que su doncella sabía algo. Desde la desaparición de Judith, se comportaba de forma extraña, lo que también había llamado la atención de Margarete. Pensaba interrogarla aquella misma noche.

—Ya que estamos con este tema —continuó Rothmann—, supongo que su hijo ya habrá regresado de su viaje de negocios, ¿no es así?

—Eh, sí. Bueno, se puede decir que sí. —Von Braun bajó la vista hacia el puro.

Rothmann había oído rumores de que Albrecht von Braun también había desaparecido, pero no había querido hacerles caso. Al menos su padre le había asegurado varias veces que se trataba tan solo de un viaje de negocios.

—Volvamos a su hija —continuó el banquero—. En caso de que no aparezca en los próximos tres días, me veré obligado a reclamarle el dinero que ya le he entregado.

Rothmann se levantó indignado.

—¡No puede hacer eso!

—¡Por supuesto que puedo!

—Ese dinero ya lo he invertido y no dispongo de una suma semejante. ¡Eso lo sabe usted de sobra!

—Es una lástima.

—Hemos firmado un contrato crediticio, que, por mi parte, voy a cumplir.

—Pero puedo revocarlo, hay una cláusula que me lo permite. Sin embargo, podría dejarme convencer si incorpora a Albrecht a la dirección.

—Escuche un momento, señor Von Braun —estalló Rothmann—. Yo no habría necesitado para nada su dinero de no ser por aquella desastrosa inversión inmobiliaria. ¡Y fue usted quien me la recomendó!

—Usted era consciente de los riesgos que se corrían.

—Algo mencionó, sí, pero dijo que lo consideraba un riesgo poco significativo.

—¡Eso dice usted ahora!

—Así es como fue. Yo no soy un inversor, Von Braun. Confié en que usted sabía lo que hacía.

—Usted invirtió su fortuna particular.

—El dinero lo tuve que sacar de la empresa. Pero la cosa parecía tan segura...

—Eso fue una negligencia, Rothmann. Aunque yo le hice la recomendación con toda mi buena intención. A mí me da igual de dónde sacan el dinero los inversores, pero usted debería saber que solo hay que invertir el dinero que sobra, ¿entiende? Si tuvo que tomar el dinero de su empresa, cometió un gran error. Y eso no es culpa mía.

—¡Usted se ha beneficiado de ello!

—¡Yo siempre gano, Rothmann! Pero cada uno es responsable de sus actos.

En medio de la disputa llamaron a la puerta.

—¡Ahora no! —gritó Rothmann.

—No puedo hacer nada —se oyó la voz de una de las oficinistas—, aquí hay un hombre que insiste en hablar con usted. Ahora mismo y sin dilación. Dice que se trata de su hija.

Rothmann miró a Von Braun, fue corriendo hacia la puerta y abrió.

—¡Usted! —soltó al reconocer a Victor Rheinberger.

—Buenos días a usted también, señor Rothmann —saludó Victor, que entró en el despacho pasando junto al empresario—. Ah, tiene usted visita. Mejor todavía, caballeros.

—¡Pero usted qué se ha creído! —gritó Rothmann.

—Por favor, señor Rothmann, hablemos como personas civilizadas.

Rothmann resopló, pero cerró la puerta para que los empleados no pudieran escucharlos.

—¿Qué pasa con mi hija? ¿Acaso la ha secuestrado usted? —preguntó a voz en grito.

—Por favor, controle usted su tono, señor Rothmann —le pidió Victor con calma—. Por supuesto que no la he secuestrado.

—Entonces ¿qué tiene que decirme sobre ella?

—Ella vino a mí. Si me concede unos minutos, le explicaré todo, hasta el más mínimo detalle.

Von Braun se acomodó para escuchar con interés. Rothmann regresó a su escritorio y apoyó la cabeza en las manos. Parecía desesperado, a pesar de la actitud grosera que había exhibido. Victor miró a su alrededor y se sentó junto a una mesita en la que ya había hablado de negocios con Wilhelm Rothmann en otra ocasión.

—Antes de hablar de Judith, me gustaría hacerle una oferta, señor Rothmann. Sé que su empresa está al borde de la bancarrota...

—¡Qué...!

—Déjelo terminar, Rothmann, esto es muy interesante —interrumpió el banquero.

—Gracias. —Victor le hizo un gesto con la cabeza a Von Braun—. En primer lugar, le ofrezco cien mil marcos como financiación, a cambio de una participación adecuada en la empresa y el derecho a intervenir en todas las decisiones de la fábrica de chocolate.

Von Braun se echó a reír.

—¿Y de dónde va a sacar ese dinero? ¡Es un engaño! Y uno muy burdo.

Victor se levantó y le presentó a Rothmann un certificado. El empresario se sorprendió. Cuando Von Braun también quiso echar un vistazo al documento, Victor se lo arrebató delante de las narices.

—Señor Von Braun —explicó Victor—, y ahora vamos con usted. Va a ayudar a la empresa Rothmann a afrontar de forma temporal sus problemas de liquidez. Es su deber, después de haberle vendido acciones inmobiliarias fraudulentas de edificios que nunca existieron.

—¡Cómo se atreve! —Von Braun se puso rojo de ira.

—Rothmann no fue el único engañado, sino también el fabricante Ebinger —continuó Victor sin prestarle atención—. Con la diferencia de que Ebinger fue más comedido en sus inversiones y ha podido hacer frente a sus pérdidas.

—¡No puede afirmar eso sin pruebas!

—Puede estar seguro de que las tengo. Y otra cosa, señor banquero. Con toda seguridad no le gustaría que la mala fama de su hijo Albrecht llegara a oídos de un público amplio y curioso.

—¿Qué quiere decir con *mala fama*? ¿Cómo se atreve?

—Existe una declaración de su hijo, por escrito, por cierto, en la que reconoce ser adicto al juego. Eso ya lo sabe usted, Von Braun, pues ha pagado sus deudas muchas veces. Resulta que, en los casos en los que usted se negó a pagar, Albrecht tomó dinero prestado de personajes dudosos, con los que ahora tiene más deudas, lo que puede terminar mal. Además, desde hace mucho tiempo anda en tratos con una famosa dama de mediana edad que le proporciona alegrías nada baratas. En suma, tiene buenas razones para abandonar Stuttgart en secreto.

—¿El viaje de negocios? —preguntó Rothmann al banquero.

Von Braun meneó la cabeza. Durante unos momentos pareció quedarse petrificado, pero luego agarró su bastón, se puso el sombrero y abandonó a toda prisa el despacho. Rothmann parecía consternado.

—¿Es eso cierto? —preguntó por fin.

—¿Qué de todo ello?

—Lo de las acciones. Y lo de Albrecht.

—Lo de las acciones no está del todo claro. Por lo que he podido averiguar, al principio Von Braun tampoco sabía que se trataba de un engaño. Pero cuando se dio cuenta, intentó ocultarlo, en lugar de ayudar a sus clientes a deshacer el trato.

—Lo voy a llevar a la cárcel.

—No será tan fácil. Para eso habría que demostrarlo todo con pruebas, y eso será difícil. Supongo que usted compró las acciones en su propio nombre. Rothmann asintió.

—Lo mismo que los demás inversores —explicó Victor—. El banco no aparece en la transacción por ningún sitio.

—Eso es un fraude.

—Se convirtió en un fraude. Pero Von Braun va a pagar la factura de otra forma, porque en el caso de su hijo todo es tal y como acabo de relatarlo.

Rothmann meneó la cabeza.

—Nunca habría pensado que el chico pudiera hacer algo así. Bien, no era lo que se dice listo, pero pensé que sería fácil de manejar. Y de buena familia...

—Tener dinero no significa sin más que uno se comporte como un caballero. En el caso de Albrecht von Braun se puede ver con claridad.

—He tratado injustamente a mi hija —reconoció Rothmann compungido.

—Habla en su favor que lo hizo con la mejor intención —respondió Victor conciliador, sorprendido del rápido cambio de actitud de Rothmann—. Pero Judith tiene muy buen ojo para las personas. Creo que no se habría casado con Albrecht ni bajo la amenaza de todas las torturas del infierno.

—Con toda probabilidad tiene usted razón. —Rothmann suspiró hondo—. Pero ahora tendré que vender mi empresa. Sin el dinero del banco no puedo seguir con la fábrica de chocolate.

—Bueno, como le he dicho, dispongo de una suma de cien mil marcos —repitió Victor—. Pero tengo que advertirlo de que el dinero se le pagará a Judith, no a usted.

—¿A Judith?

—Judith se incorporará a la dirección financiera de la empresa.

—¿Y eso quién lo dice? —Ahora se notaba su resistencia.

—Hará un buen trabajo.

—Bueno, tiene buenas ideas y buena mano con las empleadas, pero eso no basta para dirigir una empresa.

—Se dividirán las tareas. Y estoy seguro de que Judith se alegrará de que usted la vaya introduciendo poco a poco en la parte comercial. Le interesa mucho. Además, usted conservará una participación en la empresa.

—¿Qué porcentaje?

—Cuarenta y nueve por ciento.

—De esa forma Judith podrá decidirlo todo.

—Podría, sí.

—Pero el cincuenta y uno por ciento de la empresa vale más de cien mil marcos.

—Lo sé. El resto es la herencia de Judith. En este caso, no tiene usted otra opción. Y se trata de su hija. Yo creo que preferirá dejar la empresa en manos de la familia que venderla a desconocidos. Y si tuviera que decidir entre confiarle la fábrica a Judith o a Albrecht von Braun, ¿cuál sería su decisión?

Rothmann gimió.

—¡Lo contrato de nuevo, Rheinberger! Será capaz de negociar con mis proveedores hasta hundirlos.

—¡Dedicaré a ello todos mis conocimientos y toda mi energía, de eso puede estar seguro!

—Ah, ¿eso también está decidido? ¿Y quién lo ha contratado?

—Judith. —Victor sonrió—. Pero no me ha contratado para la fábrica de chocolate. En el futuro, estaré a su entera disposición como su marido.

Victor disfrutó de la perplejidad de Rothmann. El empresario llevaba un día muy ajetreado.

—Diantres, Rheinberger. Lo he subestimado pero muy en serio. Y ya que estamos, ¿tiene alguna otra noticia espectacular?

—La boda tendrá lugar a finales de enero. Vamos a instalar máquinas dispensadoras de chocolate, que serán únicas y exclusivas. Y en verano vendrá al mundo nuestro hijo.

Fábrica de chocolate Rothmann, poco después

—¿CÓMO HA IDO? —preguntó Edgar, cuando recogió a Victor en la puerta de la fábrica. La sonrisa de Victor lo decía todo.

—Bien.

—¿Cómo de bien?

—Lo ha aceptado todo. Ahora hay que amarrar las cosas conforme a la ley, claro. Pero, la verdad, yo creo que está cansado de luchar y en el fondo se alegra de tener que rendirse. Al final ha sido todo cuestión de diplomacia...

—Lo has hecho pedazos. Como a Ebinger.

—Bueno, te diré que no hay subestimar el factor sorpresa.

—Estupendo, pues vamos a tomarnos una cerveza ahora mismo.

—Prefiero ir a ver a Judith. Lleva todo el día muy nerviosa por cómo saldría esta charla. Tengo que contárselo.

—Pues entonces vámonos a casa. Seguro que a Eberle todavía...

—... Le queda sidra en el barril, ya veo por dónde vas.

Entre bromas y risas se pusieron en camino. El invierno había dado una tregua y no nevaba, por lo que la ciudad estaba muy concurrida. Cuando llegaron a su calle, Victor volvió a fijarse en el hombre que ya dos días atrás le había dado mala espina. Y además, igual que entonces, se encontraba paseando por los alrededores del taller.

Victor se preocupó por Judith.

—El tipo ese de allí —le dijo en voz baja a Edgar—, no sé por qué, me parece sospechoso.

—¿Quién?

—El del traje y el bombín. Anteayer estaba también merodeando por aquí. Da la impresión de estar espiando.

Edgar asintió.

—¿Le decimos algo?

—Creo que no es mala idea.

Aceleraron el paso, pero, cuando iban a cruzar la última esquina, un desconocido les impidió seguir.

Victor se sobresaltó y presintió un gran peligro. Por instinto, dio un paso atrás.

—¿Victor Rheinberger?

El desconocido levantó la mano. Victor se encontró frente al cañón de una pistola de duelo.

JUDITH OYÓ EL disparo cuando se encontraba colocando las chocolatinas para la máquina. Presa de malos augurios, dejó caer las chocolatinas, tomó su estola de lana y salió corriendo hacia la calle. Alois Eberle, que trabajaba cerca de ella en una chapa de metal, soltó sus herramientas y la siguió.

Al llegar a la calle, vieron un corrillo de personas a unos metros de la casa. Otras se acercaban con curiosidad o miraban por las ventanas de las casas vecinas. Alguien pidió un médico.

Judith sintió un escalofrío por la espalda. Rezó por que Victor no estuviera de camino a casa, pero, al abrirse paso entre el grupo, vio a Edgar arrodillado en el suelo, inclinado sobre alguien.

—¡Victor! —gritó aterrorizada. Edgar la miró y meneó la cabeza.

Judith se agachó a su lado, pero el hombre que yacía en el suelo no era Victor. Primero sintió una oleada de alivio, pero luego regresó la intranquilidad.

—¿Quién es? —preguntó a Edgar.

—No lo sé, todo sucedió muy rápido.

Judith se levantó y miró asustada a su alrededor. No había ni rastro de Victor. ¿Qué estaba pasando?

—¡Señorita Rothmann! —Era la voz de Alois Eberle.

Judith se abrió paso en dirección a su voz hasta que descubrió a Eberle, que la estaba buscando. Cuando se reunieron, este le hizo una seña en dirección a la calle de enfrente.

—¡Allí!

Entre las sombras de los edificios, Judith distinguió a varias personas que forcejeaban, pero, cuando hizo amago de dirigirse hacia allí, Eberle se lo impidió sujetándola del brazo.

—Victor está allí, pero es demasiado peligroso para usted.

Judith temblaba de pies a cabeza al ver a Victor, a tan solo unos metros de distancia, luchando a brazo partido. Al cabo de un momento, alguien cayó al

suelo y los demás lo sujetaron. A la escasa luz del anochecer, le resultaba difícil distinguir los detalles, por lo que intentó de nuevo dar un paso en dirección a Victor. Eberle la sujetó con más fuerza.

En ese momento, llegaron corriendo varios agentes de policía y juntos consiguieron inmovilizar a la persona que estaba en el suelo. Le pusieron las esposas y la obligaron a levantarse. El resto parecían estar discutiendo.

Y por fin Judith pudo reconocer a Victor hablando con un policía. En cuanto él la vio, acudió hacia ella. Eberle la dejó ir y Judith quiso correr hacia Victor, pero se le nubló la vista. Su campo de visión se fue estrechando cada vez más, el corazón le latía acelerado, las manos y los pies se le quedaron de repente helados y entumecidos.

—Señorita Rothmann, ¿se encuentra bien?

La voz de Eberle parecía llegar desde muy lejos. Judith luchó con todas sus fuerzas para no perder el conocimiento, pero las piernas se negaron a seguir sosteniéndola.

Antes de caer al suelo, notó cómo la rodeaban dos brazos fuertes en un abrazo estrecho y cálido.

—Estoy bien, amor mío —le dijo la voz de Victor al oído.

—Bien —musitó Judith, y cerró los ojos.

—No, Judith —la instó Victor con urgencia—, no puedes perder el conocimiento ahora. —Le colocó una mano delante de la boca para que inspirara el aire que acababa de expirar—. Intenta respirar con calma y regularidad —le indicó.

Judith obedeció y notó cómo los síntomas iban desapareciendo.

—¿Mejor? —preguntó Victor.

Ella asintió.

—¡Ha sido horrible! ¡Estaba aterrorizada!

—Ya ha pasado todo —explicó Victor, y Judith percibió en su voz lo agotado que estaba.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró.

—Al parecer alguien tenía una cuenta pendiente conmigo —respondió Victor, y la tomó del brazo—. ¿Te sientes lo bastante fuerte como para ver cómo se encuentra el herido?

—Creo que sí.

Cuando llegaron al grupo de curiosos que seguía en el lugar de los hechos, ya había en el lugar un médico que estaba asistiendo al herido. Edgar vio a Victor y fue derecho hacia él.

—Es grave, pero su vida no corre peligro —le dijo.

Judith miró a Victor, sin comprender.

—¿Quién es? ¿Lo conoces?

Victor asintió.

—Es mi padre.

Una hora más tarde ya habían trasladado a Friedrich Rheinberger al taller. El doctor y dos policías también seguían allí. Eberle había traído mantas para acomodar al herido.

—Victor... —llamó el herido con voz débil.

—¿Padre?

—Ese hombre quería... —Le costaba mucho hablar.

—Lo sé.

—El disparo le ha atravesado el hombro de manera limpia —interrumpió el médico—. La verdad es que preferiría llevarlo al hospital, pero conviene que se mueva lo menos posible.

—Se quedará aquí —decidió Victor.

—Yo puedo curarle la herida —se ofreció Judith, que había recuperado sus fuerzas.

—Bien. Por hoy no hay nada más que hacer. Pero le dejo gasas y vendas para los próximos días. Hay que cambiar el vendaje a diario. Además, vendré a verlo a menudo —informó el médico, que entregó a Judith una botella de Lysoform—. Es un antiséptico. Por favor, lávese las manos con él antes de atender al herido.

Victor tomó el preparado a toda prisa.

—Lo haré yo.

Judith ya quería protestar, cuando Victor meneó la cabeza y lanzó una mirada rápida a su vientre. Ella lo entendió. No quería que le hiciera daño al bebé.

—Pero, a cambio, lo puedes mimar hasta que se ponga bien —le ofreció.

—Bueno, pues entonces volveré mañana por la mañana —se despidió el doctor.

Judith se sentó junto a Friedrich Rheinberger en una de las mantas. Respiraba de forma pausada y tenía los ojos cerrados. Victor se dirigió a uno de los agentes de policía.

—Pueden interrogarnos, si quieren. Mi padre prestará declaración en cuanto se lo permita su estado.

—Desde luego —respondió uno de los policías—. ¿Podría contarnos qué ha pasado, desde su punto de vista?

Victor contó que un desconocido lo apuntó con una pistola y le disparó, pero no había resultado herido porque alguien se había lanzado delante de él para protegerlo.

—¿Su padre?

—Exacto, mi padre. Vi también otra sombra, pero todo ocurrió demasiado rápido.

—Señor Nold, usted también estaba allí, ¿correcto?

—Sí. —Edgar se acercó—. El tipo tenía una pistola de duelo, apuntó hacia Victor y apretó el gatillo. En ese mismo instante, alguien le dio un empujón a Victor, su padre, como sabemos ahora. A Victor no le pasó nada, pero el señor Rheinberger se desplomó de inmediato.

—¿Y usted persiguió al atacante, señor Rheinberger?

—Sí, con otras personas que se encontraban cerca.

—¿Puede describirlo?

—Era muy delgado y alto y llevaba un gorro calado hasta las cejas. Creo que tenía ojos marrones —dijo Victor, tratando de recordar.

—Interrogaremos al sospechoso esta noche. ¿Les importaría venir conmigo, caballeros? Nos sería de gran ayuda para la identificación.

Mientras tanto, Alois Eberle había hecho café y ofreció una taza a cada uno de los presentes.

—¿Puedes arreglártelas aquí, Judith? —le preguntó Victor preocupado. Bebió un gran sorbo de su taza.

—Pues claro. Además, es muy importante que identifiquéis al sospechoso.

—Es... Sawetzki —murmuró Friedrich Rheinberger, sin abrir los ojos.

—¿Sawetzki? ¿Estás seguro? —preguntó Victor, incrédulo—. ¿Y cómo se ha enterado de dónde vivo?

—Por Roux —respondió su padre sin expresión.

—¿Roux? ¿Quién es Roux?

—El detective.

—¿Me ha puesto un detective? ¿Y tú como lo sabes? Y, además, ¿qué haces tú en Stuttgart?

—También por Roux. —Friedrich Rheinberger respiraba con dificultad.

—Ya no puede más —intervino Judith, lanzándole una mirada de preocupación—. Será mejor que se recupere un poco antes de seguir con las preguntas.

—A ver, resumiendo —dijo Victor—. Tú y Sawetzki, los dos habéis contratado al mismo detective, el tal Roux, para encontrarme.

—Victor, el hombre que estaba delante... —intervino Edgar.

—¿El del bombín? —preguntó Victor.

—Sí —susurró su padre—, ese era Roux. Se... marchó cuando Sawetzki... con la pistola...

—Pero ¿por qué te asocias con Sawetzki... y luego al final me salvas la vida?

—Yo no sabía que el detective también estaba investigando para... Sawetzki. Me di cuenta solo... al verlo hoy.

—Trabajaba para los dos y cobraba de los dos —apuntó Victor.

—Sí. —Friedrich Rheinberger tosió.

—Victor... —lo previno Judith—, por favor, déjalo descansar.

—Este Roux, desde luego, tiene buen ojo para los negocios —comentó Edgar.

—Una última pregunta —dijo Victor, que miró a Judith disculpándose—. ¿Roux es de Berlín?

Su padre hizo un leve movimiento de asentimiento con la cabeza.

—Edgar... —comenzó Victor, pero Edgar ya se había puesto de pie de un salto.

—Ya voy.

—Posada... Alte Post —logró decir Friedrich Rheinberger.

—¿Y qué hay de la identificación, señor Nold? —preguntó uno de los policías, que había seguido la conversación con interés.

—Pasaré más tarde por la comisaría. Pero preferiría que me acompañase ahora uno de ustedes. Yo creo que las declaraciones del señor Roux serán muy interesantes.

Los policías hablaron un momento entre ellos y luego uno de los agentes se puso al lado de Edgar.

—¿Primero a la posada y luego a la estación de tren? —preguntó Edgar.

—Eso iba a sugerir yo —dijo Victor—, pero no sé si saldrá algún tren de larga distancia hoy. Y supongo que habrá pensado en alternativas para abandonar la ciudad con rapidez.

—Vamos a probar —dijo Edgar, y salió con el policía.

—¿Y quién es ese Sawetzki? —quiso saber Judith.

—Después te lo explico —respondió Victor—. Ahora te dejo con Alois y espero terminar pronto con el careo.

Judith asintió y Victor abandonó el taller con el otro policía. En cuanto se marchó, Friedrich Rheinberger abrió los ojos.

—Usted... le tiene aprecio.

—Sí, mucho.

—Pues... ha tenido suerte... con usted.

Judith sonrió.

—Y yo con él.

—He... he cometido errores.

—Todos nos equivocamos, señor Rheinberger. Lo único importante es saber reconocer nuestros errores e intentar arreglarlos. En lo posible.

—Yo... lo intentaré...

—Ya lo ha arreglado todo hoy. Sin usted, Victor no estaría vivo. Ahora, descanse. Está herido de gravedad y necesita todas sus energías para recuperarse. Cuando esté mejor, podrá hablar con su hijo sobre todo lo que quiera.

Rheinberger le sonrió agradecido y se durmió.

—CREO QUE TENGO que explicarte algunas cosas —dijo Victor en voz baja cuando se deslizó en la cama junto a Judith pasada la medianoche.

—Yo también lo creo —respondió ella adormilada, y se volvió hacia él. Victor la abrazó.

—¿Cómo está mi padre?

—Ha tenido mucha suerte, pero las próximas horas serán críticas. Alois va a pasar la noche con él.

—Después iré a relevarlo —dijo Victor—. Qué raro, ¿no? En todo este tiempo no he echado de menos a mi padre en absoluto. Y ahora, en el segundo en el que se decide entre la vida y la muerte, aparece de pronto.

—Gracias a Dios —suspiró Judith—. No quiero ni pensar lo podría haber pasado si no hubiera estado ahí...

Victor la besó.

—Para distraerte un poco, te voy a contar unas cuantas cosas de mi pasado. Y después podrás decidir si todavía quieres casarte con un hombre como yo.

Judith se rio.

—¡Voy a prestar mucha atención!

—Antes de venir a Stuttgart, pasé dos años detenido en la cárcel de Ehrenbreitstein —comenzó Victor.

En voz baja y sin ocultarle nada, Victor le contó su historia. Su infancia con una madre cariñosa y un padre severo cuyas expectativas nunca pudo ni quiso cumplir. Sus años en la academia militar y el duelo que había cambiado su vida y lo había lanzado en otra dirección del todo opuesta.

—¿Y este Sawetzki? —preguntó Judith cuando terminó de hablar.

—Lo he reconocido en el careo. Es el hermano del hombre que murió a consecuencia del duelo. Él también estaba allí aquella mañana, pero no me fijé en él. Yo me sentía como atrapado en un túnel.

Judith notó que aquello todavía lo afectaba mucho.

—Si alguien reta a otro a un duelo, se arriesga a que le pase algo también. Y tú no lo mataste de un disparo, la herida se infectó y le causó la muerte. Lo mismo habría podido pasarte a ti.

—Es posible. De todas formas, sería más fácil para mí que hubiera sobrevivido.

—¿Y por qué dijo esa chica que la habías acosado?

—En realidad fue ella la que se me acercaba en cada ocasión que tenía. Se había empeñado en que quería casarse conmigo, y por eso creó una situación comprometedora a propósito. Cuando yo rechacé casarme con ella, su hermano mayor me retó a duelo.

—Y ahora el más joven quería vengarse de su muerte.

—A mí también me parece increíble, pero eso es lo que ha pasado.

Judith recorrió con los dedos el contorno del pecho de Victor.

—¿Y ese Roux se ha escapado?

—Eso parece. Edgar no ha conseguido encontrarlo.

—¿Y quieres dejarlo así?

—No tengo ningún interés en seguirlo hasta Berlín. Era un codicioso, y por eso jugaba a dos bandas, pero no tenía intención de causarme daño a mí en especial.

—Pero sabía que podía pasar algo, y aun así aceptó. Eso ya es terrible.

—De todas formas, eso ya pertenece al pasado. Para nosotros comienza algo nuevo por completo. El futuro. Si es que todavía me quieres.

—Victor...

—¿Sí?

—Abrázame, por favor. Abrázame como un marido abraza a su mujer.

—¿Y el niño?

—Al niño no le pasará nada.

—¿Estás segura?

—Sí.

Victor la estrechó entre sus brazos, la besó con urgencia, le mostró su deseo.

Y, con pasión y ternura, la convirtió en su esposa.

Mansión de los Rothmann, 24 de enero de 1904

—¡NO PODEMOS HACER eso! —exclamó Anton horrorizado al ver a Karl empuñando el cuchillo.

—¿Y por qué no? —preguntó Karl con aire inocente—. Es un regalo de boda, más o menos...

—Sí, pero...

—Venga ya.

Karl dio la discusión por terminada. Con emoción infantil hundió el cuchillo en la tarta nupcial de cinco pisos que esperaba en la mesa de la cocina para hacer su entrada triunfal. La cocinera se había esmerado de forma especial. Llevaba cinco días horneando y aquella misma mañana temprano, cuando todos aún dormían, había culminado su obra de bizcocho, masa quebrada, crema de chocolate y nata.

—Anton, ya sabes que soy buenísimo tallando con la navaja —explicó Karl a su hermano—. Por eso va a quedar fenomenal —dijo mientras cortaba con toda concentración en cada piso de la tarta algunas letras. Anton lo miraba con escepticismo.

—Pero esto no es un palo, es una tarta.

—Da lo mismo. —Los trozos que iba sacando con el cuchillo terminaban en su boca, hasta que Anton intervino para defender su parte.

—¡Déjame algo también a mí!

Con las manos manchadas de crema, Karl le dio un pedazo a su hermano y siguió trabajando.

—¡Es injusto! —protestó Anton.

—Tú no estás haciendo nada para ganártelo —se defendió su hermano, y continuó con su tarea.

Cuando terminó, dio un par de pasos hacia atrás y contempló el resultado.

—Pues yo no veo nada —dijo Anton.

—¡Claro que sí! —replicó Karl, con la boca llena de pastel—. Solo hay que esforzarse un poco.

JUDITH SE HABÍA levantado muy temprano después de haber pasado la noche sola en su casa, sin Victor. No le había resultado fácil, pero había respetado el deseo de su padre, que quería hablar con ella ciertos asuntos, entre otros, algunos de la fábrica de chocolate. Mientras tanto, Victor había despedido su soltería con Edgar y Alois Eberle. A partir de hoy, viviría con ella en casa de su padre, la mansión de los chocolates, como la había llamado con un guiño.

Y esa mañana, nada más despertarse, Judith había sentido por primera vez un ligero aleteo en el vientre. Su hijo. Una nueva vida. Feliz y emocionada, se levantó.

Dora había dedicado mucho tiempo a peinarla. El elegante moño rubio estaba decorado con hilos de perlas y un delicado velo le enmarcaba la cara. Cuando llegó el momento, la ayudó a ponerse el vestido de novia color marfil de seda bordada y encaje.

Era el día de su boda.

Theo había insistido en dejar relucientes el trineo y los caballos para dar una vuelta por el pueblo a Victor y Judith de camino a la iglesia, pese al frío helador de aquel día invernal.

Ahora, después de la ceremonia en la iglesia de Degerloch, el pequeño séquito nupcial había llegado a la mansión de los Rothmann. Judith entró del brazo de Victor en el vestíbulo, donde el servicio se había colocado en fila para saludar a la pareja. La cocinera se limpió un par de lágrimas y todos los felicitaron con cordialidad.

La casa estaba decorada con ramas verdes de boj y coníferas con lazos color marfil, a juego con el vestido de la novia. En la mesa lucía la vajilla de porcelana con los cubiertos de plata y las copas de cristal de Bohemia.

Todos estaban relajados y se alegraban por los recién casados, incluso el matrimonio Ebinger. Victor los había invitado, pese a las reservas del padre de Judith, y ellos habían aceptado la invitación de forma discreta. Dorothea acudió sola y se sentó entre Edgar y Charlotte, en la mesa principal. La familia Nold también asistió, igual que los padres de Charlotte, los Wenninger. Pero Judith se alegraba en especial de la presencia de la señora Henny, aunque sus obligaciones le impedirían quedarse hasta el final.

Junto a Judith se sentaba Friedrich Rheinberger. Todavía se encontraba débil y pálido, pero había insistido en participar en los festejos. Por si acaso le fallaban las fuerzas, le habían preparado una cama en uno de los cuartos de invitados.

Antes de comenzar el convite nupcial, Wilhelm Rothmann se puso en pie y levantó su copa.

—Querida Judith, hija mía. Si alguien me hubiese dicho hace unas semanas que te ibas a casar con Victor Rheinberger, lo habría tomado por loco. Pero eres una luchadora, cosa que me ha costado no pocas preocupaciones y unas cuantas canas a lo largo de los años. —Alguien soltó una risita—. Como padre, creía conocer el camino que debías tomar. Y me equivoqué por completo. Tal vez, cuando vuestros propios hijos vayan creciendo, tendrás experiencias parecidas y me comprenderás. —Carraspeó—. Has luchado por tu felicidad, Judith. Y yo... y yo estoy orgulloso de la mujer en la que te has convertido. Y... seguro que tu madre también. —Miró a Judith, sintiéndose inseguro, pero con mucho cariño, y ella tuvo que parpadear para no llorar. Luego se dirigió a Victor—. Bueno, Rheinberger. Usted es igual de tenaz que mi hija. Solo le pido, como padre, que cuide de ella. Cuídela mejor de lo que lo he hecho yo. —Su voz sonó emocionada cuando llegó al brindis—. Queridos invitados, alcen la copa conmigo por el futuro de Judith y Victor Rheinberger.

El cristal tintineó, se oyeron algunos vítores y Victor besó a Judith con amor. En ese justo momento resonó en toda la casa un grito desgarrador.

Todos dieron un respingo. Victor y Wilhelm Rothmann se pusieron de pie de un salto y salieron corriendo a ver qué había pasado.

—Ha sido Gerti —dijo Dora, a quien Judith había persuadido para ser su dama de honor.

Durante varios minutos se oyó a alguien lamentarse a gritos; luego, las voces más tranquilas de los hombres y, entre tanto, los chillidos del ama de llaves y ruido de vajilla. Judith dirigió la mirada hacia sus hermanos, que se encontraban en el otro extremo de la mesa. Con sus trajes de marinero, repeinados y con la cara limpia, parecía que no habían roto un plato en su vida.

Al cabo de unos minutos, su padre y Victor regresaron y sujetaron la puerta abierta para que hicieran su entrada Robert y Theo con una enorme bandeja. Detrás, totalmente desolada, iba la cocinera.

Cuando Judith vio lo que había pasado, tuvo que luchar para contener una sonrisa. Miró a Victor y se dio cuenta de que él también se estaba aguantando

la risa. Karl y Anton tenían la vista fija en sus platos.

En la bandeja de porcelana se encontraba una imponente tarta nupcial o, mejor dicho, lo que quedaba de ella. Le habían hecho numerosos agujeros, de forma que algunas partes se habían hundido y otras se había partido en pedazos.

—¡Oh, esta mañana se veía tan perfecta! —se quejó la cocinera—. ¡Me ha costado tanto esfuerzo, era mi regalo de bodas...! —Dora le dio un abrazo para consolarla.

—Querida Judith —dijo Victor, con un guiño a los gemelos—, ¿me harías el honor de cortar conmigo esta maravillosa tarta nupcial?

Con lágrimas en los ojos, la cocinera contempló cómo iban repartiendo los restos de su obra de chocolate y crema. Mientras los invitados estaban ocupados con el pastel, el padre de Judith dejó el tenedor a un lado y volvió a ponerse en pie.

—Creo —dijo— que el sabor de esta tarta es espectacular. Los pequeños daños estéticos no deberían impedir que la disfrutemos. —Dio un par de fuertes palmadas, como para darle una señal a alguien—. ¡Pero esta otra obra de arte es en exclusiva para el disfrute de la vista!

Se abrieron de nuevo las puertas y entraron dos trabajadores de la fábrica con otra bandeja. Judith no lo podía creer. Los invitados exclamaban impresionados e incrédulos ante lo que veían, e incluso Victor parecía maravillado.

Se trataba de la mansión de los Rothmann, hecha totalmente de chocolate. Reproducía los tejadillos, las ventanas con las contraventanas, los balcones, incluso las tejas.

—Esta creación no está hecha para ser degustada —anunció Wilhelm Rothmann con gran satisfacción, sabiendo que su sorpresa había salido bien —, pero ¡debe recordaros siempre que hay que disfrutar de la vida, mi querida pareja!

Todos aplaudieron emocionados. Y los ojos de los gemelos tenían un brillo sospechoso.

MÁS TARDE, VICTOR se llevó aparte a Karl y Anton.

—¿Qué es lo que habéis hecho con la tarta? —preguntó.

—Era nuestro regalo —respondió Karl.

—¿Regalo?

—Sí. La tarta estaba ahí en la cocina y nos pareció un poco aburrida.

—Te pareció —corrigió Anton.

—Bueno, entonces decidí recortar la palabra *Enhorabuena* —admitió Karl—. Soy muy bueno con la navaja —añadió.

—Pues entonces, muchas gracias por el regalo, también en nombre de vuestra hermana. Pero lo de la navaja ya lo practicaremos juntos, ¿de acuerdo?

Epílogo

MARTIN FRIEDRICH RHEINBERGER llegó al mundo el 26 de junio de 1904, un domingo. Judith había pasado toda la noche con los dolores de parto, pero al final todo salió bien.

En cuanto oyó los primeros llantos del niño, Victor irrumpió en la habitación de Judith, donde la matrona todavía estaba ocupándose del bebé. Abrazó de manera cuidadosa a su mujer, que yacía sobre los cojines un poco pálida, y le apartó de la cara con ternura los mechones de pelo húmedos de sudor.

Desde el primer instante, Victor consideró hijo suyo a aquel niño que, poco después, tomaba el pecho de Judith. Una pelusa rubia le cubría la cabecita y Victor estaba seguro de que se parecería a su hermosa mamá. Le habría gustado que lo conociera su padre, pero Friedrich Rheinberger había regresado a Berlín en cuanto se sintió mejor.

TAN PRONTO RECUPERÓ las fuerzas, Judith escribió a su madre para informarle de que había sido abuela. En su respuesta, Hélène Rothmann expresaba una gran felicidad por su nieto e invitaba a la familia a visitarla en el lago de Garda. Judith le preguntó a Victor, que recibió la idea entusiasmado. Planearon un viaje para el año siguiente, sin saber que Max Ebinger mantenía una relación con Hélène Rothmann, aunque había empezado a realizar viajes a Italia cada vez más largos para preparar sus estudios de arquitectura.

LA FÁBRICA DE chocolate había superado los momentos difíciles y volvía a prosperar. Wilhelm Rothmann había incluido a Victor y a Judith en la dirección de la empresa y les había asignado un departamento a cada uno. Poco a poco fueron asumiendo algunas de sus tareas, pero el patriarca seguía trabajando mucho. Su experiencia era insustituible.

La máquina de chocolate, que Victor logró colocar en marzo en la estación central de Stuttgart, fue un gran éxito, y empezaron a llegar los primeros pedidos. Los hoteles y los grandes almacenes eran los más interesados en aquellas máquinas exclusivas, cada una con diseño único. Para gran alegría de Victor, Ebinger los estaba ayudando con la producción, con lo que podrían ir respondiendo a la demanda sin problemas. Mientras tanto, Victor estaba construyendo su propio carrito de helados, pues había oído que los heladeros italianos de Colonia, Leipzig y Viena los utilizaban para vender sus productos en la ciudad.

Los clientes apreciaban de manera especial las chocolatinas exóticas con todo tipo de especias que ideaba Judith. Y las exquisitas cajitas esmaltadas con motivos diseñados por Edgar se estaban convirtiendo en piezas de coleccionista.

EDGAR HABÍA PEDIDO la mano de Dorothea y planeaban trasladarse a Múnich después de la boda, para abrir allí una fábrica de esmaltes. Victor lo sentía mucho, pero sabía que a Edgar lo entusiasmaba la metrópoli bávara.

DE ALBRECHT NO se había vuelto a saber nada.

KARL Y ANTON seguían tan traviesos como siempre, pero Judith se había opuesto de lleno a enviarlos a un internado. En lugar de eso, asistían a la escuela primaria de la señora Olga, y después de eso se esperaba que pudieran asistir a la secundaria. Durante el verano, las clases tenían lugar en el bosque, donde había mesas y bancos y también un atril de profesor. A los gemelos les sentaba muy bien ese tipo de educación, sus notas habían mejorado mucho. Lo único que les molestaba era que los sitios que ocupaba cada alumno se decidían según la nota que sacaban en los dictados. Como Anton era siempre mucho mejor que su hermano, casi nunca se sentaban juntos.

WILHELM ROTHMANN SEGUÍA echando mucho de menos a su esposa. Aunque había aceptado su decisión de permanecer en Riva, no quería divorciarse de ella. Sentía un gran amor por su nieto y, cada vez que podía, pasaba tiempo con el pequeño Martin, que crecía sano y fuerte. Además,

encontraba consuelo con el ama de llaves Margarete. Aunque todos lo sabían, nadie decía una palabra sobre ello.

ROBERT HABÍA DEJADO la casa poco después de la boda de Judith y trabajaba en la empresa Bosch. Según se decía, se reunía con algunos socialistas e incluso se había afiliado al Partido Socialdemócrata. Sin embargo, de Babette no se había vuelto a saber nada desde que se escapó del reformatorio al que la había enviado la señora Henny.

DORA SEGUÍA SIENDO la mejor confidente de Judith y había adoptado también la función de niñera, porque Judith no quería entregar a su hijo al cuidado de ninguna otra persona. A menudo, Dora bajaba de Degerloch a Stuttgart cuando Judith estaba en la fábrica de chocolate. A Judith no le resultaba fácil compaginar la maternidad con el trabajo, pero Victor la apoyaba sin reparos, y lograba combinar las dos cosas. Amaba su vida. Y la vida la amaba a ella.

Personajes

Victor Rheinberger: Expresidiario que se traslada a Stuttgart al salir de la cárcel para rehacer allí su vida.

La familia Rothmann

Wilhelm Rothmann: Fabricante de chocolate. Un patriarca con grandes preocupaciones.

Hélène Rothmann: Su esposa francesa, que se fue a un sanatorio en el lago de Garda y empezó una nueva vida en Riva.

Judith Rothmann: La hija del matrimonio Rothmann, segura de sí misma, con sus propios planes y una gran pasión por el chocolate.

Karl y Anton Rothmann: Los hijos del matrimonio Rothmann, dos gemelos con todo tipo de travesuras en la cabeza.

... y sus empleados

Margarete: el ama de llaves.

Dora: la doncella de Judith.

Babette: la criada.

Gerti: la cocinera.

Robert: el mozo.

Theo: el cochero.

Los tres amigos

Max Ebinger: Hijo de un fabricante de maquinaria. Elocuente donjuán con debilidad por las mujeres, la absenta y la arquitectura.

Albrecht von Braun: Heredero de una rica familia de banqueros.

Edgar Nold: Pintor, hijo de un fabricante de jabones, que alcanza el éxito de manera casual.

Las amigas de Judith

Dorothea von Braun: Hija de los banqueros Von Braun, hermana de Albrecht von Braun.

Charlotte Wenninger: Hija de un arquitecto.

En Riva

Georg Bachmayr: Huésped del sanatorio con un interés amistoso en Hélène Rothmann.

Egon Leitz: Fabricante de papel y huésped del sanatorio.

Señor y señora Klock-Sander: Matrimonio, huéspedes del sanatorio.

En Berlín

Friedrich Rheinberger: Padre de Victor, teniente general en el ejército prusiano.

Paul Roux (*Seudónimo: Señor Von Trauntin*): Detective privado con tendencia a la pereza.

Otto Sawetzki: Hermano del estudiante de la academia del ejército en Berlín que resultó herido por Victor en un duelo.

Otros personajes

Augustin Baldus: Escritor y poeta de Coblenza, pariente de Edgar Nold. Preso al mismo tiempo que Victor en la fortaleza de Ehrenbreitstein.

Los hermanos Böpple: Tres hermanos muy gamberros de Degerloch.

El banquero Von Braun: El banquero de Wilhelm Rothmann; padre de Albrecht.

El viejo Ebinger: Fabricante de maquinaria de gran fortuna con ambiciones aristocráticas; padre de Max.

La señora Ebinger: Su esposa, de gran corazón.

Alois Eberle: inventor suabo.

Fritz: hijo de trabajadores de quince años que comparte las ambiciones de lucha de clases de Robert.

La señora Leitner: la casera de Hélène en Riva.

Vladimir: El gato atigrado de la familia Rothmann.

Personajes históricos

Hermione von Preuschen: La poco convencional pintora y literata vivió una vida emocionante y variopinta. Casi todo lo que se menciona en la novela

está basado en su biografía. El apelativo de *outsider*, que en el texto incluso pudiera parecer demasiado moderno, se lo puso ella misma. El hecho de que pasara las Navidades de 1903 en Riva se debe solo al interés de la trama.

Thomas y Heinrich Mann: Los escritores alemanes que en la época en la que se ambienta el libro vivían y viajaban juntos. Tras su estancia en Italia cada uno eligió ciudades diferentes para vivir y continuaron sus respectivas carreras de escritores de forma independiente.

Maximilian Harden: Periodista y editor del semanario *Die Zukunft* (El futuro), con quien se encuentra el (ficticio) detective Paul Roux en Berlín. En el año 1906, Harden llevó a cabo una campaña para hacer pública la homosexualidad de hombres que desempeñaban altos cargos en el entorno del emperador Guillermo II (entre ellos, Philipp zu Eulenburg, citado en la novela). Esta campaña se convirtió en un asunto de Estado y dañó la reputación de la corte del emperador. Los procesos judiciales resultantes duraron varios años.

Christl (Christoph) von Hartungen: Hijo del doctor Von Hartungen, dueño del sanatorio del mismo nombre en Riva. Mantuvo una relación de cerca de un año con Hermione von Preuschen, que era mucho mayor que él. Durante su *affaire*, vivieron en Berlín y en Riva, pero también viajaron mucho, entre otros lugares, a Corfú. Christl von Hartungen zanjó la relación por escrito cuando se comprometió con una mujer más joven, tal como había predicho Hermione. Más adelante, su relación con Hermione von Preuschen le llegó a resultar embarazosa.

Henriette Arendt: La tía de la conocida filósofa Hannah Arendt fue la primera mujer policía en la época del II Imperio alemán (1871-1918). Sus años de servicio comenzaron en febrero de 1903 en la policía de Stuttgart. La enfermera, de veintinueve años, a la que solían llamar *enfermera Henny*, procedía del movimiento femenino y se ocupaba con mucho interés de las «mujeres perdidas». Henriette Arendt no desarrolló su labor con la callada abnegación que se esperaba de las mujeres en aquella época. En lugar de eso, llamó la atención sobre la situación ante la Administración, los gremios municipales y el aparato policial. Además, se posicionó contra las organizaciones de caridad, con lo que se ganó algunos enemigos. En 1907, su talante inflexible e intransigente desembocó en un escándalo que provocó su

despido del cuerpo de policía en medio de terribles acusaciones. Humillada, en 1910 escribió sus memorias, tituladas *Erlebnisse einer Polizeiassistentin* (Vivencias de una asistente de policía), que desataron un escándalo en la época, con la policía de Stuttgart en el centro de este. Su puesto vacante en Stuttgart no fue cubierto. Tuvieron que pasar dos años para que hubiera en el imperio otra asistente de policía.

Los escritos sobre Henriette Arendt permiten echar un vistazo al mundillo de Stuttgart, y arrojan algo de luz sobre la mentalidad de las mujeres de la época, que se encontraban en el despertar de una nueva conciencia.

Por cierto, las trabajadoras de la industria chocolatera de Stuttgart ganaban tan poco que algunas debían recurrir a la prostitución para sobrevivir.

Otros personajes de Degerloch, como el doctor Katz, el director de la escuela o el párroco no tienen ninguna relación con las personas reales de la época. Son una creación, aunque también basada en mis investigaciones.

También aparecen:

Robert Bosch

Wilhelm Maybach

Gottlieb Daimler

Wilhelm y Emil Fein,

todos ellos empresarios de éxito de la ciudad.

Trasfondo histórico

Stuttgart a principios del siglo xx

En Stuttgart, la industrialización tuvo lugar más tarde que en el resto de las grandes ciudades del Imperio alemán debido a su mala conexión con la red de tráfico. Sin embargo, cuando empezó a prosperar, demostró un gran genio inventor y una encomiable valentía emprendedora. En el cambio de siglo ya se habían establecido allí muchas empresas, algunas conocidas hasta hoy, como, por ejemplo, Robert Bosch, en la actualidad Bosch. Stuttgart destacó por sus fábricas de maquinaria y textiles, así como por la construcción de pianos y la elaboración de productos de confitería. Allí tuvieron su origen marcas de chocolate que se pueden encontrar hoy día en los supermercados: Moser-Roth, Waldbaur, Eszet y Ritter Sport.

El escenario de la novela

El cremallera ya funcionaba por aquella época y todavía se refieren así a este tren.

Las lujosas mansiones que sirvieron de modelo para mi «mansión de los chocolates» y el resto de las casas de las familias pudientes se erigían en lugares prominentes de la ciudad. Asimismo, se denominaba *barrio de las mansiones* a una agrupación de casas independientes de lujo, situada en una zona verde a las afueras de la aldea de Degerloch, la cual pasó a ser un barrio de Stuttgart en 1908.

Las descripciones de la fábrica de chocolate de Rothmann están inspiradas en una empresa real de la época, la fábrica de chocolate y caramelos de Moser-Roth.

La descripción de los grandes almacenes Breuninger se corresponde con el edificio que ocupaban en 1903.

La Fábrica Electromecánica C. & E. Fein también existió, así como es cierta la historia de la primera taladradora eléctrica, que se inventó allí. Hoy en día, la sede de la empresa se encuentra en la ciudad de Gmünd, en Suabia.

Las menciones al callejero de Stuttgart están basadas en fotos y descripciones de la época.

El Jardín zoológico de Nill tuvo sus puertas abiertas desde 1871 a 1906. Todas las descripciones de los edificios y los animales las he encontrado en fuentes históricas. Incluso la pequeña anécdota del camello al final del capítulo del zoo tiene base real (Julius Bazlen: *Beim Nill. Erinnerungen an den Tiergarten*. En el Nill. Recuerdos del zoo). 1926.

La taberna Alsaciana en la calle Esslinger existió de verdad, pero no consta que tuviera un reservado dedicado al juego, actividad considerada ilegal. La taberna era el punto de encuentro favorito de artistas de todo tipo.

La escuela primaria de la señora Olga, una escuela privada, tuvo su sede en Degerloch. Su concepto de lecciones al aire libre (durante el verano) era muy progresista en aquellos tiempos.

El calendario de Adviento *Im Lande des Christkinds* (en la tierra del Niño Jesús) fue publicado por primera vez por la editorial muniquesa Gerhard Lang en 1903. En 1904 se ofrecía como regalo con el diario *Stuttgarter Neues Tagblatt*.

El movimiento obrero de Stuttgart, con el que simpatizaba Robert, fue más moderado y menos radical que en otras zonas del imperio, pero muy activo. Su casa sindical se encontraba en la taberna El Oso de Oro.

Una anécdota curiosa es que, cuando llovía, a veces los pasajeros del tranvía recibían una descarga eléctrica. El episodio en el que el rey atraviesa la ciudad con toda naturalidad en un carruaje también ha sido comprobado. Otro tanto ocurre con el accidente de Jakob el Quemado (citado en *AlltagsKultur* como «Erinnerungen von Wilhelm Hampp um 1900»).

Con respecto a las condiciones climáticas históricas relatadas, es cierto que el invierno de 1903 a 1904 llevó gran cantidad de nieve en el mes de noviembre al sur y suroeste de Alemania.

Sobre el chocolate

La empresa Stollwerck, con sede en Colonia, fabricó sobre 1890 las primeras máquinas automáticas expendedoras de chocolate, las cuales gozaron de gran éxito, incluso internacional (por ejemplo, en Nueva York).

La idea de la vaca se debió, por supuesto, a Milka. En 1901 llegó al mercado alemán el chocolate Milka envuelto en papel lila. La marca se formó combinando las palabras *Milch* + *Kakao* («leche» y «cacao»). En aquel entonces, la vaca era un dibujo impreso en el envoltorio. La vaca lila, como la conocemos hoy día, existe desde 1973.

Las máquinas de chocolate en forma de animales se fabricaban mucho. Por ejemplo, hubo una gallina de Stollwerck que incluso cacareaba cuando «ponía» una chocolatina (aunque algunos años después de 1904).

Riva y el lago de Garda a principios del siglo xx

En aquella época, la moral imperante imponía un estricto código de comportamiento. Así ocurría en Stuttgart. Sin embargo, en Riva muchos artistas y grandes nombres de su tiempo podían liberarse de estas normas. Thomas y Heinrich Mann, Hermione von Preuschen, Christian Morgenstern, Karl May y su esposa, y después, Franz Kafka buscaron allí salud e inspiración, además de cobrar una nueva conciencia del cuerpo. Algunos también exploraron con más libertad la sexualidad. El Sanatorio del Doctor Hartungen existió de verdad. El hermoso complejo, a orillas del lago de Garda, sigue siendo accesible hoy en día, aunque los edificios se encuentran bastante deteriorados.

En aquel entonces, Riva pertenecía al Tirol, por lo que tenía influencia alemana e italiana. La moneda era la corona, aunque se usaba también la lira. Debido a la presencia de muchos huéspedes alemanes, tampoco suponía un problema pagar en marcos.

Escenarios

La piazza Benacense es la actual plaza del Tres de Noviembre. La torre Apponale (construida en el siglo XIII y culminada en el siglo XIV) sigue siendo uno de los símbolos de Riva.

La librería de G. Georgis era en esa época el «lugar de información sobre todo lo relacionado con el tráfico internacional y los viajes».

La excursión a Venecia

El Café Florian se encuentra en los soportales del edificio de las Procuradurías Viejas, las dependencias del departamento de construcción de la Administración veneciana. Fue inaugurado en el año 1720 y sigue abierto hoy. El Florian ha vivido muy de cerca la turbulenta historia de la ciudad. Por cierto, era una de las pocas cafeterías en las que se permitía la entrada a las mujeres, por lo que era uno de los locales preferidos de Casanova. Este café contó con muchos visitantes ilustres, entre ellos, Goethe, lord Byron, Honoré de Balzac, Marcel Proust, Thomas Mann, Richard Wagner, Hugo von Hofmannsthal y Jean Cocteau. Y es cierto que allí surgió la idea de celebrar la Bienal.

No hay ningún referente histórico para las familias Rothmann, Rheinberger, Von Braun, Ebinger ni Wenninger. Fueron creadas conforme a las estructuras sociales de Stuttgart en aquella época.

Mis agradecimientos

La mansión de los chocolates surgió en una temporada muy turbulenta de mi vida, llena de cambios y novedades, pero también de una increíble energía. Por eso, me gustaría agradecer de todo corazón a todos los que me apoyaron con su motivación y consejos y estuvieron a mi lado en muchos momentos decisivos.

En primer lugar, me gustaría hacer llegar un fuerte abrazo a mis hijos. Por haberme ayudado a llevar la carga y haber aceptado compartir a su madre con el escritorio durante muchísimas horas.

Y luego vienen mis padres y hermanos, que creyeron sin condiciones en mí y en mis ideas para la novela. Mamá, papá, Ursula, Martin, como tantas veces, me habéis ayudado muchísimo, sobre todo en las fases duras de la escritura. ¡Sois los mejores!

Me alegro muchísimo de contar un grupo de amigos que no me abandona, incluso cuando me encuentro bajo presión y tengo la cabeza en otro lado.

En la Biblioteca Estatal de Württemberg encontré siempre una ayuda excelente y sin complicaciones. Y eso, a pesar de que estaban en medio de grandes obras que tenían en vilo el funcionamiento de la biblioteca. ¡Me alegra la perspectiva de volver pronto para seguir investigando en las nuevas salas!

Quiero dar las gracias de manera especial a mi agente, el doctor Uwe Neumahr, del equipo de la Agencia Hoffman, en Múnich. Con su experiencia y su gran olfato para distinguir el material que se le ofrecía, hizo posible el camino hacia la editorial Penguin.

En Penguin, la doctora Britta Claus se encargó con cariño y entusiasmo de mi novela desde el principio. Cuando llegó la fase de escribir bajo la presión del calendario, supo acompañarme con una gran profesionalidad, así como una sensibilidad extraordinaria hacia el texto y la autora. Friederike Achilles fue la encargada de pulir los últimos detalles de la historia. Gracias también a todo el equipo de Penguin y Random House en Múnich. Cada uno de ellos ha

contribuido a que *La mansión de los chocolates* y sus personajes estén vivos de una manera tan maravillosa. ¡Y de traerlos al mundo!

No puedo nombrar a todos los que en este tiempo me ayudaron con ideas, energía y un optimismo inquebrantable. Vaya mi más sincero agradecimiento a todos los que me han acompañado.

Y ahora, al llegar al final de la historia después de haber vivido tanto tiempo con sus protagonistas, de haber amado, sufrido y a veces también luchado con ellos, es hora de dejarlos ir y confiar en que encuentren su camino en solitario. Ojalá mi libro les haya proporcionado a ustedes, mis queridos lectores, unas cuantas horas felices. Y si acompañaron la novela con un pedazo de delicioso chocolate, aún mejor.

De todo corazón,

Maria Nikolai



MARIA NIKOLAI es una autora alemana que ha publicado varios libros de no ficción y una novela histórica.

Hace tiempo que quería escribir una saga familiar. *La mansión de los chocolates* es el resultado de la suma de su pasión por los temas históricos, los grandes romances y el chocolate.

En Alemania se convirtió en un espectacular *best seller*, con más de 200.000 ejemplares vendidos.